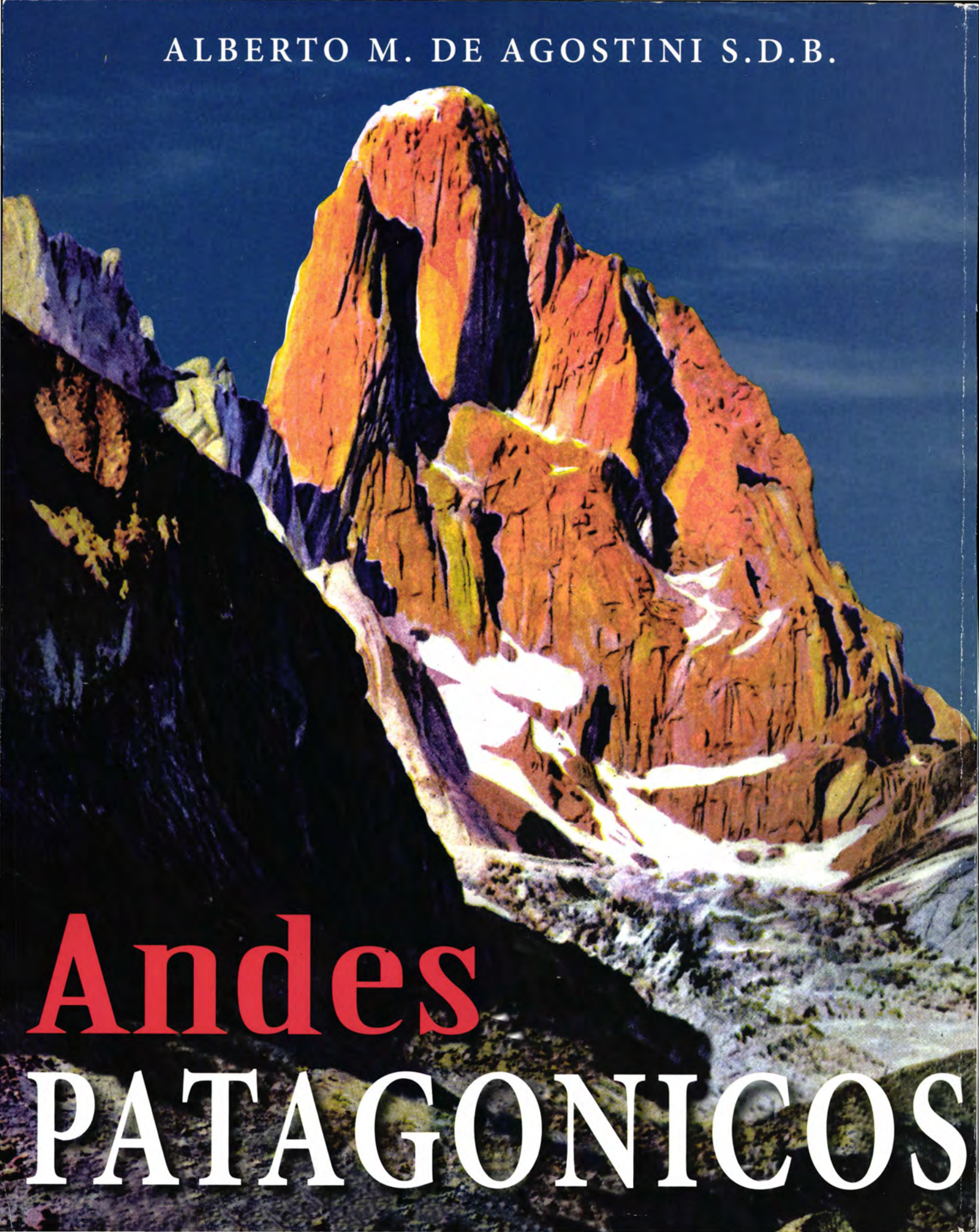
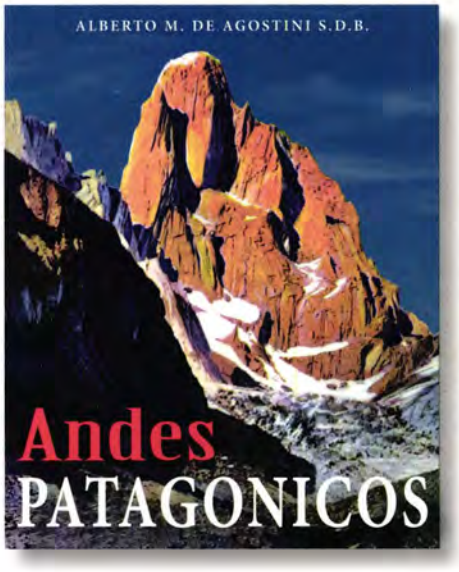
ALBERTO M. DE AGOSTINI S.D.B.



Andes PATAGONICOS



ISBN 978-956-18-0796-9

Maggiorino Borgatello

Congregación Salesiana

ucsh
UNIVERSIDAD CATOLICA
SILVA HENRIQUEZ
Salesiana

edebé
Editorial Don Bosco

Andes Patagónicos
Viajes de exploración a la Cordillera Patagónica Austral
Alberto Maria De Agostini, sdb

Todos los derechos reservados
© 2010, Alberto Maria De Agostini para el texto, las fotografías y los mapas de esta tercera edición aumentada y corregida con las observaciones que dejó el autor antes de su muerte, en 1960.
© 2010, Congregación Salesiana de Chile, para los derechos de publicación.

Transcripción del original: *Patricio Álvarez Rabié*
Recopilación fotográfica: *Iván Rojel Figueroa* y *Jorge Baeza Muñoz*
Notas de edición y apéndices: *Mateo Martinic Beros* y *Patricio Álvarez Rabié*
Diseño: *Javiera Rivera Contreras,* Editorial Don Bosco

Inscripción N° 188.479
ISBN 978-956-18-0796-9

Ninguna parte de esta obra, incluidos textos, fotografías y mapas, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma y por ningún medio electrónico, químico, mecánico, electro-óptico, grabación o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de la Congregación Salesiana de Chile.

Impreso en World Color Chile, en septiembre de 2010
Impreso en Chile/Printed in Chile



En 1910, llega a Chile proveniente de Italia, el sacerdote salesiano Alberto Maria De Agostini (1883-1960). No pasaría mucho tiempo para que desde su arribo a Punta Arenas comenzara a recorrer cada rincón de la Patagonia y a realizar lo que sería el primer estudio geográfico y cartográfico de este desconocido sector del extremo austral del continente.

Su incansable curiosidad y espíritu aventurero lo llevaron durante más de cuatro décadas a investigar y registrar acuciosamente las características físicas de gran parte del territorio patagón, así como también a estudiar con profundo interés antropológico la cultura de las etnias australes.

(sigue)

ALBERTO MARIA DE AGOSTINI S. D. B.

ANDES PATAGÓNICOS

VIAJES DE EXPLORACIÓN
A LA CORDILLERA PATAGÓNICA AUSTRAL

Tercera edición corregida y aumentada
ILUSTRACIONES Y MAPAS DEL AUTOR

PUNTA ARENAS
2010

Maggiorino Borgatello
Congregación Salesiana
ucsh UNIVERSIDAD CATOLICA SILVA HENRIQUEZ Salesiana
edebé Editorial Don Bosco

Muchas de las investigaciones e imágenes de De Agostini tomadas en suelos patagones fueron plasmadas en su obra *Andes Patagónicos*, un verdadero tesoro cultural que concentró, desde su aparición en 1941, el interés de científicos de América y Europa.

Hoy, la *Congregación Salesiana de Chile*, el Museo Salesiano *Maggiorino Borgatello* de Punta Arenas y *edebé-Editorial Don Bosco* han decidido rescatarla del olvido, reeditando la obra de este singular salesiano de acendrado espíritu científico.

En esta tercera edición en español se incorporan secciones totalmente inéditas de su símil de 1945 y notas de revisión y ampliación que realizó De Agostini en sus últimos años para enriquecer aun más su monumental aporte al conocimiento físico y humano de la Patagonia, todo lo cual la convierte en un patrimonio invaluable para nuestro país.

"Las notas del editor y opiniones del estudio introductorio, así como las contenidas en la obra, que se relacionan con los límites internacionales de Chile, son de exclusiva responsabilidad de sus autores. El texto, los mapas y fotografías que están contenidos en esta obra fueron elaborados por el Padre Alberto De Agostini y no tuvieron como propósito reflejar los límites de Chile.

"La edición y circulación de mapas, cartas geográficas u otros impresos y documentos que se refieran o relacionen con los límites y fronteras de Chile, no comprometen en modo alguno al Estado de Chile, de acuerdo con el Art. 2°, Letra g del DFL. N° 83 de 1979 del Ministerio de Relaciones Exteriores".

Dirección Nacional de Fronteras y Límites

ALBERTO M. DE AGOSTINI

CENTENARIO DE SU LLEGADA A MAGALLANES

Lo vi por primera y única vez en mi vida a principios de 1944 –no recuerdo bien si era enero o febrero– en el corredor vecino al gran patio del antiguo y querido Liceo "San José". Alguien que me acompañaba me dijo "ese es el Padre De Agostini" (que para mí fue como si mencionara a Cristóbal Colón) y observé con más atención su figura: un salesiano de aspecto serio y reservado, con sotana y cubierto con una boina negra, se veía delgado y ligeramente encorvado. Lo contemplé un momento con la sorpresa y admiración de un adolescente que sabía de su merecida fama, por haber oído hablar de él a los maestros y superiores salesianos, por serme muy familiares sus conocidas fotografías panorámicas de paisajes magallánicos que adornaban con profusión las paredes del colegio y por haber visto algunos de sus libros. Fue una visión breve pero tan intensa como para que permaneciera grabada en mi memoria. El gran explorador se hallaba de paso por la casa salesiana, que había sido su primer destino magallánico, de regreso de su memorable viaje por la región del río Baker (Aysén), que había culminado con el ascenso al monte San Lorenzo, la segunda cumbre en altura de los Andes Patagónicos.

Su vocación religiosa y su origen piamontés lo habían llevado a ingresar a la Sociedad de San Francisco de Sales, por otro nombre Congregación Salesiana, fundada por el Padre Juan Bosco –Don Bosco– como una orden religiosa especializada en la educación de la juventud, que culminó con su ordenación sacerdotal en 1909, tras lo cual fue destinado a Sudamérica, a la lejana Punta Arenas, en el Estrecho de Magallanes, formando parte de quizá uno de los últimos grupos de misioneros enviados por el Rector Mayor de la Congregación a esa austral región para apoyar la labor evangelizadora y educacional, toda una empresa apostólica iniciada casi un cuarto

de siglo antes por Monseñor José Fagnano. La ciudad chilena, capital del entonces Territorio de Magallanes, lo era al propio tiempo de toda la Patagonia Meridional y la Tierra del Fuego, a uno y otro lados de la frontera internacional, porque allí se había originado y dinamizado el proceso progresista de colonización territorial, y porque allí en consecuencia se domiciliaban las gerencias y administraciones generales de las empresas que lo animaban y sostenían tanto en la región chilena como en la argentina de la parte austral del continente americano, fenómeno que había conllevado el poblamiento civilizador. Punta Arenas, así, había sido elegida naturalmente para ser la sede matriz de la actividad salesiana en los territorios de una y otra jurisdicciones nacionales, la Inspectoría de San Miguel Arcángel, regida desde su fundación por el pensamiento inspirador y la celosa conducción de Monseñor Fagnano. En Punta Arenas, precisamente, radicaba el establecimiento original, el colegio "San José", al que el joven sacerdote Alberto De Agostini se incorporó para servir en labores docentes y funciones religiosas a contar de febrero de 1910.

Esa tarea desarrollada a partir de entonces con la dedicación que imponía la fuerza de su vocación y su juventud, no obstante lo absorbente que pudo ser, debió permitir tiempos de algún descanso durante los meses del verano, que en el meridión americano se corresponden con el período de receso escolar o vacaciones. Fue entonces cuando –se nos antoja–, como había acontecido antes y sucedería después con otros de sus hermanos de congregación, en alguno de sus momentos libres debió realizar excursiones de conocimiento por los alrededores de Punta Arenas, principalmente por el valle del río de las Minas, paraje siempre atractivo para los lugareños y que convocaba el interés de cuanto visitante arribaba al puerto del estrecho por sus características geológicas. Allí, amén de disfrutar en plenitud de la naturaleza pudo tener, desde la cima de sus laderas, una visión amplia del panorama hacia el oriente y el sur, rumbo este que remata en un horizonte de montañas entre las que se destaca en los momentos de claridad diáfana la airosa cumbre blanca del monte Sarmiento, el monarca de los Andes Fueguinos –cuya conquista devendría la obsesión de De Agostini–. Originario como era de Pollone, en la zona prealpina del Piamonte, pudo complacerse una y otra vez con esa perspectiva y despertarse y nutrirse la que sería su otra vocación vital: el conocimiento de las montañas australes. Esas excursiones comarcales iniciales debieron complementarse con largas charlas con gente conocedora del territorio, con la lectura de las todavía escasas obras disponibles que informaban sobre la historia y la geografía magallánicas, y con las noticias escritas y verbales de los misioneros salesianos que habían viajado por diferentes lugares del inmenso entorno. Así se enriqueció su conocimiento y se acrecentó su interés por alcanzar hasta los parajes más recónditos de esa geografía enloquecida que se le iba metiendo poco a poco en el alma. Él, al fin y al cabo, era un hijo de las montañas, ellas eran parte de su ser esencial y en ellas radicaba una de las fuentes inspiradoras de su existencia, en tanto que veía en las mismas de manera patente el portento de la mano admirable del Creador. Motivado así, él podía llegar a ser un instrumento eficaz de acción misionera *sui generis* al servicio de la verdad.

Fue la Providencia la que, apenas llegado a Puntas Arenas, le brindó una oportunidad para conocer, en una primera aproximación, lo que sería el territorio de sus futuras andanzas exploratorias, al permitírsele embarcar en un vapor que partía hacia la isla Dawson para seguir después hasta Ushuaia y retornar a la capital magallánica. Pudo así conocer la célebre Misión de San Rafael que vivía su época final y contornear la península Brecknock, siguiendo los

pasos marítimos que la flanquean. Aquello, doblemente valioso por lo inesperado quizá, hubo de despertar su interés por ese mundo natural prístino y singularmente hermoso. No debió ser ese el único viaje que por entonces le ofreció la posibilidad de acercarse más todavía a la formidable y colosal fortaleza andina fueguina, por lo que de seguro más adelante pudo hacer alguna otra incursión de conocimiento. Oportunidades pudo tenerlas y varias, habida cuenta de las relaciones que mantenían los salesianos con la comunidad local, pues como centro portuario de comunicaciones intraterritoriales que era Punta Arenas en la época, su movimiento cotidiano registraba ingresos desde y salidas hacia diferentes lugares de los ámbitos patagónico y fueguino, tanto de naves mercantes (veleros y vapores), como de buques de la Armada de Chile.

Para 1912, ya tenemos al futuro explorador, con alguna experiencia previa, programando su primera empresa del género y alguna envergadura a desarrollarse en la cordillera fueguina, con el monte Sarmiento como primer objetivo de conocimiento. También para entonces, vista la fuerza de su vocación montañera, los superiores salesianos pudieron, comprensivamente, facilitar sus aspiraciones y propósitos. No debió ser ello, convengamos, algo fácil ni sencillo. La obediencia religiosa había traído a De Agostini hasta el sur de América en el cumplimiento de una doble misión específica ineludible, como eran las labores evangelizadora y educadora que conformaban la razón de la presencia salesiana. De manera que aquella tarea montañera pudo ser aceptada y aun alentada, únicamente en tanto que la misma no fuera en desmedro de la que debía ser su preocupación principal ya mencionada.

Pero, inevitablemente, las cosas se fueron dando de manera diferente. Los trabajos exploratorios y andinísticos del Padre De Agostini, en la medida que sus resultados se vieron cada vez más interesantes e importantes, condujeron a los superiores salesianos tanto a una mayor comprensión y aceptación de los mismos, como a una consecuente liberación de sus deberes propios, para facilitar lo que tempranamente pudo intuirse como una verdadera empresa característica de la genialidad salesiana, según lo había puesto y ponía en evidencia la historia de un cuarto de siglo a contar de 1887. En efecto, ese lapso trascendente mostraba tanto los admirables resultados espirituales y sociales de una labor cristianizadora, educacional y civilizadora, como los de significado científico. Allí estaban a la vista, como suficiente evidencia acerca de lo que había sido y era la labor complementaria de los misioneros en el campo de las ciencias naturales y humanas, el Observatorio Meteorológico Salesiano y el Museo Territorial Salesiano, en funcionamiento desde 1888 y 1893 respectivamente, uno y otro en el colegio "San José", donde se desempeñaba el Padre De Agostini.

Incrementar el conocimiento científico es evidentemente una forma de servicio a la verdad, en tanto que esta refleja la obra inconmensurable del Creador, y bien se podía, como se puede, realizar una labor igualmente evangelizadora y educadora privilegiando esa faceta cuando se dispone de capacidad y de talento para desarrollarla a la mayor gloria de Dios. Así, la Congregación Salesiana no sólo era fiel a su compromiso fundacional con la Iglesia Católica, sino que lo reafirmaba con eficacia.

Fue así como –reiteramos– los deberes privativos religiosos del Padre De Agostini se ampliaron paulatinamente con la inclusión de aquel otro aspecto de su interés, en una progresión

que acabó por ser virtualmente una dedicación exclusiva. La comprensión, aceptación y respaldo de la congregación que recibió la obra exploratoria geográfica del Padre De Agostini, permite a la posteridad entender el éxito de lo que fue en la realidad una gigantesca empresa de adelanto del conocimiento científico.

Explicadas somera y satisfactoriamente las circunstancias y el contexto del comienzo de las tareas exploratoria y difusora de sus resultados del Padre Alberto María De Agostini, cabe dar cuenta de su desarrollo y de su significado para el adelanto de la ciencia geográfica y el progreso general de la cultura en lo referido a los territorios de la Patagonia Meridional y la Tierra del Fuego.

Fue en Tierra del Fuego, cuya fascinación misteriosa lo subyugó durante muchos años, según su propia declaración, donde comenzó su obra.

Allí realizó varias exploraciones entre 1912 y 1918, que tuvieron por objeto el estudio de las montañas que se extienden entre el fiordo del Almirantazgo y los canales adyacentes, por el norte, y el canal Beagle, por el sur. Además exploró detenidamente los cordones cordilleranos situados al suroeste y al sur del lago Fagnano, en el sector comprendido entre este depósito y el Beagle. En 1913, mientras exploraba la sección occidental de la gran península Brecknock, descubrió dos grandiosos fiordos, tal vez los más hermosos entre los fueguinos, y los denominó Contraalmirante Martínez y Pigafetta, nombre este último reemplazado posteriormente y con justicia por el de "De Agostini", por oficiales de la Marina de Chile en homenaje a su descubridor. El reconocimiento abarcó el extenso distrito de fiordos y glaciares que se halla en la sección occidental de Tierra del Fuego y que en especial se desarrollan sobre la vertiente boreal de la península mencionada, descubriendo numerosas corrientes glaciares y otros accidentes geográficos. Esta labor de estudio oro y glaciográfico fue proseguida entre los años 1923-24 y 1928-29, extendiéndose luego hasta 1932, con lo que consiguió explorar de manera sistemática el interior antes desconocido de la zona cordillerana fueguina, descubriéndose muchos lugares que permanecían ignotos para la geografía, entre ellos el gran valle Carvajal al norte de Ushuaia. El Padre De Agostini completó estas exploraciones con viajes por las llanuras orientales de la Isla Grande, con lo que pudo presentar al fin un cuadro satisfactorio para el mejor conocimiento de los variados aspectos geo-orográficos del gran archipiélago fueguino. Simultáneamente durante aquellos años realizó viajes extensos por los canales australes hasta el cabo de Hornos, la isla de los Estados y a peñones solitarios del borde del océano Pacífico, tales como la famosa isla Negra.

Tocante a la Patagonia, un reconocimiento previo durante el cual observó glaciares más imponentes y montañas más elevadas y espectaculares que las conocidas en Tierra del Fuego, llevó a De Agostini a extender a ella su actividad, iniciando hacia 1916 las primeras exploraciones en las cordilleras de Última Esperanza, en los macizos del Paine y Balmaceda. Retornó en 1917 a este último monte, reconociéndolo íntegramente, estudiando además el campo de hielo que circunda al macizo por el noroeste. Entre 1917 y 1929, alternando con sus exploraciones fueguinas, recorrió el amplio valle del río Serrano, las cuencas de los lagos Toro o Maravilla y Nordenskjöld, y, en particular, el grande y atractivo macizo del Paine, que con sus cumbres y torres lo impresionó en tal forma que no resistió en calificarlos como "el más soberbio y característico grupo de picachos que posee la cordillera patagónica austral". En 1929 conoció y estudió parte de la sierra Baguales



El Padre De Agostini con el macizo del Paine como objetivo fílmico.
Posiblemente esta fue la última fotografía que se hizo del explorador en la Patagonia (hacia 1957)

mientras pasaba desde el distrito del Paine al de los Andes que enfrentan el lago Argentino. Todos estos viajes de exploración los complementó De Agostini con un reconocimiento aéreo que hizo en 1937 acompañando a Franco Bianco, pionero de la aeronavegación patagónica, en un vuelo que cubrió la región cordillerana de Última Esperanza desde el cerro Balmaceda, pasando por el Paine y llegando hasta el distrito andino interior del lago Argentino. Finalmente, en 1943 amplió todavía más el conocimiento de este atractivo distrito de Última Esperanza, con la exploración de la sección septentrional del macizo del Paine y las cuencas lacustres vecinas, entre ellas la del Dickson.

Entretanto, a fines de 1928 había realizado un viaje por los canales occidentales de la Patagonia, recorriendo entre otros los fiordos Falcón y Eyre, explorando particularmente la zona adyacente al gran glaciar que se vierte en este último fiordo y que bautizó con el nombre de Pío XI. Obtuvo en esta excursión una nueva visión desde la zona occidental sobre el extenso campo de hielo que cubre la sección más austral de los Andes Patagónicos.

En aquel mismo año, el Padre De Agostini llegó por primera vez a la zona del lago Argentino, realizando una primera excursión de carácter informativo preliminar. Regresó en los años 1930-31 en compañía del geólogo Egidio Feruglio, dando comienzo así a la exploración sistemática de los cordones montañosos del sector limítrofe próximos a los lagos Argentino y su vecino Viedma, recorriendo los fiordos interiores del primer lago y los glaciares que caen al mismo, en modo particular el glaciar Upsala, el más extenso de la vertiente andina oriental, descubriendo y bautizando numerosos lugares y accidentes geográficos.

Su trabajo más notable en este distrito fue el reconocimiento de la zona interior alto andina que efectuó en 1931, recorriendo parte del extenso *plateau* que conforma al gran Campo de Hielo Patagónico Sur, *descubriendo y nominando el Altiplano Italia y realizando de paso la primera travesía de la cordillera patagónica de este a oeste. Por la misma época el explorador extendió su actividad al distrito interior del lago Viedma, recorriendo el cordón de montañas que bordea el glaciar Upsala y reconociendo los montes inexplorados del interior del campo de hielo. En los años 1935-36 regresó a la zona del Viedma, esta vez para explorar el macizo del Fitz Roy, que le impresionó por su belleza y la soberbia audacia de sus formas. Exploró además los valles alto andinos inmediatos y la región del gran campo de hielo hasta el paso de los Cinco Glaciares. En 1937-38 De Agostini realizó una nueva expedición destinada a completar el conocimiento del glaciar Upsala y el sector entre el lago Viedma y el fiordo Eyre, descubriendo y bautizando nuevos montes en el interior. Siguiendo un plan sistemático de trabajos, durante el verano de 1937 inició, y prosiguió durante 1940, la exploración del distrito situado entre el lago Viedma y el lago O'Higgins-San Martín, que le brindó un conocimiento complementario de la situación alto andina septentrional, con su conjunto de cerros y corrientes glaciares. El año 1944, en el que sería su último viaje a esa región, retornó a la zona occidental del lago Argentino para efectuar nuevos estudios y reconocimientos en el sector del seno Mayo, incluyendo el glaciar que se vacía en él, que denominó Ameghino.

Pero su interés incluía desde hacía tiempo el conocimiento de la sección septentrional de los Andes Patagónicos, señoreada hacia el oriente por el imponente monte San Lorenzo, la segunda en altura de las cumbres de aquella cadena. Una primera expedición de reconocimiento fue realizada en 1937 y completada en 1940, comprendiendo la zona inmediata al San Lorenzo y a la imponente cordillera Cochrane. En los años 1940-41 el Padre De Agostini hizo una expedición en el distrito dominado por el río Baker, cuyo valle superior exploró, conjuntamente con los vecinos de los ríos del Salto y Chacabuco. Retornó a esas comarcas nuevamente en 1942, conociendo esta vez el sector occidental de la cuenca fluvial del Baker, en especial el valle de su afluente, el río Colonia, que le brindó una visión de lo que seguía hacia el occidente, ya en pleno Campo de Hielo Patagónico Norte. *Finalmente, al concluir el año 1943, realizó una expedición a la cadena Cochrane y al monte San Lorenzo, oportunidad en que consiguió escalar su cumbre.

Luego de un corto viaje a Punta Arenas, a manera de necesario descanso por las fatigas acumuladas durante aquella expedición, siguió una corta excursión al fiordo Mayo del lago Argentino, ya mencionada, cumplida la cual el Padre De Agostini, ya sexagenario, decidió poner término a sus exploraciones andinas al cabo de tres y media décadas de iniciadas. Se imponía, prudentemente, el retiro. El montañismo es exigente y bien saben sus cultores que la fase activa es más corta que larga en su vigencia, y como tal hubo de asumirla el salesiano de Pollone. Entonces pudo sentirse satisfecho con lo realizado en tan prolongado lapso. Ninguno de cuantos lo habían precedido en los trabajos del género a contar del siglo XVI había logrado lo que él, esto es, dedicar una vida activa entera a la faena exploratoria geográfica con resultados científicos condignos para ese esfuerzo prolongado y sistemático.

Sin embargo, restaba algo por concluir de una vez por todas. De sus viajes por Tierra del Fuego, Alberto De Agostini conservaba por años una espina: el monte Sarmiento, que

*La toponimia popular y con fines de divulgación turística y científica se refiere a Campo de Hielo Patagónico Sur y Norte (CHPS y CHPN). No obstante, oficialmente Chile emplea los términos Campo de Hielo Sur y Campo de Hielo Norte.

permanecía invicto desde el intento de ascensión de 1913. De allí que su pensamiento recurrente fuera el de lograr su escalamiento. No pudiendo intervenir personalmente por razones de edad, promovió durante 1956 la organización de una expedición con ese objetivo, contando para ello con la colaboración del profesor José Morandini y un grupo de científicos y geólogos italianos, y del Ejército de Chile. Arribada a fines de ese año a Punta Arenas, la expedición se dirigió de inmediato a la zona fueguina previamente elegida, y a principios de 1956 los guías alpinos que la integraban conquistaron finalmente al monarca de los Andes Fueguinos. De modo cierto el Padre De Agostini consiguió vencer al Sarmiento, el coloso de Tierra del Fuego, al cabo de una espera de cuarenta y tres años. Con esta expedición se dio cima a los estudios orográficos y glaciológicos de la cordillera Darwin, iniciados cuatro décadas antes.

Como resultado de tantas exploraciones y trabajos, el Padre Alberto De Agostini pudo sentirse al fin satisfecho, pues había hecho una notable contribución a la geografía de la parte austral de América, al dar a conocer la estructura orográfica y glaciológica de los Andes Patagónicos y Fueguinos, los que con excepción de algunas zonas limitadas eran completamente desconocidos en su interior para la ciencia mundial al promediar la segunda década del siglo XX. Entonces, ya a contar de 1944 pudo también haber dado por debidamente cumplido cuanto alguna vez se había propuesto realizar, y recogerse para dedicarse –ahora sí– a sus obligaciones religiosas. Si tal se hubiera dado, con sólo eso la posteridad habría reconocido sin retaceos su gran contribución al adelanto del conocimiento geográfico austral, pues lo realizado había sido ciertamente relevante.

Pero, bien se sabe, ello no habría podido darse de esa manera por cuanto el Padre De Agostini decidió que debía continuar otra tarea de trascendencia que había desarrollado casi a la par de sus exploraciones, como era la de la difusión al público de lo realizado. Percibió desde un principio que tanto conocimiento acumulado no podía quedar relegado a la intimidad de las academias y cenáculos científicos, como había sido la norma común hasta su época, sino que debía ser puesto al alcance de la gente con toda la eficacia y posibilidad de penetración social que la modernidad brindaba a las comunicaciones.

Así, el Padre De Agostini pudo poner de manifiesto otra faceta clave de su personalidad como era la capacidad para difundir conocimientos. Y para ello empleó tanto la técnica y el arte de la fotografía, de la que llegó a ser un verdadero artista, como su talento de escritor para dar cuenta con sabiduría y amenidad, y a veces con arranques líricos, lo que concernía a sus viajes y experiencias en el contacto con una naturaleza tan fuerte y sugerente como es la patagónico-fueguina. Y, por si faltara, supo valerse complementariamente de la cinematografía, de la cartografía y por fin de conferencias y exposiciones para presentar sus trabajos y resultados ante diferentes auditorios de doctos y gente ilustrada, de alumnos escolares y de gente común, pues a todos quiso hacerlos partícipes de su fecunda tarea vital a favor de la ciencia y la cultura. Ciertamente, el Padre De Agostini fue un gran comunicador social.

Entre las más calificadas de sus creaciones literarias deben mencionarse los libros *Mis viajes a la Tierra del Fuego* y *Andes Patagónicos*, ambos, en especial el segundo, títulos clásicos en la bibliografía científica del siglo XX referida a las regiones meridionales de América del Sur. En ellos hay un contenido informativo riquísimo que concierne principalmente a lo geográfico y, dentro del género, a la fisiografía y glaciología andinas, a la descripción de los paisajes naturales, todo complementado con crónicas de viajes en que se incluyen valiosos testimonios de época sobre personajes, circunstancias y lugares correspondientes al período final de la ocupación

colonizadora del territorio patagónico-fueguino, y, para también darle un sentido de integralidad, con noticias históricas y etnográficas referidas a las regiones australes americanas.

Su producción fotográfica merece una consideración particular. En este aspecto, Alberto De Agostini supo usar de esta técnica quizá como ningún otro explorador y viajero científico precedente, tanto por la cantidad y variedad de las vistas como por su notable calidad que, en sus reproducciones impresas de divulgación alcanzó el mejor nivel de su tiempo. Complemento de esta labor expresiva fue la filmografía, donde su película documental *Tierras Magallánicas* fue todo un suceso en su hora y es aún en el presente un referente obligado en la especialidad desde el punto de vista histórico.

En suma, la multifacética empresa desarrollada por el Padre De Agostini durante medio siglo, entre 1910 y 1960, año de su fallecimiento, fue simplemente colosal, calificación que le ganó la admiración aprobatoria de sus contemporáneos y el reconocimiento consagratorio de la posteridad, que lo ha tenido y tiene como el mayor de los exploradores de la Patagonia y la Tierra del Fuego.

Con cuánta razón, entonces, la Congregación Salesiana ha procurado recordar la obra científica y difusora de uno de sus más preclaros hijos, con mayor énfasis todavía al cumplirse el centenario de su llegada a Punta Arenas. Por ello el Museo "Maggiorino Borgatello", que fuera la primera institución que recepcionó los resultados científicos y al fin el depositario de buena parte de los documentos escritos y gráficos del explorador, decidió conmemorar el acontecimiento con la debida relevancia, y así asumir la reedición –en su homenaje– de su obra capital, *Andes Patagónicos.**

Ha sido una decisión acertada por demás, tanto por la condición emblemática que ostenta el libro desde su aparición, como porque entre los papeles que dejó De Agostini al morir se encontró un ejemplar de la edición española del mismo (1945), corregido y adicionado por el propio autor, cuando preparaba la que habría de ser la tercera edición, propósito que no pudo hacerse efectivo por causa de su fallecimiento. De esta manera, retomar y dar adecuado fin a esa tarea postrera constituye, sin duda alguna, el mejor homenaje en memoria del ilustre explorador salesiano.

No obstante la condición facsimilar de esta edición, ajustada cabalmente a los deseos del autor, se ha estimado necesario adicionar al contenido del libro una cantidad de notas cuyo objetivo es el de actualizar, complementar y, excepcionalmente, corregir algunos datos y antecedentes para la mejor comprensión de los lectores y la calidad general de la obra.

De igual manera, para reafirmar el sentido de homenaje que tiene la edición, se ha juzgado conveniente incluir apéndices en que se da cuenta somera de toda la producción bibliográfica del Padre Alberto De Agostini, tanto la impresa como la inédita que se conserva en los archivos del Museo, del itinerario de sus viajes y de la memoria toponímica en su recuerdo. Así, esta tercera edición de *Andes Patagónicos* permite dar una cumplida satisfacción a distintos objetivos con los que se tributa el homenaje de reconocimiento al gran explorador salesiano por su obra de toda una vida, tantas veces ponderada como de excelencia, en el adelanto del conocimiento geográfico de la Patagonia austral y la Tierra del Fuego.

MATEO MARTINIC B.

*Esta reedición se ha preparado cuando está vigente el Acuerdo para precisar el recorrido del límite desde el monte Fitz Roy hasta el cerro Daudet, suscrito el 16 de diciembre de 1998. Por tanto, algunas referencias del autor a la línea limítrofe, deben ser analizadas conforme a las disposiciones de ese tratado, que se aplica en un sector del Campo de Hielo Patagónico Sur.

PRÓLOGO

Después de haberme sentido subyugado, durante muchos años, por la fascinación misteriosa de la Tierra del Fuego, encontré en la Patagonia otros glaciares, otras montañas más elevadas e imponentes aún, que habían de constituir, por una veintena de años, la meta predilecta de mis estudios y exploraciones.

Todas mis excursiones, grandes o pequeñas, solo o acompañado por guías alpinos venidos de Italia, tuvieron por objeto reconocer la sección austral de la Cordillera Patagónica comprendida entre el fiordo de Última Esperanza, al sur y el lago Buenos Aires, al norte; sección que se distingue por el extraordinario desarrollo de sus glaciares y la elevación y majestad de sus montañas.

Aunque mi objeto no era precisamente alpinístico sino más bien geográfico explorativo, realicé, sin embargo, numerosas ascensiones a picos elevados, que podían ofrecerme mayor campo de visibilidad y estudio.

Es indudable que la escasez de días serenos, los vientos y huracanes continuos, y la constante nebulosidad, propias de estas regiones cordilleranas australes, entorpecieron notablemente mi tarea, haciéndola sumamente difícil y, algunas veces, inútil; de manera que lo poco que he podido reunir es fruto de ímprobo trabajo e ilimitada paciencia.

A pesar de lo adverso del clima y lo exiguo de los medios de los que podía disponer –todos ellos particulares, salvo algunas pequeñas contribuciones de entidades públicas, entre las que recuerdo con agradecimiento la de la Real Academia de Italia–, he logrado llevar a cabo importantes viajes, reunir un copioso material ilustrativo y trazar un primer esquema de la estructura orográfica de la Cordillera Patagónica austral, la cual, con excepción de limitadas zonas, puede decirse que era completamente desconocida en su interior.

En el transcurso de estas páginas, que relatan las vicisitudes de mis viajes por la Cordillera, he querido también, a medida que se me ofrecía la oportunidad, mencionar las extensas mesetas patagónicas, sus aspectos y sus recursos económicos, que actualmente constituyen el factor vital del progreso de esta región.

Ilustran este trabajo numerosas fotografías tomadas por mí. Ellas dirán con más elocuencia que mis palabras cuán precioso caudal de bellezas naturales encierra la Patagonia, tan poco conocida y apreciada, con sus montañas, glaciares, lagos y canales.

En esta tercera edición, he podido renovar la parte cartográfica con un mapa nuevo de la Patagonia Austral, en la escala de 1:1.000.000, a continuación del de la Tierra del Fuego que salió anteriormente, y añadir cinco croquis topográficos, ejecutados por mí en los viajes de exploración que habían quedado inéditos en las dos ediciones anteriores (1941-1945), porque a causa de la guerra mundial, no me fue posible conseguir que me los remitieran de Italia, donde se encontraban para su elaboración.

Una notable contribución al mejor conocimiento geológico de la zona cordillerana que linda con los lagos Argentino y Viedma, ha sido aportada por el doctor Egidio Feruglio, entonces geólogo de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales, quien en el verano 1930-31 tomó parte en una de mis expediciones a los Andes. Los resultados de sus estudios fueron publicados en el Boletín de la Academia Nacional de las Ciencias de Córdoba.

Completan el siguiente trabajo algunos datos etnográficos sobre los Tehuelche, los antiguos Patagones, hoy casi completamente extinguidos, a quienes los salesianos prodigaron asistencia y protección.

La Patagonia ha sido, en efecto, la primera tierra a la cual se dirigieron las miradas apostólicas de Don Bosco, quien le envió en 1875 un grupo de misioneros capitaneados por Don Juan Cagliero, Cardenal más tarde, de la Santa Iglesia Romana, iniciándose así aquellas Misiones Salesianas que, en tan breve espacio de tiempo, habrían de realizar tantas obras de caridad y celo en las regiones más australes de América.

Con mirada profética, el gran Apóstol vio y describió el espléndido porvenir de la Patagonia que los geógrafos y viajeros de aquel tiempo pintaban como desierta y estéril, preanunciando así con mucha anticipación los inmensos tesoros de su subsuelo y el desarrollo de florecientes centros de población.

Terminada mi ardua labor, cábeme la satisfacción de haber aportado una no pequeña contribución a la ilustración y valorización de esas tierras bañadas con el sudor de nuestros heroicos misioneros que trajeron de Italia, junto con el ardor de la caridad, la luz de la fe y de la verdadera civilización.

ALBERTO M. DE AGOSTINI S. D. B.

*Es interesante notar que en las ediciones anteriores aparece la abreviatura S. S., que significa Sacerdote Salesiano, mención de pertenencia congregacional que posteriormente se cambia a S.D.B., que significa Sacerdote de Don Bosco. En adelante las Notas de Edición, marcadas con un asterisco (*), aparecerán al final de la página y entre paréntesis se indicará "Nota del Editor" (N. del E.).

CAPÍTULO I

ASPECTOS DE LA CORDILLERA PATAGÓNICA AUSTRAL

Situación y subdivisión – Extensión de los glaciares –
Particularidades morfológicas de la glaciación patagónica – Condiciones climáticas –
Estructura orográfica – Constitución geológica –
El Fitz Roy y la actividad volcánica de la Cordillera –
Efectos de la erosión glacial durante el Cuaternario – Fiordos y canales patagónicos

En la extremidad sur de la América Meridional se levanta la Cordillera Patagónica austral, flanqueada al oriente por una larga cadena de lagos maravillosos y al occidente, por un enmarañado laberinto de canales, fiordos e islas, que se pierden en las turbulentas aguas del Pacífico.

Se diferencia de la cordillera de más al norte por el extraordinario desarrollo de sus campos de hielo, que cubren como un inmenso manto sus áreas más elevadas, comparables tan solo con las regiones englaciadas de Spitzberg y de Alaska.

La singular belleza de sus fiordos, la majestad de sus montañas, la imponente grandeza de sus glaciares, que bajan hasta el mar entre una exuberante cornisa de forestas vírgenes, hacen de esta región una de las más atrayentes de la Tierra.

Cuando en 1915, en mis primeras excursiones a la extremidad sur de la Cordillera en la región de Última Esperanza, tuve la fortuna de contemplar por primera vez los macizos del Balmaceda, del Paine y las cándidas cadenas interiores de donde bajaban inmensos ríos de hielo, quedé profundamente entusiasmado y atraído.

También allí encontré las mismas montañas majestuosas y atrevidas de Tierra del Fuego, las mismas formas características de las cumbres y de los glaciares, pero con dimensiones mucho mayores, más gigantescas, y sobre todo una vastísima zona montañosa todavía desconocida, la cual, además del atractivo de sus bellezas naturales, encerraba problemas geográficos de sumo



Glaciar Moreno. *Una pared de hielo de 50 metros de alto*

interés, ofreciendo un campo virgen a los estudios naturalistas y glaciológicos.

Una profunda brecha abierta por el fiordo Baker divide esta inmensa Cordillera cubierta de hielo, en dos secciones: septentrional y meridional.

La sección septentrional comienza en la cuenca hidrográfica del río Huemul (45° 50' lat. Sur) y se extiende por dos grados hasta el canal Martínez del seno Baker (47° 45' lat. Sur). Poco se conoce aún de esta sección formada por un vastísimo altiplano cubierto de hielo, atravesado de norte a sur por una importante cadena de montes, notables por su altura y esbeltez de formas, entre los cuales se destaca el San Valentín de 4.058 metros, el más elevado de la cordillera patagónica*. De este monte descienden hacia occidente grandes glaciares, uno de los cuales es el San Rafael.

Más amplia y variada es la sección meridional, que fue objeto de nuestras exploraciones. Está constituida por una compleja cadena de montes, interrumpida y sumergida en algunos puntos por altiplanos y valles glaciares transversales, la cual se extiende por cuatro grados, desde el frente del glaciar Jorge Montt, que baja al estero Calén (48° 15' lat. Sur), hasta la extremidad austral de la Cordillera Sarmiento en el seno Unión (52° 15' lat. Sur).

En toda esta extensión de 440 kilómetros de largo por 50-90 de ancho, la cordillera está cubierta por un amplio y no interrumpido manto de nieve y hielo, que llena los valles, se ensancha sobre los altiplanos, sube a las cumbres de tres mil metros y luego desciende festoneado en centenares de glaciares, que bajan por los valles y se precipitan en los fiordos a occidente, mientras que al oriente, disuelven sus frentes en una no interrumpida serie de lagos de toda forma y dimensión.

Entre estas dos amplias secciones cordilleranas se levanta aislado, un poco más al oriente, otro sistema de montañas, que se podría llamar sección central, limitado al norte por la depresión hidrográfica del río Baker y el lago Cochrane-Pueyrredón, y al sudeste por la cuenca fluvial del río Pascua y la del lago San Martín. Está constituido por algunas cadenas de montañas revestidas

*La altura efectiva de este monte es de 3.910 metros. Debe tenerse presente que en la época de los viajes del P. De Agostini muchas de las alturas asignadas a cerros de los Andes Patagónicos eran aproximadas. Para una adecuada información sobre el particular se sugiere consultar el libro *Patagonia, Tierra mágica para viajeros y alpinistas,* de Gino Buscaini & Silvia Metzeltin (Desnivel Ediciones, Barcelona, 2000) (N. del E.).



Última Esperanza. *Glaciar Grey*

en gran parte de glaciares entre las cuales se insinúa una bellísima hilera de lagos. Sobre todos estos montes se destaca por su altura el macizo San Lorenzo de 3.700 metros.

La glaciación patagónica tiene particularidades que la distinguen de otras. Haremos una breve descripción. El gran manto de hielo que cubre estas dos secciones cordilleranas es mucho más extenso que los casquetes glaciales que coronan los altiplanos de Noruega, de los cuales descienden numerosas y cortas corrientes marginales.

De aquellos difieren también porque la Cordillera ofrece un relieve más marcado y variado, siendo más profundos los valles y más vastas y definidas las cuencas de alimentación de los distintos glaciares. Con todo, la glaciación patagónica no puede ni remotamente compararse con el hielo continental (*Inlandsis*) de Groenlandia, donde un manto inmenso y uniforme, apenas interrumpido por algún *nunatak*, baja de golpe de la costa y se fracciona en grandes lenguas de hielo sobre el mar, desprendiendo de sus frentes enormes témpanos o *icebergs*[1].

[1] La denominación "hielo continental", aplicada por algunos autores a esas grandes masas de hielo que cubren áreas considerables de la Cordillera Patagónica austral, no parece justificada. Hay, sin duda, en las dos mencionadas secciones cordilleranas, particularmente al noroeste del lago San Martín y al suroeste del macizo San Valentín, campos enomes de hielo, con un espesor de varios centenares de metros que cubren una superficie de varios miles de kilómetros cuadrados; sin embargo, los mantos de hielo de los Andes Patagónicos no ofrecen características que permitan compararlos con el hielo continental o Inlandsis.

Este, en efecto, consiste en enormes mantos de hielo, los cuales cubren un país entero y ocultan totalmente su relieve a la manera de inmensos escudos que terminan periféricamente con altas paredes cortadas a pique, o bien en bordes sinuosos, desde donde se desprenden, a veces, numerosas corrientes que bajan por los valles de la zona marginal. En el hielo continental fuera de los bordes no se distinguen glaciares independientes.

El tipo de "Inlandsis" está limitado hoy a Groenlandia, a algunas islas árticas y a la Antártica. Esta última nos ofrece el ejemplo más grandioso, ya que un continente entero yace oculto bajo un manto de hielo que se extiende hasta el océano, ofreciendo un frente flotante.

En la Cordillera Patagónica central y austral, las masas de hielo, si bien es cierto que llenan totalmente las altas cuencas y valles de la zona interior suavizando notablemente las desigualdades del terreno y formando en algunos lugares vastos altiplanos, no ocultan del todo el relieve, el cual sobresale en forma de cadenas, de crestones y de montes aislados, hasta centenares de metros de altura. La masa de hielo desborda por los boquetes de una cuenca o de un valle a otro, como asimismo de una a otra vertiente, pero, por lo general, las cuencas de alimentación de las principales cuencas glaciares se presentan bastante bien definidas.

De los mantos de hielo que cubren el interior de la cordillera salen, hacia uno y otro lados, numerosas corrientes de tipo alpino, algunas realmente imponentes, las que descienden encajonadas, cada vez más, en los valles hacia los fiordos de la costa del Pacífico, y hacia los lagos de la vertiente oriental.



Lago Argentino. *Troncos de árboles amontonados por la marejada en una bahía próxima al glaciar Francisco Moreno*

Algunas semejanzas podríamos hallar en los gigantescos glaciares de los macizos montañosos de Alaska, con excepción de los vastos conos de expansión en que aquellos se derraman en la región pedemontana y en la planicie costera.

Más bien el tipo patagónico de glaciación se parece al de Spitzberg por el gran manto de hielo suavemente ondulado, del cual emergen las cumbres más altas y las aristas rocosas del relieve fundamental en el cual están cortados anchos boquetes y depresiones que unen los glaciares de las vertientes opuestas. Hay que notar, sin embargo, que en la Cordillera Patagónica el relieve es mucho más grandioso, la elevación mayor y los valles, más amplios y profundos.[2]

La actual fisonomía de la glaciación patagónica se puede también comparar con la que ofrecían los Alpes en la época pleistocénica, pero, en estos, la cubierta de hielo era más extensa y más vastas las lenguas terminales.

Las varias lenguas de hielo, que se desprenden de las cuencas superiores de recepción y llegan a los valles, forman importantes glaciares de valle de tipo alpino. Pero entre estos, que ocupan el fondo de los valles y descienden a menudo hasta el mar, se pueden distinguir los de cuenca bien definida y los que no la tienen y que están constituidos por lenguas que salen de altiplanos de hielo donde las cuencas de alimentación se intercomunican y

[2] Por estos particulares caracteres que la diferencian de los demás, el tipo de glaciación patagónica, con justo motivo, como ya fue propuesto por Franz Kühn (Patagonia II, 1917, pag. 259), se debe distinguir con la denominación de "tipo patagónico de glaciación".

confunden. Numerosos son los glaciares de valle, más raros los de circo, unas y otras veces colgantes en las laderas empinadas de los valles[3].

Por lo demás, los caracteres de los glaciares patagónicos son análogos a los de los alpinos: las mismas estratificaciones con los mismos lentos movimientos de descenso, idénticas grietas marginales, longitudinales y transversales, incluyendo también grietas periféricas.

Las morrenas superficiales están bien desarrolladas, especialmente porque son alimentadas por abundantes precipitaciones, pero decrecen en la parte oriental, donde estas disminuyen.

Casi todos los glaciares de la vertiente oriental de la Cordillera se hallan ahora en una fase de retroceso, como lo demuestran las fajas despojadas de vegetación que bordean las lenguas terminales de los glaciares*.



Frente al glaciar Grey

Hace excepción el glaciar Moreno, en el brazo sur del lago Argentino, que, desde hace algunos años, está en continuo avance, amenazando con llegar en diciembre de 1939 a obstruir el Canal de los Témpanos[4].**

El gran desarrollo de este glaciar y su avance, mientras todos los demás, que bajan en esta misma cuenca a los lagos Viedma y San Martín, como puede observarse, delatan un reciente y sensible retroceso, constituye un fenómeno raro y digno de estudio.

Las causas que lo originan deben buscarse en las precipitaciones atmosféricas, que, en este lugar de la cordillera, son mucho más frecuentes y abundantes, y con elevada nebulosidad, debido a la más libre afluencia de los vientos cargados de humedad que llegan del Pacífico.

Por lo demás, es regla general que los glaciares respondan con tanto más retardo a las variaciones del clima (precipitaciones, nebulosidad, temperatura) cuanto más extensa es su cuenca

[3] Con el fin de conservar la propiedad de los vocablos hemos creído oportuno atenernos a una regla fija excluyendo aquellos términos que no corresponden al justo concepto y pueden crear confusión. Así denominamos **glaciar** o **helero** y no **ventisquero** a una "masa de hielo acumulada en las zonas altas de las cordilleras por encima del límite de las nieves perpetuas y cuya parte inferior se desliza muy lentamente, como si fuera un río de hielo" (A.E.); pues ventisquero – ventisca – tiene otro sentido y significa la parte superior del glaciar y precisamente una "altura de los montes expuesta a las ventiscas; sitio en las alturas de los montes donde se conserva la nieve y el hielo; masa de nieve o hielo reunida en este sitio". Por la misma razón denominamos **monte** o **montaña** a una gran elevación natural del terreno en vez de **cerro**, usado impropiamente en América latina para indicar toda elevación de terreno, cuando propiamente significa solo colina o pequeña altura.

*Interesante observación del autor, más si se tiene presente que fue realizada unos ochenta años atrás, circunstancia que pone de manifiesto que el fenómeno de retroceso glaciar no está ligado esencialmente al cambio climático, materia de actual preocupación mundial, sino que obedece a una dinámica propia del proceso de deglaciación iniciado miles de años atrás (N. del E.).

[4] El glaciar Moreno y sus oscilaciones fueron estudiados por los geólogos Hauthal (1899), Quensel (1908), Reichert (1914) y últimamente (1937) por el Dr. Egidio Feruglio. (Cfr. Egidio Feruglio, *Variaciones del glaciar Moreno*, en *Anales de GEA*, Buenos Aires, 1938).

**El glaciar Perito Moreno es compartido con Chile, donde recibe el nombre de Vidal Gormaz.



Lago San Martín. *Glaciar O´Higgins*

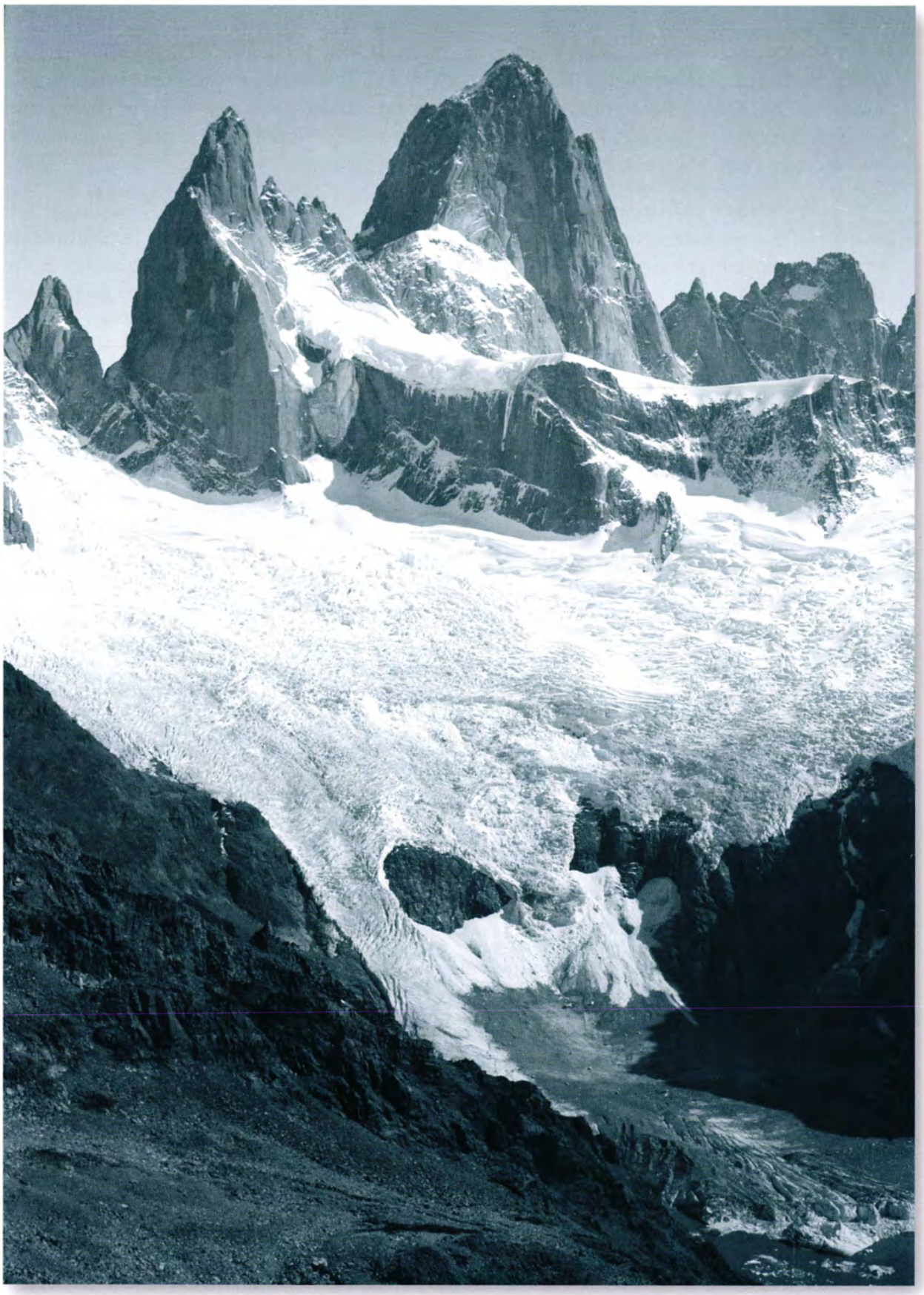
de alimentación y cuanto mayor es la longitud de su lengua y menor su pendiente. De ahí que glaciares muy cercanos se encuentren a veces en discordia de fase, o sea, unos en avance y otros en retroceso. Una clara demostración de este fenómeno lo encontramos en el canal de los Témpanos en el lago Argentino donde se observan dos glaciares limítrofes, el Moreno y el Ameghino, con caracteres opuestos, estando el primero en pleno avance y el segundo en notable retroceso.

Muy interesante resultaría un estudio del régimen de las corrientes atmosféricas y de los fenómenos meteorológicos que las acompañan, posible solamente con la instalación de estaciones meteorológicas en ambas laderas de la cordillera. Igualmente recomendable e importante sería un estudio sistemático de las variaciones de los frentes de los glaciares, del movimiento de las lenguas, etc., a base de observaciones y mediciones realizadas cada año o por lo menos cada dos o tres años.

En la vertiente occidental de la Cordillera, inmediata a los canales del Pacífico, donde las precipitaciones suelen ser más abundantes y constantes, los glaciares se mantienen estacionarios. Con todo, uno de los más extensos, el Pío XI, del cual hablaremos más adelante, situado en el seno Eyre, en el año 1925 avanzó en unos pocos meses algunos centenares de metros y llevó su frente hasta la orilla opuesta, cerrando así la extremidad norte de dicho seno*.

*El glaciar Pío XI es el más extenso del Campo de Hielo Patagónico Sur, pues su superficie ha sido calculada en 1.265 km^2. Supera así al Upsala (902 km^2), Viedma (945-862 km^2) y O'Higgins (893-747 km^2) que son las corrientes glaciares que le siguen en tamaño (N. del E.).

Monte Fitz Roy. Glaciar del río Blanco



Deposé

Fot. A. M. De Agostini

El retroceso tan rápido de los glaciares en la vertiente oriental de la Cordillera quizás dependa no solamente de la menor cantidad de nieve caída y de la suavidad de los veranos, sino también de los grandes incendios que, en estas últimas decenas de años destruyeron casi por completo los extensos y tupidos bosques que cubrían los valles cordilleranos, conservaban la humedad y favorecían las precipitaciones atmosféricas, factor indispensable para el desarrollo y conservación de los glaciares.

Un carácter particular de la glaciación patagónica es el que sus glaciares llegan a muy bajo nivel. La verdad es que en ninguna parte de la Tierra hay glaciares que a esa latitud tengan un desarrollo tan grande y lleguen hasta el mar con sus imponentes frentes, de las cuales se desprenden los témpanos, produciendo en el turista la ilusión de hallarse en regiones polares. En el hemisferio boreal se precisa subir hasta el paralelo 58° (Alaska), o bien al 68° (Jökelfjord, Noruega) para encontrar un glaciar que descienda hasta el mar, mientras aquí se lo encuentra a sólo 46° 40' de latitud sur, cerca del golfo de Penas (glaciar San Rafael).

Las causas que originan tan extraordinaria extensión de los glaciares en la Cordillera Patagónica están esencialmente ligadas al régimen de las corrientes atmosféricas, que, al sur de los 39° de latitud, se manifiestan bajo la forma de vientos fuertes, que soplan casi perennemente desde el sector comprendido entre el noroeste y el suroeste.

Estas corrientes, una vez saturadas de humedad sobre la superficie del océano, van a chocar con las elevadas cadenas marginales del Pacífico y, obligadas a ascender por las faldas, se enfrían y condensan el vapor de agua en forma de lluvia y nieve. Son tan abundantes las precipitaciones en el lado occidental de la Cordillera, que pasan de los 2.000 milímetros anuales y llegan en algunos lugares hasta los 4.000 y 5.000*.



La cumbre granítica del monte San Lorenzo (3.700 m)

Está ya demostrado que para el desarrollo y la conservación de los glaciares se necesitan nieves tan abundantes, que el calor del verano no alcance a fundirlas totalmente. Esto es precisamente lo que ocurre en los Andes Patagónicos australes, donde se suman a la constante nebulosidad, una temperatura estival notablemente baja y muy abundantes precipitaciones, principal condición para la formación de los glaciares.

Lamentablemente, en este soberbio escenario de picos y glaciares se desencadenan

*Es mucho lo que se ha avanzado desde tiempos de De Agostini en el conocimiento de la materia. La pluviometría de la zona occidental andina puede promediarse en alrededor de 3.000 mm anuales y en algunos sectores, como el archipiélago Madre de Dios, supera los 8.000 mm anuales (N. del E.).

a menudo las tormentas con extraordinaria violencia y duración. Las mismas corrientes atmosféricas, que con sus precipitaciones alimentan a los glaciares, son en gran parte las causas de estas perturbaciones que mantienen envueltos en un denso manto de nubes todos los montes.



Valle Moyano. *Glaciar que baja del monte Campana*

Despojadas de humedad en las partes más elevadas de los Andes, estas masas aéreas se precipitan con velocidad vertiginosa sobre las mesetas de la Patagonia donde llegan secas, de suerte que las precipitaciones son allí sumamente raras*. Por lo demás, toda la parte austral de América, a partir más o menos del paralelo 39°, se halla bajo el dominio de los vientos permanentes del oeste, cuya violencia aumenta en primavera y verano y dan fama tan poco lisonjera a la Patagonia. Así, mientras en la Cordillera el clima es húmedo y con variaciones no muy acentuadas de la temperatura (o sea, de tipo oceánico), en el altiplano es continental y árido, con saltos de temperatura rápidos y frecuentes, aun en la misma costa atlántica, que está bajo el influjo de las masas aéreas provenientes del interior. En la Cordillera Patagónica el cielo se muestra enteramente despejado sólo cuando sopla una ligera brisa del sur, que poco a poco deshace los vapores y da lugar a una calma soberana, mientras la presión barométrica sube sensiblemente. Son estos días de un esplendor y una transparencia excepcionales, pero muy raros.

Las corrientes atmosféricas, que explican la diversidad de climas en ambas vertientes de la Cordillera, determinan también las diferencias en las nevazones y en el desarrollo del hielo. En la vertiente occidental las cadenas internas de montes, a causa de la mayor copia de precipitaciones meteóricas, a la nebulosidad permanente y a la constante baja temperatura, que aún en verano no permite la fusión de la nieve, se hallan cubiertas hasta la cumbre por un manto no interrumpido de nieve y de hielo por entre el cual raramente asoman las rocas.

Al oriente, en cambio, los montes están en parte sin hielo, porque las precipitaciones son menos abundantes, el aire más seco y el cielo, más sereno. Con todo, en esta vertiente, la mayoría de las cimas, que sobrepasan los 2.500 metros, bajo el influjo de las corrientes húmedas y frías del tercer y cuarto cuadrantes están envueltas, hasta en las paredes rocosas a pique,

*El fenómeno se conoce como efecto "Föhn" (N. del E.).



Monte Torre con sus características incrustaciones de hielo

por espesas y fantásticas incrustaciones de hielo, formado por los vapores que allí se condensan y congelan.

Aunque la Cordillera Patagónica austral no esté muy avanzada en latitud y se encuentre vecina a centros poblados y con caminos que le dan fácil acceso, permaneció hasta hace pocos años casi desconocida, cual si estuviera desterrada en los círculos polares y todavía presenta hoy en su interior zonas inexploradas. Centenares de picos, cándidos macizos caprichosamente cubiertos de hielo y atrevidas agujas de granito o pizarra, no solamente no han sido escalados sino que permanecen en el misterio con sus cielos oscuros y tempestuosos*.

Después de mis repetidas expediciones a distintas zonas interiores por ambas vertientes, y de un reconocimiento aéreo de la zona de Última Esperanza, puedo hoy trazar con seguridad un esquema general de la estructura orográfica de la Cordillera Patagónica austral.

Comenzando por el sur, en torno al seno Unión se levanta la bellísima cordillera Sarmiento, completamente blanca de nieve, con picos de unos 2.000 metros que se yerguen inmediatamente sobre las aguas del mar entre el Canal de las Montañas y una profunda articulación de los canales patagónicos.

Mas allá, la Cordillera se transforma en vastos altiplanos y corrientes de hielo que se extienden hasta el fiordo Peel, apenas modificados por cimas bajas y por cadenas de un blanco inmaculado (1.500 – 2.000 metros), orientadas generalmente de noroeste a sureste. En este primer trecho se destaca por su masa voluminosa y su elevación el cerro Balmaceda, que avanza hacia el oriente en forma de gigantesco baluarte, entre la cabecera occidental del fiordo Última Esperanza y las cuencas hidrográficas de los ríos Serrano y Geikie y queda unido a la cordillera solamente por un bajo espolón cortado por un portillo que da fácil acceso a las dos laderas.

Otro importante macizo aislado que se extiende por un buen trecho hacia las terrazas patagónicas, entre el lago Nordenskjöld y la cuenca del río Paine, es el Paine, que se levanta treinta kilómetros más al norte del Balmaceda. Esta maravillosa cadena posee numerosos picos en forma de torres, agujas o pináculos, que le dan un aspecto imponente y fantástico: de estos, el mayor es el denominado precisamente Paine, de 2.840 metros.

*Es impresionante lo que se ha adelantado desde que el explorador hizo esta observación, en particular entre 1960 y el presente, al punto que podría afirmarse que restan todavía poquísimos lugares por explorar, en tanto que año tras año son escaladas nuevas cumbres andinas (N. del E.).

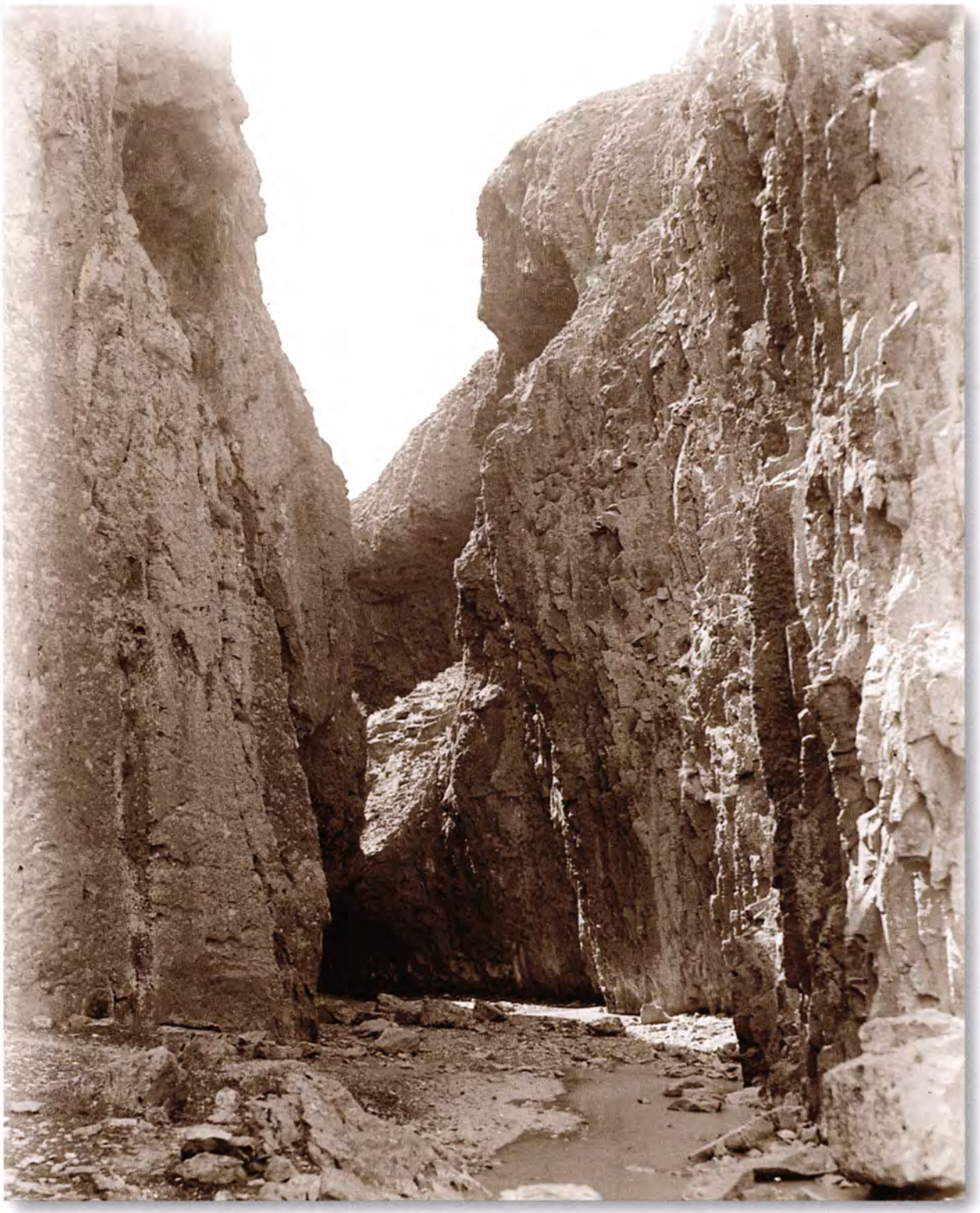
Al norte del grupo del Paine, la Cordillera Patagónica, flanqueada al oriente por los extensos brazos del lago Argentino, y al occidente por el seno San Andrés, se eleva gradualmente hasta el monte Roma, en forma compacta y con innumerables cumbres, algunas de las cuales sobrepasan los 3.000 metros. Un manto continuo de hielo reviste todos los accidentes del relieve y de vez en cuando desborda en las depresiones, bajando en majestuosas corrientes de hielo sobre los fiordos del lago Argentino (glaciares Moreno, Ameghino, Mayo, Spegazzini, Onelli y Upsala).

Desde el monte Roma el relieve disminuye y desaparece en parte bajo el gran manto de hielo y nieve del altiplano Italia, que a la altura de 1.900 – 2.000 metros se extiende con ligeras ondulaciones hacia el norte por unos cuarenta kilómetros, terminando a los pies de los contrafuertes meridionales del cordón Mariano Moreno. Solamente en los bordes del vasto altiplano, que mantienen un ancho de 10 a 15 kilómetros, se acentúa el relieve, al principio con pequeñas elevaciones hacia el poniente en forma de cimas aisladas de 2.200 – 2.500 metros, como el monte Torino (2.260 metros), unidas por crestas cubiertas de hielo que se precipitan por los canales del Pacífico; luego vienen montes más elevados, de los cuales el Riso Patrón es el que más resalta.

Al oriente del altiplano, la cadena central, que forma la línea divisoria entre Chile y Argentina, se prolonga hacia el norte con macizos de más de 3.000 metros, entre los cuales se destacan el Cono, el Murallón y el Don Bosco, separados entre sí por amplios boquetes cubiertos de nieve. En la vertiente occidental, esta cresta, que divide las opuestas pendientes, se presenta cubierta hasta la cima por los bordes del manto de hielo del altiplano Italia, que desborda desde los boquetes formando a su vez largas corrientes tributarias del glaciar Upsala.



Glaciares en los canales patagónicos



***Puerto Deseado**. Cañadón de las Bandurrias - Rocas porfíricas labradas por la erosión*

Este, el mayor en amplitud de cuantos posee la Cordillera Patagónica austral en su vertiente oriental, llena todo un amplio y profundo valle excavado entre la cadena preandina y la cresta divisoria de las aguas, y se extiende por unos treinta kilómetros desde su frente, que se disuelve en el lago Argentino, hasta el monte Don Bosco.

Al deprimirse nuevamente el relieve central, el glaciar Upsala se confunde, en su margen occidental, con la uniforme extensión de hielo y nieve del altiplano Italia. Más al norte esta gran masa de hielo de superficie casi llana, después de haber llegado a las bases del cordón Mariano Moreno, donde alcanza su mayor altura, se dirige hacia el noreste y vuelve a descender uniéndose al glaciar Viedma, que disuelve su frente de cinco kilómetros en el lago homónimo.



Estancia Los Leones. *Dique basáltico cerca de la Sierra de los Baguales*

Es en este segundo trecho, limitado por el seno Eyre al occidente, y por los lagos Viedma y San Martín al oriente, donde la Cordillera Patagónica sufre mayor discontinuidad por la interposición de altiplanos helados que le atraviesan de este a oeste en forma de amplias cuencas, de las cuales bajan lateralmente grandes corrientes de hielo.

La anterior compacidad y uniformidad está también alterada por el múltiple fraccionamiento y por la diferente dirección de las cadenas de montañas, las cuales, aunque situadas al margen de la Cordillera, conservan un notable desarrollo y elevación.

En efecto, después del altiplano Italia, es la vasta cuenca de los Cinco Glaciares, la que interrumpe el curso de la Cordillera e irradia cinco corrientes de hielo, las que a su vez limitan en su curso y aíslan importantes grupos de montañas. Entre estas citamos el cordón Adela, en el interior del cual se yergue al oriente el majestuoso pico Fitz Roy (3.406 metros) y más al norte la cadena Marconi, entre el valle del río de Las Vueltas y la cuenca glacial del lago Viedma.

El macizo Gorra Blanca (2.907 metros), que se levanta al margen de la Cordillera, se halla circunscrito así como sus contrafuertes orientales, por los glaciares Marconi y Chico, y el mismo cordón Mariano Moreno, que forma el *divortium aquarum*, está bruscamente truncado en ángulo recto por el glaciar Pío XI, que desciende al seno Eyre.



Monte Negro en la orilla del lago Cardiel

Al norte de la altiplanicie de los Cinco Glaciares, la cadena central recobra su forma elevada con imponentes macizos enteramente cubiertos de nieve y queda partida longitudinalmente en dos ramales por una extensa cuenca glacial, la cual se prolonga hacia el norte y termina en el fiordo Calén.

La cadena de montañas que se levanta a occidente de esta cuenca glacial, está constituida por el cordón Pío XI con el monte homónimo de 3.300 metros y por otras cumbres que superan los tres mil metros. Algo más al norte de esta cadena sobresale, casi aislado, el monte Pirámide, señalado en los mapas argentinos y chilenos con una altura de 3.380 metros*.

Desde el cordón Pío XI y otras montañas que hay más al norte se desprenden grandes heleros en dirección al Pacífico y que alcanzan los senos Eyre, Farquhar, Bernardo y Calén. Los más extensos y conocidos son el Pío XI y el Jorge Montt, que derriten sus gigantescas frentes, el primero en el seno Eyre y el segundo en el fiordo Calén.

Los montes que delimitan a oriente la mencionada cuenca glacial llevan el nombre de cordón Gaea y fueron explorados por el doctor Reichert y compañeros en el verano de 1933. Esta notable cadena de montañas que me fue posible divisar y fotografiar desde la cumbre del monte Milanesio, está formada por montañas todas blancas de nieve de 2.500 a 3.000 metros y se dirige hacia el noreste a lo largo del brazo sur del lago San Martín, delimitada en el norte por el glaciar O'Higgins y en el sur por el glaciar Chico.

En este último tramo, la Cordillera mantiene sus mayores alturas a lo largo de los brazos occidentales del lago San Martín con importantes macizos y picachos de los cuales los mapas señalan solamente los montes O'Higgins, Cóndor, Alesna y los Mellizos, de 3.000 metros de altura.

La elevación de los montes de la Cordillera Patagónica no es mucha, ya que fuera de los montes San Valentín (4.050 metros)** y San Lorenzo (3.700), ningún otro sobrepasa los 3.500 metros; gran parte de las cumbres se mantienen a 2.000 y algunas llegan a 3.000 y 3.400 metros más o menos. Sin embargo, quien observó de cerca los montes patagónicos ha admirado en ellos toda la magnificencia y grandiosidad de los mayores colosos de la montaña y ha experimentado hacia ellos una irresistible fascinación, que sólo son capaces de despertar las cimas excelsas. Cuando uno se encuentra frente a ellas y ve elevarse verticalmente sobre la cabeza aquellas gigantescas moles de granito o de hielo por dos o tres mil metros, queda impresionado fuertemente y convencido de que

*La referencia corresponde al volcán Lautaro, que tiene la altura mencionada. El cerro Pirámide, que pertenece al cordón Gaea, está situado a unos 20 kilómetros hacia el sureste de aquél y su altura es de entre 2.700 y 2.800 metros (N. del E.).

**Sobre la altura del San Valentín ver nota de p.16 (N. del E.)

los montes de la Patagonia, por su belleza y por lo atrevido de sus formas, no tienen nada que envidiar a los más elevados macizos alpinos y aun, tal vez, a los de las demás partes de la Tierra.

Las montañas de formas más elevadas e imponentes son las que están constituidas por rocas granodioríticas, de intrusión terciaria, que sobresalen de un manto de sedimentos cretáceos al margen de la Cordillera o a lo largo de la cresta principal, algunas de las cuales por su elevación y visibilidad fueron escogidas para la determinación de los límites entre Chile y Argentina.*



Monte Negro. *Disyunción prismática en una masa de roca magmática básica*

Estas resistentes masas intrusitas se fueron despojando poco a poco del manto de sedimentos en que estaban envueltas y que aún hoy se manifiesta en los restos de rocas esquistosas negruzcas que cubren las cúspides de algunas de ellas (Paine).

Se levantan como masas aisladas, ya en forma de macizos cupulares, ya como torres y agujas, por la facilidad que tienen estas rocas graníticas de partirse en sentido vertical (Paine, 2.400 – 2.700 metros), Fitz Roy (3.375 metros). Pero, aún cuando tienen formas cupulares y redondeadas, se presentan como formidables baluartes con altísimas paredes verticales, que les dan un aspecto sobremanera imponente e inaccesible. Entre estas últimas anotamos el Balmaceda (2.200), el Murallón (3.000)**, y el San Lorenzo (3.700).

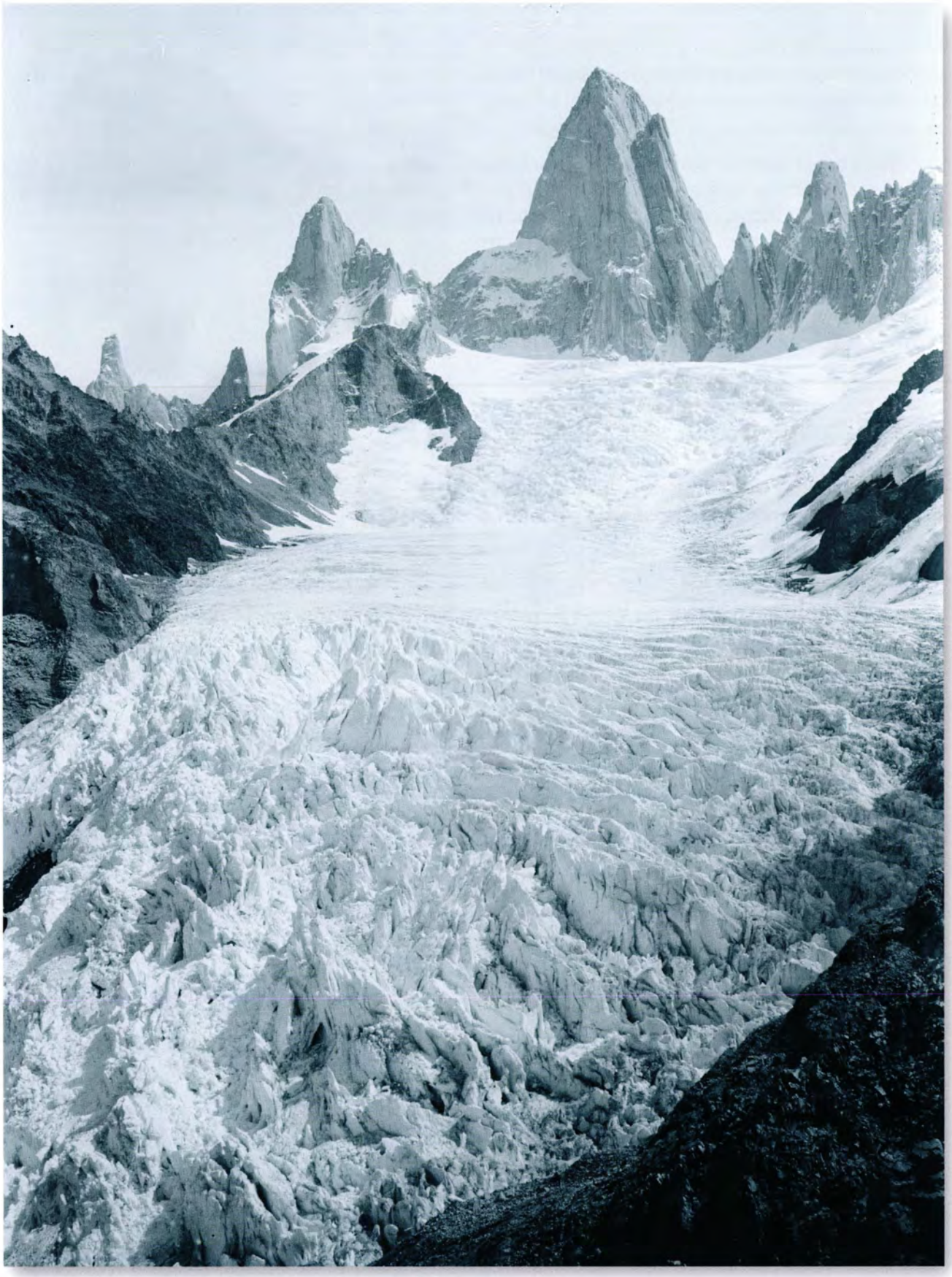
El límite climático de las nieves perpetuas*** en la Cordillera austral varía no solamente en relación con las diferentes condiciones térmicas de su extensión, sino también según la mayor o menor humedad, la abundancia de las lluvias de las vertientes y según la posición del relieve. Conforme a los pocos datos que se poseen, este límite de las nieves se mantiene en la zona norte (monte San Lorenzo, 47° 35' lat. Sur) entre los 1.600 – 1.700 metros y va después decreciendo a medida que se avanza hacia el sur, donde se alcanza, en la cadena Paine (50° 58' lat. Sur) los 1.200 – 1.300 metros.

El susodicho límite climático de las nieves está también en relación con el de la vegetación arbórea, la cual, en general, se desarrolla de 400 a 500 metros debajo de la línea de las nieves eternas.

Según las observaciones efectuadas por mí, el límite superior de la vegetación arbórea (*Nothofagus pumilio*) se encuentra en el monte San Lorenzo a 1.200 – 1.250 metros y baja

*De Agostini se refiere al criterio de delimitación establecido en el Tratado de Límites de 1881 entre ambas naciones (N. del E.).
**El cerro Murallón tiene 2.656 metros de altura (N. del E.).
***En el lenguaje de la ciencia geográfica, lo correcto es referir a las nieves permanentes. Esta denominación usada por De Agostini es más bien literaria (N. del E.).

Monte y glaciar Fitz Roy



Deposé

Fot. A. M. De Agostini

progresivamente hasta los 850 – 900 en la cadena Paine, y a 550 – 600 en el canal Beagle y cerca de Ushuaia (54° 45' lat. Sur) en la costa sur de la Tierra del Fuego.

Geológicamente, la Cordillera Patagónica se puede dividir en tres zonas, que se suceden en sentido longitudinal, o sea, de oeste a este, presentando cada una de ellas particularidades propias de estructura y constitución[5].



Lago San Martín. *Disyunción columnar en un manto de toba porfírica del Jurásico, frente a la estancia "Federica"*

Al oeste, sobre el Pacífico, tenemos la zona costera y montañosa del archipiélago patagónico en la cual aflora, en las innumerables islas y penínsulas, el gran batolito o serie de batolitos graníticos y granodioríticos cuya intrusión data del Cretáceo medio-superior que se extiende desde el golfo de Penas hasta el cabo de Hornos. Sigue al este la zona interna y más elevada, que forma la cordillera principal, casi enteramente revestida de hielo y nieve, compuesta de rocas esquistoso-cristalinas (filitas a menudo cuarzosas, y rocas marmóreas) y sedimentarias (pizarras arcillosas oscuras fuertemente plegadas y a veces metamorfoseadas) que pertenecen al Paleozoico y en parte al Mesozoico. De este manto sedimentario emergen algunas masas aisladas, a veces bastante extensas, de granito y de diorita cuarcífera, cuya intrusión se remonta probablemente al Cretáceo superior. Estas masas intrusivas, fácilmente reconocibles por sus formas bizarras y descollantes y por sus colores claros

[5] Los primeros datos sobre la geología de la Patagonia se deben a Carlos Darwin (1834) que a bordo de la "Beagle" visitó las costas y con el capitán Fitz Roy remontó un buen trecho el río Santa Cruz. Recién a fines del siglo pasado [XIX], cuando se discutió la cuestión de límites entre la Argentina y Chile, comenzó el verdadero estudio geológico de la Cordillera austral por obra de R. Hauthal, S. Roth y A. Mercerat, invitados por el Gobierno argentino. Precedieron a estos estudios y luego los siguieron, tanto en la Cordillera como en la región atlántica, las expediciones de Francisco Moreno, Carlos Ameghino y J. B. Hatcher (que encabezó en 1896 y 1899 las expediciones de la Universidad de Princeton), Otto Nordenskjöld, P. D. Quensel, M. A Tournoüer, L. White, G. Bonarelli, J. Felsch, R. Wichmann, J. Keidel, A. Hemmer y C. Caldenius, los cuales recogieron nuevos e importantes datos geológicos en la región andina y extra-andina de la Patagonia austral. Son notables los estudios paleontológicos de Florentino Ameghino sobre los vertebrados del Terciario y especialmente sobre los mamíferos coleccionados por su hermano Carlos; los de Herman von Ihering sobre braquiópodos y moluscos del Cretáceo y Terciario; los de W. B. Scout y W. J. Sinclair sobre los mamíferos del Santacrucense; los de A. E. Ortmann sobre los invertebrados del Terciario; los de F. von Huene sobre los dinosaurios del Cretáceo superior, los de Th. Halle sobre las plantas fósiles del lago San Martín y de la Tierra del Fuego, y los de F.B. Loomis, B. Patterson, E. S. Riggs, G. G. Simpson, A. Bordas y A. Cabrera sobre los vertebrados del Terciario inferior.

Una valiosa contribución al conocimiento geo y paleontológico de la Patagonia ha sido aportada, en estos últimos años, por los geólogos de la Dirección de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, y especialmente por el doctor Egidio Feruglio, que también realizó varias campañas de estudio en el altiplano y en los Andes. El mismo estudioso ha sintetizado los resultados de las investigaciones más recientes en un mapa geológico general de la Patagonia y Tierra del Fuego que fue publicado por iniciativa de la mencionada dependencia.

En el verano de 1930 participó el doctor Feruglio en una expedición mía a la Cordillera Patagónica al occidente del lago Argentino, acopiando una importante serie de observaciones sobre la constitución geológica y la morfología de aquella región, las que aparecieron en el tomo XXXVII del *Boletín de la Academia de Ciencias* – Córdoba, 1944.



Banco potente de sedimentos arcilloarenosos silicificados del Cretáceo inferior, de disyunción vertical, en la ladera septentrional del monte Pollone

o rosados (San Lorenzo, Fitz Roy, Murallón) debido a su mayor resistencia a la meteorización, constituyen, por largos trechos, la cresta principal de la Cordillera.

La tercera zona al oriente es la preandina, sólo en pequeña parte cubierta de hielo y constituida por espesos mantos de pórfido cuarcífero, alternado con tobas, brechas multicolores y recubiertos por un complejo de rocas ftaníticas, areniscosas y de pizarras arcillosas de colores oscuros, de más de 1.000 metros de potencia, cuya edad está comprendida entre el Titoniano inferior y el Cretáceo superior.

Estas rocas sedimentarias constituyen la mayor parte de la zona preandina y la vertiente oriental de la andina, e incluyen, en diversos niveles, restos fósiles mal conservados en pizarras, a veces transformadas en esquistos filíticos por metamorfismo dinámico y a veces también de contacto. A medida que se alejan de los macizos intrusitos, adquieren estas rocas los caracteres de sedimentos normales y contienen fósiles mejor conservados (lamelibranquios, amonites, belemnites y braquiópodos) del Titoniano (Jurásico superior) y del Cretáceo hasta el Huroniano inclusive.

Al oriente de la Cordillera Patagónica el altiplano se extiende hasta el Atlántico en una serie de amplias mesetas y terrazas constituidas por depósitos marinos y estuáricos del Cretáceo superior, y por sedimentos terciarios muy ricos en fósiles inferiormente marinos (patagoniense) y superiormente continentales (santacrucense). Todos estos terrenos están dispuestos en capas más o menos horizontales sobre una plataforma formada por pórfidos cuarcíferos, pizarras tobíferas y tobas multicolores que encierran en el Gran Bajo de San Julián, cerca de bahía Laura (Estancia Malacara) y de la Guitarra, restos muy bien conservados de plantas del Jurásico medio-superior.

Los mantos, o series de mantos basálticos que cubren las mesetas patagónicas en grandes extensiones, especialmente en las zonas inmediatas a la Cordillera, o que se presentan intercalados entre los sedimentos glaciales y fluvioglaciales, así como las ruinas de cráteres circundados de escorias volcánicas que se observan en distintos lugares, atestiguan que la Patagonia fue teatro de grandes erupciones volcánicas acaecidas hacia el fin del Terciario y del Cuaternario, durante y sobre todo después de los movimientos orogénicos que levantaron la cordillera. La actividad ígnea continuó localmente también en la época postglacial, pero hace ya tiempo que está enteramente apagada.



Monte de La Ventana. *Arco natural labrado en las rocas basálticas*

En la Cordillera Patagónica austral no existen –fuera del monte Burney, situado en los 52 grados de latitud y que dio señales de vida todavía en el año 1910– montes como los de reciente actividad volcánica que aparecen al norte del paralelo 46°, a lo largo de las costas del Pacífico; a menos que ulteriores exploraciones de las cadenas internas, aún desconocidas, demuestren lo contrario.

Se había creído por muchos años que el monte Fitz Roy (el Chaltén de los Tehuelche) era un verdadero volcán, y así efectivamente lo describe el perito argentino Francisco Moreno, cuando efectuó su primer viaje de exploración (1876-77) al norte del lago Argentino en compañía del subteniente de la marina argentina, Carlos M. Moyano. Engañado por el penacho de nubes que casi siempre corona la cumbre, y por las informaciones de los indios, nos lo describe así: "En un momento en que se hace un claro entre los vapores agolpados, vemos el negro cono del volcán y una ligera columna de humo que se eleva de su cráter. Los Tehuelche me han mencionado varias veces y con terror supersticioso esta 'montaña humeante'. Es el 'Chaltén', que vomita humo y cenizas y que hace temblar la tierra; sirve de morada a una infinidad de espíritus poderosos que agitan las entrañas del cerro. Como este volcán activo no ha sido mencionado ni por navegantes ni viajeros, y como el nombre de 'Chaltén' que le dan los indios, lo aplican también a otras montañas, me permito llamarle 'Volcán Fitz Roy' como una muestra de la gratitud que los argentinos debemos a la memoria del sabio y enérgico almirante inglés que dio a conocer a la ciencia geográfica las costas de la América austral"[6].

También Ramón Lista, que visitó el lago Viedma describiendo el imponente aspecto de la cadena andina, afirma la actividad volcánica del Fitz Roy en estos términos: "Allí se alzan las cumbres más audaces y bellas de la Patagonia, como el volcán Fitz Roy, macizo tal vez traquítico que de vez en cuando se enciende y alumbra las noches de estas regiones".

El primero que advirtió el error fue el mismo Moyano que, de vuelta al lago Argentino (1884), y observando con un potente anteojo las cimas andinas, no vio nada que acusara el menor vestigio de erupción. "El que más observé, escribe, fue el Chaltén, debido al error en que incurrimos con Moreno al considerarlo un volcán, engañados por las nubes que siempre coronaban su cima, y las contestaciones de los indios que, ajustándose a su construcción gramatical, inducen y dan lugar a muchas equivocaciones según la forma en que se les interrogue y el uso que se haga de los negativos"[7].

Supone él que el verdadero volcán se encuentra al noroeste del Fitz Roy, y esta hipótesis hoy es valorada por mejores datos, como yo lo he podido verificar oyendo a los habitantes de las estancias situadas en las regiones vecinas a los lagos Cardiel y San Martín. Estos, efectivamente, aseguran haber visto en varias oportunidades una columna de humo surgiendo del interior de la cordillera, al occidente del brazo sur del lago San Martín, acompañada alguna vez por ruidos y resplandores rojizos de llamas, visibles de noche, y de una lluvia de cenizas tenue, de color gris.

Un rastro del calor, que yo atribuyo a la proximidad de un volcán, lo pude constatar en 1935 durante una excursión al interior de los campos de hielo al noroeste del Fitz Roy, pues encontré allí una zona que por la insólita forma de las hendiduras revelaba haber sido súbitamente atacada por

[6] Moreno, *Viaje a la Patagonia austral, 1876 - 1877*, Buenos Aires, 1879, págs. 415 - 418.
[7] Carlos M. Moyano, *Viajes de exploración a la Patagonia*, Buenos Aires, 1931, pág. 169.



Lago Viedma. *Frente del glaciar Viedma*

una poderosa ola de calor, consolidándose después al retorno de la temperatura correspondiente. Además, una capa de arena de color gris claro y muy fina, amontonada a lo largo de las grietas, me hizo sospechar que no se trataba de un simple limo glacial, sino de ceniza volcánica. La muestra que allí recogí demostró efectivamente, por el examen microscópico, que se trataba de toba de data reciente y origen cercano[8].

La amplia cinta negruzca, que sobresalía alrededor y flanqueaba por largo trecho la margen sur del glaciar Chico, atestiguaba también la influencia de un fuego volcánico no lejano, el cual debía haber hecho derretir la nieve de la cual estaban cubiertas[9]*.

El geólogo Hauthal en 1902 aclaró más aún la estructura del Fitz Roy, afirmando que no era un volcán sino un lacolito granítico.

Esta afirmación fue repetida por Quensel y otros autores. En 1916, Witte, de la expedición alemana al lago Viedma, que tuvo la ocasión de contemplar de cerca este monte,

[8] El examen microscópico realizado por el profesor Luis Peretti, del R. Politécnico de Turín, dio los siguientes resultados.
a) Feldespato incoloro o blanco no alterado (en parte oligoclasa).
b) Fragmentos de pasta lávica compacta, gris oscura, de vidrio volcánico, finamente poroso (pómez).
c) Cristalitos rotos de hornblenda, vesuvianita, etc., sin mica, calcita, etc.

[9] Recientes excursiones aéreas en el interior de estas vastas cuencas glaciales han revelado por medio de la fotografía que entre el glaciar Chico y el glaciar Viedma existen tres notables centros volcánicos. El más importante es el austral, que se encuentra en plena depresión longitudinal, frente a la abertura por la cual baja el glaciar Viedma. El centro de erupción comprende un área de 8 kilómetros en el sentido longitudinal y de 4 en el transversal, a saber 32 kilómetros cuadrados. A 8 kilómetros al norte de este centro existe otro centro volcánico de menor extensión, hacia el sudeste del cordón Gaea, muy lejos del lugar alcanzado por nosotros en febrero de 1936.

*El misterio del centro volcánico activo en el interior de la Cordillera fue develado en 1933 con la observación hecha por Reichert, quien fue el primero que vio fumarolas en el cerro Lautaro, fenómeno que fue definitivamente ratificado por Eric Shipton en 1960 (N. del E.).



Piedra clavada. *Torreón formado por la degradación meteórica en un banco de arenisca conglomerado del Senoniano (Cretáceo superior)*

negó absolutamente que el Fitz Roy fuera un lacolito, asegurando que era de cuarcita como el vecino monte Torre.

Del estudio de las muestras recogidas por mí en 1931 en los flancos occidentales resultó que el Fitz Roy se compone de granito que pasa a diorita cuarcífera. Queda así comprobado que este monte es la parte superior de una masa intrusiva granodiorítica, que penetró durante el Cretáceo en las formaciones eruptivas y sedimentarias mesozoicas y que luego fuera puesta parcialmente al descubierto por la denudación.

Si la glaciación de la Cordillera Patagónica nos maravilla por su gran desarrollo, no representa, sin embargo, más que un leve residuo de lo que era durante las expansiones del Cuaternario.

Los rastros profundos de la erosión glacial (rocas aborregadas, estriadas, alisadas, cuencas lacustres, terrazas, etc.) y los enormes anfiteatros morrénicos, acumulados en las desembocaduras por el oriente de los grandes valles, y sobre las terrazas extra-andinas, demuestran claramente cuán gigantesca fue la extensión del manto de hielo que durante las fases glaciales pleistocénicas cubría por el occidente toda el área del archipiélago patagónico fueguino hasta el cabo de Hornos, mientras por el oriente bajaba hasta el altiplano en forma de enormes corrientes de hielo con cuencas de recepción independientes, subdivididas en numerosas lenguas y lóbulos terminales, bien determinados.

Al retirarse los glaciares, se formaron los grandes lagos andinos que se extienden, en una cadena ininterrumpida, paralelamente al eje de la Cordillera en su flanco oriental y que penetran también en las mesetas orientales. Estas amplias cuencas glaciales representan antiguos valles excavados transversalmente en la cadena andina, por el agua, y luego ampliados y profundizados por los glaciares. Entre los más notables de norte a sur, citamos el Buenos Aires, el Cochrane-Pueyrredón, el San Martín, el Viedma y el Argentino*.

*A contar de 1950 (en la primera edición de la carta preliminar, escala 1: 250.000), las secciones chilenas de los lagos binacionales Buenos Aires y San Martín fueron denominadas "General Carrera" y "O'Higgins", respectivamente (N. del E.).



Lago Argentino. Glaciar Ameghino

Mientras en la parte occidental estos lagos cortan los flancos de la Cordillera, formando profundas ramificaciones en forma de fiordos, en la parte oriental se ensanchan como cuencas hacia el altiplano, limitados por bordes aplanados o por terrazas lacustro-glaciales, distribuidas en varias series, y por vastos anfiteatros morrénicos compuestos de varios arcos concéntricos.

Estas cuencas lacustres tienen su superficie a 200-280 metros sobre el nivel del mar, mientras que el altiplano que las rodea por el oriente se yergue inmediata y verticalmente hasta una altura de 700-800 metros.

La acumulación de vastos depósitos morrénicos hacia la extremidad oriental de los lagos, mientras continuaba la acción erosiva de los glaciares en el flanco occidental de los Andes, donde las precipitaciones son más frecuentes y copiosas, alteró profundamente el antiguo sistema hidrográfico de la Patagonia, obstruyendo, luego de la disipación del manto de hielo, la primitiva salida de las aguas por la pendiente atlántica, derivándolas hacia el Pacífico. Por efecto de la más rápida profundización de los valles que descienden a este último, los grandes lagos Buenos Aires, Cochrane-Pueyrredón y San Martín, tributarios anteriormente del Atlántico, luego de la disipación del manto de hielo, han encontrado su salida al Pacífico a través de los cordones occidentales, originando así el río Baker, emisario de los lagos Buenos Aires y Cochrane-Pueyrredón, y el río Pascua, emisario del San Martín.

Los valles antiguos sobre los cuales corrían hasta el Atlántico las caudalosas corrientes de deshielo que salían de estas cuencas glaciales, están hoy en seco, o casi, como el río Deseado, el río Chico de Santa Cruz y el río Shehuen o Chalía. Solamente el valle del río Santa Cruz, emisario de los lagos Viedma y Argentino, está aún activo, porque al occidente de los mencionados lagos la Cordillera se mantiene todavía como un cordón relativamente compacto y de apreciable elevación.

Pasando a la vertiente occidental de la Cordillera, que se extiende a lo largo de las aguas del Pacífico, encontramos aun más marcadas las huellas de la extraordinaria glaciación de la época pleistocénica en un inmenso número de canales, ensenadas estrechas y profundas, de márgenes paralelas, con bordes tallados a pico, a la manera de fiordos, donde las rocas expuestas al fuerte viento de occidente muestran claramente el modelamiento clásico de los glaciares.

Estos canales y fiordos son muy semejantes a los de Noruega, con la única diferencia que, mientras en la Cordillera Patagónica meridional posee un relieve más acentuado y se encuentra aún bajo el inmenso manto de hielo y nieve, el macizo escandinavo posee nada más que el típico hielo de calota sobre las mesetas terminales (*icefields*). Tienen también mucha semejanza con los fiordos de Spitzberg porque, aun con un relieve menos emergente, análoga es la glaciación de grandes mantos de los que se desprenden y bajan hasta el mar numerosos glaciares.

Toda la costa patagónica occidental, desde el seno de Reloncaví hasta el cabo de Hornos, está dentellada por una gran cantidad de fiordos, que por sus particularidades morfológicas, por extensión y número permiten dividirla en dos secciones: la septentrional y la austral.

En la zona septentrional, cuyo límite sur podríamos fijar en la península de Taitao, los fiordos excavados en la vertiente occidental andina son relativamente escasos y poco desarrollados: faltan sobre todo los fiordos transversales radialmente dispuestos en un sistema articulado con respecto al principal. Tienen, sin embargo, una compensación en la notable continuidad hacia el interior con valles continentales y ríos caudalosos de largo curso.

En la zona meridional, donde aún existen dos importante áreas de glaciación, los fiordos son más numerosos; pero, exceptuando el Baker, no tienen ramificaciones hidrográficas de importancia en la parte interior.

Esta falta se explica por el hecho de que los valles secundarios no pudieron ser profundamente esculpidos debido a los pocos cursos de agua, pero sobre todo a causa de la inmensa protección del manto de nieve y hielo que revestía el relieve andino y que aún hoy lo envuelve.

De este modo se presentan los fiordos Nelly, Jesuitas, Boca de Canales, que desembocan en el golfo de Penas, y los de más al sur, Caldeleugh, Eyre, Falcón, San Andrés y Peel que desde dicho golfo se suceden hasta el estrecho de Magallanes. Todos son de dimensiones notables y penetran transversalmente en el corazón de la alta y nevosa Cordillera andina con grandes ramificaciones, terminando las más de las veces al pie de vastas masas de hielo que descienden hasta el mar.

Estos fiordos se comunican externamente con los grandes canales longitudinales de la costa: Messier, Fallos, Wide, Sarmiento, Smyth, los cuales corren paralelos a la costa por centenares de kilómetros, como estrechos corredores entre elevadas montañas. Algunos de ellos son importantes vías de comunicación marítima entre el norte y el sur de Chile.



Bosque magallánico derribado por los vendavales.

El mayor y más característico de los fiordos patagónicos es, sin rival alguno, el Baker, de 120 kilómetros de largo, en todo semejante a los de Noruega pero más profundo (1.261 metros), con una boca de entrada de 17 metros de profundidad. Este magnífico fiordo con sus complejos brazos laterales y con sus ramificaciones continentales en profundas depresiones, constituidas por las tres cuencas hidrográficas de los ríos Baker, Bravo y Pascua, con sus correspondientes lagos Cochrane-Pueyrredón y San Martín, corta transversalmente el macizo patagónico con gigantescas hendiduras, la mayor de las cuales, desde el ángulo interno del fiordo Baker hasta la extremidad oriental del lago Buenos Aires, mide 220 kilómetros.

Resultaría muy interesante un estudio batimétrico de estos fiordos, pero ya de lo que anticipan los sondeos efectuados por varias comisiones hidrográficas, especialmente chilenas, casi todos presentan un umbral en la embocadura y bastaría un ligero levantamiento para que muchos de ellos quedaran convertidos en grandes lagos terminales como los de la vertiente opuesta.

Los fiordos patagónicos eran originalmente valles continentales formados por un complejo de agentes exógenos, especialmente por la erosión de las aguas en los tiempos preterciarios, y luego ampliados y profundizados por la erosión de los glaciares cuaternarios. Al disiparse la masa de hielo que los rellenaba, y a consecuencia quizá de bradisismos y de otros complejos fenómenos geológicos que causaron el hundimiento parcial del macizo andino, las aguas del mar invadieron por decenas de kilómetros los valles, transformándolos en los actuales fiordos.

Cuando se ingresa en estos profundos senos flanqueados de altas montañas se tiene la impresión de hallarse en los valles alpinos, y como ejemplo típico quisiera citar el valle de Aosta, si alguna vez fuese invadido por el mar hasta los 2.000 metros. De esta súbita inmersión resultaría un magnífico fiordo que desde el anfiteatro morrénico de Ivrea, se insinuaría en el valle axial hasta los pies del monte Blanco, mientras todos los valles laterales resultarían como otras tantas ramificaciones del fiordo principal, pudiéndose entonces navegar hasta las bases del Cervino, del Rosa, del Gran Paradiso y demás macizos alpinos.

Consecuencia de la sumersión del continente patagónico, aunque hoy tiende a levantarse, es la dentelladura de la costa que se extiende por diez grados de latitud desde la península de Taitao hasta el cabo de Hornos, en forma de larga faja con millares de islas, algunas de ellas bastante extensas.

Todas estas islas son de naturaleza montañosa, y las más elevadas tienen en la cumbre pequeños glaciares o manchas de nieve, mientras los flancos están recubiertos de un denso y verde manto de florestas vírgenes.

Cuando se entra en esos canales y fiordos llama la atención el gran número de cascadas que se precipitan desde las escarpadas rocas de los montes hasta el nivel del mar, o bien se descuelgan con sordo fragor en abismos profundos entre densos bosques, desde donde sólo nos llega el eco misterioso.

Junto al blanco inmaculado de las nieves se destaca el verde fresco y exuberante de la floresta virgen que cubre las faldas de los montes y de los valles, suavizando las líneas severas del paisaje áspero y abrupto.

La belleza de esta floresta consiste en el esplendor y variedad de los árboles de hoja perenne que la constituyen. Hay cipreses, magnolias, hayas y laureles a los cuales la lluvia frecuente da un vigor poco común de frescura y de vida[10]. Bajo los árboles mayores crecen muchas especies de arbustos, entre los que sobresalen los *Berberis*, que forman una barrera espinosa e impenetrable. En todas partes, sobre el terreno y sobre los troncos vivos o abatidos en el suelo en estado de putrefacción, existe un denso manto de musgos, de líquenes y de otras criptógamas, que hallan en la sombra y en la humedad las mejores condiciones para su vida y desarrollo.

---

[10] La floresta austral cordillerana constituye una entidad fitogeográfica bien definida que se desarrolla en un régimen de clima rígido, con inviernos de larga duración y frío muy intenso. Pero no concuerdan los naturalistas en su denominación.

Hasta hace pocos años se la calificaba de "antártica", nombre aplicado por Förster y aceptado por insignes botánicos. Algunos exploradores modernos no lo consideran apropiado y con razón, sea porque no debe aplicarse un solo nombre a una región que se extiende por quince grados y con condiciones climáticas y geológicas bien variadas a lo largo y a lo ancho, sea porque no corresponde al concepto geográfico, pues está comprendida entre los 37° y 55° de latitud sur.

Skottsberg sustituyó el calificativo de "antártica" por "subantártica", queriendo indicar con este término la zona boscosa pobre de especies (*Artenarmer Wald*) que se extiende entre el fiordo Baker y el cabo de Hornos. A la zona rica en especies (*Artenreicher Wald*) que se extiende al norte, entre el fiordo Baker y el paralelo 37° al norte de Valdivia, Chile, la llamó Bosque Valdiviano.

Entre los autores modernos prevalece el término "magallánica" para la floresta que se extiende desde el fiordo Baker (47° latitud sur) hasta el cabo de Hornos, extremidad austral del archipiélago de Tierra del Fuego, y el de valdiviana para la situada al norte del mismo, desde los 47° al 37° latitud sur.

Esta es la opinión de Haumann, el cual establece un límite divisorio principal a la altura del paralelo 47°, separando una región septentrional valdiviana de otra austral magallánica (L. Haumann, *La foret valdivienne et ses limites*, 1916, pág. 83) También el naturalista S. Hambleton dice "que es la península de Taitao (46°-47° lat. sur) la línea de separación entre la rica flora de Llanquihue, Chiloé, etc., y la magallánica (S. Hambleton, *La línea de frontera con la República Argentina*, Riso Patrón, Santiago, 1907, pag. 149).

Las notables diferencias que se registran entre las precipitaciones atmosféricas de la vertiente occidental y las de la oriental de la Cordillera, originan sensibles desigualdades en el desarrollo y en la variedad de las especies que constituyen los bosques magallánicos.

Vemos, en efecto, en la zona del Pacífico, donde las lluvias alcanzan en algunos puntos hasta los 3.000-3.500 milímetros anuales, que la vegetación, favorecida por el clima húmedo, crece en forma exuberante, posee la mayor cantidad de especies arbóreas, con predominio de las siempre verdes (bosque hidrófilo), mientras que en la zona oriental, frente del Atlántico, siendo más seco el régimen climático, con vientos violentos y continuados, el bosque es más pobre en especies arbóreas y predominan las especies caducifolias (bosque tropófilo).

Bosque de Lenga. nothofagus pumilio



Deposé

Fot. A. M. De Agostini

CAPÍTULO II

ESTRECHO DE MAGALLANES Y CANAL SMYTH

Canales y fiordos patagónicos - Crock Reack y Long Reack - Entre tempestades y huracanes - Una semana bloqueados en el cabo Upright - Vientos y lluvias interminables - La oca antártica - Particularidades meteorológicas de los canales occidentales - Islas pintorescas - En el paso Tamar - A la deriva sobre los arrecifes Stragglers - La "Macrocystis pyrifera" - En el canal Smyth - Monte Burney - Encuentro con un viejo "lobero" - Orgía entre "loberos" e indios Alacalufe - La Cordillera Sarmiento

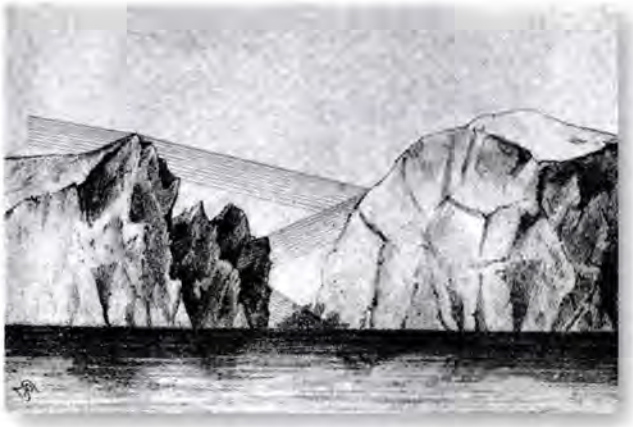
Al occidente de la Cordillera Patagónica austral, entre el estrecho de Magallanes al sur y el golfo de Penas al norte, se extienden los canales patagónicos.

Con un recorrido casi rectilíneo, se prolongan sin interrupción de norte a sur en una longitud de 550 kilómetros encauzados entre las estribaciones de la Cordillera de los Andes, por el oriente, y una cadena ininterrumpida de islas y escollos que se pierden en el Pacífico, por occidente.

Políticamente los canales patagónicos pertenecen a Chile y forman parte de los territorios de Magallanes y Aysén, con una superficie de más de 200.000 kilómetros cuadrados.

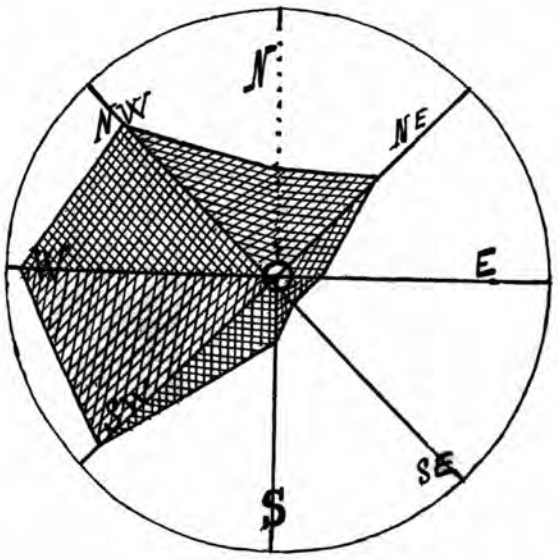
Los más conocidos y frecuentados son los canales Smyth, Sarmiento, Esteban, Concepción, Wide y Messier, porque constituyen la ruta usual de las naves que, viajando del estrecho de Magallanes a Puerto Montt y Valparaíso tratan de evitar las tempestuosas aguas del Pacífico. Pero al lado de estos se distribuyen en todas direcciones otros canales, grandes y pequeños, un laberinto de callejuelas, senderos, meandros solitarios que en curioso serpenteo se internan entre un ciclópeo conjunto de islas caprichosamente recortados por una infinidad de bahías, caletas y ensenadas.

Estas penetran en el corazón de la Cordillera entre gigantescas paredes de montañas, talladas a pique sobre el mar y revestidas de exuberantes bosques de hayas, cipreses y magnolias, formando los fiordos más gigantescos y majestuosos del mundo. Las masas de hielo que se desprenden de los glaciares llenan literalmente las bahías para ser arrastradas después a la deriva, a lo largo de los canales, por el viento y las corrientes.



Bosquejo que demuestra la acción de un "williwaws" en los canales magallánicos

Es un espectáculo impresionante por la severa grandiosidad de las montañas, la variedad infinita de las costas desmenuzadas en millares de islotes y escollos, por el encanto de la soledad, la magnificencia de los cielos, ora nebulosos y sombríos, ora diáfanos y luminosos, desde donde el sol proyecta sus luces sobre este fantástico cuadro de la naturaleza, salpicando en él las tonalidades más sorprendentes e inverosímiles. Exceptuando los ya mencionados y tal vez algún otro, los canales patagónicos aún poco explorados o totalmente desconocidos. Permanecen sobre todo inexploradas las ensenadas que, con sus múltiples ramificaciones, penetran la Cordillera, ya que solitarios y sumergidos en la soledad de elevadas montañas, entre glaciares y nieves perpetuas, estos fiordos ofrecen muy poco interés a los navegantes.



N	=	6
NE	=	8
E	=	2
SE	=	1
S	=	3
SW	=	15
W	=	16
NW	=	13
		64

Esquema de la frecuencia relativa de los vientos en la región magallánica a base de las observaciones de cuarenta años realizadas por el Observatorio Salesiano de Punta Arenas.

Fue justamente esta solitaria y virginal belleza de los fiordos con sus altísimas y blancas cadenas de montañas de las que había tenido una visión fugaz en un rápido viaje realizado en un barco a vapor al norte de Chile, lo que me llevó nuevamente a ellos, pero no ya en los usuales barcos correo sino en un velero provisto de motor, el Renato, de 40 toneladas de desplazamiento, fletado en Punta Arenas, a fin de poder visitar a mi gusto los lugares más interesantes e internarme en los fiordos inexplorados de la alta Cordillera.

El 7 de diciembre de 1928, después de un rápido viaje de diez días a la isla Negra, la Renato volvía por el canal Santa Bárbara al estrecho de Magallanes para seguir de inmediato al cabo Pilar y de allí dirigirse al norte, a lo largo de los canales y llegar a los fiordos Eyre y Falcón, en las cercanías de la angostura Inglesa[1]*.

[1] Cfr. De Agostini, *I miei viaggi nella Terra del Fuoco, La Isola Nera*, pags, 297-322, 3ª Edición, Torino, 1934.

*Este capítulo sobre la isla Negra no se encuentra en las ediciones en español e italiano anteriores a la referida por el autor (N. del E.).

Piloteaba la goleta el capitán genovés Luciano Formento, viejo y apreciado lobo de mar, gran conocedor de los canales. Completaban la tripulación de a bordo otros tres expertos marineros: un dálmata, un napolitano y un "chilote" (habitante de Chiloé).

Una sucesión de temporales de extraordinaria violencia dificultó desde el principio nuestro viaje. Los vientos soplaban de noroeste a suroeste sin interrupción y sin disminuir su violencia, encajonados en el corredor de altas montañas que flanquean el Estrecho, levantando una furiosa marejada de proa contra la cual la potencia de nuestro motor era insuficiente.

Esta parte occidental del Estrecho, que va del cabo San Isidro al cabo Pilar, ofrece, por su naturaleza montañosa, un notable contraste con la llanura oriental y presenta fenómenos físicos que modifican las reglas de la navegación y acrecientan los peligros de la misma. Desaparecen por completo las mareas de gran amplitud y las corrientes marinas son de escasa potencia, con excepción del paso Tortuoso (Crooked Reach), en las cercanías del cabo Crostide, donde las corrientes adquieren una velocidad de 3 millas por hora. Pero si los fenómenos relativos a los movimientos de agua se tornan prácticamente de escasa importancia, los atmosféricos constituyen en cambio uno de los peligros más serios y persistentes para la navegación.

Los vientos del noroeste y del suroeste, que en la zona oriental, a pesar de su gran potencia, mantienen más o menos la misma intensidad, en la zona occidental del Archipiélago, tienen direcciones casi opuestas pues son desviados en su curso por la distinta orientación de las montañas que flanquean los canales. La característica de estos vientos son las ráfagas que acompañan a los temporales (chubascos, cerrazones) de una violencia indecible y de breve duración, las cuales, descendiendo de los valles y montañas con un formidable estruendo son acompañadas, a veces, por una descarga de nevisca que oscurece el horizonte y levanta trombas de agua pulverizada que luego es arrastrada por el viento vertiginosamente sobre las aguas. Algunas veces estas ráfagas, que han sido denominadas por los loberos "williwaws" o ráfagas huracanadas, son tan extraordinariamente violentas, rápidas y fulminantes que destruyen a su paso cuanto no sea de una solidez absoluta.



Cruz monumental erigida sobre el cabo Froward en el extremo sur del continente americano. Debajo se ven las aguas del Estrecho y al fondo las montañas de Tierra del Fuego.

8 de diciembre – En las primeras horas de la mañana abandonamos bahía Mussel en la costa noreste de la isla Carlos III, donde habíamos pernoctado y proseguimos nuestro camino por el English Reach, entre la ribera suroeste de la península Brunswick y la isla mencionada, escarpada y hendida, formada por macizas rocas cupuliformes modeladas por antiguos glaciares, algunas de las cuales alcanzan hasta 432 metros de altura. Llegados a la extremidad occidental de esta isla viramos al

suroeste y penetramos en el canal Tortuoso, dejando a nuestra derecha el canal San Jerónimo, que conduce a los golfos interiores Otway y Skyring y cuya boca veíamos tallada en la costa norte entre las penínsulas Córdoba[2] y Brunswick*.

La primera parte de este pintoresco canal tiene solamente una longitud media de unos 2 kilómetros y se desliza entre altísimas y verticales paredes de montañas coronadas de nieves perpetuas y cubiertas hasta las dos terceras partes de su altura por espesas manchas de vegetación. Ya más adelante, frente al golfo Cóndor, se ensancha recibiendo el nombre de canal Indio hasta que, después de haber descrito un arco de 21 millas, desemboca en el vasto golfo Otway **. La corriente de este canal llega a adquirir en su parte más estrecha una velocidad de 11 kilómetros por hora. No habíamos recorrido más que unas pocas millas en el Crooked Reach cuando el tiempo, prometedor en las primeras horas de la mañana, cambió súbitamente y a eso de las 8 de la mañana densos nubarrones nos ocultaron la vista de las montañas y comenzó a soplar un fortísimo viento del noroeste.

Las riberas que flanquean este canal son sumamente desoladas y demuestran la fuerza del viento que las azota constantemente impidiendo el desarrollo de la vegetación. Curiosa e imponente es la forma del monte El Morrión, denominado así por Córdoba en 1786. Este es un monolito granítico liso y pulido que surge verticalmente del mar para alcanzar una altura de 330 metros en la margen sur del brazo Tortuoso y casi frente al cabo Quod[3].



El capitán Luciano Formento, al timón de la goleta "Renato"

No salíamos aún del canal Tortuoso cuando experimentamos la acción de una fuerte marejada que viene desde larga distancia, encajonada en ese largo y recto brazo de mar que con el nombre de canal Largo (Long Reach) constituye una de las partes más angostas del estrecho de Magallanes. La limitada fuerza de nuestro motor no puede vencer la fuerza de las ondas y debemos buscar rápidamente refugio en la costa, a la entrada del golfo de las Nieves (Snow Sound) donde pasamos todo el día. Este golfo es un gran brazo de mar de 18 kilómetros de longitud, circundado por montañas blanqueadas de nieve, que termina en dos fiordos en los que desembocan dos majestuosos glaciares. Bellísima y totalmente inexplorada es esta cadena de montañas, recubiertas por un gran manto de nieve y hielo, que se extiende entre los canales Santa Bárbara y Abra (Sea Shell) por el norte de la isla Santa Inés y desciende formando numerosas caídas de hielo sobre la costa del Long Reach.

[2] El nombre Córdoba (y no Córdova como es señalado en los mapas hidrográficos ingleses y chilenos) aplicado a esta península así como a una isla y a una profunda ensenada, situadas en la costa sur del Long Reach, fue puesto en honor del capitán español Antonio de Córdoba, que exploró el estrecho de Magallanes con la fragata Santa María de la Cabeza en dos expediciones efectuadas en los años 1785-1786 y 1788-1789.

*Más que golfos estos grandes espejos marinos interiores merecen ser llamados "mares", siguiendo una tendencia en la descripción geográfica iniciada pasado el medio siglo XX (N. del E).

**Corresponde al actual canal Jerónimo (N. del E.).

[3] Este cabo fue denominado Quad por el piloto Wood de Narborough (1670) y luego transformado en Quod por los ingleses.



Estrecho de Magallanes. *La goleta "Renato" en la bahía Fond*

9 de diciembre – Continúa soplando el viento noroeste pero ya con menos violencia. Zarpamos temprano y retornamos a nuestra ruta por el canal Largo, que se extiende recto en un recorrido de 34 millas, entre el cabo Quod y la punta Havanagh, extremidad occidental de la península Córdoba.

Ambas márgenes del canal presentan una sucesión de altísimas montañas de desnuda roca granítica, recortadas por profundos valles y pequeñas ensenadas que penetran la costa; una escasa vegetación cubre sus bases, mostrando sus árboles azotados y curiosamente retorcidos por los furiosos vientos que soplan casi de continuo. En la costa norte, hay montañas que son más elevadas y llegan a perforar las nubes a manera de agujas o crestas dentadas. Profundas sinuosidades las surcan y una que otra mancha de nieve se deposita en sus repliegues. De cuando en cuando algunos glaciares se precipitan en la garganta de las montañas, siendo entre ellos el más pintoresco y conocido el que, en rápida cascada de hielo con reflejos azul-verdosos, desciende a la bahía Ventisquero (glaciar Bay) deteniéndose luego cerca de un verdeante y frondoso bosque de hayas.

Los vapores que hacen la travesía del Estrecho lo visitan con frecuencia, pues encuentran allí un buen fondeadero, facilidad para renovar la provisión de hielo y una oportunidad de disfrutar al mismo tiempo de uno de los más majestuosos y curiosos espectáculos que la tierra magallánica puede ofrecer.



Mar gruesa del sur

Mientras nuestra goleta avanza con dificultad, nos alcanzan y adelantan dos *destroyers** chilenos, provenientes de Punta Arenas, que se dirigen veloces hacia el Pacífico. La severa y maciza silueta gris oscura de estas naves, coronadas por un penacho de humo, encuadra maravillosamente con el fondo también gris y sombrío de las montañas y del cielo.

Entretanto, el viento va adquiriendo mayor violencia y las olas se estrellan furiosamente contra nuestra pequeña embarcación que salta y se agita en forma endiablada, sin conseguir avanzar. Nuevamente nos vemos obligados a buscar resguardo y, a eso de las 10, anclamos en la bahía Cormorán, al norte de la isla Santiago.

Diciembre 10 – Durante la noche el viento hizo sentir su terrible ulular que se mezclaba con el fragor de las olas. En las primeras horas de la mañana, pareciéndonos que había llegado un período de tregua, continuamos el viaje. Pero, después de haberse levantado el sol sobre el horizonte, aumentó nuevamente la fuerza del viento, como ocurre a menudo, y apenas pasamos el cabo Upright, el oleaje de mayor potencia y altura a causa de la corriente del Pacífico con cuyas aguas habíamos tomado nuevamente contacto, nos obligó otra vez a buscar un fondeadero. Lo encontramos en una pequeña bahía ubicada entre las sinuosidades de algunos islotes, al sur de la bahía Alquilqua,

*Tanto en las ediciones españolas como en la italiana la palabra aparece en inglés. Se refiere a los destructores, barcos de guerra, en este caso de la Armada chilena. El cursivo es nuestro (N. del E.).

donde el capitán Formento acostumbraba refugiarse años atrás, cuando se dedicaba a la caza de focas.



Canal Sarmiento. *Restos de un naufragio*

No muy lejos de donde anclamos, entre un grupo de islotes y escollos que obstruyen la entrada de la bahía Alquilgua, emerge de las aguas como un fantasma, el esqueleto de un velero naufragado allí quién sabe cuándo. Sobresalen únicamente la proa, los mástiles y la antena, en gran parte destrozados por el viento y las tempestades. Por haberse desviado de la ruta habitual, recostándose sobre la costa sur a poco de haber penetrado en el Estrecho, impelido quizás por una fuerte tempestad y con precarias condiciones de visibilidad, había ido a estrellarse en uno de los tantos escollos submarinos que insidiosamente disimulados a flor de agua, constituyen un constante peligro en todo el largo de la travesía.

Diciembre 11-12 – Continúa el mal tiempo con una constancia impresionante. Si dura unos días más, tendremos que renunciar al viaje a cabo Pilar y aun a continuar hasta los canales patagónicos, donde la tarea que nos espera es más grande e importante.

Fortísimos temporales del noroeste se suceden sin interrupción, día y noche, acompañados de una lluvia torrencial. Nuestra estada a bordo es por demás monótona y tediosa. Gran parte del día la pasamos guarecidos en el castillo de popa, nuestro refugio predilecto, donde están emplazados el motor y la cocina. Una curiosa y penetrante mezcolanza de olores a peces y alquitrán, yodo y cables, nafta* y fritos, emana de este rincón de a bordo que se frecuenta con tanto cariño por la tibieza que difunde su estufita siempre encendida, mientras afuera la lluvia y el viento helado del sur hacen casi imposible el permanecer sobre cubierta. En esas largas horas de espera, pensaba para mis adentros en lo dura que debía ser la vida para la tripulación de los antiguos veleros que surcaban estos mares desconocidos, entre continuos peligros y con medios escasos y primitivos.

*Probablemente se refiera al petróleo del motor de la goleta o a la bencina de las lámparas. El término nafta se utiliza en Argentina así como el de bencina en Chile. Ambos son combustibles que se usan para hacer funcionar motores especialmente de automóviles (N. del E.).

Cien veces al día se consulta el barómetro, se escudriña el cielo, se espía el canal convertido en una impresionante masa de monstruosas olas impulsadas por el viento y lanzadas en una furiosa carrera por el canal.

De cuando en cuando, para desentumecer los miembros, descendíamos a tierra, pese al viento y la lluvia, e íbamos recorriendo los islotes vecinos a fin de cazar algunas aves, pues la carne fresca de las pocas ovejas que traíamos a bordo, se había terminado. Escasos son los volátiles en estos islotes batidos por el viento, pero asimismo encontramos a lo largo de la costa rocosa, en los lugares más salientes sobre el mar, algunos ejemplares de avutardas (*Chloephaga antarctica*) que cayeron bajo la certera puntería de Formento. La *Chloephaga antarctica* es una especie de oca grande, de pico muy corto y de formas muy elegantes; el macho es de plumaje blanco como la nieve, la hembra es negra con las plumas de las alas listadas de blanco*. Estos palmípedos se ven con frecuencia en estas costas y suelen andar siempre en parejas; pero no son tan sociables como las otras dos especies de avutardas que viven en la Cordillera y en la zona pampeana. Son muy desconfiados y huyen apenas notan la proximidad de seres extraños, pero cuando tienen crías que no pueden volar, se dejan aproximar hasta pocos metros, para protegerlos y facilitarles la huida.

Las excursiones al interior de las islas ofrecían pocos atractivos, pues no era posible atravesarlas sin quedar empapados de agua de la cabeza a los pies. El terreno recubierto de altos juncos, musgos y esfagnos, formaba un tapete esponjoso impregnado de agua, donde los pies se hundían con gran facilidad y a medida que nos internábamos en espesos y raquíticos bosquecillos de hayas, que crecían en los pequeños canales reparados del viento, copiosas duchas de agua caían desde las ramas sobre nosotros.

Toda esta zona occidental del archipiélago fueguino y de los canales patagónicos presenta fenómenos meteorológicos y físicos del mayor interés. La cantidad de lluvia que cae en estos parajes es verdaderamente enorme, y está considerada entre las más abundantes del mundo.

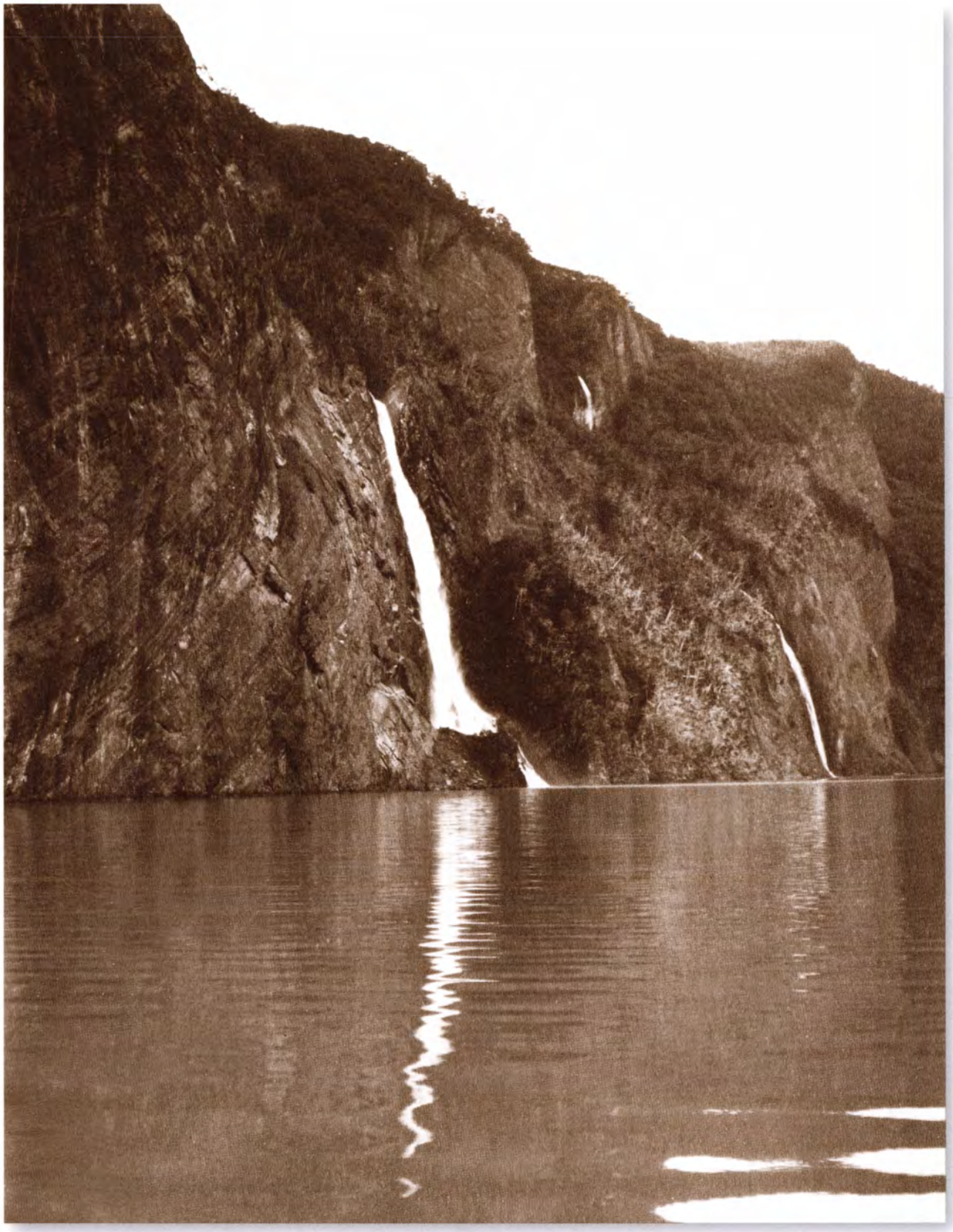
De las observaciones pluviométricas realizadas durante veinte años en las islas Evangelistas[4], donde hay instalado un faro con personal permanente, resulta que el término medio de lluvia registrado es de 2.900 milímetros al año, pero ha habido años en que la lluvia caída alcanzó a 3.450 milímetros**.

La temperatura es relativamente benigna, siendo la media anual de 6,2° grados centígrados. En los meses de enero y febrero, los más templados del año, la temperatura más alta registrada fue de 18, 2° y la más baja de 1,6°. El término medio de la presión barométrica es de 700 milímetros. La mayor presión se observa en junio y la menor en julio, lo que constituye un caso curioso. Casi no aparece el sol. En once meses y medio (345 días) de observaciones,

*Referencia a la caranca, actualmente *Chloephaga hybrida*. Para entender los cambios de denominación científica de las especies debe tenerse presente que la Taxonomía, como rama de la Sistémica, ha tenido una gran evolución desde el tiempo de las exploraciones del Padre De Agostini (N. del E.).

[4] En 1896 la marina chilena instaló un faro sobre el islote más grande del grupo Evangelistas. Esta instalación requirió una labor ímproba y dos años de trabajo. La mayor dificultad consistió en desembarcar el material de construcción en el islote de paredes verticales, expuesto a las furias de las olas del océano que son de potencia y dimensiones asombrosas. Aún durante lo que allí se llama perfecta calma, el movimiento de las aguas (mar de fondo) alcanza a 5 metros de altura. Desde el puerto Cuarenta Días -nombre que tiene su significado- al sur de la isla Pacheco, esperaban los días de calma y entonces ganaban rápidamente el islote, efectuando el desembarco con hábiles marineros adiestrados especialmente para esa difícil maniobra.

**La pluviometría media para Evangelistas es de alrededor de 3.000 mm anuales (N. del E.).



Numerosas cascadas bajan de las escarpadas montañas que flanquean los canales

un empleado del observatorio comprobó que el sol se dejó contemplar durante el día entero, solamente cinco veces. El resto del tiempo el cielo estuvo siempre nublado. No hay allí estaciones propiamente dichas, pues llueve, nieva y graniza constantemente. El clima de esta región, como lo ha denominado con exactitud el capitán King, "es frío, húmedo y borrascoso".

Los vientos predominantes son del noroeste y oeste y, en invierno, del norte y ocasionalmente del este. Las ráfagas de viento son de tal potencia que en una ocasión, en el faro Evangelistas voltearon un barril de 250 litros de capacidad. Durante las borrascas, las olas que rompen sobre la escollera, a 200 metros de distancia, llegan a sobrepasar con sus salpicaduras el islote de 56 metros de altura, por lo cual ha debido protegerse el depósito de agua pluvial para evitar que se mezcle con la salada del mar, tornándose no apta para el consumo.

Muy desolado y triste es el aspecto de esta costa que se extiende desde el cabo Tres Montes hasta el cabo de Hornos, completamente montuosa y escarpada, desnuda y rocosa, con una infinidad de islotes y escollos a los que la erosión de las gigantescas olas del mar han hecho aún más interesantes. Numerosos monolitos y farallones de curiosa y atrevida figura forman, en toda su extensión, una espectral barrera de centinelas avanzados, en perpetua lucha con las enfurecidas olas del Pacífico, por lo cual merecieron el acertado nombre de "Desolación del Sud" aplicado por el navegante inglés John Narborough*.

Aquí, en la embocadura del Estrecho donde nos dirigimos, hay cuatro de estos desolados islotes a los cuales Magallanes, por su número y forma, dio el nombre de Evangelistas y en el mayor de los cuales es donde se ha levantado el faro. Allí van a reposar los preciosos lobos de mar de dos pelos y las aves oceánicas. Los "loberos" (cazadores de lobos y focas) los visitan periódicamente esperando en puertos cercanos, durante semanas y hasta meses enteros, el preciso momento en que el mar en calma permita el desembarco, operación asaz difícil y peligrosa. Otros doce farallones se alzan al sur del cabo Pilar con el nombre de Apóstoles. El cabo Pilar es notable por su elevación de 552 metros y por su aspecto escarpado y elevado como un pilar, lo que le ha valido ese nombre. En el grupo Collage Rocks a occidente de la isla Santa Inés, algo más al norte de la costa Brava (Breaker Coast), me decía el capitán Formento, que exploró toda esa desolada escollera cuando realizaba sus cacerías de lobos marinos, que hay una roca cuya estructura se asemeja a la imagen de la Virgen con el Niño en brazos, la cual es venerada por los loberos quienes, al pasar cerca de ella, se descubren e invocan su protección para salir ilesos de las borrascas.

Los navegantes españoles y portugueses, siguiendo los impulsos de su profundo sentimiento religioso reavivado por las angustias de una penosa navegación en estas lejanas y desoladas regiones azotadas por continuas tempestades, han querido exteriorizar su gratitud por los peligros eludidos, aplicando el nombre de la Santísima Virgen y de los Santos a las islas, cabos y canales por ellos descubiertos.

*Acertada impresión que lleva a recordar a uno de los navegantes que más trabajó por el perfeccionamiento de la hidrografía patagónica occidental como lo fue el comandante Pringle Stokes, de la Real Marina Británica, quien durante una campaña de operaciones memorable en 1828 sufrió intensamente a consecuencia del rigor ambiental, al punto de caer en una depresión profunda que lo llevó al suicidio (N. del E.).

Canales patagónicos. Philesia buxifolia



Deposé

Fot. A. M. De Agostini

En los archipiélagos fueguinos y en los canales patagónicos se conservan intactas en gran parte estas denominaciones, edificantes testimonios de la fe de que estaban poseídos aquellos heroicos marineros.

Diciembre 13-14 – Después de fuertes vientos del noroeste y una lluvia continua, comienza a soplar viento suroeste y el barómetro sube rápidamente a 762 milímetros. Creíamos que con una presión alta llegaría el buen tiempo, pero en cambio los temporales han aumentado en intensidad hasta convertirse en verdaderos huracanes. Los chubascos que caen sobre nuestra pequeña embarcación son tan fuertes que llegan a amedrentarnos seriamente. El capitán ha asegurado la goleta con una segunda ancla y un cable atado a tierra. Ya ha transcurrido casi una semana, el tiempo que yo había destinado para visitar el cabo Pilar. Nos es imposible esperar más. Apenas se componga el tiempo atravesaremos el estrecho, para volver a tomar la ruta de los canales patagónicos hacia el norte.

Diciembre 15 – Van seis días sin que el viento ofrezca un minuto de tregua, antes bien durante la noche ha colmado toda medida. Las terribles sacudidas que daba a las cadenas de las anclas nos tenían en un continuo sobresalto impidiéndonos conciliar el sueño. Por la mañana fue calmándose gradualmente, lo que nos indujo a dejar nuestro refugio poco después de mediodía, e intentar la travesía del Estrecho para llegar, al anochecer, a cobijarnos en la orilla opuesta.

Apenas penetramos en las aguas del Estrecho, comprendimos que aunque el viento había amainado, el mar estaba aún agitado por monstruosas olas que obligaban a nuestra goleta a recibirlas parcialmente de popa, para no verse arrastrada a los profundos abismos.

Después de dos horas de viaje tocamos la orilla norte del Estrecho, al sur del cabo Providencia, y girando nuevamente a occidente navegamos en plena calma entre un rosario de islotes de formas muy graciosas y cubiertos de una vegetación forestal tan hermosa y pintoresca que nos llenaron de admiración.

Su naturaleza montañosa los hace aún más atrayentes por lo variado de sus valles y montañas, por las paredes gigantescas que caen a pique sobre el mar, surcadas por un sinnúmero de riachuelos y cascadas. Helechos, musgos, líquenes, adornan artísticamente



Puesta de sol en los canales

las bases de estas islitas, dejando en el margen inferior un zócalo de roca viscoso y negruzco, despojado de toda vegetación por el flujo y reflujo de las aguas. En las laderas, entre el intenso verdor de las hayas y magnolias, sobresalen, como palmeras, los elegantes y gigantescos helechos *Blechnum magellanicum,* cuyo tronco, de casi un metro de altura, termina en una magnífica cabellera de hermosas hojas pinadas y radiantes, de consistencia coriácea, verdes en su exterior y rosa oscuro en su interior, donde asoman las aún tiernas yemas. No faltan tampoco las soberbias y graciosas campanillas rosa-escarlata de esa magnífica liliácea llamada *Philesia buxifolia*, que se adhiere a los troncos y ofrece una nota de vida y belleza en la floresta magallánica. Al oscurecer anclamos en una bellísima caleta a la entrada del canal Silvia, situado entre la isla Providencia y la costa del continente.

Las aguas de la bahía están casi inmóviles y nos dan la ilusión de que fuera de allí todo está en calma, pero las nubes que pasan veloces y en desorden sobre nuestras cabezas, son claro indicio de que en el canal continúa enfurecido el mal tiempo. Durante la noche cae una lluvia torrencial que en las primeras horas de la mañana se transforma en nevisca acompañada de fuertes ráfagas de viento.

Diciembre 16 – Mañana oscura y tempestuosa. Salimos del canal Silvia y costeamos a sotavento una accidentada y montuosa prolongación de la península Muñoz Gamero, que termina con la isla Tamar.

Las aguas del Sea Reach (Paso del Mar) –así es llamado el Estrecho en este extremo oeste, porque las aguas están continuamente agitadas por los vientos y las corrientes– aparecen en lontananza de un color verde oscuro y casi se confundirían con el cielo denso y preñado de nubarrones si a trechos no aparecieran las blancas crestas de las olas que se elevan y se persiguen en veloz carrera acuciadas por el viento.

El airado aspecto del estrecho, casi nos hace perder la esperanza de poder, en esa jornada, ir más allá de la isla Tamar, que se halla relativamente cerca. Es este un peligroso trecho de mar, temido por los pequeños barcos de cabotaje, que navegando hacia el norte, a lo largo de los canales patagónicos, se encuentran completamente expuestos a la vehemencia de la gruesa marejada del suroeste, que llega del Pacífico a través de la abertura del Estrecho, entre el cabo Pilar y el archipiélago Reina Adelaida.

Viene a facilitar en algo esta peligrosa travesía el paso Roda, canal de tres millas de extensión, que se abre entre la península Tamar y la isla del mismo nombre, pero antes de llegar a él debemos atravesar unas dos millas de mar gruesa que nos embiste de proa y nos obliga a efectuar unas arriesgadas bordadas.

Son las nueve de la mañana. La goleta se aparta de la costa y, guiada por la experta mano del capitán Formento, inicia la ardua travesía. Apenas sobrepasado el baluarte rocoso del cabo Tamar[5], que detiene las aguas borrascosas del Estrecho, nos encontramos a merced de gruesas olas que se precipitan furiosas contra el ágil velero.

[5] Nombre de uno de los buques del Comodoro Byron.



Helecho (Blechnum magellanicum) que adorna las florestas en los canales patagónicos

El "Renato" afronta impávido el golpe de las olas, y se desliza sobre ellas como si fuera una gigantesca gaviota, pero bajo las violentas ráfagas se inclina de golpe y roza de un modo alarmante, con sus velas hinchadas, las espumosas crestas de las ondas marinas. Algunos virajes bruscos, mientras se hunde en lo profundo, no dejan de causarnos impresión, pero bajo el robusto brazo de Formento, que maneja hábilmente el timón, nuestro velero, encaramándose sobre las olas, sale de las hondas simas y después de algunas bordadas, en las que el avance se torna penoso por la violencia del mar, ganamos la embocadura del paso Roda, donde navegamos al fin en mar tranquilo.

Renunciamos por ese día a continuar el viaje y echamos anclas en el puerto Rachas, abrigado en la costa oriental de la isla Tamar.

Por la tarde descendemos a tierra y efectuamos una excursión a lo largo de la costa septentrional de la isla Tamar, la que tendremos que abandonar para surcar el último tramo peligroso que nos falta recorrer aún, antes de entrar al canal Smyth.

Alejándonos de la playa, trepamos las empinadas cuestas de la isla, impregnadas de agua y recubiertas de un tapete de musgos, líquenes y helechos. En los profundos cañadones que surcan



Monte Burney (1.768 mts.) desde las islas Otter, según un dibujo de C. P. Vereker de la expedición del capitán Mayne

la montaña hay vigorosas manchas de hayas, entre las cuales destacan las artísticas pirámides verde-claras del canelo *(Drymis winterii)* y las más oscuras del ciprés austral *(Libocedrus tetragona)*.

En pocas horas llegamos a un cerro elevado desde el cual se domina un extenso panorama sobre el estrecho y la cadena montañosa de la península Muñoz Gamero.

Es un paisaje por demás desolado y triste debido al desnudo y escarpado aspecto de las montañas que se extienden en el lejano horizonte formando una caótica aglomeración de cúspides y cimas redondeadas por la acción de los antiguos glaciares y barridas por los vientos que las azotan sin tregua.

A occidente, la llanura azul oscuro del Estrecho, surcada por las innumerables crestas blancas de las olas, se aleja y desaparece en la bruma tempestuosa del Pacífico, limitada al sur por el cabo Pilar, mientras a nuestros pies se extiende una costa abrupta sembrada de numerosos escollos, en los cuales las monstruosas olas se rompen y convierten en blanca espuma, haciendo llegar hasta nosotros un fragor sombrío y misterioso.

Durante la excursión encontramos entre algunas bahías ocultas, un buen número de grandes patos vulgarmente denominados "Pato a Vapor" o "Quetro" (*Micropterus cinereus*), algunos de los cuales cayeron bajo las balas de nuestro Winchester *.

El *Micropterus cinereus* es el ave más característica de la zona magallánica, porque, no pudiendo volar y teniendo las alas poco desarrolladas e insuficientes para sostener su cuerpo, que es de forma tosca y pesada como el de nuestras ocas, posee en cambio la facultad de poder deslizarse a gran velocidad en el agua, sirviéndose para ello de sus patas palmípedas y sus alas mochas que hacen girar rápidamente dejando tras de sí una estela de blanca espuma, como si fuera un vapor; de allí su curioso nombre ya citado, que al inglés se traduce *race-horse* o *races steamer*. En cierta ocasión tuve oportunidad, en Tierra del Fuego, de perseguirlo con una lancha a motor, y no obstante navegar a 9 millas por hora, no conseguí alcanzarlo. Cuando está en peligro se zambulle bajo el agua, donde puede permanecer largo rato. Vive siempre en parejas, pero a veces se encuentran grupos de 15 a 20 individuos. El ave adulta tiene la cabeza de un color ceniza claro mientras el resto de su cuerpo es gris plomo. Construye sus nidos entre

*Actualmente *Tachyeres pteneres* (N. del E.).

las hierbas de la costa, donde pone de 4 a 6 huevos. Su carne es negra y dura, pero los marineros la preparaban discretamente quitándole el pellejo, que es grasiento y rancio. Destripada y desplumada, una de estas aves pesaba 6 kilos. Hay también un *Micropterus* volador denominado por Fitz Roy *patachonicus*, que es más pequeño que el anterior y frecuenta, con preferencia, los charcos de agua dulce. El naturalista Cunningham, que permaneció largo tiempo en el estrecho de Magallanes dedicado a estudios ornitológicos, asegura que el *Micropterus* volador no es sino el individuo de la especie no voladora, aunque no da ninguna explicación de la atrofia de las alas en los ejemplares adultos, la que posiblemente podría atribuirse al subsiguiente desarrollo desproporcionado que aumenta excesivamente el peso de su cuerpo.

Diciembre 17 – Durante la noche el viento empezó a disminuir, y a la madrugada nuestra goleta abandonaba su refugio para cumplir el último tramo difícil del Estrecho y entrar en el canal Smyth, pero, apenas salidos del paso Roda, advertimos que no había disminuido la violencia de la marejada. Nuestra pequeña embarcación trató de orzar para ganar la costa opuesta y colocarse a sotavento de la isla Manuel Rodríguez, distante una decena de millas, pero frente a las continuas y violentas olas no pudo avanzar, y después de algunas vanas tentativas, se vio obligada a volver popa al viento y penetrar en la profunda e inexplorada bahía Beaufort.



Canal de las Montañas. *Frente de un glaciar*

Las indicaciones acerca de la ruta, que buscaba en la guía hidrográfica de la Marina Chilena y en los mapas del Almirantazgo Inglés, eran por demás alarmantes y no aconsejaban la entrada ni siquiera de embarcaciones pequeñas, por tratarse de una zona todavía inexplorada y salpicada de arrecifes y escollos. Ni Formento había penetrado en ella, pero obligados a ir a la deriva, tratamos de superar con la prudencia y cuidado que sugiere el amor a la vida, todo aquel formidable amontonamiento de escollos e islas, que lleva el nombre de Stragglers y al que nos aproximamos con gran rapidez. La presencia de los escollos que circundan los islotes es de inmediato señalada por la masa flotante del Kelp (*Macrocystis pyrifera*), esa alga gigantesca que forma verdaderos bosques submarinos y señala providencialmente la presencia de los escollos y de los altos fondos sobre los cuales está asentada, pero aún cuando tratamos de mantenernos alejados no pudimos lograrlo, impelidos como íbamos por el viento y la marejada. No sin temor vemos a nuestra goleta rozar la quilla sobre la flotante masa de hojas del kelp y, cuando creíamos correr el mayor de los riesgos, con gran sorpresa nos encontramos en aguas perfectamente tranquilas. Aquellas algas que tanto temíamos lograban detener y dominar la violencia de las olas que pocos centenares de metros atrás se rompían en blanca espuma.

Es realmente maravilloso ver cómo crece y florece en medio de las rompientes esta planta vigorosa, cuando la misma roca, tan dura, es corroída y desmenuzada por la furia del mar.

La *Macrocystis* se adhiere a las rocas con una raíz muy ramificada de la que nacen ramas de dos especies: unas pequeñas, carentes de vesículas, que son fructíferas; otras, en cambio, largas y sutiles, forman un ángulo agudo con el fondo, para surgir luego oblicuamente a la superficie donde la extremidad se ramifica exteriormente en forma de láminas dentadas provistas del aire que la mantiene a flote. La longitud que alcanzan es enorme. El capitán Cook midió algunas de 110 metros y Agassiz, en la nave "Haslar" en 1872, encontró ejemplares de 300 metros. En esta floresta submarina hay un mundo de seres vivientes que forman una escala ascendente desde los más diminutos crustáceos hasta los peces, aves y nutrias que encuentran allí abundantes medios de subsistencia.

Después de dos horas de trepidaciones, dejamos atrás los escollos Stragglers y penetramos en las aguas más seguras y tranquilas del canal Smyth. Navegamos ahora en un largo y angosto corredor casi rectilíneo, orientado de norte a sur, flanqueado por complejas cadenas de montañas de desnudas rocas graníticas que se suceden hasta el infinito, ostentando bizarras cúspides salpicadas por blancas manchas de nieves y glaciares. La parte inferior de estas montañas se halla revestida de una escasa vegetación de hayas raquíticas y retorcidas por los furiosos vientos del noreste. Un cielo hosco, denso de nubes, pesa como una capa de plomo sobre ese paisaje montañoso lleno de misterio y de silencio, interrumpido sólo, ocasionalmente, por el aleteo del cóndor andino.

A eso del mediodía ganamos la isla Summer mientras a levante se abre la bahía Muñoz Gamero, la cual ofrece en su terminación un buen puerto donde la Marina Chilena ha establecido un depósito de carbón y mantiene una guarnición todo el año.

A unos 10 kilómetros al noroeste de la bahía Muñoz Gamero se alza el monte Burney, un pico volcánico de sólo 1.768 metros de altura, pero de forma imponente, pues emerge aislado de otras montañas cercanas al mar y lanza a lo alto su cúspide cónica, revestida por una formidable



Fiordo Última Esperanza. *Monte Balmaceda*

coraza de nieve y hielo, la cual desciende en bellísimas cascadas de *seracs* azules sobre el pie verde oscuro de la floresta magallánica. Fue así denominado por el capitán Parker King en memoria del almirante inglés James Burney.

A esas horas, no podíamos divisar más que los poderosos flancos, deslumbrantes de nieve, y las azuladas paredes de hielo entre las repentinas rasgaduras de la niebla gris que ocultaba la cumbre.

A cuatro millas hacia el norte de la isla Summer, atravesamos la extremidad sureste del canal Cutler, que separa la isla Rennell del archipiélago Reina Adelaida. Toda esta compleja zona insular que se extiende entre el canal Smyth y el Pacífico, quebrada hasta el infinito por una cantidad enorme de canales y sinuosidades, que serpentean en todas direcciones, armando una esparcida flotilla de islas y enjambres de escollos, está aún en gran parte inexplorada.

Las embarcaciones se mantienen alejadas de esta costa que oculta celadas mortales en sus numerosos escollos a flor de agua y en las ráfagas impetuosísimas de los vientos huracanados que llegan del Pacífico.

Apenas hemos dejado atrás el canal Cutler y la vecina isla Rennell, cuando vemos apartarse de la costa y venir hacia nosotros una pequeña embarcación tripulada por dos hombres.



Indios Alacalufe en su canoa

El capitán Formento acerca con su largavista la extraña embarcación y reconoce en ella al portugués Juan Viera, su antiguo compañero de aventuras en la caza de focas, y a un joven indígena alacalufe [6].

Disminuimos la marcha de la goleta y pocos minutos después la chalupa nos aborda. Hacía más de un mes –nos dijo el lobero Viera– que escudriñaban infructuosamente esa costa para cazar nutrias, y nos pedían que los remolcáramos algo más al norte del canal Smyth, donde esperaban tener mejor suerte.

Accedimos a su pedido, y atada la chalupa con un cabo a nuestra goleta, subieron a bordo visiblemente satisfechos del afortunado encuentro que les evitaba una dura travesía a remo de unos días, con mar y viento casi siempre de proa.

Había oído hablar muchas veces del lobero Viera (conocido vulgarmente con el nombre de Juan Chico) y de su valentía de marinero, y estaba satisfecho de que se me presentase la oportunidad de conocerlo personalmente y de poder recoger de sus labios la narración de sus peligrosas aventuras en esos mares borrascosos, donde desde hacía más de treinta años soportaba una vida errante, dedicada a la caza de nutrias y focas.

La presencia del amigo Formento disminuyó algún tanto en él la desconfianza de encontrarse con personas desconocidas, y, después de haber bebido un vaso de vino, cobró ánimos y respondió con frases cortas y concisas a mis insistentes preguntas.

Mientras hablaba, iba poco a poco descubriéndose a sí mismo. Semisalvaje por la vida vagabunda y cerril que lleva desde hace años, no tenía otra ambición que la de procurarse el mísero beneficio que obtenía de la caza de focas y de la pesca y que luego malgastaba en francachelas y vicios.

Continuamente expuesto a las privaciones y a los rigores de un clima extremadamente húmedo y borrascoso, estaba sin embargo ligado por un profundo afecto a esa tierra en la cual experimentaba toda la fascinación de la vida aventurera y salvaje, y donde tal vez terminaría sus

[6] "En enero de 1898, mientras el lobero Viera, en el cutter "Creta", navegaba con Formento y otros marineros en las cercanías del Brecknock, habiéndose volcado la embarcación, alcanzó a extraer del agua la chalupa de a bordo sobre la cual pudieron ponerse a salvo, llegando después de tres días de penurias y privaciones a la población de Punta Arenas" (Cfr. A. De Agostini, *I miei viaggi nella Terra del Fuoco*, 3ª edición, Torino 1934, pag. 308).

días, ignorado de todos en una remota playa o en el mar, víctima de una tempestad.

De pequeña estatura y de cutis bronceado, ocultaba entre los mechones de sus negros cabellos una frente baja y arrugada; el amplio tórax y los brazos vigorosos revelaban bajo sus ropas grasientas y remendadas, una fuerza muscular poco común; de su cuerpo y vestimentas se desprendía un fuerte olor a cabra y a pescado crudo.



Indios Alacalufe de viaje

Lo supuse en frecuentes relaciones con los indígenas, de lo que me daba un indicio el joven alacalufe, a quien formulé algunas preguntas en ese sentido, viniendo a saber que pocos días atrás, una tribu de treinta individuos había dejado isla Summer, lugar convenido para intercambiar pieles de nutria con algunos blancos, criminales de la peor especie, que traficaban en los canales para explotar y enviciar en toda forma a esos míseros pobladores.

Para lograr más fácilmente sus inicuos propósitos, los blancos habían llevado consigo un barrilito de aguardiente, pues, conociendo la gran debilidad que tienen estos salvajes por los licores, sabían que al ponerlos en completo estado de embriaguez les sería sumamente fácil despojarlos de todas sus pieles de nutria.

El plan se había logrado perfecta e impunemente.

Una semana entera duró la orgía, hasta que terminados los licores, los indígenas se alejaron en malas condiciones de salud por causa de la embriaguez y privados además de los únicos objetos de valor que poseían, fruto de duras privaciones y de largos viajes, y con los cuales hubieran podido adquirir cuanto les era indispensable para alimentarse y vestirse.

Mientras el portugués describía con minuciosos detalles la orgiástica fiesta de los alacalufes con los blancos, no pude alejar de mí la sospecha de que él también había participado y no poco de la bacanal, ya que trataba de ocultarlo con el disimulo característico que distingue a estos aventureros y semipiratas del mar.

Estos hechos deplorables se suceden con demasiada frecuencia, sin que las autoridades marítimas puedan prestar al indígena la severa e inmediata vigilancia y protección que necesita,

debido a la gran dificultad de comunicaciones causada por la misma conformación geográfica de la región, alejada de todo centro de actividad humana.

Preocupaba seriamente al Vicario Apostólico de Magallanes la cristianización de esos pobladores, a cuyo fin pensaba concentrarlos en una determinada zona de los canales, pero las insalvables dificultades financieras y de personal misionero han impedido hasta el día de hoy la realización de este humanitario proyecto.

Los indios Alacalufe*, que de tiempo inmemorial habitan las islas occidentales de la Patagonia, ascendían a mediados del siglo pasado[XIX] a unos tres mil individuos, calculados más o menos por la cantidad de canoas de las que disponían y el número de tripulantes que cada una podía contener, pero al hacerse más activo el tráfico de vapores y más frecuente su trato con los blancos, fueron terriblemente diezmados. La violenta y sistemática persecución de los blancos, algunas enfermedades contagiosas como el sarampión y la gripe, aparecidas de improviso entre ellos, algunos vicios nefandos adquiridos de los civilizados y especialmente el abuso de licores, fueron las principales causas de su rápida desaparición.



Mujer Alacalufe con sus chicos

Al presente (año 1940), su número, según los datos recogidos por el misionero salesiano F. Torre, alcanza apenas a 120 individuos.

Los primeros navegantes, comenzando por Juan Ladrillero (1558), dejaron algunas escuetas descripciones de estos indígenas que encontraron diseminados aquí y allá en esos canales, pero sobre todo el célebre navegante Fitz Roy, que pasó muchos años (1826-1836) a lo largo de estas costas y laberintos de islas, ocupado en trabajos hidrográficos logró, merced al contacto que mantuvo con ellos, profundizar sus conocimientos etnográficos y clasificarlos en cuatro tribus distintas: Alikhoolip, Pecheray, Huemul y Chonos. Omitimos aquí una quinta tribu, los Tekeenika (actuales Yagánes o Yámanas) que viven sobre las costas del canal Beagle y en las partes centrales y meridionales de la Tierra del Fuego**.

*Alacaluf es el nombre que les dieron los blancos a los nativos Kawesqar, nómades canoeros que habitaban los canales patagónicos entre la península de Taitao por el norte y el oeste del canal Beagle por el sur (N. del E).

**Sobre el nombre de la etnia recomendamos los voluminosos trabajos de Martín Gusinde y la *Gramática Kawesqar* de Óscar Aguilera, CONADI, Temuco, 2001 (N. del E.)



Canales patagónicos. *Montes escarpados recubiertos de nieves perpetuas se levantan por ambos lados de los canales*

Los Alikhoolip habitaban la parte occidental y meridional de la Tierra del Fuego; los Pecheray –así denominados por Bouganville (1767) por la palabra que ellos pronunciaban repetidamente y que, según Fitz Roy, significaría una invocación a un ente supremo, o quizás más bien, amigo, hermano– vivían sobre las costas occidentales y centrales del estrecho de Magallanes hasta el canal Smyth. Los Huemul, así llamados por Fitz Roy porque estaban vestidos con la piel de esta especie de ciervo, tenían su sede en los golfos internos Otway y Skyring y mostraban afinidades somáticas y lingüísticas con los indios Tehuelche con los cuales tenían frecuente contacto.

Los Chonos eran muy semejantes a los Alikhoolip, pero más adelantados en el desarrollo técnico de sus armas y sus viviendas. Estos habitaban primeramente en las islas Chonos y tal vez en la de Chiloé, pero después se habrían ocultado en los canales, al sur del cabo Tres Montes. Los Alikhoolip y los Huemul están totalmente extinguidos. No queda hoy día más que un escaso número de Pecheray y de Chonos, conocidos con el único nombre de Alacalufe*.

Estas dos tribus tienen substancialmente los mismos caracteres étnicos y la misma lengua, alterada solamente por pequeñas diferencias dialectales, pero viven separadas en dos grupos circunscritos a una región determinada por antiguas costumbres y tradiciones.

*La mención corresponde a la etnia *kawesqar*, gentilicio aceptado actualmente para los canoeros de la Patagonia occidental. Las denominaciones *Alikhoolip, Huemul, Pecheray, Alacaluf, Halukwulup*, son algunas de las varias asignadas por los navegantes y exploradores a lo largo de los siglos a ese grupo humano. Los *chonos* conformaban otro grupo de aborígenes marinos diferenciado del anterior y cuyo territorio se situaba en el archipiélago homónimo, entre el golfo de Corcovado y la península de Taitao (N. del E.).

El grupo del norte se extiende desde el golfo de Penas hasta el estrecho de Nelson y el del sur, desde el estrecho de Nelson (al sur de la isla Cambridge) hasta el estrecho de Magallanes (isla Tamar).

Los Alacalufe son pescadores nómadas y se nutren exclusivamente de peces y moluscos, especialmente de mejillones (*Mytilus edulis L.*). Sus instrumentos de pesca, que son asimismo sus armas en tiempos de guerra, son la honda, el arpón, el garrote, el arco y la flecha.

Son de carácter hosco y taciturno. Perezosos y traicioneros. Roban cuanto les es posible. Las tripulaciones del *Adventure* y de la *Beagle,* de acuerdo a lo escrito por Fitz Roy, fueron seriamente dañadas y molestadas por estos salvajes que lograron robar dos embarcaciones sin que se pudieran recuperar y sin descubrir a los culpables.

El grupo del sur –me aseguraba el lobero Viera– no pasa de 70 individuos entre niños y adultos, y el del norte, de 180 más o menos, pero también para este diezmado número de indígenas se aproxima a pasos agigantados el día de su completa extinción.

En las primeras horas de la tarde llegamos a la extremidad septentrional de la península Muñoz Gamero y entramos en el paso Victoria, que se abre entre la península Zach y la isla Hunter, dejando a nuestra izquierda el canal Smyth, el cual en este punto se orienta al noroeste y prosigue así unas 35 millas hasta el estrecho de Nelson, siempre flanqueado por abruptas montañas.

El lobero Viera ha llegado a su meta y se embarca de nuevo en su pequeña canoa para proseguir a lo largo del canal Smyth y reiniciar su vida errabunda y salvaje. El viento casi ha cesado, pero la atmósfera se ha vuelto pesada y brumosa, quitándonos así la posibilidad de contemplar la belleza del paisaje que aquí aumenta en magnificencia y grandiosidad.

Del paso Victoria nos trasladamos al estrecho Collingwood, dejando a nuestra derecha el canal Unión que continúa al sureste y conduce por tortuosas vías a la pintoresca región de Última Esperanza.

Al este del estrecho Collingwood se levanta la cordillera Sarmiento, última, bellísima e inexplorada prolongación meridional de la gran Cordillera de los Andes, totalmente cubierta de un espeso manto de nieve y hielo del cual se desprenden imponentes glaciares que bajan al canal de las Montañas.

La negras e informes masas de nubes que se acumulaban rápidamente sobre la montaña y luego se disgregaban castigadas por repentinas ráfagas de viento, dejaban al descubierto albos resplandores de nieve, lajas alabastrinas de glaciares suspendidos sobre los abismos, coronados por aguzadas y escarpadas crestas que perforaban las nubes como las torres y almenas de un castillo hechizado.

A las cuatro de la tarde, habiéndose oscurecido amenazadoramente el cielo, creemos prudente aprovechar la proximidad de un refugio seguro que nos ofrecía la caleta Colombina, entallada en la costa este de la isla Newton, para anclar y pasar la noche.

Sobre la playa verdeante de un espeso follaje de arbustos y árboles, encontramos el esqueleto de una choza Alacalufe, claro indicio de que ese lugar debía ser frecuentado periódicamente por estos indígenas en sus continuas peregrinaciones, ya que allí abunda la pesca.

En efecto, hacia el anochecer, los marineros con echar sólo una vez la red en la proximidad de la desembocadura de un pequeño torrente lograron capturar una gran cantidad de róbalos y algunos pejerreyes, cuyas exquisitas carnes alegraron nuestra mesa, en sustitución de las conservas y la carne salada de oveja.



La cordillera Sarmiento vista desde el canal Santa María

CAPÍTULO III

CANALES PATAGÓNICOS Y FIORDOS EYRE Y FALCÓN

El canal Sarmiento – La isla Piazzi – Descubrimiento de mármoles en la isla Cambridge – Tempestad del sur – El canal Concepción – Magnífica puesta del sol – Canal Wide – En el fiordo Falcón – Entre los témpanos – Ascensión llena de obstáculos – En el fiordo Eyre – Una fracasada tentativa de colonización – El glaciar Pío XI – Indian Reach – Encuentro con una tribu Alacalufe – Vida y costumbres de estos indígenas – Angostura Inglesa – Trabajos hidrográficos de la corbeta "Magenta" – Regreso a Punta Arenas

Diciembre 18 – A las 5 zarpamos y proseguimos el viaje por el canal Collingwood. El tiempo se ha vuelto tempestuoso y oscuro. Llueve y ráfagas impetuosas del suroeste levantan una fuerte marejada de proa.

Para quienes navegan rumbo al norte, los vientos del nor y suroeste que predominan en estas regiones, les son siempre contrarios porque las altas montañas obligan a las corrientes atmosféricas a seguir el curso y dirección de los canales, aun cuando estos son casi divergentes.

Del estrecho Collingwood pasamos al canal Sarmiento atravesando el paso Farquhar y tratamos, por todos los medios posibles, de navegar cerca de la costa, donde es menos violenta la marejada.

El canal Sarmiento, de 100 kilómetros de largo, corre de norte a sur, entre el continente y las islas Esperanza, Vancouver y Piazzi. Esta última tiene una superficie de 600 kilómetros cuadrados y el nombre italiano que lleva le fue dado por Fitz Roy, en honor del ilustre astrónomo del Observatorio de Palermo, José Piazzi.

La barrera montañosa que ciñe el canal Sarmiento, por el lado del poniente, es interrumpida por el paso Tarleton, que se abre por una decena de kilómetros entre las islas Piazzi, Vancouver y da acceso al Pacífico, a través del estrecho Nelson.

Esta zona, batida furiosamente por los vientos, ha conquistado cierta nombradía, por haber descubierto el lobero napolitano Pascual Rispoli, en la isla Cambridge, al norte del estrecho Nelson, grandes yacimientos de mármoles, para cuya explotación se formó una fuerte sociedad en Santiago de Chile*.

*La explotación industrial de los yacimientos marmóreos de Cambridge se paralizó en 1930. Los derechos mineros fueron adquiridos posteriormente por la Compañía de Acero del Pacífico, que inició la explotación de carbonato de calcio (calizas) en la isla Guarello (archipiélago Madre de Dios), actividad que se mantiene desde 1950 hasta el presente, con una producción que alcanza el millón de toneladas anuales (N. del E.).

La isla, completamente montañosa, emerge perpendicularmente del mar, ofreciendo un atrayente y singular aspecto, por los colores de sus rocas calcáreas, que van desde el blanco más puro hasta el negro retinto. Luciano, que ha frecuentado estos lugares durante sus cacerías de focas, me expone las muchas y nada leves dificultades que ofrece la instalación de una empresa similar, no tanto por el clima extremadamente húmedo y lluvioso, sino por la falta de puertos que brinden asilo seguro contra los temporales y las ráfagas (*williwaws*) extremadamente violentas en estos parajes.

Un continuo viento de proa ha dificultado durante todo el día nuestro avance. Debido a lo angosto del canal y la violencia de las olas, nos era imposible bordear con las velas; tuvimos que contentarnos con la sola fuerza del motor, el que apenas conseguía imprimir a la goleta una velocidad de tres a cuatro millas por hora. A las cinco de la tarde llevábamos recorridas unas 60 millas y habríamos llegado casi al término del canal Sarmiento, si el cielo cada vez más oscuro y amenazador no nos hubiese aconsejado aprovechar la proximidad del puerto Bueno, para anclar y pasar allí la noche.

Puerto Bueno, así denominado y explorado por Sarmiento de Gamboa, que entró en él el 30 de diciembre de 1579, es una espléndida ensenada tallada en la costa patagónica, frente a la isla Esperanza. Sus aguas profundas y su excelente fondo para anclar, hacen de él un lugar preferido por los capitanes de las naves que pasan por los canales.

La bahía está circundada por una playa de arena suave y lisa, sobre la que descienden frondosas ramas de una espesa y exuberante vegetación que, extendiéndose hacia el interior, reaparece en verdes manchas sobre los costados de las montañas vecinas. Aquí y allá serpentean varios arroyuelos y algunos torrentes caen de lo alto. En el ángulo septentrional hay un puerto pequeño, el Schooner Cove, que ofrece reparo seguro a embarcaciones de poco calado.

Diciembre 19 – Cuando en las primeras horas de la mañana reiniciamos la navegación, las aguas del canal están plácidas y tranquilas, pero la niebla es tan baja y espesa, que a duras penas podemos distinguir la configuración de la costa y seguir la ruta exacta en este laberinto de canales. Un poco antes del mediodía, cuando estamos a punto de entrar en el canal Concepción, algunas ráfagas de viento barren rápidamente las nubes y dejan ver hacia el sur, jirones de cielo de tersísimo azul.

La calma ha sido breve. El viento sur se desencadena con violencia y en poco tiempo transforma las plácidas aguas del canal en una blanca extensión de crestas espumantes, de olas gigantescas que del Pacífico abierto al sur, llegan hasta nosotros hirvientes de ira, y hacen bailar terriblemente nuestro pequeño velero.

Afortunadamente, el viento y la marejada están en nuestro favor, y la goleta, impulsada por este aquilón furioso, atraviesa en pocas horas el canal Concepción y penetra el Wide, anclando a las siete de la tarde en la caleta Refugio o Refugio Cove.

El viento amainó con la misma celeridad con que vino. Las aguas están de nuevo plácidas y tranquilas y el sol, próximo a ocultarse detrás de una revuelta masa de nubes grises y azules, orladas de oro y carmín, proyecta sus últimos rayos sobre la imponente barrera de montañas de la ensenada Pingüino, que se abre delante de nosotros.



Navegando en los canales patagónicos

Mientras las cimas enrojecen como brasas y las nieves perpetuas, blanquísimas, se tiñen de púrpura, los poderosos flancos de las montañas están ya sumergidos en la sombra y se elevan como gigantescos bastidores, ocultándose entre las nubes del lejano horizonte, en un mundo misterioso e inexplorado.

Sobre el espejo cristalino de las aguas en las que se reflejan las escarpadas laderas de las montañas cubiertas de bosques, las manchas blancas de los glaciares y las cumbres todavía iluminadas por el sol, centellean llamaradas de oro y esmeralda, chispeos de amatistas y zafiros, relámpagos de plata, combinados en tan delicadísima gama de colores que la vista no se cansa de contemplarlos.

Desciendo a tierra y por un buen rato permanezco absorto en una suave y mística contemplación ante aquel soberbio espectáculo de la naturaleza que la soledad y el silencio vuelven más impresionante y sugestivo.

Es uno de los tantos lugares pintorescos de estos canales donde la obra y magnificencia de la creación, amalgamadas en admirable armonía, tienen tanto poder para elevar al hombre por encima de estas visiones, que fenecen, y transportarlo al reino puro de las sublimes e inextinguibles bellezas del espíritu.



Fiordo Falcón. Témpano

Diciembre 20 – Hoy debemos alcanzar el seno Eyre, meta principal de nuestro viaje y que dista aún unos 40 kilómetros. Continuamos navegando todavía por un buen trecho del Wide Channel (canal Ancho), hasta encontrarnos con la isla Saumarez, donde el canal se divide en dos brazos; uno dirigido al norte, con el nombre de Chasm Reach, y el otro, el Icy Reach (canal de los Hielos), al sureste. Este último está en comunicación directa con el seno Eyre a través del paso Charteris y debe su nombre al hecho de haber sido descubierto en junio de 1874, cubierto por una espesa capa de hielo.

Los canales patagónicos no se congelan jamás, ni aun en lo más crudo del invierno, excepto en algunos lugares donde las corrientes son más débiles y la salinidad del agua, más escasa. Estos fenómenos se observan especialmente en el Icy Reach porque se encuentra comunicado directamente con los senos Eyre y Falcón, formados en gran parte por las aguas dulces de los glaciares, que bajan de la Cordillera. Es posible también que la gran cantidad de témpanos que flotan en el canal, contribuya a mantener la baja temperatura de sus aguas.

A medida que vamos penetrando en el canal de los Hielos, las montañas que flanquean los canales, a modo de enormes baluartes, muestran con más claridad y frecuencia las trazas de los antiguos glaciares, los que en su lenta labor de siglos han corroído y modelado los valles, transformándolos en estos hermosísimos fiordos cuando fueron invadidos por las aguas.

Las montañas constituidas por granitos y dioritas y durísimos esquistos negros, forman en las alturas vastas extensiones de rocas aborregadas, bien pulidas y estriadas, y mesetas a manera de balcones, sembradas de cuencas lacustres. Más abajo, las paredes de las montañas se precipitan en estrechos desfiladeros con excavaciones tabulares, semicilíndricas talladas a pique sobre las aguas del mar, donde las marmitas de los gigantes fueron cortadas por la erosión acanalada y progresiva de los torrentes glaciares.

Del canal de los Hielos pasamos en pocas horas de navegación al seno Eyre, o Eyre Sound, atravesando el paso Charteris. En algunas épocas del año, especialmente en primavera, este paso, que mide más de una milla, se pone intransitable, pues los témpanos, provenientes de los glaciares internos, se presentan tan tupidos que forman un gigantesco dique.

A nuestro paso, las aguas están completamente libres, pero apenas penetramos en el Eyre, que se extiende amplio y profundo hacia el norte, divisamos en lontananza numerosas masas de hielo, que flotan sobre las azules aguas como blancos veleros.



Interior de un bosque

A pocas millas, doblamos hacia el este y penetramos en el fiordo Falcón, otro profundo brazo de mar que se interna por 35 kilómetros entre elevadas montañas y termina a los pies de un gigantesco glaciar, que tenemos interés de conocer.

Observando la carta hidrográfica inglesa, una guía con que contamos para introducirnos en este laberinto de canales, notamos inmediatamente que presenta notables inexactitudes y omisiones en la configuración de la costa y del fiordo, por lo que suponemos que los hidrógrafos ingleses han de haberla levantado apresuradamente y después de una somera visita.

Toda nuestra atención está ahora absorbida por los grandes témpanos, cuyo número aumenta a medida que nos internamos en el fiordo. Son pequeñas montañas flotantes de hielo, de las formas más curiosas, las cuales van lentamente a la deriva impulsadas por el viento y la marea. Algunas emergen del agua diez o doce metros y tienen todavía algunos trozos de peñas y detritos morrénicos de las montañas del interior. Mientras pasamos cerca de uno de estos témpanos, una foca que estaba reposando tranquilamente sobre el hielo, despertada de su letargo, se yergue rápidamente sobre sus rudimentarias aletas y se deja caer pesadamente en el mar, sin darme tiempo para registrarla con la cámara cinematográfica.

A las 11 de la mañana, después de haber recorrido unas quince millas desde la entrada del fiordo, puesto que el hielo se tornó más espeso, anclamos en la costa norte, en una bellísima bahía circundada por el verde exuberante de la selva, junto a la desembocadura de un río.

A nuestra llegada, numerosos "patos a vapor" (*Mycropterus cinereus*) que estaban pescando plácidamente, huyen espantados.

Diciembre 21 – A eso de las 10 de la mañana el cielo se aclara y comienzan a asomarse fugazmente entre los claros de las nubes, que cubren las montañas, blanquísimos relampagueos de cumbres, azules reflejos de glaciares que cuelgan sobre los abismos, negras y torvas crestas rocosas que perforan el fondo grisáceo de las nubes: un mundo nuevo e impensado, donde se concentra todo lo bello y lo hórrido de la alta montaña. Desciendo a tierra para realizar una excursión a una colina próxima, de regular altura. La selva presenta algunos claros y espero poder estudiar desde ellos la topografía del lugar.

Acompañado por un marinero, remonto en bote algunos centenares de metros por el río, cuyas aguas están ennegrecidas por los residuos putrefactos de los vegetales. Dejando el bote bien asegurado en la playa, penetramos en la selva densa y profunda, donde crecen las hayas junto a las magnolias y donde las flores colgantes de las fucsias, de un hermoso rojo-escarlata, dan una agradable nota de color en la enmarañada y exuberante maleza de calafates (*Berberis buxifolia – B. ilicifolia*).



Fiordo Falcón. *Témpanos*



Témpanos en el fiordo Falcón

Un arbusto que abunda en estas selvas es el tepú (*Tepualia stipularis*), una mirtácea de hojas muy pequeñas, que forma a menudo, a lo largo de la costa, una masa impenetrable denominada *tepuales*. Los marineros lo buscan para quemar porque arde aun verde y emite mucho calor.

El agua gotea de todas las plantas y uno se hunde hasta la cintura en una espesa capa de residuos vegetales y de troncos putrefactos revestidos de musgos y de líquenes gelatinosos. El pie resbala a menudo en esa engañosa masa vegetal, provocando caídas espectaculares que nos dejan molidos y llenos de fango. A medida que vamos subiendo notamos que la vegetación se ralea y aparecen pequeñas manchas de cipreses (*Libocedrus tetragona*) de corteza bermeja, muy apreciados por la utilidad de su madera y llevados a Punta Arenas en gran cantidad.

En los claros del bosque y sobre el tapete rojo-amarillo de los juncos y esfagnos, brillan agradablemente numerosas y elegantes matas del bellísimo helecho *Blechnum magellanicum*, artísticamente intercaladas entre los cipreses.

Llegado a la cumbre descubro por el norte un río que se desliza en grandes espirales a través de lomas onduladas de origen glaciar y dos pequeños laguitos, cuyas aguas, de un negro profundo, contrastan con el verdor del espeso follaje que los circunda.

Trazo un rápido bosquejo, tomo algunas fotografías y regreso rápidamente a bordo. Por la tarde salgo de nuevo, esta vez en lancha y acompañado por el capitán y dos marineros. Deseo realizar un reconocimiento de la extremidad sur del fiordo donde desciende el gran glaciar que día y noche descarga toda esa enorme cantidad de hielo flotante.

Apenas hemos recorrido unos pocos metros y ya nos encontramos literalmente rodeados de témpanos: la ilusión de estar navegando en una región polar es perfecta. La lancha se insinúa trabajosamente por los canales, a fuerza de remo, mientras pasan ante nuestros ojos grandes y pequeñas masas de hielo de las más variadas y caprichosas formas: enormes osos que emergen

aislados o en manadas, albos cisnes con las alas extendidas en actitud de levantar el vuelo, puentes de elegantes arcadas, grutas de reflejos turquesa iluminadas por tan delicadas tonalidades que nos llenan de profunda admiración. Cuatro kilómetros navegamos entre esta fantástica arquitectura de cristales azules, de delicados zafiros que se mueven lentamente sobre el pedestal de cobalto de las aguas, pero no nos es posible continuar más adelante. Faltan aún seis kilómetros para llegar al gran glaciar y ya los hielos son tan tupidos que forman un verdadero *pack* intransitable.

Para no desperdiciar una tarde tan hermosa, decidimos volver la proa a tierra y visitar el frente de otro colosal glaciar que desciende de la alta cordillera y del cual, por estar oculto detrás de una colina, sólo podemos percibir la extremidad superior intensamente quebrada.

Remontamos la margen derecha de un impetuoso río de aguas turbias y lechosas provenientes del glaciar, pero apenas recorridos unos centenares de metros nos vimos obligados a abandonar también esta tentativa, pues el camino está cerrado por una infinidad de ciénagas y pantanos, vestigios de una reciente inundación.

Cambiamos de ruta y decidimos nuevamente subir a la cumbre del contrafuerte que oculta el glaciar, con la esperanza de poder gozar desde allí de un mayor campo de observación.

Trepamos llenos de entusiasmo las rápidas pendientes del monte revestido de una espesa vegetación, pero ya desde el primer momento comenzamos a dudar del éxito de nuestra empresa. Son tantas las dificultades que se oponen a nuestro avance que nos vemos obligados a luchar desesperadamente para abrirnos paso a través de una espesa maraña de árboles grandes y pequeños que se entrelazan en lianas y punzantes matas de *Berberis*.

El suelo, cubierto de un espeso y elástico tapete de musgos, húmedo como una esponja impregnada de agua, esconde pozos peligrosos, troncos flojos y podridos por la vejez, donde uno se hunde, cae o rueda y bien pronto se encuentra con las ropas empapadas, llevándose en las manos y el cuerpo las huellas sangrientas de esa lucha insólita contra las insidias de todo un mundo vegetal.

Ya un poco más alto, podemos caminar más expeditamente a través de un pequeño claro, pero en seguida las manchas de hayas y arbustos azotados por el viento se tornan más consistentes por lo tupido y enmarañado de sus ramas. La forma sumamente accidentada de la montaña, que nos obliga a continuas subidas y bajadas sobre las rocas aborregadas, aumenta la dificultad de nuestra ascensión.

Con frecuencia debemos detenernos frente a muros verticales de decenas de metros de altura y volver sobre nuestros pasos para enfilar por oscuros y estrechos desfiladeros de los que salimos exhaustos y con la ropa hecha jirones. En dos horas de semejante gimnasia agotadora hemos alcanzado solamente unos seiscientos metros de altura; faltan aún otros doscientos para llegar a la cresta del monte, pero lo avanzado de la hora nos obliga a regresar a bordo.

Contemplamos durante el descenso, desde una meseta, el magnífico espectáculo que ofrece el fiordo Falcón, el cual se extiende a nuestros pies asemejando una cinta azul constelada de hielos flotantes como fragmentos de cristal, aprisionado entre dos elevadas barreras de montañas revestidas

en su parte inferior de espeso follaje, mientras las crestas están desnudas y encapuchadas de nieve. Las nubes, que se extienden uniformemente en densos cúmulos, envuelven los picachos de las cumbres; pero aquí y allá, bajo el influjo de una súbita ráfaga de viento, se rasgan por breves momentos y dejan ver los flancos y las cimas de algunos soberbios dominadores de la alta cordillera. Entre ellos, atrae particularmente la atención una pirámide de terrible aspecto, coronada de obeliscos y pináculos que emerge de un vasto campo de hielo en el costado noreste del fiordo y cuya altura, me parece, no ha de ser inferior a 3.000 metros[1].

Después de tomar algunas fotografías emprendemos apresuradamente el regreso, y en poco más de una hora, rendidos y maltrechos, llegamos a la playa donde nuestros compañeros nos esperaban, satisfechos a su vez de haber hecho una buena cacería de patos y avutardas que hallaron en los charcos a lo largo del río.

Nos embarcamos en seguida y mientras descienden las primeras sombras de la noche rehacemos el trecho de mar a través de los témpanos, tratando de ahuyentar con el trabajo del remo, el frío que muerde nuestros miembros bajo las ropas empapadas.



Seno Eyre. *Frente del glaciar Pío XI*

Diciembre 22 – A las cinco abandonamos definitivamente nuestro fondeadero y después de pocas horas de navegación, pasamos del seno Falcón al Eyre, que se extiende hacia el norte cerca de unos cuarenta kilómetros. Las aguas están en calma, lo que nos permite avanzar velozmente, y pocos antes de mediodía llegamos al final del seno y echamos el ancla en una pequeña bahía a tres kilómetros de la frente del colosal glaciar que obstruye la extremidad septentrional.

Este glaciar, uno de los más grandes que posee la Cordillera Patagónica en su flanco occidental, tuvo en estos últimos años un prodigioso avance y ocasionó la destrucción de una incipiente estancia que en 1925 se había establecido en un valle lateral, para dedicarse a la cría de ovinos. Es singular la aventura de este establecimiento que tuvo pocos meses de vida; es muy interesante, y la expongo aquí tal como la escuché del propio fundador, el noruego Samsing*.

La fiebre de ganancias que invadió años atrás a los colonos de Magallanes, cuando la industria del pastoreo estaba en su primera evolución y prometía insospechadas fortunas, hizo que muchos de ellos buscaran con avidez los terrenos más apartados de la Cordillera y de los canales aún inhabitados para poder establecer allí sus haciendas de pastoreo.

[1]Esta montaña y la cadena que continúa a septentrión, divisada por mí nuevamente desde la cumbre del monte Torino y de los montes cercanos al lago Viedma, ha sido designada con el nombre del geógrafo chileno Riso Patrón.

*En la edición italiana se agrega el nombre a este personaje: se trata de Finn Samsing. (N.del E.).



El glaciar Pío XI pocos días antes de que cerrara el paso

Uno de estos, el noruego Samsing, que había realizado en noviembre de 1924 un viaje de reconocimiento por los canales, descubrió al final del seno Eyre un extenso valle con abundantes pastos que crecían sobre un terreno de aluvión y sobre las morrenas de un antiguo glaciar. Convencido de haber encontrado un terreno apropiado, decidió volver y fundar allí una pequeña estancia. En febrero de 1925 comenzó el transporte por mar del personal y de los materiales de construcción y, pocos meses después, en ese valle solitario a orillas de un gran río se veían pastando doscientas ovejas y algunos equinos y bovinos; edificadas tres casitas, galpones para la esquila y un depósito de lana.

Pero vino el otoño y tras él los duros meses invernales, durante los cuales la hacienda fue diezmada por la nieve y el hambre. Y cuando, llegada la primavera, se esperaba poder restaurar el diezmado rebaño, el repentino e imprevisto avance de un glaciar, que descendía de la Cordillera, cortó a la factoría todo medio de comunicación, sofocando su existencia.

He aquí cómo sucedió este singular fenómeno. El trecho del canal comprendido entre el glaciar y la costa occidental, que daba acceso a la bahía donde estaba establecida la estancia, según los datos suministrados por Samsing, medía en los primeros meses de 1925, cuando él se instaló allí, cerca de un kilómetro. Su cruce, por lo tanto, no podía causar ninguna aprensión. Pero a eso de mediados de septiembre de 1926, Samsing notó un hecho nuevo, sorprendente, que le produjo preocupación y angustia. El glaciar caminaba, avanzaba todos los días, como impelido por una fuerza prodigiosa. El tramo de canal que daba acceso a la bahía, disminuía por momentos y de continuar así, en poco tiempo habría cerrado para siempre la entrada. Además, el avance del helero tapaba la salida del río, cuyas aguas empezaban a inundar el valle y las habitaciones de la pequeña estancia. No era posible dilación alguna y Samsing dispuso inmediatamente ponerse a salvo con sus hombres. Embarcando en su *cutter* algunos pocos muebles y víveres, salió de la bahía a través del angosto y peligroso pasaje de pocas decenas de metros, que todavía existía entre el glaciar y la costa, abandonando definitivamente todo el fruto de sus ahorros y fatigas.

En pocas semanas, el glaciar, continuando su avance, siguió hasta quebrar su colosal frente, de cien metros de alto, sobre una barrera rocosa de la costa opuesta, aplastando y sepultando bajo su formidable peso la secular y exuberante selva que revestía aquella vertiente. La bahía y el valle con su factoría, quedaron así irremediablemente aislados.

El infortunio de Samsing se convirtió en beneficio para los indios Alacalufe, los cuales, ladrones por naturaleza y costumbre, y enterados ya de la fundación de la estancia así como del buen número de animales que poseía, estaban continuamente al acecho de tan rico botín con que saciar su hambre.



Seno Eyre. *Entre los témpanos*

Apenas Samsing se hubo alejado, los indios cayeron como langostas sobre el valle y durante algunas semanas, las ovejas, equinos y vacunos les suministraron un descomunal banquete. Las casas fueron despojadas de lo poco que aún contenían y luego incendiadas. Este es el triste epílogo de aquella primera tentativa de colonización en el seno Eyre.

Pocas horas después de nuestra llegada, aprovechando la serenidad de la tarde, alegrada a intervalos por los rayos del sol, decidimos hacer una excursión en lancha hasta cerca de la frente del glaciar. Durante una hora navegamos a través de flotantes masas de hielo y luego descendimos a tierra sobre la costa occidental, en una pequeña bahía rebosante de témpanos, amontonados por el viento y las corrientes, y tan cercanos a la playa, que tocaban la fronda de la vegetación, que allí crece exuberante y desciende hasta las aguas del mar.

En compañía de un marinero, me interno en el bosque y subo, a través de una espesa y sombría maraña de punzantes calafates, la ladera de un monte desde cuya cima espero poder observar a mis anchas, el frente del glaciar. No fueron vanos nuestros esfuerzos. Apenas tocamos la cima, henos delante de una inmensa y revuelta llanura de hielo que, reverberando a la luz del sol, baja majestuosamente del interior, encerrada entre los contrafuertes de la Cordillera y que termina en un ciclópeo murallón de 50 a 60 metros, cortado a pique sobre las azules aguas del mar. Una vegetación exuberante de hayas, cipreses y magnolias, de un verde brillante, cubre como un tupido manto, las laderas de los montes cercanos y forma un contraste sublime con el blanco relumbrante de nieve y hielo.

A este glaciar, del que tracé en los días siguientes un esquema topográfico, le dimos el nombre de Pío XI, en honor al venerado Pontífice que en los años de su juventud honró tanto el alpinismo con sus importantes ascensiones y con sus escritos sobre los Alpes*.

El glaciar, luego de haber chocado con la barrera rocosa sobre la que nos encontramos, divide su frente en dos lenguas de las cuales una vuelve hacia el norte, por dos o tres kilómetros, en dirección a la bahía abandonada por Samsing y la otra, de cuatro kilómetros, desciende en dirección al seno. Próximos a nosotros, los verdes manchones de cipreses y magnolias sirven de soberbia cornisa a ese sublime e imponente mar de hielo adornado de zafiros y berilos. Trazo un bosquejo del panorama y descendemos por el mismo camino a la bahía donde el capitán, que había quedado custodiando la lancha, nos espera algo alarmado por las olas que se precipitaban furiosas sobre la playa, cada vez que el glaciar descargaba en el mar sus enormes bloques de hielo, amenazando destrozar nuestra embarcación contra la costa.

Damos aún una vuelta por la bahía para observar de cerca el frente del glaciar y luego retornamos a bordo ya entrada la noche.

Diciembre 23 – Para completar el reconocimiento y efectuar el relevamiento del glaciar, es menester ascender a mayor altura las montañas que lo enfrentan; para ello parto en la mañana temprano con el marinero chileno, óptimo andarín. Seguimos un itinerario cuidadosamente estudiado el día anterior para evitar el bosque espeso y sombrío, pero, a pesar de toda nuestra cautela, quedamos enredados dentro de profundos cañadones, erizados de zarzas y de espinas, y nos hundimos en viscosos pantanos que nos engullen hasta el medio cuerpo. Proseguimos trabajosamente abriéndonos paso a codazos, con el cuerpo inclinado y tenso como una catapulta, hasta que con el rostro y las manos llenas de arañazos, logramos conquistar el desnudo dorso de la montaña.

Nos encontramos a 800 metros de altura; la vegetación arbórea constituida por las habituales y raquíticas hayas rastreras (*Nothofagus pumilio*), se manifiesta solamente por pequeñas manchas esparcidas aquí y allá en las anfractuosidades y en los lugares reparados del viento. A la altura de poco más de mil metros desaparece la vegetación y comienza la zona media de la disgregación de las rocas y de las nieves.

En las depresiones entre las rocas aborregadas y los balcones glaciales, se ven numerosos laguitos alimentados por la licuación de la nieve, pero especialmente por las continuas lluvias. El terreno revestido de juncos y criptógamas, es por doquiera blando y está impregnado de agua.

Continuamos nuestra ascensión y llegados a unos 1.350 metros de altura, podemos gozar de la magnífica visión del glaciar Pío XI, que se extiende majestuosamente en ligera curva por unos 30 kilómetros, mostrando con más evidencia aún que el día anterior, la extensión y grandiosidad de su interior surcado de morrenas medianas.

Al lado derecho de su frente, que se apoya en la barrera rocosa, las aguas han anegado el valle, ocupado antes por el estanciero Samsing, hasta la parte inferior del glaciar Greve, formando así un vasto lago**.

*La denominación impuesta inicialmente por De Agostini fue "Ratti", por el apellido civil del Papa Pío XI, y después fue mutada por él mismo a la forma actual, que es la que se ha impuesto en el uso geográfico. Otras denominaciones para este accidente son la de *Brüggen* y *Ana María*, que no han prosperado (N. del E.).

**Referencia al lago Greve, que se mantiene hasta el presente (N. del E.).

Una tenaz cortina de nubes ensombrece el horizonte y no nos permite divisar los picos nevados de la elevada cadena interna en la que se origina el glaciar.

No hay esperanzas de que el tiempo mejore. Descendemos, pues, por la misma ruta seguida en la ascensión y en las primeras horas de la tarde regresamos a bordo.

Al atardecer y cuando menos lo esperábamos, se desgarra repentinamente hacia levante el telón de las nubes y aparecen en lo alto, donde se alza la gran cresta de la Cordillera, primero una gigantesca y cándida cúpula de nieve, y luego, lentamente, otras cimas y torres nevadas de imponente aspecto, que los últimos rayos del sol vuelven más majestuosas y etéreas, encendiéndolas de rosa y púrpura.



Floresta magallánica

Cautivados por el inesperado y sublime espectáculo, seguimos con avidez la aparición de esas misteriosas montañas, tratando de conocer su configuración, pero las nubes, en lugar de abrirse más, se espesan sobre las gargantas y las crestas. Barridas un momento por una ráfaga de viento retornan poco después, más tenaces y voluminosas, hasta que al anochecer, nuevamente se cierran herméticamente como una gruesa cortina.

Diciembre 24 – Hemos decidido esta mañana dejar el seno Eyre y navegar hacia la angostura Inglesa, nuestra última meta y donde esperamos encontrarnos con alguna tribu Alacalufe. Para llegar a la angostura Inglesa debíamos contornear la península Exmouth, situada entre el seno Eyre por el levante y el canal Grappler y el paso del Indio al poniente, y retornar hasta casi la altura del lugar donde habíamos anclado la última vez. Salidos del seno Eyre, penetramos en el canal Grappler y de ahí en el del paso del Indio, estrecho canal que se extiende entre la isla Saumarez al sur y la angostura Inglesa al norte.

En este último canal, como su propio nombre lo dice, se encuentran casi siempre las canoas de los indios Alacalufe, que tienen allí su principal morada, porque abunda la pesca y porque pueden obtener más fácilmente de las naves que con frecuencia atraviesan estos lugares, víveres y ropas, a cambio de pieles de nutria.

Navegamos durante seis horas a todo motor bajo un fuerte aguacero y con el mar perfectamente en calma, y al mediodía, encontrándonos ya frente a la pintoresca bahía Edén, casi al final del paso del Indio, una débil columna de humo que se eleva sobre el follaje verde del bosque, nos revela la presencia de alguna tribu indígena.

Rápidamente dirigimos la proa hacia aquella bahía, encantados de poder efectuar el deseado encuentro con los indios alacalufes, cuya vida íntima nos interesa conocer.

Dejando atrás un magnífico grupo de islas cubiertas de espesa vegetación, penetramos en la bahía, en cuyo fondo divisamos un grupo de indígenas que, enterados de nuestra llegada, corren presurosos hacia la playa y se ponen a observarnos con atención, mientras sus perros ladran furiosamente. Apenas hemos echado el ancla, cuando ya una canoa con algunos indígenas se separa de la playa y se dirige rápidamente hacia nosotros. Han reconocido en la goleta una de las acostumbradas embarcaciones de cazadores de focas y esperan poder efectuar su cambio de pieles de nutria por víveres y bebidas alcohólicas a las que son tan aficionados[2]. Ya cerca, permanecen en silencio y nos observan, un poco sorprendidos al encontrarse delante de personas desconocidas, pero luego, alentados por nuestro saludo e invitación, atracan a la goleta y saltan a bordo.



Indios Alacalufe comiendo galletas a bordo del "Renato"

Su aspecto es verdaderamente repugnante y digno de compasión, y demuestra abiertamente las penurias y las privaciones de su vida errabunda y salvaje. Sobre el cuerpo mugriento y fétido con olor a grasa rancia, cuelgan ropas desgarradas y sucias, recibidas quién sabe cuánto tiempo hace de los pasajeros de alguna nave, que les dejan al descubierto las piernas enjutas y anquilosadas. Algunos llevan una almilla y una camisa, otros solamente una camisa y los más adelantados también pantalones, pero todo ello sucio y hecho jirones.

La faz cobriza y aplastada, en la que brillan entre los dos pómulos muy sobresalientes los ojos pequeños, llenos de astucia, queda oculta en gran parte por los desgreñados cabellos que, guarida de numerosos parásitos, les caen en largos mechones sobre la frente y el cuello.

La buena acogida hecha a este primer grupo de indígenas alienta a los restantes que han quedado a la expectativa en la playa; en efecto, poco después vemos a toda la tribu, unos treinta individuos, apresurarse a venir a nosotros y rondar con sus canoas en torno a la goleta, gesticulando, gritando y pidiendo insistentemente "Galleta-tabaca-pantalón", o sea bizcochos, tabaco y ropas.

Las mujeres manejan el timón o reman con pequeñas paletas, mientras los hombres permanecen agazapados al interior de la canoa en medio de una nidada de criaturas confusamente mezcladas con los perros. Más miserable parece aún el estado de estos infelices cubiertos apenas con pocos y sucios andrajos, residuos de una almilla o camisa, pues los hombres no demuestran sentir la necesidad de protegerse del frío ni de mejorar en algún modo su condición de vida, preocupándose sólo de saciar el hambre.

[2] Los oficiales de la corbeta italiana "Vettor Pisani", que en 1882 atravesaron el estrecho de Magallanes y tuvieron contacto con los Alacalufe en la bahía Fortescue, atestiguan que estos indígenas no apetecían en modo alguno los licores. Así describen el encuentro: "A Fortescue trovammo una canoa con una famiglia di fueghini. Li vestimmo colmandoli di doni; non vollero bere né vino né liquori; mangiarono con piacere biscotti e maccheroni". ("*En Fortescue encontramos una canoa con una familia de fueguinos. Les vestimos llenándolos de regalos; no quisieron beber ni vino ni licores; comieron con placer bizcochos y macarrones*") Traducción del transcriptor. (Cfr. *Rivista Maritimma*, ottobre 1885, pag. 10). Fue pues, el contacto con los blancos, especialmente con los *loberos*, lo que fomentó en ellos la inclinación a las bebidas alcohólicas, embruteciendo y degenerando más la estirpe.



Después de la comida esperan algún otro regalito

Con excepción de dos o tres de los hombres más diestros y fuertes, que han tenido ya contacto con los loberos, de quienes aprendieron algunas palabras en español, todo el resto de la tribu ignora absolutamente este idioma; no me es posible, pues, hacerme entender por ellos como hubiera deseado, para instruirlos un poco en los misterios de nuestra Santa Religión y administrarles el Sacramento del Bautismo. Abandono por lo tanto, muy a mi pesar, esta misión, con la esperanza de que pronto pueda ser llevada a cabo por el Vicario Apostólico de Magallanes a cuyo cuidado está la civilización y evangelización de estos indios[3]*.

No pudiendo prestarles ninguna asistencia espiritual, procuro suplir al menos en lo material; los hago subir a bordo y les distribuyo una abundante ración de galletas que devoran con visible placer y sorprendente rapidez.

[3] El actual Administrador Apostólico de Magallanes, Mons. Pedro Giacomini, acaba de realizar estos deseos enviando para evangelizar estas tribus Alacalufe al veterano misionero salesiano P. Federico Torre, quien acompañado por el hermano coadjutor Ernesto Radatto, está compartiendo la vida de estos pobres indígenas para llevarles los auxilios de la religión.

*Efectivamente, entre los años 1940 y 1946 se realizó una misión ambulante entre los Kawesqar a cargo del P. Federico Torre, salesiano, la que debió ser abandonada en vista del escaso resultado de la misma, en particular tras los fallecimientos de algunos niños que fueron llevados a Punta Arenas para su educación, todos contagiados por la tuberculosis. Para una mayor información sobre el particular se sugiere consultar el libro *Archipiélago Patagónico, la última frontera*, de Mateo Martinic (Ediciones de la Universidad de Magallanes, Punta Arenas, 2004) (N. del E.).



Indio Alacalufe

Calmados algún tanto los gritos del hambre, se embarcan satisfechos en sus canoas y regresan a sus cabañas a donde los seguimos nosotros también, curiosos de conocer sus miserables habitaciones.

Por un estrecho sendero penetramos al interior de la selva, donde están instaladas sus chozas. El terreno por donde pasamos está empapado de agua y recubierto del acostumbrado tapete mórbido de helechos y musgos, en el que nos hundimos hasta las rodillas.

Llueve torrencialmente y no podemos comprender cómo estos míseros salvajes pueden pasar la vida con tan escasos medios de subsistencia en un ambiente constantemente húmedo, frío y lluvioso.

Henos aquí ya, junto a su campamento, constituido por unas pocas cabañas próximas unas de otras, de forma hemisférica y de casi dos metros de alto por tres de diámetro, confeccionadas con ramas clavadas en el suelo, convergentes hacia el centro, donde un espacio abierto permite la salida del humo. Sobre esta rústica armazón están extendidas una capa de ramas de haya y algunas pieles de foca, una de las cuales sirve para cerrar la entrada de la cabaña.

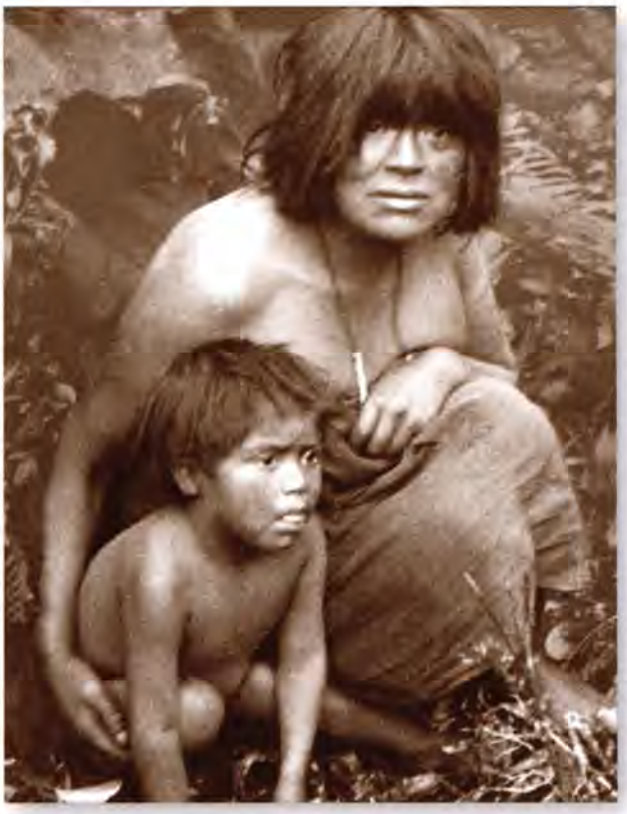
En el centro de la choza, una pequeña hoguera, alimentada con troncos de árbol, da calor y vida a los míseros inquilinos ocupados casi todo el tiempo en tostar mejillones y otras especies de moluscos, que constituyen su principal alimento. En torno a este fuego y tan cerca de él que a menudo reciben graves quemaduras, pasan con sus perros gran parte del día y de la noche acurrucados en sus míseras yacijas, hechas con unas pocas hierbas secas y algunas pieles.

Encontramos aquí algunas ancianas de rostro surcado por infinitas y pequeñas arrugas, que no fueron a bordo por su natural aversión al blanco, de quien han recibido más mal que bien, y al que identifican con los pocos loberos criminales que recorren los canales sin ser molestados y de quienes anteriormente hemos hecho mención. A nuestro saludo y gracias a algunos pequeños regalos, responden en su idioma con voz lenta y gutural. Una de ellas comienza poco después con acento ora lamentable, ora airado, un largo discurso, con el que quiere darme a conocer el dolor que experimenta por el rapto de una hija realizado impunemente por unos loberos, de quienes nunca más volvió a tener noticias. En otro toldo me encuentro con un hombre inmovilizado por unas llagas en las piernas y quizá por alguna otra enfermedad. Me mira en silencio con

ojos resignados y cansados, mientras con una ramita mueve algunos mejillones que se asan sobre las brasas; le doy algunos víveres y con profunda pena salgo de esa cabaña, donde, en la desolación y en la suciedad, esta estirpe en agonía sufre sus dolores y su angustia.

En el exterior de las cabañas están amontonados residuos de alimentos, consistentes especialmente en conchas de mejillones, huesecillos de aves y alguna tibia o cráneo de nutria y huemul.

La búsqueda de alimentos constituye la principal preocupación de estos indígenas, naturalmente indolentes. La mujer es quien tiene la dura tarea de proveerlos. Y para esto no teme abandonar el confortante calor del fuego y sumergirse en las aguas heladas para recoger los grandes mejillones y erizos de mar. El capitán Formento fue testigo de la habilidad para nadar y de la resistencia de una de estas mujeres, la cual, teniendo entre los dientes un canasto de juncos, se sumergió en las aguas profundas y permaneció un minuto, volviendo luego a la superficie con su canasto lleno de grandes mejillones. Por pura curiosidad quiso medir la profundidad y la sonda marcó cerca de siete brazas (12 metros).



Madre e hijo Alacalufe

Las madres, para lograr que las hijas resulten hábiles en el ejercicio de la pesca bajo el agua, las acostumbran a zambullirse desde los 2 años de edad. Estos indios tienen una gran predilección por los alimentos grasos, representados por la carne de foca, delfín* y ballena y con cuya grasa suelen untarse el cuerpo**.

Para cazar las aves, se valen de curiosas estratagemas. Singular es la que practican para cazar los cormoranes que durante la noche acuden a refugiarse sobre determinados árboles a lo largo de la costa. Individualizado el árbol, el indio construye entre sus ramas un pequeño escondrijo con follaje de la misma planta y luego, al cerrarse una de las noches más oscuras, se oculta y espera inmóvil que acudan las aves. Ya adelantada la noche, cuando los cormoranes están adormecidos, sale de su escondite, los agarra uno a uno, les retuerce el cuello y los deja caer a tierra. Generalmente son pocas las aves que escapan a las manos del indígena, que se ha asegurado así, por algún tiempo, un excelente alimento.

*El delfín es la tonina o tunina como es conocido en estas regiones. Igual que el nombre de foca se refiere a los lobos marinos, habituales habitantes de los mares del sur (N. del E.).

**La práctica de untarse el cuerpo con grasa de lobo marino era acostumbrada también entre los Yámana –Darwin ya lo atestiguaba en su viaje por el canal Beagle– y les servía para soportar las bajas temperaturas típicas de estas regiones. De ahí el "insoportable olor" al que alude el naturalista (N. del E.).

Tienen maravillosa destreza para cazar las aves con una honda y muchas veces, lanzando simplemente piedras con las manos. Usan el arco y las flechas únicamente para cazar el huemul, el ciervo de los Andes patagónicos, que vive actualmente en exiguo número en los valles cordilleranos.

Los grandes peces son ensartados por los hombres con el arpón, mientras la canoa avanza movida por las mujeres, que manejan pequeños remos. También se valen de otros medios para capturar los peces. El más curioso es una empalizada de ramas entrelazadas, que construyen en las pequeñas angosturas de las bahías o en las desembocaduras de los ríos, dejando una pequeña puerta abierta. Cuando la marea crece los peces entran y cuando baja, cerrada ya la puerta por la misma marea, quedan prisioneros y en seco.



Una familia Alacalufe en su canoa

Las canoas de estos indígenas son construidas con tablones de coihue (*Nothofagus dombeyi*)* o bien con la corteza del mismo árbol, unidas con tendones de guanaco, tiras de cuero y mimbre. Sobre estas canoas pasan su vida nómada, vagando por el vasto archipiélago, prefiriendo en verano la costa porque encuentran gran cantidad de huevos y pichones de aves, focas y pingüinos, mientras que en invierno se internan en los canales en busca de peces y moluscos.

Hasta hace pocos decenios, su vestimenta consistía en una gran piel de nutria que llevaban sobre la espalda y otra pequeña en torno a la cintura; ahora, en cambio, se cubren con ropas que adquieren de los loberos u obtienen regalada de los pasajeros de las naves que surcan los canales. Venden pieles de nutria a los loberos a cambio de víveres y licores. Se pintan el rostro y el cuerpo con colores que obtienen de tierras arcillosas o de carbones pulverizados mezclándolos con grasa. Los colores que usan son: el colorado que significa alegría; el blanco, guerra; y el negro, luto. Las mujeres son muy aficionadas a los collares y brazaletes, consistentes en pequeñas conchillas y huesecillos ensartados en tendones. Los oficiales de la "Vettor Pisani", que tuvieron la oportunidad de encontrarse con algunas familias de estos indígenas en Eden Harbour, relatan un bonito episodio de esta vanidad femenina. "Habiendo una niña como de 14 años recibido en obsequio

*La referencia debe entenderse hecha al coigüe de Magallanes, actualmente *Nothofagus betuloides*. *N. dombeyi* es otra especie presente más al norte en la Patagonia occidental (N. del E.).

un collar de perlas de Venecia, dio señales de una gran alegría, y sin que nadie le enseñase, se lo envolvió al cuello con doble vuelta, demostrando así como, hasta en las condiciones que parecen más abyectas, existe la vanidad femenina; al día siguiente, la misma joven, a la que se le había enseñado el nombre del objeto, gritaba con graciosa voz: "collar-collar"[4].



Mujeres Alacalufe

Tratamos de conocer el número de individuos de esta tribu Alacalufe que vive en la zona norte de los canales patagónicos, pero sin resultado, pues no tienen noción alguna de los números.Únicamente logramos comprender que son muchas las canoas y que el resto de los indígenas está actualmente cazando focas o aves marinas en la costa borrascosa del Pacífico.

Por los datos suministrados por el portugués Viera y por Formento, a base del número de canoas que ellos mismos habían visto y que pueden contener por término medio, cada una, diez indígenas, los Alacalufe del norte no deberían ser entonces más de 180 individuos.

Diciembre 25 – En este extremo y remoto rincón de la Creación, sumergidos en la soledad y en el misterio de las montañas y de los bosques, la fiesta de Navidad despierta en nosotros nostálgicos y lejanos recuerdos de lugares y personas queridas. La mañana es discretamente serena y clara; después de la celebración de la Santa Misa realizo una magnífica excursión en bote a lo largo del canal, hasta la angostura Inglesa, admirando la encantadora hermosura de este estrecho brazo de mar, que se insinúa entre islas completamente revestidas de vigorosísimas selvas vírgenes. Me parecía haber sido transportado de improviso a los ríos y bosques de un país tropical.

La angostura Inglesa (*English narrows*), larga e intrincada, pone en comunicación la parte sur del canal Messier con la parte norte del paso del Indio. Sus aguas, que en algunos puntos se estrechan hasta sólo 400 metros, hierven y se agitan como un río en máxima creciente, impulsada por las fortísimas corrientes, que llegan a adquirir una velocidad de 9 kilómetros por hora y llevan casi siempre dirección al sur, cualquiera sea la marea. A lo largo de su curso algunos escollos a flor de agua hacen difícil y peligrosa la navegación, como lo atestiguan los numerosos navíos que aquí naufragaron por haber chocado contra esos monolitos submarinos.

[4] Cfr. *Revista Marítima*, fascículo III, marzo 1886. Relatos de Enrique Serra, Teniente de navío, página 360.

Un plano exacto y detallado de la angostura Inglesa y sus inmediaciones, con numerosos sondajes en brazas, fue levantado en noviembre de 1867 por el comandante y oficiales de la corbeta a vapor italiana "Magenta", la cual, en su viaje de circunvalación del globo, permaneció 12 días (12-24 de noviembre) anclada en Halt Bay antes de disponerse a la travesía.

La carta marítima que entonces existía, copiada de un esquema ejecutado por el capitán Jenkins, con la medida de pocos ángulos, no ofrecía la seguridad requerida por una nave como la "Magenta", la más grande que hasta entonces había penetrado en los canales patagónicos.

Las investigaciones y estudios sobre flora y fauna, realizados por el naturalista Enrique Giglioli en numerosas excursiones por mar y tierra, completaron brillantemente el trabajo efectuado por los oficiales de la "Magenta", cuyos nombres aplicados a algunas bahías (Magenta, Arminjon, Libetta) e islas (Giglioli, Candiani, Bassi) quedaron en los mapas de estas regiones como un bien merecido homenaje a sus estudios y fatigas[5].

Terminado el plano de la Angostura, la "Magenta", en la tarde del 24 inició la travesía tan bien descrita por Giglioli: "A las cuatro y media zarpamos de Halt Bay dirigiéndonos hacia los 'Narrows'. Mientras nos aproximábamos al punto más angosto, nos sorprendió la aparición de un humo, más allá de la isleta Mezzo-Canale; en el primer momento pensamos que podían ser los salvajes que inútilmente buscábamos desde hacía varios días. Habíamos pasado los Narrows en su parte más estrecha, cuando al volver el ángulo meridional de la isleta Mezzo-Canale nos encontramos inesperadamente junto a una cañonera francesa que en ese momento doblaba el paso oriental. La 'Magenta' guiada por quien conocía perfectamente esos lugares, corría segura con una velocidad de 8 millas por hora; la 'Lamothe Piquet' (así se llamaba la cañonera francesa) se movía a poca velocidad, sondando a diestra y siniestra; podía tener un tercio del tonelaje de la 'Magenta'. La sorpresa recíproca fue grande, pero debió ser mayor la de los franceses, quienes vieron aparecer y desaparecer a gran velocidad y en el punto más peligroso de los canales, una gran corbeta que el movimiento y el paraje debían hacer aparecer más grande aún[6].

Diciembre 26 – Concluido nuestro programa, con las primeras horas de la mañana emprendemos la ruta de regreso a Magallanes, a lo largo de los mismos canales por los cuales hemos venido. La navegación hacia el sur es siempre fácil y rápida porque todos los vientos, con excepción del este y sureste, bastante raros, se encajonan en aquella dirección, permitiendo el empleo de las velas, por lo que viajando de norte a sur se experimenta la ilusión de navegar a lo largo de un curso de río en descenso.

Llegados a donde termina el paso del Indio dejamos a nuestra izquierda el canal Grappler y penetramos en el Escape, entre las islas Wellington y Saumarez, y de aquí pasamos al canal Chasm, estrecho y profundo, encerrado entre dos altísimos baluartes de montañas a pique, de las que descienden bellísimas cascadas. Poco después desembocamos en el canal Wide y, favorecidos por un viento fresco del nornoroeste, que nos hace correr con todo el velamen desplegado a 9 millas por hora, atravesamos el canal Concepción.

[5] Cfr. *Reseña Histórica* de este Tomo.
[6] Cfr. Enrico Giglioni, *Viaje en torno al Globo de la Corbeta a vapor italiana Magenta*, pag. 940, Milán, 1876.



Niños Alacalufe en la canoa

En las primeras horas de la tarde penetramos en el canal Sarmiento, siempre con viento en popa, pero ahora acompañado a intervalos de fuertes chaparrones. Por momentos la costa desaparece bajo una cortina de niebla y lluvia con peligro de hacernos equivocar la ruta y chocar contra alguna roca. Debemos navegar con gran cautela y permanecer en cubierta bajo la fuerte lluvia y el viento, consultando continuamente la carta para precisar nuestra posición.

Como la tarde se va oscureciendo cada vez más, para no exponernos al peligro de extraviarnos en las tinieblas, nos acercamos a la costa oriental buscando un refugio para pasar la noche y, con gran satisfacción, lo encontramos al final de la bahía Mayne, cortada en la costa occidental de la isla Evans.

Llegamos a tiempo, pues justamente entonces el temporal nornoroeste había alcanzado el máximo de su violencia y la lluvia caía a cántaros, oscureciendo completamente el horizonte. Habíamos navegado sin interrupción toda la jornada, recorriendo 275 kilómetros.

Al día siguiente (27 de diciembre) a las 5, levantamos el ancla y proseguimos a lo largo del canal Sarmiento. La lluvia había cesado y reinaba una calma discreta. A eso de las 8, el viento nornoroeste volvió a soplar con fuerza acompañado de grandes chaparrones, pero a la tarde, cuando ya habíamos entrado en el canal Smyth, el cielo se aclaró y cesó la lluvia mientras el viento cambiaba su dirección hacia el oeste con mayor violencia.

El mar estaba encrespado por olas espumosas que se perseguían y enroscaban y bajo las violentas ráfagas del viento se transformaban en torbellinos de agua pulverizada.

A las 5 de la tarde llegamos al extremo sur del canal Smyth, pero no siendo posible proseguir por la furia del huracán, echamos el ancla en una bahía desconocida y segura, que penetra en la costa oriental de la isla Manuel Rodríguez. Delante de nosotros se extienden las aguas del estrecho de Magallanes completamente convulsionadas y cubiertas de blanca espuma.

Dos días hubimos de permanecer anclados en esta bahía porque el temporal continuó con gran violencia y el mar era demasiado grueso para arriesgarnos a atravesarlo con nuestra pequeña goleta.

Al alba del 28, habiéndose calmado un poco el viento, logramos trasponer por fin este peligroso trecho de mar y llegar al paso Roda. De aquí en adelante las dificultades disminuyeron y navegando día y noche, en la mañana del 1° de enero del nuevo año, 1929, entramos en la rada de Punta Arenas después de haber pasado 34 días de aventurada navegación en las borrascosas y desoladas costas de la isla Negra y entre los encantadores canales y fiordos patagónicos.



Cóndor andino (Sarcorhamphus gryphus)

CAPÍTULO IV

ÚLTIMA ESPERANZA

Última Esperanza – Puerto Natales – Progreso de esta región –
Sus extraordinarias bellezas naturales – La gruta del Milodón –
Primera excursión al monte Balmaceda – Bahía Bellavista – Patos y cisnes – Pastor solitario –
Un naufragio evitado – La cadena del Paine en el ocaso – Segunda excursión al Balmaceda –
Entre leñadores – Paciente labor de los bueyes – Floresta magallánica –
Tercera excursión al Balmaceda – Espectáculo sublime – Lago Azul – Valles y glaciares inexplorados

Entre las regiones andinas de la Patagonia austral, que sobresalen por su grandiosidad, belleza y fertilidad del suelo, debe contarse la de Última Esperanza, uno de los tres Departamentos chilenos que constituyen la provincia de Magallanes[1]*.

Situada al este de la gran Cordillera de los Andes, donde ésta, al aproximarse al estrecho de Magallanes, va convirtiendo sus picachos y glaciares en modestas colinas y amenas terrazas, hasta transformarse en la inmensa pampa, encierra tesoros de arcana belleza, donde toda la poesía del paisaje andino va armonizándose en una grandiosidad de líneas, en una vivacidad de luces y de colores capaces de impresionar vivamente aun a los más apáticos al influjo de la belleza.

Semejante encanto de la naturaleza, unido a la fertilidad del suelo, sería más que suficiente para hacer de esta región una morada ideal, si los vientos fríos y húmedos que soplan casi de continuo del noroeste al suroeste no aminoraran un tanto el mérito de sus bellezas naturales y no impidieran que los cereales llegaran a su completa madurez.

Sin embargo, su clima es completamente distinto al de los canales patagónicos a esa misma latitud, notándose menor cantidad de lluvias y una temperatura mucho más benigna.

Hasta el año 1890, la región de Última Esperanza era conocida sólo en parte por algunos exploradores que la habían recorrido con fines más científicos que comerciales; pero apenas introducida en el territorio de Magallanes la industria del ganado, particularmente ovinos, que se aclimataron y multiplicaron extraordinariamente, el gobernador chileno, Señoret, concedió

[1]Abarca una superficie de 135.418 kilómetros cuadrados y cuenta con 48.815 habitantes.
*Desde 1974 la antigua provincia de Magallanes pasó a ser "Región de Magallanes y Antártica Chilena", dividida en cuatro provincias, en sustitución de la anterior organización administrativa en departamentos; una de ellas es la de Última Esperanza (N. del E.).



Puerto Natales y Sierra Ballena en el fiordo de Última Esperanza

en 1893 la ocupación de estas tierras y en 1899 se fundaba oficialmente en Puerto Natales, a la entrada del fiordo Última Esperanza, un primer núcleo de población[2]*.

Años después, entre 1904-1905, el Gobierno chileno efectuó la subasta de cerca de 400.000 hectáreas de terreno que fueron adquiridas, en su mayor parte, por una Sociedad Anónima de elevado capital. La industria ganadera progresó de tal forma que pronto quedó asegurada la riqueza y vitalidad de esta región.

Como natural consecuencia, aumentó la población formada por colonos de diversas nacionalidades, aunque en su mayoría por chilenos de Chiloé.

Puerto Natales, capital de Última Esperanza, por ofrecer fácil salida a los productos de la Patagonia austral andina, se convirtió pronto en un centro comercial y marítimo, destinado a ser, después del de Magallanes**, el más importante de la región.

A este rápido crecimiento de la población contribuyó en gran manera la instalación en Puerto Natales y Puerto Bories de dos grandes establecimientos frigoríficos, donde la abundante producción de carne ovina es congelada y exportada a los principales países europeos, especialmente a Inglaterra. Estos establecimientos ocupan durante el verano unos mil obreros

[2] El descubrimiento de Última Esperanza como región apta para la ganadería se debe al capitán Hermann Eberhardt, que en 1892 hizo, en pleno invierno, una expedición a su interior (Cfr. *Reseña Histórica* al final de este Tomo).

*Es un dato equivocado, pues en 1899 se fundó Puerto Prat, una veintena de kilómetros al norte de la población citada, como primer centro habitado del distrito de Última Esperanza. Puerto Natales surgió espontáneamente hacia 1904 y fue fundado oficialmente en 1911 (N. del E.).

**Se refiere a Punta Arenas. Magallanes es un antiguo nombre que en algún momento recibió la ciudad. Punta Arenas fue fundada en 1848 con ese nombre, que mantuvo hasta 1927, tiempo en que se dispuso su redenominación, lo que en definitiva no prosperó, por lo que a los pocos años, a comienzos de la década de 1930, se retornó al nombre original (N. del E.).



Puerto Natales. *La plaza y el fiordo de Última Esperanza con el cerro Balmaceda (a la izquierda), la cordillera Arturo Prat y el cerro Paine*

y el número de animales faenados asciende a casi medio millón de cabezas.

Los habitantes de Natales son unos ocho mil y otros cinco mil están esparcidos por las estancias de la región de Última Esperanza, que abarca una superficie de 14.642 kilómetros cuadrados.

La vida de Puerto Natales está esencialmente ligada a la ciudad de Punta Arenas, de la que se abastece de mercaderías y artículos alimenticios y a la que exporta sus productos lanares



Natales. *Iglesia y colegio de los Padres Salesianos*

El tráfico y transporte de los pasajeros viene facilitado por una excelente carretera de 252 kilómetros, construida bajo la dirección del ingeniero Fortunato Ciscutti e inaugurada en enero de 1931. Su recorrido es atrayente por la variada y rápida sucesión de los paisajes. Algo monótono al principio mientras se atraviesa la inmensa llanura, van haciéndose soberbiamente pintorescos cuando se penetra en la zona de los bosques y desde las alturas se divisa a lo lejos la imponente cadena de los Andes que ostenta, en una soberbia gama de colores, sus gigantescas montañas coronadas de nieves y glaciares.



Monte Paine desde la sección Lazo

El comercio entre las dos poblaciones es también muy activo por vía marítima, pues hay un discreto número de vapores de cabotaje, que recorren los canales y el estrecho de Magallanes. También la línea de navegación que efectúa el servicio mensual entre Valparaíso y Punta Arenas, tocando de paso Puerto Montt y algunos puertos de Chiloé y Aysén, hace escala en Puerto Natales, dando oportunidad a los turistas para conocer los pintorescos canales de la región de Última Esperanza.

Natales, como todos los pueblos de la Patagonia que han surgido *ex novo* en regiones hasta entonces despobladas, ha sido trazado de acuerdo a un plano geométricamente regular. Sus calles son amplias, y bonitas sus plazas. La mayoría de las casas son de un solo piso y de madera, pues esta es abundante y barata en la comarca. Hay también algunos edificios de material sólido, entre los que sobresale la iglesia de los Padres Salesianos, construida con los planos del arquitecto salesiano, el sacerdote Juan Bernabé.

Los Salesianos se establecieron en Natales en 1913, edificando una iglesia parroquial y abriendo una escuela para los hijos de los colonos, extendiendo luego de esto su obra de asistencia espiritual a los pobladores esparcidos por las estancias de la vasta región.

El desarrollo experimentado por la industria ganadera y el aumento de las estancias han contribuido eficazmente al mejoramiento de las comunicaciones viales.

Actualmente hay en la región una buena red caminera que permite, en todas las estaciones del año, el acceso a las principales estancias, aun a las que se encuentran establecidas cerca de la Cordillera. Entre estas estancias, la más importante por su extensión y por lo moderno de sus

instalaciones, es la denominada "Cerro Castillo", situada algo hacia el este del lago Maravilla*, y que pertenece a la "Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego"[3]. Las secciones Lazo y Laguna Amarga, que esta estancia posee en las estribaciones del Paine, ofrecen una encantadora vista sobre este importante macizo y constituyen una meta predilecta de los turistas, que pueden llegar a ellas en auto desde Punta Arenas.



Puerto Bories

La región de Última Esperanza ha alcanzado notoriedad entre los estudiosos por los importantísimos hallazgos realizados primeramente (abril de 1896) por Otto Nordenskjöld, y luego por otros investigadores (R. Hauthal, S. Roth y Erland Nordenskjöld), en la caverna de Eberhard. Esta caverna, generalmente conocida por los lugareños como "Gruta o Cueva del Milodón", se abre en la ladera del monte Benítez (550 metros) cerca de 17,5 kilómetros al nornoroeste de Puerto Natales e inmediatamente al noreste de Puerto Consuelo. La amplia entrada de la caverna, que está excavada en un potente banco conglomerado del Cretáceo superior, se halla a 155 metros sobre el nivel del mar, y se abre sobre una terraza lacustre de superficie casi llana.

Según recientes observaciones del doctor Feruglio, la gruta se ha formado probablemente por la erosión de las olas del lago que invadiera la cuenca de Natales durante el retiro progresivo del enorme manto de hielo que la rellenaba durante la última expansión glacial cuaternaria. Este lago –al igual que los que ocuparon el seno Skyring y el seno Otway, situados más al sur– logró finalmente abrirse paso hacia el Pacífico a través de los estrechos de Kirke, vaciándose gradualmente, hasta ser en parte ocupado por las aguas del océano. El gradual decrecimiento del nivel del lago se encuentra hasta hoy indicado por una serie escalonada de terrazas lacustres que forman las llanuras de Diana y rodean a Puerto Natales.

Sobre el piso de la espaciosa caverna –que se interna horizontalmente por unos 200 metros, con ancho medio de 50 y una altura que puede llegar a los 30 metros– se encontraron restos mo-

*Referencia al actual lago del Toro, denominación alternativa con que en aquella época se conocía a dicho depósito y que con el paso de los años acabó por perderse. Hoy se denomina así a un laguito situado entre los lagos del Toro y Porteño. En todo caso, en el texto de esta obra se respeta la toponimia utilizada por el explorador salesiano (N. del E.).

[3] La "Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego", cuya fundación se remonta al año 1893 por obra del señor Mauricio Braun, posee actualmente con título inamovible de dominio 1.106.402 hectáreas, de las cuales, 792.439 están en Chile (Departamentos de Magallanes 377.471 hectáreas, Última Esperanza 410.675 hectáreas y Tierra del Fuego 4.292 hectáreas) y 313.961 en territorio argentino. Al lado de estos terrenos propios, la Sociedad trabaja también con campos arrendados que suman 707.385 hectáreas. En el período 1942-43 los animales esquilados alcanzaron a 1.154.728 y las libras de lana obtenidas eran de 11.490.695, elevando el promedio de rendimiento por animal a la excelente cifra de 9,95 libras. (*Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego 1893-1943*. Monografía por Ferdinando Durán, Chile, 1943).

mificados (carne, piel provista de largos pelos y de huesecitos dérmicos) de un gran desdentado de la familia de los *Gravígrados*, pertenecientes al género *Glossotherium* (también llamado *Grypotherium*, o *Neomylodon*)*. Junto con los restos de este extraño animal –cuyos parientes próximos poblaron las pampas argentinas durante el Cuaternario– se han encontrado sus excrementos, los que prueban que su alimentación era herbácea. En la misma caverna se exhumaron también huesos de un gran tigre hoy desaparecido (*Felis listai*, quizás idéntico al *Smilodon*), de un cánido, del oso pampeano (*Arctotherium* o *Pararctotherium*), de *Macrauchenia*, de *Onohippidium*, de guanaco, excrementos de un carnívoro, restos del hombre y de la industria humana.

Las condiciones en que fueron hallados los huesos del *Glossotherium* hicieron suponer que este habría sido domesticado por el hombre prehistórico. Si bien ello parece muy dudoso, de cualquier forma, es cierto que debió vivir cuando el hombre ya poblaba esta región. Su extinción es, pues, de fecha relativamente reciente, es decir, de la época postglacial, la que siguió al retiro de las inmensas masas de hielo que sepultaron la Cordillera Patagónica y vastos trechos de las mesetas contiguas. Un poco al este de la caverna de Eberhard hay otra más pequeña, llamada Cueva Chica, cuya boca está a 162 metros sobre el nivel del mar y que se bifurca con una leve inclinación hacia el interior.



Cueva del Milodón

Sobre esta pintoresca región de valles fértiles y amenos, poblada por miles de ovejas, irrigada por numerosos y abundantes cursos de agua y sembrada de una infinidad de lagos de variadas dimensiones, dominan como dos inmensos soberanos, los macizos Balmaceda y Paine.

La imponente grandiosidad de estos dos colosos tan diferentes y singulares en sus formas, surcados por inmensos glaciares, adornados de exuberantes selvas vírgenes, lamidos en sus bases por las aguas de amatista y de cobalto de una maravillosa cadena de lagos y canales, constituye una poderosa atracción para los andinistas y los amantes de las bellezas naturales, que tienen aquí

*Efectivamente las condiciones de sequedad ambiental en el interior de la caverna contribuyeron a la preservación de restos orgánicos (fecas, huesos, piel, pelos) del milodón (*Mylodon darwinii*). Desde su hallazgo en 1895, la Cueva del Milodón pasó a ser el sitio paleontológico más famoso de la Patagonia. Para una mayor información sobre la materia se sugiere ver el artículo "La Cueva del Milodón: Historia de los hallazgos y otros sucesos. Relación de los estudios realizados a lo largo de un siglo (1895-1995)", de Mateo Martinic B." (*Anales del Instituto de la Patagonia*, Serie Ciencias Humanas, vol. 24, 43-80, Punta Arenas, 1996) (N. del E.).

Última Esperanza. Río y cerro Paine medio



Deposé

Fot. A. M. De Agostini



Cascada del río de las Chinas

un vastísimo campo para las más arduas ascensiones y la mejor oportunidad para contemplar de cerca los espectáculos más soberbios que pueda ofrecer la naturaleza virgen y salvaje.

El monte Balmaceda se yergue como un gigantesco baluarte en la extremidad meridional de la Cordillera Patagónica, la que en esta latitud va perdiendo su forma compacta y elevada para terminar fraccionándose en numerosas y profundas ensenadas, fiordos, canales y bahías.

Este macizo se divisa desde Puerto Natales, porque se eleva al final del fiordo Última Esperanza como un majestuoso telón, erizado de crestas y surcado de glaciares, al que sirven de gigantescos bastidores la Cordillera Arturo Prat [4] por la izquierda y la sierra de la Ballena a la derecha.

La única manera de llegar al pie del Balmaceda es recorriendo todo el fiordo Última Esperanza, que mide unos 60 kilómetros, en alguna de las pequeñas embarcaciones que se encuentran en Puerto Natales o Puerto Bories y que de vez en cuando visitan la costa, en busca de leña o para suministrar víveres a alguna estancia.

[4] La Cordillera Arturo Prat fue objeto, en estos últimos años, de estudios y ascensiones por parte de los doctores G. H. Fester y R. Jacob y de los alpinistas Zuck y Teufel. Este grupo de montañas se eleva entre el estero de Última Esperanza y la recortada cuenca de los lagos Porteño y Maravilla o del Toro, y está formado principalmente por dos cadenas casi paralelas, separadas entre sí por el valle de los Perales y unidas al norte por un elevado travesaño. Compuesta de capas pizarreñas oscuras del Cretáceo superior, tiene crestas afiladas y cimas puntiagudas de 1.200 a 1.660 metros de altura, a cuyo reparo se conservan campos de nieve y pequeños glaciares. Cfr. Fester, *Algunas observaciones de un viaje a la Patagonia*, Revista Minerva, III (1931), Buenos Aires; *Observaciones en la Cordillera Austral,* Ibídem, IX (1938) n. 4; *Die südlichste Kordillere,* Zeitschrift des Deutschen Alpenvereins, 1937-1938.

Mi primera excursión al Balmaceda la efectué en diciembre de 1916, mientras realizaba un viaje de misión y estudio. Me embarqué en un *cutter* de poco tonelaje, propiedad de los hermanos italianos Crema, quienes poseían en la isla Diego Portales una pequeña estancia y un aserradero [5]*.

Dejamos Puerto Natales a la caída de la tarde, pues a esa hora los fortísimos vientos del suroeste y noroeste, que soplan todo el día, disminuyen de intensidad.

Teníamos intención de navegar durante la noche, ya que de otro modo, con el viento de proa nos hubiera sido imposible avanzar, pues conocíamos la terrible fama de la que goza este fiordo, por los violentos huracanes que se desencadenan repentinamente y que han hecho zozobrar a tantas embarcaciones.



Rollizos y tablones de lenga o roble (Nothofagus pumilio) en el aserradero del río Rubens cerca de Natales.

Favorecidos por una calma admirable, navegamos hasta la medianoche a la tenue claridad de una luz crepuscular que, desprendiéndose de las sombras fantásticas y misteriosas de la montaña, se expandía vaporosamente en el cielo estrellado e iluminaba con resplandores siniestros los *foscos***, antros y hórridos precipicios envueltos en profundo silencio. Como las tinieblas se iban haciendo cada vez más densas, decidimos suspender nuestra navegación y tras prudentes búsquedas, encontramos una pequeña rada donde anclamos para pasar la noche.

A eso de las 4 de la mañana volvimos a zarpar, con calma perfecta, aunque bajo un cielo que de pronto se había vuelto amenazador, velando con espesas nubes la cima del Balmaceda. En poco más de una hora llegamos a los pies del gigantesco macizo que levanta su mole verticalmente desde el agua hasta una altura de 2.020 metros, deteniendo como señor indómito las aguas del fiordo, las cuales, a su contacto, se abren en dos brazos, uno dirigido hacia el norte y el otro hacia el suroeste, ciñendo graciosamente su base por una longitud de 15 millas.

Dos colosales glaciares descienden de sus profundas gargantas en rápida cascada de *seracs*, contrastando la albura de las nieves y el azul turquesa del hielo con la cornisa verde de la selva magallánica, que reviste las laderas del monte.

Nos internamos en el brazo que se abre hacia el sur y a eso de las 10 de la mañana echamos el ancla en la hermosísima bahía circundada de bosques.

[5] Cfr. Cartas de los misioneros, A. De Agostini: *Una excursión a Última Esperanza*, en Boletín Salesiano, Año XLI – 1° (Septiembre 1917).

* La versión de esta *carta* se encuentra publicada en italiano y constituye a su vez la primera y más antigua publicación de De Agostini; en ella se describe detalladamente esta pequeña excursión (N. del E.).

** En la versión italiana De Agostini usa aquí la palabra *foschi*, que se traduce como "hosco" o "lúgubre". El término "fosco" no existe en español (N. del E.).



Puerto Natales. *Atardecer tempestuoso*

Nuestra llegada puso en fuga una gran cantidad de patos y una bellísima bandada de blancos cisnes de cuello y cabeza completamente negros, que se destacaban graciosamente por su blancura sobre las azules aguas del canal.

A poca distancia de la costa divisamos una cabaña hecha con palos toscamente labrados y rodeada de un rústico cerco. Creyéndola habitada, descendimos para cerciorarnos, pero la hallamos desierta. Íbamos a regresar a bordo cuando los ladridos de un perro atrajeron nuestra atención y minutos después se dibujó en el límite de la selva la silueta de un hombre vestido grotescamente, que se acercaba seguido de tres mastines. Calzaba botas burdamente confeccionadas con pieles de ciervo y llevaba un Winchester terciado a la espalda y un largo cuchillo en la cintura. Un chambergo de fieltro, consumido por el uso, ocultaba en parte su bronceado rostro encuadrado por una barba hirsuta y espesa; tenía en su porte algo de siniestro, mezcla de contrabandista y bandido. Después de habernos observado de pies a cabeza, se nos acercó con paso cauto y receloso, pero apenas le dimos a conocer nuestra procedencia y el motivo que allí nos llevaba, depuso todo sentimiento de desconfianza, nos saludó cortésmente y empezó a conversar con afabilidad, dándonos detalles de su vida solitaria. Suizo de nacimiento y amante de la vida aventurera, había recorrido el mundo en busca de fortuna, hasta llegar a Magallanes. Ilusionado con la esperanza de enriquecerse ocupando aquellos terrenos desiertos, se había establecido allí hacía cerca de dos años, dedicándose a la cría de ganado vacuno, no sé realmente con qué perspectivas, pues toda aquella región es sumamente pantanosa debido a las continuas lluvias. Hacía cuatro meses que no veía seres humanos, y cual nuevo Robinson, pasaba la vida en la soledad, vagando por montes y valles, llevando a pastar al ganado, alimentándose con carne de ciervo (el "huemul" chileno, que

abunda en aquellos valles) hasta que, terminados los víveres, debe volver a Natales a procurárselos, atravesando a caballo los valles del norte del Balmaceda, después de vadear peligrosos ríos.

Prosigamos nuestra narración. Como no teníamos esperanza de que las nubes que cubrían el macizo se abrieran de ese lado, decidimos zarpar a la mañana siguiente, no sin antes visitar someramente la costa norte, donde desemboca el río Serrano.

Pero esa noche nos esperaba una desagradable sorpresa. El tiempo, que hasta entonces se había mantenido tranquilo, se convulsionó entrada la noche y ráfagas impetuosas bajaron desde las gargantas del Balmaceda, rompiendo el silencio con pavorosos aullidos. La seguridad de encontrarnos en buen puerto y con la embarcación bien asegurada alejó de mí en un principio todo temor; pero a las 3 de la mañana, el insólito movimiento del *cutter* y los fuertes tirones del ancla me pusieron sobre aviso. Viendo que no vigilaba ninguno de la tripulación, salté sobre cubierta y con gran sorpresa noté que el ancla se había zafado y nuestro *cutter* marchaba velozmente a la deriva impulsado por el viento.

Despertados los marineros, tratamos rápidamente de ganar la costa ya lejana, lográndolo con bastante dificultad, pues el ancla y parte de la cadena estaban sumergidas bajo el agua y nos costó no poco levantarlas. Izamos las velas y volvimos a nuestro primitivo lugar de anclaje, donde echamos las dos anclas y pasamos en vela el resto de la noche.

Al asomar el día, el viento fue amainando gradualmente, hasta que por la tarde reinaba ya completa calma, que en seguida aprovechamos para ganar el otro extremo del fiordo antes que se cerrara la noche.



Hayas solitarias frente al Balmaceda

A las cinco dejamos esa preciosa y casi fatal ensenada, y regresando por la misma ruta de hace dos días, desfilamos nuevamente ante la ciclópea masa del Balmaceda, cuya cima, siempre envuelta en densos vapores, estaba iluminada aquí y allá por los vivísimos rayos del sol que los intersticios de las nubes grises y negras dejaban pasar en fantástica lluvia de oro sobre las cumbres y los abismos.



El Balmaceda en un día de viento

A medida que avanzábamos, la gigantesca mole del Balmaceda retrocedía hacia el poniente dejando descubierta la ensenada norte y, como si levantara un mágico telón, apareció ante nuestros ojos asombrados, una visión sublime que arrancó de nuestros pechos un grito espontáneo de profunda admiración.

A través de la depresión hidrográfica del río Serrano, que separa la cordillera Arturo Prat del Balmaceda, vimos lejos, muy lejos, destacándose sobre el fondo azul tersísimo y luminoso del cielo, el majestuoso macizo del Paine, cuyo perfil gigantesco dibujado por sus bermejas torres y sus albas agujas de hielo, se nos presentaba como la fantástica aparición de un reino ultramundano.

Ni una tenue nubecilla alteraba la serena grandeza de aquellas cumbres excelsas que, a los rayos del sol poniente, adquirían una delicada gradación de tonos y colores, esfumándose desde el rojo púrpura hasta el amarillo cromo, desde el azul y violeta de las sombras hasta el verde encendido de la lozana vegetación magallánica, la que, en cambio, a nuestro lado, sobre las escarpadas laderas del Balmaceda, se apagaba en frías tonalidades de un gris verdoso.

Era tan soberbio el contraste con la visión lejana del Paine, límpida y suave; tan maravilloso el juego de matices y tan grande la viveza del colorido, que hubiera enamorado el alma de un pintor y hecho brotar de todos los labios un himno de agradecimiento al Supremo Hacedor de todo lo creado.

El Paine está situado a unos 60 kilómetros del Balmaceda y, al igual que este, es uno de los más elevados macizos de los Andes Patagónicos. Tiene, sin embargo, características de configuración y clima completamente distintas, pues el Balmaceda se encuentra casi permanen-

temente envuelto en una densa atmósfera de vapores que se transforman en continuas lluvias, mientras que el Paine posee un cielo más límpido y sereno, siendo mucho más raras en él, las precipitaciones atmosféricas.

A la mañana siguiente emprendimos el regreso a Natales, porque varias familias de colonos, establecidas a lo largo de la costa del fiordo, esperaban mi visita. Con todo, ya había visto del Balmaceda cuanto era necesario para apreciar su extraordinaria belleza y experimentar el vivísimo deseo de retornar para contemplarlo sin velos en un fulgurante día de sol.

Volví al año siguiente en el "Fueguino", potente remolcador del establecimiento frigorífico de Puerto Bories, que periódicamente llegaba hasta las cercanías del Balmaceda para proveer de víveres a algunos leñadores que talaban árboles en el bosque, y remolcaban al regreso esta madera hasta dicho puerto. El Balmaceda nos recibió con una serie de huracanes de singular violencia, que parecían no tener término. Los vientos saltaban sin transición del noroeste al suroeste, acompañados a veces de lluvias deshechas.

Pasé cinco días de penosa expectativa en compañía de leñadores que, bajo la lluvia y el viento, trabajaban sin descanso, abatiendo los troncos de la selva, que luego transportaban con bueyes a la playa.



Bosque de lenga en el seno Bellavista (Fiordo Última Esperanza)

Aquí el bosque está formado especialmente, como en la Tierra del Fuego, de hayas* (*Nothofagus antarctica y N. betuloides*), que crecen vigorosas, sobre todo en los cañadones reparados del viento, y donde el humus es más abundante. Mezclados con las hayas crecen el canelo (*Drymis winterii*), una soberbia magnoliácea de hojas siempre verdes, de tallo agudo y elegante; el ciprés (*Libocedrus tetragona*), la leñadura (*Maytenus magellanica*), cuyas hojas son buscadas ávidamente por los vacunos, y unos pocos arbustos más, entre los que predomina el calafate (*Berberis buxifolia y B. ilicifolia*). Como arbusto intermedio entre las yerbas y los árboles es digna de mencionar la *Philesia buxifolia*, vistosa liliácea de flores parecidas a pequeños lirios, pero rojos y carnosos como los de la camelia. Abundan los helechos, y entre estos se destaca por su desarrollo y belleza el *Blechnum magellanicum*, cuyo tronco, de más de 30 centímetros de diámetro, posee bellas hojas radiadas de consistencia coriácea y de un verde brillante.

*El P. De Agostini usa comúnmente el sustantivo "hayas" para referirse a las especies forestales fagáceas que integran la flora fuego-patagónica. Aunque es un término impropio, se le ha respetado en el texto tal como se hace con algunas denominaciones toponímicas vigentes en la época de las exploraciones y viajes del religioso salesiano. La impropiedad surge de que esas especies son en realidad "falsas hayas", concepto que se expresa en la voz genérica del nombre científico: *Notho* (falso) *fagus* (haya) (N. del E.).



Glaciar en la vertiente oriental del cerro Balmaceda

En el interior del bosque, en las laderas del macizo y en los valles, se abren algunos claros (vegas) que tienen en lontananza aspecto de prados, pero que no son otra cosa que blandos y húmedos tapetes de juncos, de esfagnos y de otras especies de criptógamas. Son muy escasas las hierbas forrajeras e insuficientes para la alimentación del ganado vacuno.

Contemplo con un dejo de piedad a los pobres bueyes a quienes toca la ímproba tarea de arrastrar los troncos del bosque a través de la *picada*, pequeño sendero abierto en la selva por los leñadores, entre despeñaderos y pantanos.

Estos infelices animales, obligados a caminar al lado del tronco atado al yugo durante la bajada, se ven sacudidos a diestra y siniestra por el tronco que se adelanta, sesguea o se precipita según los accidentes del terreno, ocasionándoles golpes y heridas.

A las pocas semanas están tan extenuados que es necesario sustituirlos por otros descansados, y así repetidas veces, hasta que quedan reducidos a huesos y pellejo, si es que no sucumben antes en su ruda labor.

La espera del buen tiempo me resulta penosa y desagradable. No había indicio alguno de que el cielo quisiera aclarar.



Fiordo Última Esperanza. *Bahía Bellavista*

Por fin, una mañana, habiéndose calmado un tanto el viento, la densa cortina de niebla que envolvía el Balmaceda se desgarró de improviso y de la compacta masa de vapores fueron saliendo primero los gigantescos flancos del coloso, tallados a pique sobre las aguas del fiordo, luego el inmenso glaciar, que llena el valle central*, y por último, la cima suprema, todavía ligeramente velada por tenues vapores que se obstinaban en ocultarla.

El sol, asomándose entre los claros de las nubes, proyectaba, a intervalos, haces de luz sobre las ásperas pendientes del monte, revelando entre el contraste de las luces y las sombras, nuevas particularidades de aquel inmenso escenario cordillerano donde se concentraban todas las formas y aspectos que puede asumir la alta montaña, bajo el eterno dominio del hielo.

*Desde entonces este glaciar ha retrocedido visiblemente, tanto que su frente dista ya centenares de metros del sitio en que lo observó el P. De Agostini (N. del E.).



Una cascada de 150 m en el fiordo de Última Esperanza

Por este lado, el Balmaceda parece invulnerable a todo intento andinista, tan verticales son sus paredes y tantas insidias presentan las cornisas de hielo suspendidas sobre los abismos. En cambio, la ascensión a la cima por la vertiente boreal parece ofrecer posibilidades de éxito, aunque no esté posiblemente exenta de dificultades.

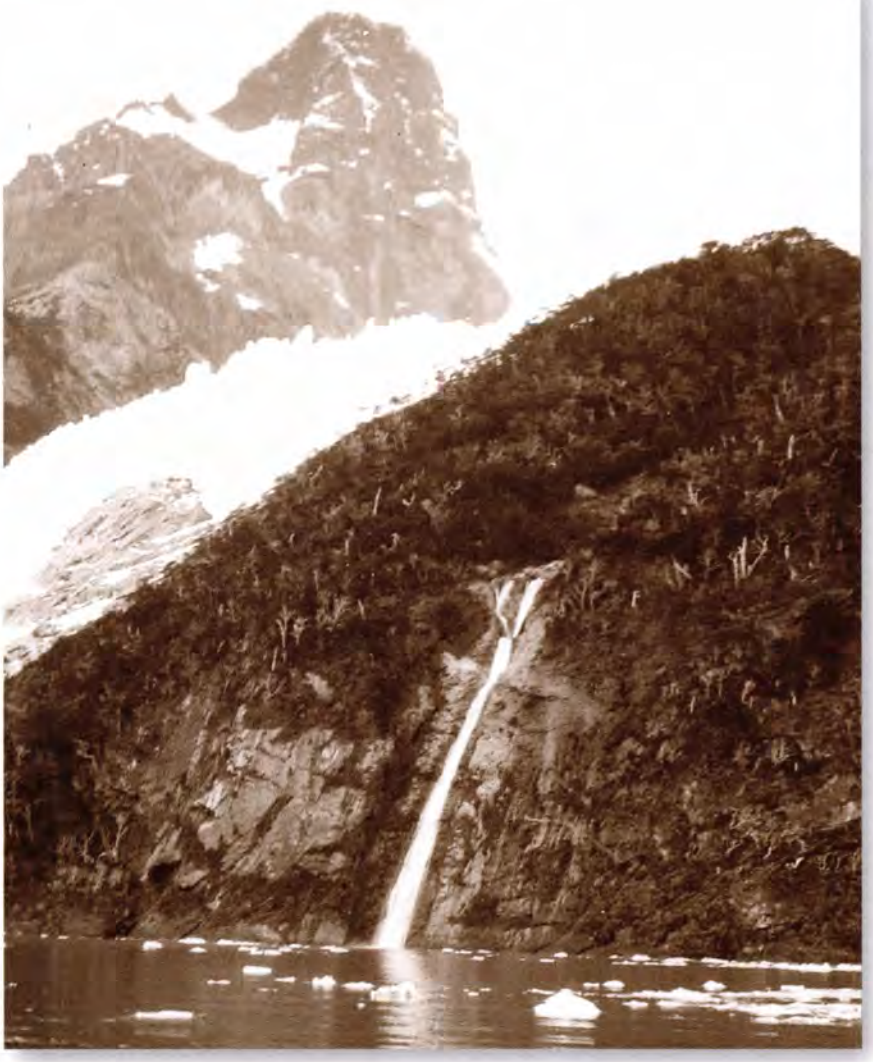
En este lado, se levanta una imponente cresta, toda revestida de hielo, que remata sus extremos en dos cumbres, las más elevadas del macizo, de aproximadamente 2.400 metros, y encierra a modo de sillón, una gran cuenca glacial de la que sale un glaciar que desagua hacia el río Serrano.

Este gran macizo, clasificado por Hauthal como una intrusión granodiorítica de tipo lacolítico, y luego estudiado geológicamente por Quensel[6], está constituido por numerosos picos y crestas internas superiores a los 2.000 metros, todavía completamente inexplorados, y por numerosos glaciares que llenan las depresiones y descienden en rápidas cascadas de *seracs* a lo largo de sus laderas.

En un tercer viaje, que realicé en enero de 1929, debían quedar satisfechos plenamente mis deseos.

Para asegurar el éxito de mi intento, necesitaba esperar en Puerto Natales la llegada del buen tiempo (lo que sucede generalmente cuando la columna barométrica alcanza 760 milímetros y sopla una ligera brisa del sur) y luego, aprovechando la calma de la noche, partir inmediatamente hacia el Balmaceda en alguna embarcación rápida.

[6] Según este autor (*Geologisch-petrographische Studien in der patagonische Cordillera*, Bull. Geol. Inst Uppsala, 1911), las rocas del monte Balmaceda se componen esencialmente de monzonita cuarcífera y sus diferenciaciones básicas.



Cascada al pie del monte Balmaceda

Gracias a la exquisita cortesía del Sr. Thomas Dick, director del gran establecimiento frigorífico de Puerto Bories, encontré cuando necesitaba, una rápida embarcación a motor y un hábil piloto muy práctico de esos lugares.

Después de un largo período de vientos y tormentas, llegaron la calma y el buen tiempo. El Balmaceda, en un maravilloso crepúsculo, sacudió por fin el denso manto de sus nubes y apareció completamente descubierto sobre el lejano extremo del fiordo.

Sin perder un minuto, nos dispusimos a la partida y a medianoche dejaba nuestra lancha Puerto Bories y se lanzaba a toda marcha por el oscuro corredor del fiordo entre dos ciclópeas paredes de montañas severas y misteriosas y bajo una bóveda azul-oscura tachonada de estrellas.

En seis horas de navegación sobre unas aguas siempre tranquilas, llegamos casi al final del fiordo; dejamos atrás un estrecho paso donde las montañas alisadas por los antiguos glaciares tienen el aspecto de una bellísima barrera rocosa tallada a pique sobre el canal, y henos aquí en una amplia caleta frente al Balmaceda, que, libre de nubes, ostenta su altísima mole a los primeros rayos del sol sobre el pedestal cristalino de las aguas.

Sublime espectáculo que subyuga y conmueve todas las potencias del espíritu con la gigantesca forma de las líneas, con todo el conjunto de picos, crestas, peñas, precipicios y

Monte Balmaceda. Quietud



Deposé

Fot. A. M. De Agostini



Monte Balmaceda. Càlma

barrancos; con la majestad de los glaciares suspendidos sobre el abismo, entre el verde marco de la exuberante floresta virgen, con la variedad infinita de colores de tonos tan luminosos y delicados que la vista permanece extasiada y el ánimo impregnado de profunda dulzura.

¡Cuánta paz, cuánta tranquilidad se desprende hoy del Balmaceda! La ira de los vientos, el furor de las tempestades, el trastorno de las nubes han desaparecido como por encanto; se diría que estos fenómenos son aquí totalmente desconocidos.

Un profundo silencio reina por doquiera, únicamente interrumpido por el estallido cadencioso del motor, mientras la embarcación avanza lacerando el purísimo espejo de las aguas donde se reflejan en brillantes colores el Balmaceda y las montañas vecinas. Para gozar mejor de aquel encanto de la naturaleza, paramos el motor. Silencio perfecto, solemne. Solamente después de algunos instantes, llega a nuestros oídos el melódico rumor de las numerosas cascadas, que descendiendo en guedejas sobre las ásperas laderas de los montes, entre el verdor de la selva, se precipitan en el mar, o se hunden en los profundos abismos.

Llegados a los pies del Balmaceda volvemos la proa al suroeste y nos internamos en el brazo de mar, siempre absortos en la contemplación de la espectacular montaña, que eleva verticalmente sobre nuestras cabezas sus enormes muros y sus afiladas crestas coronadas de pavorosas cornisas de hielo.



Bosques de ñire. (Nothofagus antarctica)

Una vez al final del brazo occidental, algo hacia el sur de la bahía Bellavista, penetramos en el cauce de un río sin nombre, que tiene sus fuentes en el lago Azul, situado en el corazón de la Cordillera, a 5 kilómetros de la costa.

Busco empeñosamente la cabaña del pastor que encontrara en este lugar en mi primera excursión al Balmaceda, pero no la diviso. Me informa el piloto que aquel característico pastor aventurero, viendo disminuir el ganado por la inclemencia del clima y la insuficiencia de hierbas forrajeras, pocos años después se alejó para siempre de allí, dejando de nuevo solitario aquel remoto y pintoresco ángulo de la Cordillera, donde había acariciado sus sueños de riqueza.

Durante más de una hora navegamos entre dos riberas recubiertas de tupidas florestas y con ambas márgenes recamadas por graciosos canteros de grandes margaritas (*Senecio acanthifolius* Hombr. et Jacq), tan artísticamente dispuestos que me parecen más obra del hombre que de la



Bahía Bellavista. *Quietud*

naturaleza. Ponemos en fuga numerosas bandadas de patos silvestres y nidadas de avutardas, cuyos polluelos ya grandecitos no pueden volar todavía, pues tienen las alas cortas. Tratamos de alcanzarlos con la embarcación, pero sin conseguirlo, pues corren con mucha velocidad, y cuando estamos a punto de apoderarnos de alguno, se zambullen de cabeza en el agua y desaparecen.

Hacia el final del río, las riberas son más abruptas. Después de doblar una barrera rocosa y escarpada, pulida por los antiguos glaciares, penetramos en el solitario y pintoresco lago Azul,



Puesta del sol en el Monte Balmaceda

verdadera joya engarzada entre un elevado e imponente cerco de montes y de cumbres nevadas, cuyas laderas están revestidas de espesísimos y verdes bosques.

A occidente de este encantador laguito, penetra en la alta Cordillera un angosto y típico valle de origen glacial con pequeñas cuencas lacustres y rocas aborregadas, entre las que se encajona y precipita un riachuelo.

La selva crece con extraordinaria exuberancia y con formas y aspectos distintos de las demás por el lujuriante desarrollo de la vegetación criptogámica, favorecida por las lluvias, que son aquí más frecuentes, y por la caída abundante de las aguas provenientes de los glaciares y neveros que cubren las cimas de las montañas.

Los troncos y las ramas están completamente revestidos de un manto de musgos, líquenes y helechos que forman un gracioso tejido, de un hermoso verde esmaltado y adornado de finísimos encajes. El suelo es un tapete elástico de musgos esfangíneos y otros restos vegetales en putrefacción, impregnados de agua, que obligan a caminar cuidadosamente para no hundirse hasta la cintura.

Desde los montes que ciñen por el noroeste el lago y el valle, bajan grandes lenguas de hielo como las franjas de un inmenso y blanquísimo manto de nieve y hielo, que se entrevé en su interior y que recubre los vastos altiplanos subiendo hasta las cumbres. Es esta, en efecto, la extremidad sur de aquel vasto campo de hielo inexplorado, atravesado por grandes cadenas de montañas y centenares de cumbres, que se extiende ininterrumpidamente desde el estero Calén, en el fiordo Baker, hasta el golfo Unión, al norte de la península Muñoz Gamero, por una longitud de 440 kilómetros*.

En el verano de 1917, en una excursión que efectué al norte del Balmaceda hasta llegar a los orígenes de los ríos Tyndall y Geikie, afluentes del Serrano, pude observar la configuración de este vastísimo campo de hielo y las blancas cadenas de montes que lo rodean, envuelto casi siempre por densos vapores y azotado sin tregua por vientos y tempestades.

Poco después de mediodía, la serena belleza de la mañana se ocultaba tras una cortina de húmedos vapores que llegaban repentinamente del norte y que se iban haciendo cada vez más densos y amenazantes. Después de un breve recorrido alrededor del lago, emprendimos el regreso a Puerto Natales, donde llegamos al anochecer.

*Apreciación cabal del explorador que se ajusta a la real dimensión geográfica del gran Campo de Hielo Sur (N. del E.).

CAPÍTULO V

EL MACIZO DEL PAINE

Imponente belleza del Paine – En el lago Maravilla – Valle y río Serrano – La estancia Río Paine – Un colonizador tenaz – Un paraíso terrestre desaparecido – Rebaños y pastores – Excursión al lago Grey – Caza de un león-puma – La sierra de los Baguales

El macizo del Paine[1] es, sin rival, el más soberbio y característico grupo de picachos que posee la Cordillera Patagónica austral. Casi aislado de la Cordillera, avanza entre las estribaciones orientales de los Andes como una formidable fortaleza almenada de torres, pináculos, de cuernos monstruosos, audazmente dirigidos hacia el cielo. Por sus formas y colores, parece sin duda uno de los conjuntos arquitectónicos más fantásticos y espectaculares que la imaginación humana pudiera concebir.

La cima más elevada, llamada propiamente Paine*, de 2.734 metros de altura[2] es la que se eleva en la parte occidental del macizo, en forma de un torreón rocoso revestido de características

[1] Los primeros exploradores que recorrieron la región de Última Esperanza abarcan con la única denominación de "Cordillera de los Baguales" el macizo del Paine y la Sierra de los Baguales, como se puede constatar en las relaciones de viaje de Juan Tomás Rogers y de Carlos M. Moyano, quienes nos dejaron también una explicación sobre el origen del nombre Paine. El teniente Rogers, que penetró en esta zona en noviembre de 1879, escribe lo siguiente: "La Cordillera de los Baguales, que sólo es una parte o sección de los Andes, es muy caprichosa por su forma y nevadas cumbres. Se halla cortada en su parte sur dejando un monte escarpado con tres picos notables mirados desde la distancia, al que los campañistas denominan Payne por su semejanza con otro que existe en la República Argentina". (Cfr. *Expedición a la parte austral de la Patagonia por el teniente 2º Juan Tomás Rogers*, en *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, Tomo V, página 82).

El capitán Carlos M. Moyano, en su gira de enero de 1884, por la misma región, se expresa en estos términos: "La Cordillera de los Baguales, que he citado como límite oeste del Coile, se empieza a distinguir hacia el noroeste, pocas millas después de subir la meseta del sur, destacándose en primera línea un curioso pico que los indios designan con los nombres de 'Paine', 'Carrón' y otros, demostrando cierta confusión al denominarlo, lo que me ha permitido aprovechar con júbilo esta circunstancia para darle el nombre de nuestras glorias patrias, el de 'Andrade'". (Cfr. Carlos M. Moyano, *Viajes de exploración a la Patagonia*, Buenos Aires 1931, página 158).

*Se refiere a la conocida actualmente como cima principal del macizo Paine Grande. Los montes Paine se encuentran dentro del Parque Nacional Torres del Paine en Chile (N. de. E).

[2] En la carta topográfica de la Comisión argentina de límites, la altura de este monte [que es de 3.050 metros, en vez de los 2.734 metros que le asigna el explorador, elevación que sí se corresponde con la de la cima central del Paine Grande (N. del E.)], denominado Paine oeste, está fijada en 3.050 metros; en la chilena, a escala 1:500.000 figura con 2.670. El ingeniero Álvaro Donoso le asigna 2.734 (Cfr. Álvaro Donoso, *Demarcación de la línea de frontera en la parte sur del territorio*, página 77, Santiago de Chile, 1906). También sobre la altura de otros montes, entre los más elevados, existe, como veremos más adelante, discrepancia de cifras entre las cartas argentinas y chilenas.

incrustaciones de hielo. Cubre su base un albo manto de nieve que por el lado sur se despedaza en gigantescas cornisas y lenguas de *seracs* colgantes sobre las paredes verticales del monte. Al este se abre una cuenca delimitada al norte por un elevado contrafuerte rocoso que une al Paine propiamente dicho con el Paine Medio, de 2.400 metros. Así se denominan los dos picos fantásticos que desde las bases gigantescas, lamidas por las aguas del lago Norderskjöld, alzan verticalmente hacia el cielo sus cimas retorcidas como astas monstruosas.



La Península. *Paso de la Guitarra*

En la extremidad oriental del macizo, cerca de un monte de formas redondeadas de 2.360 metros*, se elevan las tres renombradas torres graníticas del Paine, teñidas de un ligero tinte rosado, las cuales se reflejan en las cristalinas aguas del lago Azul.

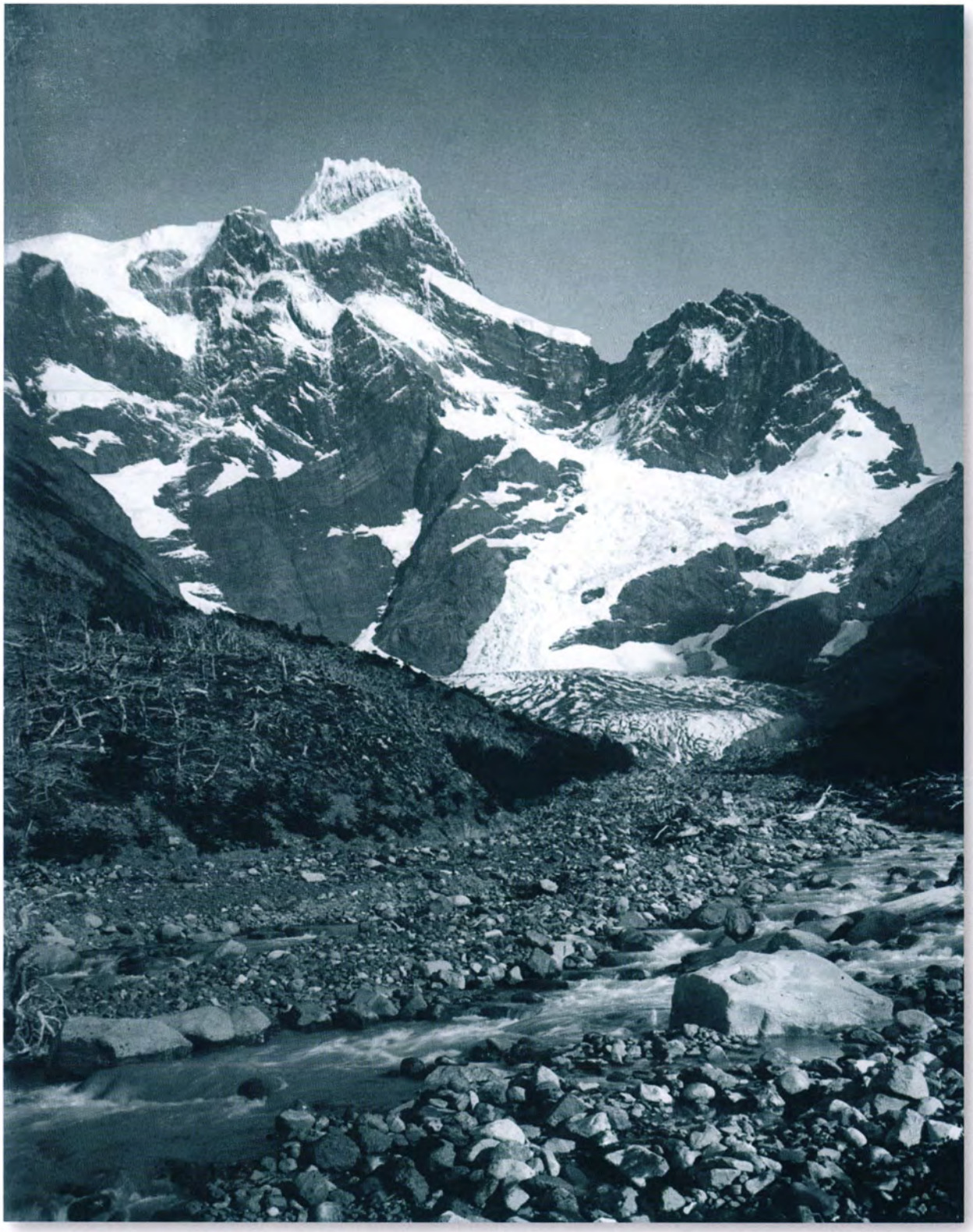
El Paine está rodeado por todos sus flancos por el río homónimo, a excepción del costado este y noroeste en que se une a la alta cordillera por el gran helero Grey. Durante su curso, el río Paine forma los lagos Dickson, Paine, Nordenskjöld y Pehoe.

Como por las condiciones climáticas y por la fertilidad del suelo, los valles y llanuras colindantes son ricos en excelentes pastos, varios colonos los han poblado con millares de ovejas, estableciendo allí sus estancias.

Ya desde 1917 conseguí realizar giras detenidas por esas cercanías, en compañía del señor Germán Canto, administrador de la estancia "La Península". Pasé en esa ocasión del lago Maravilla al encantador valle del río Serrano, bordeando a caballo la orilla occidental del lago, entre precipicios y bosques en gran parte destruidos por los incendios. El lago Maravilla responde perfectamente a su nombre no sólo por el encanto de sus aguas azul-celestes encajonadas entre montes y verdes selvas, sino especialmente por la soberbia visión del macizo del Paine que desde ahí se goza, sobre todo cuando en los días serenos se recorta sobre el azul purísimo del cielo con sus torres y sus obeliscos rojizos, irisados de suavísimos tonos azul-violeta.

*Se refiere al monte ascendido en 1937 por los alpinistas bávaros Zuck y Teufel que denominaron Almirante Nieto, ubicado entre el glaciar Torres y el cerro Paine Chico Sur. Aparece actualmente en algunas cartas con una altura de 2.668 metros (N. del E.).

Cerro Paine (2.734 m)



Deposé

Fot. A. M. De Agostini



Río Serrano y macizo del Paine

Desde las colinas que se alzan en la extremidad noreste del lago Maravilla, dominando el gran valle del río Serrano, se disfruta de uno de los más grandes espectáculos que pueda ofrecer la región de Última Esperanza.

Un amplio cerco de montañas blanqueadas por la nieve y los glaciares, corona el límite extremo de esta vasta llanura donde el río Serrano desenvuelve sus monstruosas espirales alteradas por pequeñas manchas de bosques y con algunos arcos morrénicos, que señalan las varias fases de retroceso de las glaciaciones cuaternarias.

Al suroeste domina el macizo Balmaceda, completamente cubierto de glaciares y coronado de níveas cumbres, invisibles desde el fiordo de Última Esperanza.

Hacia el norte se divisan otras cadenas de montes sobre las cuales se extienden vastos campos de hielo. Más próximos a nosotros y menos elevados, se levantan los montes Donoso (1.450 m) y Ferrier (1.590 m), a cuyos pies brillan las aguas del gran río Grey, que nace en el lago homónimo y desemboca en el río Serrano.

También al norte se presenta entero el imponente macizo del Paine, poniendo en evidencia su singular configuración orográfica.

En 3 días viajando a caballo y llevando como guía a un tal Cabello, chileno, pude conocer los valles lejanos, a occidente del río Serrano, donde él poseía algunos centenares de vacas. Atravesamos ríos impetuosos y profundos como el Tyndall y el Geikie y ganamos no sin dificultad

la pendiente septentrional del Balmaceda. Luego, doblando hacia levante, volvimos al valle del río Serrano, hasta alcanzar la costa norte del lago Maravilla, donde está establecida la estancia Río Paine.

Esta estancia, así denominada porque se halla cerca del río Paine, tiene elegantes edificios y está provista de todas las comodidades e instalaciones modernas necesarias para la industria del pastoreo. Las construcciones están rodeadas de jardines y huertas con plantas frutales: cerezos, manzanos, ciruelos y grandes campos cultivados de centeno, cebada, avena, que a pesar de los cuidados no siempre llegan a la madurez, por lo que generalmente son usadas como forraje*.

La posición de la estancia es verdaderamente privilegiada. La vista se pasea sin obstáculos por el vasto horizonte que va desde el río Paine al Balmaceda, del lago Maravilla al macizo del Paine. Es un lugar ideal para efectuar excursiones a los montes y a los lagos que le hacen corona.

No lejos de la estancia, el río Paine desemboca en el lago, y su curso puede remontarse en bote por unos 10 kilómetros hasta llegar a una bellísima cascada. Las aguas del Paine se deslizan aquí plácidas y tranquilas, dilatándose casi en forma de lago, flanqueadas por ambos lados por terrazas y cordones morrénicos, testimonios del gran glaciar que antiguamente debía recubrir toda la llanura. Las riberas están revestidas a su vez, por manchas de arbustos y de troncos de hayas, en parte destruidos por los incendios. Subiendo el manso curso del río, después de una rápida curva, se llega a la cascada cuyo sordo fragor se oye desde lejos.

El cuadro que se presenta entonces al espectador es de una grandiosidad impresionante. A la belleza de la cascada, donde el río se desliza por una cornisa de negros



Baqueanos patagónicos en las orillas del lago Nordenskjöld

*Este establecimiento ganadero fue fundado en 1896 por el pionero británico Walter S. Ferrier. A su fallecimiento la estancia fue vendida a la Sociedad Braun & Blanchard y sobre su base y otros campos se constituyó después la Sociedad Ganadera "Río Paine", que se mantuvo vigente hasta 1972. La parte en propiedad fue adquirida por el empresario industrial italiano Guido Monzino, miembro de la Expedición italiana a los Andes Patagónicos 1957-1958, que conquista la cumbre principal del macizo del Paine y la Torre Norte y autor del libro *Italia in Patagonia, Spedizione italiana alle Ande Patagoniche 1957-58*, (Aldo Martello Editore, Milano 1958) y que posteriormente, en 1977, la donó al Estado para su incorporación al Parque Nacional "Torres del Paine". En el casco de la antigua estancia se encuentra la sede administrativa del parque, cuyas construcciones originales fueron destruidas posteriormente por un incendio (N. del E.).



Estancia "Paine" y monte Balmaceda



Lago Maravilla y macizo del Paine



El macizo del Paine con el lago Pehoe desde el cual sale el río Paine formando una pintoresca cascada

peñascos y verde boscaje, se añade la majestad de los picachos del Paine que dominan el fondo del paisaje.

El río desaparece poco más arriba del salto, dando lugar al lago Pehoe, que se dilata a occidente entre dos colinas aborregadas y terrazas morrénicas. Pero su curso reaparece después de 5 kilómetros en el costado noreste del lago, al este de una pequeña península donde está la estancia "Pudeto" que visité por primera vez en 1916. Las aguas se presentan aquí espumeantes y revueltas entre dos abruptos muros de rocas, formando, en las cercanías del lago Nordenskjöld, otra bellísima cascada, la más grande de toda la región*.

Es aquí donde el macizo del Paine se muestra en todo su esplendor, donde ostenta toda la majestad de sus pirámides, la hórrida belleza de los inmensos abismos, la pavorosa verticalidad de los glaciares.

El lugar es de lo más salvaje y grandioso. Florestas, lagos, ríos, cascadas, sirven de pedestal a este fantástico castillo de muros gigantescos acorazado de glaciares, coronado por torres de terrible aspecto y que tanta seducción ejercen sobre los andinistas.

*De Agostini describe aquí el actualmente llamado Salto Grande, la gran caída de agua que une con estrepitosa belleza los lagos Nordenskjöld y Pehoe (N. del E.).



Una manada de vacunos cruzando el río Serrano durante una crecida



El río Paine, después de una importante cascada se ensancha como un lago, mientras domina, a lo lejos, el gran macizo del Paine



Por entre el verde marco de las hayas asoman en lontananza los atrevidos picos del Paine

En este privilegiado rincón de la naturaleza permanecí varios días hospedándome en la estancia "Pudeto", propiedad del señor Orosimbo Santos, un chileno de Ancud, quien, con la tradicional hospitalidad de su país, puso a mi disposición los guías y medios de transporte necesarios para poder realizar mi programa de excursiones hacia el interior de aquellas montañas.

Don Orosimbo fue el primero que penetró esta región, a la cual había llegado el 8 de julio de 1908. Al recordar esos lejanos tiempos de su vida aventurera se entusiasma y conmueve. En aquella época –me dice– toda esta zona era desierta y completamente desconocida.

Las costas del río estaban cubiertas de espesas matas de leñadura (*Maytenus magellanica*) y de otros arbustos, entre los que lucían sus hermosos colores los racimos del ciruelillo (*Embothrium coccineum*) y las fucsias (*Fuchsia coccinea*)* esparcidas profusamente.

Bandadas de ánades, cisnes y flamencos cubrían las lagunas; a millares pastaban en el llano y en los montes los guanacos y los huemules; los zorros y los pumas tenían aquí sus guaridas: era un verdadero paraíso terrenal.

*Actualmente *Fucsia magellanica* (N. del E.).



Al salir del lago Nordenskjöld, el río Paine forma la más imponente cascada de la región.

Tanta magnificencia y encanto de la naturaleza movió a Don Orosimbo a establecer allí una morada estable. El cruce del río Paine ofrecía serias dificultades, pero siguiendo los senderos de los guanacos, que atravesaban la región en todas direcciones, descubrió un vado que le permitió alcanzar fácilmente la otra orilla.

Puso de inmediato manos a la obra, construyó una tosca choza con troncos de hayas y luego un bote para cruzar el río y, provisto de unos pocos víveres, decidió pasar allí todo el invierno, para cerciorarse de si las condiciones climáticas eran favorables para la cría de bovinos incluso durante la estación invernal. El invierno fue sobremanera benigno, escasa la nieve y la temperatura mucho menos rigurosa que en la región pampeana. Con tan óptimos auspicios, Don Orosimbo no vaciló en introducir aquella misma primavera, 53 animales vacunos y tres años después, un millar de ovejas que se aclimataron y multiplicaron maravillosamente. Una vez más la tenacidad y el trabajo del hombre habían triunfado sobre los obstáculos de la naturaleza virgen, logrando abrir una nueva zona de la Cordillera a la prosperidad y a la riqueza.



Cuenca interior del macizo del Paine encerrada entre altísimos paredones de granito.

Hoy todos los valles y montes hasta el borde del glaciar*, están poblados de ovejas, las que, por criarse en estado salvaje, han perdido su natural docilidad y huyen espantadas ante la aparición del hombre. Su captura se logra únicamente con la ayuda de perros adiestrados, los cuales, azuzados por los silbidos de los pastores se lanzan a su búsqueda a kilómetros de distancia y las conducen a los potreros donde, dos o tres veces por año, se las reúne para la esquila, marca y baño contra las epizootias.

*Se refiere al glaciar Grey (N. del E.).



Cuando se estableció don Orosimbo, inmensos bosques, jamás hollados por seres humanos, cubrían esta vasta región precordillerana, pero en pocos años, debido a causas fortuitas o intencionadas, fueron enteramente destruidos por colosales incendios que duraron semanas y meses enteros, favorecidos por la extraordinaria y persistente fuerza de los vientos. Tal es la suerte que ha cabido a casi todos los bosques de los valles precordilleranos de la Patagonia en su vertiente oriental.

Pero si es de lamentar el daño ocasionado a la belleza natural del paisaje con la destrucción de estas inmensas florestas, cuya madera por otra parte era de escasísimo valor, hay que

reconocer que el *estanciero* no tenía a su alcance otro medio para valorizar estos terrenos incultos e introducir en ellos la industria del pastoreo, fuente perenne de vitalidad y riqueza.

Libre de bosques, el terreno se hace más seco y asoleado y produce buenos pastos forrajeros, pues estos valles son muy ricos en abonos vegetales.

La vigilancia de los rebaños está confiada a los ovejeros, pastores que viven en lugares apartados de la Cordillera, en pequeños puestos y que diariamente recorren los lugares donde pacen las ovejas, para llevarlas a la zona de pastoreo, sacarlas de los pantanos y librarlas de cuanto pueda ocasionarles enfermedades contagiosas.

Con algunos de estos ovejeros, rivales de los huasos chilenos del norte por la habilidad con que andan a caballo por barrancos y precipicios, recorrí toda esta zona hasta el lago Grey, donde rompe su frente el imponente glaciar homónimo, el más vasto de la región de Última Esperanza, y que tiene su origen en el interior de la Cordillera Patagónica*.

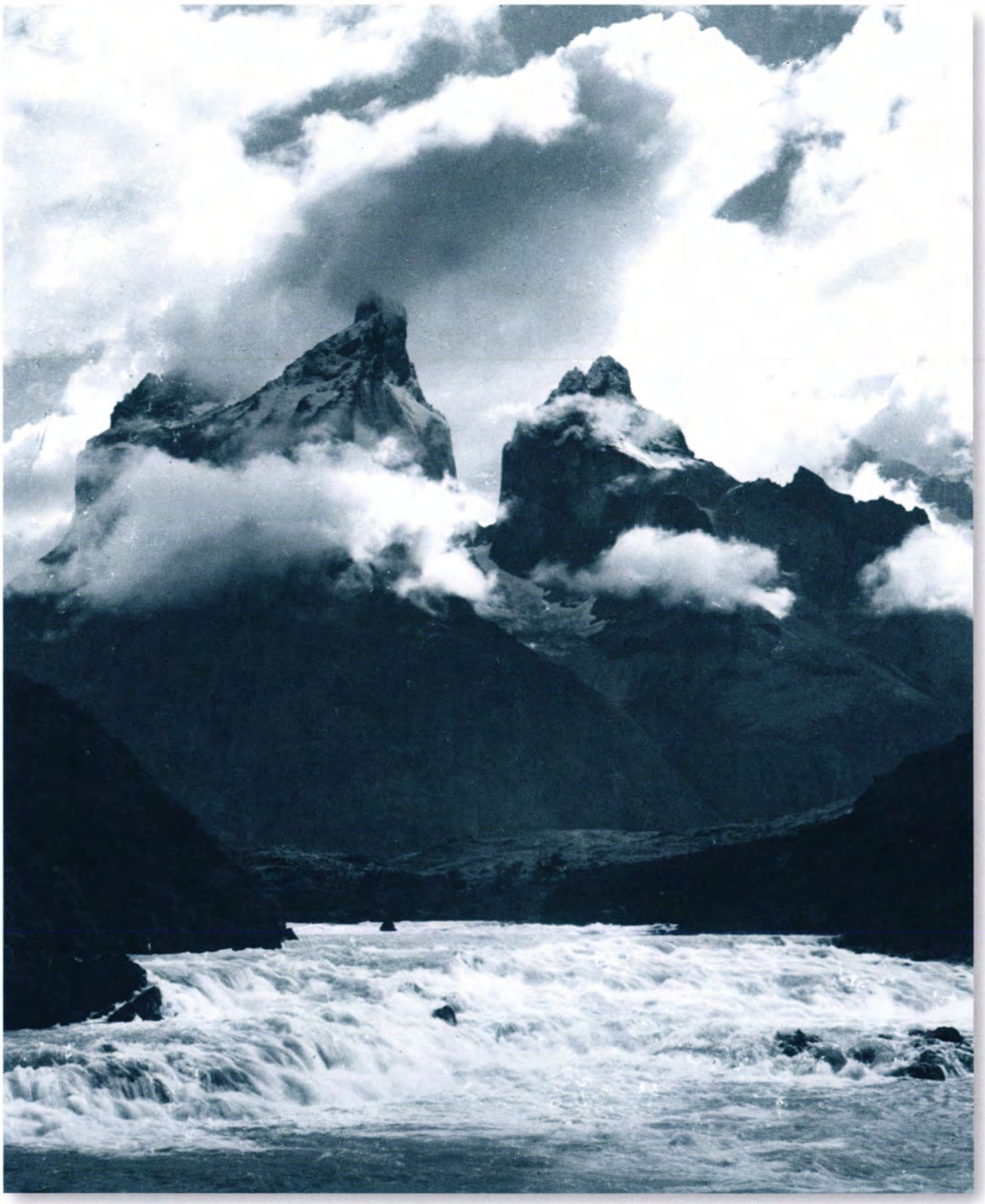
Puede llegarse hasta sus proximidades a caballo, costeando las riberas del lago Grey, y atravesando casi siempre los bosques de hayas semidestruidas por los incendios.



La estancia Pudeto, a orillas del río Paine

*De hecho este gran glaciar, al cual hoy se tiene un relativamente fácil pero agotador acceso a pie, o más cómodamente en lanchas que navegan por el lago del mismo nombre transportando turistas, es una de las tantas lenguas accesibles del gigantesco Campo de Hielo Patagónico Sur que se extiende como un gran manto desde el fiordo Baker en la Región de Aysén (N. del E.).

Los picachos del Paine en un día de tormenta



Deposé

Fot. A. M. De Agostini



El majestuoso ventisquero Grey se desborda por la cordillera,
formando dos grandes paredones de hielo que se deshacen en el lago homónimo

El glaciar tiene su frente partida en dos por una prominencia rocosa que revestida de un verde y espeso manto boscoso se levanta en el centro. Los dos brazos del glaciar, de un blanco azulado, se introducen en el lago como dos enormes bastiones flotantes erizados de fantásticos pináculos y agujas. Del frente, tallado a pique sobre las aguas en una altura de 40 a 50 metros, caen continuamente con gran estruendo enormes trozos de hielo, que empujados por el viento flotan como grandes veleros sobre las aguas.*

Esta inmensa corriente de hielo, limitada al este por el Paine y al oeste por inexploradas cadenas de montañas, de donde emergen algunos picos enteramente cubiertos de hielo, se extiende como una gran llanura hacia el norte por unos 20 kilómetros.

Pero el campo principal de mis excursiones fue el interior inexplorado del Paine, al norte del lago Nordenskjöld, donde se encajona un valle entre el Paine medio y el Paine propiamente dicho**.

*En la actualidad, es posible verificar un significativo retroceso de los dos brazos del glaciar descritos por De Agostini, gracias a la comparación que se puede hacer con las fotografías tomadas por el autor (N. del E.).

**Se refiere aquí al actualmente llamado Valle del Francés (N. del E.).



Brazo oriental del glaciar Grey

Durante mi primera excursión, realizada en 1917, descubrí en el corazón de este valle una tropa de vacunos que se había alejado de la estancia y que vivía tranquila en aquel solitario rincón cordillerano, sin que Don Orosimbo sospechase siquiera su existencia.

En el verano de 1929 volví otra vez acompañado por dos jóvenes chilenos, caminantes infatigables. Permanecimos unas cuantas noches acampados en la entrada del valle, pero debido al malísimo tiempo debimos regresar a la estancia. Para la segunda tentativa contamos con un tiempo espléndido y pudimos llegar al final del valle que se oculta y termina en un vasto anfiteatro detrás de las pirámides del Paine, en una región donde reina todavía el misterio.

Para poder realizar tan larga excursión en una sola jornada, partimos a caballo, por la mañana temprano. Durante dos horas costeamos las barrancosas riberas del lago Nordenskjöld y, llegados a la entrada del valle, donde la floresta se torna tupida y la subida, más dificultosa, abandonamos las cabalgaduras y seguimos a pie.

Llevábamos unas horas de camino llenos de entusiasmo, cuando los perros leoneros que iban con nosotros, especialmente adiestrados para la caza de pumas, comenzaron a ladrar furiosamente, y a perseguir a toda velocidad a un león que habían descubierto detrás de un barranco. Emprendimos también nosotros la persecución, pero después de una endiablada carrera por lo más espeso del bosque, el león desapareció y los perros no pudieron volver a encontrar la pista. Continuamos nuestro camino y a la salida del bosque penetramos en la zona abierta de los detritos y rocas.

Por más de tres horas costeamos la vertiente occidental de las pirámides del Paine Medio, avanzando sobre detritos y masas granodioríticas, que se han desprendido de esas gigantescas pirámides cuyas paredes, de hermoso granito blanco-rosado de varios centenares de metros de altitud, se elevan sobre nuestras cabezas, tan lisa y verticalmente, que hacen inútil cualquier intento de ascensión.



Dique basáltico en la sierra de los Baguales

Cuando a la una de la tarde alcanzamos una loma rocosa de 1.250 metros de altura, se presentó todo entero a nuestras miradas el arco terminal del valle; el misterio que encubría este remoto ángulo del Paine quedaba completamente develado. Nos encontramos en un amplio anfiteatro formado por gigantescas paredes de montañas que, a modo de ciclópeos bastiones y torres de una terrible fortaleza, defienden la cuenca de toda invasión exterior.



Lago Paine



Laguna Azul y Torres del Paine

Sólo a levante una espiral de luces nos señala un paso que conduce, entre grandes peñascos graníticos y manchas de nieve, a otro angosto valle cortado en el gran macizo. En el lado opuesto de este valle se yerguen las gigantescas torres del Paine y el monte Almirante Nieto, escalado por los alpinistas Zuck y Teufel del Club Alpino Bavarés en enero de 1937.

La forma perfectamente circular de esta cuenca andina, defendida en todo su alrededor por un gigantesco murallón de montañas, hizo suponer erróneamente a varios exploradores, comenzando por Moyano[3], que se trataba de un volcán apagado; pero allí no hay traza alguna de erupciones, como lo demuestran las rocas granodioríticas de que está formada la cadena.

El Paine, con sus formas singulares y descollantes, es una típica masa intrusiva del Terciario Inferior, que poco a poco se fue despojando del manto de pizarras cretáceas que la cubrían y que

[3] Así describe Moyano la configuración de esta cuenca que él vio desde lejos: "Este monte presenta cinco agujas colocadas circularmente dejando adivinar en su centro una depresión que bien pudiera ser la del cráter de un volcán, afirmación sobre la cual me parece aventurado insistir, puesto que no tengo otros datos para ello y que señalo, sin embargo, al estudio de los que vayan después. (Cfr. Moyano, *Viajes de exploración a la Patagonia*, página 158). Más tarde fue explorado el macizo del Paine por las comisiones topográficas destacadas por los Gobiernos de la Argentina y de Chile, y estudiado geológicamente por R. Hauthal, quien reconoció su verdadera naturaleza granítica. Años después, el geólogo sueco P. Quensel (quien participaba de la expedición mandada por el botánico C. Skottsberg) hizo a este grupo orográfico objeto de un meritorio estudio geológico y petrográfico. De acuerdo con sus resultados, la masa plutónica del Paine se compone principalmente de granito biotítico, con diferenciaciones periféricas de grano fino (aplíticas) y otras. (Véase Quensel. Obra citada). Ulteriores observaciones fueron realizadas, en 1931 y 1937, por el doctor Gustavo A. Fester, al mismo tiempo que sus compañeros, los alpinistas St. Zuck y H. Teufel, del Club Andino Alemán, efectuaban la primera ascensión del Paine este, bautizado por ellos con el nombre de monte Almirante Nieto y cuya altura establecerían en 2.670 metros. (Cfr. G. A. Fester, *La Cordillera Payne*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina,* septiembre de 1938).



Las Torres del Paine



Témpanos en el lago Grey



Valle del río Paine y vertiente boreal del grupo del Paine

hoy todavía pueden verse en la placa oscura de rocas sedimentarias que encapuchan las cúspides de sus torres.

Como a las dos de la tarde emprendemos el regreso, siguiendo el profundo valle, siempre por el interior de la selva, y a eso de las siete estamos junto a las orillas del lago Nordenskjöld. Ensillamos los caballos, que impacientes por volver a casa, no necesitan estímulos para largarse a toda carrera entre precipicios y barrancos, con continuos sobresaltos para nosotros. Al caer la noche estamos de nuevo en la estancia.

En el lado noroeste del Paine propiamente dicho (2.670 metros), que remata en una cumbre empinada revestida de hielo, se levanta otro bellísimo grupo de picachos de altura algo menor, que recibe el nombre de Paine Chico (2.160-2.360 metros).

A continuación del Paine Chico y tras una pequeña depresión hacia el norte, prolóngase una imponente cadena de montes nevados limitada a levante por la cuenca hidrográfica del lago Paine y al poniente por el gran campo de hielo que desborda el lago Grey. En los mapas chilenos dos cumbres de este grupo llevan los nombres de cerro Ohnet (1.920 metros) y cerro Stokes (2.140 metros).

Río Paine. Los cuernos del Paine



Deposé

Fot. A. M. De Agostini



Cascada del río Paine

En la segunda mitad de enero de 1943 pude recorrer toda la cuenca que se extiende al norte del macizo del Paine entre el lago Paine y el lago Dickson, donde se establecieron florecientes estancias. El acceso a este valle se halla facilitado por caminos carreteros que llevan hasta la estancia "La Victorina", situada en la cabecera oriental del lago Paine. Desde esta estancia, que es propiedad del señor Bitsh, efectué con tiempo espléndido algunas excursiones hacia el interior del valle, llegando hasta las cercanías del glaciar Dickson.

Un buen camino tropero, que fácilmente podría habilitarse para vehículos, costea el lago Paine y conduce a una dependencia de la mencionada estancia, ubicada en el valle surcado por el río Paine y a pocos kilómetros de su desembocadura en el lago del mismo nombre.

La costa oriental de este lago ofrece hermosos paisajes realzados por los picachos nevados del Paine y de la Cordillera que descuellan a lo lejos. La costa boreal del lago está formada en gran parte por rocas pizarrosas oscuras en las que me fue dado encontrar diversos ejemplares de grandes bivalvos de ornamentación concéntrica, pertenecientes al género *Inoceramus* y cuya edad se remonta al Cretáceo Superior.

Muy escasa es la vegetación arbórea que está constituida en su mayor parte por la lenga (*Nothofagus pumilio*), la cual se presenta aquí y allá en pequeñas manchas donde no pudo llegar el fuego con su fuerza destructora.

El valle surcado por el río Paine es una prolongación del lago homónimo y corre por unos diez kilómetros de este a oeste, limitando en su curso casi toda la vertiente boreal del macizo del Paine. Tiene fondo llano, aluvional, muy fértil, sembrado de lomas redondeadas y cubiertas de bosques quemados casi totalmente por los incendios.

El macizo del Paine, visto desde este lado, no presenta igual majestuosidad de formas que en su vertiente austral. Los cerros externos están constituidos en su mayor parte por pizarras arcillosas y ofrecen con su color negruzco singular contraste con las rocas blanco-rosadas de la masa intrusiva granodiorítica de que se componen los picachos interiores, entre los cuales descuellan las grandes torres, sobre todo cuando los últimos rayos del sol iluminan el gran macizo.

El lago Dickson es la prolongación y término de la cuenca hidrográfica del Paine. Corre de norte a sur por una extensión de 8 kilómetros y uno y medio de ancho, siendo allí donde se origina el río Paine.



Monte Paine y río homónimo al salir del lago Pehoe

La cuenca del lago presenta un perfil asimétrico. Un cordón montañoso, de naturaleza esquistosa, que termina en una afilada cresta, cierra como un formidable dique rectilíneo toda la parte occidental de la cuenca lacustre. Un poco más abajo de la cumbre, se anidan algunos pequeños glaciares colgantes, y en las escarpadas paredes que se alzan sobre el lago crece un tupido manto boscoso. El flanco oriental es el más suave y ofrece características formaciones de rocas aborregadas que encierran pequeños lagos de excavación glacial. En varios lugares sobre las rocas porfíricas redondeadas y alisadas por los antiguos glaciares, se encuentra abundante material detrítico y algunos cantos erráticos de granito. El suelo está aún cubierto de grandes troncos de hayas derribados por los incendios y que se conservan todavía alineados en la dirección en que soplaba el viento cuando se produjo la quemazón.

En la cabecera norte del lago Dickson, desborda desde el interior de la Cordillera nevada un extenso glaciar, cuya lengua llega hasta las orillas de dicho lago. El frente del glaciar aparece en notable retroceso, producido probablemente desde hace unas pocas decenas de años, como lo demuestra la faja completamente desnuda que cubre actualmente la ladera de la montaña.

Su cuenca de alimentación es muy extensa y cubre toda la vertiente sureste del monte Gorra, de 1.800 metros, y se origina en un amplio altiplano cubierto de hielo y del cual emergen algunas cumbres bellísimas, totalmente blancas, debido a la nieve que las reviste. Por su costado noroeste el glaciar Dickson se comunica por una profunda depresión glaciar, con otra corriente

de hielo que desciende de la Cordillera hacia la cuenca del brazo Rico del lago Argentino. El relleno de este boquete glaciar de transfluencia, como pude observar en una excursión que realicé en el verano de 1916, subiendo desde el lago Argentino, está sujeto a intensa ablación y se presenta cubierto de un gran manto de morrenas y sembrado de pequeños estanques de deshielo donde se origina el río Frías que desemboca en el lago del mismo nombre, a pocos kilómetros del brazo Rico (lago Argentino)*.

A través de esta depresión se puede pasar fácilmente desde el valle del Paine al lago Argentino, subiendo unas lomas rocosas que flanquean el lado occidental del monte Agudo (1.810 metros).

Al norte del macizo del Paine, delimitado por la depresión del río Paine y de los lagos Dickson y Paine, se desprende de la Cordillera un cordón montañoso con cumbres entre los 1.500 a 1.700 metros de altura, que se dirige por el noreste hasta la cabecera de los valles del río Rico y del río Zamora, tributarios respectivamente del lago Argentino y del lago Maravilla, y allí se enlaza con la dentada sierra Baguales, que alza sus cimas basálticas hasta los 1.400 - 2.000 metros y señala en toda su extensión el límite chileno-argentino entre la región de Última Esperanza y el lago Argentino.



El macizo del Paine visto de la orilla del lago Sarmiento

*Interesante información del explorador que confirma la antigüedad del fenómeno de retroceso de este glaciar (N. del E.).



Lago Porteño. *Claro de luz en la tempestad*

Las cumbres más elevadas se caracterizan por su aspecto áspero y salvaje, teniendo en muchas partes formas de agujas y minaretes. Su nombre de Baguales (animales salvajes) le fue dado por los primeros exploradores, porque hace pocos decenios se encontraban allí, en estado salvaje, algunos centenares de caballos, perdidos tal vez por los indios Tehuelche y multiplicados luego rápidamente en aquellos valles solitarios y de difícil acceso.

En su vertiente austral, la sierra de los Baguales da origen a cuatro ríos: el Zamora, el de las Chinas, el Baguales y el Vizcachas, los cuales más al sur se juntan en el río de las Chinas, que desemboca en el lado sureste del lago Maravilla.

Los valles surcados por estos ríos habitados primitivamente por los indios Tehuelche, como lo demuestran los restos de antiguos campamentos, son relativamente fértiles y abundan en ellos los pastos forrajeros, por lo que numerosos colonos han establecido allí sus estancias para la cría de ovejas.

Siguiendo el curso de estos valles, es fácil bajar a caballo, en un día, hasta el lago Argentino, cruzando algunas gargantas talladas en la sierra de los Baguales. La huella más frecuentada, especialmente por el tránsito de ganado, que va desde el lago Argentino a los establecimientos

frigoríficos de Puerto Natales, es la de los Baguales, donde nace el río del mismo nombre y donde se encuentra la estancia "Los Leones".

En febrero de 1929, hice, en siete horas de galope, el viaje desde la estancia "Los Leones" a la "Anita" sobre la orilla del lago Argentino. En el trayecto se descubren paisajes nuevos y severos, ofrecidos por los austeros picos basálticos que asumen el aspecto de majestuosos castillos ornados de almenas y torres, o de largas crestas afiladas como hojas de cuchillo.

El valle, en su parte final, serpentea entre estrechos desfiladeros donde los montes erguidos como gigantescos murallones se tornan negros y ásperos, demostrando con mayor evidencia la naturaleza volcánica de sus rocas.

Un tapete de hierba verde y fresca cubre la llanura donde pacen numerosos guanacos. No muestran mayor temor ante nuestra presencia y nos observan con curiosidad, pero apenas tratamos de acercarnos huyen velozmente, deteniéndose luego de improviso a algunos centenares de metros para observarnos nuevamente con más seguridad.

El último tramo es el más áspero, porque los caballos, antes de llegar al boquete, deben subir una empinada cuesta entre escombros morrénicos. Desde el collado, que marca la línea divisoria entre Argentina y Chile, se desciende siguiendo el curso de otro valle bañado por el río Centinela, el cual se despliega en onduladas colinas y va a morir en las riberas del lago Argentino.

A medida que nos alejamos de la región cordillerana y penetramos en las desiertas mesetas patagónicas, la sierra de los Baguales y el Paine se aproximan hasta parecer una sola cadena, adquiriendo mayor elevación y grandiosidad. El sol poniente lanza sus últimos rayos de oro púrpura sobre aquella fantástica arquitectura andina.

En el azul del cielo resplandecen las bermejas torres del Paine, rodeadas de centenares de cumbres y glaciares, irisadas de maravillosos tonos amatista y zafiro, salpicadas de rubíes y esmeraldas, de formas al parecer tan inmateriales, que lo dejan a uno absorto, como si no fueran las mismas que momentos antes ha contemplado tan de cerca.

Pareciera que bajo un mágico conjuro se hubiesen transformado de repente en las agujas y pináculos de una gigantesca catedral gótica, erigida en las puertas de la ciclópea cordillera para elevar perenne tributo de honor y gloria a Dios, Autor y Señor del Universo *.

*Esta lírica descripción, una de las varias dedicadas al espléndido conjunto oro-lacustre del Paine, refleja el parecer unánime de cuantos conocieron y conocen esa maravilla natural y permite entender el porqué de su reservación como Parque Nacional. La primera iniciativa vino del profesor Werner Gromsch, de Punta Arenas, quien en los años de 1930 propuso la creación del "Gran Parque Nacional del Sur", pero no fue sino hasta 1959 cuando, por la preocupación de varias entidades ligadas a la protección de la vida silvestre, el fomento del turismo y a los deportes de montaña, que se hizo efectiva la primera reserva, el Parque Nacional de Turismo "Lago Grey" (4.332 hectáreas). Tras este modesto comienzo, sucesivas ampliaciones durante los años 1961, 1970, 1975, 1979, se conformó el actual Parque Nacional "Torres del Paine", cuya superficie abarca un total de 242.242 hectáreas, y que ostenta, además, la condición de Reserva de la Biosfera otorgada por la UNESCO (1978). Actualmente se estudia postular los Parques Nacionales "Bernardo O'Higgins" y "Torres del Paine" como sitios del Patrimonio Mundial Natural de la Humanidad, en conjunto con otras reservas del género creadas en la Patagonia chilena. En cierta medida el Padre De Agostini contribuyó a este merecido reconocimiento por la difusión que hizo en Chile y el mundo de las bellezas del espléndido sector subandino oriental del país (N. del E.).

CAPÍTULO VI

EN VUELO SOBRE EL BALMACEDA Y EL PAINE

Dificultades de la aviación en la zona de la Cordillera austral – El piloto Franco Bianco – Expectativa en Puerto Natales – Sobre el fiordo Última Esperanza – Caídas en el vacío – Desde el Balmaceda al Paine – Por encima de las cumbres andinas – Günther Plüschow y su trágico fin – En las blancas soledades de hielo – Florestas vírgenes a la luz del ocaso

Otra soberbia visión del Balmaceda y del Paine debía tenerla aún desde la cabina de un aeroplano, el 13 de abril de 1937.

Me ofreció esa oportunidad el aviador puntarenense Franco Bianco, hijo de piamonteses, quien poco antes había adquirido bien merecida fama con un audaz *raid* de 6.500 kilómetros, recorriendo solo y en un pequeño aeroplano de su propiedad, el largo trecho de la Cordillera de los Andes, desde Punta Arenas hasta Santiago de Chile y regresando luego a Punta Arenas pasando por Mendoza y Buenos Aires.

Su pasión por el vuelo, nacida con la fundación del aeroclub en Punta Arenas, le hace olvidar a menudo sus negocios de lanas para hacerlo elevarse al majestuoso y fascinante cielo magallánico, donde no pocas veces los fuertes ventarrones han puesto a prueba su valor y su pericia de piloto.

La navegación aérea es, en este trecho de los Andes meridionales, una de las más difíciles del mundo, por hallarse sometida a frecuentes perturbaciones atmosféricas que fácilmente adquieren carácter de ciclón.

La considerable altura de la Cordillera, que está casi constantemente envuelta en nubes, constituye asimismo un peligro permanente, por no decir insalvable. Las ráfagas de viento que se estrellan contra las cumbres de las montañas o que descienden por las sinuosidades de los canales,

son terriblemente fuertes y vertiginosas, y producen en su carrera pozos de aire y tan poderosos remolinos que pueden hacer caer el aparato volador en el momento y lugar menos sospechados.

El poder y la perfección de los aparatos modernos movió al Gobierno de Chile a establecer en 1937, una línea aeropostal y de pasajeros entre Punta Arenas y Puerto Montt, con dos potentes bimotores Sikorski: el "Chiloé" y el "Magallanes".

Parecía así salvada la distancia entre las lejanas regiones de Magallanes y el corazón de la República, permitiendo a los habitantes de las frías regiones preantárticas trasladarse en breve tiempo al delicioso clima de Santiago y Valparaíso. Pero el proyecto, tan acariciado, estaba destinado a fracasar. El "Chiloé" pocos meses después desaparecería entre las olas del Pacífico, y el "Magallanes" quedaba inutilizado después de un aterrizaje forzoso. Tan graves pérdidas provocaron la suspensión de la línea, cuando contaba apenas un año de existencia. En junio de 1946 volvió a establecerse el servicio aéreo entre Punta Arenas y Santiago por medio de la agencia LAN con dos viajes semanales pasando por territorio argentino, al margen oriental de la Cordillera, que ofrece mayor seguridad. Desde 1945 funciona también un servicio regular aéreo bisemanal entre Punta Arenas, Porvenir, Bahía Felipe, Caleta Josefina y Puerto Natales.

Por el contrario, del lado del Atlántico, la Aeroposta Argentina mantiene, desde el año 1931, un servicio regular a lo largo de la costa patagónica. Los vientos, aunque no menos fuertes y continuados, y a menudo huracanados, son más uniformes y se puede volar a poca altura sin peligro de que el aparato vaya a estrellarse contra alguna montaña.

Para que nuestro vuelo sobre los macizos gigantescos del Balmaceda y del Paine y sobre los demás montes y glaciares de la Cordillera, se efectuara en las condiciones atmosféricas más propicias, determiné dirigirme a Puerto Natales. Desde allí me sería fácil observar el momento preciso en que la Cordillera se hallara completamente despejada y comunicarlo telefónicamente a Bianco, radicado en Punta Arenas.



El ventisquero Tyndal visto desde el "Saturno"

En Puerto Bories, a cinco kilómetros de Natales, sobre la costa norte de Última Esperanza, hay un campo de aterrizaje que utilizan los aeroplanos militares chilenos cuando llegan en excursión desde Punta Arenas. Desde allí emprenderíamos nuestro vuelo sobre los picos andinos.

En la Casa Salesiana de Natales, comienzo, pues, a esperar pacientemente que la Cordillera se despoje del manto de nubes que constantemente la



El P. Alberto M. De Agostini y el aviador Franco Bianco antes de emprender vuelo hacia la Cordillera

envuelve. Pero el tiempo, en lugar de mejorar, parece empeorar cada día. Con la constancia característica de estas regiones preantárticas se suceden fuertes chaparrones de agua en la llanura y tempestades de nieve en la montaña. Estamos en otoño, pero el frío es tan intenso que nos parece hallarnos en pleno invierno.

Consulto con impaciencia el barómetro y cien veces al día escudriño el gran macizo, pero invariablemente lo encuentro oculto entre las nubes.

Ya habían transcurrido dos semanas de inútil espera y estaba por abandonar el proyecto considerándolo imposible, cuando, en la mañana del 13 de abril veo que el denso velo de nubes que envuelve la Cordillera comienza a rasgarse y aparece en lontananza lleno de luz y colores el Balmaceda. La sensible elevación del barómetro y la calma reinante me confirman en mi idea de que ha llegado el momento propicio.

A las diez envío a Franco un fonograma. "Tiempo óptimo. Cordillera descubierta". Respuesta inmediata: "Salgo en seguida". Cuando el "Saturno", después de describir una curva sobre Natales a guisa de saludo, aterriza en el campo de Bories, son las doce en punto. Partamos pronto –me dice Franco– porque se ha levantado del lado oeste una corriente contraria que ya me ha hecho perder un cuarto de hora. Observo que, efectivamente, el cielo se ha oscurecido algo hacia occidente. Pero no opinan lo mismo el director del establecimiento frigorífico de Puerto Bories, señor Thomas Dick, escocés, ni su señora, ligur, que nos ha preparado un exquisito almuerzo a base de tallarines y *pudding*.



Lago y glaciar Dickson *- A occidente se levanta el cerro Stokes*

Aceptamos la amable invitación y, después de haberle hecho los honores correspondientes, nos dirigimos apresuradamente al campo de aterrizaje, donde el diminuto "Saturno" con sus alas plateadas y abastecido de combustible, nos espera para emprender el vuelo.



Lago Grey y glaciar

Dos carabineros chilenos cuidan el aparato y nos aguardan para pedirnos las informaciones reglamentarias sobre el itinerario y la duración del vuelo. Cuando subo a la cabina, uno de ellos me pregunta por qué no llevo el paracaídas. Yo pienso para mis adentros, que el único paracaídas que llevo siempre conmigo es una reliquia de San Juan Bosco, a la cual acudo en momentos de peligro y dificultad.

Me acomodo en el asiento, pero es tan reducido el espacio que apenas encuentro lugar para mi maquinaria fotográfica.



Franco pone sobre mi escafandro un micrófono receptor y lo une al suyo con un hilo telefónico; me sujeta con las correas de seguridad y luego de recomendarme que no toque con los pies las palancas de comando, sube también él, acelera el motor y el "Saturno" despega suavemente en dirección al monte Balmaceda.

Es la primera vez que vuelo por encima de la inmensa Cordillera Patagónica, meta predilecta desde hace tantos años de mis estudios e investigaciones. En pocos minutos toma altura el aparato. Las costas del fiordo y las montañas que lo flanquean



El lago Dickson con su glaciar que se desborda de la Cordillera



El macizo del Paine, con sus atrevidas torres, picos y neveros, visto desde el "Saturno"

se hunden rápidamente y en forma plástica muestran todas las sinuosidades y repliegues de los valles, surcados por las venas plateadas de los torrentes y salpicadas de innumerables laguitos.

Durante un cuarto de hora volamos siguiendo el curso del fiordo, frente al gigantesco Balmaceda. Estamos en plena Cordillera a una altura de 2.000 metros y el panorama que se despliega a nuestro alrededor es cada vez más grandioso.



Torres y simas en el interior del Paine

La máquina fotográfica entra en función a breves intervalos. Entretanto, hacia el suroeste se oscurece sensiblemente el horizonte y negros nubarrones van acumulándose con rapidez sobre los montes, e impulsados por un fuerte viento del oeste, se acercan a nosotros.

Únicamente por el norte el cielo continúa sereno. Pareciera que la Cordillera no quisiera hoy dejarse subyugar. Las primeras ráfagas embisten ya la frágil aeronave y la hacen oscilar fuertemente, uniendo sus silbidos al ruido del motor.



El canal de los Témpanos en el lago Argentino. *Entre la maraña de montes y de glaciares descuella imponente la silueta del monte Mayo.*

Acabamos de entrar en un estrecho corredor, que penetra entre el Balmaceda y el cerro Prat, cuando de pronto, siento que el aparato se precipita con impresionante velocidad y cae en vertical como si hubiera perdido las alas. Cincuenta, cien metros... Franco me aseguró después que debimos haber bajado a doscientos. No me había repuesto aún de la sorpresa de aquel salto acrobático cuando una fuerza invisible nos empuja vertiginosamente hacia arriba en una fantástica picada.

El "Saturno" se estremece y oscila, se hunde y se eleva como si estuviera a merced de una marejada gigantesca.

Hemos entrado en el curso de una poderosa corriente de aire que baja con ímpetu de la Cordillera, obligada a pasar por entre estas elevadas paredes de montañas formando remolinos y grandes pozos de aire. Franco domina el aparato con seguridad y maestría y a mis recelosas preguntas responde que apenas dejemos aquella garganta, entraremos en una zona más tranquila.

Avanzamos rápidamente. He interrumpido mi labor fotográfica y contemplo admirado las cimas más elevadas del Balmaceda, revestidas de una cándida coraza de nieve, y sus poderosos flancos, sobre cuyas paredes, cortadas a pique, descienden grandes corrientes de hielo. Debajo de nosotros diviso las aguas del fiordo agitadas por el viento, y más al norte la cinta de plata del río



Picos y hielos eternos reverberando al sol poniente

Serrano, que serpentea en el valle profundo y desemboca formando un hermosísimo delta.

Cuando después de diez minutos de trepidación, dejamos atrás al Balmaceda y enfilamos hacia el macizo del Paine, vuelve a reinar la calma primitiva y puedo continuar fotografiando el paisaje cordillerano, que se hace ahora cada vez más interesante. Hacia el oeste, bajo los efectos de una luz siniestramente pálida, que brota de una capa grisácea de vapores, se extiende hasta perderse de vista, un inmenso campo de hielo, limitado en su parte interior por inexploradas cadenas de montañas. Este gran manto de hielo desciende por el declive oriental de la Cordillera, festoneado con numerosos glaciares que se precipitan en las profundas gargantas o derriten sus frentes sobre los lagos, entre los cuales distingo el Tyndall y el Grey, ya visitados por mí hace algunos años.

Estamos muy cerca del macizo del Paine, que absorbe nuestra atención por la belleza y majestad de sus innumerables pirámides, torres y pináculos que le dan el aspecto de una gigantesca fortaleza. Ya la conozco en todos sus detalles, pero hoy, desde la altura, puedo escrutar sus más ocultos repliegues.

Poco más allá del Paine, volamos sobre la profunda cuenca lacustre del Dickson, que brilla a la luz del sol como un trozo de cristal. Al norte del lago, blancos colosos que se elevan al azul del cielo con maciza potencia, taladrando las acolchonadas masas de nubes estancadas en las gargantas, nos muestran las cúspides más altas y dominantes de la Cordillera Andina, que marcan el límite entre Chile y Argentina.



Lago Argentino. *Últimos rayos de sol en la Cordillera.*

Con una ascensión a todo motor, Franco eleva el aparato a 3.200 metros. El horizonte se amplía de una manera tan grandiosa que sobrepuja toda imaginación. A occidente aparece un inmenso caos de montañas centelleantes de nieve, de picos gigantescos y torvos, de hórridos amontonamientos de *seracs* que se asoman a los abismos, de crestas afiladas, fantásticamente orladas de hielo, de suaves alburas de nieves engarzadas en bastiones rocosos, que se dilatan y se pierden en misteriosas lejanías.

Por todas partes hielo y nieves eternas y cadenas de montes, de cuya existencia los mapas no tienen indicación alguna, dejando solamente un espacio en blanco con la consabida inscripción: "Inexplorado".

En pocos minutos sobrepasamos la sierra de los Baguales y penetramos en el brazo sur del lago Argentino, que ya he visitado otras veces, pero que hoy me revela nuevas bellezas y nuevos secretos sobre la configuración interior de sus cadenas y de los glaciares que descienden hacia él.

Llevamos una hora de vuelo y el frío comienza a agudizarse, el termómetro marca 7 grados bajo cero; pero lo que nos hace sentir más intensamente el frío son las ráfagas de viento heladas.

Volamos ahora sobre los tortuosos brazos occidentales del lago Argentino, cuyas aguas penetran sinuosamente paredes de montes abruptos revestidos de florestas vírgenes.



El fiordo Spegazzini y la alta Cordillera nevada

Un triste recuerdo acude a mi memoria. En este mismo sitio, en estas mismas aguas, sobre las cuales nos cernimos, el 28 de enero de 1931 caía, sorprendido quizás por alguna fuerte ráfaga, el hidroavión "Cóndor de Plata", pereciendo el piloto alemán Günther Plüschow y su mecánico y fotógrafo Dreblow, mientras se dirigían a la Cordillera en vuelo de reconocimiento*.

Plüschow había venido directamente de Alemania en 1927-28 con su goleta "Feuerland" y había efectuado numerosos vuelos sobre el archipiélago de la Tierra del Fuego hasta el cabo de Hornos, obteniendo una magnífica colección de vistas fotográficas y cinematográficas y publicando sus impresiones de viaje en un libro muy interesante: "Ueber Feuerland".

Dos años después había regresado a la Patagonia, para reanudar sus vuelos sobre la Cordillera, pero el aparato, que sin duda estaba ya resentido por la intemperie y por los esfuerzos hechos, no pudo continuar la lucha, y, mientras se encontraba en pleno vuelo, a nuestra misma altura, al desligarse del timón un cable de acero, se precipitó sobre la costa del lago.

Plüschow se descolgó con el paracaídas, pero este no se abrió, y murió instantáneamente; Dreblow solo logró hacer funcionar parcialmente la sombrilla y se precipitó violentamente a

*Los aviadores alemanes venían de dar fin, forzadamente por las precarias condiciones estructurales y mecánicas del avión, a una azarosa campaña de exploración por sectores de la alta Cordillera de los Andes que permitió adelantar en el conocimiento de buena parte del Campo de Hielo Patagónico Sur (N. del E.)

tierra golpeándose la cabeza contra una piedra; logró dar unos pasos y expiró a pocos metros de su compañero.

Nuestros ojos se sienten ahora irresistiblemente atraídos por una inmensa corriente de hielo horriblemente revuelta que irrumpe de la cordillera y penetra como una dilatada barrera de cristal en el canal de los Témpanos, donde numerosas masas de hielo, desprendiéndose de su frente, flotan sobre las aguas azules, como enormes osos blancos.

Es el glaciar Moreno, el más bello de la Cordillera Patagónica en su flanco oriental y el más grande por su amplitud e imponencia*.

Del canal de los Témpanos pasamos rápidamente al brazo norte del lago Argentino, un larguísimo seno que se incrusta en el corazón de la Cordillera y termina al pie del glaciar Upsala.

Aquí reina una calma perfecta. La cadena, completamente descubierta, muestra a los rayos del sol, próximo al ocaso, sus innumerables picos, entre los cuales reconozco algunos que hemos explorado hace pocos años. He aquí el puntiagudo obelisco del monte Mayo que se yergue al sur del canal Avellaneda, escalado ya por nosotros en 1932, con los guías Croux y Bron; y más allá del cerro Peineta, los montes Spegazzini y Onelli; con sus imponentes glaciares, explorados también todos ellos, que descienden en albas cascadas de hielo, sobre los fiordos del mismo nombre. Hacia el norte distingo entre una ciclópea y nívea aglomeración de montes y glaciares, el cerro Cono, a cuyo pie hemos vivido durante tres semanas, en pequeñas carpas, sometidos al continuo furor de las tormentas, hasta que en un día sereno, después de haber superado el vasto altiplano Italia, efectuamos la primera travesía de la Cordillera, divisando desde la cumbre del monte Torino, las aguas del fiordo Falcón, en los canales del Pacífico.

Hemos entrado en el reino misterioso de las blancas soledades de hielo, donde el viento y los huracanes reinan soberanos y donde hoy dominan la luz y el silencio profundo, interrumpido únicamente por el ronroneo del motor.

Quedo absorto ante el fascinador espectáculo y saboreo la alegría de descubrir los últimos secretos de esos hielos eternos. Pero Franco me llama a la dura realidad. "Apenas nos queda combustible para la vuelta" –me grita por teléfono. Llevamos dos horas de vuelo, y nos hacen falta otras tantas para el regreso. Con la mano le indico a Franco que realice todavía un giro más, para darme ocasión de obtener algunas fotografías: son las últimas placas que me quedan. El aparato efectúa un rápido viraje y luego prosigue rumbo al sur, en dirección a Puerto Natales.

Durante una hora cruzamos las mismas cadenas de montañas y los anfractuosos brazos del lago Argentino. Con la caída de la tarde se van alargando las sombras acusando hasta el más mínimo detalle y la más ligera sinuosidad de la compleja contextura de las montañas.

Los bosques de hayas que cubren los valles y se elevan a gran altura, arraigadas en las laderas, al reparo del viento, ofrecen en el otoño adelantado, bajo los últimos destellos del sol,

*En realidad el glaciar más extenso de la vertiente oriental andina es el Upsala, seguido por el Viedma (N. del E.).



La ensenada y el glaciar Onelli desde el avión

una maravillosa gama de colores desde el rojo escarlata al amarillo-oro, desde el verde-esmeralda hasta el violeta-amatista.

Dejamos la Cordillera glacial y bajamos gradualmente hacia la llanura siguiendo el curso de profundos valles, entre los cuales serpentean en grandes espirales los ríos Zamora y Baguales.

Poco más al sur del Paine dejamos a nuestra derecha los lagos Sarmiento y Maravilla, cuyas aguas azuladas se rompen en blancas crestas de espuma. Hemos vuelto a la zona azotada por los vientos del oeste, que hacen oscilar nuevamente el aparato.

Volamos a poca altura sobre las llanuras amarillentas del cerro Castillo, salpicadas de blancos rebaños de ovejas que pacen en los campos, y de una que otra mancha de establecimientos ganaderos, hasta que al fin aparece la cinta azul del fiordo Última Esperanza y sobre una terraza inclinada hacia el mar, las casas de Puerto Natales como un tablero de ajedrez.

El aparato describe una espiral sobre la población y se dirige hacia el campo de aterrizaje de Bories.

Un imperceptible golpe del tren de aterrizaje, una breve carrera sobre el llano y henos ya parados en tierra.

Mi primer vuelo sobre la Cordillera ha terminado.

CAPÍTULO VII

HACIA EL LAGO ARGENTINO

Expedición exploradora a la Cordillera – Río Gallegos – La estepa patagónica – Umbelíferas en flor – Calafates – En la estancia "Anita" – Diversos aspectos del lago Argentino – En el canal de los Témpanos – El glaciar Francisco Moreno – Tempestad en el lago – Hielos flotantes – Llegada a la estancia "Cristina".

Conocí el lago Argentino en febrero de 1928.

Había llegado hasta allí desde la región de Última Esperanza, a través de la Sierra de los Baguales, y después de una breve permanencia en la estancia "Anita", tuve la grata oportunidad de recorrer en lancha el brazo septentrional del lago y visitar la estancia "Cristina", oculta en la soledad de las montañas. En el escaso tiempo que pasé allí, favorecido por unos días perfectamente serenos, hice dos excursiones al glaciar Upsala y pude conocer de cerca la configuración de los macizos centrales y los enormes glaciares que bajan de los mismos. Quedé profundamente emocionado y entusiasmado. La insospechada grandiosidad del paisaje andino, los numerosos estudios que podía realizar en esas montañas y glaciares, que ningún pie humano había pisado aún, así como la proximidad de una estancia que me facilitaba el establecimiento y los medios de transporte, me sugirieron inmediatamente la idea de establecer en ese lugar la base de una expedición, que desde hacía algunos años venía proyectando para explorar el interior de la Cordillera.

Pero hasta 1930 no pude llevar a cabo mi acariciado proyecto.

Pocas personas integraban la comitiva que yo había organizado en Buenos Aires: el doctor Egidio Feruglio, de Udine, que desde 1925 se encontraba en la Argentina en calidad de geólogo de los yacimientos petrolíferos de Comodoro Rivadavia, y los guías alpinos Evaristo Croux y León Bron de Courmayeur.

Los guías llegaron a Buenos Aires el 30 de noviembre; el 5 de diciembre se embarcaban conmigo y con todos los equipajes a bordo del vapor "Asturiano", con rumbo a Río Gallegos,



Río Gallegos. *Calle Roca*

población extrema de la costa patagónica argentina. En Comodoro Rivadavia, importante centro costero de la Patagonia[1], de rapidísimo desarrollo debido a la creciente explotación de sus pozos de petróleo, se nos agregó el doctor Egidio Feruglio, dispuesto a abandonar durante algunos meses sus ocupaciones, para participar de mi expedición, y en la mañana del 15 de diciembre desembarcamos en Río Gallegos, capital, desde 1898, del territorio argentino de Santa Cruz. Es una población de 8.000 habitantes, ubicada sobre la orilla derecha del río homónimo y a siete millas de su desembocadura en el Atlántico. A Río Gallegos, lo mismo que a todos los puertos de la costa patagónica, convergen, desde un determinado sector, los caminos que vienen de las estancias diseminadas por el interior de la Cordillera. Hay también caminos que conducen a Punta Arenas (Chile) con la cual está unida por un activo servicio diario de automóviles.

Por ser la capital del territorio de Santa Cruz y sede de las autoridades del gobierno territorial, Río Gallegos supera en vitalidad a todos los demás pueblos de la costa. Casi todas las casas son de un solo piso y construidas con madera traída de Tierra del Fuego o de la Cordillera (lago Argentino), con techo y paredes revestidas por fuera con chapas de zinc. En estos últimos años se ha realizado un rápido y notable progreso que se manifiesta en el gran número de elegantes edificios de ladrillo

[1] La palabra Patagonia deriva de Patagones, nombre aplicado por Magallanes en 1520 a los indígenas que encontró en el Puerto de San Julián, como refiere Pigafetta en la relación del viaje. Con esta denominación, netamente geográfica, formada progresivamente por tradición cartográfica, se denomina la extremidad sur, tanto chilena como argentina, del continente sudamericano, que se introduce como una cuña entre el Atlántico y el Pacífico hasta el estrecho de Magallanes.

Antiguamente se denominaba Patagonia a toda la zona situada al sur del cabo San Antonio y hasta el estrecho de Magallanes, y por consecuencia al territorio que desde la costa se extiende hasta la cordillera occidental. Posteriormente esta extensión fue reducida, considerándose como Patagonia toda la región al sur del río Colorado, incluyendo el territorio del Neuquén, hasta la cordillera; límite que hasta hoy día parece prevalecer por razones históricas y geográficas, contra el que algunos autores modernos quisieran fijar en el curso del río Negro y de su afluente el Limay.

Este último límite norte coincidiría con el que fue trazado por el geógrafo Hans Steffen para la Patagonia chilena, el cual está determinado por la gran línea de depresión de los lagos Llanquihue y Todos los Santos, que cruza la cadena divisoria de la Cordillera por el paso Pérez Rosales y continúa en el brazo occidental del lago Nahuel Huapi (Hans Steffen, *Viajes de exploración y de estudio de la Patagonia occidental*, página 10.).

Desde que fue promulgada la Ley del 18 de octubre de 1884, con la cual toda esta porción austral del territorio argentino fue dividida en gobernaciones o territorios nacionales, el nombre "Patagonia" quedó solamente como testimonio de una tradición histórica.

Actualmente la Patagonia argentina está dividida en 5 Territorios Nacionales: Neuquén –con una superficie de 94.000 km², una población de 85.000 habitantes y una densidad de 0,90 por km²–; Río Negro –con una superficie de 200.000 km²; población, 132.000 y densidad de 0,65–; Chubut –superficie de 169.000 km², población 53.000 habitantes y densidad 0,32–; Gobernación militar de Comodoro Rivadavia –superficie 97.000 km², población 51.000 y densidad 0,52–; Santa Cruz, superficie 201.651 km², 24.000 habitantes y densidad de 0,12–; administrados cada uno por un Gobernador que reside en las capitales: Neuquén, Viedma, Rawson, Comodoro Rivadavia y Río Gallegos.



Río Gallegos. *Colegio de los Padres Salesianos*

y cemento construidos tanto por las entidades públicas gubernativas y militares como por particulares y grandes casas comerciales.



Río Gallegos visto desde el avión

La violencia y la continuidad del viento impiden tenazmente el crecimiento de la vegetación arbórea, aunque en las plazas, a lo largo de las avenidas y alrededor de los chalets, algunas manchas verdes o algunas amelgas floridas, señalan como, aun bajo los azotes del viento patagónico, pueden crecer y desarrollarse plantas y flores imprimiendo algo de alegría al triste y monótono cuadro de la estepa.

A lo largo de la calles, trazadas con pródiga amplitud sobre un plano geométricamente regular, como un tablero de ajedrez, están alineadas las casas y los almacenes donde los colonos, los estancieros y las amas de casa pueden encontrar todo lo necesario para vestirse, alimentarse y adornar su hogar.



Caminos patagónicos

En casi todas las esquinas se levanta un bar o un hotel, a los que concurren generalmente los estancieros que vienen del interior para hacer sus compras y contratar la venta de los productos lanares.

La prosperidad de los habitantes de estos pequeños centros costeros está en directa relación con el alza y baja de las lanas y las carnes, sujetas a constantes alternativas, de acuerdo a las cotizaciones del mercado internacional.

Cuando el precio de la lana está alto, el dinero afluye en mayor cantidad a esos centros, porque todo lo que se consume en el campo, con excepción de la carne de oveja, hay que ir a buscarlo a los pueblos de la costa.

En las cercanías de Gallegos hay un establecimiento frigorífico (el Swift de Río Gallegos), donde se sacrifican, en la temporada de verano, cerca de 200.000 ovinos, cuyas carnes son embarcadas, en su mayor parte a Gran Bretaña[2].



Los fardos de lana son llevados a la costa por medio de camiones

Aquí, como en todos los demás pueblos de la costa, predomina entre la población el elemento extranjero. La mayoría son españoles; un buen número ingleses, yugoeslavos, alemanes, escandinavos y siriolibaneses; escasean los italianos, que han poblado, en cambio, los fértiles valles de río Negro. Hay un fuerte núcleo de chilenos o, más bien, de chilotes (habitantes de Chiloé) emigrados de Punta Arenas o infiltrados en la Patagonia a través de los valles cordilleranos de más al norte, viviendo, en parte, de los productos agrícolas o pastoriles, o trabajando en los establecimientos frigoríficos o en las estancias, como ovejeros, esquiladores o peones. Son muy apreciados por su resistencia al trabajo y a los rigores del clima.

Los salesianos se establecieron en Río Gallegos tiempo después de su fundación (1885), cuando sólo había allí unas pocas viviendas, gracias al misionero turinés don José Beauvoir y

[2] También en Deseado, San Julián y Santa Cruz existe un establecimiento frigorífico para industrializar la abundante producción ovina de las zonas respectivas.



Rebaño de ovejas pastando en las mesetas patagónicas

al incansable Monseñor José Fagnano. Cuentan ahora con una hermosa iglesia y un grandioso colegio para la educación de la juventud.

En Gallegos estuvimos dos días para completar las vituallas y buscar los medios de transporte con que proseguir el viaje hasta el lago Argentino. El día 17, por la mañana, salimos muy temprano en automóvil, con la esperanza de poder recorrer ese mismo día los 350 kilómetros que nos separaban de la estancia "Anita", sobre la costa del lago Argentino. Todos nuestros víveres y equipajes –cerca de 1.000 kilos– fueron cargados en un camión de alquiler, que hacía el servicio de transporte de productos lanares desde la Cordillera a la costa. Aquí el automotor ha reemplazado rápidamente al caballo, tanto en la vialidad como en el transporte de productos lanares, acortando las distancias, de modo que en un solo día es posible llegar de la costa a la Cordillera, al pie de los glaciares, con una rápida carrera de 400 kilómetros, a través de las inmensas altiplanicies*. Las comunicaciones viales, que hasta hace pocos años eran dificultosas, y debido a las lluvias y deshielos poco menos que impracticables, pues se hacían sobre las viejas y tortuosas huellas de las carretas, hoy han mejorado mucho con la construcción de caminos nuevos, rectos como un hilo, tendido por leguas enteras y puentes de cemento, tanto en el interior, hasta la Cordillera, como a lo largo de la costa atlántica, de acuerdo a los planes de la Dirección de Vialidad.

A medida que se avanza hacia el interior es fácil observar cómo el terreno va elevándose gradualmente en forma de largas mesetas escalonadas, que en las cercanías del lago Argentino (Pampa Alta), donde están revestidas con depósitos glaciales, llegan casi a los mil metros de altura. El examen estratigráfico del subsuelo de estas mesetas, constituidas por bancos y capas de areniscas,

*Actualmente en autobús, el tramo que va desde Río Gallegos en la costa Atlántica hasta El Calafate, sobre la costa del lago Argentino y desde donde es posible alcanzar los glaciares Moreno, Upsala, Spegazzini, Onelli, entre otros, en el Parque Nacional argentino Los Glaciares, que además incluye por el norte la cadena montañosa del Fitz Roy, a cuyos pies se encuentra la localidad de El Chaltén –fundada recién en la década de 1980 originalmente como asentamiento de soberanía andina argentina y transformada luego en centro de turismo en la base de la cadena del Fitz Roy–, se cubre en cerca de 4 horas por un camino totalmente asfaltado a través de la inmensa pampa patagónica. Casi lo mismo se tarda desde El Calafate a Puerto Natales, en Chile (N. del E.).

conglomerados y especialmente tobas, en que se encuentran con frecuencia y abundantemente fósiles marinos y terrestres, permite reconocer con claridad los diversos avances y retrocesos del mar, verificados en esta región desde el Cretácico Inferior hasta el Plioceno Superior. El gradual ascenso de la cubierta sedimentaria desde el Atlántico hacia la Cordillera es el resultado de movimientos epirogénicos, intermitentes, acaecidos durante el Terciario Superior y el Cuaternario. Sobre la superficie de estas mesetas se extiende un manto de varios metros de cascajos y guijarros durísimos y redondos (los rodados Tehuelche) de origen fluvioglacial, o sea, transportados desde los Andes por las corrientes de deshielo de los glaciares cuaternarios.



Avestruz (Rhea darwinii)

Mientras tanto, nuestro auto avanza rápidamente por el interior de las inmensas llanuras, áridas y pedregosas, onduladas a veces e interrumpidas otras, por pequeñas depresiones (cañadones) que señalan el álveo de antiguos cursos de agua que bajaban de la Cordillera en la época glacial, o se han formado posteriormente en el mismo altiplano.



Céspedes de coirón (Stipa)

La gran llanura de un color amarillo verde pálido presenta solo algunas hierbas rígidas y punzantes, en matas más o menos aisladas, formada por escasas gramíneas, entre las que predominan la Festuca y la Stipa, conocidas vulgarmente con el nombre de "coirón". Estos pastos y algunos más constituyen el único alimento de los rebaños ovinos y caballares que viven en las praderas patagónicas. Es la típica vegetación xerófila y raquítica de la estepa, caracterizada por plantas bajas en forma de cojines, que crecen en un suelo pedregoso y permeable, sobre el cual influye sensiblemente la acción de los vientos, que soplan durante meses enteros, haciendo evaporar rápidamente la humedad producida por las escasas lluvias.

Lago argentino. Glaciar Francisco Moreno



Deposé

Fot. A. M. De Agostini

Estamos en primavera y casi no lo advertiríamos, tan pobre es la floración, si no nos lo revelaran los cojinetes verdes y aterciopelados de algunas umbelíferas y verbenáceas, tupidamente pespunteadas de delicadas y pequeñísimas flores de tintes vivaces, que van del blanco cándido al rojo y al lila. Una de estas, la Leña de Piedra (*Azorella trifoliata, A. monantha*), de la familia de las umbelíferas, se desarrolla en lugares secos en forma de un gran cojín, a veces de más de un metro de diámetro, y es muy buscada por los pobladores de la estepa porque después de hecha secar proporciona un buen combustible parecido a la turba.

Entre las verbenáceas merece especial mención el tomillo (*Lippia trifida*), del cual se obtiene una excelente infusión, de un gusto parecido a la menta. Otra bebida para infusión, muy usada y apreciada por los habitantes, es la que se obtiene del té pampa (*Satureja darwinii*), una labiada que abunda en todas partes, desde la costa hasta la Cordillera.

Sobre la extensión árida y monótona de la pampa, se destacan de vez en cuando los manchones verdinegro de la mata negra (*Verbena tridens*)*, una verbenácea que crece en tupidas gramas de 60 centímetros y que brinda un pobre pero útil combustible a los habitantes. Menos tupidos son los arbustos de la mata verde (*Lepidophyllum cupressiforme*), que prefiere los terrenos salados y que, por ser resinosa, arde también verde. Otro arbusto, la mata amarilla (*Anarthrophyllum desideratum*), de más de un metro de alto, se caracteriza por sus flores amarillas y se utiliza para formar cercos de protección contra el viento, alrededor de las casas y a lo largo de las huertas. Algo más elevados y leñosos son los arbustos espinosos de los calafates (*Berberis heterophylla y B. buxifolia*), que producen unas bayas dulces con un dejo amargo y que en el verano sirven de alimento a muchas aves. Muy raro resulta hoy el *Incienso Schinus dependens,* un arbusto espinoso que puede llegar a los dos metros de altura. Tanto el tronco como sus raíces dan una leña muy buena, que arde fácilmente, y a eso se debe que haya desaparecido con rapidez.

Mientras continuamos avanzando, nuestra mirada se extiende a lo largo de la planicie amarillenta de la pampa, donde resaltan los numerosos puntos blancos de las ovejas y, mezclados con ellas, los guanacos y avestruces que pastan tranquilamente y huyen despavoridos al oír el zumbido de nuestro coche.

De vez en cuando salen repentinamente de los matorrales y de las cuevas numerosas liebres (*Lepus europaeus*) que huyen despavoridas ocultándose en breve a la vista. Otros roedores parecidos ya existían, aunque en cantidades limitadas en la Patagonia septentrional y central con el nombre de liebre patagónica (*Dolichotis australis* o *patagonica*), pero en la actualidad aquellas se multiplicaron extraordinariamente desde la costa hasta la Cordillera ocasionando serios daños a los cultivos y consumiendo las pocas yerbas destinadas a las ovejas.

---

*En *Gli Ultimi Patagonici, Cacciatori di Guanachi,* un artículo del 21 de abril 1939, aparecido en el diario italiano *Corriere de la Sera,* De Agostini afirma que entre los Aonikenk o tehuelches este arbusto es usado para confeccionar un peine de unos treinta centímetros de largo, hecho con sus raíces y atado con ligamentos de guanaco. Esta información se confirma en *Los Aonikenk, Historia y Cultura,* de Mateo Martinic, Ediciones Universidad de Magallanes, Punta Arenas, 1995, página 247. El mismo Martinic proporciona allí mayor información acerca de la confección y características de dicho peine, incluyendo una fotografía gentileza del Museum für Völkerkunde de Berlín. Tanto el ejemplar original del artículo de De Agostini, así como su borrador mecanografiado y su traducción al español, se encuentran actualmente en los archivos del Museo Maggiorino Borgatello de la ciudad de Punta Arenas (N. del E.).

No hay posibilidad alguna de poder eliminarla, pues su cantidad es enorme. Aunque desde hace algunos años se activó la caza, porque su piel adquirió valor en el mercado.



Umbelíferas en flor

Pocas son las viviendas que encontramos a lo largo del camino. Se trata por lo general de estancias, puestos de policía y pequeñas fondas y boliches, que constituyen una parada casi obligatoria, ya sea para tomar un bocado, ya para interrumpir en algo la monotonía del viaje y defenderse del frío con una copita de licor. El invierno último fue extraordinariamente crudo y nos dicen que el termómetro descendió hasta los 26 grados bajo cero, y en zonas más elevadas hasta los 32. La abundante nieve, endurecida por el frío constante, provocó la muerte de miles de ovejas, cuyos restos pudimos ver, en efecto, acá y allá en la llanura, amontonados por los ovejeros, listos para ser quemados. La temperatura es mucho más rígida en el interior que sobre la costa, pues el terreno es más elevado y más expuesto a los vientos dominantes y fríos de la cordillera. Por la tarde subimos la ladera de una elevada meseta (pampa alta), desde donde podemos vislumbrar, a lo lejos, las altísimas y blancas cadenas de la Cordillera, semiocultas por la neblina y –más cerca de nosotros– la mancha azulada del lago Argentino. Una vez traspuestos los cordones morrénicos de la pampa alta, bajamos, por empinadas pendientes, a la profunda depresión del río Santa Cruz, emisario del lago Argentino.



Guanacos (Lama guanicae)

Era nuestra intención llegar durante el día a la estancia "Anita", propiedad de la sociedad Menéndez Behety, que está sobre la vertiente meridional del lago, pero un desperfecto del motor nos obligó a pasar la noche en un hotel de El Calafate, único centro poblado de esta región precordillerana.

A la mañana siguiente reanudamos viaje hacia la estancia Anita, donde ya nos esperaban, por habérselo avisado con anticipación desde Santa Cruz nuestro compatriota, el señor Menotti Bianchi, activo e inteligente administrador general de la sociedad ganadera Menéndez Behety.

La "Anita", trazada según los planos del señor Bianchi, es una de las más bellas e importantes estancias de la región. Sus grandiosas construcciones destinadas a la industria ganadera, y hechas de acuerdo a las exigencias de la técnica moderna; los elegantes chalets destinados al personal de administración, rodeados de anchas avenidas de álamos y de hermosos jardines; sus campos frutales, hortalizas y forrajes le dan un aspecto de oasis verdeante entre el paisaje desnudo y monótono que la circunda.

Mientras nosotros nos quedamos en calidad de huéspedes en la estancia "Anita", el camión prosigue hasta Punta Bandera, sobre la orilla del lago, donde el vaporcito "César", de la estancia "Cristina", comienza de inmediato a cargar los equipajes, a fin de poder salir al día siguiente. La mañana del 19 salí de la estancia "Anita" acompañado por el guía Bron, para Punta Bandera, donde me embarqué, prosiguiendo hacia la estancia "Cristina". Los demás compañeros que se habían quedado en la estancia "Anita" nos seguirían al regresar la lancha, trayendo consigo todos los equipajes y víveres que faltaban. La espera no resulta inútil para el doctor Feruglio, ya que puede dedicarse ventajosamente al estudio geológico de aquel lugar.

En el tramo de camino entre la estancia "Anita" y Punta Bandera –casi 50 kilómetros– comienzan a asomar los primeros paisajes cordilleranos llenos de vida y de salvaje grandiosidad. Hacia occidente se elevan las cadenas Buenos Aires y Cattle, revestidas hasta casi la cumbre de verdes bosques de hayas. Un poco más lejos se destacan, sobre el pedestal de las aguas del lago, los blancos colosos de la elevada Cordillera, entre jirones de nubes que los envuelven casi perennemente.

Por el sur, a lo largo de un camino que costea el seno Rico, profunda articulación del lago Argentino, el paisaje adquiere la forma de un verdadero parque, con una hermosa sucesión de manchas de bosques y de vivaces praderas donde se encuentran numerosas estancias, siendo "La Jerónima" la más importante y pintoresca.

Punta Bandera, que da el nombre a la pequeña rada que sirve de refugio a las pocas embarcaciones que navegan por el lago, señala netamente la división del lago Argentino en dos porciones de caracteres morfológicos totalmente distintos. La parte oriental tiene la forma típica de los lagos terminales andinos, extendiéndose en una amplia cuenca de contornos costeros regulares, circundada por terrazas bajas morrénicas y glacio-lacustres y, a mayor distancia, por las empinadas laderas de las mesetas subandinas.

La parte occidental, en cambio, está profundamente articulada y se interna en la elevada cadena andina a modo de dos brazos extensos, en direcciones opuestas: el más vasto hacia el noroeste y el otro hacia el sur.

Cada uno de estos se subdivide, a su vez, en canales y profundas ensenadas que, encerradas entre altas y escarpadas paredes rocosas, tienen todo el aspecto de los fiordos noruegos. El



Lago Argentino. *Caserío de Calafate*

brazo sur es el más ancho y tortuoso y también el más pintoresco. Desde Punta Bandera, penetra en un pequeño tramo hacia el poniente, entre las penínsulas Avellaneda, al norte, y Magallanes, al sur. Luego, dejando hacia el oeste la profunda ensenada Mayo, que termina en las bases mismas de la montaña homónima, dobla hacia el sur, con el nombre de Canal de los Témpanos. El propio nombre explica la enorme cantidad de témpanos que flotan en sus aguas y que tienen origen en el glaciar Francisco Moreno, el cual desborda de la Cordillera y penetra en el lago en forma de un gigantesco baluarte hasta alcanzar la orilla opuesta.

El seno Mayo, muy poco conocido y visitado hasta ahora, posee bellezas naturales tan fascinantes que constituiría bien pronto, junto con el glaciar Moreno, una de las metas predilectas de los turistas que visitan el lago Argentino*. Penetra en los contrafuertes de la cordillera en dirección al oeste y está limitado al norte por la península Avellaneda y al sur por el cordón Ameghino. A 20 kilómetros de la entrada, al doblar la punta Maravilla, tuerce hacia el sur, para seguir en una extensión de 10 kilómetros más, ofreciendo el aspecto de un grandioso fiordo. Contemplamos allí uno de los espectáculos más imponentes y variados que pueda presentar la Cordillera, encontrándose reunido, en poco espacio, cuanto de más hermoso puede poseer la naturaleza virgen y salvaje.



Canal de los Témpanos. *Lago Argentino*

El monte Mayo, el gigante andino cuya cumbre escalamos el 5 de enero de 1931, levanta casi verticalmente su pirámide, por más de dos mil metros, sobre las aguas del lago. Por su ladera norte desciende casi hasta el lago una

*Lo cierto es que el glaciar más visitado actualmente es el Moreno, conocido más bien como Perito Moreno, al cual se accede ya por tierra o bien navegando desde Punta Bandera por el canal de los Témpanos. Luego le siguen entre los más visitados los glaciares Spegazzini, en el brazo sur; Onelli, Bolados, Agazzis, los tres alrededor de la pequeña laguna Onelli; y el Upsala en el brazo norte, el más extenso de todos. A estos se accede únicamente navegando en modernos catamaranes por el brazo norte del lago, siendo posible visitarlos todos en una jornada. Para ambos servicios, durante el verano se ofrecen salidas diarias desde El Calafate o Punta Bandera (N. del E.).



Lago Argentino. *Frente del glaciar Moreno en enero de 1928*



Lago Argentino. *Frente del glaciar Moreno en diciembre de 1939*



Panorama de los canales meridionales del lago Argentino y de la estancia "La Jerónima"

bellísima cascada de hielo engarzada en el severo marco de la floresta. Frente al monte Mayo, por el lado sureste, el elevado cordón Ameghino parece, con sus fantásticos y atrevidos picachos, un formidable baluarte puesto allí por la naturaleza para ocultar esta rara joya andina a los ojos profanos. En el extremo austral se asoma, como un blanco fantasma, la cúspide del monte Pietrobelli, reconocido en nuestra ascensión al monte Mayo, enteramente revestido de hielo, sin que la menor mancha empañe el candor de sus nieves eternas. A ambos lados del fiordo, tupidos bosques de hayas cubren con su verde manto las laderas de los montes, formando un sublime contraste con el blanco de las nieves perpetuas y con los glaciares que cuelgan de aquellas empinadas murallas sus enormes collares de zafiros y esmeraldas.

Al término del fiordo desborda desde el interior de la Cordillera el glaciar Mayo, que ciñe el flanco suroeste del monte homónimo. Su lengua de hielo, que en una época no muy lejana debía llegar hasta el lago, se encuentra ahora a casi un kilómetro del mismo. El trecho de terreno que separa al glaciar del lago está formado por depósitos morrénicos entre los cuales corre un torrente glacial que sale del propio glaciar. Litológicamente, si exceptuamos algunos pocos elementos de rocas pizarrosas, el detrito morrénico se compone de granodioritas.



Siguiendo el canal de los Témpanos hacia el sur, se abre, a pocos kilómetros de la entrada del fiordo Mayo, una profunda depresión surcada por un glaciar de tipo alpino que llega hasta pocos kilómetros del lago, formando un delta muy extenso[3].

El canal de los Témpanos se encuentra cortado en su extremo austral por la gran corriente de hielo del glaciar Moreno, el cual, por su mole e imponencia y por la exuberancia de los bosques que lo rodean a modo de cornisa, es el más hermoso de los que bajan por la vertiente oriental de la Cordillera. Esta imponente masa de cristal, deslumbrante en su níveo candor, de perláceos reflejos verdeazulados, desciende majestuosamente de la Cordillera como un inmenso río de hielo, completamente dentellado por gigantescos *seracs* comparables a las agujas y pináculos de una catedral gótica, que causan en el viajero una profunda sensación de estupor y asombro.

De su frente, de más de 50 metros, cortada a pique sobre las aguas y minada por grietas profundas, se desprenden a breves intervalos grandes bloques de hielo, que se precipitan al agua produciendo un ruido sordo y retumbante, como el tronar de poderosa artillería.

[3] En enero de 1944 realicé varias excursiones al interior de este valle y una ascensión a los montes que flanquean el glaciar por el lado sur, logrando reconocer en todo su curso dicho glaciar, que denominamos Ameghino, en memoria del gran sabio argentino Carlos Ameghino, autor de renombradas obras de paleontología sobre la Patagonia y la Pampa.

Efectuamos entonces una interesante excursión a caballo hasta el glaciar Moreno y siguiendo, parte por la costa del lago, parte por el interior del bosque, tuvimos el placer de contemplar de cerca y bajo otro de sus aspectos, la frente de este maravilloso glaciar por su flanco occidental. Dicha estadía nos fue posible gracias a las atenciones del colono Salvador Martín, quien posee allí una pequeña hacienda vacuna y se dedica además, con halagadores resultados, a las plantaciones de coníferas y a la siembra de pastos.



Lago Argentino. *Canal de los Témpanos*

En el lento movimiento del glaciar, la gran mole de hielo, como empujada por una mano poderosa e invisible, se quiebra con sordo estruendo y descarga sobre el lago sus pirámides de alabastro, provocando en su caída gigantescas oleadas que van a romper sobre la costa. Los bloques de hielo desprendidos del glaciar, son arrastrados caprichosamente por el viento y forman un pintoresco contraste con el azul de las aguas y con el verde oscuro del bosque.

El glaciar Moreno presenta la ventaja de ser fácilmente accesible, cosa que no sucede con ningún otro de la Cordillera, pudiendo llegarse hasta él a caballo, bordeando unos 35 kilómetros de la costa norte del brazo Rico, que desde el río Mitre lleva hasta la frente misma del glaciar[4].

Al contrario de lo que ocurre con los otros glaciares, que revelan claros indicios de reciente retroceso, el glaciar Moreno se encuentra en pleno avance. Ya en el verano de 1917 se vio obstruido el canal por la lengua del glaciar que había avanzado hasta alcanzar la orilla opuesta con un ancho de pocas decenas de metros, pero, al cabo de pocas semanas volvió a abrirse otra vez. En cambio en diciembre de 1939, debido a la mayor cantidad de precipitaciones habidas en la alta cordillera, el glaciar aumentó extraordinariamente de volumen y avanzó su frente hasta la otra orilla, con un ancho de casi 300 metros, obstruyendo por completo el canal, motivo por el cual las aguas del brazo sur del lago (el brazo Rico) crecieron unos nueve metros, inundando los terrenos adyacentes y perjudicando las chacras próximas al río Mitre. Pero en febrero de 1940, ya sea por efectos de los calores estivales, que ocasionaron el desmoronamiento lateral y frontal del glaciar con mayor intensidad; ya sea por la intensa presión que el aumento del peso produjo en el brazo Rico; ya quizás por la presión tangencial del glaciar sobre la tierra, se formó, a través de las

[4] Por Decreto Nº 105.433 del 11 de mayo de 1937, la zona austral de la Cordillera comprendida entre el lago Argentino y el lago San Martín fue declarada Parque Nacional "Los Glaciares". La determinación de este nuevo parque ha sido confiada al autor por encargo de la Dirección de Parques Nacionales. (Cfr. *Nuevos Parques Nacionales – Informe de la cuarta comisión exploradora.* Pbro. Alberto M. De Agostini S.S., Buenos Aires, 1937, páginas 121-144).

resquebrajaduras de hielo, una galería por la cual las aguas del mencionado brazo se vaciaron en el canal de los Témpanos, volviendo a su nivel normal[5].

Al sur del glaciar Moreno* el canal vuelve a adquirir su primitiva amplitud y después de algunos kilómetros se divide en dos brazos: uno de ellos con dirección este, con el nombre de brazo Rico, y el otro, más extenso y profundo, brazo Sur, que se dirige hacia el sur y viene a terminar bajo una elevada cadena cubierta de nieve y glaciares.

El brazo Norte, hacia el cual nos dirigimos, se interna por unos 50 kilómetros en los contrafuertes orientales de la cordillera y termina a los pies del glaciar Upsala.



Lago Argentino. *Fiordo y monte Mayo*

Son las 9, y antes de que hayamos arreglado a bordo nuestros equipajes, el viento ha levantado en el canal una violenta marejada que preocupa a Wildig, piloto y maquinista de la lancha y experto conocedor del lago y de todas las insidias que en el mismo se ocultan.

La entrada al brazo Norte del lago está señalada por un angosto canal encerrado entre dos despeñaderos que los marineros suelen llamar Puertas del Infierno, debido a que cuando sopla el viento fuerte del noroeste, la marejada, proveniente del interior, adquiere en este punto una violencia y una amplitud extraordinarias. Cruzamos el paso con relativa facilidad, porque el viento viene del suroeste y, después de dos horas de navegación alcanzamos la bahía del Quemado, donde se encuentra la estancia "La Unión". Allí desembarcan dos pasajeros que habían subido con nosotros y, poco después, reanudamos la navegación con la esperanza de llegar antes del anochecer a la estancia "Cristina".

Es este el tramo más difícil, porque al penetrar hacia el interior, los vientos, que soplan constantemente desde el tercer o cuarto cuadrante, son siempre contrarios y la embarcación debe luchar contra una poderosa marejada que, aprisionada entre las altas montañas, se torna aún más violenta azotada por las impetuosas ráfagas que bajan de la Cordillera y que pasan con vehemencia ciclónica por aquellas angosturas.

[5] Un interesante estudio con levantamiento topográfico del glaciar Moreno fue realizado por los ingenieros C. Volpi y A. Grandi del C. A. I., quienes visitaron el glaciar en la época de su avance en noviembre de 1939, formulando acertadas hipótesis sobre las causas que habrían de provocar la abertura del glaciar. (Cfr. *El Ventisquero Moreno, por los ingenieros Carlos A. Volpi y Alberto L. Grandi* del C.A.I., en Revista *La Ingeniería*, enero de 1940, Centro Argentino de Ingenieros, Buenos Aires).

*El glaciar Perito Moreno es un glaciar compartido con Chile, donde recibe el nombre de Vidal Gormaz.

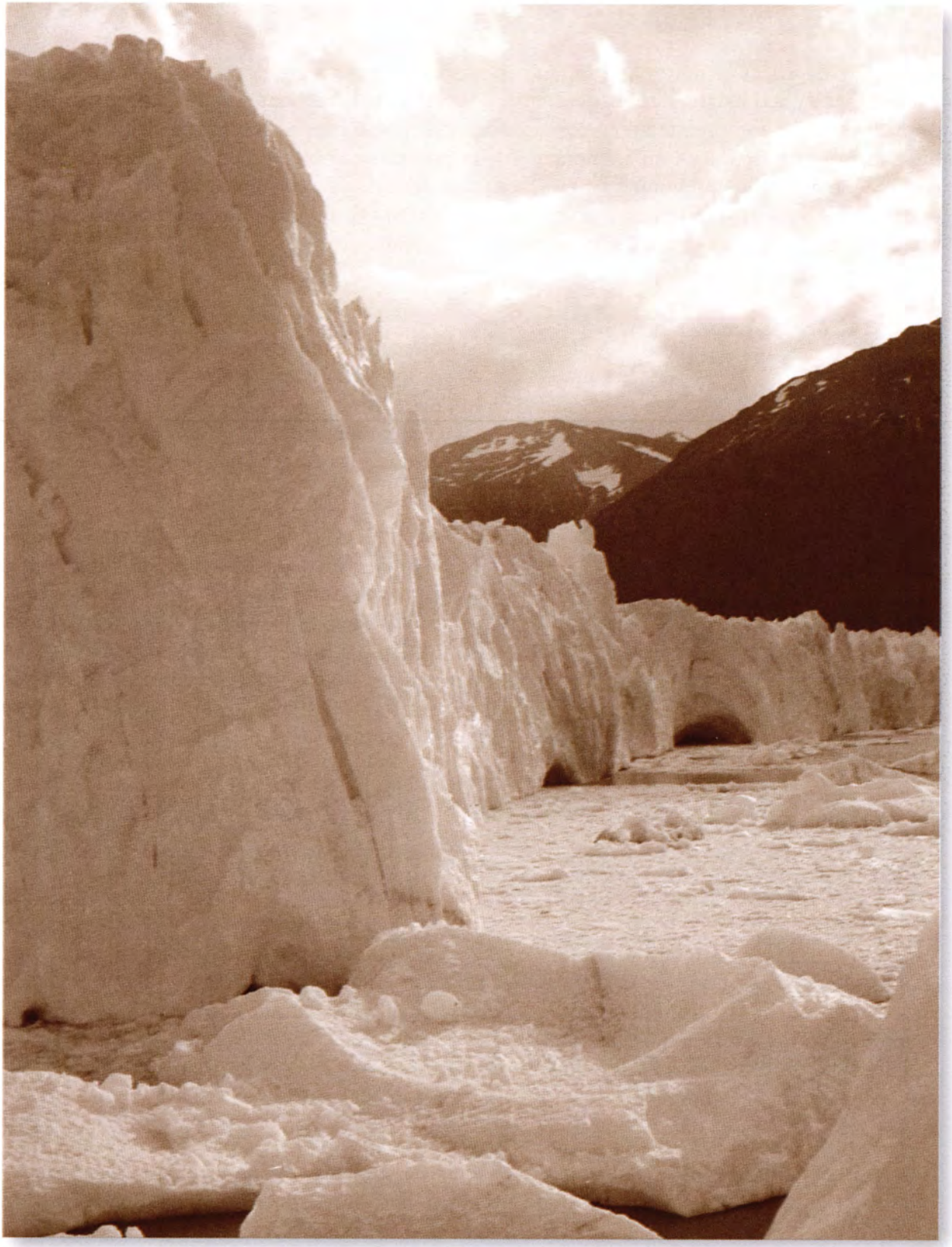


Lago Argentino. *Frente del glaciar Moreno visto desde el oeste*

En seguida, y tras haber doblado un baluarte rocoso que protege la bahía del Quemado, entramos en plena marejada. El viento, que pocas horas antes no era tan fuerte, se ha hecho ahora extremadamente violento, llegando hasta nosotros acompañado, a breves intervalos, por descargas de lluvia, de nieve y de granizo, que oscurecen el horizonte. Las olas, lívidas y espumosas, se siguen veloces y espesas, abriendo profundas simas entre las cuales se sumerge la embarcación como un submarino. Wildig, que está acostumbrado a esa furia y desenfreno de los elementos, le controla la ruta al timonero con vigilante cuidado, y baja a la sala de máquinas para regular la marcha y avivar los hornos. Transcurren así dos horas de danza infernal, avanzando muy lentamente, hasta que al llegar a la embocadura de la ensenada que lleva a la estancia "Cristina", amaina el viento, y las aguas, como por encanto, se tranquilizan.

Las corrientes aéreas desviadas por las cadenas de montañas hacia el curso de los valles, dan origen a estos extraños fenómenos por los cuales es dado observar, simultáneamente, que mientras en un canal las aguas están agitadas por una marejada enfurecida, en otro cercano reina la calma más completa, o bien soplan en ambos canales los vientos en direcciones opuestas.

Las laderas de las montañas que bordean el lago, escarpadas y redondeadas, muestran claramente los efectos de la extraordinaria potencia erosiva de los extensos glaciares que antiguamente las recubrían.



Paredón de hielo de 50 metros del glaciar Moreno.

Muy escasa es la flora boscosa, que apenas se vislumbra en algunos puntos de la costa hacia el poniente. Los grandes bosques, que antes cubrían la vertiente oriental del lago, fueron destruidos, hace unos veinte años, por un colosal incendio que, activado por un fuerte viento huracanado, se propagó en un solo día, desde la extremidad norte del lago hasta el Quemado, en una extensión de 30 kilómetros. La intensidad del calor de las llamas fue tal, que no sólo destruyó los árboles sino también el estrato de mantillo vegetal que cubría las rocas. El humo inundó las llanuras patagónicas y, arrastrado por el viento, llegó hasta las costas del Atlántico, a 300 kilómetros de distancia.



Lago Argentino. *Fiordo y glaciar Mayo*

Un espectáculo nuevo y atrayente ofrecen las masas de hielo que, desprendidas de los glaciares, o flotan sobre las aguas azules del lago como blancos veleros, yendo a la deriva empujadas por el viento, hasta vararse luego en las ensenadas, o se amontonan como una manada de osos.

Hemos llegado casi al extremo del lago y comienza a dibujarse en el horizonte, bajo una capa de nubes grisáceas y tétricas, una inmensa llanura de nieve y de hielo, que se pierde en la lejanía entre gigantescas paredes de montañas en gran parte veladas por las nubes. Es el glaciar Upsala, que baja majestuosamente de la Cordillera y derrite su frente sobre las aguas del lago. Nadie podría imaginar que en las inmediaciones de esta inmensa extensión de hielo pueda haber valles donde pastan miles de ovejas y se desarrolla la industria ganadera.

Nos internamos aún por un buen trecho en una profunda ensenada flanqueada hacia el poniente por la península Herminita, larga y estrecha lengua de tierra rica en pastos, y, hacia levante, por un cordón de cumbres rocosas redondeadas y alisadas por la antigua acción glacial. Aproximándonos al término de la ensenada se descubre a nuestra vista la estancia "Cristina", que está ubicada sobre un llano en la desembocadura de un valle que corre paralelo al glaciar Upsala, del cual lo separa únicamente una loma rocosa revestida por manchones de hayas.

Es un lugar solitario y hermoso, donde Percival Masters, que conoce el lago Argentino desde 1904, emplea con amor todas sus actividades y todos sus ahorros en el desarrollo de la ganadería, edificando casas, jardines, huertas, y donde vive desde 1913 con su familia, en un oasis de paz y de tranquilidad. El hecho de encontrarse alejado de todo centro habitado y la necesidad de proveer personalmente a las muchas exigencias de la estancia, han transformado a Masters y a su hijo



Glaciar Mayo y montes inexplorados en el interior de la Cordillera



Interior del glaciar Mayo



Lago Argentino. *La Cordillera nevada en el brazo Norte*

Alberto en mecánicos, carpinteros, electricistas, capataces. Un aserradero accionado por fuerza hidroeléctrica corta los troncos del bosque cercano y provee la madera para la construcción de viviendas, muebles, puentes para el cruce de ríos y botes para navegar sobre el lago.

Alberto es también un excelente deportista, gran conocedor de aquella zona montañosa, que ha recorrido en diversas excursiones organizadas para la caza del puma o para los acostumbrados rodeos de las ovejas. Sus consejos nos resultaron sumamente útiles para el cumplimiento de nuestro programa de exploración de la Cordillera.

Al señor Masters debemos especial agradecimiento por la gentil hospitalidad y por los numerosos servicios que prestó a nuestra expedición.

Mientras esperamos que lleguen los compañeros, yo efectúo, en compañía del guía Bron, algunas excursiones a los alrededores a fin de tomar algunas vistas fotográficas. Cuando el tiempo es malo, nos dedicamos a preparar los materiales del campamento y a subdividir los víveres para las distintas metas señaladas. Teniendo en cuenta las dificultades que podíamos encontrar por causa de las condiciones atmosféricas adversas, tan características de estas altas zonas cordilleranas, que casi constantemente están veladas por las nubes, limité mi programa a explorar primero el sector montañoso que se extiende a occidente de la península Avellaneda, y luego, los macizos centrales de la Cordillera, desde donde esperábamos alcanzar el fiordo Falcón en los canales patagónicos del Pacífico. El 27 de diciembre llegaron a la estancia "Cristina" el doctor Feruglio y el guía Croux y, terminados los preparativos para el viaje, nos embarcamos, tres días después, en el "César", para dar comienzo a nuestras excursiones.



Brazo norte del lago Argentino y península Herminita



Una ***picada*** *en el bosque*



Lago Argentino. *Seno y glaciar Spegazzini*



Lago Argentino. *Témpano a la deriva*

CAPÍTULO VIII

EN EL SENO SPEGAZZINI

Magnificencia del paisaje andino – Bosques y glaciares – Primeras ascensiones – Vivac bajo la lluvia – Vuelta del buen tiempo – Ascensión al monte Mayo – Grandioso panorama – El regreso al campamento base – Vientos huracanados – Lago y glaciar Onelli – El regreso a la estancia "Cristina"

En la mañana del 30 de diciembre el vaporcito "César", con todos nosotros a bordo, deja la bahía de la estancia "Cristina" y se dirige hacia el seno más occidental del lago, desde donde daremos comienzo a nuestras primeras excursiones de exploración por el interior de aquella zona de la Cordillera.

Enderezamos con rumbo al sur, costeando la península Herminita y, después de doblar su extremidad meridional, cruzamos el brazo central del lago que termina al pie del glaciar Upsala, cuyo frente vemos flotar sobre las aguas. Llegados a la extremidad norte de la península Avellaneda, penetramos en el seno que constituye nuestra meta, obstruido en sus comienzos por algunos islotes.

A medida que adelantamos, van haciéndose más numerosos los hielos flotantes empujados por el viento, lo que vuelve algo peligrosa la navegación. Las montañas son cada vez más elevadas y escarpadas y entre ellas atrae especialmente nuestra admiración el monte Heim, que ostenta en su vertiente suroeste una hermosísima cascada de hielo, cuya lengua baja hacia un valle, deteniéndose festoneada a poca distancia del bosque, donde una faja de rocas oscuras, desnudas de vegetación, indica el reciente retroceso del glaciar.

Doblamos una punta cubierta de bosques y he aquí que descubrimos en toda su grandeza espectacular la parte final del seno, en cuyo fondo campea, como un telón blanco, un majestuoso glaciar, cuyo frente da sobre las aguas del seno. Alrededor de la ensenada se elevan nevados picos entre los cuales domina cerca de nosotros, el Peineta, con su dentellada cúspide de más de 2.000 metros, y el gigantesco monte Heim de 2.450 metros que cierra el fiordo por el norte. Las formidables paredes de esta montaña están revestidas, en su parte más alta, por un cándido manto de hielo, franjeado en sus extremidades y surcado por innumerables arroyitos de aguas

cristalinas, que penetran como hilitos plateados en el manto verdeante de la exuberante floresta virgen, que cubre las bases de la montaña. Las aguas intensamente azules del lago reflejan el arco purísimo del cielo y forman el pedestal de este ciclópeo y policromo monumento de la naturaleza virgen y salvaje.

Tanto al seno como al glaciar y al monte que obstruyen el fondo, yo les di, más tarde, el nombre de Spegazzini, para honrar la memoria del eminente botánico italiano Carlos Spegazzini, que en 1883 participó de la expedición Bove a la Tierra del Fuego y que en sus 47 años de laboriosa actividad pasados en la Argentina logró echar, con sus numerosos estudios y escritos, las bases científicas de la botánica argentina.

Los hielos flotantes se van espesando e, impulsados por el viento, ponen en guardia a nuestro piloto Wildig que, en peligro de ver aplastada por ellos la lancha "César", prefiere efectuar el desembarco a algunos kilómetros del glaciar, frente a un herboso y abrigado rellano del bosque, donde encontraremos un sitio magnífico para acampar. Son las 13:30.

En poco más de media hora, todos nuestros equipajes y víveres son desembarcados en la playa y la lancha reanuda el viaje no sin antes ponernos de acuerdo en que volverá a buscarnos dentro de 10 días. Toda la tarde la dedicamos a preparar el campamento, talando árboles, limpiando el terreno, siempre bajo el asalto y la molestia de un enjambre de tábanos a los que el desacostumbrado calor ha despertado de su letargo, tornándolos voraces y sedientos de sangre. Estos dípteros salen de sus refugios en los días hermosos y tranquilos, ya por desgracia tan escasos, cuando reinan el calor y la calma; pero apenas sopla un poco de viento y hace frío, desaparecen y transcurren semanas y hasta meses enteros sin que vuelvan a dejarse ver.



Témpano en el fiordo Spegazzini

31 de diciembre – Por la mañana llovizna y las montañas aparecen veladas por las nubes, pero a eso del mediodía el cielo se aclara y un sol magnífico inunda de luz aquel rincón silvestre y grandioso de la naturaleza, que nosotros, realmente entusiasmados, no nos cansamos de admirar.

Cuanto de más impresionante y espectacular pueden ofrecer la montaña y el mar, parece aquí concentrado en tan poco espacio; cumbres, glaciares, cascadas, bosques exuberantes, aguas de cobalto, se funden en admirable armonía, vivificados por el aliento misterioso de la soledad y por el arcano que los envuelve.



Ventisquero Spegazzini y monte Peineta

Nuestras carpas se levantan, al abrigo del viento, entre un verdeante manchón de hayas y leña dura (*Maytenus magellanica*) y sobre un denso y mórbido tapiz de murtilla (*Pernettya mucronata*), a corta distancia de la playa. El guía Croux, que hace de cocinero, ha preparado ya la cocina, puesto en orden los utensilios y los víveres, y ha colocado la mesa y los asientos para las comidas. Gozamos de una hermosa vista del lago y, si no fuese por los hielos que flotan sobre las aguas y desfilan como blancos veleros, podríamos pensar que nos encontramos en las amenas orillas de alguno de nuestros pintorescos lagos alpinos.

1 de enero de 1931– Amanece una mañana límpida, llena de sol, que despierta en nosotros ansias febriles de trepar hacia lo alto y de contemplar y conocer todo ese mundo de rocas y de glaciares que nos rodea. Mientras el doctor Feruglio y el guía Croux salen para una excursión geológica hacia la costa occidental, yo, acompañado por el guía Bron, me dirijo hacia una montaña que se yergue al sureste del seno. Subimos las pendientes cubiertas de hayas, magnolias (*Drymis winteri*) y tupidas malezas de calafates (*Berberis*), entre las cuales brillan graciosos claros cubiertos por altos y verdeantes pastos. De vez en cuando cruzan nuestro camino algunos senderos abiertos por los ciervos (huemules) que aquí son aún numerosos y de los cuales encontramos algunas huellas recientes. El huemul (*Hippocamelus bisulcus*) es el más hermoso y simpático de los pocos mamíferos que viven en la Cordillera Patagónica, pero que está ahora próximo a extin-

guirse por la caza despiadada que de él se ha hecho. Vive únicamente en las regiones elevadas de la Cordillera, preferentemente en los lugares más apartados y solitarios de los altiplanos y de los valles andinos, donde abundan las hierbas tiernas y frescas, regadas por las aguas cristalinas de las nieves. Es un animal fuerte y ágil, de costumbres pacíficas, muy parecido al ciervo europeo, a excepción de los cuernos, que son más pequeños y tienen dos ramificaciones.



Nuestro campamento a orillas del lago

Algunos años atrás eran muy numerosos y se los veía reunidos en grandes rebaños, pero debido a su mansedumbre y a la confianza con que permitían acercarse a ellos, se convirtieron en blanco fácil de los peones, que los mataban de puro gusto para dar la carne a los perros.

Hacia los mil metros de altura, la vegetación se va volviendo raquítica, arrastrándose por el suelo, con las características hayas enanas (*Nothofagus pumilio*), que forman verdaderos laberintos vegetales, difíciles de atravesar, hasta que desaparece al llegar a los 1.050 ó 1.100 metros.

Caminando siempre en dirección al sur, llegamos, a través de un collado, hasta la cumbre de una montaña que se prolonga en forma de un largo y aplanado espinazo en dirección de oeste a este, cortada por una multitud de surcos en los que se estancan las aguas de numerosos laguitos y crecen diminutos manchones de hayas enanas. Desde un cerro más elevado y prominente podemos divisar, sobre la vertiente opuesta, una parte del brazo del lago que termina al pie del monte Mayo, que es el pico más elevado de esta zona, y se levanta separado y aislado de la alta Cordillera y asoma por un instante la cabeza entre las nubes que lo cubren. También las montañas internas más altas están veladas por las nubes y sólo se divisan los grandes glaciares que se precipitan en cascadas de *seracs* sobre las paredes.

Proseguimos nuestro camino hacia el oeste, siguiendo la cresta del monte con el fin de acercarnos lo más que podamos al glaciar Spegazzini, del cual consigo tomar, en las primeras horas de la tarde, algunas interesantes fotografías. Bajamos luego al seno, entre resquebrajamientos y despeñaderos obstruidos por una serie de rocas aborregadas y por las barricadas de troncos de hayas caídas de puro viejas o derribadas por los aludes. Llegamos al campamento al anochecer, cuando comenzaba a soplar un fuerte viento del sur. El barómetro va subiendo sensiblemente.

Lago argentino. Monte Heim (2.450 m)



Deposé

Fot. A. M. De Agostini

2 de enero – Tiempo espléndido, montes despejados. Solamente hacia el norte se divisan algunas nubes sobre las cumbres más elevadas, pero no nos causan preocupación. No hay duda de que las condiciones atmosféricas van mejorando y parecen anunciar algunos días de buen tiempo. También el viento va calmándose gradualmente. Decidimos salir al día siguiente hacia el interior de la Cordillera. Para no perder un tiempo tan precioso en la búsqueda del camino, Croux se adelanta para explorar el tramo de costa por donde deberemos pasar, abriendo con el hacha un sendero a través de la tupida y espinosa barrera de los calafates y tratando de evitar, en la costa abrupta, los pasos más largos y difíciles.

Por la tarde aprovecho la excepcional luminosidad y tersura del cielo para tomar algunas vistas panorámicas del seno y de los montes y glaciares circundantes.

El sol desaparece entre una suavísima y transparente gama de colores que imprimen al paisaje silvestre el aspecto más atrayente de su imponente grandiosidad. Al caer las sombras, a la entrada del seno se asoma el disco luminoso de la luna, que irradia sus efluvios plateados sobre el grandioso cuadro de la naturaleza, sumergida ahora en el silencio y en la quietud más profundos.

Sólo a intervalos llega hasta nosotros, con ritmo ya creciente, ya apagado, el canto melodioso y tenue de las innumerables cascadas y torrentes, que bajan de los glaciares en la vertiente opuesta del seno y se precipitan por las gargantas de las montañas.

3 de enero – A las 4 suena el despertador, a las 5 partimos. Llevamos con nosotros, además de los equipos habituales para trepar las montañas, las máquinas fotográficas, el saco de pelo, y víveres para 4 días. Estamos decididos a penetrar lo más que podamos en el interior inexplorado de la Cordillera y a escalar alguna cumbre de importancia, para conseguir mayor campo de visión. Vamos orillando la costa del seno, llevando cada uno nuestro pesado fardo por el borde rocoso y abrupto del lago o en el corazón de la floresta y comprobamos con cuánta oportunidad el guía Croux ha abierto el camino a través de la tupida barrera vegetal, que, de no ser así, nos hubiera ocasionado mucho trabajo y gran pérdida de tiempo. Pasado el primer valle, abandonamos la costa y trepamos las faldas del cordón montañoso que rodea la ensenada hacia el sur entre matorrales de hayas y desnudas peñas rocallosas. En otras 3 horas dejamos atrás la empinada cuesta y alcanzamos la margen de una primera plataforma rocosa, desde donde gozamos con una soberbia visión de toda la ensenada Spegazzini y de los glaciares que a ella descienden.

El monte sobre el cual nos hallamos señala el comienzo de un largo y articulado contrafuerte que, bajo el nombre de península Avellaneda, se desprende de la Cordillera y penetra en la gran depresión lacustre, limitada al sur por la ensenada Mayo y al norte por la ensenada Spegazzini. La cima casi llana y los flancos conservan en toda su integridad y esplendor un magnífico paisaje de erosión glacial, modelado por la acción del gran manto de hielo que cubría anteriormente el alto relieve andino y descendía con toda su potencia en los valles de la periferia, en numerosos lóbulos, que ahora ocupan las diversas ensenadas del lago. Las rocas formadas por durísimos esquistos arcillosos, que en su mayor parte constituyen estas montañas, han sido admirablemente corroídas y pulidas, y presentan numerosas cuencas lacustres, largas cuestas redondeadas y profundas hondonadas que aquí y allá, en los lugares resguardados del viento, se revisten de una tupida y enmarañada vegetación de hayas enanas.

Continuamos ascendiendo hacia el oeste sobre ondulaciones morrénicas salpicadas de laguitos y matorrales achaparrados de hayas, entre los que se abren pequeños claros revestidos de verdes pastizales. En uno de estos matorrales, junto a un pequeño torrente de aguas cristalinas, establecemos un vivac para la noche. Nos encontramos a unos mil metros y algo más arriba comienzan las primeras manchas de nieve. Son apenas las 2 de la tarde y después de un breve almuerzo, dejamos los víveres y los equipos y subimos todavía algunos centenares de metros hasta alcanzar la cúspide de una cresta rocallosa desde donde podemos otear mejor el interior de las montañas y glaciares que descienden hacia la ensenada. Nuestra excursión fue coronada con un éxito insospechado, pues descubrimos que nos era posible efectuar en el día la ascensión a la cumbre del monte Mayo, que se erguía imponente en la margen meridional de un vasto glaciar de superficie inclinada y resquebrajada.



El guía Croux fungiendo de cocinero

Regresamos a nuestro vivac con las más placenteras esperanzas para el día siguiente, pero ya a la puesta del sol, el cielo, antes sereno, se cubre con una densa capa de vapores que avanzan rápidamente desde el norte; poco después empieza a llover. Lisonjeados por el promisor aspecto del tiempo y por la presión barométrica muy elevada, no habíamos traído ninguna carpa, mas ¿quién puede hacer previsiones seguras sobre el tiempo en estas regiones tan repentinamente sujetas a perturbaciones atmosféricas?

Procuramos suplir esta omisión construyendo dos pequeñas chozas al estilo indígena, con un techo formado por una gruesa capa de ramas de haya, y allí abajo, acurrucados en dos grupos, tratamos de pasar la noche. Pero para disgusto nuestro la lluvia continúa cayendo ininterrumpidamente hasta la mañana. En poco tiempo el techo improvisado se llena de agua, y de las hojas desbordan sobre nosotros copiosas duchas. También el suelo está inundado y uno que otro arroyuelo se filtra taimadamente entre las cobijas, llegando con ingrata sorpresa a mojar nuestros cuerpos.

4 de enero – Con las primeras luces del alba salimos de nuestras chozas y encendemos, para defendernos del frío y secar nuestras ropas, una gran hoguera con troncos secos del bosque que por todas partes cubren el suelo. Así pasamos todo el día junto al fuego sin que la lluvia cese de caer. Esperamos hasta el día siguiente. El doctor Feruglio y yo abandonamos la poco abrigada choza de ramas de haya y buscamos resguardo durante la noche bajo la saliente de



El lago Onelli lleno de témpanos que se desprenden del glaciar homónimo

una roca, donde el guía Croux ha trabajado pacientemente para prepararnos un refugio más confortable*. Cuando me despierto, algo después de medianoche, la lluvia ha cesado, y el disco plateado de la luna llena asoma a intervalos entre las nubes, inundándonos de blanca luz. Siento que renacen mis ya casi perdidas esperanzas de próximo buen tiempo, y con esta agradable perspectiva paso lo que falta de la noche, pero cuando me levanto alrededor de las 5, una espesa neblina envuelve completamente el horizonte. Sin embargo, fue pasajera. Al aparecer los primeros rayos del sol, las nubes desaparecen, como por encanto, dejando enteramente descubierta la bóveda del cielo. Ya no hay lugar a dudas: tendremos uno de esos raros días serenos, que suelen seguir a los aguaceros, mientras el barómetro se mantiene elevado y reina una calma completa.

A las 6 de las mañana dejamos nuestro vivac reanimados con la alegría de aquellos primeros rayos solares que se abren paso entre las pocas nubes estancadas en el valle, mientras las cimas de coral hienden con cristalina limpidez el azul purísimo del cielo. En una hora logramos la cumbre del contrafuerte, que ya habíamos visitado la víspera, y, después de pasar por algunas ondulaciones morrénicas, habiendo ya alcanzado los 1.200 metros de altura, llegamos al glaciar, en cuya extremidad sur domina majestuoso y solitario, en forma de pirámide, el monte Mayo. Tres horas empleamos para cruzar la extensa pendiente de hielo que mide unos 9 kilómetros, resquebrajada al principio,

*Cabe recordar aquí que De Agostini, para enero de 1931, contaba ya 48 años de edad (N. del E.).



mas luego lisa, y en seguida, a los 1.700 metros de altura iniciamos la subida por la empinada ladera del monte Mayo, formada de negros esquistos pizarreños, que en esa primera parte forman un manto pedregoso suelto y desmoronadizo, muy molesto y fatigoso para la ascensión.

Dejando atrás la escarpada pared, alcanzamos la cresta norte del monte, tallada a pique sobre un profundo valle, donde está suspendido verticalmente un glaciar que baja desde la cúspide, partido en muchas partes por colosales hendiduras. Seguimos el camino a lo largo de la cresta, que se hace cada vez más delgada y que parece llevarnos seguramente hasta la cima entre dos espantosos precipicios. El guía Croux, que marcha a la cabeza de la caravana, atado a la cuerda que nos une, avanza sin vacilaciones y, después de pasar con precaución algunas planchas de hielo revestidas de nieve fresca, a las 13:15 llegamos al vértice de una cúpula de hielo y nieve en forma de cúspide.

Un panorama soberbio e indescriptible, tanto por la profunda extensión del horizonte como por la sublime grandeza de aquellos centenares de cumbres y de glaciares que fulguran bajo los tersos rayos del sol, se presenta ante nuestras miradas –las primeras humanas que contemplan esas misteriosas soledades de hielo–, mientras nos estremecemos de alegría y quedamos atónitos por el recogimiento. La particular situación de esta montaña, que se levanta en la margen oriental de la cordillera en forma aislada y dominadora, hace que desde su cúspide, de 2.380 metros de altura, se pueda divisar un horizonte extensísimo, tanto en la zona interior como en la zona exterior preandina. Hacia el sur se desploma a pique por más de dos mil metros sobre las aguas de



Árboles seculares en los cañadones al abrigo del viento

la ensenada Mayo, y, contemplada desde ese lado, presenta la forma de un cuerno, ligeramente doblado hacia el sur.

Su nombre actual le fue puesto por el perito argentino Francisco Moreno, quien la observó en 1877 desde Punta Bandera, llamándole la atención la forma angosta y retorcida de su cúspide, cuya altura sobrepujaba a todas las montañas vecinas. Justamente debido a su elevación y visibilidad desde la región preandina oriental, el monte Mayo fue elegido como punto de referencia para establecer sobre él mismo la línea limítrofe entre Argentina y Chile*.

Dos horas permanecimos sobre la cumbre gozando de una calma perfecta, que nos permitió dedicarnos con tranquilidad a nuestros trabajos. No soplaba la menor brisa y el termómetro marcaba al sol un grado y medio sobre cero.

Mientras los guías levantan sobre el borde norte de la cúspide un montón de piedras, donde se halla una pared rocosa, el doctor Feruglio se dedica a efectuar triangulaciones con la brújula y observaciones sobre los glaciares, al tiempo que yo obtengo un panorama fotográfico de todo el vasto horizonte.

La mirada trata de atravesar ávidamente a través de esa inmensa extensión de nieve, glaciares y cordilleras, realzadas aún más por la fulgurante luz del sol y la cristalina transparencia de la atmósfera, ansiosa de escudriñar sus secretos.

Cerca de nosotros domina al este la península Avellaneda, que penetra en el lago Argentino como un gigantesco y aserrado baluarte montañoso, limitada al sur por la ensenada Mayo, cuyas azuladas aguas vemos penetrar hasta nuestros pies, y al norte, por la punta septentrional del lago, que lame el frente del glaciar Upsala. La inmensa superficie ondulada de este glaciar se dilata por el norte hasta donde se pierde la vista entre blancas cadenas de montañas, donde domina, a una distancia de más de 100 kilómetros, la torre rojiza y majestuosa del Fitz Roy.

*Como se ha dicho, el monte Mayo tiene aproximadamente 2.380 metros de altura, y se encuentra en territorio argentino próximo al límite internacional acordado en 1998 (N. del E.).



El monte Peineta y el cordón Malaspina vistos desde la cumbre del monte Mayo

Hacia el noroeste, más allá de la planicie de hielo y nieve que acabamos de cruzar, se eleva la zona central de la Cordillera, formada por un complejo sistema de montes, glaciares y vastos campos de nieve, cuya configuración constituye el objeto de nuestras observaciones y estudios. Los montes Spegazzini y Peineta (2.450 metros), que ahora se han vuelto muy bajos, ocupan los dos extremos de un vasto círculo de montañas, que encierra una cuenca glaciar de donde brota una de las principales corrientes de hielo, tributaria del glaciar Spegazzini. Al oeste de este grupo montañoso, que se alza en forma de anfiteatro, se distingue una última cadena de montañas enteramente cubiertas de nieve y hielo cuya vertiente oriental baja hacia el Pacífico. Esta elevada cadena, denominada por nosotros Malaspina[1], está cortada por algunos boquetes, alcanzando su mayor altura (de aproximadamente 3.000 metros) en un macizo que se encuentra en el extremo norte. Entre esta cadena y el círculo de montes Spegazzini y Peineta, se prolonga en semicírculo una vasta cuenca glacial, donde nace la corriente principal de hielo que baja a la ensenada Spegazzini.

Al sur del monte Mayo y del cordón Malaspina, la Cordillera queda interrumpida por un profundo y estrecho valle que representa la continuación occidental de la ensenada Mayo. En la margen oriental de esta depresión se encuentran dos pequeñas cuencas lacustres sobre las que mojan sus frentes algunos pequeños glaciares*. Más hacia el interior, la depresión se acentúa en forma de un collado glacial que no alcanzamos a ver enteramente, porque lo oculta una capa de nubes estancadas. La distancia entre estos pequeños lagos y los canales del Pacífico debe ser muy corta.

[1] En memoria del ilustre almirante italiano Alejandro Malaspina, que exploró las costas patagónicas en 1789 (Cfr. Reseña Histórica al final de este libro).

*Referencia a la laguna Escondida, accidente altoandino que De Agostini fue el primero en registrar para el conocimiento geográfico (N. del E.).

Al sur de este collado la Cordillera vuelve a elevarse con un monte imponente, de tal vez 3.000 metros, revestido de hielo hasta la cumbre, y que surge aislado al margen de los canales patagónicos. Lo denominamos Aguilera en homenaje al primer obispo salesiano chileno de Magallanes, que tanto hizo para el progreso espiritual y cultural de aquel lejano territorio. Por las paredes escarpadas de los montes que están frente a nosotros, donde la Cordillera se vuelve otra vez compacta y elevada, bajan al valle dos glaciares entrecortados por profundas hendiduras, cuyos frentes aparecen ennegrecidos por detritos morrénicos flotantes.



Cruzando el glaciar antes de trepar el monte Mayo

Al sur de esta depresión el relieve andino se presenta como una vastísima altiplanicie helada de 2.000 metros de altura, donde faltan absolutamente las cimas agudas y se descubren solamente lomos redondeados y algunas crestas rocallosas. Desde esta extensa altiplanicie de hielo descienden hacia el brazo sur del lago Argentino algunos glaciares encajonados entre cadenas de montañas. Uno de los montes sobresalientes de este trecho cordillerano fue denominado Pietrobelli, en memoria del fundador de Comodoro Rivadavia.

Después de haber ultimado nuestros trabajos y observaciones, a las 15:10 iniciamos el descenso. El cruce de hielo fue algo más fatigoso pues la nieve se había ablandado bajo los rayos del sol, y a las 19:45 llegamos cansados y satisfechos a nuestro vivac.

A la mañana siguiente volvimos hasta el borde del glaciar, donde el doctor Feruglio completó los relevamientos del mismo y yo tomé algunas fotografías panorámicas. A las 11 estábamos nuevamente en el vivac, y a las 13 bajamos hasta nuestro campamento base, mientras las montañas se cubrían de nubes y empezaba a soplar el viento.

Cuando llegamos al campamento, ya al anochecer, una oveja que habíamos dejado atada en un pastizal cercano se asustó al vernos aparecer, y rompiendo la soga escapó al bosque, sin que nos fuera ya posible dar con ella.

7 de enero – El barómetro ha bajado sensiblemente, indicio seguro de que el tiempo empeorará. Cielo nublado y calma perfecta. El calor de los días precedentes ha resquebrajado aun más la parte terminal del ventisquero, y desde su frente se han despegado numerosos témpanos que ahora llenan la bahía. Al atardecer empieza a soplar un fuerte viento del suroeste, cuya intensidad aumenta durante la noche.

8 de enero – El doctor Feruglio sale muy temprano con el guía Croux hacia el glaciar Spegazzini con la intención de cruzarlo y llegar hasta las bases del monte Peineta, cuya constitución desea conocer. El viento continúa soplando con fuerza. Los hielos flotantes que obstruían literalmente la bahía han desaparecido, arrastrados a la deriva por el viento, que ahora levanta furiosamente las olas con sordo fragor.

9 de enero – El viento ha soplado durante la noche con mucha vehemencia, acompañado por breves momentos de lluvia, y sigue a la mañana con la misma intensidad. La tormenta envuelve todas las cumbres. Por el cielo pasan velozmente densos nubarrones dejando ver a intervalos algunos jirones de un purísimo cielo azul. De vez en cuando se desatan en lo alto de las montañas ráfagas de viento tan violentas que pulverizan las aguas de la bahía y forman remolinos que rebotan a lo largo de la misma. Cuando las ráfagas de viento llegan hasta nosotros, las copas de los árboles se doblan y se inclinan con gran fragor, como oprimidas por un enorme peso. Poco después de mediodía vuelven los compañeros. No han podido cruzar el glaciar porque el fuerte viento hacía muy peligrosa la travesía de los colosales *seracs*, pero con todo, han recogido un buen material litológico y también hallaron algunos fósiles en las duras capas pizarreñas que bordean, a mano derecha, la vasta lengua de hielo.



Sobre la cumbre del monte Mayo

Los diez días fijados a la lancha para que vuelva a buscarnos han transcurrido ya, y a la espera de que llegue esta tarde, preparamos los equipajes para podernos embarcar sin tardanza. Al caer el sol el viento disminuye en intensidad, sobreviniendo al anochecer una calma perfecta.

De pronto, un agudo silbido resuena a lo lejos y poco después, por detrás de una punta rocallosa, asoma la "César" que había dejado la estancia "Cristina" apenas unas horas antes, cuando el viento comenzó a amainar. Muy pronto todos los equipajes se encuentran a bordo, pero como ya la noche estaba avanzada, la "César" ancla en la bahía más segura al pie del monte Heim.



Montañas y glaciares inexplorados vistos desde la cumbre del monte Mayo

A la mañana, no bien aclara, salimos de nuestro refugio y dirigimos la proa hacia otra ensenada más al norte, separada de la ensenada Spegazzini por las estribaciones orientales del monte Heim. Hemos decidido pasar algunos días en esta otra vertiente de la Cordillera para estudiar la configuración de algunos glaciares que por allí descienden, e intentar alguna ascensión a las montañas vecinas.

A las 11 llegamos al interior de la ensenada y desembarcamos con todos nuestros equipos en una atrayente playa embellecida por la verde vegetación de las hayas, estableciendo en su ribera nuestro campamento. La "César" zarpa poco después; volverá a buscarnos dentro de una semana. Por la tarde efectuamos una excursión por el interior del bosque, y después de unos veinte minutos nos hallamos frente a un hermoso laguito de excavación glaciar, casi repleto de hielos flotantes, cuyo cauce señala la continuación del brazo del lago. La barrera que separa el lago de esta pequeña cuenca lacustre, de casi 2 kilómetros de largo, está formada por depósitos morrénicos y aluviales de pocos metros de altura, entre los cuales sale un torrente glaciar, emisario del lago. Una tupida vegetación de hayas y arbustos, entre los cuales predomina el *Maytenus magellanica*, la golosina de los bovinos, crece sobre estos depósitos morrénicos acumulados por el glaciar que ahora ocupa el fondo del valle.

Este glaciar cuyo frente se derrite sobre las aguas del laguito, está formado por otras dos corrientes de hielo que se alimentan en vastas cuencas encerradas en la alta cordillera inexplorada. En memoria del ingeniero Clemente Onelli, apasionado estudioso de la Cordillera Patagónica



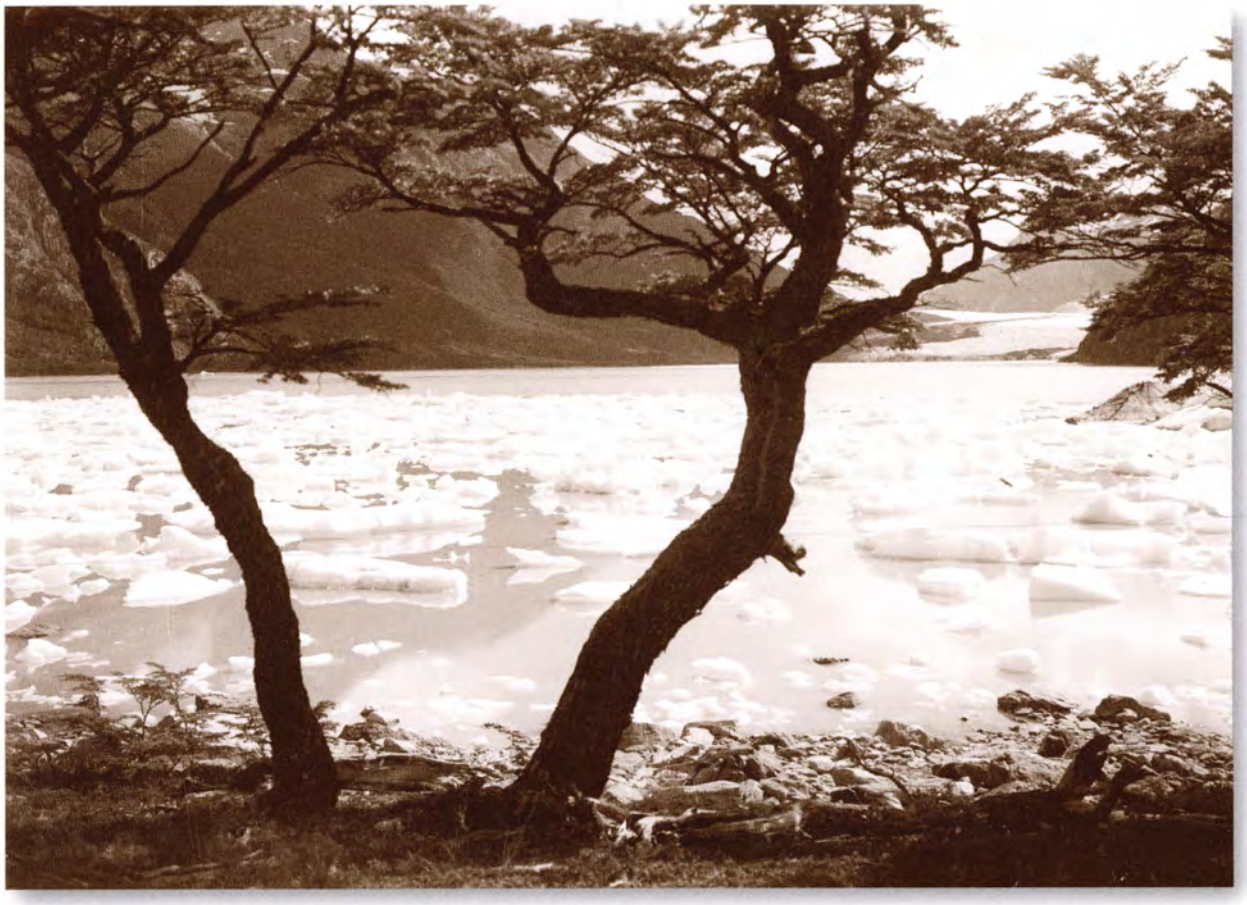
El monte Heim visto desde la bahía Onelli

que visitó y estudió en largos viajes, incorporado a la comisión de límites, se le dio su nombre tanto al laguito como al glaciar y al monte.

En el lado austral del lago Onelli baja un glaciar originado en una amplia cavidad socavada en la ladera noreste del monte Heim; un torrente sale del glaciar y se precipita en fragorosa cascada entre escarpadas paredes, desnudadas por la acción del glaciar, el cual señala una reciente fase de retirada. Al norte del lago los declives de los montes son más suaves y se prolongan por algunas decenas de kilómetros formando planicies y ondulaciones, en parte morrénicas, revestidas de tupidos bosques de hayas.

Desgraciadamente las condiciones atmosféricas nos fueron adversas durante los seis días que permanecimos en esta ensenada. El viento y la lluvia se sucedieron sin interrupción, impidiéndonos efectuar las proyectadas excursiones al interior de la Cordillera y de los glaciares. A pesar de todo, atravesamos el valle en todas direcciones y tanto de él como de los glaciares limítrofes pudimos ejecutar un ligero levantamiento topográfico. El doctor Feruglio y el guía Croux realizaron también una excursión algo más profunda, remontando la margen occidental del glaciar Onelli, y recogieron un buen acopio de observaciones geológicas y morfológicas, cumpliendo a la vez un relevamiento expeditivo de la parte terminal del glaciar.

17 de enero – Poco después del mediodía, llegó la "César" para embarcarnos y llevarnos a la estancia "Cristina", donde llegamos el 19, cerrando así felizmente y con satisfactorios resultados la primera parte del programa de estudios y de exploración que nos habíamos fijado.



Lago Onelli

CAPÍTULO IX

PRIMERA TRAVESÍA DE LA CORDILLERA PATAGÓNICA AUSTRAL

Al margen de la Cordillera – Entre los seracs del glaciar Upsala – Campamento al pie del cerro Cono – Diez días bajo la tormenta – Noche de luna llena – La travesía – Descubrimiento del altiplano Italia – En la cúspide del monte Turín – La meta lograda – En las bases del cerro Murallón – Regreso

No bien regresamos a la estancia "Cristina", empezamos los preparativos para el viaje de exploración a los macizos centrales y para la travesía de la Cordillera hasta el fiordo Falcón.

El tiempo se había estabilizado bastante y en esos primeros días efectué con los guías una gira hasta el glaciar Upsala, con el objeto de buscar el punto más fácil para atravesarlo y elegir el lugar del campamento base, desde donde emprender nuestras excursiones hacia el interior.

El glaciar Upsala dista unos 10 kilómetros de la "Cristina", y se puede llegar a él muy fácilmente, remontando la ladera occidental del valle, casi siempre a través del bosque, donde el continuo tránsito de ovejas y caballos ha abierto numerosos senderos.

En tiempos no muy lejanos, cuando tenía mayores dimensiones, el glaciar Upsala debió descender hasta este valle, como lo demuestran las rocas aborregadas, las laderas redondeadas y pulimentadas, los depósitos glaciales y la gran cantidad de cuencas lacustres bien conservadas, la mayor de la cuales, la Pearson o Anita, se encuentra cavada entre las estribaciones meridionales del monte Norte, bellísimo picacho porfírico de 2.950 metros, que domina el fondo del valle. Desde el lago Pearson sale un gran torrente, que recorre el valle y desemboca en la extremidad del lago, junto a la estancia.

La prominencia rocosa que separa el valle del glaciar Upsala, adelantándose por largo trecho en el lago con el nombre de península Herminita, está formada en gran parte de pizarras arcillosas levemente metamorfoseadas, en las que se encuentran gran cantidad de amonites y belemnites, que pertenecen a sedimentos marinos del Jurásico Superior y Cretácico Inferior.

El camino a lo largo del valle se desarrolla entre continuas formaciones morrénicas revestidas de boscajes, hasta que, más arriba, concluye la vegetación y empieza la zona de los detritos y de las rocas roídas y estriadas, abandonadas, hace poco, por el glaciar.

Desde lo alto de este cordón morrénico, el glaciar se nos presenta en toda su majestuosa extensión, como una inmensa llanura de hielo, limitada hacia el oeste por una elevada cadena de montes nevados entre los cuales destacan el Cono y el Murallón.



Frente del glaciar Upsala

La enorme capa de material detrítico allí acumulada, sin el menor rastro de vegetación, y que en pronunciada pendiente se levanta por más de cien metros sobre el glaciar, indica claramente el rápido retroceso de este, acentuado notablemente en estos últimos años.

El glaciar Upsala es el mayor de los que hay del lado oriental de la Cordillera Patagónica.

Su longitud desde el lago, en que extiende su frente, hasta la cuenca de origen, es de unos 30 kilómetros y su ancho, de 9 a 12 kilómetros. A ambos lados numerosas corrientes de hielo alimentan este gran río de hielo, siendo las mayores las que descienden del cordón central de la Cordillera. Hace poco tiempo debió ser mucho más elevado y amplio, como lo demuestran claramente las morrenas recién abandonadas que se levantan en sus márgenes a alturas variables entre los 100 y 140 metros.



El valle, al final del lago Argentino, donde se asienta la estancia "Cristina"

Un problema que nos preocupaba era el transporte de víveres y de los equipos a través del glaciar para poder llegar a la margen opuesta donde se encuentra la



Los montes Norte y Moyano vistos desde la margen izquierda del glaciar Upsala

cadena central, en la cual teníamos la intención de establecer un segundo campamento, antes de intentar la travesía definitiva de la Cordillera hasta el fiordo Falcón.

Después de haber efectuado una corta exploración por el interior del glaciar, nos convencimos de que no era posible usar el trineo que llevábamos para el transporte de los equipos, porque tras un corto trecho, el glaciar se convertía en un verdadero mar de crestas; era menester, pues, transportarlo todo a hombro.

La búsqueda de un lugar apto para establecer el campamento base, a la orilla de ese mar de hielo, donde el viento, libre de obstáculos, llega con todo el ímpetu desde la cadena central, no fue tan fácil como creíamos; pero por fin y tras mucho buscar, hallamos en una pequeña depresión morrénica cubierta de pasto, a 774 metros de altura sobre el nivel del mar, un lugar discretamente abrigado y próximo a algunos matorrales de hayas enanas que podían proporcionarnos el combustible necesario.

De regreso a la "Cristina", aclaradas las dificultades de movilidad para el cruce del glaciar y establecido el lugar del campamento, empezamos al día siguiente el transporte de los equipos y de los víveres con caballos avezados a la montaña.



Entre las pirámides de hielo del glaciar Upsala

La noche del 23 habíamos concluido de transportar los equipos y víveres al campamento base; nos faltaba ahora estudiar el camino más fácil para cruzar el glaciar y determinar luego el lugar de nuestro segundo campamento al interior de la Cordillera, donde, a causa de las habituales condiciones atmosféricas adversas, era prudente prever una permanencia de por lo menos una semana, antes de conseguir nuestro propósito. Por lo tanto, resolví efectuar con los guías un primer cruce del glaciar para explorar el camino y elegir el sitio del campamento en la base del monte Cono, pico cuneiforme que se levanta en la cabecera de un contrafuerte de la alta cordillera y forma la vertiente divisoria de las aguas de dos valles tributarios del glaciar Upsala.

24 de enero – Por la mañana temprano inicio con los guías la travesía del Upsala. El tiempo, que en la noche anterior era amenazador, se ha vuelto espléndido; reina la calma y las cadenas interiores se despojan lentamente de las nubes. Caminamos rápidamente sobre el hielo, cuya superficie se presenta levemente ondulada, con amplios surcos por donde corren algunos torrentes glaciales.

Después de un recorrido de unos cuatro kilómetros, el glaciar se contrae repentinamente y forma una barrera de *seracs* colosales de 20 a 30 metros de alto, separados por profundas hendiduras.

La primera parte del glaciar que acabamos de cruzar es llana y casi inmóvil, porque se encajona y concluye como en uñas sobre las morrenas de la península Herminita; aquí, en cambio, la gran extensión de hielo se nos presenta terriblemente revuelta y resquebrajada, porque su frente, cortada a pique sobre las aguas del lago, avanza a mayor velocidad bajo la presión de las masas que la forman y que descienden desde lo alto. A poco de pasada la mitad del glaciar, cruzamos una morrena flotante, que se origina en el monte Murallón, compuesta en su mayor parte de rocas graníticas y dioríticas que señalan claramente la constitución de esa montaña. Alcanzamos por fin el borde occidental del glaciar surcado por otra morrena, que desciende desde el monte Cono e indica la confluencia del Upsala



Travesía del ventisquero Upsala llevando víveres y equipos



Itinerario seguido en la primera travesía de la Cordillera desde el glaciar Upsala hasta el fiordo Falcón

con una corriente de hielo tributaria, de unos 3 a 4 kilómetros de ancho y casi 10 de profundidad, que desborda por el interior inexplorado de la Cordillera a la que denominamos Bertacchi.

En el lugar por donde nosotros cruzamos, el glaciar Upsala mide casi nueve kilómetros.

Llegados a la base del monte Cono, subimos en una hora una pronunciada pendiente morrénica, formada por grandes piedras granodioríticas y varias rocas esquistoso-cristalinas, abandonadas en tres fases sobre las laderas meridionales del monte Cono, cuando el glaciar Bertacchi tenía mayores dimensiones.

Una vez en la cumbre de esta escombrera (940 metros), se nos presenta inesperadamente un ameno rellano herboso, encerrado entre las hondonadas morrénicas, regado por unas fuentes cristalinas, junto a las cuales está comiendo tranquilamente una pareja de avutardas con sus polluelos, que huyen asustados al vernos aparecer. Un poco más arriba se alinean algunos matorrales de hayas enanas, secas en gran parte, las cuales nos proporcionan excelente combustible, ahorrándonos el transporte de la cocina Primus y del petróleo.

Es un pequeño oasis verde y florecido entre la desolación de los glaciares y de las rocas, y un espléndido lugar para establecer nuestro campamento. Subimos todavía algunos centenares de metros por las laderas orientales del Cono y desde esas elevaciones podemos admirar en toda su

magnificencia la inmensa extensión del glaciar Upsala y las cadenas preandinas limítrofes del lago Argentino.

Cuando, a eso de las 6 de la tarde, regresamos a nuestro campamento, encontramos al doctor Feruglio que en aquel intervalo había podido efectuar algunas excursiones geológicas por los alrededores de la estancia "Cristina" y una ascensión al monte Cuchillo (1.941 metros), recogiendo importante material paleontológico.



Una hermosa flor (Chiliotrichum amelloides) que crece lozana en el limo glacial, cerca de los hielos

25 de enero – Esta mañana los guías han salido hacia el monte Cono cargados con vituallas para unos 10 días. Les resultó pesado el atravesar durante 6 horas con 35 kilos sobre los hombros, las barricadas de *seracs* en un continuo subir y bajar, agravado con el cruce del fastidioso amontonamiento morrénico del monte Cono, pero lo realizaron sin mayor esfuerzo, demostrando una resistencia poco común y suma habilidad para superar estas inmensas barreras de hielo. También hoy el tiempo continúa sereno y calmo, y ya va una semana en que las condiciones atmosféricas se mantienen excelentes; es una lástima que todavía no nos encontremos acampados en el interior para poderlas aprovechar en las proyectadas excursiones, ya que naturalmente es lógico suponer que después del buen tiempo vendrá el malo, y como suele acontecer en estas regiones, este será más largo.



Subiendo la cuenca terminal del glaciar Bertacchi

26 de enero – Muy de madrugada nos preparamos para abandonar definitivamente el campamento base y transportar lo más indispensable hasta el monte Cono, donde estableceremos nuestro segundo campamento. Llevamos dos pequeñas carpas que pesan 15 kilos cada una, el saco de dormir, unas pocas ropas, las máquinas fotográficas y algunos instrumentos meteorológicos.

Poco antes de la partida llega al campamento Alberto Masters, quien desea acompañarnos un breve trecho y nos deja luego, augurándonos éxito en nuestra empresa.



Travesía del altiplano Italia. *La cándida cadena del monte Roma se levanta imponente hacia el sur*

Cada uno lleva su carga al hombro: el doctor Feruglio y yo, de 15 a 20 kilos; los guías, de 30 a 35. A pesar de que la carga que llevamos no es liviana, caminamos expeditamente, cruzando en una hora y media la primera parte del glaciar, que no ofrece mayores dificultades; pero en cuanto llegamos a los *seracs* de la zona central, nuestra marcha se hace más lenta y fatigosa. Sumergidos en ese horrendo caos de hielo, debemos avanzar cuidadosamente, ya sobre el vértice de afiladas crestas, ya escalones, ya descendiendo a simas profundas, de las que no podemos salir sino rozando por las lisas y frías paredes, siempre bajo nuestra pesada carga. Durante dos horas caminamos lentamente por ese fantástico laberinto de pirámides de hielo, que ponen a dura prueba la elasticidad y firmeza de nuestras piernas, hasta que por fin alcanzamos la morrena.

Ya desde la mañana, al partir, el cielo se había encapotado; pero, por suerte, reina ahora una calma perfecta, ya que de otro modo, con las ráfagas del viento no podríamos mantenernos en equilibrio sobre las delgadas crestas de hielo puro. En las primeras horas de la tarde alcanzamos la cumbre de las morrenas adosadas a la falda oriental del Cono, en el lugar establecido para nuestro campamento.

27 de enero – Hemos levantado nuestras tiendas en un rellano herboso, al abrigo de una muralla de grandes cantos que forma el borde superior de una antigua morrena. Croux ha encontrado ya entre estos peñascos un rinconcito al abrigo del viento donde encender el fuego, cocinar y alojarnos también nosotros para comer. En las excursiones de exploración que realizamos por los alrededores, nos ha sorprendido la presencia de algunos arbustos, entre los que notamos la bella flor compuesta *Chiliotrichum amelloides*, formada por una constelación de graciosas y minúsculas margaritas blancas; los *Berberis*, la murtilla (*Pernettya mucronata*), una ericácea de



Ventisquero Bertacchi y monte Roma (3.000 m).
Al borde de la morrena (lado derecho) se divisan nuestras dos pequeñas carpas

hojas espinosas y de bayas rojas, dulzonas, y otras flores delicadas que contrastan con la desolación del paisaje.

Los hermosos días anteriores, tan tranquilos y serenos, han desparecido. El cielo se ha vuelto plomizo y cargado de nubarrones que velan completamente las montañas. El viento ha despertado de su breve letargo y nos hace oír sus terribles silbidos y aullidos que llegan a nosotros acompañados de violentísimas ráfagas. No nos queda más remedio que ponerle al mal tiempo buena cara y esperar pacientemente.

28 de enero al 4 de febrero – El viento y la lluvia se suceden con verdadera terquedad de día y de noche y con increíble constancia; sin embargo, con todo, no me impiden efectuar algunas excursiones por los alrededores, ni al doctor Feruglio dedicarse apasionadamente a sus investigaciones geológicas, ya en las laderas del monte Cono, ya en las morrenas vecinas.

A nuestro alrededor no alcanzamos a vislumbrar más que la extensión del glaciar, gris y monótona, que resulta aun más siniestra y lúgubre por las nubes que cubren constantemente el cielo y las montañas. El tiempo no ofrece ningún indicio de mejorar, y los víveres, que disminuyen sensiblemente, constituyen una alarmante preocupación. Por eso, ante la casi seguridad de



tener que esperar aún un largo período, y aprovechando que el viento y la lluvia calman un tanto, la tarde del 31 los guías se dirigen al campamento base, regresando al día siguiente con provisiones para 8 días más. Mientras tanto la lluvia que caía abundantemente a breves intervalos se ha transformado en nieve. La temperatura ha descendido considerablemente y, para abrigarnos contra el frío y el viento, debemos permanecer durante largas horas acurrucados bajo la carpa.

Aun con mal tiempo, el guía Croux, que está siempre en movimiento, efectúa algunos paseos por las laderas del monte Cono para cazar aves, que llegan hasta aquí únicamente durante el verano atraídas por el pasto tierno que crece sobre las morrenas. Son casi exclusivamente avutardas con las alas de color pardo herrumbrado y cabeza y cuello cenicientos; algunos ejemplares de conirrostros y una que otra perdiz. Durante una de estas excursiones ha descubierto en un laguito sobre las morrenas, una bandada de avutardas, logrando voltear cuatro de las más grandes. Tenemos carne fresca y sabrosa por algunos días.

Después de la nevada, el viento vuelve a soplar con más vehemencia y en la noche del 3 al 4, la violencia de las ráfagas hace temer que las carpas lleguen a ser arrancadas de cuajo y hechas jirones. Al día siguiente, los guías levantan, del lado donde el viento sopla con mayor furia, un muro de protección con piedras de las morrenas.



Pared de hielo del monte Torino

5 de febrero – Después de una noche con vientos huracanados como las anteriores, el cielo comienza a limpiarse lentamente de las nubes, y el sol muestra entre jirones de límpido azul, sus rayos luminosos, trayendo algo de alegría a nuestros abatidos espíritus.

Los densos vapores que desde hacía dos semanas envolvían tenazmente las cadenas internas de las montañas, se van disipando, y hacia el suroeste se asoman unas cúspides y cúpulas gigantescas, completamente blancas de nieve, que hasta entonces no habíamos visto. La naturaleza parece despertar de un profundo sueño y adornar su faz de sonrisa y alegría.

Por la tarde, a medida que disminuye la fuerza del viento, las montañas se despojan de las nubes, y el barómetro sube; por fin tenemos un anuncio esperanzador de buen tiempo. Como aún estamos en duda sobre el camino que vamos a seguir, aprovechamos las pocas horas de la tarde para realizar una excursión a lo largo de las morrenas del glaciar Bertacchi, a cuyo lado nos hallamos acampados, y comprobar si por la extremidad del valle se puede penetrar fácilmente al interior de la Cordillera. Después de recorrer 4 kilómetros, desembocamos en un valle circular, cavado en la ladera sur del monte Cono, sobre el que está suspendido un pequeño glaciar. El fondo del valle, excavado y aluvionado, encierra algunas cuencas lacustres rodeadas de paredes rocallosas recubiertas de detrito morrénico. Continuamos aún por 2 kilómetros a lo largo de las morrenas, hasta que en una vuelta del valle se nos presenta casi entera la cuenca terminal del glaciar, cuyo cruce no parece ofrecer grandes dificultades.

Al anochecer, cuando regresamos al campamento, el viento ha cesado por completo; sobre el cielo de purísimo azul se perfilan con extraordinaria nitidez las blanquísimas cúspides de los contrafuertes montañosos aún desconocidos que se levantan en el interior de la Cordillera. La naturaleza se ha recogido en profundo silencio. Ya entrada la noche, desde la gran llanura helada del Upsala, se levanta el reluciente disco lunar que derrama suavemente sus rayos sobre el inmenso anfiteatro de cumbres y glaciares, armonizado con la soberana quietud que ha inundado de golpe este tormentoso reino. Es este un detalle que podría parecer vulgar en cualquier otra parte, pero que para nosotros, que tenemos la cabeza dolorida con los continuos



El monte Murallón visto desde el altiplano Italia

alaridos del viento, y los nervios de punta con la atormentadora y larga espera, constituye un acontecimiento importante. En efecto, el reposo nocturno sobre el duro piso de la carpa, nos resulta, como muy pocas veces, dulce y reparador.

La aurora del 6 de febrero surge luminosa y serena, infundiéndonos confianza y valor para la ardua caminata que vamos a emprender. A las 5 abandonamos el campamento y marchando rápidamente seguimos durante una hora a lo largo de las morrenas recorridas la víspera, hasta que, al separarse estas de nuestra ruta, las abandonamos para descender por una pronunciada barranca de escombros morrénicos hasta el glaciar, y continuar por allí durante otra hora, paralelamente a su margen izquierda. A las 7 nos vemos obligados a entrar en el glaciar, festoneado en esta última parte por grandes crestas heladas, que disminuyen en algo nuestra marcha. A medida que avanzamos, la vasta cuenca superior del glaciar Bertacchi adquiere mayores proporciones y nos descubre gradualmente en sus laderas, poderosas cascadas de hielo que desbordan los altiplanos. El camino más corto para alcanzar el fiordo Falcón, meta de nuestras aspiraciones, habría sido remontar la cresta occidental del monte Cono, pero como la ladera de acceso a la misma está cubierta por un glaciar muy resquebrajado, torcemos un tanto nuestra ruta hacia el oeste, donde aparece, tallado en la cadena nevada que rodea hacia arriba el glaciar Bertacchi, un boquete más fácil de alcanzar. Más allá está lo desconocido, lo inexplorado, aquello que nos tiene ansiosos y trepidantes.

Al llegar al término del valle, cruzamos una llanura helada, y a las 9 empezamos la ascensión de una empinada corriente de hielo, que desborda desde el boquete. Superamos fácilmente algunas



El altiplano Italia y la cabecera oriental del cordón Roma vistos desde el monte Torino. A la izquierda está el boquete por donde hemos subido.

hendiduras transversales que cortan el glaciar en su parte central, y alcanzamos la parte superior del boquete tras una hora y media de fatigoso ascenso.

Nos recibe una helada brisa del noroeste, pero eso no nos preocupa, ya que el cielo continúa en su diamantina pureza y el sol fulgura entre el candor de los glaciares y de las nieves. Mientras tanto, nuestras miradas penetran con intensa avidez más allá del collado, en el misterioso reino de los eternos hielos, donde imperan permanentemente los huracanes y los vientos. Con gran sorpresa nuestra, en vez de montañas –como suponíamos– se extiende ante nosotros una vastísima altiplanicie de hielo, orientada de norte a sur, limitada al este por el cordón del límite y al sur por una elevada cadena de montañas, que bautizamos con el nombre de cordón Roma. A lo lejos, hacia el oeste, se elevan algunas cándidas cimas: son los baluartes occidentales de la Cordillera, que extienden sus bases en las aguas del Pacífico. El descubrimiento de esta inmensa altiplanicie helada, que hemos denominado Italia, nos llena de alegría, tanto más que nos sonríe con mayor seguridad la esperanza de alcanzar los canales patagónicos del Pacífico, cuyas depresiones nos parece entrever en el lejano horizonte. Hacemos una breve parada para comer y registrar algunas



Croquis de orientación de la región cordillerana explorada, trazado sobre la carta chilena a escala 1:500.000, modificado y completado luego con nuestras observaciones y descubrimientos.



El monte Torino desde el camino de regreso

observaciones. Estamos a una altura de 1.960 metros y el termómetro señala un grado y medio sobre cero.

A las 10:30 reanudamos con buen ánimo el camino a través de la gran altiplanicie, conservando la dirección nornoroeste, en la que presumo se encuentra el fiordo Falcón. El violentísimo viento de los días anteriores ha trazado profundos surcos sobre la nieve fresca, que ahora recubre una delgada capa de hielo que cede a nuestro paso. A medida que nos internamos, el paisaje se hace cada vez más severo, asumiendo el aspecto de una región netamente polar.

Mientras tanto, hacia el norte, empiezan a perfilarse inmensas cadenas de montañas, inexploradas y completamente cubiertas de nieve, entre las cuales hay algunas de formas descollantes; al este, el monte Murallón ha perdido toda su terrible majestuosidad y aparece sojuzgado por una poderosa capa de hielo que se eleva suavemente hasta la cúspide. Hacia el noroeste, más cerca de nosotros, se ve una serie de cándidos picachos helados, que supongo no han de encontrarse lejos de los canales; elijo como meta el que se encuentra en la cabecera norte, totalmente aislado y de forma cónica, por parecerme más próximo al fiordo Falcón.

La notable distancia que aún nos separa de él nos induce a continuar con paso rápido a través de la refulgente y uniforme extensión de la altiplanicie. Después de 2 horas de marcha continua y rápida, alcanzamos la base del monte y en media hora trepamos una pronunciada barranca helada donde el guía Croux, que abre la marcha, va cortando con la picota numerosos

Altiplano Italia. Bajo la pared helada del monte Torino



Deposé

Fot. A. M. De Agostini



Blancas soledades de hielo vistas desde la cumbre del monte Torino.
En primer término se extiende el altiplano Italia, y más lejos, en el horizonte, el cordón Roma con otros montes inexplorados.

escalones. Pasada la barranca, nos encontramos al pie de la cima, la cual, como si quisiera impedirnos el acceso, cae sobre nuestras cabezas como una enorme cornisa de hielo; pero un angosto rellano abierto en el paredón, al oeste de la cúpula, completamente recubierto de cristales de nieve y aristas de hielo, nos permite superar aquella dificultad; y henos aquí, después de pocos minutos, sobre el vértice. Repentinamente nos aparece en el horizonte toda la vertiente opuesta, y nuestros ojos, auscultando con ansiedad el horizonte, contemplan las tortuosas aguas del fiordo Falcón, encerradas entre gigantescas paredes montañosas. Una explosión de alegría invade nuestra alma, que hasta hace poco luchaba contra la incertidumbre de la victoria. Me satisface sobre todo el itinerario que he trazado y que nos ha conducido sin vacilaciones a la ansiada meta. Reconozco inmediatamente la característica configuración del

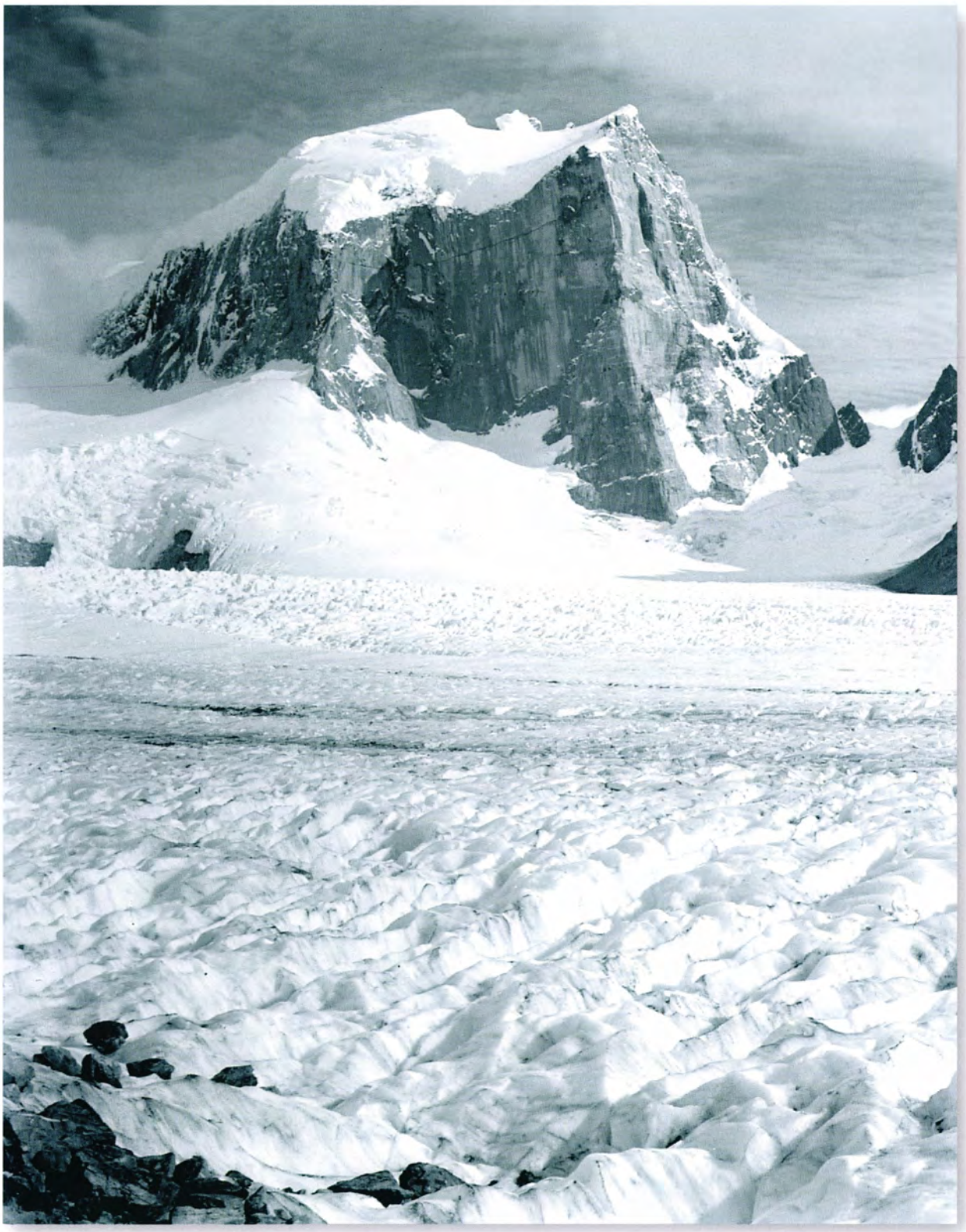


Sobre la cumbre del monte Torino (2.256 m) desde donde se divisan las aguas del fiordo Falcón

fiordo, que dos años antes había visitado en la goleta "Renato" de Punta Arenas, y donde había permanecido una semana efectuando varias ascensiones.

Bajo una helada brisa del noroeste contemplamos con profunda admiración el vasto horizonte e iniciamos nuestras observaciones y trabajos. El termómetro marca solamente 2,5 grados bajo cero, pero nosotros, azotados por esas ráfagas glaciales, tenemos la ilusión de que ha descendido hasta los 20. El barómetro nos marca una altura de 2.256 metros. El grandioso panorama que se extiende a nuestro alrededor nos impresiona por el resplandor enceguecedor de las nieves y glaciares, que recubren montañas y valles con un fulgor de luz, dejando ver únicamente algunas pequeñas salpicaduras negras, por donde asoman las rocas. Todo es blanquísimo, inmaculado. La misma montaña en la que nos encontramos no deja descubierta una sola roca que nos permita conocer su constitución; solo nieve y hielo por doquier. La gran altiplanicie Italia, que hemos cruzado oblicuamente, se prolonga hacia el norte por una decena de kilómetros todavía, con leves ondulaciones y salientes. Aunque quebrado por cadenas de montañas, el gran manto de hielo y nieve continúa ininterrumpidamente su curso subiendo las cimas, dilatándose en otras extensas planicies, para luego volcarse en todas direcciones y descender hasta los valles periféricos y los fiordos en forma de grandes corrientes de hielo. Las abundantes precipitaciones de nieve, la gran nubosidad, la baja temperatura del verano, son los principales factores de esta enorme acumula-

Monte Murallón (3.060 m)



Deposé

Fot. A. M. De Agostini



Parte superior del glaciar Upsala y monte Don Bosco.

ción de nieve que brinda caracteres morfológicos tan peculiares a la formación glacial patagónica. Los contrafuertes que dominan el fiordo Falcón tienen forma cónica y están revestidos por un gran manto de nieve y hielo que se desfleca en numerosas y empinadas caídas de hielo sobre él. Más abajo, sobre el pedestal de sus aguas, se advierten las manchas verde-oscuras de vegetación de las hayas, de los cipreses y de las magnolias.

La travesía de la Cordillera ha sido cumplida; ningún obstáculo se nos impone ya, y en dos o tres horas a lo mucho, podríamos descender por la ladera del monte, hasta la zona desnuda de las rocas y llegar al bosque y pasar la noche; pero esto carece para nosotros de objetivo, y después de haber realizado observaciones y documentado el cruce con fotografías, emprendemos el regreso. Mientras tanto, la hermosa serenidad de hace pocas horas se enturbia hacia el norte; los vapores se hacen más densos y se acercan velozmente hacia nosotros. En tres horas hemos rehecho el monótono e interminable camino a través del altiplano Italia, y al llegar al collado, todo el cielo está cubierto de nubes y amenaza llover.

La noche nos sorprende en la parte inferior del glaciar, cuando nuestras fuerzas, puestas a dura prueba por el largo y fatigoso camino, están casi agotadas; con todo, a la débil claridad

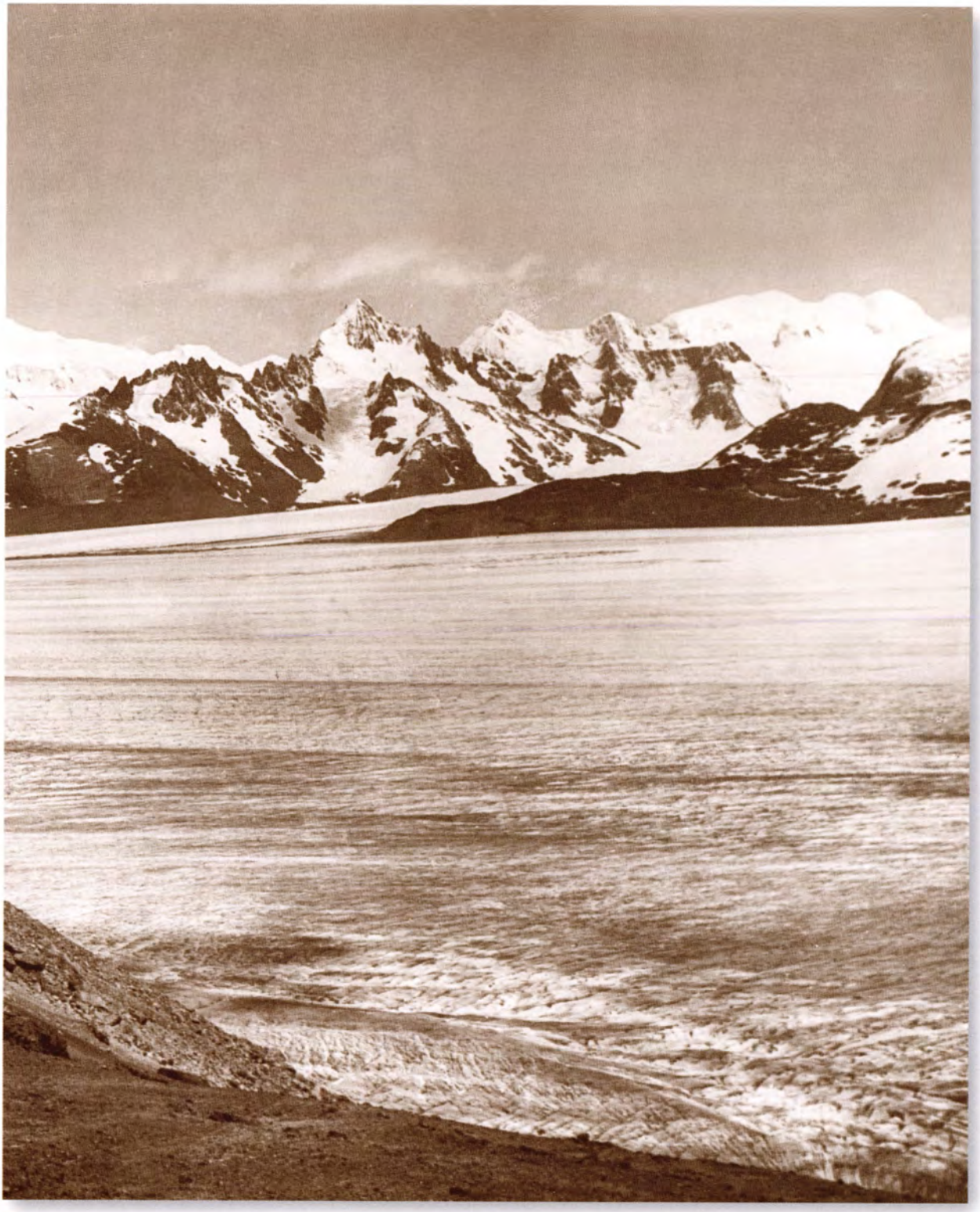


Conos de hielo cubiertos de morrena, en la margen oriental del glaciar Upsala.
A lo lejos sobresalen en el horizonte los montes Murallón y Don Bosco.

de la linterna, pasamos en otras tres horas los resquebrajados bordes del glaciar y las piedras revueltas de las morrenas con un continuo esfuerzo de voluntad; hasta que a las 23:45, después de casi 19 horas de ausencia, penetramos, bajo una lluvia torrencial, en nuestro campamento, exhaustos, pero plenamente satisfechos. Durante la jornada habíamos recorrido no menos de 50 kilómetros, casi enteramente a través del hielo y de la nieve. La Cordillera nos ha confiado por fin gran parte de sus misterios y por primera vez se ha realizado su travesía, llegando desde la precordillera patagónica argentina hasta el borde de los canales patagónicos chilenos*.

7 al 12 de febrero – Nos place haber sabido aprovechar la hermosa y corta jornada del 6; ahora el tiempo se ha puesto nuevamente borrascoso y nos aprisiona desde hace días en nuestro campamento, quitándonos toda posibilidad de realizar las excursiones proyectadas, entre ellas la ascensión del monte Murallón, una de las cimas más elevadas y dominantes y que se encuentra relativamente cerca de nosotros. Con todo, en la mañana de 12, habiéndose serenado en algo el

*Efectivamente fue un gran logro exploratorio del Padre De Agostini que la posteridad le ha acreditado, como tantos otros; no obstante, algunos han relativizado su importancia por el hecho de que el salesiano no alcanzó hasta el borde mismo de las aguas marinas interiores patagónicas (N. del E.).



El glaciar Upsala y el cordón fronterizo vistos desde la vertiente occidental del cordón Moyano.



Pan fresco en la Cordillera

cielo, logramos recorrer casi todo el valle que se extiende entre el Cono y el Murallón, surcado por un glaciar de unos 10 kilómetros de largo, tributario del Upsala, que se origina en el altiplano Italia. En esta excursión podemos observar de cerca el gigantesco macizo del Murallón, de casi 3.000 metros de altitud y de formas cuadradas y macizas, que eleva hacia el este sus formidables paredes graníticas, cortadas a pique sobre el glaciar por unos 1.500 metros[1]*.

[1] No habiendo sido aún objeto la Cordillera Patagónica de una triangulación regular, las alturas que figuran en los mapas de la Comisión Argentina de Límites y en las cartas 1:500.000 de la Oficina de Mensuras de Tierras de Chile, son todas aproximadas, especialmente las de los cerros situados en el interior de la Cordillera, que fueron medidos desde bases muy lejanas. [De Agostini se refiere a la Carta Nacional de Chile, escala 1:500.000, del Instituto Geográfico Militar, año 1945 (N. del E.)].

Por comparación con nuestras mediciones barométricas, podemos asegurar que las alturas de 3.600 metros asignadas al monte Murallón y a otros, pecan de excesivas y que probablemente no alcancen o apenas superen los 3.000. La misma altura del espejo de los lagos Argentino y Viedma es dudosa. La carta argentina les asigna 200 y 250 metros y la chilena 187 y 254 respectivamente. El nivel del lago Argentino presenta una variación de cerca de 3 metros según la mayor o menor afluencia de las aguas de deshielo.

Las cotas de nuestros campamentos, de los cerros ascendidos y otros puntos visitados por nosotros, fueron medidas con un barómetro altimétrico, tomando por base al espejo del lago cuya altura se aceptó en 200 metros.

*El monte Murallón tiene una altura aproximada de 2.656 metros y fue escalado por primera vez en 1961 por Eric Shipton y Jack Ewer, ingleses, y por Cedomir Marangunic y Eduardo García, chilenos (N. del E.).

Con esta excursión se cerraba nuestro período de permanencia en el monte Cono y el día 13, muy temprano, cargados con nuestros equipos, iniciamos el regreso. El cruce del glaciar Upsala requirió a la vuelta mayor fatiga y precaución que a la ida; pues a causa del calor estival, las crestas de los *seracs* sobre las que debíamos pasar con nuestras cargas se habían hecho más angostas y peligrosas[2].

En las primeras horas de la tarde llegamos a nuestro campamento base y poco después yo proseguí el viaje a la estancia "Cristina". Los compañeros se quedaron allí todavía, pues los guías debían volver al día siguiente al monte Cono para transportar el resto de los equipos y el doctor Feruglio, continuar sus investigaciones geológicas y sus relevamientos del glaciar y las cadenas limítrofes.

Tres días después también ellos bajaron a la estancia "Cristina".

Nos encontrábamos ya en la segunda mitad de febrero, y deseando efectuar una rápida excursión al monte Fitz Roy, que aún no conocía, el 18 abandonaba definitivamente la estancia "Cristina" e iniciaba a caballo la travesía del cordón montañoso que separa el lago Argentino del lago Viedma. Me acompañaban los dos guías y dos peones chilenos con ocho caballos*. El doctor Feruglio se quedaba aún en la estancia para ultimar los relevamientos topográficos en el frente del glaciar Upsala y el estudio geológico y morfológico de la cuenca del lago, trabajos que lo mantuvieron ocupado hasta abril.

La travesía de esas montañas nos llevó tres días muy fatigosos para los caballos, que debieron llevar nuestros pesados equipajes a una altura de 1.520 metros sobre escarpadas laderas de montes cubiertos de nieve, sin rastro alguno de camino. Por suerte algunos incidentes del viaje no tuvieron consecuencias fatales y a la tarde de la tercera jornada bajábamos en las márgenes meridionales del gran lago Viedma, donde fuimos huéspedes de nuestro compatriota José Schinco, administrador de la estancia "Segunda Viedma" de la Sociedad Menéndez Behety. Allí permanecimos tres días y luego seguimos hacia el monte Fitz Roy, donde nos detuvimos alrededor de 15 días, realizando algunas excursiones cuya descripción será el tema de los siguientes capítulos.

---

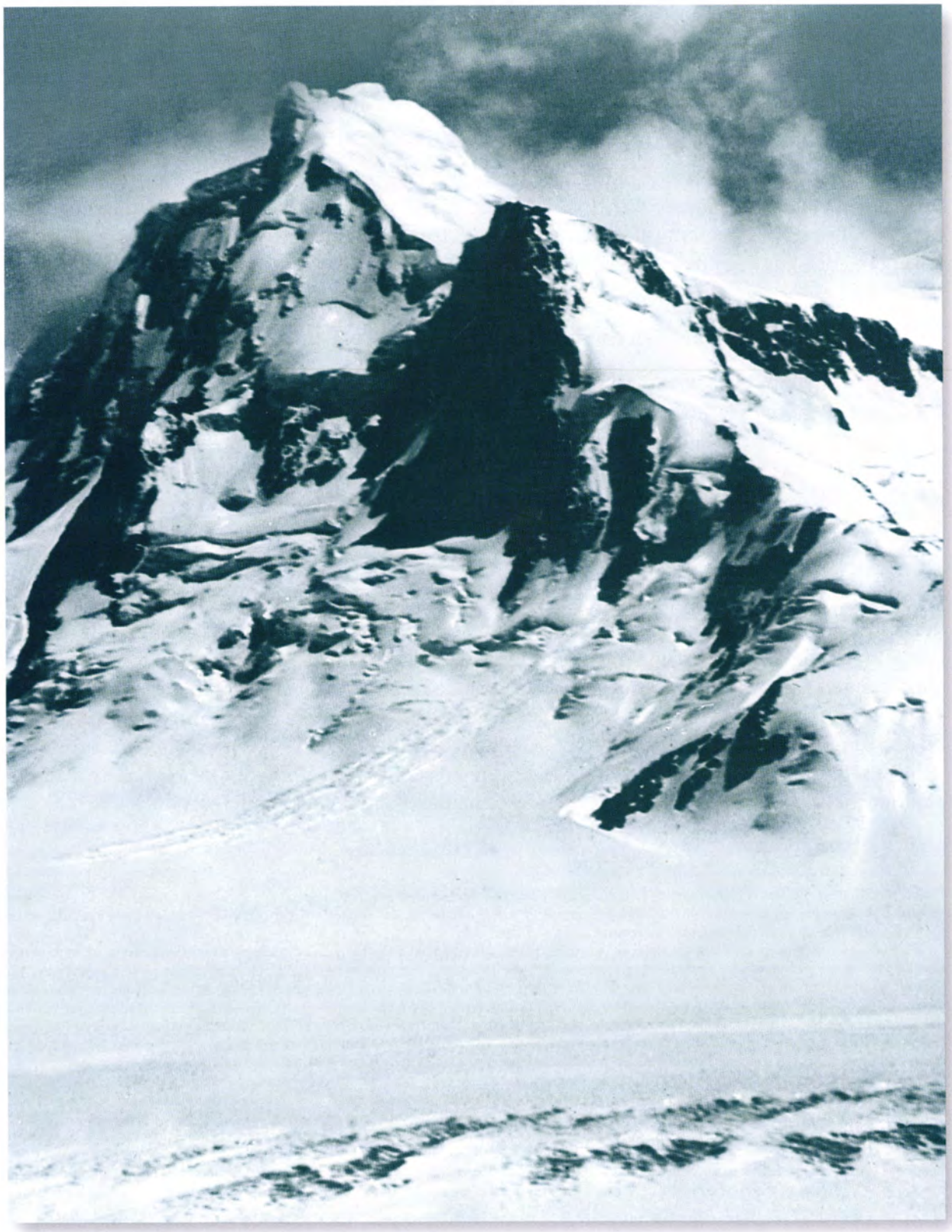
[2] Con el objeto de completar el conocimiento de la cuenca de origen del ventisquero Upsala y del trecho de Cordillera que se levanta entre el lago Viedma y el seno Eyre, en el verano 1937-38 organicé un nuevo viaje a esta región en compañía del guía Oberto José de Macugnaga, del señor Carlos Cassera y de un peón portador chileno conchabado en el lugar.

Para alcanzar más fácilmente nuestro objetivo nos trasladamos a la estancia "Cristina" y de allí, subiendo el valle por unos 20 kilómetros, establecimos el campamento base en la margen izquierda del glaciar Upsala. Era nuestra intención cruzar el glaciar Upsala y establecer un segundo campamento en el cordón interior más elevado, y para este fin, llevamos parte de los víveres y dos carpas hasta las morrenas de la izquierda, 10 kilómetros más al norte (1.200 metros), donde el glaciar, poco o casi nada resquebrajado, ofrecía mayor facilidad para ser cruzado en un trineo cargado con nuestros equipos y víveres. El tiempo nos fue constantemente adverso y en los 42 días que permanecimos en este lugar, resultó imposible efectuar la proyectada travesía, y solamente llevamos a cabo alguna que otra excursión al glaciar y a los montes cercanos, en las cuales conseguimos precisar nuestro conocimiento sobre la configuración de esta zona interior de la Cordillera.

Al norte del monte Murallón, separado por un boquete glacial, se eleva otro imponente monte, algo menos elevado y que nosotros denominamos Don Bosco. Este monte, cuyos flancos gigantescos están cubiertos de glaciares profundamente resquebrajados, termina en una cándida y fantástica cima de hielo. Al norte de este monte el relieve central de la Cordillera baja y, después de dos pequeños y aislados montes, desaparece debajo de una capa de hielo y nieve, la cual sube en declive suave hacia el oeste, uniéndose al vasto altiplano Italia por su extremo septentrional.

*La recurrente mención a los peones chilenos debe explicarse tanto por la copiosa inmigración de gente originaria de Chile (especialmente de la antigua Provincia de Chiloé) a la Patagonia argentina, como por sus proverbiales cualidades de reciedumbre, resistencia y voluntad para el trabajo,

El monte Don Bosco visto desde el glaciar Upsala



Deposé

Fot. A. M. De Agostini

CAPÍTULO X

EN EL LAGO VIEDMA

En la estancia "Helsingfors" – Florestas vírgenes – Primavera en flor – El cordón Moyano – El glaciar Viedma – Primer encuentro con un huemul – Ráfagas ciclonales – Brujas en la floresta – Un cóndor herido – Efectos de un alud sobre el lago – En el fiordo Moyano – El leonero Paredes y la caza del puma – Nubes de agua pulverizadas por el viento – En el corazón de los glaciares patagónicos.

El lago Viedma, con los soberbios picachos e inmensos glaciares que espectacularmente rodean su extremidad poniente, es el lago andino que más inmediatamente ofrece una visión grandiosa de la Cordillera y más poderosamente impresiona al viajero que llega de las desoladas y monótonas estepas patagónicas.

El glaciar Viedma, que baja de las cándidas cadenas interiores como un inmenso río de cristales blanquiazulados, y, más al norte, la torre gigantesca del Fitz Roy, que domina con la majestad de un emperador todas las cumbres andinas y las vastas llanuras de la pampa, constituyen, ya de por sí, espectáculos tan imponentes que suscitan la más profunda admiración y dan bien merecida fama a las bellezas naturales de esta región andina.

A diferencia de los otros lagos, el San Martín al norte y el Argentino al sur, éste no posee articulaciones de importancia que penetren en la Cordillera y solo por el lado suroeste existe un estrecho brazo el que nosotros denominamos Moyano, que, en forma de fiordo, se interna por unos veinte kilómetros entre cadenas de montañas[1].

El largo del lago alcanza 70 kilómetros y su ancho oscila entre los diez y los veinte. Los contornos de la ribera son regulares, y están limitados al este por tierras bajas, escalonadas a modo de terrazas de distintos niveles, y formadas por depósitos glaciolacustres y por las acumulaciones

[1] El capitán Carlos Moyano, de la Armada argentina, fue el primer Gobernador del Territorio de Santa Cruz (1884-87) y uno de los más ilustres y beneméritos exploradores de la Patagonia preandina (Cfr. Reseña Histórica al final de este libro).

morrénicas de la última glaciación cuaternaria. Hacia occidente, las orillas del lago corren casi inmediatas a altos cordones de montañas, que culminan en mesetas de una altitud media de 1.500 metros.

El interés que despertaba en mí el conocimiento y la exploración de las cadenas de montañas que se elevan al sur del lago, desde donde abrigaba la esperanza de poder divisar la parte superior del glaciar Upsala, que el verano anterior habíamos dejado inexplorada, revivió en el verano 1931-32 al regresar a sus orillas, con el fin de realizar tan acariciados proyectos.

El 29 de noviembre de 1931 desembarqué en Santa Cruz con el guía Mario Derriard de Courmayeur y el 5 de diciembre llegaba a la estancia "Segunda Viedma", donde el administrador José Schinco, avisado por mí con anterioridad, tenía listos para que me acompañaran a dos robustos jóvenes chilenos escogidos entre el personal de la estancia.

El 7 de diciembre seguimos hacia la estancia "Helsingfors" en el extremo suroeste del lago, donde se encuentra establecido el finlandés Alfredo Ramston, que desde hace ya unos veinte años ha poblado de ovejas aquellos solitarios valles preandinos.

Todos nuestros equipos y vituallas se transportaron paralelamente en un camión que nos ofreció gentilmente el noruego Juan Jorgensen, quien posee cerca de allí una estancia y quiso acompañarnos personalmente hasta el lugar de destino. El camino que lleva a la estancia flanquea la costa del lago, entre cordones y valles morrénicos cubiertos de guijarros y cantos erráticos, interrumpidos en algunas partes por incisiones fluviales de excavación posterior.

El día es hermoso; el sol brilla en todo su esplendor y da vida y luminosidad al paisaje cordillerano que podemos admirar desde el vértice de algunas lomas cuando se asoman imponentes las lejanas y cándidas cadenas de nieve de la alta cordillera, veladas en parte por las nubes que les dan un aspecto casi inmaterial. De aquellas baja el glaciar Viedma, que se dilata como una extensa llanura entre bastidores alternos de montañas y luego hunde su frente cubierta de agujas y pináculos en las aguas del lago, de un magnífico verde veronés, pálido y delicado. Mientras el auto penetra por el camino trazado por los carros, cruzando fosos y piedras, mis ojos escudriñan ávidamente las cadenas de montañas del sur del lago, que pronto deberán ser la meta de nuestras excursiones.

Cuando después de una hora llegamos a la cumbre de uno de aquellos cordones morrénicos, vemos abrirse hacia el sur el seno Moyano, semejante a un hermosísimo fiordo, que se introduce entre montes escarpados, algo entristecidos por los residuos de bosques destruidos por incendios. Arriba se descubren manchas de nieve y cuelgan lenguas de hielo, que se originan en vastos glaciares situados en el interior desconocido.

Hemos llegado a la estancia "Helsingfors", pequeña agrupación de casitas sobre la ribera del lago, que por dos meses formará la base de nuestras excursiones.

Cuando en 1910 Alfredo Ramston llegó al lago Viedma, no encontró caminos, ni casas, ni habitantes, sino únicamente guanacos y ciervos, que pastaban tranquilamente en la poética



Lago Viedma. *Fiordo Moyano*

soledad de estos valles andinos, cubiertos de bosques ricos en pastos, regados por cristalinos manantiales, fulgurantes de nieve y de hielos eternos. Con tenacidad y no pequeños sacrificios, el esforzado finlandés edificó la primera casa, importó las primeras ovejas, construyó los primeros alambrados, y así surgió la pequeña estancia que valorizó esos valles andinos, incultos y desiertos, y llevó un nuevo soplo de vida y civilización a la soledad de la Cordillera.

Las cualidades de experto marino que Ramston había adquirido en largos años de navegación por los mares de su patria, le permitieron afrontar con serenidad y destreza en su pequeña lancha, las furiosas y continuas tempestades del lago.

Como nuestro principal objetivo era alcanzar el glaciar Upsala a través del cordón de montañas que rodean el lago por el suroeste, dirigimos nuestras primeras exploraciones hacia un valle que corta aquel cordón, y que al parecer conducía a la meta. El señor Ramston pone gentilmente la lancha a nuestra disposición, y al día siguiente, después de embarcar equipajes y víveres para un mes, zarpamos rumbo a la opuesta ribera del lago.

El canal, tan terrible por su marejada, se encuentra hoy en relativa calma, y lo cruzamos fácilmente; luego rumbeamos hacia el norte siguiendo la ribera occidental del lago, y después



Río y monte Mascarello

de 3 horas bajamos a una pequeña rada, próxima a la embocadura del valle que deseamos remontar. Desembarcamos allí nuestros equipos y armamos las carpas sobre un rellano cubierto de hierba, junto a un rancho deshabitado, construido con troncos de hayas y que sirve de refugio a un ovejero de Ramston que viene de cuando en cuando hasta aquí para vigilar unos rebaños de vacas y caballos. A la mañana siguiente, Ramston parte con su lancha prometiendo regresar dentro de unos diez días.

10 de diciembre – Hemos realizado una primera excursión por el valle atravesando espesos bosques de hayas, ya en parte destruidos por incendios. Surca el fondo del valle un impetuoso torrente glacial, alimentado por el derretimiento de las nieves y glaciares. El fragor de sus aguas, que se precipitan en grandes peñascos, repercute misteriosamente en el valle como un canto armonioso, ora fuerte y sonoro, ora delicado como una plegaria. Después de 8 kilómetros, el valle dobla hacia el sur, limitado hacia el poniente por una bellísima cadena de montañas, cubierta de pequeños glaciares suspendidos, a la que llamamos Mascarello, en homenaje al teniente de navío argentino, José María Mascarello, infatigable y benemérito marino de las costas patagónicas[2].

Proseguimos por el valle, unos 2 ó 3 kilómetros más, atravesando bosques que se hacen cada vez más sombríos y tupidos, para concluir en la cumbre de un gran lomo aborregado por la erosión glacial, que se levanta en la cabecera del valle. Desde allí vislumbramos la cuenca terminal del valle, pudiendo de esa manera trazar el itinerario de la ascensión a uno de estos montes que realizaremos en cuanto el tiempo nos lo permita, y formarnos así una idea exacta de la estructura de aquellas cadenas a través de las cuales queremos llegar al glaciar Upsala.

Poco después de mediodía, el cielo se ha oscurecido y mientras nos preparamos para el regreso, comienza una lluvia torrencial, que nos acompaña hasta el campamento, a donde llegamos después de tres horas, calados hasta los huesos.

[2] Cfr. *Reseña Histórica* al final del presente libro.



Cordón de montañas que cierra por el sur el fiordo Moyano

11 al 17 de diciembre – No hay esperanza de que el tiempo mejore. Ha empezado un tormentoso período de viento y lluvia que no sabemos cuándo terminará. Nos hemos resignado a pasar largas horas bajo la carpa o en el rancho, transformado en cocina, para protegernos contra la lluvia y el viento, que día y noche sopla iracundo. Cuando reina un poco de calma efectuamos por los alrededores algunas cortas excursiones. Nuestro trabajo se reduce a colecciones botánicas, a relevamientos con la brújula y a observaciones meteorológicas.

La lluvia, que en los últimos días ha sido sobremanera copiosa, ahora se ha convertido en nieve, y las montañas aparecen completamente blancas, como si nos encontráramos en pleno invierno. Estamos sin embargo en primavera avanzada y el despertar de la flora apenas se aprecia en las numerosas y tupidas matas de violetas amarillas (*Viola maculata*), en las graciosas anémonas amarillas (*Anemone multifida*) y en algunas elegantes orquídeas, entre las cuales destaca la *Codonorchis lessonii*, de flores blancas con pequeñas manchas rosas.

No faltan tampoco aves canoras, aunque su canto, que se oye con breves intervalos en las horas de la mañana y de la tardecita, cuando reina un poco de calma, es monótono y casi silábico. Entre estas aves se destaca la calandria (*Mimus triurus*), tordo americano que imita perfectamente el canto de los demás pájaros. Se encuentra con mayor abundancia en el norte de Argentina, pero se aventura hasta los valles andinos del sur patagónico. Más frecuente es el zorzal (*Turdus falc-*



Torrente glacial entre despeñaderos

klandii), pájaro gris del tamaño de un mirlo, cuyo canto es menos melodioso, y el chingolo, más pequeño y que se acerca a las carpas a picotear los residuos de nuestras comidas. En estos valles precordilleranos se encuentran también las hermosas tórtolas (*Zenoida auriculata*). Nos sorprendió el gran número que había en los bosques cercanos a nuestro campamento y su carne exquisita vino, no pocas veces, a alegrar nuestra mesa.

18 de diciembre – Debido a un viento del sur, excesivamente frío, el cielo se ha despojado enteramente de nubes.

A las 6 de la mañana abandonamos el campamento y nos internamos en el valle por el mismo camino seguido hace 8 días, hasta llegar al cono morrénico. Desde aquí nos dirigimos hacia el suroeste y trepamos sobre las empinadas laderas de una montaña, que forman las crestas divisorias entre el valle que acabamos de cruzar y el fiordo Moyano. Poco después de mediodía alcanzamos la cumbre de la montaña, a 1.824 metros de altura, donde gozamos de la vista de un extenso panorama sobre el fiordo Moyano y sobre toda la cadena de montañas que se eleva entre el glaciar Viedma y el glaciar Upsala. Este grupo de montañas atravesadas por estrechos valles –al que denominamos cordón Moyano– culmina al suroeste en un bellísimo pico, en forma de torreón, completamente revestido de hielo y nieve, indicado en los mapas chilenos y argentinos con el nombre de Campana y con una altura de 2.570 metros.

Una rápida mirada a las montañas de occidente nos convence de que sobre ellas no existe ningún paso de fácil acceso para el glaciar Upsala. El valle en el que fundábamos nuestras esperanzas concluye a los pies de un glaciar, que desciende por la vertiente boreal del cerro Campana. Habrá que buscar por lo tanto el ansiado paso más hacia el norte, por la margen derecha del glaciar Viedma, y si no, como parece más probable, hacia el sur, a través de una llanura de hielo que vemos elevarse y extenderse en la extremidad del fiordo Moyano. Eran las 7 de la tarde cuando nos encontramos de vuelta en nuestro campamento. El cielo se ha oscurecido nuevamente y vuelve a soplar un fuerte viento del suroeste. Nuestro cometido en este valle ha terminado; esperamos la lancha para dirigirnos a las cercanías del glaciar Viedma, unos 15

Lago Viedma. Glaciar Viedma



Deposé

Fot. A. M. De Agostini

kilómetros más al norte de la misma costa en que estamos acampados.

20 de diciembre – En las primeras horas de la mañana llega a la bahía la lancha con Ramston y un marinero. Debían haber llegado la noche anterior, pero el viento sur, levantando una fuerte marejada, los obligó a refugiarse en una bahía, a mitad de camino, donde pasaron la noche como pudieron. Por la mañana el viento se ha calmado por completo. Embarcamos rápidamente nuestros equipajes y zarpamos hacia el glaciar Viedma. Sobre el cielo de un azul terso, se destacan las montañas con desacostumbrada nitidez y esplendor; el lago es una lámina de cristal verde-esmeralda con reflejos perláceos. Costeamos durante una hora, y al doblar la punta rocallosa se descubre poco a poco el majestuoso frente del glaciar Viedma, fulgurante de níveo candor.

Queremos contemplarlo más de cerca y la lancha se arrima a esa gigantesca pared de cristal, erizada de agujas y pináculos, que se yergue vertical y amenazadora sobre nosotros, mostrando sus gigantescas placas lisas y tersas, minadas debajo por profundas rasgaduras, por donde la luz del sol irradia las más maravillosas tonalidades del azul y del turquesa.



Laguito en las cercanías del glaciar Viedma

Tras un breve recorrido a lo largo del frente buscamos en la costa rocallosa, que rodea la margen derecha, un lugar donde fijar nuestro campamento, pero es esta tan abrupta que a duras penas encontramos un sitio para desembarcar y transportar a tierra nuestros equipajes.

La lancha se marcha y vuelve otra vez a dejarnos solos por unos quince días. Hemos acampado a corta distancia de la costa sobre la lomita herbosa de una elevada barrera montañosa, que obstruye parcialmente el frente del glaciar por el lado sur. El lugar es de los más amenos y soleados. Tenemos frente a nosotros la extensión verdeazulada del lago, limitado por tierras bajas, de un color gris amarillo, que en lo alto, sobre los rellanos, se hace más sombrío y severo al contacto de las rocas porfíricas.

Desde la primera excursión hacia el interior, con el guía Derriard, conocemos la variedad y hermosura de este pequeño oasis engarzado entre la llanura verde-esmeralda del lago y la

correntada verdeazulada del glaciar Viedma. Después de habernos elevado algunos centenares de metros sobre el lago, avanzamos entre hondonadas morrénicas y pintorescas lagunas diseminadas en unos casquetes hemisféricos de rocas aborregadas. Alrededor de las lagunas y en las depresiones, al abrigo del viento, crece con vigor la vegetación boscosa constituida únicamente por hayas parcialmente retorcidas por el viento. Mientras cruzamos una de estas graciosas cuencas lacustres, he aquí que se nos asoma sobre una loma, a un centenar de metros, un huemul, que desde lo alto de una roca nos mira con curiosidad. Derriard lamenta no haber traído su Winchester, deseoso de apoderarse de los hermosos cuernos que adornan su cabeza, mientras yo en cambio, trato de obtener una buena fotografía, pero en cuanto me le acerco y estoy por hacer funcionar el disparador, el huemul pega un salto y en un santiamén desaparece de mi vista. Los numerosos senderos que observamos en el interior del bosque, donde suelen esconderse y buscar abrigo del viento, así como algunas sendas que atraviesan las lomas, y los abundantes residuos, nos indican que los huemules deben ser numerosos en este oasis de paz.

22 de diciembre – El barómetro continúa manteniéndose elevado y, después de un día nublado, vuelve el tiempo hermoso y sereno y la calma que esperábamos ansiosamente para poder obtener una vista panorámica del glaciar y de las cadenas interiores. En las primeras horas de la mañana, después de dos horas, llegamos a la cumbre de una roca aborregada (920 metros), desde la que se nos presenta en toda su magnificencia y grandiosidad la inmensa extensión del glaciar, horrendamente resquebrajado, limitado hacia el oeste por un elevado círculo de montañas, cubiertas de nieve y glaciares, que se recortan sobre el azul purísimo del cielo. El interminable mar de hielo, dentellado por enormes cubos, por gigantescas pirámides, comprimido e impulsado por fuerzas ciclópeas, baja desde lo alto con el ímpetu de una marejada solidificada y va a sumergir su frente de cristal blancoazulado sobre la superficie dulcemente verde del lago.



Bloques de hielo arrojados a diez metros de altura sobre la costa por las olas provocadas por el derrumbe del ventisquero

El glaciar Viedma, después del Upsala, es el mayor de la Cordillera Patagónica en su vertiente oriental. Su curso, aproximadamente de 30 kilómetros, se orienta, en la parte superior, de norte a sur, paralelamente al cordón central Mariano Moreno divisorio de las aguas, pero hacia la mitad de su curso, en la confluencia con una cuenca glacial, próxima a la altiplanicie Italia, de la que recibe otra poderosa corriente de hielo, dobla hacia el este y baja hasta el lago Viedma, apresado entre la extremidad boreal del cordón Moyano y la ladera austral del monte Huemul.



Laguito en la margen izquierda del glaciar Viedma

También este glaciar muestra señales evidentes de un reciente retroceso, indicado por la desnudez de las rocas inmediatas, aún desprovistas de vegetación. En la superficie interna del glaciar se descubren detritos morrénicos flotantes, que continúan la amplia curva del glaciar, y se originan en los contrafuertes occidentales del monte Huemul.

El ancho de su frente, que desciende sobre el lago, es de 3 kilómetros, pero otros 3 kilómetros del mismo glaciar quedan encerrados por la elevación rocosa, sobre la que nosotros nos encontramos, redondeada y alisada por el glaciar cuando teniendo mayor extensión y amplitud descendía hasta el lago.

En la extremidad sur de esta loma rocosa, formada en su mayor parte por pórfido cuarcífero, el glaciar rompe su frente en un laguito de donde sale un gran torrente que corre encajonado entre simas profundas de erosión fluvioglacial y se precipita en el lago después de 2 kilómetros de recorrido, formando una hermosa cascada.

Tomo una vista panorámica del grandioso paisaje y luego bajamos del monte y penetramos en el glaciar para conocer las dificultades que presenta su travesía. Pero apenas hemos hecho unos centenares de metros, cuando nos vemos perdidos en un caos de crestas, tan altas y revueltas,

separadas por profundas grietas, que nos obligan muy pronto a desandar lo recorrido, abandonando el proyecto que teníamos de llegar por ese lado al glaciar Upsala.

23 de diciembre – Por la mañana hemos realizado una excursión hasta el frente del glaciar Viedma, que dista solamente 2 kilómetros del campamento, y al que se puede llegar fácilmente siguiendo la orilla del lago, por entre las habituales ondulaciones morrénicas y los laguitos. Vista así de cerca la gigantesca pared de hielo, que se eleva verticalmente sobre el lago a unos 60 metros de altura, ofrece uno de los espectáculos más sublimes e impresionantes. Pero todo este ciclópeo edificio de cristal lleva consigo el sino de lo inconsistente.



Navegando en la lancha de Ramston a lo largo de la costa del lago Viedma

La inmensa corriente de hielos se desliza resbalando lentamente hacia el abismo como empujada por una fuerza misteriosa, y con breves intervalos descarga en el lago sus torres y minaretes de alabastro, ya con detonaciones secas y potentes como la explosión de una mina, ya prolongadas, como el tronar de baterías enteras de cañones. Seguimos el desmoronamiento de ese fantástico castillo con el más vivo interés. Una leve crepitación, que sale de las entrañas del glaciar, seguida por un ruido metálico, cortado como tiro de fusil, no es sino el grito de alarma de un centinela; luego, de improviso, empieza el tableteo de las ametralladoras y el tronar del cañón; una verdadera y furiosa batalla, mientras desde las formidables paredes se precipitan sobre las aguas masas pequeñas y grandes de hielo levantando olas gigantescas que van a quebrarse sobre las escolleras vecinas, arrastrando enormes bloques de hielo.

El castillo de hielo ha cambiado ahora de forma y aspecto. Otras torres, otras agujas asoman por encima del gigantesco murallón, que muestra en sus bases las roturas y las profundas heridas recién recibidas y que ya atentan contra su estabilidad.

25 de diciembre – Mañana de sol y de viento. Como de costumbre, celebro la Santa Misa bajo la carpa, y durante todo el día permanecemos en el campamento tratando de pasar lo más agradablemente posible la gran solemnidad de la Navidad.

26 al 31 de diciembre – El buen tiempo, que a nuestra llegada había despertado en nuestro ánimo las mejores esperanzas, cerró inexorablemente sus puertas, y el viento, como un implacable enemigo, empezó terrible, feroz, deslizándose por debajo de la espesa capa de vapores, que envuelve tenazmente los glaciares y las montañas. De cuando en cuando parece disminuir su fuerza y entonces tratamos de alcanzar alguna loma, pero ni bien tocamos su cumbre nos rechazan ráfagas fulmíneas que nos arrojan al suelo.

Bajo la violencia de estas impetuosas rachas que llegan desde el interior, encajonados en el valle, la superficie del lago se transforma en una blanca llanura de agua pulverizada que el viento arrastra y levanta en remolinos.



Cascada de un río que baja del glaciar Viedma

De los propios labios de Ramston recogí un ameno episodio sobre la extraordinaria fuerza de estas ráfagas, acaecido justamente en esas inmediaciones. Cuando por cuenta de la estancia "Primera Viedma" se empezó a extraer madera del bosque de hayas en la ribera norte del lago, próxima al glaciar, algunos trabajadores chilotes habían dejado su bote algo internado en la playa, asegurándolo a un árbol junto al campamento. Al volver después de algunas horas, mientras arreciaba uno de esos ciclones, no vieron más el bote. Después de inútiles búsquedas, uno de los leñadores, alzando la mirada, lo vio suspendido sobre las ramas de los árboles. En vez de sentir admiración, los chilotes fueron presa de supersticioso terror. Eso no podía ser sino el maleficio de alguna bruja habitante del bosque, y por temor a algún nuevo infortunio, regresaron a la estancia, abandonando definitivamente el trabajo.

Un hecho parecido le aconteció al propio Ramston, mientras, en compañía del danés Madsen, extraía troncos del bosque en ese mismo lugar. También ellos habían amarrado su bote a un árbol y, para estar más seguros de que las ráfagas de viento no lo desataran y arrastraran hasta el lago, lo llenaron de agua hasta la mitad; pero en lo más recio del temporal, una ráfaga, delante de ellos mismos, levantó algunos metros la embarcación y luego la tiró al suelo destrozándola.

28 de diciembre – En la tarde de hoy el viento ha cesado y, habiéndose serenado un tanto el cielo, efectuamos una excursión al borde suroeste del glaciar, donde una gran cascada de hielo se separa de su frente y baja hasta un laguito cuya superficie está en parte cubierta de témpanos.



Panorama del glaciar Viedma y el cordón fronterizo Mariano Moreno

Mientras desde el borde de un barranco fotografío el lago y el glaciar, cuatro cóndores efectúan amplios círculos sobre nosotros, despertando viva admiración con el soberbio planear que efectúan sin el menor movimiento de las alas, tanto en el descenso como en el ascenso. Derriard, que acechaba con su Winchester, logra herir con un certero tiro a uno de ellos que se cierne 50 metros sobre nuestras cabezas. El ave, que en ese instante se encontraba sobre nosotros, herida en pleno cuerpo, se precipita al suelo y cae a mis pies, salpicándome de sangre la ropa.

Aún no me había repuesto de mi sorpresa, cuando el cóndor, tocando apenas el suelo, se levanta y, tras unos breves pasos, alza nuevamente el vuelo picando hacia abajo en lo profundo del valle, donde desaparece de nuestra vista. Estaba gravemente herido y seguramente habrá muerto poco después, pero es tal la vitalidad de estas aves que, aun heridas en sus partes vitales, conservan por algún tiempo toda su fuerza.

30 al 31 de diciembre – Día y noche continúa el viento del suroeste con ritmo de huracán. En la tarde del 30, encontrándonos junto a la playa, donde yo había instalado un pequeño observatorio meteorológico compuesto por un barógrafo, un termómetro, un higrógrafo, un pluviómetro y dos termómetros de máxima y mínima, vemos que repentinamente las aguas del lago se retiran, dejando al descubierto un buen trecho de la playa. Observábamos sorprendidos el raro fenómeno, cuando de repente una ola formidable se abalanza sobre la orilla sin darnos tiempo de poner a salvo los instrumentos. La ola se había elevado un metro y medio sobre el nivel normal, y había arrojado al suelo los instrumentos sin dañarlos, con excepción de un termómetro de mínima que se hizo añicos.

Pasada la confusión del momento y reflexionando sobre las causas que habrían podido producir tan singular y violento movimiento de las olas, argüimos que se debía al desprendimiento de un gran alud de hielo del frente del glaciar. A la mañana siguiente obtuvimos la plena



confirmación de nuestra hipótesis, pues al dirigirnos al frente del glaciar, vimos amontonados sobre las costas rocallosas, junto al mismo, a 10 metros sobre el nivel de las aguas, varios bloques de hielo, algunos de los cuales medían hasta 2 metros cúbicos. La pared de hielo que de improviso se había desprendido del glaciar debió haber sido de dimensiones colosales, ya que la ola levantada por el mismo, había lanzado a la distancia de doscientos metros, esos grandes bloques de hielo.

3 de enero de 1932 – Ramston ha vuelto nuevamente. Por la tarde nos embarcamos en la lancha y abandonamos nuestro pintoresco refugio, en donde habíamos pasado dos semanas entre el tronar de los aludes de hielo y el silbido del viento. En el lago soplaba un fuerte viento del suroeste, y al embocar el canal Moyano para cruzarlo, nos hallamos a merced de gruesas olas, que rompían furiosas contra la lanchita. Mientras nos vemos sacudidos de arriba abajo, toda nuestra confianza descansa en un viejo motor de automóvil Ford, que jadea terriblemente, y en la habilidad de Ramston, que timonea y vigila pacientemente su motor, inyectándole de tanto en tanto aceite con no sé qué imprecaciones, mientras nosotros, armados de latas de petróleo vacías, sacamos agua del lago para echarla en el radiador, que tiene las venas rotas y desangradas. Después de una hora de baile infernal, empapados y transidos de frío, llegamos alegres y contentos a la casa de Ramston, donde su buena señora nos ha preparado una suculenta cena que nosotros sazonamos con alegría, después de casi un mes de vida solitaria y aventurera en las soledades de las montañas y los glaciares.

4 de enero – Una parte importante de nuestro programa de estudio queda aún sin cumplir; se trata del reconocimiento de la zona superior del glaciar Upsala y de las zonas limítrofes. No dilatamos por lo tanto la partida y, a la mañana siguiente, embarcadas nuestras provisiones, volvemos a salir con la lancha hacia el extremo sur del fiordo Moyano. Este estrecho brazo del lago que se interna como un fiordo por unos 15 kilómetros, está flanqueado por abruptas y áridas montañas de casi dos mil metros de altura. En su término se elevan los dos majestuosos picos, Moyano y Norte, de casi 3.000 metros de altura y encapuchados por nieves eternas.*

*Tal como se indicó con anterioridad, lo adecuado en el lenguaje geográfico científico es la referencia a nieves permanentes (N. del E.).



Cuenca terminal del fiordo Moyano

En dos horas de navegación realizamos el trayecto y desembarcamos en la embocadura de un estrecho valle encajonado entre altas montañas cubiertas de nieve en cuyo fondo corre un gran torrente que tiene sus orígenes en glaciares que obstruyen el valle.

A poca distancia de la playa advertimos un rancho de troncos, donde vive un ovejero que cuida el rebaño desparramado por el valle y a lo largo de la costa de la ensenada.

Por la tarde transportamos los equipos e instalamos el campamento al abrigo de un matorral de hayas que crece a lo largo de un arroyuelo de puras y cristalinas aguas. Al anochecer conocemos al pastor que regresa de su inspección cotidiana del rebaño en las montañas vecinas. Es un viejo chilote, ágil y lleno de bríos, llamado Paredes, a quien todos conocen aquí con el nombre de "el Leonero", porque es uno de los más famosos cazadores de pumas de toda la región.

Ha recorrido en todas direcciones los diferentes valles preandinos, desde Última Esperanza hasta el lago San Martín, y ahora se ha retirado a este remoto rincón de la Cordillera, no sólo para cuidar el rebaño por cuenta de Ramston, sino especialmente para cazar leones, que aún son muy numerosos y causan estragos en el ganado. Durante las largas noches que pasé con él en su ranchito, mientras afuera la tormenta arreciaba, recogí de su boca interesantes narraciones referidas a sus cacerías. Los pumas muertos por él fueron más de 200. Recuerda una a una a sus víctimas y sabe citar su número, el lugar y los más mínimos detalles de



Cerros Norte y Moyano, vistos desde el valle Moyano



Árboles seculares derribados por ráfagas ciclónicas

la cacería. Donde mató más fue en la estancia "Punta del Lago", propiedad de Teófilo Wynand; el número de sus presas llega a los 70. También en la vecina estancia "María Antonia" de los Biggeri: cuyo número alcanza los 49. Toda esa región andina estaba hasta hace pocos años infestada de pumas que se ocultaban en las anfractuosidades de las montañas y hacían verdaderos estragos entre las ovejas importadas con tanto sacrificio por los estancieros. La mayoría de las veces la caza debía efectuarse en el interior de profundas y oscuras grutas, donde había que avanzar gateando con una luz en la mano, listo para disparar cuando se enfrentaba al felino. Justamente fue en una de esas cacerías, al interior de una gruta, que Paredes pasó un mal rato, cuando, habiéndosele apagado la antorcha, tuvo la poco grata impresión de sentir deslizarse sobre su cuerpo al león que huía, aunque sin ocasionarle ningún daño.

El puma (*Puma concolor*), llamado también león americano, carece de melena; mide, comprendida la cola, 2 metros de largo, a veces más, y tiene 70 centímetros de alto. El animal adulto es gris amarillento, con tendencia a veces al rojo aleonado. Es tímido y huye del hombre. Pero la hembra, cuando tiene cachorros y está hambrienta, lo asalta también, como lo prueban algunos casos, entre ellos el acontecido al mismo Perito Moreno, quien, junto al emisario del lago Viedma, que ahora se llama río Leona, fue asaltado por una hembra hambrienta.



León puma (Puma concolor)

El puma causa muchos daños en las estancias, pues no solamente diezma los rebaños, sino que mata también terneros y potrillos.

Cuando captura a alguno de estos animales, le abre las venas del pescuezo y absorbe con placer la sangre, y luego devora las carnes. A veces es tan goloso por la sangre, que llega a despreciar la carne y entonces mata a un gran número de ovejas –hasta 50 y aun más– solamente para saciar tan sanguinario apetito. Otras veces la matanza en masa de rebaños se debe a la hembra, que junta las ovejas en un lugar determinado y luego lanza sobre ellas a los cachorros para que las maten por entretenimiento y se adiestren en la cacería. Debido a los grandes daños que ocasionan a los rebaños, los estancieros los persiguen encarnizadamente, pagando una libra esterlina por cada cuero de puma muerto.

La caza más fácil y provechosa es la que se realiza durante el invierno, porque los perros pueden seguir fácilmente sobre la nieve las huellas de los pumas. Al verse perseguido, el puma huye, en los primeros 200 metros con suma velocidad, pero luego da señales de cansancio y busca salvarse trepando a un árbol o arrimándose a alguna roca, ante la que permanece inmóvil, defendiéndose de los ataques de los perros con las patas delanteras; la jauría ladra furiosamente a su alrededor quedando a veces varios perros descuartizados por los zarpazos del felino. Mientras el puma se encuentra luchando así con los perros, le resulta fácil al cazador acercarse y matarlo*.

5 de enero – Por la tarde, con Derriard y dos peones chilenos, hice una excursión hasta la cumbre de una montaña en forma de cúpula, que limita por el norte con el fiordo Moyano. Así he podido conocer la configuración de la cuenca terminal del valle y de las montañas circundantes y sacar buenas fotografías. El cielo era luminoso y las montañas suficientemente descubiertas, pero soplaba un viento fuerte y frío del suroeste que nos permitió permanecer muy poco tiempo en



Transporte de nuestros equipos hasta el extremo del valle Moyano

*De Agostini se hace eco aquí de las conocidas quejas de los estancieros respecto del puma patagónico, en lo que ha habido, como lo hay, no poco de exageración y mito, pues como todos los carnívoros en la naturaleza este animal caza sólo lo necesario para su alimentación. Así lo prueban, asimismo, algunos estudios científicos recientes realizados en el Parque Nacional "Torres del Paine" (N. del E.).

Monte Moyano. Soledad



Deposé

Fot. A. M. De Agostini

la cumbre (720 metros), regresando prestamente al campamento.

Una columna de humo, que se levanta al final del valle, nos alarma haciéndonos pensar que se trataba de un incendio en el bosque, pero luego, observando con los prismáticos, nos damos cuenta de que solo era el efecto de violentísimas ráfagas de viento, que embestían furiosamente la cascada de un torrente pulverizándolas y arrastrándolas hacia lo alto en forma de nubes.

La intensidad del viento en ese desfiladero era de una fuerza desacostumbrada, porque al llegar desde el interior, quedaba encajonado como en un gigantesco embudo. Poco después del crepúsculo, el viento adquirió la fuerza de un ciclón. Las ráfagas se acercaban precedidas por un rugido aterrador, que crecía constantemente en intensidad, tronando sordamente en el valle, hasta que llegando a nosotros, se abatían con un fuerte chasquido sobre los árboles y las carpas tan violentamente, que más de una vez temí por la resistencia de estas. Y en efecto, en las primeras horas de la noche, un golpe de viento fortísimo embistió mi carpa volteándola, rompiendo el sostén. Siguió un momento de confusión, pero luego, ayudado por los compañeros, volvimos a levantarla, asegurándola de la mejor manera posible.



Ventisquero en la cuenca terminal del valle Moyano

6 de enero – Ha menguado la fuerza del viento. La temperatura ha bajado y el cielo va aclarándose lentamente. Después de mediodía trepamos por la ladera de una montaña hasta casi 800 metros de altura, y desde allí se nos presenta un estrecho y profundo valle, cubierto de bosques, que lleva a la estancia "Cristina", sobre el lago Argentino, limitado al oeste por el cerro Norte, de 2.950 metros, y por otro majestuoso picacho de igual altura próximo a nosotros, cuya cúspide cupular se encuentra revestida por un espeso manto de hielo en forma de capuchón. No hallándolo indicado en los mapas, lo denomino Moyano, por elevarse al sur de la ensenada homónima. Hacia el oeste, al término del valle Moyano, descubrimos un boquete no muy elevado, desde donde baja una empinada cascada de hielo, que se origina en el glaciar Upsala, del cual alcanzamos a distinguir un sector de su llanura helada. Este descubrimiento despierta en nosotros un vivo deseo de internarnos en la Cordillera y de escalar algunas cumbres desde



Corriente de hielo que baja del glaciar Upsala

donde nos sea posible develar el misterio que allí se oculta.

9 de enero – Hemos debido esperar hasta hoy a que amainara el viento para efectuar el transporte de los equipos hasta las proximidades del glaciar que baja del boquete a 8 kilómetros de distancia, donde he decidido levantar un segundo campamento. El *Leonero* Paredes viene a ayudarnos y gracias a sus caballos, en tres viajes sucesivos, todos nuestros equipajes son transportados junto a un cordón morrénico que limita la vertiente terminal del valle próximo al glaciar.

Hemos levantado las carpas entre un matorral de hayas, que nos ofrece protección segura contra el viento, y hemos construido una choza con troncos de hayas, al modo indígena, decididos a esperar pacientemente a que el tiempo nos regale algún día hermoso para trepar el cordón que nos separa del glaciar Upsala.

A poca distancia de nosotros baja rumoreando un gran torrente glacial que nace del ventisquero.

10 al 19 de enero – También aquí nos persiguen vientos y lluvias interminables. Cuando nos asomamos al estrecho corredor del valle por donde baja el torrente, nos rechazan las ráfagas poderosas que con gran fragor bajan por la garganta interna, levantando en el torrente remolinos de agua pulverizada.

A pesar de todo, también con viento, efectuamos pequeñas excursiones por los alrededores para tomar fotografías y trazar el itinerario de la próxima ascensión. Nuestra meta preferida es un estrecho valle que se interna hacia el sur unos 4 kilómetros más, y termina en la base del monte Moyano, del que pende un pequeño glaciar. Gran parte del valle está revestida de tupidos bosques de hayas en los que el viento casi no se siente, porque lo desvían las montañas vecinas. A lo largo del valle se abren graciosos claros con laguitos, asomándose, imponente, la gran y escarpada mole del cerro Moyano. De cuando en cuando, el silencio del bosque se interrumpe con el ruidoso clamoreo de las cotorras (*Enicognathus ferrugineus*), que revolotean en grandes bandadas y traen un poco de vida a esta soledad adusta y salvaje.



Cuenca de alimentación del glaciar Upsala y montes inexplorados del exterior



Vertiente occidental del cordón Moyano y el campo de hielo que se extiende en el interior de la Cordillera

20 de enero – Anoche nos pareció que tendríamos un hermoso día y por eso Derriard ha vigilado toda la noche impaciente, listo para dar la señal de diana. Nos levantamos muy temprano; el cielo está sereno, y aunque unas ráfagas de viento del oeste dan poca seguridad sobre la estabilidad del tiempo, dejamos, con todo, el campamento y nos encaminamos a lo largo del valle, al principio sobre las morrenas y luego remontando la empinada ladera de un monte revestido de tupidos bosques de hayas, que domina el fondo del valle y cuya travesía resulta muy fatigosa. Tras dos horas y media de dura ascensión, hemos subido más de mil metros sobre el plano del valle, y desde una loma dominante, que forma el borde extremo noreste del monte, contemplamos con sumo interés, un gran glaciar, que desde el monte Campana baja en empinada cascada de crestas hasta el fondo del valle, recibiendo por la derecha una pequeña corriente de hielo que se desborda del glaciar Upsala. Durante una hora continuamos a lo largo de la cresta del monte en dirección suroeste, mientras hacia occidente aparecen las primeras nubes mensajeras del mal tiempo y nos azotan frías ráfagas de viento del noroeste, silbando sordamente entre las rocas.



El valle y el fiordo Moyano vistos desde el oeste



Cruzando un glaciar en el cordón Moyano

A las nueve abandonamos la cresta rocallosa y penetramos en una vasta planicie de hielo, que sube suavemente hacia el poniente, culminando en una roca puntiaguda. A las 11 alcanzamos la cumbre, y nuestros ojos, ávidos de lo desconocido, contemplan uno de los más imponentes espectáculos que pueden ofrecer los picos andinos.

A nuestros pies, limitada por negras y abruptas paredes de esquistos, se dilata una inmensa llanura de hielo y nieve de aspecto intensamente polar, limitada hacia el poniente por blancas cadenas de montañas,



Cordón Moyano y monte Campana



Monte y glaciar Campana



Los montes Moyano y Norte vistos desde el noroeste

próximas a los canales patagónicos. Sobre esta vasta cuenca glacial viene a concluir el altiplano Italia que hemos descubierto el verano anterior, en nuestra primera travesía de la Cordillera, hasta el fiordo Falcón. Más hacia el sur, limitada por los montes Murallón y Cono, baja la enorme corriente del glaciar Upsala hasta el lago Argentino, donde vuelca su frente. Al norte se extiende la cadena Moyano, sobre la que domina la cumbre helada del monte Campana. Hacia el sureste, cerca de nosotros, se elevan los dos majestuosos montes Norte y Moyano, que por este lado, azotados por las corrientes húmedas del noroeste, muestran al desnudo sus paredes rocosas y negruzcas. Es singular la cúspide del monte Moyano, que aparece recubierta por una blanca y gigantesca cofia de hielo. Algo más lejos, hacia levante, se alza también otra montaña, cuya cima porfírica está truncada como una mesa, la que se observa también desde la estancia "Cristina".

Bajo las ráfagas heladas de un viento noroeste, me apresuro a ejecutar un panorama de todo el horizonte y a cumplir algunas observaciones, ya que las montañas amenazan cubrirse. El barómetro indica una altitud de 2.087 metros y el termómetro, 3 grados bajo cero.

En algo más de una hora sobre el hielo, antes radiante de luz, se han acumulado densos nubarrones que se amontonan cada vez más y empiezan a velar las montañas. Apenas he terminado mis trabajos cuando la tormenta nos atropella furiosamente y levanta a nuestro alrededor remolinos de nieve. Dejamos apresuradamente la cumbre y, pocas horas después, volvemos a entrar en nuestro campamento, satisfechos de haber podido conocer esta vastísima zona cordillerana, ignorada hasta entonces, donde se acumulan las más formidables masas heladas de los Andes y en donde parece que se han dado cita las fuerzas más feroces de la naturaleza.

El 13 volvemos a la estancia "Helsinfors", donde permanecemos dos días más efectuando breves excursiones por los montes vecinos.

Desde la estancia "Helsinfors" pasamos nuevamente a la "Segunda Viedma", y de aquí seguimos hacia la "Cerro Fitz Roy", de Andreas Madsen, para continuar nuestros reconocimientos sobre el gigantesco y atrayente macizo del Fitz Roy.

CAPÍTULO XI

DEL PUERTO DE SANTA CRUZ AL MONTE FITZ ROY

En los puertos patagónicos – Los pozos de petróleo de Comodoro Rivadavia – Santa Cruz – Violencia del viento patagónico – Prodigios del trabajo italiano en la dilatada estepa – Poesía de la pampa. Mata Amarilla – El río de las Vueltas en crecida – Navidad a los pies del Fitz Roy

Después de tres años de ausencia vuelvo a ver la costa patagónica y sus escuálidas y atormentadas llanuras, que se extienden y pierden en misteriosas lejanías; vuelvo a oír el viento, el terrible viento patagónico, que silba en mis oídos como el canto de una diana, despertando en mi mente recuerdos lejanos y adormecidos de luchas y batallas libradas para arrancar a las soberbias cumbres andinas sus secretos, sus más recónditas bellezas*.

Desciendo en el puerto de Santa Cruz en un hermoso día de sol (12 de diciembre de 1935), penúltimo pueblo de la costa patagónica, con sus casitas dispuestas en forma de tablero a lo largo de la desembocadura del río homónimo, el más grande de la Patagonia Austral. Conmigo vienen dos guías del valle de Aosta, Luis Carrel y José Pellicier, que traje expresamente de Italia para que me acompañaran en estas nuevas y aventuradas peregrinaciones por los montes y glaciares andinos cercanos al Fitz Roy.

Hemos empleado once días de viaje en vapor para recorrer la distancia de Buenos Aires a Santa Cruz, viaje que si fuera directo, podría realizarse en 4 ó 5 días. En todos los puertos permanecimos uno o dos días, a veces tres o cuatro –según la cantidad de mercaderías, el estado de la marea y el humor del tiempo, casi siempre borrascoso, ya que el viento no parece tener un día de descanso en la Patagonia– para descargar cereales, frutas, automóviles y mercaderías de toda clase, y cargar luego productos de la región, casi exclusivamente lanas y pieles ovinas. A los

*Según se lee en el lamentablemente inconcluso pero igualmente interesante y ameno libro *Monseñor Patagonia. Vida y viajes de Alberto De Agostini, el sacerdote salesiano y explorador* (Ediciones El Elefante Blanco, Buenos Aires, Argentina, p. 122), de Germán Sopeña, entre 1933 y 1935, los tres años de ausencia a los que aquí se alude, De Agostini permaneció en Italia dictando una serie de conferencias. El libro de Sopeña, que recoge los viajes de De Agostini por Patagonia y Tierra del Fuego, no pudo ser terminado por el propio autor pues este murió en un accidente de avión en las inmediaciones del lago Argentino el 28 de abril de 2001, cuando se dirigía a Punta Bandera (N. del E.).



Embarque y desembarque de productos y mercaderías en puerto Madryn

pasajeros no les queda otra distracción que la de contemplar durante días enteros las maniobras de carga y descarga, acompañadas por el ruido ensordecedor de las grúas, que trabajan día y noche. A veces, cuando el mar está calmo, se puede bajar a tierra para desperezar los miembros y conocer algo de la vida y el ambiente de estos solitarios pueblos costaneros, los cuales, debido a la aridez de las tierras que los circundan, ofrecen al viajero muy pocas atracciones.

El primero de estos pueblos costeros al que se llega, después de tres días de navegación, es puerto Madryn, que se levanta en el extremo occidental del golfo Nuevo, enorme bahía circular, abierta al sur de la península Valdés. Por su particular configuración y por la seguridad de su puerto, Madryn se ha convertido en un importante centro marítimo y comercial y representa la salida natural de los productos del valle del Chubut y de los principales centros de la zona, como Trelew, Rawson, Gaiman y Dolavon, con los cuales está unido por medio de una vía férrea de trocha angosta.

Después del puerto Madryn, hacemos escala en Comodoro Rivadavia, la ciudad del petróleo, situada en el extremo del golfo San Jorge. Entre todas las localidades de la Patagonia, Comodoro Rivadavia se destaca netamente por su actividad comercial, su riqueza y vitalidad propias. La prosperidad de esta pequeña ciudad, que se extiende unos 5 kilómetros por una meseta árida y chata, hasta la costa castigada por las olas enfurecidas del mar, se debe al descubrimiento del petróleo, ocurrido casualmente el 13 de diciembre de 1907, al efectuarse una perforación en busca de agua potable.



YPF, en Comodoro Rivadavia. Vista del campamento central

Desde una profundidad de 540 metros, en vez del agua potable brotó, en gran abundancia, un líquido negro mezclado con gas: era el oro negro de la Patagonia. El hallazgo del petróleo convirtió a Comodoro Rivadavia, la incipiente aldea, fundada en 1900 por el italiano Francisco Pietrobelli, en un gran centro de actividad y comercio, influyendo poderosamente en el progreso económico de la Patagonia.

La industria pastoril, que antes de este descubrimiento era la principal fuente de riqueza de la región, pasó a segundo plano. Los 16 millones de ovejas que se cuentan actualmente en la Patagonia, no proporcionan, sumando su lana y su carne, la mitad de la ganancia que se obtiene con el petróleo de Comodoro Rivadavia y de Plaza Huincul. En efecto, mientras la producción anual de lana y carne rinde unos 70 millones de pesos, la del petróleo puede valuarse en 150 millones[1].



Pozo petrolífero YPF

[1] Los casi 16 millones de ovejas que posee la Patagonia producen anualmente 50 millones de kilos de lana (3 kilos por oveja). Fijando en 10 pesos el precio medio de 10 kilos, en base al promedio de ventas del producto en estos últimos decenios –en los cuales osciló entre un máximo de $32, durante la guerra europea, y un mínimo de 7 en la inmediata posguerra– resultaría una entrada de 50 millones de pesos. A esta cantidad habría que agregar aún lo que se gana con la carne para los frigoríficos y con los cueros, que alcanza a los 20 millones de pesos.

Difícilmente se podrá obtener en la Patagonia un aumento de animales ovinos, porque tanto las mesetas como los valles precordilleranos están ya totalmente ocupados por colonos y cargados de rebaños. El único progreso posible en la producción pastoril será el de la selección de las razas para lograr un mayor rendimiento de lana y de carnes.

La producción de petróleo en la Patagonia, en cambio, da mucho mayor rendimiento y aumenta constantemente.

En 1943, la producción argentina de petróleo en toda la República alcanzó 3.952.000 metros cúbicos, representando la de Comodoro Rivadavia el 80 % aproximadamente del total producido en el país. A los yacimientos de Comodoro Rivadavia siguen en la actualidad, en orden de producción, los de Mendoza, con unos 500.000 metros cúbicos anuales; los de Salta y Jujuy, con unos 340.000 y los de Plaza Huincul (Neuquén), con unos 270.000.



Colegio Salesiano Deán Funes, en Comodoro Rivadavia

Después de Comodoro Rivadavia vienen los puertos Deseado y San Julián, pueblos de gran actividad, a donde afluyen los productos lanares del norte del territorio de Santa Cruz, desde la costa hasta los lagos Belgrano y Buenos Aires, que están a 500 y más kilómetros en el interior, al pie de la Cordillera.

En estos últimos puertos de la costa patagónica, desde Deseado a Gallegos, la entrada y salida de los barcos está supeditada al estado de la marea. Para poder entrar y salir, el capitán debe llevar un cálculo escrupuloso de la altura de la marea, del tiempo de puerto y de la fuerza y dirección de las corrientes, para no varar el vapor en los bancos de arena. Las mareas de la costa patagónica son excepcionalmente elevadas, alcanzando una amplitud de hasta 14 metros en los puertos de Río Gallegos y Santa Cruz, originando grandes corrientes, cuya velocidad en las mareas de las sicigias, alcanza hasta las siete millas por hora. Santa Cruz, situada a 52° 2' de latitud sur, fue hasta 1898 la capital del territorio. Es el pueblo de la costa que tiene menos población, poco más de mil habitantes, debido a que gran parte de la actividad y del comercio se los sustrae Piedra Buena, floreciente localidad que se encuentra 35 kilómetros más adentro, en la orilla izquierda del mismo río.



Fardos de lana listos para el embarque



Panorama de Puerto Deseado

A Santa Cruz convergen los caminos que conducen a los lagos Argentino, Viedma y San Martín, a los pies de la Cordillera.

Es notable, entre los escasos edificios de material, la iglesia de los salesianos, quienes se radicaron allí desde 1885, a la llegada de los misioneros P. Ángel Savio y P. José Beauvoir.



Puerto Deseado. Embarque de pasajeros

En las cercanías de Santa Cruz, a lo largo de la costa atlántica, abundan las focas, los pingüinos y cormoranes. En Punta León, unos 50 kilómetros al sur de Santa Cruz, en un islote, vive un número infinito de estas aves (*Stercolarius magellanicus*). El guano depositado por los mismos, durante quién sabe cuántos años, forma una espesa capa de un metro, y recién ahora comenzó a recogerse por una sociedad comercial que lo transporta a Santa Cruz y de allí a Buenos Aires. En algunos tramos de esta costa, de cincuenta y a veces cien metros de altura cortados a pique sobre el mar, se observan curiosos e interesantes fenómenos de erosión en forma de grutas y portales, de los cuales tomé las fotografías que aquí se reproducen.



El guano de un metro de espesor es extraído y embolsado

En Santa Cruz permanecimos tres días para completar nuestras provisiones, hasta que una mañana, a eso de las 8, después de cargar nuestros equipajes y víveres en un camión, dimos comienzo a la travesía de las inmensas y escuálidas mesetas patagónicas, que se extienden por casi 400 kilómetros antes de llegar a la Cordillera.

En ese primer día teníamos como única meta llegar a la estancia "Julia", distante 100 kilómetros, donde Menotti Bianchi, un toscano de Siena que desde hace más de 30 años tiene dedicadas sus energías y altas dotes de experto administrador al servicio de la Sociedad Menéndez Behety, la más grande compañía comercial de la Patagonia. Menotti ha realizado un milagro de tenacidad y de trabajo, convirtiendo en ubérrimas campiñas de alfalfa, legumbres, hortalizas, cereales y plantas frutales, unas tierras antes arenosas y desiertas.

Manejaba el camión un joven uruguayo que desde hace algunos años se dedicaba al transporte de lanas de la Cordillera a la costa. Al salir de Santa Cruz, el camión se dirigió hacia el poniente por un estrecho cañadón, tajado tortuosamente por la inmensa meseta y, después de algunos kilómetros, alcanzamos su punto culminante. Empezábamos a cruzar una de esas inmensas mesetas, que se van escalonando gradualmente hasta la Cordillera, cortada en su comienzo, cerca del océano, por el ancho estuario de Santa Cruz, el cual se prolonga tierra adentro en el tortuoso valle del río homónimo, flanqueado por altos y abruptos barrancos tobáceos.

A 35 kilómetros de Santa Cruz, el camino deja la meseta y desciende rápidamente hacia el fondo del valle, surcado por el río Santa Cruz, en cuya orilla izquierda surge el pueblo Luis Piedrabuena, antes Paso Ibáñez. El valle, gracias al influjo benéfico de las aguas del río, adquiere un aspecto alegre y fresco, con sus campos de pastos verdeantes y algunos manchones de árboles.



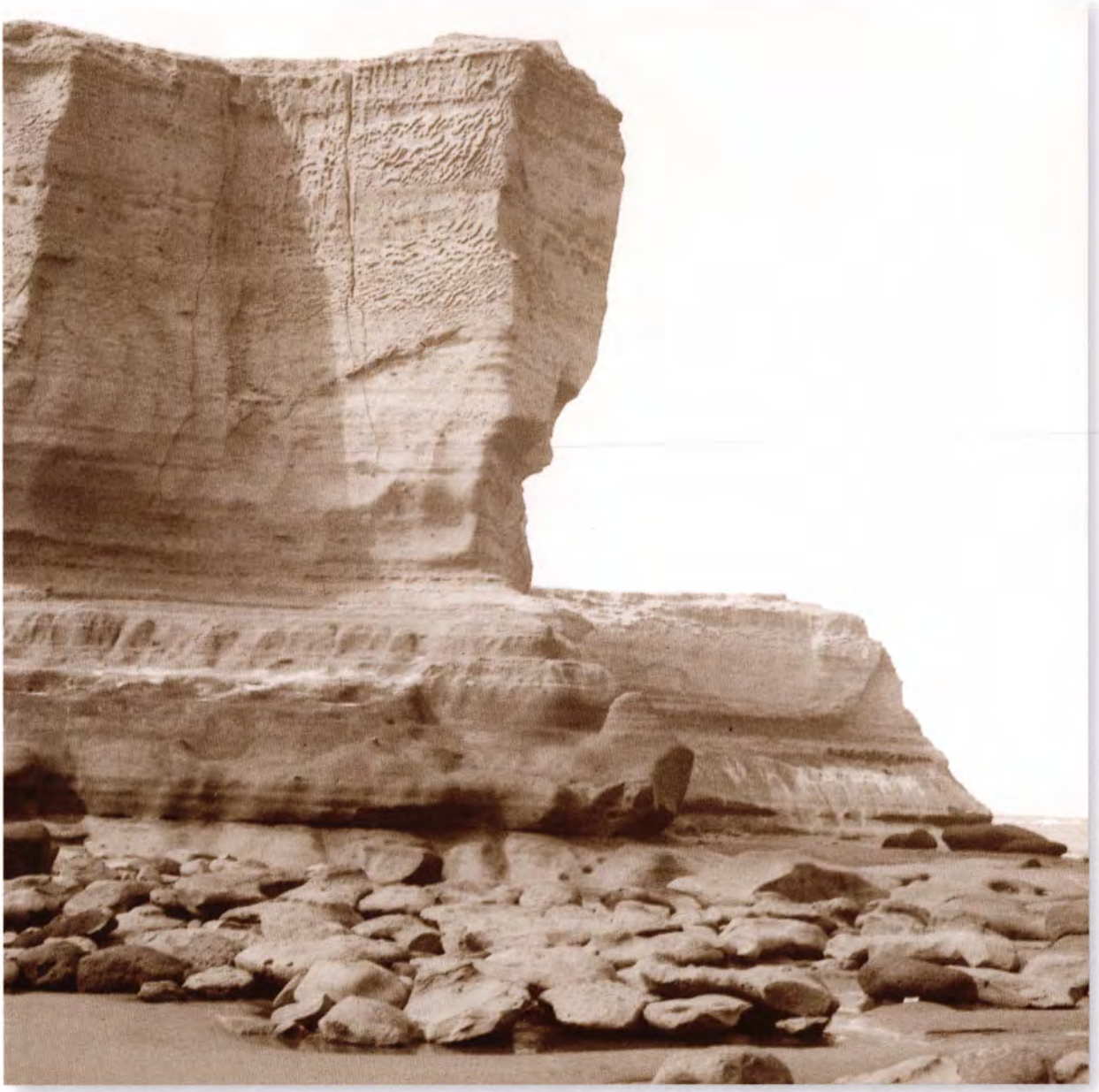
La balsa en el río Santa Cruz



Monte León. *Miles de cormoranes durante la empolladura*



Un ejército de pingüinos en un islote cercano a Santa Cruz



Una imponente pared de la isla Monte León esculpida por el mar

A falta del puente, que está en proyecto desde hace muchos años, el cruce del río se hace sobre una balsa, el característico *ferry-boat* patagónico, que consiste en una chata sujeta por roldanas a un largo cable de acero que avanza empujada por las mismas aguas que corren en bajada. Cuando el río está crecido por los deshielos, su ancho alcanza los 800 metros, aunque normalmente no pasa de los 450*.

*Desde los años de 1960 un espléndido puente de mampostería une las riberas del río en el mismo lugar donde antaño se realizaba el balseo. En los años de 1980 se agregó un segundo puente, aguas arriba, en el paraje denominado Charles Fuhr (N. del E.).



Monte León. *Una puerta de mar excavada en los acantilados marnosos de la costa*

Cruzando el valle del río Santa Cruz, la vista puede espaciarse sobre horizontes vastísimos, llanuras interminables que se extienden hacia occidente, alteradas solamente por escasas depresiones (cañadones).

Mientras tanto, el viento, que por la mañana soplaba moderadamente, adquiere poco después una intensidad impresionante. El horizonte aparece pronto velado por las nubes de polvo



Población de Santa Cruz y su puerto

y arena que corren locamente por la llanura empujadas por el viento, haciéndose cada vez más densas y cayendo luego con extremada violencia sobre nosotros. El automóvil, vencido por el ímpetu de las ráfagas, parece detenerse, mientras con su crepitar violento los granos de arena y las piedrecillas golpean furiosamente contra el cristal del parabrisa, que en pocos instantes se empaña como si se hubiera sometido a la acción limadora de un esmeril.

"Hace poco tiempo –me dice el conductor– he tenido que cambiar el parabrisa de un automóvil porque se había vuelto opaco a causa de estas descargas de piedritas. Conté el hecho en Buenos Aires, pero no querían creerlo; y sin embargo, la verdad es que el viento de la Patagonia ¡sabe hacer esa y otras muchas maravillas!"



Iglesia y colegio de los Padres Salesianos en Santa Cruz

Dos horas lleva el coche avanzando fatigosamente en medio de la tormenta hasta llegar a otra importante depresión hidrográfica por donde corre el río Chico, que nace en la Cordillera, cerca del lago Belgrano. Allí el camino se adentra serpenteando algunos kilómetros sobre una tierra insidiosa, entre charcos y pantanos, residuo de recientes inundaciones, pues el río desborda en las crecidas primaverales. Superado este difícil y molesto trecho de camino, llegamos en las primeras horas de la tarde a la estancia "Julia". Saliendo de la escuá-



Cosecha de alfalfa en la estancia "Julia"

lida y arenosa estepa, entramos de súbito en un verde oasis de pastos y sembradíos, entre avenidas sombreadas por hileras de álamos y sauces, que gimen martirizados por el viento. Un penetrante y agradable olor a hierba proviene del reciente corte de una extensa área de alfalfa, difundiéndose por todo el derredor; me parece haber llegado en plena cosecha a un fértil valle de clima templado.



Cultivo de cebollas en la estancia "Julia"

A medida que el auto penetra en las elegantes y amplias avenidas, bordeadas de setos de flores, aparecen por ambos lados extensos cultivos de hortalizas, legumbres y farináceas de una exuberancia y desarrollo maravillosos; perales, manzanos y otros árboles frutales nos muestran sus ramas cargadas de fruta[2].

[2] Entre los productos de la estancia "Julia", que dan hoy, después de los muchos y cuidadosos experimentos de selección realizados por el señor Bianchi, y por sus buenas calidades de sabor y conservación, seguro y provechoso resultado comercial, están las papas, de inmejorable calidad y rendimiento, y con un índice de producción que puede extenderse hasta llenar las necesidades del mercado regional. Lo mismo puede afirmarse de las cebollas, ajos, tubérculos forrajeros, farináceas, tomates y legumbres de toda especie. La fruta, especialmente las manzanas, peras, ciruelas y duraznos de diverso tipo, compiten en calidad con los mejores del país y se cosechan en una cantidad susceptible de aumento, con respecto al consumo local y de otras zonas. El más importante de estos trabajos, sin embargo, es sin duda la transformación de tierras arenosas e improductivas en vigorosos alfalfares que permiten el pastoreo y engorde de millares de corderos. La cosecha de este precioso forraje alcanza a varios miles de toneladas anuales y constituye un valioso recurso para aquellas estériles regiones.



El milagro del agua en la estancia "Julia". Canal de riego

La sorpresa es tanto mayor cuanto que mis ojos, irritados por el viento y enceguecidos por el polvo, conservan aún, en toda su escualidez, la visión de las inmensas pampas arenosas cubiertas por escasas y espinosas hierbas amarillentas.

El mérito de esta transformación se debe a Menotti Bianchi. La estancia "Julia", privada de toda protección natural y expuesta a los violentos vientos patagónicos, estaba hasta hace algunos años invadida por la arena, que aumentaba constantemente, formando médanos y amenazando sepultar los edificios e instalaciones. El único medio para salvar de la ruina aquella tierra era inundarla de agua, pero esta se encontraba distante y su conducción resultaba sumamente difícil por la naturaleza insidiosa del terreno. A pesar de estas dificultades, Bianchi puso manos a la obra con escasos medios mecánicos y con la ayuda de algunos trabajadores italianos. A 8 kilómetros de la estancia construyó un dique sobre la orilla del río Chico, dio comienzo a la construcción de un canal y, después de vencer numerosos obstáculos, el peor de los cuales era la naturaleza arenosa del suelo, que cedía fácilmente a los golpes del viento, provocando la pérdida en pocos momentos del trabajo de varias semanas, el agua llegaba a destino y se comenzaba con el saneamiento de los terrenos próximos a la estancia. Fueron emparejadas verdaderas montañas de arena acumuladas por el viento; se hicieron canales de desagüe y de irrigación; se niveló el terreno; se aró y se sembraron hierbas destinadas a fijar las arenas. Cientos de miles de plantas forestales fueron distribuyéndose en una superficie de 500 hectáreas de terreno para protegerlo contra la furia de los vientos. La constancia y tenacidad del hombre triunfaron al fin sobre la adversa naturaleza,



Cultivo de alfalfa en la estancia "Julia"

y Bianchi vio en pocos años coronados sus esfuerzos por el éxito más halagüeño. Este trabajo de saneamiento en forma tan racional, desconocido hasta entonces en la Patagonia austral, señala el comienzo de una nueva fase de explotación de estas tierras: la del cultivo de productos agrícolas, que hasta ayer se creía imposible conseguir en amplia escala y con fines comerciales.

En la Patagonia austral oriental (territorio de Santa Cruz), el área apta para el cultivo se limita a los valles precordilleranos, a las depresiones hidrográficas, cañadones irrigables por los escasos ríos perennes que bajan de la Cordillera, ya que en las mesetas, que constituyen el 80% de la superficie total, la escasez de las lluvias, la fuerza del viento y la aridez del suelo pedregoso impiden por completo toda clase del cultivos.

En cambio, las zonas apropiadas para la verdadera agricultura son las del valle del río Negro y las del tramo inferior del río Chubut donde, por ser el clima más suave, se produce trigo, maíz, alfalfa, vino y fruta en abundancia.

Pero la Patagonia austral oriental será siempre una zona esencialmente pastoril; la producción agrícola podrá desarrollarse y aumentar sólo relativamente a las necesidades de la población local.



Poesía de la pampa. Cúmulos

En la estancia "Julia" pude conocer a los humildes artesanos de este arduo trabajo: el capataz Ángel Francia, romano; los hermanos Silvio y Luis Gasparini, venecianos; Juan Ferrando, piamontés, y algunos otros robustos trabajadores italianos que, bajo la dirección de Bianchi, contribuyeron con sus vigorosos brazos y su técnica agrícola al feliz cumplimiento de la obra.

La Sociedad Ganadera Menéndez Behety, a la cual pertenece la estancia "Julia", sin mirar en gastos, ha realizado una obra de cultivo y saneamiento digna de los mayores elogios, que podrá servir de modelo para el futuro agrícola de la Patagonia austral[3].

Volvemos a partir a la mañana siguiente con la esperanza de recorrer el camino que aún nos queda para llegar a la estancia "Primera Viedma". El viento casi ha cesado; en el cielo, de un azul clarísimo, vagan unas pocas nubes y la inmensa extensión de la pampa, bajo los rayos luminosos del sol, es una lámina interminable de plata salpicada en oro.

[3] La Sociedad Menéndez Behety debe su fundación al gran iniciador y propulsor del progreso de la Patagonia, don José Menéndez. La prodigiosa actividad de este asturiano inteligente y tenaz, llegado a Punta Arenas en 1875 y muerto en Buenos Aires en 1918, se manifestó en la fundación de las más diversas empresas comerciales con visión clara y segura del próspero porvenir de la Patagonia. También a él se debe la fundación de la importante Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia, la cual posee casas sucursales y bancarias en todas las poblaciones costeras e internas de la Patagonia y una flota de barcos de cabotaje, que hacen servicio regular para todos los puertos de la costa patagónica y la Tierra del Fuego, desde Ushuaia a Buenos Aires.



Rodeo en la Pampa. Atardecer.

El auto corre velozmente horas y horas por la inmensa meseta, cubierta con la alfombra amarillo pálida de las hierbas erizadas del coirón, y nos parece que vamos caminando lejos, lejos, hacia lo desconocido, hacia lo infinito.

Ningún árbol rompe la monotonía del paisaje; sólo encontramos algunas manchas de calafate y mata negra, que en la lejanía adquieren proporciones extraordinarias y que, a lo largo del camino, nos parecen vehículos que van marchando por nuestro mismo camino hasta que, al acercarnos y comprobar su inmovilidad, descubrimos el engaño en el que hemos caído. Particularmente al amanecer y al anochecer, las grandes sombras, proyectadas oblicuamente, imprimen formas gigantescas al más pequeño animal que pasta en la pampa; una oveja se vuelve un elefante; un caballo parece un monstruo antediluviano, las más leves ondulaciones del terreno se nos antojan colinas. La interminable sucesión de estas mesetas infinitas, escuálidas, desoladas, causa en el viajero una impresión de soledad y de tristeza tan grande como la que debió haber experimentado el naturalista Darwin cuando les dio la injusta denominación de "tierra maldita".

Pero a pesar de la desnudez, la monotonía y la falta de relieves del chato paisaje, de la pampa patagónica, emana de ahí una inmensa y sublime poesía.



Valle del río Chico visto desde el cerro de la Ventana

La sabiduría creadora de Dios, que lo ha dispuesto todo maravillosamente, ha distribuido también aquí, con generosa mano, tesoros de belleza y encanto, que vamos descubriendo poco a poco en la variedad de los cuadros que la luz solar, la sombra, la calma y la tempestad van produciendo con maravillosa fecundidad, a cada hora y a cada instante. La misma extensión interminable de la pampa, vasta como un océano, produce en el ánimo un sentido vago y agradable de lo infinito y parece aquietar los innatos anhelos del espíritu humano hacia los espacios inconmensurables de horizontes sin límites. Sus cielos majestuosos, ya cubiertos de nubes oscuras y tempestuosas que se agolpan en el horizonte y huyen en furioso galope arrastradas por el viento, ya teñidos con las más delicadas tonalidades de rojo y amarillo, de verde o violeta, que se difunden en sus atardeceres de fuego; sus tardes de calma, llenas de luz y calor flotando sobre un celeste tenue y purísimo, transportan el pensamiento a visiones paradisíacas y ofrecen espectáculos tan profundamente sugestivos que nunca se podrán olvidar.

A 3 horas de la estancia "Julia" se encuentra la laguna Grande, asiento de una comisaría y de un boliche donde el viajero puede encontrar abrigo y descanso en su largo y monótono viaje



Rebaño de corderos pastando

por la pampa. De Laguna Grande sale hacia el norte el camino que lleva al lago Cardiel, nombre que recuerda al misionero jesuita José Cardiel, que visitó la Patagonia en 1745. La vasta cuenca de este lago, con sus aguas salobres de un color verde oscuro, está encerrada entre escuálidas y solitarias mesetas, pobladas acá y allá por estancias. En su orilla oriental se levanta un picacho de roca volcánica, hosco y oscuro, llamado cerro Negro.

A lo largo del camino que lleva al Cardiel, hacia levante, domina majestuosamente la pampa otra cumbre basáltica, el cerro de la Ventana, que en su aguda cima ostenta un gran boquete, parecido a una ventana, lo que precisamente dio origen a su nombre. Desde la cumbre, que subí en otra de mis excursiones, se admira un grandioso panorama sobre el fértil valle del río Chico que serpentea a sus pies en gigantescas espirales.

Hacia el mediodía tocamos Mata Amarilla, formada por un hotel y la estancia "La Soriana", que posee extensos cultivos de forraje y toda clase de árboles frutales.

Proseguimos a lo largo del valle del río Chalía, que aquí se vuelve más angosto y describe repetidas curvas, serpenteando en una verde llanura de pastos, pespunteada por las manchas blancas de las ovejas.

A 10 kilómetros de Mata Amarilla fue fundada hace pocos años una pequeña aldea, Tres Lagos, donde viven algunas familias de colonos. Hay algunas elegantes casitas de cemento, dos



La "Piedra Clavada" (Tres Lagos)

hotelitos, la escuela, la comisaría y una pequeña capilla. Este paraje es conocido también con el nombre de Piedra Clavada, debido a una rara y gigantesca piedra de arenisca compacta que, corroída en su base por efecto de la degradación meteórica, se levanta de su delicada base como una gigantesca hacha, de efecto magnífico.

En dos horas cruzamos el valle del río Chalía, entre guijarros y malezas, y luego volvemos a subir por los largos cordones morrénicos, que limitan hacia levante el lago Viedma, cuyas aguas podemos divisar finalmente en las cercanías de Punta del Lago, donde existe una pequeña casa comercial y otro hotel.

Bordeamos todavía durante una hora las orillas septentrionales del lago, y he aquí que llegamos a la estancia "Primera Viedma", perteneciente a la Sociedad Menéndez Behety, donde cerramos otra etapa antes de penetrar en la cordillera.

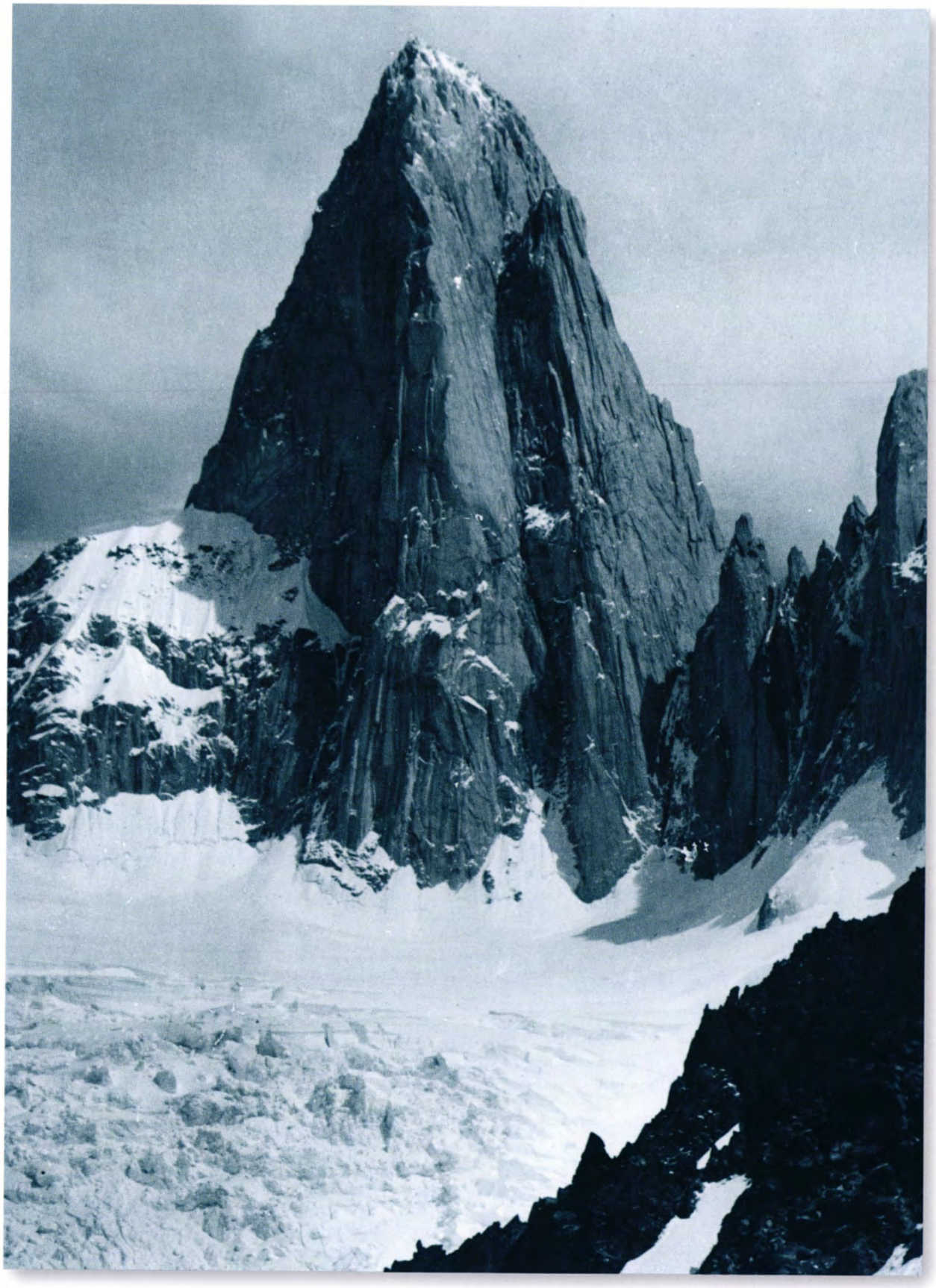
Noticias recién llegadas de la Cordillera, de las proximidades del Fitz Roy, aseguran que los ríos están en crecida por causa del deshielo y no permiten su cruce. En el río de las Vueltas, que nosotros debemos atravesar, fue arrastrado hace pocos días por la corriente un carro cargado de víveres y utensilios, perteneciente al estanciero Albertsen, pereciendo tres yuntas de bueyes y logrando salvarse a duras penas los hombres montados a caballo. Ya veremos la manera de proseguir.

La elevada cadena de montañas, que hacia poniente sirve de fondo espectacular a este lago, se nos presenta al atardecer resplandeciente de nieves y glaciares, con las cumbres veladas en parte por las nubes, entre las cuales el sol, próximo a ponerse, proyecta sus fantásticas luces.

De tanto en tanto, un soplo de viento desgarra ese velo misterioso y aparecen en toda su soberbia belleza, picachos afilados, paredes acantiladas, pináculos y torres de aspecto terrible, entre las cuales domina la gigantesca pirámide del Fitz Roy.

Nos encontramos por fin en el reino de nuestros ensueños. Los guías contemplan largamente el grandioso espectáculo mientras en la expresión de sus rostros y sus palabras se manifiesta su estupefacta admiración.

La torre del Fitz Roy (3.375 m)



Deposé

Fot. A. M. De Agostini



Puente colgante sobre el río de las Vueltas

En la estancia se trabaja activamente en la marca de las ovejas y todos los días llegan rebaños de varios millares de cabezas que los ovejeros, a caballo y ayudados por los perros, van a reunir en los valles próximos. Son 60.000 las ovejas pertenecientes a esta estancia que deben ser llevadas, poco a poco, a las varias secciones de la misma, para poder separar las madres de los corderos, los cuales son señalados con la marca de la estancia.

Hacia fines de diciembre se dará comienzo a la esquila y entonces habrá que repetir nuevamente el rodeo de todas las ovejas, lo que mantendrá en un trabajo agotador, durante un mes, a unos 60 hombres.

Estos terrenos preandinos reciben mayor cantidad de lluvias que los de la región costera y, por lo tanto, sus pastos son mejores y pueden alimentar mayor número de ovinos. También la avifauna está representada por una mayor cantidad de pájaros, que en otros países más poblados constituiría el paraíso de los cazadores; aquí, en cambio, nadie les hace caso, porque las ovejas ofrecen carne excelente y son más que suficientes para las necesidades de los habitantes.

Las aves que más abundan son las avutardas (*Chloephaga magellanica*), grandes como gansos. Sus plumas son negro-grisáceas con manchitas blancas, y viven en bandadas de 20 a 50. Prefieren los pastos tiernos y comen mucha hierba en perjuicio del ganado.

Son también numerosos y de varias especies y tamaños los ansares. Los más pequeños se reúnen en bandadas de más de 100. En los pequeños lagos y pantanos, junto a la mancha negruzca de los ansares, se destacan los elegantes cisnes (*Cygnus melanocoryphus*), cuyo cuerpo es de un candor níveo y el cuello y la cabeza negros; y junto a ellos, los flamencos (*Phoenicopterus*



Ovejas y corderos en un corral

chilensis) con sus plumas de color rojo escarlata, que forman un contraste extraño y bellísimo con las aguas azules del lago.

Después de 4 días de espera llegó finalmente la noticia de que las aguas del río habían disminuido algo y así pude disponer que el carro de la estancia, tirado por tres pares de bueyes y cargado con nuestros equipos y víveres, saliera con rumbo a la estancia "Cerro Fitz Roy", distante unos 70 kilómetros. Desde este último centro habitado, muy próximo a la alta cordillera, podremos penetrar con facilidad en los valles interiores, próximos al Fitz Roy, donde pensamos establecer nuestro campamento.

Me preocupa el temor de que en los cruces que será preciso efectuar a través del río de las Vueltas, nuestros equipajes y víveres puedan ser arrastrados o dañados, pero llega oportunamente el danés Andreas Madsen, propietario de la estancia "Cerro Fitz Roy", viejo colono y profundo conocedor de la región, quien ya en viajes precedentes me había prestado su valiosa ayuda. Advertido por mí, vino a esperarnos en la margen del río con un carro tirado por caballos. Era Nochebuena y se hacía necesario apurar el viaje para llegar esa misma noche a su estancia, donde la familia nos esperaba para pasar juntos la gran solemnidad.



Fardos de lana en la estancia "Primera Viedma"

Nuestro carrero, acompañado por un joven chileno a quien yo había contratado como changador en la "Primera Viedma", había llegado muy de madrugada al río, pero, sin atreverse a cruzarlo con la carga completa, pues estaba todavía crecido, había seguido el viaje a lo largo de sus accidentadas orillas, sin camino de ninguna clase, para llegar, 5 kilómetros más al norte, a un puentecito suspendido con cables sobre el río, que en ese lugar se encajona entre dos pronunciadas barrancas. Allí hubiera sido posible efectuar a hombros el transporte de todo el equipaje, sin dañarlo, para cargarlo luego sobre el carro que había cruzado vacío el río.

Poco antes del mediodía nos encontramos cerca del puente y en dos horas de pesado trabajo todo nuestro equipaje quedaba depositado en la cumbre de una meseta en la orilla opuesta. Mientras el carro deshacía su camino, dando una gran vuelta para cruzar el río y volver luego al mismo punto, nosotros proseguimos el viaje hacia la estancia "Cerro Fitz Roy", dejando al guía Carrel para que custodiara los víveres.

Abandonando la orilla del río de las Vueltas, enfilamos un cañadón que serpentea entre antiguos cordones morrénicos, donde Madsen ya tiene listos tres caballos, fuertes y dóciles, los mejores que posee y de los cuales se sirve cuando debe efectuar viajes largos y cruces peligrosos, con un singular vehículo que llama nuestra atención.

"No se extrañe, Padre –dice Madsen–, este es un coche, si así quiere llamarlo, de mi construcción; una especialidad cordillerana. Aquí se dispone de medios escasos y hay que



El Fitz Roy al ponerse el sol

arreglarse como mejor se puede. Ajusté sobre las ruedas de un carro, la carrocería de un viejo automóvil y de esa forma ha salido un vehículo híbrido, entre carro y auto, en el cual puedo viajar cómodamente con mi familia."

Presento mis felicitaciones al genial constructor y tomo asiento en el coche con el guía Pellicier. Siento fuertes sacudidas de las ruedas, que rebotan sobre las irregularidades del terreno, apenas los caballos han tomado el trote; advierto que al extraño vehículo le faltan los neumáticos y amortiguadores. Vamos penetrando en un amplio valle, que se eleva gradualmente entre mesetas morrénicas y termina a los pies del "Cerro Fitz Roy" que, completamente descubierto, domina con toda su hilera de agujas el fondo del valle.

Los últimos rayos del sol que está ya por ponerse, bullen con luz oblicua detrás de la misteriosa cadena de los Andes, e imprimen a las paredes graníticas del Fitz Roy y de sus satélites, el aspecto de bloques incandescentes, envueltos en un fuego devorador que parece brotar de las entrañas mismas de la Tierra. Las nubes que surgen detrás de las montañas impulsadas por el viento suroeste, henchidas de vapores de un color azulado intenso, se vuelven de pronto diáfanas y luminosas, se encienden de púrpura y oro y se despliegan con aéreos arabescos sobre el fondo del cielo de un celeste tan puro y delicado que hipnotiza los sentidos. Son breves instantes; el incendio se va apagando gradualmente, las tintas se amortiguan, el rojo escarlata se destempla en un rojo pálido y finalmente se apaga todo en un violeta sombrío*.

*En este atractivo lugar, el gobernador de Santa Cruz, Arturo Puricelli, fundó en 1985 el pueblo de El Chaltén, como asentamiento de soberanía argentina. La acción debe ser entendida en el contexto de tensión chileno-argentina por la denominada "Cuestión de la Laguna del Desierto" y por las posiciones encontradas en lo referido al curso del límite en el sector del Campo de Hielo Patagónico Sur (N. del E.).



La estancia "Fitz Roy" de A. Madsen, en el valle homónimo

El Fitz Roy aparece entonces como un desmesurado bloque de diaspro frío, que desgarra el cielo con sus agujas e impera majestuoso en la soledad misteriosa de aquellos montes, mientras que por mucho tiempo aún, en el poniente, se refleja un abanico de luz pálida y vaporosa.

A medida que avanzamos, el valle se hace cada vez más angosto y accidentado, mientras los primeros contrafuertes del Fitz Roy bajan a cerrar el curso del río de las Vueltas que, impetuoso y lleno de agua, se abre paso a través de dos barreras rocosas, erguidas verticalmente centenares de metros sobre las aguas, como bastiones formidables. Mientras tanto, hemos llegado casi al término de nuestro viaje.

El torrente del Fitz Roy, que nace cerca de las faldas meridionales del monte homónimo, lleva ahora escasa agua y lo cruzamos fácilmente. Un breve trecho más, en el valle estrecho y llano, y luego llegaremos a la estancia, que se oculta detrás de una mancha de bosque. Pero antes de llegar debemos atravesar el río de las Vueltas, un cruce de unos 60 metros de ancho, difícil y peligroso para quien no lo conozca, aunque no para Madsen, que lleva grabadas en la memoria todas las desviaciones de los bancos y los desplazamientos ocurridos durante las crecidas; sigue diariamente la subida y la bajada de las aguas, y tiene en la orilla infalibles puntos de referencia que le saben decir claramente si el río puede cruzarse o no. Unos metros más a la izquierda o a la derecha significa caer en profundos zanjones, donde el caballo debe nadar forzosamente, con riesgo de ser arrastrado por la corriente. Casi todos los años hay que lamentar víctimas en los cruces de estos traicioneros ríos, especialmente entre los trabajadores de las estancias, quienes, por falta de puentes, se ven obligados muchas veces a intentar el cruce arriesgando la vida.

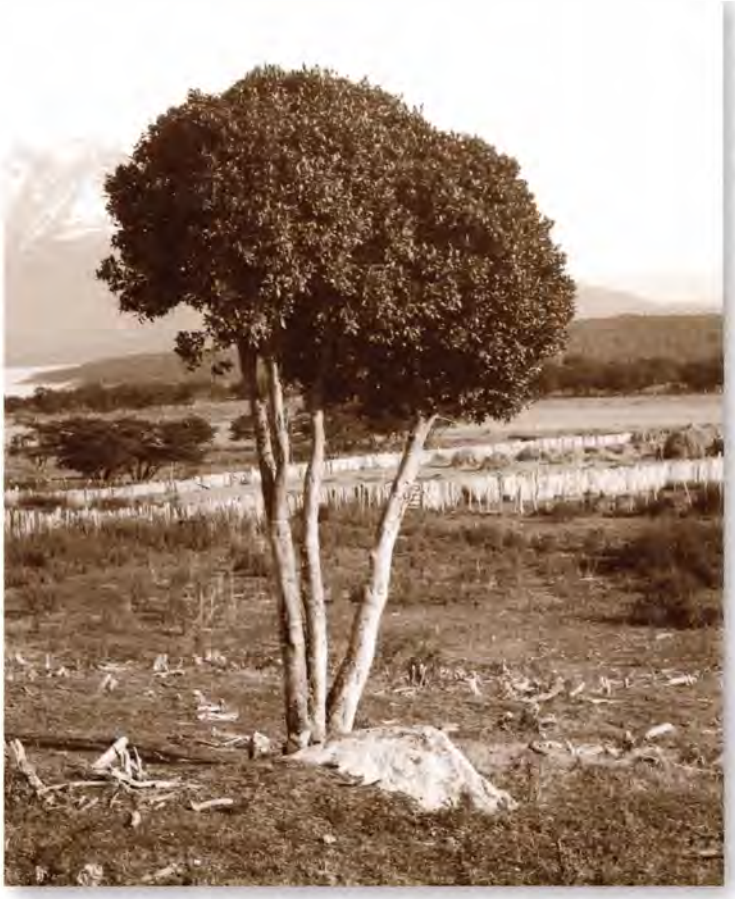
Apenas tocamos la orilla opuesta, escuchamos el fuerte ladrido de los perros de la estancia, que han advertido ya nuestra llegada. Después de unos centenares de metros, divisamos, detrás de una mancha de hayas, las hermosas casitas de la estancia, que se levantan en la ladera de una meseta lacustre rodeada por cultivos de hortalizas y unos pocos árboles frutales.



Monte Grande (empezando por el lado izquierdo), monte Solo, cordón Adela y monte Torre vistos desde el levante

Con sumo placer vuelvo a contemplar este oasis de paz escondido en la soledad de estos pintorescos valles andinos, ya visitados por mí otras dos veces, y que fue el punto de partida para mis excursiones hacia el interior de la Cordillera.

En el umbral de la casa nos espera la familia: la señora, una niña y dos varoncitos que acaban de llegar a caballo de una estancia cercana, para pasar con la familia la fiesta de Navidad. Para estos colonos, que pasan meses enteros sin ver a una persona extraña, constituye siempre un pequeño acontecimiento la llegada de un forastero, al cual acostumbran prodigar la más cordial hospitalidad. Entramos en la modesta casita de madera pasando por la cocina, donde la señora está atareada en preparar masas, tortas y otras golosinas para la festividad de mañana, y luego, henos ya en la sala de recibo, en cuyo centro se levanta el árbol de Navidad, una pequeña haya magallánica con sus hojas coriáceas de hermoso verde reluciente, alrededor del cual la hija de Madsen coloca cintas, premios y velas que deberán ser encendidas durante la fiestita. Las paredes de la sala están cubiertas de trofeos de caza; cabezas de pumas embalsamadas, cuernos de huemul, y sobre los muebles, pieles de guanaco y de zorro, y otras curiosidades de la región. Numerosas fotografías, sobre las cuales domina siempre la silueta gigantesca del Fitz Roy, aparecen distribuidas por las paredes. Algunas, ya amarillas por el tiempo, recuerdan a parientes y amigos de años lejanos, cuando Madsen y su familia acababan de establecerse en el valle.



Leña dura (Maitenus magellanica)

Madsen recuerda con placer y emoción aquellos primeros años, y su palabra se anima y su rostro se ilumina de repentina alegría. Recuerda cómo llegó por primera vez a este paraje, en 1901, y regresó en 1902 y 1903, acompañando a la comisión argentina que debía determinar los límites con Chile y que estaba presidida por el topógrafo Ludovico von Platten y el capitán Hugberg. Relata cómo el encanto de aquellos valles, su fertilidad y, especialmente la fascinación que sobre él ejercía el Fitz Roy, lo movieron a establecerse en ellos con la familia, cosa que solamente consiguió llevar a cabo en 1906, edificando la primera casita e importando las primeras ovejas. En aquel tiempo todos estos valles solitarios eran completamente deshabitados y desconocidos. Por doquiera se divisaban rebaños interminables de guanacos y de ciervos que, sin atemorizarse, permitían aproximarse a ellos. Hasta los zorros seguían a sus perros cuando se internaba en el valle.

La noche transcurre alegremente tocando algunos discos y escuchando los interesantes relatos de Madsen, quien nos cuenta sus aventuras de caza y sus viajes, concluyéndose con la tradicional fiestita del árbol de Navidad. Toda la familia se reúne en la sala y se dispone alrededor del árbol, mientras la niña enciende los cirios, sobre las ramas filigranadas de oro y plata. Luego, la señora entona en voz alta un himno al Niño Jesús en el idioma de su país natal, y todos los presentes se unen al coro.

Un cantar rítmico y melancólico, robustecido por la voz de los hombres y dulcificado por las voces de los niños y de las mujeres, resuena poderosamente en la sala iluminada por la luz de los cirios. Después de una breve pausa, los familiares reanudan con mayor ánimo el canto y, asidos de las manos, giran lentamente alrededor del árbol de Navidad.

Al terminar el canto, la señora extrae del cajón un viejo libro de oraciones y lee en voz alta el pasaje del Evangelio en que el evangelista San Lucas describe el nacimiento del Niño Jesús en la cabaña de Belén, y narra cómo los pastores, avisados por los ángeles, acuden a adorar al Mesías recién nacido.



Puesta de sol en la "Primera Viedma"

Por la mañana celebro la Santa Misa, a la cual asiste toda la familia, feliz de ver tan bien coronada la hermosa fiesta de la Natividad.

Poco antes de mediodía los perros anuncian la llegada del carro. Carrel lo precede con paso ágil y viene a relatarnos alegremente sus aventuras.

–¿Y por qué no regresaron anoche? –le pregunto.

–El carro llegó demasiado tarde –me contesta–, los bueyes estaban cansados y el carrero creyó oportuno darles un poco de descanso para reanudar el viaje a la madrugada.

–¿Y cómo pasaron la noche?

–Magníficamente. No hacía frío y nos pusimos a dormir sin levantar siquiera la carpa. Dormí perfectamente, pero al amanecer comenzó a llover y a soplar el viento, lo que nos obligó a

levantarnos temprano. Sin embargo, antes de que el carrero hubiese encontrado a los bueyes, que pastaban en la pradera, y los uniera al yugo, se nos hizo tarde.

–¿Y la cena?

–Excelente. Los compañeros encendieron fuego con leña de las cercanías y prepararon un asado con cuero, un plato que yo jamás había probado, pero que es exquisito.

–¿Y pasaron la noche sin tomar nada?

–Eh, no... Sacamos un poco de vino de la bordalesa para festejar Nochebuena... Charlamos y cantamos. Ellos hablaban español y yo italiano, pero nos comprendíamos lo mismo... en parte con ademanes, en parte con palabras... una noche realmente pintoresca... no la olvidaré nunca.

CAPÍTULO XII

EN LOS DOMINIOS DEL FITZ ROY

Un Cervino de ultramar – El valle del río Fitz Roy –
Bosques destruidos por los incendios – En el valle del río Blanco – La Laguna del Desierto –
El bandido Ascencio Brunel – Formidable desbordamiento –
Acampados a orillas del río Blanco

La estancia "Cerro Fitz Roy" está ubicada en uno de los parajes más pintorescos del valle. Para edificar sus casitas, Andreas Madsen eligió con gusto una graciosa loma, desde donde puede divisarse todo el valle y el curso del río de las Vueltas, que serpentea en amplios meandros, como una inmensa cinta plateada, ocultándose al norte entre resplandecientes cadenas de nieve. Por todo su alrededor se extienden verdes bosques de hayas y, entre ellos, hermosos claros formados por terrenos aluvionales fertilísimos, cultivados con centeno, avena, cebada y hortalizas, que alcanzan su total madurez.

Pero la mayor atracción la constituye el monte Fitz Roy, que levanta su soberbia torre granítica entre algunos cordones rocosos que flanquean el valle hacia el poniente. Es el señor de toda esta vasta región montañosa, un segundo Cervino, algo más modesto por su elevación, pero no menos terrible por la verticalidad de sus paredes y la majestuosidad de su cúspide.

El Fitz Roy es sin duda alguna uno de los montes más hermosos e imponentes de la Cordillera Patagónica en su vertiente oriental. No es tal vez el más elevado, porque en el interior hay aún muchos otros picachos y macizos majestuosos, todavía inexplorados, que, como pude observar en mis excursiones a través de los campos de hielo, lo superan en altura, pero no en audacia de formas.

Su situación de aislamiento, al borde de la Cordillera, donde vienen a terminar los valles preandinos y se extienden las inmensas mesetas, le permiten ostentar en todo su esplendor, sin que lo ofusquen otros montes, sus formas atrevidas y gigantescas, visibles a gran distancia. A eso se debe su notoriedad.



Monte Torre (3.020 m) y cuenca terminal del valle Fitz Roy

Desde el valle donde nosotros lo observamos, situado a 400 metros sobre el nivel del mar, su torre se eleva unos 3.000 metros; ofrece al pasajero, por consiguiente, las mismas atracciones de grandiosidad y belleza que distinguen a los mayores colosos de los Alpes italianos como el Cervino o el monte Blanco, observados desde el Breuil o desde Courmayeur, respectivamente. Si sus adustas torres se asemejan en algo a las cumbres dolomíticas, ya sea por su configuración en forma de torre como por su color rojizo, difieren en cambio esencialmente de aquellas por la naturaleza de las rocas, que son de puro granito.

Interesante y compleja es su estructura orográfica.

El Fitz Roy es un macizo que en su vertiente oriental culmina en una gran pirámide, que se levanta verticalmente por más de mil metros sobre la superficie de un ventisquero. En las partes norte y sur de esta torre están alineadas, a lo largo de un gigantesco bastión de granito, otras imponentes y afiladas agujas, la mayor de las cuales es la que se alza a mediodía, pocos centenares de metros más bajas que la cúspide principal.

En las extremidades de esta cohorte de agujas, se destacan dos contrafuertes principales: el del norte, que se interna entre los valles del río Blanco y del río Eléctrico, es el más elevado y culmina con el cerro Eléctrico de 2.160 metros de altura; el del sur limita el curso del valle del río Fitz Roy, tributario del río de las Vueltas. Este valle lo exploré, hasta su nacimiento, en el verano de 1931, de regreso del lago Argentino, con los guías Croux y Bron. Con todo acierto, el andinista y explorador Néstor Gianolini, que visitó este valle en el verano de 1948, observa que el nombre



La cumbre granítica del Fitz Roy (3.370 m)

Fitz Roy aplicado al valle, río y glaciar de esta depresión andina es impropio, pues ninguno de los glaciares y cursos de agua de este valle vienen del monte Fitz Roy, sino que tienen su origen en el cordón Adela y en los montes Torre, Pier Giorgio y Pollone. Sería conveniente, pues, asignarles al valle, al río y a cada uno de los glaciares, el nombre que les corresponde, teniendo en cuenta la preponderancia e imponencia del monte Torre, que es el dominador incontrastable de todas las alturas del lado occidental del valle.

Era el 27 de febrero cuando penetramos en el valle, ayudados en el transporte de nuestra impedimenta por el estanciero Martín Bjerg, que en ese entonces residía en aquellos parajes, e instalamos el campamento en los lindes de un bosque, algo alejados de un pequeño lago del que



La torre del Fitz Roy vista desde el bosque

nace el río Fitz Roy*. Tanto este valle, como los demás, enclavados entre los contrafuertes del Fitz Roy y tributarios todos del río de las Vueltas, presentan muy potente el modelado glacial, caracterizado por las numerosas rocas pulidas y aborregadas del fondo del valle, por las pequeñas hoyas lacustres y las cuestas rocosas redondeadas, lamidas por las impetuosas aguas de los torrentes glaciales.

Durante los 11 días que permanecimos en este valle (del 27 de febrero al 10 de marzo), tuvimos casi constantemente mal tiempo; sin embargo, logramos realizar dos importantes excursiones.

En la primera alcanzamos, con tiempo relativamente sereno, la cuenca terminal del valle (1.100 metros), subiendo a lo largo de las morrenas de la izquierda del glaciar que llena todo el valle, y cuyo frente se derrite en las aguas del lago.

Este glaciar tiene su cuenca de alimentación en las faldas orientales del cordón Adela y, luego de una empinada cascada, profundamente agrietada, penetra hasta el valle en forma plana hasta el lago. En su lado izquierdo recibe otro glaciar menor ya en fuerte retroceso y ennegrecido en gran parte por una capa de detritos morrénicos, entre los cuales encontramos numerosos belemnites incluidos en esquistos ftaníticos negros que proceden de los contrafuertes situados al noroeste del Fitz Roy.

El valle, al final de su curso, se restringe y queda profundamente encajonado entre las paredes elevadísimas y verticales del monte Torre y las del monte Fitz Roy, y termina a los pies de un anfiteatro de montañas revestidas de glaciares muy resquebrajados. Este cordón de montañas, cuya vertiente opuesta baja en la cuenca terminal del glaciar Marconi, ha sido detenidamente explorado por nosotros en el viaje realizado en el verano 1935-1936 con los

*En la actualidad existe a unos 10 minutos de la laguna mencionada un bello campamento justamente llamado De Agostini, a orillas del río Fitz Roy, usado por excursionistas y escaladores. Desde el borde del laguito se tiene una hermosa vista del cordón Adela y especialmente del cerro Torre. Caminando por la morrena de la derecha de la laguna, se puede apreciar además el glaciar en toda su frente, hoy día ya muy diferente a como aparece en las fotos de De Agostini de la edición anterior de este libro. Este campamento se encuentra a unas 3 horas de caminata desde el Chaltén a lo largo del valle del río Fitz Roy (N. del E.).



Cordón Adela y monte Torre



Un pintoresco laguito frente a los montes Fitz Roy y Torre

guías Carrel y Pellicier, del cual va a continuación su relación. Las dos montañas más elevadas fueron bautizadas Pollone y Pier Giorgio.

La segunda ascensión es la que efectuamos en un día completamente sereno a la cima de uno de los contrafuertes australes del Fitz Roy (1.650 metros), desde donde tuvimos el sumo placer de contemplar de frente, en toda su soberbia belleza, la gigantesca montaña, en su totalidad el valle del río Blanco, y obtener magníficas vistas fotográficas.

Teníamos la intención de escalar algunas cumbres del cordón Adela, pero como el tiempo se puso otra vez tempestuoso, el 10 de marzo levantamos el campamento y bajamos a la estancia Fitz Roy y luego, a Santa Cruz. Así concluyó nuestra primera tentativa de exploración al Fitz Roy.



Andreas Madsen cosechando el centeno

Pasada la fiesta de Navidad, pensamos de inmediato en proseguir el viaje hasta la Cordillera. Desde esta estancia comenzaba la parte más ardua y difícil del recorrido, ya que debían transportarse los equipajes y víveres (cerca de 600 kilos) a través de bosques vírgenes y montes escarpados. Nuestro intento consistía en explorar la vertiente noroeste del Fitz Roy, la única que yo no conocía todavía, y los montes que se elevan más a occidente, y, para ello, había proyectado establecer mi campamento base hacia el final del valle del río Eléctrico, a una distancia de casi 30 kilómetros. Desde este campamento base nos resultaría fácil penetrar en el interior de la Cordillera, siguiendo el curso de un glaciar que baja al mencionado valle.

Hubiéramos podido proseguir aun un buen trecho con el carro, siguiendo el curso llano del río de las Vueltas, pero el carrero, preocupado por el peligro de los cruces, que hubiera debido efectuar tres o cuatro veces, con riesgo de no poder regresar más a "Primera Viedma" si las aguas crecían, decidió volver cuanto antes. Después de pasar dos días en la estancia de Madsen, el carro cruzó de nuevo el curso del río de las Vueltas, y, tras dejar todos nuestros bagajes en una casita en la orilla derecha del río, regresó el mismo día a la estancia. Di, en consecuencia, las disposiciones para que el transporte de los equipajes al campamento fuese efectuado únicamente con cargueros, lo que se conseguiría con dos viajes consecutivos y en dos etapas, empleando de 4 a 5 días.

En la mañana del 27 de diciembre en pocas horas estuvieron listos nuestros cargueros y a eso de las 9 comenzamos la primera etapa del viaje.



Cosecha del centeno en la estancia "Fitz Roy"

El señor Madsen quiso acompañarnos personalmente hasta nuestro primer campamento para indicarnos los caminos de acceso más fáciles y para ayudarnos en las dificultades que no pueden dejar de presentarse en esta clase de transportes.

Tanto él como dos baqueanos chilenos montan a caballo, mientras los guías y yo vamos a pie, conduciendo cada uno del cabestro un carguero. A pesar de que la región es completamente montañosa y casi impracticable a caballo, por la naturaleza rocosa y escarpada del terreno, los habitantes de estas regiones –tanto gauchos como estancieros– están acostumbrados a cruzar estos montes a caballo, y no pueden concebir que otros recorran a pie y sin cansarse, como lo hacemos nosotros, grandes distancias. Es de advertir que estos caballos están particularmente acostumbrados, no menos que los mulos, a caminar entre toda clase de dificultades. Son más bien pequeños, pero de una extraordinaria resistencia y habilidad para trepar por las rocas y cruzar los ríos y pantanos llenos de ocultos peligros, de los cuales tienen un instinto asombroso, pues, habiendo nacido aquí, conocen a las mil maravillas el terreno.

Recorridos algunos kilómetros, dejamos la orilla del río de las Vueltas, y trepamos por las escarpadas laderas de un cordón morrénico y rocoso, ya internándonos en el bosque, ya subiendo por cuestas detríticas totalmente desnudas de vegetación.

La cumbre del Fitz Roy, que desde el fondo del valle quedaba oculta detrás del cordón morrénico, ahora va levantando poco a poco sobre el fondo del cielo azul purísimo, su gigantesca cúspide granítica de un delicado color rosáceo, salpicada de nieve fresca. El espectáculo



Árboles destruidos por una inundación

que hoy ofrece esta soberbia montaña, deslumbrante a los limpios rayos del sol, es realmente impresionante, y va haciéndose cada vez más majestuosa a medida que nos acercamos, para culminar, cuando llegamos al vértice de una loma rocosa que domina el valle, donde se nos aparece íntegra desde la base ciclópea, cubierta de verde boscaje, hasta la corona de agujas y pináculos, que se yerguen en el cielo cobalto.

Desde el vértice de aquella loma, bajamos gradualmente siguiendo el curso de un pequeño valle, modelado por los antiguos glaciares que han corroído las rocas de pórfido y excavado numerosos valles y hoyas lacustres, cuyas faldas están revestidas de exuberantes bosques de lenga (Nothofagus pumilio).

En muchos puntos, la floresta ha sido destruida por incendios casi siempre fortuitos, que luego se fueron extendiendo por la excepcional violencia del viento. Es un cuadro profundamente triste en la ya austera y salvaje grandiosidad del paisaje. Se camina kilómetros y kilómetros por encima de pilas de troncos negros y blancuzcos que, dominados por las llamas, quedaron carbonizados y reducidos a cenizas, conservando aún algunas ramas desnudas y truncas. Acá y allá alguno que otro tronco viejo corroído en su interior por el fuego, ha quedado fijo sólidamente en el suelo, tomando el aspecto de una enorme chimenea.

Durante el viaje nos detenemos raras veces, y sólo cuando nos vemos obligados a ello, para arreglar la carga, que se afloja y amenaza caer a causa de los bruscos movimientos y el constante sube y baja por las anfractuosidades y barrancos. El valle que nosotros seguimos está surcado por el río Blanco, un torrente que nace en un glaciar que cubre la ladera sureste del Fitz Roy y va luego a volcar sus aguas al río de las Vueltas. Nuestra vista se tiende constantemente hacia la pirámide altísima del Fitz Roy que cuelga sobre nuestras cabezas y muestra, bajo los rayos refulgentes del sol, en la cristalina transparencia de la atmósfera, toda la majestuosidad de sus enormes paredes erguidas verticalmente sobre las nieves y los glaciares de la base.

Hacia el norte se abre y se diluye en el horizonte lejano el extenso valle del río de las Vueltas, flanqueado al poniente por elevadas cadenas de montes, entre los cuales se destaca uno hermosísimo completamente cubierto por una coraza de hielo[1], que se yergue sobre la orilla derecha de un gran lago conocido en la región con el nombre de Laguna del Desierto. Ni el lago,

[1] Luego lo llamé monte Vespignani.



El monte Fitz Roy en su vertiente oriental

que mide más de diez kilómetros de largo, ni el valle terminal del río de las Vueltas, que tiene su nacimiento en el mismo, figuran en los mapas argentinos y chilenos, por lo que cabe suponer que las comisiones encargadas de trazar los límites entre estas dos naciones no penetraron en esta zona, a causa tal vez de las dificultades encontradas al cruzar el río de las Vueltas y tener que atravesar tan peligrosos pantanos. A continuación del lago se abre al noroeste un valle incrustado en la cordillera, el cual conduce al lago San Martín.

El valle del río de las Vueltas está ocupado actualmente en su parte inferior por una pequeña sociedad pastoril, y más arriba, donde bajan otros valles secundarios de la alta cordillera andina, fronteriza hasta muy cerca de los glaciares, viven algunos pobladores chilenos, propietarios de unos pocos vacunos[2]*.

[2] Uno de estos valles lleva hoy el nombre de Mylodon por haber pasado en él su vida solitaria, durante trece años (1918-31), un alemán llamado Alberto Conrad, a quien todos apodaban el Mylodon, porque había descubierto restos de una forma muy parecida a la de un milodonte, mamífero del Cuaternario, en una gruta de Última Esperanza, mientras acompañaba al explorador sueco Otto Nordenskjöld. Vivía obsesionado por la idea de descubrir en el interior de aquellas montañas grandes tesoros en piedras y metales preciosos. Alimentando estos sueños de riqueza murió solo, abandonado en su rancho, donde fue hallado unas semanas después, con todos sus tesoros, consistentes en algunos cristales de roca a los cuales atribuía un valor de muchos millones. Ya desde 1909 había visitado estos valles cordilleranos y afirmaba haber cumplido la travesía de la cordillera hasta alcanzar los canales del Pacífico, pero las aguas divisadas por él no eran sino las del lago San Martín.
*En realidad, el hallazgo se hizo con anterioridad a la visita practicada por Otto Nordenskjöld (N. del E.).



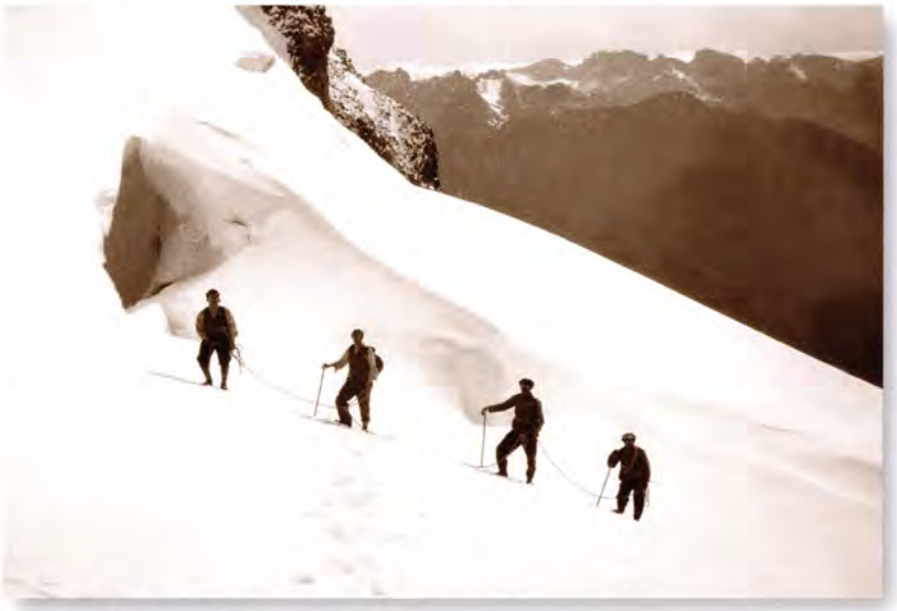
Cargueros de la expedición en viaje frente al Fitz Roy

Hace algunos decenios, cuando las comunicaciones eran muy difíciles y escaso el control de la policía, vagaban por estos valle andinos numerosos bandidos que eran el terror de los pocos habitantes de estas regiones.

El más célebre de todos por sus fantásticas fechorías fue Ascencio Brunel, que durante quince años mantuvo en jaque no sólo a la policía y a los colonos, sino también a los indígenas Tehuelche, muy numerosos todavía en aquellos tiempos.

Madsen lo recuerda bien porque en aquellos años acompañaba a la comisión argentina de límites, tomando todas las precauciones para no ser despojados de los mejores caballos de su tropilla.

"En los últimos años de su vida –cuenta Madsen– se había establecido en la región que se extiende entre el lago Argentino y el lago Viedma, donde poseía centenares de caballos robados en sus correrías. Nadie osaba cruzar el río la Leona por temor de caer en sus manos. Aquí en el lago Viedma, fue su víctima el alemán Max Volmer, el primero que vino a vivir junto al lago, importando, con Guillermo York, las primeras ovejas."



Subiendo el glaciar del monte Eléctrico

Era todavía joven cuando comenzó su vida delictuosa, matando, en 1888, en el cerro de la Picana, cerca de Gallegos, a un tal Ani-



Cantos rodados que se desprendieron del Fitz Roy
y fueron llevados por una inundación a lo largo del valle del río Blanco

ceto San Juan, a quien le raptó la esposa, Rosario Treviño, que luego dejó abandonada en Santa Cruz, en casa del chileno Ibáñez. En una jornada de duro galope con dos caballos robados en esta población, se libró Ascencio de las manos de la policía que lo iba buscando. La infinita extensión de la pampa con abundante caza y habitada por tribus Tehuelche con numerosas caballadas, fascinó su espíritu romántico y aventurero de gaucho y cazador nómade.

En el Uruguay, su patria, y luego en las islas Malvinas, donde vivió algunos años, había aprendido perfectamente a domar los potros más rebeldes, así que ahora encontraría en la pampa inconmensurable un vasto campo para ejercitar sus magníficas dotes de jinete.

Al anochecer, Ascencio, con un cuero fresco de león (del cual los caballos tienen verdadero pánico, porque son las víctimas preferidas de esta fiera) se acercaba a las manadas de caballos; la aurora lo sorprendía a 100 kilómetros de distancia, arreando los potros, que domaba en breve tiempo. Era prodigiosa la rapidez con que se trasladaba de un lugar a otro. En pocos días bajaba de la Cordillera a la costa; hoy estaba en San Juan, mañana en San Julián y cinco días más tarde en las orillas del Chubut, mil kilómetros al norte, sin dejar huella alguna de su paso más que solamente algún caballo agotado o descuartizado que delataba sus rastros.

Indígenas y civilizados se habían unido para concluir de una vez por todas con este audaz bandido que, con prodigiosa facilidad, se apoderaba de sus caballadas. Las frecuentes batidas realizadas para darle muerte resultaban siempre infructuosas, porque, o bien llegaban tarde, o cuando creían tenerlo finalmente en su poder, con alguna astucia demoníaca se les escapaba de las manos. Indios y colonos no podían dejar un instante de vigilar la caballada. Ascencio ya no robaba muchos caballos, elegía únicamente los mejores y a los otros los descuartizaba, arrancándoles la lengua para comérsela, pues ese era su alimento preferido.



Monte Eléctrico y glaciar Fitz Roy desde el valle del río Blanco

Los indígenas Tehuelche eran quienes más lo vigilaban y en su poder cayó dos veces. Un día Ascencio se aproximó a los toldos del cacique Kanquel, sobre las orillas del río Senguer, para intentar uno de sus golpes maestros, robando los mejores caballos. Lo vieron las mujeres y de inmediato se corrió la alarma de toldo en toldo. Los indios, para no dar sospechas, montaron sobre sus caballos de guardia y se desparramaron en todas direcciones, como si fueran a arrear una tropilla y a manear las yeguas para la noche, pero con la intención de cercarlo; con todo, y sin desanimarse, rompió el cerco y se lanzó a toda carrera hacia la llanura, perseguido por los indios. Ascencio montaba en pelo sobre un magnífico bayo, llevando a otro de las riendas, y huía velozmente como una flecha por la pampa, pasando a intervalos, para no cansarlos, de un caballo a otro, sin bajar a tierra, pero al llegar al río Guenguel fue alcanzado y capturado. Kanquel lo entregó al Gobernador de

Rawson, tal como lo había capturado, cubierto de pieles de puma, traje con el que acostumbraba vestirse. Todos los colonos corrieron a verle y a oír sus hazañas, y luego fue enviado a la cárcel de Gallegos. A los días después el mejor caballo de la guardia de la comisaría le sirvió para evadirse a galope tendido por la pampa y, al poco tiempo, otros nuevos hurtos de caballos en las estancias anunciaban la reanudación de sus hazañas de salteador.

En la primavera de 1900 desapareció para siempre de la Patagonia. Respecto a su muerte corrieron las noticias más contradictorias. Algunos creyeron que había sido asesinado por los indios Tehuelche del alto Chubut, pero, según me dijeron Madsen y varios otros viejos colonos, parece cierto que Ascencio Brunel fue muerto por algunos colonos en la región de Última Esperanza, donde hacía estragos en los vacunos. Asaltado por la noche en su escondrijo, se defendió hasta que pudo con un Winchester. Por la mañana los colonos se acercaron con cuidado a su campamento, que consistía en una choza hecha con un simple cuero, y siguiendo las huellas de sangre que aparecían en el terreno, llegaron a un riacho donde yacía muerto el salteador, alcanzado por cinco balazos que le habían pasado el cuerpo de parte a parte. En los bolsillos de su traje, hecho de pieles de león, encontraron muchos pedernales, y en su toldo, junto al Winchester, dos pares de boleadoras y el infaltable lazo con que se apoderaba de los caballos*.

* * *

El valle que veníamos siguiendo desde hace algunas horas, está surcado por el río Blanco y baja hacia el norte bañando en todo su recorrido las laderas orientales del Fitz Roy y las occidentales del monte Rosado, pequeña meseta de 800 metros de elevación, revestidas ambas por una tupida vegetación de hayas.

Guiar los caballos, cansados ya por su pesada y voluminosa carga, a través de estos bosques inmensos, donde no existen verdaderos senderos, sino débiles huellas dejadas por los huemules, antes muy numerosos, requiere constante vigilancia, para no golpear la carga contra la tupida barrera de los árboles. Hay que ser todo ojos para discernir el angosto camino que penetra entre montones de troncos, caídos de viejos o abatidos por las tormentas, y para cruzar insidiosos pantanos, semiocultos en un mórbido tapiz de musgos y líquenes.

Mientras avanzamos, afloran por entre los claros de la floresta en la vertiente opuesta, las paredes escuálidas y despeñadas del Fitz Roy, por las cuales baja un majestuoso glaciar terriblemente revuelto. Este se origina en una vasta cuenca glacial situada por debajo de la pirámide terminal del Fitz Roy y se precipita por un desfiladero profundo, hasta hundir su frente en un pequeño lago de excavación glacial, elevado un centenar de metros sobre el valle. Hacia el este del pequeño lago se divisa una profunda brecha, que tiene toda la apariencia de haberse formado hace poco tiempo, a causa del rebalsamiento repentino de las aguas que, con su volumen y peso, ha roto la barrera y se ha precipitado hacia abajo, vaciando casi por completo el lago.

Todo el valle que se encuentra debajo presenta, en efecto, huellas evidentes de este formidable desbordamiento de las aguas que, a su paso, desarraigaron y arrastraron por algunos kilóme-

*La circunstancia de que se trata se recuerda con el topónimo vigente, río Ascensio, en la jurisdicción del Parque Nacional "Torres del Paine" (N. del E.).

tros, enormes masas de granito de centenares de toneladas, algunas de las cuales vemos encajadas entre los troncos, al borde de la floresta. Debe haber sido un espectáculo de una grandiosidad impresionante la caída al valle de esta masa de agua, a juzgar por las huellas que aún subsisten. Madsen me confirma, en efecto, el extraordinario acontecimiento, ocurrido el 16 de diciembre de 1913, cuando, desde hacía poco, él se había establecido en el puesto de las Vacas, algunos kilómetros más al sur, donde actualmente vive. Había comenzado apenas el deshielo primaveral cuando cayó mucha nieve, seguida luego por un viento cálido y una gran lluvia que duró 48 horas. En las cuencas y rellanos superiores del valle se habían formado pequeños lagos que pronto se abrieron paso con los deshielos y se precipitaron hacia abajo con gran fragor, arrastrando consigo macizos y árboles del bosque.

El río de las Vueltas creció extraordinariamente, hasta que el 16 de diciembre adquirió tales proporciones y una violencia tan enorme, que infundió pavor. Fue la crecida más grande que Madsen haya visto.

Mientras se encontraba sumamente preocupado por la amenaza del río, llegó asustado a su casa un colono llamado Enría, que vivía 10 kilómetros más al interior del valle, donde poseía algunos vacunos, trayendo la noticia de que la noche anterior había escuchado por el lado del Fitz Roy un ruido sordo y prolongado, como si la montaña se hubiese derrumbado, y pocos minutos después bajaba ruidosamente una gran masa de agua que inundó todo el valle, amenazando con destruir su vivienda. Pero en los días subsiguientes el río disminuyó y pasó el peligro.

Poco después del mediodía llegamos al término del valle del río Blanco, donde este torrente se une con el río Eléctrico, otro tributario del río de las Vueltas, que baja al valle homónimo formado en la alta cordillera, entre el cerro Fitz Roy al sur, y otras cadenas de montes inexplorados al norte.

Este río tiene su origen en un glaciar que baja de las cadenas interiores. Es este el valle hasta cuyo extremo nosotros debemos seguir para establecer allí el campamento base. Cruzamos el torrente y la llanura del valle, sembrada de macizos transportados por la mencionada crecida, y nos dirigimos hacia la embocadura del valle, en donde pasamos la noche.

Me encuentro otra vez en sitios perfectamente conocidos y familiares. El valle del río Blanco y toda la vertiente oriental del Fitz Roy, con sus contrafuertes del noroeste, fueron reconocidos por mí en febrero de 1932 con el guía Derriard y dos peones chilenos. Permanecimos doce días a orillas del río Blanco, y efectuamos, en los pocos días serenos que tuvimos, algunas ascensiones por los alrededores, de las cuales la más importante fue la del monte Eléctrico (2.160 metros) desde donde pudimos divisar un vastísimo horizonte sobre el valle del río de las Vueltas y sobre las cadenas de montes que se extienden al norte del Fitz Roy. Tanto el monte Eléctrico como el valle homónimo deben su raro nombre, aplicado por los primeros colonos, a la extraordinaria violencia de las ráfagas de viento que desde este monte se precipitan hacia el valle con sordas detonaciones que parecen descargas eléctricas.

Son las 3 de la tarde cuando Madsen, que abre la caravana, detiene su caballo y nos indica un hermoso llano seco y herboso al borde de la floresta, por donde sale un arroyo de aguas cristalinas,



Valle del río de las Vueltas y monte Vespignani

donde podemos levantar cómodamente nuestras carpas. Aunque quedan aún muchas horas de sol, no nos es posible proseguir el viaje, pues de aquí en adelante el bosque se hace más tupido y lleno de obstáculos, y los caballos están ya muy cansados. Madsen, después de una breve comida, se vuelve con los peones a su estancia siguiendo otro camino, más breve y menos dificultoso, a lo largo del río de las Vueltas, que ahora podrá cruzar sin dificultades, pues los caballos no llevan carga.

Los dos peones chilenos volverán al día siguiente con el resto de los equipos, para reanudar con nosotros el viaje al interior del valle del río Eléctrico.

Nos ponemos en seguida a levantar las carpas y luego gozamos las últimas horas de la tarde, serena y tranquila, confortados por la desacostumbrada temperatura.

Un gran silencio reina en estas vastas soledades custodiadas por glaciares y montes, mientras resuena débilmente en nuestros oídos el murmullo suave de las aguas del arroyuelo, y el más lejano y sordo de alguna cascada que se despeña al interior del bosque.

En las primeras horas de la tarde siguiente los dos peones están ya de vuelta con los equipajes y los víveres; dejamos para mañana la última etapa de nuestro viaje.

CAPÍTULO XIII

EN EL VALLE DEL RÍO ELÉCTRICO

El valle del río Eléctrico - En el bosque - Descanso en el campamento - Tempestades y ciclones - Primeras excursiones - Glaciar y cordón Marconi - El Gorra Blanca - En las blancas soledades de hielo - Monte Pollone y torre Pier Giorgio - En el valle Cóndor - El monte Cagliero - Regreso a Santa Cruz

Hoy 29 de diciembre hacemos el último trecho de camino a lo largo del valle del río Eléctrico; en el interior del bosque y hacia el fin del mismo estableceremos el campamento base.

El huaso* chileno Barrientos ha salido a las cinco de la mañana a campear, esto es, a buscar caballos que la noche anterior había dejado pastando en un pequeño claro del bosque, no muy lejos de nosotros. Vuelve después de 3 horas. Le ha costado mucho descubrir el rastro de los animales, que habían huido hacia la estancia de Madsen y se encontraban por lo tanto muy alejados. Era necesaria toda la habilidad de este huaso que estuvo durante algunos años al servicio de Madsen, para seguir, en el laberinto del bosque, los rastros de los caballos y reconducirlos en tan breve tiempo hasta nosotros.

A las 10 dejamos el campamento e iniciamos el viaje hacia el interior del bosque, llevando cinco caballos con nuestro equipaje. Transportamos únicamente lo más indispensable en carpas y víveres, dejando el resto para los días sucesivos.

Hoy también, el día –y ya van tres– está sereno y luminoso; las montañas y los glaciares son de una transparencia y nitidez maravillosas. Me duele realmente no poderlo aprovechar realizando alguna ascensión, pero las montañas que deseamos escalar están demasiado lejos, y hay que resignarse a emplear el tiempo en el transporte de los equipajes. Sé por experiencia que a estos días tan hermosos sigue infaliblemente un largo período, a veces semanas y meses, de mal tiempo.

*De Agostini alterna los términos *huaso* y *guaso* para referirse al típico personaje chileno campesino. Lo cierto es que en Chile el término usado con mayor frecuencia es el de *huaso*, que más bien corresponde a un personaje típico del centro del país y no de la Patagonia (N. del E.).



Cruzando el río Eléctrico

Hemos recorrido apenas unos pocos kilómetros cuando hallamos el camino interceptado por una franja de árboles tan densos y retorcidos que no sabemos cómo franquearlos; por fin Barrientos, con esa particular intuición de los *baqueanos**, logra conducirnos a una zona más abierta, en la que podemos avanzar con mayor rapidez y comodidad. Desde lo alto de una terraza morrénica, desprovista de vegetación, gozamos de una primera visión parcial de la espectacular cadena de montañas interiores, meta de nuestras próximas excursiones, que se nos presenta como un blanco telón de nieve, de donde desciende majestuosamente una gran lengua de hielo.

Más adelante el valle se estrecha; durante dos horas caminamos en el interior de una selva *selvaggia ed aspra*** como dijera Dante, formada por gigantescas hayas, derribadas en parte por las tormentas, que se elevan a los pies del monte Eléctrico, cuyas paredes cortadas a pique por centenares de metros, se asoman de cuando en cuando, entre los claros de los árboles, como las murallas de una fortaleza ciclópea. Muy cerca de nosotros baja rumoreando el río Eléctrico, que forma el desagüe del gran glaciar situado al término del valle.

El aspecto de los bosques magallánicos es profundamente triste y severo. Caminando largas horas entre esa densa y monótona barrera de hayas rugosas, de 15 a 20 metros de altura, que levantan sus copas hasta el cielo, dejando pasar apenas un poco de luz solar, en un terreno cubierto de barricadas de troncos, amontonados y desordenados como los restos de un campo de batalla, el viajero se siente invadido por un sentimiento de soledad y tristeza, que lo impele a salir lo más pronto posible de la selva para ver de nuevo la luz y volver a sentir la alegría de la vida.

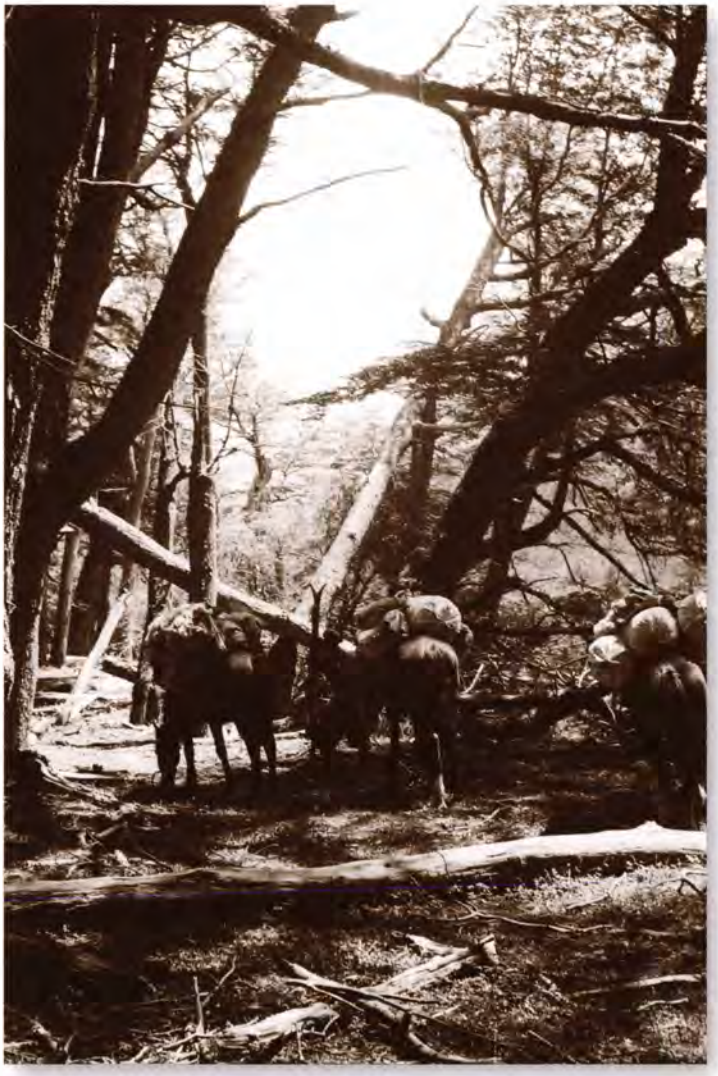


El río Eléctrico y la roca aborregada a cuyo abrigo establecimos nuestro campamento

*Con cursiva en el original. Según el Glosario del libro de Herbert Childs, *El Jimmy, bandido de la Patagonia* (Ediciones de la Universidad de Magallanes, Punta Arenas, 1997), *Baqueano* o *Vaqueano* es el nombre que se asigna a una persona competente y experimentada, de preferencia a guías o buenos conocedores del territorio, que es precisamente el sentido que adquiere el término en el presente relato. (N. del E.).

**Entre comillas en el original, la frase significa: "salvaje y áspera" (N. del E.).

Pocas veces el bosque está tan tranquilo y silencioso como hoy. Cuando se desencadena la tempestad y desde las gargantas de las montañas bajan fulmíneas e impetuosas las primeras ráfagas, el bosque despierta de su entumecimiento, y bajo esos crueles latigazos aúlla con gritos de dolor. Un fragor sordo y misterioso, como el de las rompientes, anuncia la proximidad del viento, que se desploma sobre el bosque con el chasquido de un rayo. Pero el manto vegetal es tan denso y compacto que el viento pierde muy pronto su vigor y apaga sus iras a medida que penetra en lo más hondo del bosque.



Robles seculares derribados por el viento en el valle del río Eléctrico

Un recíproco sentimiento de fraternidad parece unir todo este mundo vegetal. Se ven hayas seculares, que, al momento de caer, se han apoyado en los troncos de los árboles vecinos más jóvenes y vigorosos, que sostienen pacientemente los cuerpos decrépitos de sus abuelos, hasta que alguna ráfaga de viento muy fuerte los libra de la pesada carga.

Cuando sopla el viento, estos troncos y ramas, superpuestos en esa forma, producen, por el continuo roce, los sonidos más singulares, las voces más alarmantes. Más de una vez, mientras viajaba solo por el interior del bosque, me llamaban de improviso la atención estos sonidos, que llegaban a mis oídos con breves intervalos, como quejumbrosas invocaciones, como pedidos de socorro, haciéndome estremecer y dirigirme hacia el lugar de donde salían, para cerciorarme de mi engaño.

Después de unos diez kilómetros, el bosque va concluyendo, los árboles se hacen más bajos y ralos, y en algunas partes aparecen arrancados y amontonados por los aludes o por el desbordamiento de los torrentes. Y por fin alcanzamos la cuenca superior del valle, desnuda y rocosa, donde hemos proyectado establecer el campamento base (530 metros).

Una gran roca aborregada que surge como un baluarte en medio del valle desierto y pelado, con un penacho de árboles hacia levante hasta donde el viento no puede desarrollar su obra de devastación, parece haber sido colocada aquí deliberadamente por la naturaleza para ofrecernos



Panorama del río de las Vueltas y de las cadenas de montañas próximas al monte Gorra Blanca, tomado desde la cumbre del monte Eléctrico

un tranquilo y seguro refugio contra los huracanes del suroeste, que seguramente han de venir desde la Cordillera con extraordinaria violencia y asiduidad*. Nos lo atestiguan, efectivamente, algunas hayas cuyos troncos están encorvados y las ramas penosamente extendidas hacia el este, en la misma dirección del viento. Nos dirigimos pues a esta roca.

A las tres de la tarde, en compañía del guía Carrel, dejando a mis camaradas ocupados en levantar el campamento y armar las carpas, nos internamos con paso rápido en el valle. No quiero que se malogren las pocas horas que nos quedan de sol con cielo despejado, sin cumplir una excursión hasta el confín del valle en donde baja el glaciar, para conocer la configuración de la cuenca terminal y de los montes colindantes.

Por dos kilómetros caminamos sobre una planicie cuajada de laguitos y limitada por dos arcos morrénicos de no remota formación, a través de los cuales, arrimado a las paredes de las montañas que rodean el valle por el norte, se abre paso el torrente Eléctrico. Transpuesta la planicie, nos enfrentamos con un lago que se prolonga hacia occidente, profundamente encajonado entre las montañas, y que concluye a los pies del gran glaciar, el cual zambulle su frente en las aguas del lago. Desde aquí hacia delante, el camino se hace más arduo y monótono.

Para adelantar debemos escalar algunas rocas aborregadas, cortadas a pique sobre la margen meridional del lago, e internarnos durante un largo trecho por entre pequeñas cuencas

*Esta roca es actualmente llamada La Piedra del Fraile, precisamente en recuerdo del P. De Agostini. Hay actualmente allí un campamento bien equipado para excursionistas y escaladores que remontan el valle del río Eléctrico (N. del E.).



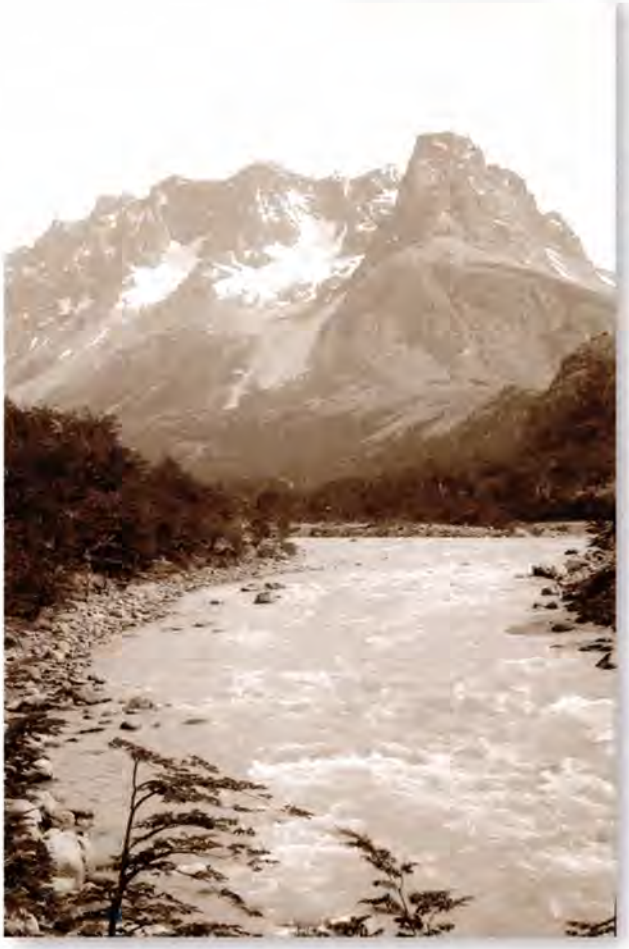
lacustres, estrechos desfiladeros de erosión glacial, masas descompuestas de detritos morrénicos, rastros evidentes, y todavía frescos, de la enorme labor cumplida por el glaciar, que ahora ocupa la cabecera del valle, cuando se levantaba algunos centenares más de metros, cubriéndolo enteramente.

Terminamos nuestra excursión en una loma, desde la cual podemos dominar la cuenca terminal del lago y gran parte del curso del glaciar, que parece ofrecernos la única vía de acceso a la alta cordillera interna. Sin embargo, antes de alcanzar la frente del glaciar deberemos efectuar una larga vuelta alrededor del lago sobre una empinada pendiente de rocas y de escombros morrénicos. El paisaje es de los más austeros y salvajes. Por todo el rededor montañas abruptas y peladas, menos en el oeste, donde baja el glaciar, que se origina en las montañas fulgurantes de nieve, sobre las cuales el sol, próximo al crepúsculo, refleja sus deslumbrantes luces.

Muy próximos a nosotros se elevan los contrafuertes occidentales del Fitz Roy, cuya cúspide rosada y altísima se yergue como una majestuosa torre en el cielo azul, ostentando sus paredes de granito, que caen verticalmente sobre un pequeño glaciar.

Hacia el anochecer regresamos al campamento, llenos de entusiasmo y proyectando para el día siguiente nuestra primera excursión al glaciar y la ascensión de alguna montaña vecina.

¡Cruel desengaño! Durante la noche el sordo aullido de una ráfaga de viento, que baja de la Cordillera, despertándome del sueño, nos anuncia que el buen tiempo se ha ido. Por la mañana, al salir de nuestras carpas, contemplamos con profunda pena todas las montañas veladas por un manto grisáceo de nubes, mientras que de la Cordillera se desprende bajo una lívida colcha de vapores un viento helado y cortante, que se precipita sobre el valle con feroces silbidos. Es fácil



El río Eléctrico

prever, con la experiencia de tantos años, que esto ha de durar bastante.

Mientras tanto, iniciamos la construcción de una choza tal como las había visto entre los indígenas de la Tierra del Fuego, la cual nos servirá de cocina y de refugio contra el viento y la lluvia, en los largos días que deberemos pasar esperando buen tiempo. Los chilenos, habilísimos en el manejo del hacha, cortan en el bosque los troncos más apropiados, y, ayudados por los guías, en algo más de un día, concluyen el toldo. Este consiste en una pared de delgados troncos de 5 metros de alto, dispuestos circularmente en el suelo, los cuales convergen hacia el centro en forma de cúpula, la que se deja sin ramas para que salga el humo. Por el exterior se reviste el esqueleto de la choza con una espesa capa de ramas y cortezas de hayas, dejando una abertura que nos servirá de entrada, dispuesta en la parte por donde no sopla el viento.

28 de diciembre al 12 de enero – Después de tres días de fortísimo viento, empieza la lluvia, que continúa a breves intervalos, en forma de chubascos que bajan de la Cordillera acompañados de un furioso viento del sur. La temperatura baja paulatinamente, el termómetro acusa 2 grados sobre cero. Algo más arriba de nuestro campamento nieva, y cuando las nubes se desparraman, las laderas de las montañas aparecen completamente blancas; se diría que estamos en pleno invierno.

En los primeros días, los dos peones chilenos, Barrientos y Pérez, han bajado a la estancia de Madsen llevando los caballos que habíamos utilizado para el transporte de los equipajes, regresando dos días después con otros caballos frescos y descansados, que utilizaremos para el aprovisionamiento de víveres, especialmente de carne, que habrá que ir a buscar a la estancia vecina. Es admirable en estos baqueanos chilenos, la tranquilidad con que se aprestan para cumplir largos y fatigosos viajes, sin preocuparse de si llueve o hay viento, si nieva o hay sol. Su resistencia es maravillosa; pasan días enteros caminando o cabalgando, expuestos a todas las intemperies, muchas veces en ayunas, sin quejarse, sin averiguar si es mediodía o si son las 8 de la noche; comerán cuando hayan cumplido la excursión o cuando puedan. Un pedazo de carne asada al fuego, un plato de porotos y una taza de mate son suficientes para satisfacer su estómago.

Al regreso nos dicen que el río de las Vueltas ha disminuido el caudal de sus aguas; el frío ha estancado los glaciares y la nieve, y ahora resulta bastante más fácil vadearlo.

Durante tan largas jornadas hallamos un confortable asilo en la choza, junto al fuego que mantenemos prendido todo el día, aprovechando la leña seca que se encuentra en abundancia en el bosque. Nuestro refugio de troncos y ramas nos protege admirablemente contra el viento y la lluvia, y el ranchito va cada día amoblándose con mesas, asientos, armarios y otros muebles, transformándose de simple cocina en comedor y sala de lectura.

Cuando cesa la lluvia, y el viento disminuye en algo de intensidad, salimos de nuestro refugio y procuramos purificarnos realizando algún corto paseo por los alrededores del pequeño baluarte rocalloso, a lo largo del valle o en el interior de la floresta; talamos árboles, partimos troncos y hacemos abundante provisión de leña seca para alimentar el fuego en el interior de la cabaña cuando llueva.



Árboles doblados por el viento dominante del suroeste

Carrel ha explorado ya todos los alrededores y en sus frecuentes excursiones ha podido cazar algunas avutardas de las llamadas coloradas (*Chloephaga poliocephala*) que pastaban junto a las lagunas vecinas. Esta especie se distingue de las otras dos porque es algo más chica, también más elegante y por la variedad y belleza de su plumaje, que, en las alas, es de un color moreno herrumbroso con sinuosas manchas blancas y negras, veteadas de azul, mientras la cabeza y el pescuezo son cenicientos. La carne de la avutarda no es muy apetecible por ser dura y aceitosa; sin embargo, la de esta especie es más tierna y sabrosa. Sus huevos, simplemente abandonados sobre el pasto, son excelentes, y por lo mismo, buscados en primavera por los habitantes de la zona.

Son sumamente escasas las especies de aves que viven en este solitario valle; hemos visto únicamente algunos jilgueros y uno que otro tordo, que revoloteaban cerca de nuestra carpa, pero son tan mansos que casi hubiéramos podido agarrarlos con la mano. Ningún rastro de zorros, que, sin embargo, son tan abundantes en los otros valles andinos, tal vez porque este lugar está demasiado apartado y azotado por los vientos y tiene escasos medios de subsistencia. Pocas



Lago y valle del río Eléctrico desde el glaciar Marconi

veces, en nuestras excursiones, hemos tenido la oportunidad de observar alguna vizcacha (*Lagidium bosi*), curioso mamífero parecido a la ardilla, que vive en la Cordillera escondido entre las rocas. Algunas astas de huemul, el ciervo cordillerano, desparramadas por el valle, comprueban que, hasta hace pocos años, estos animales debían ser numerosos. Ahora ya no se ven más.

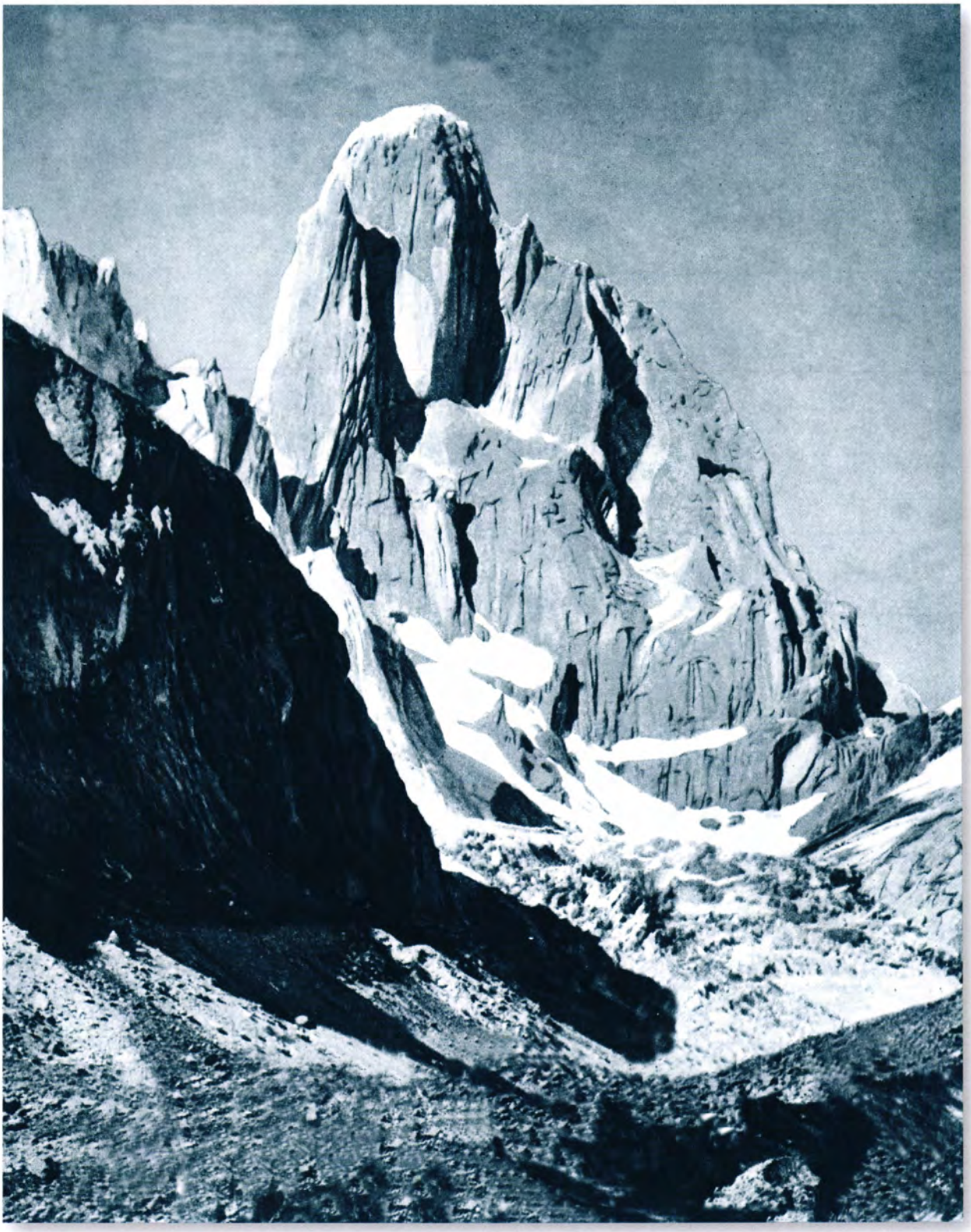
22 de enero – Vamos a cumplir ya cuatros semanas de inmovilización en este valle y nada indica todavía que el tiempo quiera mejorar. La semana pasada tuvimos algunos días secos, alegrados por el sol, que se asomaba a intervalos entre densos cúmulos que surcaban velozmente el cielo arrastrados por el viento, y algunos días abrigamos la esperanza de un mejoramiento, animados por la gradual elevación del barómetro; pero cuando menos lo esperábamos se desencadenó un terrible huracán por el sur, mayor que todos los precedentes tanto en violencia como en duración. Durante algunas noches nos fue imposible cerrar los ojos, despertados continuamente por violentísimas ráfagas de viento, que se desplomaban en el angosto valle con el estrépito de cien tormentas. A veces el ciclón asumía el tono de un alud y parecía que toda la montaña, por un sacudimiento sísmico, estuviese por derrumbarse y caer sobre nosotros.



Montes al sur del cordón Marconi

A pesar de encontrarnos al abrigo del promontorio rocalloso, la corriente atmosférica, obligada a pasar por la estrecha garganta, con una velocidad que no debía ser inferior a los 150 kilómetros por hora, rebotando en las paredes de las montañas vecinas, formaba terribles remolinos que venían a abatirse y a morir sobre nuestras carpas. Esto duró tres días y luego se calmó transformándose en lluvia torrencial que nos encarceló durante algunos días entre la choza y las carpas.

El monte Fitz Roy desde el valle del río Eléctrico



Deposé

Fot. A. M. De Agostini



Cuenca terminal del valle Eléctrico y montes y glaciares del interior

A la lluvia sucedieron días discretamente claros, pero sin que cesara el viento y sin que las montañas se quitaran el manto de nubes que las envolvía continuamente.

Los dos peones bajaron algunas veces a la estancia de Madsen para conseguir carne y cambiar los caballos, que no podían resistir mucho tiempo en el valle debido a la escasez de pastos, y regresaron con cartas y diarios de Italia y Buenos Aires. El 15 de enero llegó también al campamento el señor Carlos Cassera, quien venía a unirse a nuestra comitiva.

Cansado de tan forzoso encarcelamiento y ávido de conocer de cerca la torre del Fitz Roy, Carrel, aprovechando una tarde algo más tranquila y serena, emprendió la ascensión de uno de sus contrafuertes, al sur de nuestro campamento. Regresó ya muy entrada la noche después de logrado su propósito. Alcanzó a permanecer en la cumbre, a dos mil metros, solamente unos pocos instantes, porque el viento, que llegaba del lado opuesto, se abalanzaba con tal ímpetu y clamor que producía espanto.

24 de enero – La insólita persistencia del mal tiempo, que nos ha tenido prisioneros durante casi un mes en el campamento, ha puesto a dura prueba nuestra reserva de paciencia; pero al fin hemos tenido una noche de calma. Hacia las siete de la mañana, las nubes que ocultaban la cordillera en capas uniformes, se hacen más tenues, para desaparecer luego bajo los rayos del sol, que irradia una luz vivísima y alegre sobre el estrecho valle, mientras el círculo interior de las montañas se yergue blanquísimo de nieve y terso sobre el cielo de azul puro, tal como lo vimos la



Glaciar Marconi

última vez hace 27 días, cuando llegamos aquí. La hora es ya algo adelantada, pero hay que partir inmediatamente e internarnos lo más que podamos en la cordillera, para poder trazar el programa de nuestras próximas excursiones.

En una hora dejamos atrás las hondonadas morrénicas y alcanzamos el fondo de un valle transversal que baja desde la ladera norte del Fitz Roy, el cual, desde este desfiladero, aparece totalmente descubierto, desde la base hasta la cumbre, como un gigantesco monolito, revestido con placas verticales de granito*, y en una hora más, cruzamos una empinada pendiente de escombros y de peñascos, que amenazan caer, donde encontramos huellas de recientes aludes. A las diez hemos alcanzado el frente del glaciar, que sumerge en las aguas del lago sus crestas ennegrecidas en la superficie por los detritos morrénicos. Aquí tardamos en recorrer un nuevo trecho convulsionado y lleno de grietas donde nos vemos obligados a cavar escalones sobre el mismo hielo y luego remontamos el glaciar por su margen izquierda, sobre la que caminamos rápidamente porque es llana y poco agrietada.



Avutarda (Chloephaga poliocephala)

A tres kilómetros del frente, una barrera de gigantescas crestas nos obliga a cambiar de camino y a salir del glaciar, siguiendo por otros 2 kilómetros a lo largo de las morrenas marginales y de los canales surcados por torrentes glaciales. Hacia las 11 abandonamos el curso del glaciar y remontamos una empinada zanja cubierta de nieve, que da acceso a una extensa zona helada que comunica con el interior. La marcha se hace entonces más lenta, pues nos hundimos en la nieve fresca, viéndonos obligados a detenernos de tanto en tanto. A medida que nos elevamos, el panorama se

*Casi con absoluta certeza –aunque no queda lo suficientemente claro, ni siguiendo el relato, ni observando algunos mapas que aparecen en el libro–, este podría ser el lugar desde el cual De Agostini toma la fotografía que aparece en el forro de las ediciones ya existentes de *Andes Patagónicos*. El lugar es de un relativo fácil acceso. Ya fuera del área del Parque Los Glaciares, Argentina, desde el puente del río Eléctrico, a orillas del camino que conduce a Laguna del Desierto, al norte de El Chaltén, más o menos a una hora, se debe bordear el río y adentrarse en el valle del río Eléctrico. Luego de unas dos horas de caminata se llega al actualmente llamado Campamento Los Troncos y conocido el sector también como Piedra del Fraile. Existen allí instalaciones tanto para armar carpas o pernoctar en cabañas, así como un pequeño y muy acogedor restaurant. Aquí es donde termina el bosque y comienza el valle glacial. El cambio de paisaje impresiona. En unos 30 minutos hacia el oeste, siguiendo aún el curso del río, se llega a la cuenca del laguito y se comienza a subir siguiendo su orilla sur por una formación rocosa hasta llegar en media hora al valle transversal norte-sur citado en el relato. De allí se sube, yendo hacia el sur por este valle a un costado del arroyo Pollone, que a su vez desemboca

hace cada vez más vasto y descubrimos nuevas montañas y nuevos detalles en las cadenas que nos rodean. Durante dos horas continuamos remontando el glaciar, el cual se va dilatando más hacia el interior, cubriendo como una vasta sábana toda esta ladera. De su vasta blancura emergen solamente algunas formaciones rocosas de pórfido grisáceo, hacia los cuales nos dirigimos. A la una de la tarde hemos alcanzado la cumbre de una de esas rocas más salientes, de 1.330 metros, desde donde gozamos de un bellísimo panorama que abarca toda la región recorrida y desde donde podemos por fin darnos una idea exacta de la configuración orográfica de este primer trecho cordillerano.



Flancos septentrionales del Gorra Blanca y glaciar Chico

Hacia el sur, a nuestros pies, se escurre en larga espiral el glaciar que hemos cruzado a la subida, y que por su margen izquierda recibe otras cascadas de hielo, que bajan desde la ladera en que nos encontramos.

Más allá del glaciar, campea majestuoso el cerro Fitz Roy, semioculto por un monte que forma la cabecera norte de una cadena de montañas que se prolonga en dirección suroeste y que, por ser un magnífico punto de observación para toda la zona, resolvimos escalar en cuanto nos sea posible, pues no se encuentra muy alejado del campamento. A continuación de este monte se levanta más al oeste otro elevado

en el lago en un delta cercano a un promontorio rocoso que forma una pequeña ensenada en su orilla occidental. En otros 30 minutos, siempre hacia el sur, se llega a una lagunita de origen glaciar y se tiene desde allí la vista de la ladera norte del Fitz Roy, motivo de la fotografía citada. El sendero es conocido como Sendero Aguja Pollone, pues es posible también apreciar desde allí la empinada aguja bautizada por la expedición de la que leemos el relato. Pollone –cabe decir– es el lugar de nacimiento del Padre De Agostini.

Otra vía de llegada es la que algunos toman desde los campamentos Poincenot y Río Blanco (campamento de los escaladores), ubicados al sur del valle del río Eléctrico, dentro del área del Parque. Desde estos, a los cuales se accede directamente a pie desde El Chaltén en unas tres horas, el tramo completo toma más o menos 6 horas a pie. Este trayecto lo realizan preferentemente quienes han hecho el circuito de *trekking* que une el valle del río Fitz Roy, por donde se llega al campamento De Agostini; el final del valle del río Blanco, por donde se accede a la ladera este del glaciar y monte Fitz Roy y que es la ruta más transitada en temporada alta, y el ya descrito valle del río Eléctrico. El circuito forma una especie de "W", como el del Paine, y es posible hacerlo en 3 ó 4 días acampando en los lugares establecidos (N. del E.).



Cuenca glacial del ventisquero Chico y montañas nevadas del interior

picacho de forma maciza y abrupta, cuyas paredes de granito caen verticalmente por más de mil metros sobre el glaciar que llena el término del valle.

Algo más hacia el oeste del monte, la puntiaguda roca encapuchada de hielo del cerro Torre parte el azul del cielo. Es una aguja maravillosa, rival del Fitz Roy por la hermosura de las formas y por lo inexpugnable de sus paredes verticales de granito. Cerca de nosotros, hacia el suroeste se levanta una imponente cadena de montañas cuyo interior nos era hasta ese día completamente desconocido.

Procedemos desde ya a denominar esa cadena y el glaciar subadyacente con el nombre del Presidente de la Real Academia de Italia, Guillermo Marconi, bajo cuyos auspicios se está realizando nuestra expedición*.

Hacia el norte llama nuestra atención un hermosísimo picacho completamente blanco de nieve, que ya habíamos observado desde abajo y que, por la posición que ocupa, debe ser el monte Gorra Blanca, de 2.770 metros, indicado en los mapas chilenos y argentinos**. Sobre esta cumbre pasa el límite entre Argentina y Chile, que desde el lago San Martín se dirige al Fitz Roy y sigue hasta el cordón Mariano Moreno.

*A propósito de esta y otras denominaciones que manifiestan su ferviente patriotismo italiano –de la que son evidencia adicional las frecuentes menciones del texto en el que se destaca todo lo realizado por sus compatriotas–, se ha criticado al Padre De Agostini esta práctica toponímica por considerársela un tanto excesiva, más allá de reconocérsele su derecho como explorador al bautismo de accidentes geográficos innominados. Véase al respecto Buscaini & Metzeltin, *op. cit.*, capítulo "El entorno humano" (Vida y muerte de los topónimos) (N. del E.).
**La altura real de este monte es de 2.907 metros (N. del E.).



Monte Gorra Blanca. *Vertiente occidental*

Desde esta ladera, el monte Gorra Blanca se presenta enteramente revestido de hielo, y parece no ofrecer grandes dificultades para ser escalado. Será por lo tanto una de nuestras primeras metas.

No podemos contemplar largamente el espectáculo porque, junto a una fría brisa del noroeste, llegan las primeras nubes que, en un abrir y cerrar de ojos, ocultan las cumbres y ofuscan el cielo, hasta hace un instante tan sereno y luminoso.

No nos queda más remedio que regresar, y a las siete estamos de vuelta en el campamento, satisfechos de los conocimientos adquiridos en esa primera y rápida excursión.

Para no perder los escasos días de buen tiempo que pudieran de pronto presentársenos, creímos poder alcanzar nuestros objetivos mediante rápidas excursiones de uno o dos días, con algún vivac al aire libre, sin carpas. Pero el tiempo se ha vuelto nuevamente amenazador; estábamos temiendo que el viento recobrara su intensidad, cuando, en la tarde del 26, vuelven repentinamente la calma y la serenidad. Decidimos partir a la mañana siguiente muy temprano y seguir el itinerario de la excursión precedente, con el objeto de internarnos lo más que pudiéramos.

27 de enero – A las 4:45 de la mañana partimos cargando cada uno el saco de dormir y víveres para tres días. Además de los guías nos acompañaban el señor Cassera y el joven peón chileno, Pérez.



Cordón Marconi

La mañana es clara y fría y el cielo está perfectamente sereno. La cadena Marconi ostenta en todo su esplendor sus abruptas paredes cubiertas de hielo y de nieve, las cuales se levantan como blanco telón sobre el fondo azul purísimo del cielo. Calma y silencio perfectos. Casi no creemos a nuestros ojos. Los laguitos de las morrenas son otros tantos espejos de cristal, sobre los cuales se reflejan las montañas y los glaciares vecinos. A las siete comenzamos a remontar el glaciar Marconi, siguiendo el mismo camino de hace 3 días, y, poco antes de las nueve, alcanzamos la embocadura de un cañadón donde, al abrigo de un promontorio rocalloso, depositamos nuestras bolsas, pareciéndonos ese lugar más abrigado de los vientos para establecer el vivac para la próxima noche. Hacemos un alto para desayunarnos. Aquí se quedan los camaradas Cassera y Pérez, y yo prosigo con los guías por el empinado cañadón. A las 11 alcanzamos la cumbre de la loma rocallosa a la que llegamos el 24, mientras el cielo se mantiene aún sereno, a excepción del noroeste, que se ha empañado con ligeras capas de nubes aún no alarmantes. Tomo algunas fotografías y luego reiniciamos el camino hacia el noroeste, por donde se prolonga una inmensa llanura de hielo y nieve, que subiendo suavemente se dilata hacia el interior de la Cordillera entre la prolongación norte de la cadena Marconi y la ladera occidental del Gorra Blanca, por un ancho de casi 10 kilómetros.

A medida que subimos, la nieve se hace más consistente, presentando en la superficie una ligera costra, que cede bajo nuestros pies; no se advierten grietas, pero para mayor seguridad nos atamos las sogas. También el horizonte se ensancha y empiezan a aparecer en la lejanía, hacia el

oeste, cumbres desconocidas, completamente blancas, las que se van haciendo mayores y cada vez más visibles.

Mientras tanto observamos que la cumbre del Gorra Blanca, como nosotros habíamos visto anteriormente desde el lado sur, no es sino la extremidad de una larga cresta helada, ligeramente deprimida en el centro, que se prolonga hacia el norte y que concluye en otra cúspide algo más elevada.

Entre las dos cumbres, baja con ligeras sinuosidades una imponente pared de hielo cortada por anchas grietas, que cubre toda la ladera occidental del monte y termina en una dulce cuesta sobre la vasta planicie de hielo que nosotros cruzamos. Durante dos horas marchamos sobre la monótona extensión de nieve, y hacia las 3 de la tarde alcanzamos la cumbre de una loma nevada (1.680 metros), al noroeste del Gorra Blanca, desde donde podemos divisar claramente las cadenas de montañas que forman en ese sector el esqueleto principal de la Cordillera.

Delante de nosotros se extiende una inmensa cuenca helada, encajonada entre dos elevadas cadenas de montañas, en la que se originan 5 glaciares, que al descender, toman opuestas direcciones*.



La cúspide del Fitz Roy, por su lado occidental

Frente a nosotros se dirige, hacia occidente, una poderosa corriente de hielo, quizá la mayor, que va a descender en la extremidad norte de la ensenada Eyre, junto a los canales patagónicos. Este glaciar, que yo llamé Pío XI, en honor al Papa alpinista, había sido anteriormente reconocido y relevado por mí en 1929, cuando recorrí con la goleta Renato de Punta Arenas, toda esa vasta ensenada, efectuando algunas ascensiones a las montañas vecinas.

Otra corriente de hielo penetra hacia el norte por detrás de una cadena de montes, entre las que se destaca por su elevación el monte Pirámide, de 3.380 metros, el único que señalan los

* Dicha cuenca es llamada Paso de los Cinco Glaciares y se encuentra en la ruta de exploradores y escaladores que frecuentan el Campo de Hielo Patagónico Sur en diversas direcciones y con distintos propósitos. En ella se originan los glaciares Pío XI hacia occidente; O'Higgins al norte; Chico, al noreste; Marconi, hacia el este y Viedma hacia el sur. (N. del E.).



Monte Torre y cadena y ventisquero Pollone, vistos desde las faldas del monte Fitz Roy

mapas chilenos y argentinos en esa maraña de montes y glaciares. Cerca de nosotros desborda un tercer glaciar que desde el punto en que nos encontramos baja en dirección al lago San Martín, encajonado en un profundo valle, cuyo curso divisamos casi por completo.

Hacia el suroeste, una gran abertura, entre la cadena Marconi y el cordón Moreno, indica los orígenes del glaciar Viedma y el punto hasta donde llegó en marzo de 1916 la expedición alemana. En el informe que nos dejó el señor Alfredo Kolliker, se mencionan solamente cuatro glaciares que salen de esta depresión helada; el quinto glaciar, seguido por nosotros para llegar hasta aquí, debió quedar oculto a la vista de los exploradores alemanes por la prolongación septentrional de la cadena Marconi. Ellos habían empleado, para llegar desde el campamento central, situado en el valle del río Túnel, hasta ese punto, nueve días, estableciendo en el trayecto ocho campamentos, o sea, cuatro en las morrenas y cuatro sobre el glaciar.

Desde la loma bajamos hacia la llanura del valle en dirección a una cresta rocallosa que se asoma por encima de las nieves. Aquí empiezan las grietas, que son abundantes y profundas, debido en parte a que la masa de hielo se precipita hacia el lago San Martín. Observando las hendiduras, noto que el hielo presenta agrupadas formas raras e insólitas, como si hubiese sido sometido de repente a una ola de calor tornando luego a consolidarse al volver a la temperatura normal. Me asalta la duda de si esto ha sido efecto del calor producido por alguna erupción

volcánica acaecida en los alrededores. Me sugiere esta suposición el hecho de que justamente en esta zona algunos colonos de los lagos San Martín y Cardiel señalaron la existencia de un volcán que de cuando en cuando lanza columnas de humo y resplandores de fuego.

Amontonada a lo largo de las grietas encontramos una capa de arena color gris claro que nos hizo sospechar que se trataba de ceniza volcánica, como efectivamente resultó*.

Cuando llegamos a la roca nos aguarda la sorpresa de encontrar, sobre las pizarras arcillosas que la componen, algunas flores en pleno desarrollo, las que en ese desierto de hielo provocan en nosotros una sensación de vivo estupor.

Lo avanzado de la hora nos obliga a regresar, y, alrededor de las 19, llegamos al sitio del vivac con pronósticos bien poco lisonjeros para el día siguiente, pues el cielo se ha cubierto enteramente de nubes, formadas por una corriente caliente y húmeda del noroeste, que ha suplantado a la fría del sur.

Nos cuesta bastante dificultad encontrar sobre las revueltas masas de las morrenas un pequeño lugar liso donde extender el saco de dormir, pero al fin cada uno logra encontrar un rincón donde pasar la noche. El más desafortunado es el joven chileno, ya que poco después de medianoche debió abandonar apresuradamente su refugio, porque la cama flotaba sobre una corriente de agua que se había infiltrado a través de las piedras, debido a la repentina crecida de un torrente cercano.

En las primeras horas de la mañana, impetuosas ráfagas de viento bajan silbando de las montañas. Ya no cabe duda de que el tiempo se ha echado a perder, y, en cuanto aclara, nos lo confirma la visión de las acostumbradas capas plomizas de nubes, que pasan amenazadoras sobre nuestras cabezas.

Únicamente nos quedan víveres para dos días, y si aumenta la intensidad del viento, ¿quién podrá cruzar el glaciar, si este es como el lecho de las corrientes atmosféricas, que llegan con extrema violencia de la Cordillera?

Ante el peligro de quedar sin víveres y bloqueados por el mal tiempo, decidimos a regañadientes regresar al campamento, renunciando por ahora a escalar el Gorra Blanca, dejándolo para cuando el tiempo se componga.

También esta vez vuelve repentinamente la calma después de tres días, en las primeras horas de la mañana, dándonos tiempo para aprovechar esa jornada efectuando una ascensión a la cumbre de un monte que se eleva como un magnífico observatorio entre el Fitz Roy y el glaciar Marconi. Al escalarlo tuve la sorpresa de hallar, a pocos centenares de metros de la cumbre (2.100 metros), numerosos amonites y belemnites, incrustados en un afloramiento de esquistos arcillosos del Cretáceo Inferior.

*Téngase presente lo mencionado en en capítulo I. (N. del E.)

Desde la cumbre de este monte pudimos observar un panorama extensísimo y maravilloso, superior a lo que imaginábamos. Al este, muy cerca de nosotros, y separado solamente por un profundo cañadón, se erguía la imponente pirámide del Fitz Roy, que se elevaba a mil y más metros sobre nuestras cabezas; la verticalidad de sus paredes graníticas, salpicadas de un suave color blanco-rosa, que se presentan en forma de planchas lisas y verticales, de 50 y 100 metros, nos las mostraba bien definidas contra cualquier audaz intento de ascensión. Hacia el suroeste, a continuación del monte donde nos encontrábamos, se elevaba la abrupta cadena revestida en parte por glaciares, que denominamos Pollone, la cual se une más al sur con el monte Torre y culmina cerca de nosotros con el torreón granítico Pier Giorgio[1], de 2.900 metros de altura aproximadamente*. Toda la vertiente occidental está ocupada por la cadena Marconi, que absorbe nuestras miradas por la imponencia y verticalidad de sus paredes, en las que resplandecen al sol blanquísimas planchas de nieve y de hielo, veteadas por los continuos aludes. Sobre la cresta dentellada de la cadena se yerguen algunas bellísimas agujas de hielo. La cadena culmina en el centro con un espeso manto de hielo suspendido en una pared vertical cuya altura calculamos en 2.700 metros.

El monte Gorra Blanca aparece, hacia el noroeste como un gran macizo recubierto de nieve y termina en una larga cresta helada algo encorvada, cuyo vértice se encuentra en la parte más septentrional. Por la ladera sur, baja una empinada cascada de hielo profundamente cortada por crestas, cuya lengua extrema alcanza, cerca de su frente, la margen izquierda del glaciar Marconi.

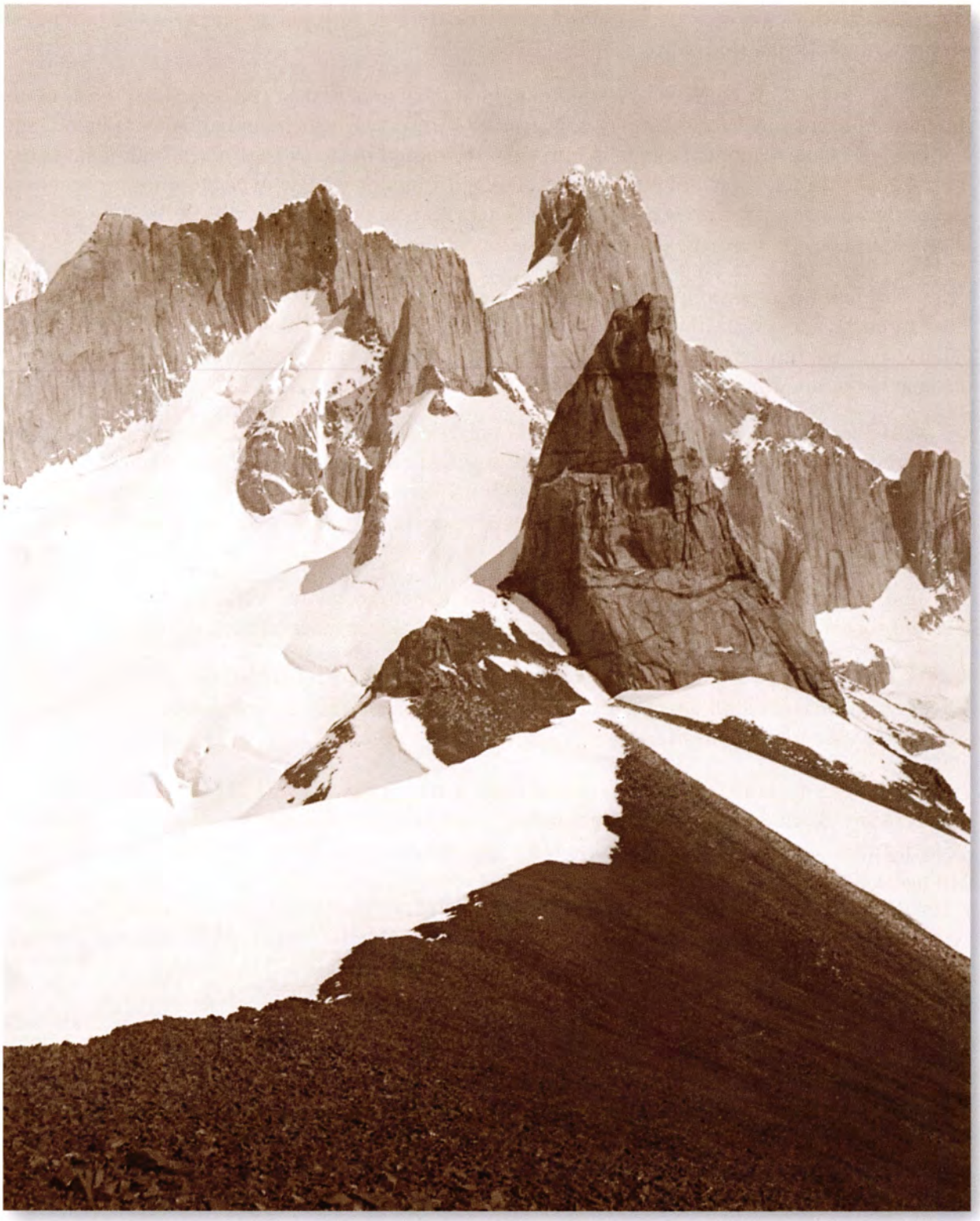
La ladera oriental del Gorra Blanca, sobre la que van a concluir los valles tributarios del río de las Vueltas, parece ofrecernos mayor facilidad para escalar la cumbre y para conocer los contrafuertes y las otras cadenas de más al norte; proyectamos por lo tanto dirigirnos hacia esos lugares en cuanto hayamos concluido nuestros trabajos en la ladera noroeste del Fitz Roy.

3 de febrero – Más pronto de lo que esperábamos hemos tenido otro día hermoso y lo dedicamos a conocer la cuenca terminal de un estrecho valle glacial asentado en las laderas septentrionales del Fitz Roy, y las cadenas limítrofes.

Remontamos los empinados paredones de un contrafuerte del Fitz Roy, cuyas estribaciones meridionales bajan al valle del río Eléctrico, pocos kilómetros al oeste de nuestro campamento. Desde esa cumbre, aparece frente a nosotros en la vertiente occidental, la majestuosa y débil aguja del cerro Torre con su característica cúspide revestida de hielo y le sigue hacia el norte, tras una ligera depresión, el monte Pollone de donde baja hacia el valle una gran cascada de hielo, agrietada y revuelta. A nuestros pies se abre la cuenca terminal del valle, repleta de hielo y nieve, cerrada al sur por un pequeño contrafuerte rocalloso, que se desprende del Fitz Roy y se une al monte Pollone. Este contrafuerte de poca elevación (1.600 metros) forma la cresta divisoria de dos valles

[1] En recuerdo del joven Pier Giorgio Frassati, nacido en Turín el 6 de abril de 1901 y fallecido en la misma ciudad el 4 de julio de 1925. Joven de preclaras virtudes, amó apasionadamente la montaña, e hizo de este deporte un medio para fortalecer su espíritu y elevarse más hacia Dios.

*Su altura real es de 2.719 metros. De acuerdo con el Laudo Arbitral de 1994, que precisó el límite internacional entre el lago O'Higgins-San Martín (Hito 62) y el monte Fitz Roy, la línea transcurre apoyándose en la parte sur de la cadena Pollone, incluida la cima homónima (N. del E.).



Monte Pollone y torre Pier Giorgio (2.900 m)

que bajan en dirección opuesta; el del sur tributario del Fitz Roy y el del norte, que está frente a nosotros, del valle del río Eléctrico.

Con el objeto de conocer la vertiente oriental del Gorra Blanca con sus contrafuertes y de intentar la ascensión por ese lado, el 4 de febrero transportamos el campamento hasta el valle Cóndor, que sigue inmediatamente al nuestro, algo más al norte. Nos quedamos allí bajo carpa durante ocho días, favorecidos por algunos días bellísimos, en los cuales efectuamos provechosas ascensiones a los contrafuertes orientales del Gorra Blanca, desde donde nos fue posible estudiar la estructura de esta vertiente cordillerana, hasta entonces desconocida.

El valle Cóndor es, empezando por el sur, el primero de tres valles tributarios del río de las Vueltas, enclavados en la Cordillera, entre la depresión del glaciar Chico y dicho río. Los otros dos valles, de escasa importancia y cuyos cursos de agua son más pobres, se conocen con el nombre de valle Mylodon, inmediato al Cóndor, y valle de los Toros, cerca de la Laguna del Desierto.

Establecimos nuestro campamento a la entrada del valle, junto al torrente Cóndor, que baja rumoreando, henchido de agua del fuerte deshielo de los glaciares motivado por el calor. En estos días el termómetro ha señalado, a la sombra, 25 grados sobre cero. Más adelante el valle se estrecha, completamente revestido de espesas selvas de hayas, que no permiten el paso a nuestros caballos cargados.

Lo recorrimos varias veces; mide unos diez kilómetros de largo y hacia su término hay un laguito sobre el cual desciende un glaciar, que se vuelca desde la ladera sureste del Gorra Blanca.

Cumplidas, para orientarnos, algunas excursiones preliminares, el 10 de febrero efectuamos la ascensión a una cumbre de 1.850 metros, que se eleva frente a la vertiente sureste de este último monte.

Fue ese un día extraordinariamente claro y tranquilo, que me permitió fotografiar no sólo el Gorra Blanca, como lo dice su nombre, totalmente blanco, con profundas grietas, diseminadas en su empinada vertiente, sino también las otras cadenas de montañas, que se prolongan hacia el norte, alineadas de noreste a suroeste paralelamente al curso de los valles Mylodon y Toros, tributarios del río de las Vueltas. A un bellísimo monte cubierto de hielo, que estaba cerca de nosotros, y que se levanta al sureste del Gorra Blanca, separado únicamente por un glaciar, le dimos el nombre de Cagliero, el primer Cardenal salesiano, apóstol y misionero de la Patagonia.

Carrel ha trazado el itinerario para poder escalar las cumbres del monte Cagliero y del Gorra Blanca, y acariciando el proyecto regresamos a nuestras carpas. Pero el tiempo no iba de acuerdo con nosotros. Irritado tal vez de que hubiéramos podido penetrar en parte los secretos de aquellos hielos eternos, volvió a manifestarse ferozmente tormentoso. Esperamos algunos días, pero en vista de que no daba esperanza de mejorar, y amenazaba por el contrario, mantenerse así durante algunas semanas, como efectivamente sucedió, hacia fines de febrero bajamos a Santa Cruz, donde los guías se embarcaron para Italia.

CAPÍTULO XIV

EN LA CUENCA DEL LAGO SAN MARTÍN

En las orillas orientales del lago San Martín – El zorrino – Navegando a bordo de la "Fructuosa" – A merced de la tempestad – Un vivac improvisado – Canales, montañas y bosques – El huaso Ovando – En la estancia "Los Ventisqueros" – Acampados en el valle del Diablo – Excursión a la laguna del Desierto – Con el araucano Sepúlveda – Ascensión al monte Melanesio – Regreso a la "Tercera Viedma" – Un segundo viaje al lago San Martín – En la estancia "La Ramona" – El valle Santa Lucía – Belleza y majestad de Los Mellizos – Rodeo de vacunos – Hacia el glaciar O'Higgins – Regreso a Santa Cruz

El lago San Martín es el más septentrional de la pintoresca cadena de lagos que rodean por levante el trecho de la Cordillera Patagónica entre los 48° y 52° de latitud sur*.

Sus numerosos brazos, largos y angostos, encajonados en forma de fiordos que penetran en todas direcciones, entre elevadísimas montañas, le dan el aspecto de un inmenso pulpo que huronea, con sus tentáculos, los rincones más solitarios de la Cordillera.

Pertenece mitad a la Argentina y mitad a Chile. La línea fronteriza, siguiendo al norte el curso de uno de los brazos septentrionales del lago hasta cerca del delta del río Mayer, y cruzando al sur el canal central, a occidente de la península Cancha Rayada, establece la zona oriental para la Argentina y la occidental para Chile. La parte chilena es la más pintoresca y atrayente por la imponencia y grandiosidad de las montañas, cuyas cumbres se elevan a más de tres mil metros; por los inmensos glaciares que cubren las cadenas interiores y bajan luego hasta las aguas donde funden sus frentes y por sus profundos y largos senos, que penetran entre elevadísimas paredes de montes cubiertos de verdes bosques.

*En 1960 la parte chilena del lago recibió el nombre de "O'Higgins" como se ha mencionado antes. Ello se dio en el contexto de una preocupación especial por el apartado sector septentrional de la Provincia de Magallanes, hasta entonces abandonado a su suerte, que para una mejor atención administrativa se incorporó al año siguiente a la Provincia de Aysén (N. del E.).



Cadena O'Higgins y glaciar homónimo en el brazo sur del lago San Martín

Hasta hace pocos años, los valles interiores de este lago eran casi desconocidos. Las graves dificultades de acceso, ya sea por tierra o agua, debido a las anfractuosidades de sus costas acantiladas y abruptas, pero sobre todo por los peligros que presenta la navegación en el lago, siempre azotado y revuelto por los vientos violentísimos y vertiginosos que descienden de la Cordillera, han sido las causas de este aislamiento y abandono.

Hoy, con el progresivo desarrollo de la industria pastoril, algunos colonos chilenos, superando estos obstáculos naturales, se establecieron en aquellos valles solitarios, próximos a los glaciares, fundando con éxito alentador algunas pequeñas estancias*.

Hacia este lago me dirigí el verano de 1937, con dos jóvenes italianos, Cassera y Zampieri, llevado por el deseo de completar mis conocimientos sobre las cadenas de montañas que se elevan a lo largo de sus brazos occidentales y entre las cuales descuellan los montes O' Higgins y Mellizos.

El camino resulta fácil y cómodo; recientemente construido, conduce desde la pequeña aldea Los Lagos** hasta las orillas orientales del lago San Martín, siguiendo primeramente el

*La colonización de la sección chilena del lago comenzó hacia 1914 (N. del E.).
**Localidad entonces también conocida con el nombre de Piedra Clavada, actualmente Tres Lagos (N. del E.).



curso del río Chalía y penetrando luego en un valle sobre el cual domina, majestuoso y solitario, el monte Cachaike, de 850 metros.

Cruzando este monte, el camino se bifurca y mientras el ramal principal se dirige a Cancha Rayada, pasando por la estancia Federica, el otro continúa a lo largo de la costa sur del lago, surcada por leves depresiones, hasta una de las cuales baja el río Tar, emisario del lago homónimo, de aguas amarillentas y cenagosas.

A medida que avanzamos, las tierras que circundan el lago se elevan gradualmente, culminando hacia el sur en el cerro Cangrejo, soberbia torre rocosa que alcanza una altura de 2.025 metros. De este monte y de la meseta del Quemado bajan pequeños cursos de agua, que riegan algunos valles ricos en buenos pastos, donde surgen las estancias "La Julita", "La Tercera", "La Elena" y otras.

En la estancia "Tercera Viedma" finalizamos la primera etapa para arreglar nuestros equipos y víveres –cerca de 500 kilos–, que yo había enviado con anterioridad, y para disponer que prosiguieran hasta el puesto de la península Maipú, donde termina la carretera y comienza un pequeño sendero que conduce, por una vía muy áspera y tortuosa, a los brazos más occidentales del lago.

En la estancia nos espera el arriero chileno Vidal, contratado para transportar los equipos con cargueros, en las travesías que deberemos efectuar por las costas del lago y en el interior de los valles cordilleranos.

El 15 de diciembre quedan depositados todos nuestros equipajes en la costa occidental de la península Maipú, cerca de una pequeña bahía, donde suelen anclar las embarcaciones que navegan por el lago. Nos han avisado que dentro de pocos días partirá hacia el brazo más occidental del lago, exactamente en las cercanías del lugar al que nos dirigimos, una lancha que está anclada aquí y pertenece al estanciero chileno don José M. Rivera, viejo conocido nuestro, que hace pocos años fundó una estancia en aquellos valles solitarios.

Es esta una ocasión magnífica para efectuar en pocas horas una buena parte de nuestro viaje, evitando así el largo y accidentado recorrido a caballo por la costa, totalmente acantilada y abrupta, lo que nos hubiera llevado de cuatro a cinco días, con el agravante nada lisonjero de exigirnos seis o siete cargueros para el transporte de nuestros equipos.



El monte Cachaike (850 m)

Como la espera de la lancha se prolongó por más tiempo de lo que pensábamos, aprovechando los pocos días serenos, logramos efectuar algunas interesantes excursiones a los montes más próximos y especialmente a los de la península Maipú, que penetra como un gigantesco promontorio en el centro del lago, y ofrece, desde sus cumbres, un vasto horizonte sobre los brazos orientales.

Durante el período transcurrido forzosamente en el campamento pudimos observar la vida y costumbres de un bellísimo mustélido, que allí se conoce con el nombre de zorrino patagónico (*Conepatus humboldtis*), y cuya piel elegante es muy apreciada en peletería. Pronto nos dimos cuenta de que abundan en la llanura en que nos encontramos y también cerca de nuestras carpas. Durante todo el día permanecen ocultos en sus cuevas excavadas bajo las tupidas matas de coirón o en los manchones de los calafates, y no salen sino al anochecer para alimentarse de pequeños mamíferos* y pájaros, regresando a sus cuevas con las primeras luces del alba.

El zorrino es de tamaño más o menos igual al de un gato y tiene un aspecto atrayente por sus formas graciosas y especialmente por el hermoso color de la piel, de un negro castaño con una faja blanca que se prolonga desde las orejas a través del dorso y termina en la cola, que es gruesa y larga. Es de un valor a toda prueba y no retrocede ante ningún animal, así se trate de un puma, consciente quizá de la temible arma que posee, a saber, las glándulas anales, que pueden expeler a

*En el original aparece esta palabra subrayada y con un signo de interrogación. En la versión italiana, De Agostini usa la palabra *mammiferi* (mamíferos). Este mamífero se alimenta principalmente de insectos, en especial coleópteros, arañas y milpiés. Aunque en el libro de donde al parecer De Agostini toma la información, *Mamíferos Sudamericanos, vida, costumbres y descripción*, de Ángel Cabrera y José Yepes, y con la colaboración en ilustraciones de Carlos Wiedner, editado por la Compañía Argentina de Editores en 1940, se insinúa que en ocasiones los zorrinos pueden comer pequeños roedores. Sin embargo, se sabe ahora que el chingue, aunque omnívoro, es primordialmente un carnívoro y como tal caza ratones para alimentarse. El zorrino es el también llamado zorrillo o chingue en mapudungún, la lengua mapuche. (N. del E.).



Lago San Martín (brazo Chacabuco) y península Maipú

algunos metros de distancia un líquido de cuyo olor muy fuerte y repugnante ya no puede librarse el enemigo una vez rociado. Hemos visto a nuestros perros, que encarnizadamente los persiguen hasta la muerte, correr y revolcarse como locos para quitarse de encima el olor que exhala su cuerpo por aquellas fétidas aspersiones. El que recibe una mojadura de este líquido pestilente sobre sus vestidos puede renunciar a volver a ponérselos. Los cazadores, que se dedican a esta tarea durante la temporada invernal, porque para entonces la piel es consistente y más firme el pelo, conociendo las costumbres del animal, se le acercan cautelosamente, tratando de no irritarlo y luego lo matan con un golpe de vara bien asestado sobre la frente.

Una mañana bastante adelantada, cuando menos lo esperábamos, llegó el señor Rivera con un camión cargado de vituallas y trastos para su estancia. Al enterarse de la finalidad de nuestro viaje, puso cortésmente la lancha a nuestra disposición, para que pudiéramos alcanzar la meta prefijada.

En cuanto llegue –nos ha dicho un marinero– cargamos y emprendemos el viaje. No importa que sople el viento fuerte y que en el lago haya tormenta. Salimos de aquí varias veces con un tiempo que amedrentaba. La lancha pasaba por entre las olas como un submarino... ¡Una verdadera delicia!

Yo también pienso que si hubiera que ser prudentes y esperar la calma, no habría caso de navegar en este lago perennemente tormentoso. Los marineros chilenos tienen para esto mucho valor y especialmente habilidad y no retroceden frente al peligro.



El monte más elevado de la península Maipú

En pocas horas fueron embarcadas unas cuantas toneladas de provisiones y utensilios para la estancia del señor Rivera y mis equipos. Luego, la lancha abandonó la bahía y comenzó a penetrar animosamente en el lago encrespado con grandes olas levantadas por un fuerte viento del oeste.

El "huaso" Vidal, mientras tanto, había salido a caballo para hacer el camino a lo largo de la costa y volver a encontrarse con nosotros dos días después, en la bahía donde habíamos decidido desembarcar.

Ubicados como mejor pudimos en un rincón de proa, al lado de un viejo motor de automóvil que acciona la lancha, nos preparamos para el baile que no habría de tardar. Rivera está al timón, un volante de automóvil, y dirige los movimientos de la lancha con unos ingeniosos cables de acero que salen de un tabique.

Durante dos horas navegamos a sotavento de la península Maipú, tratando de mantenernos lo más cerca posible de la costa, donde las aguas, menos agitadas, permiten avanzar con mayor facilidad. Pero cuando doblamos la extremidad septentrional de la península Maipú y comienza a descubrirse todo el lado occidental del lago, nos embiste de lleno una terrible marejada, que llega desde lejos empujada por el viento y encanalada en un corredor de altísimas montañas.

La pequeña embarcación, ora se levanta como una caña sobre el vértice de las olas, ora se precipita en profundas simas, ora se zambulle en el vacío como un delfín entre dos olas verticales, hundiendo la proa en una pared de agua impresionante, bajo la cual desaparece por unos segundos. Torrentes de agua corren locamente de proa a popa entre el silbido del viento y el estrépito de las olas.

Hemos pasado en unas pocas millas la extremidad de la península y navegamos ahora en el centro del lago, avanzando lentamente, cuando de improviso, el motor que ya desde la salida había dado señales poco halagüeñas de funcionamiento, disminuye la marcha hasta que acaba por callar. Estamos detenidos a completa merced de las olas, que se abalanzan sobre la lancha, inclinándola pavorosamente sobre la borda. Los marineros se esfuerzan por componer el desperfecto del motor, pero su empeño resulta inútil. Se ha comprobado, además, que en los violentos cabeceos y en el choque de las olas, entra agua a través de la escotilla en el depósito de nafta y no es posible, durante el viaje, poner remedio.



Nuestros cargueros sobre los barrancos del lago San Martín (brazo Maipú)

A pocos centenares de metros de nosotros se yergue, envuelta en la bruma, la costa escarpada de la península Maipú, hacia la cual nos vamos acercando sensiblemente, empujados por las olas. Como ya está por caer la noche decidimos regresar, con ayuda de las velas, siguiendo el curso de la marejada. Rivera conoce una pequeña bahía resguardada de los vientos, que se abre en la costa norte del lago, incrustada en la península de Cancha Rayada, y hacia allí dirigimos nuestra ruta.

Cuando entramos en un rincón de la costa, donde se oculta la bahía, son ya las 11 de la noche. De inmediato se arroja la chalupa al agua y bajamos todos a tierra. Estamos empapados de pies a cabeza a causa de las frecuentes salpicaduras de las olas y encendemos en seguida un gran fuego para secarnos y calentarnos. Sobre las brasas se prepara el habitual asado de capón,* y luego, tranquilizado el estómago, nos disponemos a descansar.

Cada uno busca entre los despeñaderos un pequeño espacio donde tender su cama de campo y pasar la noche como mejor se pueda en su vivac improvisado.

Las aguas de la bahía son plácidas y silenciosas. El viento, que arrecia en el centro del canal, desviado por las montañas, no alcanza aquí a turbar la profunda quietud reinante, y solamente de cuando en cuando, algunas ráfagas desprendidas de las corrientes atmosféricas elevadas, bajan hasta nosotros con alaridos siniestros.

*En la jerga campesina de la Patagonia, *capón* es el ovino castrado y que engorda fácilmente, siendo usado generalmente como alimento de los trabajadores de las estancias y para su venta en el comercio (N. del E.).



Acampados a orillas del lago San Martín

Cuando, a la mañana, nos despertamos, el sol ya está bien alto sobre el horizonte. Los marineros avivan el fuego y después de tomar algunos mates, preparan el asado y el café. Una vez terminadas las reparaciones necesarias al motor y el casco, la lancha suelta amarras y sale de su escondrijo. La marejada ha perdido un poco de violencia porque el viento del suroeste ha pasado al noroeste y es desviado en parte, por las cadenas de montañas que por el norte flanquean el lago. La "Fructuosa" surca ya velozmente las aguas y, tras pasar rápidamente la península Cancha Rayada, corta un largo canal que se extiende derecho y angosto hacia el norte, por unos 40 kilómetros, entre montañas altísimas, revestidas de bosques vírgenes, blanqueantes de nieve y ventisqueros. El señor Rivera me advierte, con evidente complacencia, que hemos pasado a territorio chileno. La línea de deslinde entre las dos Repúblicas está señalada precisamente por este largo brazo y por su prolongación hacia el sur, hasta la orilla opuesta del lago.

A nuestros lados, el paisaje se va volviendo más austero y salvaje. Es una sucesión constante de montañas cortadas a pique sobre el lago, desgarradas por sinuosidades y encogimientos, centelleantes de nieve en sus vértices, rayadas por las cintas plateadas de cascadas que bajan en forma de cabelleras flotantes sobre las paredes acantiladas. La llegada del hombre a estas soledades incontaminadas ha señalado el comienzo de la destrucción de los inmensos bosques, que cubrían como un manto verdeante, las laderas de los montes y constituían el patrimonio inestimable de belleza para el paisaje, al que daban color y vida, pero que cerraban el paso a su esfuerzo tenaz de fecundar la tierra, enriqueciéndola de pastos y poblándola de animales.

En casi todo el trayecto del lago aparecen por ambos lados de la costa los vestigios de estos formidables incendios que en pocas horas han reducido a cenizas bosques milenarios, dejando únicamente un caótico amontonamiento de troncos, blancuzcos y negros, apilados en el suelo o erguidos todavía como gigantescos esqueletos, que extienden hacia el cielo sus ramas mutiladas y contorcidas como brazos descarnados e implorantes*.



El puesto de Bahamonde en la costa oriental del lago San Martín

*Ciertamente no es esta la primera observación sobre la materia, justificada en el caso por las consecuencias visibles en un territorio esencialmente rocoso, lo que había significado en muchos casos la pérdida de la cubierta vegetal, haciendo virtualmente irreversible el daño. Los incendios forestales intencionales ("apertura de campos para el pastoreo") o casuales fueron desgraciadamente algo frecuente durante el proceso de la colonización en zonas boscosas de la Patagonia y Tierra del Fuego, y sus huellas son todavía visibles en muchos lugares a la vuelta de un siglo (N. del E.).



El monte O´Higgins visto desde el brazo sur del lago San Martín

Las rocas, privadas del manto vegetal que las cubría, muestran al desnudo, en forma de surcos y profundas arrugas, el tormento milenario de los agentes atmosféricos y la poderosa acción corrosiva de los antiguos ventisqueros, que bajaban de la alta montaña y llenaban esta vasta cuenca lacustre.

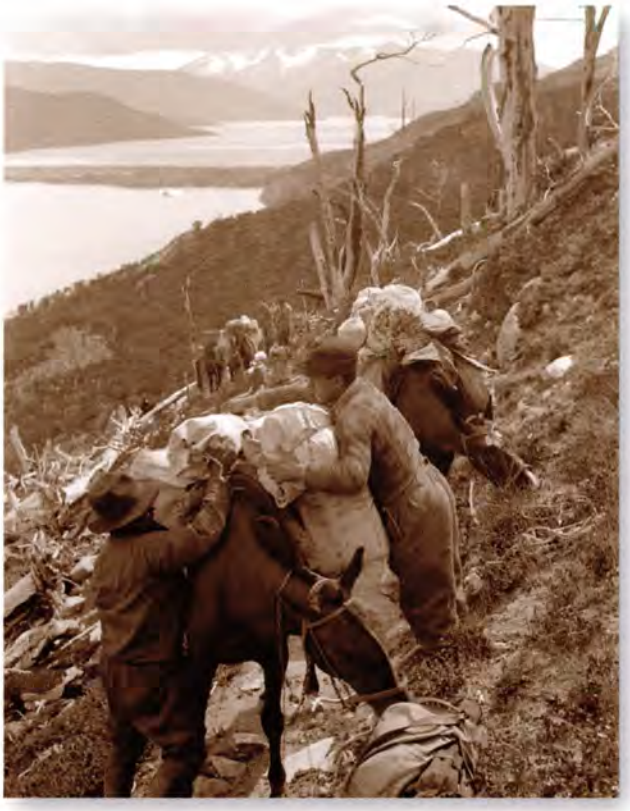
Ya estamos casi en el final de nuestra navegación sobre el lago. Hacia el sur, una profunda fractura, que se abre entre dos cadenas de montañas, señala el curso del río Obstáculo, que baja al lago por entre profundas simas. Poco más al norte se halla la bahía donde nosotros desembarcaremos. Seguimos aún navegando otro trecho, cerca de la costa norte y se estrecha en una torrentera donde el viento, que llega de las lejanías entre los hielos y las nieves, encuentra una salida y se precipita en ráfagas fulmíneas sobre las aguas, revolviéndolas frenéticamente, levantándolas en forma de espiral, desmenuzándolas en una lluvia de átomos, que arrastra en vertiginosa carrera a lo largo del canal.

Por suerte el trecho que nos separa de la orilla opuesta no es considerable y después de una media hora nuestra valiente "Fructuosa", goteando agua por todas partes, penetra victoriosa en la bahía de aguas perfectamente tranquilas.

La costa que tenemos delante y que protege de los vientos a la bahía, no es sino un mugrón de las montañas que se extienden en larga cadena entre el río Obstáculo y el brazo sur del

lago, precisamente hacia donde nosotros nos dirigimos. En pocos minutos todo nuestro equipo queda desembarcado en la playa y la "Fructuosa", después del saludo y los augurios de buena suerte del señor Rivera y de los marineros, vuelve a partir veloz, desapareciendo entre las sinuosidades de la costa. Dentro de dos o tres horas, y tras cruzar el brazo norte del lago, precisamente el trecho más borrascoso, llegará a su estancia "La Ramona".

Sobre la costa abrupta y solitaria donde la "Fructuosa" nos ha desembarcado, apenas sí hemos encontrado unos pocos metros cuadrados para levantar nuestras carpas. No lejos de nosotros, a cuestas de un peñasco, se halla una cabaña desierta, abierta a todos los vientos, construida con troncos trabajados toscamente, donde se secan al aire numerosos cueros de ovejas y se encuentran listos para el embarque algunos fardos de lana.



Arreglando la carga

Es un depósito de productos lanares, propiedad del pastor chileno Ovando, que vive en un rancho situado en un rincón de aquellas montañas y posee unos pocos centenares de ovejas y una buena caballada. Nuestro guía Vidal lo conoce e irá a verlo para pedirle los caballos que necesitamos para continuar el viaje.



Nuestro campamento en el valle del Diablo

Mientras nos ocupamos en arreglar nuestro campamento, escuchamos el trote de un caballo y, poco después, aparece sobre la ladera del monte un hombre cabalgando que baja velozmente y llega en pocos instantes hasta nosotros. Se trata precisamente de Ovando, el solitario habitante de aquella región. Su figura es interesante. Pequeño, membrudo, de rostro bronceado en el que se mueven

Lago San Martín. Témpanos



Deposé

Fot. A. M. De Agostini



La laguna del Desierto.

dos ojos negros, muy vivos, lleva sobre sus hombros el tradicional poncho chileno grasiento y roto, y calza una especie de botas de cuero de vaca sin curtir, que le llegan casi hasta la mitad de las piernas. Mientras cuidaba el rebaño en la montaña, había visto acercarse a la costa la lancha de Rivera, y por eso había bajado corriendo para encargarle que le llevara víveres, sin los cuales iba quedando ya. Pero había llegado demasiado tarde.

Aprovecho su inesperada llegada para preguntarle si tiene caballos disponibles.

–Dispongo de magníficos caballos, mansos y amadrinados, acostumbrados a estas montañas. Hoy iré a campear la tropilla y mañana estaré aquí muy temprano para entregárselos.

Aprieta las aflojadas cinchas de la montura, monta y vuelve a partir al galope por el mismo camino por donde había venido. Ya que la tarde está iluminada por un magnífico sol, y el viento está moderado, hago una ascensión hasta la cumbre de un cerro desde donde, a la altura de poco más de mil metros, puedo divisar y formarme una idea precisa de toda la zona central y occidental del lago, que extiende frente a nosotros, en opuestas direcciones, tres de sus brazos más hermosos y majestuosos.



El araucano Sepúlveda

Cuando regresamos al campamento, encontramos a nuestro arriero Vidal que acababa de llegar. Ha encontrado los ríos que bajan de la Cordillera muy crecidos y ha tenido que hacer grandes esfuerzos para poder cruzarlos.

A la mañana siguiente nos levantamos muy temprano. Es preciso

preparar el equipo para la partida y distribuirlo en bultos de igual peso en las bolsas y cajoncitos construidos expresamente para ser luego cargados sobre los caballos.

Ovando es de palabra. Poco después del amanecer se oye el tintineo de la yegua madrina que llega con la tropilla. No viene solo; a su lado hay otro jinete vestido de poncho y bombachas. Supongo que será algún otro "huaso", que se encuentra de paso, pero cuando baja del caballo y se acerca a saludarme, descubro con asombro un joven rostro femenino y, bajo la boina que cubre la cabeza, un mechón de cabellos negros que caen sobre los hombros en dos largas trenzas.

–Mi esposa –dice el pastor, sacándome de mi extrañeza– ha venido conmigo para ayudarme a esquilar el rebaño de ovejas que ayer hemos encerrado en un potrero no muy lejos de aquí. Sonríe buenamente mirando a la esposa y sube a caballo para arriar la tropilla al corral a fin de elegir los caballos. En pocos minutos, cuatro de los caballos más dóciles y acostumbrados a la carga son separados y entregados a Vidal. Luego Ovando y su esposa vuelven a tomar el camino de la montaña y se alejan empujando hacia delante la tropilla.

Por Vidal, que en estos parajes pasó algunos años y conoce



En la cumbre del monte Milanesio



Escalando el monte Milanesio



Parte superior del glaciar Chico

las vicisitudes de esta gente, me entero de una singular aventura pasional ocurrida a esta singular pareja y que se está desarrollando todavía en este majestuoso escenario de los Andes, entre el tronar de las avalanchas y el arreciar de las tormentas.

Ovando, hace dos años, vivía solo en el valle de los Toros, cerca de la laguna del Desierto. Allí conoció y se enamoró de la muchacha, hija del araucano Sepúlveda, que también estaba establecido con su familia en las orillas de aquel lago. Habiéndola pedido por esposa y recibido la más rotunda negativa, logró igualmente su propósito induciendo a la joven a abandonar el hogar paterno en plena noche mediante una fuga novelesca. Ahora viven escondidos en un rincón de estas montañas, con la constante aprensión de que el fiero araucano descubra su escondite y apague con sangre el tenaz rencor que alienta contra el raptor de su hija.

Son ya las nueve cuando, al terminar de ensillar los seis caballos, nos ponemos en marcha. Para llegar al confín del brazo sur, hacia donde nos dirigimos, debemos dar una vuelta ociosa de 25 kilómetros alrededor de una península rocosa llena de barrancos y despeñaderos, siguiendo un pequeño sendero frecuentado por los colonos y usado por los rebaños.

Durante largas horas vamos serpenteando entre un caos de rocas en forma de cúpulas, consteladas de pequeños lagos, valles y profundas torrenteras de cuyas paredes, afelpadas de musgos y líquenes, surgen pequeños arroyos de agua pura y cristalina. Es todo un paisaje profundamente

moldeado por la erosión de los antiguos ventisqueros, que bajaban de la Cordillera y dejaron, durante su última expansión, una huella indeleble de su poderío.

Cada uno de nosotros camina llevando un carguero del cabestro, guiándolo en los pasos más escabrosos, ya que un paso en falso podría precipitarlo en los despeñaderos, ocasionando la pérdida irreparable de nuestro material. Solamente el chileno monta a caballo y abre la marcha de la pequeña caravana que avanza lentamente por el sendero tortuoso y áspero.

Poco después del mediodía llegamos a la extremidad septentrional de aquella costa desde la cual asoma en casi toda su extensión el brazo norte del lago, que corre en línea recta en aquella misma dirección por un trecho de 30 kilómetros, como un surco abierto entre altísimas montañas, y luego dobla hacia occidente por otros 20 Km, terminando en una profunda depresión sobre la cual corre el río Pascua, emisario del lago.

Los caballos, debido a la aspereza del camino y a la carga nada liviana, se muestran cansados, razón por la cual a eso de las cuatro de la tarde, al penetrar en una graciosa cuenca boscosa, acampamos junto a un arroyo llamado Cerda. Bajo los árboles y en los manchones, ricos en pastos, los caballos encontrarán el alimento necesario.

Al día siguiente nos alegran un hermoso sol y un cielo casi completamente sereno que nos invitan a efectuar, por la mañana, una excursión a las alturas próximas, con fines fotográficos. Desde aquellas lomas se nos presenta un hermosísimo panorama sobre el brazo occidental del



El Fitz Roy y el Gorra Blanca desde la cumbre del monte Milanesio



Ventisquero Chico y cordón Gea

lago, donde se encuentra la estancia del señor Rivera. Esta imponente ensenada se separa, hacia el poniente, de la isla Central, situada en el centro mismo del lago y se interna unos 20 kilómetros en dirección noroeste. A ambos lados se levantan altas cadenas de montañas blanqueantes de nieve, con cumbres de más de tres mil metros, entre las cuales descuellan los cerros Mellizos, Azul e Indeterminado.

Por la tarde reanudamos el viaje con la intención de cubrir aun, durante el día, otros 10 kilómetros hasta el puesto de un tal Bahamonde, donde Vidal nos asegura que encontraremos un magnífico lugar para acampar y dar alimento a los caballos. Seguimos el camino a lo largo de la costa del brazo sur, mientras que hacia el poniente se va descubriendo y haciéndose cada vez más imponente la cadena de los montes O'Higgins, erizada de pináculos, torres y ventisqueros que anidan sobre las crestas acantiladas y bajan en soberbias cascadas de hielo.

A los pies de esta imponente cadena, baja hasta el mar un inmenso ventisquero que conserva las huellas muy recientes de una rápida retirada, como lo demuestra la faja desnuda y corroída que corre entre el nivel actual del ventisquero y la zona boscosa sobrestante.

Al atardecer acampamos en las proximidades de la cabaña de Bahamonde y al día siguiente proseguimos hasta la estancia "Los Ventisqueros" del señor Evangelista Gómez, chileno, que desde hace unos quince años vive en este remoto rincón de la Cordillera, dedicado a la cría de ovejas.



Panorama del brazo norte del lago San Martín, del cordón O´Higgins y de los montes limítrofes, tomado desde el monte Milanesio

Una casa, un galpón para la esquila, corrales y bretes para las ovejas, todo construido con madera extraída de los bosques y trabajada por él mismo a golpes de hacha, forman las construcciones de la estancia. Al lado de la casa se encuentra la infaltable quinta con hortalizas y legumbres y algunos árboles frutales, especialmente cerezos, manzanos, ciruelos y anchos canteros de grosellas y frambuesas que maduran magníficamente y constituyen, puede decirse, la única fruta fresca para el consumo familiar.

Tres días debemos permanecer en la estancia, pues nos resulta imposible proseguir a causa de la lluvia que cae a cántaros, acompañada de fuertes vientos del noroeste. Una vez mejorado el tiempo, reanudamos viaje hacia el sur con la intención de llegar hasta el término del lago y acampar en los contrafuertes septentrionales del Gorra Blanca, los que constituirán la meta de nuestras próximas excursiones. Un pequeño sendero, trillado por los rebaños, serpentea a lo largo de la costa del lago y penetra gradualmente en una zona boscosa, densa y exuberante, aunque ya en gran parte destruida por los incendios.



Al llegar casi al extremo sur del lago, donde deshace su frente el glaciar Chico, nos dirigimos hacia el este y comenzamos a subir por profundos cañadones, antiguos lechos de torrentes glaciales en los cuales forman diques las morrenas que ahora están revestidas de una tupida vegetación de hayas. Aquí el camino se vuelve extremadamente áspero y difícil, y es necesario cruzar pantanos y espesas barreras de hayas, que no permiten el paso a nuestros cargueros sin antes recurrir al hacha.

Después de cinco horas de fatigosa ascensión, alcanzamos un boquete de transfluencia que comunica con un largo y angosto valle en dirección sureste, conocido aquí con el nombre de valle del Diablo, a través del cual se puede llegar a la laguna del Desierto. Bajamos un poco hacia dicho valle y levantamos nuestras carpas a orillas de un gracioso y pequeño lago (820 metros de altitud) sobre la margen de una mancha de hayas que nos abrigará del viento. Desde aquí nos resultará fácil escalar el monte, sobre cuyas laderas estamos acampados y, desde su cumbre, hacernos una idea exacta de la configuración orográfica de esta importante vertiente andina. Esperábamos con impaciencia que llegaran días serenos, pero en cambio, el tiempo recrudeció en forma alarmante. Tras los violentísimos vientos y la lluvia copiosa, la temperatura bajó sensiblemente y comenzó a nevar copiosamente, como si nos encontráramos en pleno



Cadenas de montañas y glaciares al sur y al oeste del valle Santa Lucía

invierno, aunque fue una cosa pasajera. Con el frío viento del sur, las nubes comenzaron a despejar y en la mañana del 18, alentados por el aspecto prometedor del tiempo, emprendí, en compañía de Vidal, que conocía el valle, y de Zampieri, una excursión hasta la laguna del Desierto, en cuyas orillas vive el araucano Sepúlveda.

El valle baja gradualmente, abismándose entre profundos desfiladeros cubiertos por una espesa vegetación de hayas, entre la humedad de musgos y líquenes, que envuelven pilas de troncos derribados por los huracanes o quebrados por la vejez. Caminamos durante horas y horas siguiendo el curso de un sendero, ora en el corazón de la floresta, ora sobre acantiladas paredes rocosas; ora saltando de una orilla a otra algunos de los arroyitos que surcan el valle y van en constante aumento hasta unirse con otros torrentes que bajan impetuosos de los montes, henchidos por las aguas del deshielo.

Poco después de mediodía, desembocamos en la llanura de un valle, donde los árboles de la floresta, maravillosamente corpulentos y altos, rarificados por el hacha, presentan algunos claros cultivados para forraje y rodeados por empalizadas que nos revelan la presencia del hombre. Un rancho construido con troncos del bosque, que se levantan a unos centenares de metros de la costa de la laguna del Desierto, nos señala la habitación del araucano Sepúlveda.



Nos recibe no con poca sorpresa la esposa de Sepúlveda, con una nidada de chicos todos sucios pero gorditos y robustos, que asoman tímidos y temerosos por la ventana y por los tabiques.

Vidal, que es un viejo conocido de la familia, proporciona de inmediato a la mujer algunos informes sobre nuestras personas y el motivo de nuestro viaje. El viejo Sepúlveda anda por las montañas, en busca de caballos, y estará de regreso hacia el anochecer.

Entramos en la cabaña semioscura y escasamente amoblada: una mesa, dos bancos, y una estufa-cocina construida con una lata de petróleo, sobre la cual se cuecen en una gran olla carne y legumbres. La buena mujer se empeña por ofrecer a los huéspedes inesperados algunas viandas, aunque con gran embarazo, pues carece de vajilla y cubiertos.

Dos platos, dos cucharas y un tenedor, que es todo lo que constituyen los utensilios de su mesa, nos obligan a turnarnos para comer la sopa, una excelente cazuela a la chilena y un par de churrascos de vacuno, muy sabrosos. No tienen pan, pero nosotros hemos traído suficiente.

Desde hace dos meses –nos dice la señora– se nos terminó la harina y no hemos vuelto a comer pan. El río de las Vueltas, siempre crecido, no se puede cruzar y será necesario esperar que baje el nivel, lo que no ocurrirá hasta fines del verano, para poder llegar al boliche del lago Viedma



Estancia "La Ramona" en el brazo noroeste del lago San Martín

y hacer las provisiones. Es un viaje largo y fatigoso de dos o tres semanas. Ahora nos arreglamos con leche, manteca y queso, que obtenemos en abundancia ordeñando unas veinte vacas.

La señora sigue relatando locuazmente las vicisitudes de su vida solitaria, pero al atreverme yo a pedirle noticias de la hija ausente, experimenta un improvisado sobresalto y calla; alentada, luego, por mis palabras de consuelo, nos cuenta llorando la trágica fuga.

El viejo –así llama al marido– no quería que se casara con Ovando a causa de antiguos disgustos provocados por los pastos y los vacunos. Cuando la joven se enteró de la negativa absoluta del padre, huyó de casa. El plan había sido muy bien preparado. Una noche de tormenta, mientras por el valle del Diablo bajaban aullando violentas ráfagas de viento, ella salió del rancho sin que nadie la viese. En el corral ya tenía listo uno de sus caballos preferidos y sobre él huyó a galope tendido hacia el lago, donde Ovando la esperaba. Lo advertimos en las primeras horas de la mañana, pero ya era tarde. El viejo agarró el Winchester y, montando en pelo sobre el caballo de guardia, emprendió una desesperada persecución, decidido a vengarse terriblemente; pero no encontró ya más que las huellas de los caballos fugitivos, que se perdían por los senderos de la alta montaña. ¿Quién hubiera sido capaz de alcanzar a aquella muchacha, que montaba a caballo mejor que un huaso y domaba los potrillos más rebeldes?

El sol, aún alto en la tarde serena y luminosa, nos induce a seguir el viaje a la laguna del Desierto para observarla y fotografiarla mientras las condiciones atmosféricas sean propicias. Un cómodo sendero consolidado por el paso frecuente del ganado, facilita nuestro andar y después de dos horas de viaje, a lo largo de la costa del lago, alcanzamos el vértice de una loma, desde donde podemos divisar toda la angosta y larga cuenca lacustre, encerrada entre montañas acantiladas, revestidas de bosques en sus laderas inferiores



Puente sobre el río de la Cascada y brazo noroeste del lago San Martín

Lago San Martín. Bahía Santa Lucía

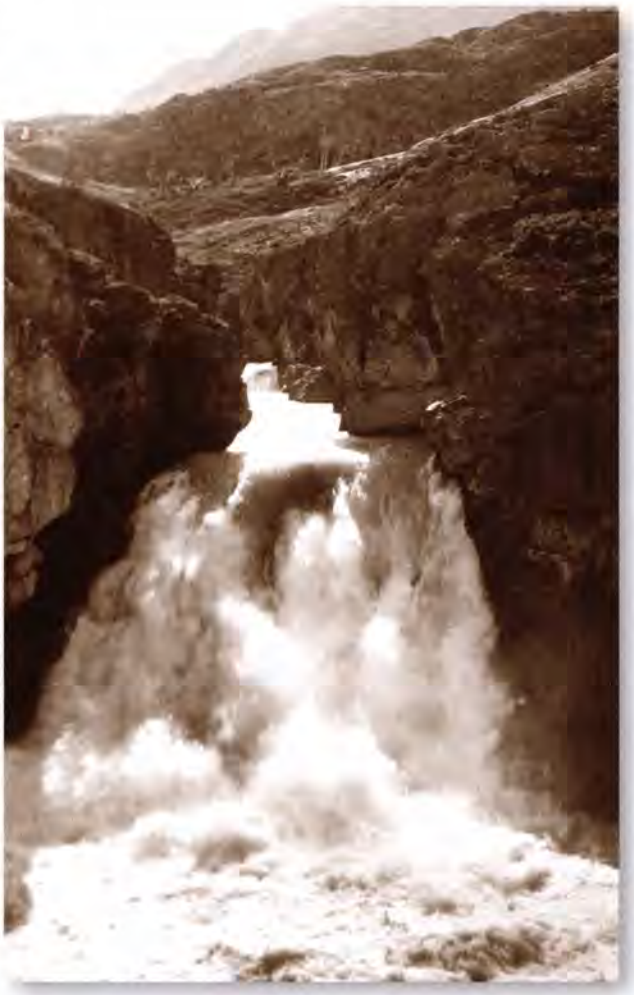


Deposé

Fot. A. M. De Agostini

y de glaciares en sus extremidades superiores, y custodiada a lo lejos por la majestuosa pirámide del Fitz Roy. Este lago, que mide cerca de 10 kilómetros de largo, no figura en los mapas argentinos y tampoco en los chilenos. Hermosísimo es el monte que nosotros llamamos Vespignani y que se levanta al poniente, revestido por una gran coraza de hielo, que llega hasta la cumbre.

Después de tomar algunas fotografías, regresamos al rancho de Sepúlveda ya de noche. El viejo acaba de llegar y lo encontramos al lado del corral, mientras quita tranquilamente la silla a su caballo. Por sus movimientos ágiles y su figura erguida no se diría que este fiero araucano ha cumplido ya los ochenta años. Mediano de estatura, muestra en el amplio tórax y en los brazos musculosos una fuerza nada común. Cuando se acerca para saludarnos, descubro en su rostro bronceado y varonil, que una barba desordenada hace aún más austero, dos ojos pequeños y brillantes llenos de picardía*.



Una imponente cascada en las cercanías de la estancia "La Ramona"

Ha pasado todo el día a caballo en una carrera agotadora por aquel caos de montañas y de bosques en busca de una de sus tropillas y se muestra contrariado con el león puma que le ha matado solamente en aquel verano más de 40 potrillos de pocos meses, o sea, toda la cría de la caballada de ese año. Nos dice que en este valle son muy numerosos, porque nadie los molesta y son tan audaces que hace algunos años llegaron hasta el corral, matando las pocas ovejas que poseía. Su propia esposa fue perseguida por un león hambriento y se salvó huyendo desesperadamente. Ahora posee solamente vacunos, porque las vacas defienden sus

*Ismael Sepúlveda Rivas fue efectivamente el primer colono del sector septentrional de la laguna del Desierto, lugar en el que entró a poblar hacia 1922, época en la que ese accidente era recién conocido, lo que significa que había sido ignorado al momento del Laudo Arbitral de 1902 (cuyo trazado sectorial la dividía diagonalmente), razón por la que no había certidumbre acerca de su pertenencia, si a Chile o a Argentina, o si el depósito era de dominio compartido como lo creían los lugareños. Sepúlveda recibió una concesión precaria de parte de la Oficina de Tierras de Magallanes en 1933, título que le fue confirmado posteriormente, y que luego, entre otros aspectos, sirvió de base para sustentar el reclamo de soberanía chilena cuando aquella ocupación devino litigiosa, asunto ingrato para las relaciones chileno-argentinas finalmente resuelto por el Arbitraje de 1994. Cabe señalar que la laguna del Desierto integra el sistema hidrográfico del lago Viedma, por tanto con derrame de aguas hacia el océano Atlántico. Esta circunstancia geográfica fue determinante para que el arbitraje favoreciera a Argentina. La solución ideal del diferendo habría sido precisamente la constatada por el Padre De Agostini en su primera exploración del área y graficada en sus mapas, esto es, la zona noroccidental de la laguna (colonizada inicialmente y poblada por chilenos) para Chile, y la zona suroriental (poblada por argentinos) para el país vecino (N. del E.).

terneros atacando al león furiosamente con los cuernos; de noche se reúnen y forman un cerco de defensa alrededor de los terneros.

A la mañana siguiente muy temprano asistimos a la ordeña de las vacas, en un gran corral formado por una empalizada de troncos de unos dos metros de altura. Las vacas, después de un día de pastoreo, han entrado en el corral pidiendo con fuertes mugidos su propio ternero para amamantarlo. Una hija de Sepúlveda, de 14 años, arroja con mucha habilidad el lazo sobre los cuernos de la vaca y la lleva al palenque, donde la ata. Un segundo lazo inmoviliza las patas posteriores del animal, y luego empieza la ordeña que se deja incompleta para que el ternero pueda alimentarse convenientemente.

El mismo día regresamos a nuestro campamento durante un buen trecho acompañados por Sepúlveda, quien quiso hacernos de guía y ayudarnos a cruzar el río Diablo y sus afluentes, crecidos en las últimas 24 horas a causa del extraordinario calor, que ha provocado grandes deshielos en las montañas.

El tiempo sigue mejorando, y, bajo el influjo de una leve brisa del sur, las nubes se espacian y aparece la gran cadena interior de las montañas con sus cumbres totalmente blancas de nieve, las que hasta ese momento no había podido divisar.

22 de enero – De acuerdo con el itinerario trazado en los días anteriores, salimos temprano para efectuar la ascensión a la cumbre del monte sobre cuyas laderas septentrionales estamos acampados. El cielo es de una transparencia cristalina y las cumbres más elevadas comienzan a teñirse de púrpura y de oro. Una hora trepamos por las laderas del monte cubierto de un blando tapiz de juncos, musgos y algunas gramíneas, tratando de evitar algunos profundos desfiladeros y espesos manchones de hayas enanas (*Nothofagus pumilio*) que dificultan el camino. Seguimos por fáciles crestas rocosas, en las cuales se anidan las primeras manchas de nieve, y a las diez alcanzamos el vértice de un espolón rocoso desde donde gozamos de una soberbia vista sobre el brazo sur del lago y las cadenas de montes y glaciares que se elevan al occidente del mismo.



Estancia "La Ramona". Vacunos en el corral

Una vez cruzada esta roca emergente, que forma como un primer peldaño del monte hacia el cual nos dirigimos, nos atamos a la soga, porque comienza un extenso glaciar que cubre toda la vertiente septentrional.

Cuando, a eso de las 12, llegamos a la cumbre y se nos presenta la vertiente del sureste

Lago San Martín. Montes Mellizos



Deposé

Fot. A. M. De Agostini



Estancia "La Ramona". Hacia el monte

que hasta entonces permanecía oculta, el panorama adquiere una extensión y grandiosidad impresionantes. Por este lado se abre a pique, algunos centenares de metros debajo de nosotros, el valle de los Toros, tributario del río de las Vueltas y, más lejos, divisamos una parte del lago Viedma, sobre el cual domina la pirámide gigantesca del Fitz Roy. Un poco más a occidente emerge la cándida cúspide del monte Gorra Blanca, al que siguen al suroeste, separadas por una leve depresión, otras cadenas de montes blanqueantes de nieve. En la depresión mencionada, que da acceso a la cuenca de los cinco glaciares, y que nosotros alcanzamos en febrero de 1936, empieza el glaciar Chico, que baja al lago San Martín.

A occidente del glaciar Chico se levanta la cadena Gea, de la cual baja, en su vertiente oriental, un glaciar cuyo frente se deshace sobre las aguas de un pequeño lago. Al sur de la cadena Gea emerge, a través de un collado, la cumbre del monte Pirámide, de 3.380 metros. Sigue al norte de la misma cadena, una gran meseta de nieve con declive hacia el Pacífico; aquí tiene origen el glaciar O' Higgins, que corre a los pies de la cadena del mismo nombre. En la extremidad occidental del lago, se divisan en la lejanía las cumbres piramidales de los Mellizos, que dominan majestuosamente toda la zona septentrional del lago San Martín hasta la cuenca hidrográfica del río Pascua.

Nos encontramos apenas a poco más de dos mil metros (2.010) y el panorama que se presenta a nuestros ojos, no velado por ningún obstáculo, en una atmósfera extraordinariamente



El monte Alesna desde el valle Santa Lucía

límpida, es de una magnificencia y grandiosidad incomparables, por el vasto horizonte que abarca dos de los más hermosos lagos de la precordillera, por la imponencia y la elevación de las montañas, desde las que descienden grandes corrientes de hielo.

De una sola mirada puedo resolver importantes problemas que habían quedado sin solución en mis viajes anteriores sobre la configuración y dirección de los montes y glaciares de esta zona cordillerana.

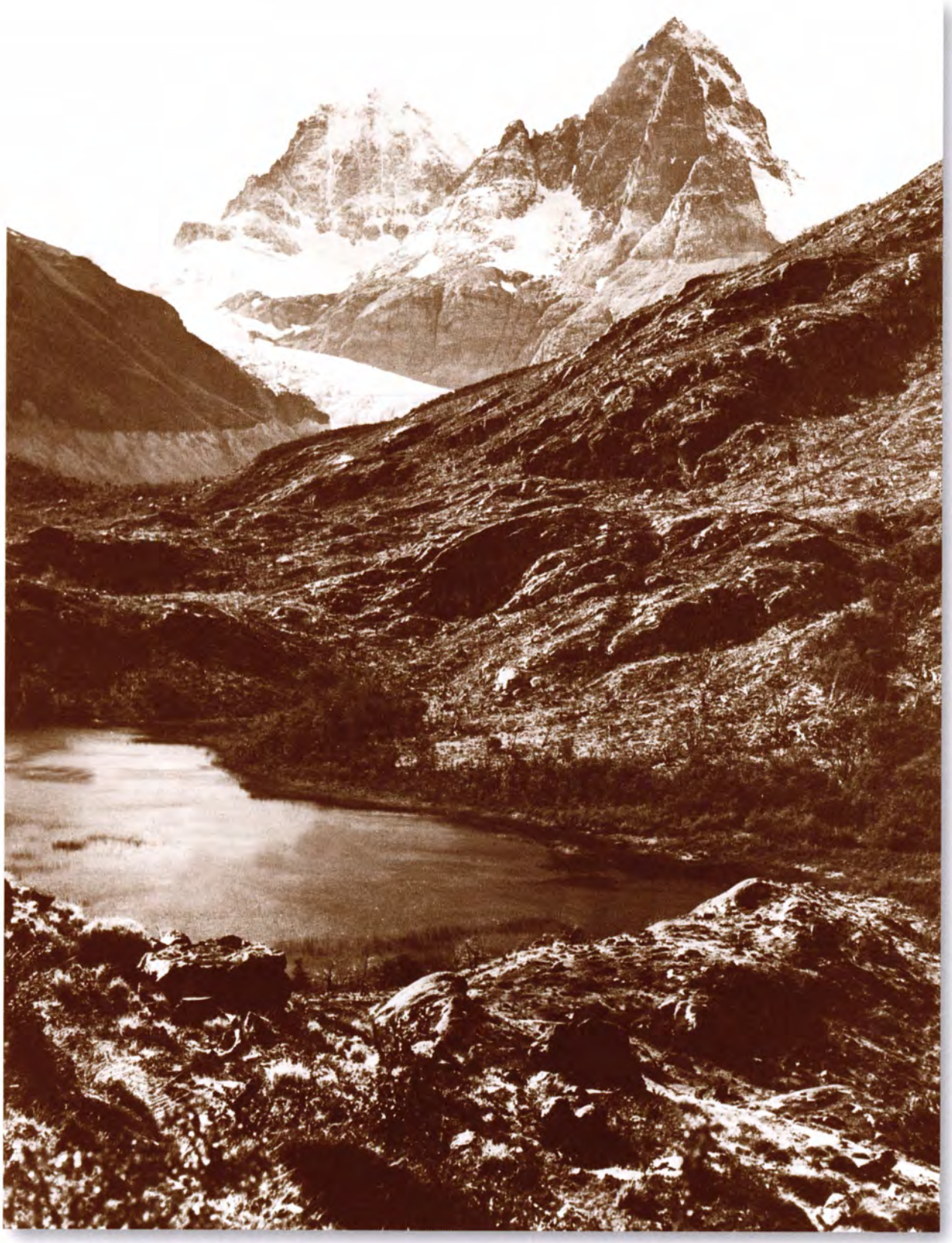
Algunas horas después estábamos de vuelta en nuestro campamento, completamente satisfechos con la ascensión efectuada, que había puesto fin al trabajo que nos habíamos propuesto.

A la mañana siguiente levantamos las carpas y bajamos a la estancia de Gómez, con la esperanza de poder proseguir con la lancha del señor Rivera hacia el brazo occidental donde él vive, como habíamos acordado. Pero, a pesar de haber hecho las convenidas señales de advertencia, consistentes en algunas fogatas, la lancha, encontrándose ausente el señor Rivera, no vino y, después de algunos magníficos días, debimos tomar por tierra la vía de regreso, con 5 cargueros que llevaban nuestros equipos.

Fue un viaje áspero y fatigoso, cumplido totalmente a pie, para cruzar ese trecho sinuoso de costa por 20 kilómetros al sur del lago, obstaculizado por el cruce de algunos ríos impetuosos; pero al cuarto día pudimos alcanzar sin inconvenientes desagradables la estancia "Tercera Viedma", sobre la carretera a Santa Cruz. Nuestro programa de estudio a la Cordillera no había sido realizado sino parcialmente, pero confiaba en poderlo completar más tarde.

* * *

En efecto, volví a mediados de febrero de 1940. La lancha "Fructuosa" esperaba desde hacía 15 días al señor Rivera, pero habiendo llegado la noticia de que él había postergado el viaje, se decidió sin dilación a mi llegada, la partida para la estancia "La Ramona".



Los Mellizos vistos desde el valle Santa Lucía



Frente al glaciar O'Higgins en el brazo sur del lago San Martín

El lago, gracias a uno de esos períodos de calma y serenidad, tan raros en estas regiones, se mantenía desde hacía 5 días terso y tranquilo como una plancha de cristal. Cuando a las 11 de la noche nos embarcábamos, no se sentía un hálito de viento y en el cielo transparente una luna en plenilunio irradiaba sus plateados efluvios de luz sobre los montes y los lagos.

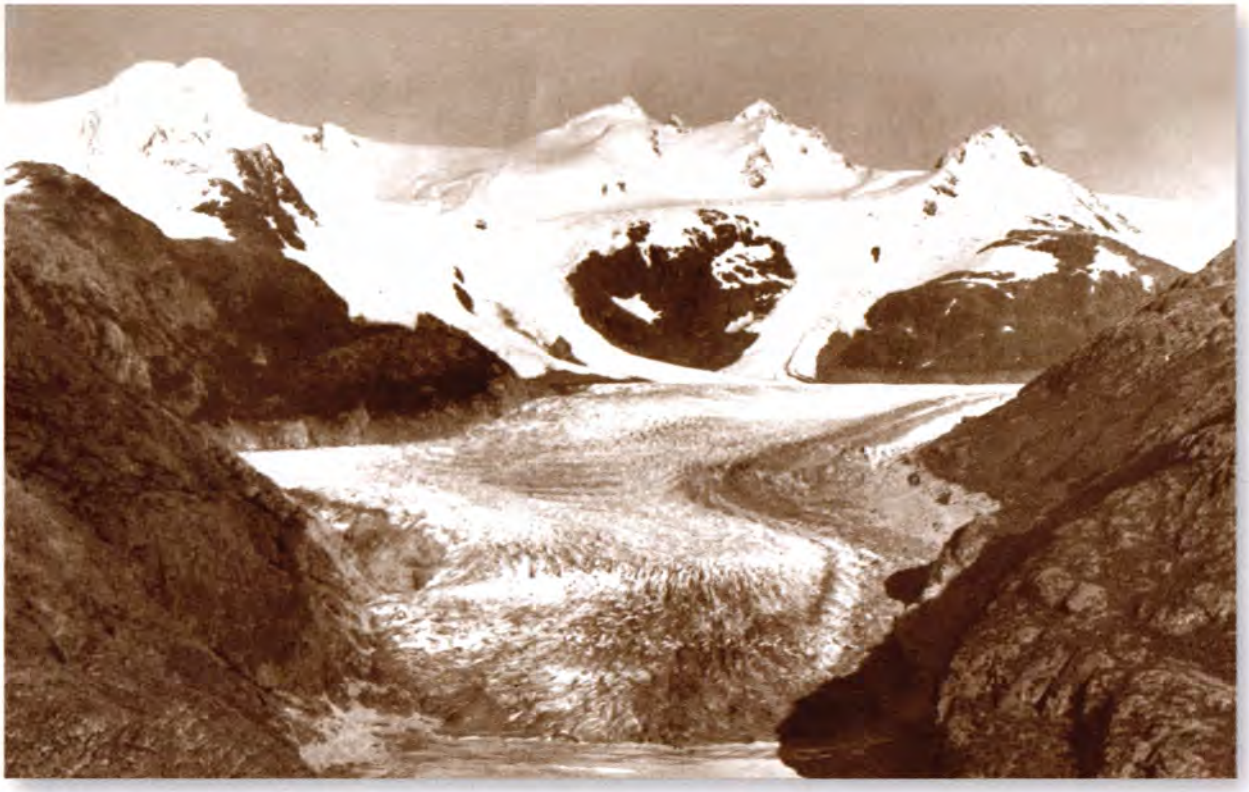
Navegamos toda la noche entre las sombras de las altas montañas llenas de silencio y de misterio y cuando, después de pasar la isla Central, entramos en el brazo occidental del lago, los primeros rayos del sol teñían de coral las cumbres altísimas de los Mellizos y del cerro Alesna.



La "Fructuosa" frente al glaciar O'Higgins (lago San Martín)

A las siete, después de haber recorrido 100 kilómetros, la "Fructuosa" anclaba en una pequeña bahía frente a la estancia "La Ramona". Es este un rincón solitario y pintoresco elegido por el señor Rivera, quien, superando dificultades poco comunes, ha logrado, con constancia y tenacidad, edificar en plena Cordillera casas e instalaciones para la industria pecuaria, las que sorprenden por su modernidad y perfección.

Cerca de la estancia, baja, por un valle incrustado en las laderas meridionales de los Mellizos,



Montañas y glaciar Rivera, a occidente del valle Santa Lucía

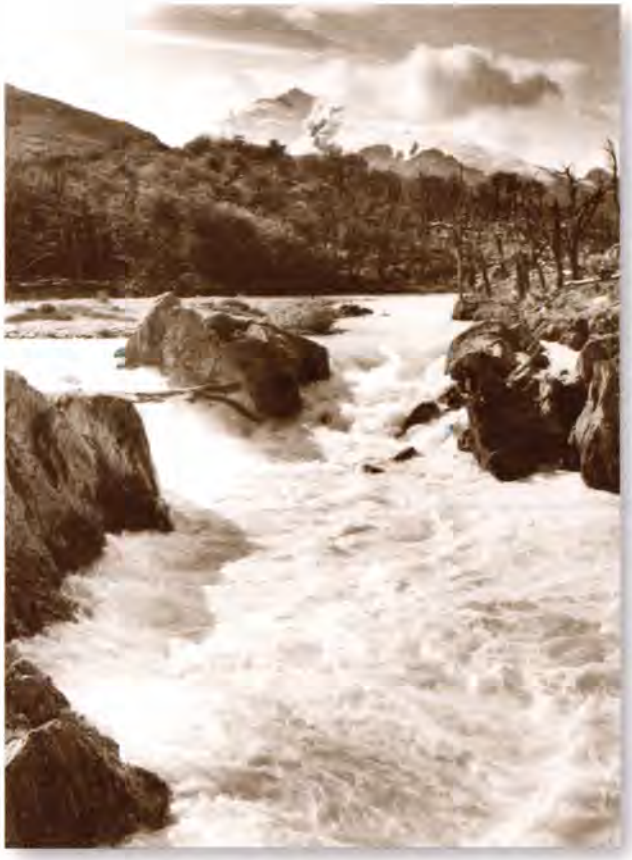
un gran torrente que forma, poco antes de desembocar en el lago, una hermosísima cascada. Las aguas de este torrente sirven para regar una gran quinta, cultivada con hortalizas, legumbres y centenares de árboles frutales, donde el señor Rivera ha gastado en profusión y fatigas sin cuento.

El panorama que de allí se goza es grandioso y variado y, cuando las aguas del lago están tranquilas y los montes despejados, podría creerse que uno se encuentra en un lago de los Alpes italianos.

La recepción halagüeña que nos brindaron los montes completamente despejados a nuestra llegada, había abierto mi ánimo a las más alegres esperanzas; pero fue sólo una fugaz ilusión, porque, después del mediodía, toda la cadena de montes se encerró nuevamente en su impenetrable manto de nubes.

Durante una semana esperé en la estancia, efectuando algunas excursiones a los montes próximos, y luego me embarqué en la "Fructuosa", dirigiéndome al término del brazo occidental, donde el señor Rivera tiene un puesto para vigilar las ovejas que pastan allí durante el verano. Desde este puesto hubiera podido alcanzar con mayor facilidad los Mellizos, que se elevan al término de un valle del cual me habían hecho los mayores elogios por sus bellezas naturales.

Este último trecho del lago está encerrado entre dos elevadas barreras de montañas, la mayor de las cuales es la que se encuentra al sur, formada por el monte Alesna, de 2.840 metros. Al



El río Cascada

término del seno se abren en los dos costados de un monte, que obstruye el centro mismo del lago, dos valles angostos, uno de los cuales está dirigido al suroeste y el otro al norte, ambos surcados por dos grandes torrentes glaciales. El valle que va hacia el sur penetra entre montañas casi totalmente cubiertas de nieve, desde las que se desprenden hacia abajo grandes lenguas de hielo; en cambio el que va hacia el norte es más extenso y también más pintoresco y da mayor rendimiento, por la abundancia de pastos que alimentan durante el verano algunos miles de ovejas.

El fondo de este valle presenta una planicie notablemente aluvionada por las crecidas que se producen en la época de deshielos, surcada por torrentes glaciales que tienen su origen en glaciares del interior. El mayor de estos glaciares, que denominamos Rivera, es el que llena una vasta cuenca tallada en la alta cordillera de occidente, y está alimentado en su curso por otras corrientes de hielo que se originan en un amplio altiplano glacial del que sobresalen algunas cimas enteramente cubiertas de nieve.

En la margen derecha de este glaciar hay tupidas manchas de bosque, al abrigo de las cuales se podría establecer el campamento base para efectuar proficuas ascensiones al interior de aquel vasto campo de hielo que declina hacia los canales del Pacífico despedazándose en gigantescos glaciares, el mayor y más conocido de los cuales es el denominado Jorge Montt, que derrite su frente en el seno Calén del fiordo Baker.

Otro glaciar, no menos importante, está al norte del valle Santa Lucía, y baja de unas montañas inexploradas próximas al río Pascua, delimitando en su curso la vertiente occidental de los Mellizos. Ambos glaciares están en pleno decrecimiento, como lo demuestra la faja desnuda de vegetación que se extiende a los lados de los mismos, determinando claramente la altura que alcanzaban pocas decenas de años antes.

En el centro del valle se levanta un pequeño monte rocoso, corroído por los antiguos glaciares que, por la belleza del panorama que ofrece, fue llamado por el señor Rivera, cerro Santa Lucía, como un nostálgico recuerdo del que lleva el mismo nombre en Santiago, nombre que ahora se ha extendido también a la bahía y el valle.

A pesar de que el viento sopla casi sin interrupción y con violencia, acompañado a veces por la lluvia, no dejamos de efectuar algunas excursiones a lo largo del valle, hasta la margen del glaciar, que baja de los Mellizos, atraídos siempre por el deseo de observar las cumbres de estos montes tan tenazmente cubiertos por las nubes. A veces algunas ráfagas de viento desgarran el velo de vapores y aparecen algunos detalles de las crestas y las paredes verticales listadas de nieve, que nos permiten darnos una idea de la terrible verticalidad de estas dos pirámides gigantescas.

Pasamos así 10 días de semiaprisionamiento en el puesto, afrontando la vehemencia de las ráfagas de viento, que día y noche bajan silbando de los desfiladeros de los montes y azotan nuestro pequeño refugio con una violencia tal que amenazan arrancarlo de golpe.

Pero el 11 de marzo, después de una noche serena y tranquila, las montañas aparecieron por fin enteramente despejadas. Salimos con las primeras luces y en 4 horas alcanzamos un espolón rocoso en el confín del valle Santa Lucía, desde donde tenemos la dicha de contemplar y fotografiar toda la cadena de la alta Cordillera de occidente, hasta entonces desconocida para nosotros. Los Mellizos provocaron particularmente nuestra admiración por la forma atrevida de sus pirámides y por la majestuosidad del glaciar que baja serpenteando a lo largo de sus bases ciclópeas, formando un magnífico contraste con el verde intenso del tupido bosque de hayas próximo a nosotros.

Las dos pirámides de los Mellizos*, aunque tienen formas muy parecidas, difieren sin embargo, mucho en elevación, siendo la del norte la más alta y majestuosa (3.050 metros), pues supera a su compañera por lo menos en 500 metros.

Con esta excursión habíamos dado término a nuestra tarea en aquel valle y al día siguiente regresamos en la lancha a la estancia.

Aquella semana había llegado el señor Rivera y en la estancia se había comenzado el rodeo de los vacunos en el valle y en los montes circundantes, para la marca y la selección. Setecientos vacunos, ocultos en las anfractuosidades de aquellos montes y en las tupidas selvas, fueron llevados a la estancia por los "huasos" chilenos, después de tres días de fatigoso galope por entre rocas y precipicios, y encerrados luego en el corral.

Lluvia y viento se sucedían en esos días con tenacidad encarnizada, pero en la estancia del señor Rivera, donde se disponía de todas las comodidades, el día pasaba alegre y tranquilo al calor de la estufa, alternando la radio, que nos comunicaba los últimos acontecimientos europeos, con el gramófono provisto de una preciosa colección de discos de óperas italianas, interpretadas por los cantantes de mayor fama.

El 16 de marzo, al despejarse de improviso el cielo, bajo una fría brisa del sur, efectuamos una hermosísima excursión en lancha hasta el glaciar O'Higgins, en el brazo sur del lago. El señor Rivera estaba, como siempre, al timón de la "Fructuosa" y, gracias a su pericia, pudimos internarnos entre los hielos flotantes y contemplar y fotografiar de cerca el soberbio frente del glaciar, que mide nada menos que ocho kilómetros de largo.

*El topónimo "Mellizos", al parecer de origen local y recogido por De Agostini, no prosperaría definitivamente. Hoy las dos cumbres de que se trata corresponden a los cerros Stefen (3.050 m) y Krüger (2.700 m) (N. del E.).

Efectuada esta excursión, nos preparamos para regresar a Santa Cruz, ya que la estación estaba avanzada y las primeras nieves, caídas sobre los montes, habían bajado ya bastante.

En la tarde del 19, la "Fructuosa", bajo una violenta lluvia, comenzó su viaje 261 sobre el lago, registrado puntualmente por el contador de la estancia señor Guillermo Wahlen, como si se tratara de un nuevo título glorioso adquirido por la lancha en sus largos servicios en pro de la estancia. Y es realmente meritoria, si se piensa que todo el material de edificación de la estancia, muebles, utensilios y hasta ovejas y caballos, fueron transportados por esta frágil y pequeña embarcación, siempre en lucha contra las terribles tormentas del lago. El señor Rivera, accediendo a un deseo mío, tocó esa tarde y al día siguiente, algunos parajes habitados de la costa para darme el consuelo de administrar el sagrado bautismo a los chicos de aquellos colonos aislados en la soledad de las montañas*.

La noche del 21 llegamos a la bahía Maipú, huéspedes en la estancia del señor Lawless, y al día siguiente reanudamos el viaje rumbo a Santa Cruz. Mientras el auto, en veloz carrera, penetraba en las extensas mesetas de la pampa, mis ojos se dirigían con irresistible y nostálgico afecto a la majestuosa cinta blanco-azulada de los picachos andinos, entre los cuales durante varios veranos seguidos había pasado horas de ansiedad y de alegría profunda y que ahora se iban esfumando rápidamente en el horizonte. Nuestro largo y penoso encarcelamiento entre aquellas montañas solitarias había terminado; pero ahora que nos alejábamos de ellas sentíamos hacia las mismas un secreto afecto, nacido y crecido en su íntima convivencia bajo los azotes de la tormenta o en la paz del ocaso, que nos había brindado horas de supremo gozo en la contemplación de la inmensidad y belleza de las cosas creadas por Dios.

*Cada vez que se le brindó la oportunidad, el Padre De Agostini ejerció su ministerio sacerdotal, ya que al fin y al cabo era un misionero salesiano (N. del E.).

CAPÍTULO XV

EL MONTE SAN LORENZO

Posición y aspecto del San Lorenzo – En el valle del río Lácteo –
Belleza del monte Hermoso – Excursión al San Lorenzo – La doma de potros –
En el valle de Las Pinturas – Viaje a los lagos Posadas y Pueyrredón –
Caminos imposibles – Tesoneros trabajos de mejoramiento realizados por una mujer italiana –
En el valle del río Platten – Junto a los glaciares septentrionales del San Lorenzo –
En el valle del río Tranquilo – Ascensión a un contrafuerte del San Lorenzo

Después del San Valentín (4.050 metros), el monte San Lorenzo o Cochrane (3.700), es el más elevado de la Cordillera Patagónica austral. A pesar de la relativa facilidad de acceso, pues es posible arribar a sus bases desde las mesetas de la zona atlántica, ha permanecido hasta hoy casi ignorado en el mundo geográfico y alpinístico, ya que muy poco se conoce de su estructura y de sus interesantísimos e imponentes aspectos, fuera de los datos consignados en los mapas expeditivos levantados por las comisiones argentinas y chilenas, cuando ejecutaron un sumario relieve del macizo para trazar sobre él la línea divisoria entre ambas naciones.

Por su especial posición, constituye el punto descollante de aquel sistema de montañas que, apartándose del eje principal de la Cordillera, se recuesta en las mesetas subandinas, circunscrito al noroeste por las profundas depresiones hidrográficas del río Baker y del lago Cochrane-Pueyrredón, y al sur por la cuenca lacustre del lago San Martín.

Las formidables y graníticas paredes que lo circundan por todas partes, cortadas a pique por más de mil metros, lo hacen aparecer como una gigantesca fortaleza que pretendiera defender de todo asalto del hombre su blanca y seductora cúspide incrustada de hielo. Numerosos glaciares descienden de sus flancos potentes dando origen a cinco ríos: en los valles homónimos, el San Lorenzo y el Lácteo; en la vertiente sursuroeste, el Platten[1], denominado también río Oro, y el Tranquilo en la vertiente norte, y el río del Salto en la vertiente oeste.

[1] Así llamado en honor al topógrafo Ludovico von Platten, que formó parte primero de la Comisión Argentina de Límites y luego dedicó su prodigiosa actividad a levantamientos topográficos en la provincia de Buenos Aires y en la región del golfo San Jorge. Localmente designan a este curso de agua con el nombre de río Oro.



Lago Belgrano. *Brazo oriental*

Su posición en la margen oriental de la Cordillera hace que domine con su elevación todas las montañas cercanas y que se pueda divisar, como el Fitz Roy, desde mucha distancia entre las mesetas que limitan la Cordillera por el este.

Desde estas mesetas, precisamente, lo contemplé por primera vez el 14 de febrero de 1937 cuando, continuando mis viajes de exploración y de estudio a través de la Cordillera, y alcanzando la localidad de Tamel-Aike, me iba acercando a los valles preandinos, con el deseo de conocerlo y estudiarlo de cerca.

El cielo estaba excepcionalmente terso y totalmente libre de nubes, de modo que el San Lorenzo se destacaba nítidamente en el horizonte, hacia el oeste, como una masa cándida y puntiaguda, sobre la faja azul-violeta salpicada de manchas de nieve de la cadena andina. No tuve, sin embargo, la sensación de su grandeza e imponencia sino cuando llegué a la parte superior de los cordones morrénicos que rodean por el sur al lago Belgrano, desde los cuales se me presentó de repente su blanca cúspide, altísima, dominadora de todos los demás montes.

En la estancia "El Rincón", de Nicanor Torres, donde termina la carretera, encontré la más amable hospitalidad y los cargueros necesarios para proseguir con mis equipajes por el valle del río Lácteo hasta casi la base del San Lorenzo.

El valle del río Lácteo es uno de los más pintorescos que yo haya conocido en la Cordillera, no solamente porque conserva intacta la vegetación, sino sobre todo por la imponencia del San Lorenzo que domina todo el lado occidental, y de otros dos montes muy elevados; el cerro Penitentes (2.930 metros) al suroeste, y el monte Hermoso, al norte, a continuación inmediata del valle del río Lácteo.

Este último monte, cuya elevación supera los dos mil metros, no figura en los mapas ni chilenos ni argentinos, y fue denominado así por los lugareños a causa de su atrayente belleza*.

*Su altura real es de 2.500 metros (N. del E.).

Macizo San Lorenzo (vertiente oriental)



Deposé

Fot. A. M. De Agostini



El monte San Lorenzo visto desde la meseta de Tamel-Aike

Establecimos nuestro campamento casi al término del valle, cerca del puesto de un ovejero que el señor Torres manda en la época de verano a vigilar el ganado. Nos rodea un soberbio anfiteatro de montes y glaciares, de exuberantes bosques y de torrentes impetuosos; toda una gama vivísima de colores que bajo los rayos vivificadores del sol, toman las más admirables tonalidades, especialmente durante la aurora y el ocaso.

En los primeros días nos recibió un viento helado que bajaba del altísimo San Lorenzo en ráfagas impetuosas y violentas, mezclando sus terribles aullidos con el retumbar de los aludes de hielo, que continuamente se desprenden de las paredes del coloso.

Un contrafuerte elevado y montuoso, cubierto en parte de glaciares, que nace de los flancos orientales del San Lorenzo, divide la extremidad del valle del río Lácteo en dos pequeñas ramificaciones de unos 15 kilómetros de profundidad cada una. La que está al norte, surcada por el río Lácteo, relativamente rica en pastos, es muy pintoresca por el majestuoso escenario que forma el monte Hermoso, el que, a diferencia del San Lorenzo, está casi siempre descubierto y ofrece con los cándidos y resquebrajados glaciares, que revisten sus flancos hasta el vértice, los más sugestivos panoramas.

En el extremo del valle se divisa hacia occidente, en toda su imponencia, desde la base hasta la cúspide, el macizo San Lorenzo, que, en el curso del valle, queda oculto detrás del contrafuerte mencionado. Una bellísima y afilada cresta conduce desde este lado hasta la cumbre enteramente cubierta de hielo y de nieve, estando tallada a pique varios centenares de metros. Detrás de la cumbre y a lo largo del borde de la gran pared terminal, sobresale una espesa colcha de hielo quebrada sobre el abismo, la que parece revestir como un gran manto toda la vertiente opuesta, cual si ofreciera fácil acceso



La linda casita de material de Nicanor Torres



En el valle del río Lácteo

a la cumbre; no hay en cambio posibilidad de escalarla por el lado que está frente a nosotros, porque las paredes del monte se presentan verticalísimas y coronadas por grandes cornisas de hielo.

El valle del río Lácteo termina al pie de un pequeño lago circundado por algunos manchones de hayas enanas (*ñirres*) sobre el que domina en todo su esplendor el San Lorenzo, con los glaciares que revisten sus ciclópeas bases. Prosiguiendo más allá del laguito es posible penetrar en el valle del río Platten, a través de una estrecha depresión cubierta de grandes depósitos morrénicos que encierran otros pequeños lagos alimentados por la fusión de los glaciares del San Lorenzo. La ascensión a la cima del monte Hermoso no parece, en cambio, ofrecer mayor dificultad, ya sea a través de los glaciares, ya por la pared rocosa de occidente, y la hubiera intentado desde un principio si el principal objeto de mi viaje, que era obtener buenas fotografías del flanco oriental del San Lorenzo –lo que exigía un día sereno, demasiado raro por desgracia– no me hubiese disuadido.



Monte Penitentes (2.930 m)

Después de realizar algunas provechosas excursiones en las proximidades del cerro Hermoso, el 24 de febrero, en un día excepcionalmente sereno, pudimos internarnos en el valle del San Lorenzo, cuyo interior no había visitado aún por la dificultad que ofrece el acceso al glaciar, que ocupa la cabecera del valle.

La primera parte del valle la recorrimos a caballo, debiendo vadear algunos brazos de un rápido torrente que lo surca y tiene su origen en el glaciar.

El ovejero que estaba de guardia en el puesto nos sirvió de guía para los difíciles vados del torrente y nos acompañó durante todo el día. Caminamos por una hora con relativa facilidad por el estrecho valle surcado por ramificaciones del torrente, pero después, el camino se tornó más

difícil debido a un cordón de rocas aborregadas y alisadas por el mismo glaciar que ahora se encuentra al término del valle. No sin dificultad hallamos en aquel laberinto de rocas un estrecho paso para nuestros caballos, los cuales, acostumbrados a trepar por las rocas, superaron fácilmente el obstáculo. Pasada la barrera rocosa volvimos a entrar en una zona llana con residuos de aluvión sobre la cual termina el glaciar, ya en fuerte ablación y oscurecido por una capa de morrenas flotantes. Atravesamos oblicuamente el valle y cerca de las once, llegados a un pequeño manchón de hayas, a poco más de mil metros de altura, dejamos los caballos y proseguimos a pie por el interior del valle.



El monte San Lorenzo visto desde el valle del río Lácteo

Durante dos horas caminamos lentamente, ora sobre las morrenas que señalan la retirada reciente del glaciar, ora sobre las faldas abruptas del monte Penitentes, cuya cúspide dentellada y surcada de glaciares se nos apareció de improviso, apenas hubimos penetrado en un valle asentado en sus flancos septentrionales.

A medida que avanzamos nuestros ojos se dirigen irresistiblemente hacia la majestuosa efigie del San Lorenzo, que como un gran telón de fondo abarca todo el panorama del valle y clava sus altísimas cornisas de hielo y su cima candidísima en el azul cristalino del cielo.

Recorridos unos diez kilómetros, y próximos ya a la base del macizo, penetramos en el glaciar, en parte cubierto de detritos que se desprenden de las mismas paredes del monte, los que demuestran que el San Lorenzo está constituido por rocas intrusitas granodioríticas, lo mismo que sus rivales el Fitz Roy y el Murallón.

El barómetro marca 1.270 metros de altura sobre el nivel del mar. Muy cerca de nosotros se levanta verticalmente, por 2.400 metros, y sin elevaciones intermedias, la inmensa pared del San Lorenzo hasta la excelsa cima. Los rayos oblicuos del sol, que declina en el horizonte, dejan ya en la sombra la pared vertical de la cual emergen, como balcones, espesas capas de hielo suspendidas sobre el abismo. Todo lo que tiene de malo y terrible la alta montaña, con sus insidias de hielo y de rocas, parece condensarse en este macizo andino que puede desafiar impunemente las más audaces acrobacias del hombre que quisiera trepar su cumbre. La inmensa

pared del monte se prolonga por varios kilómetros hacia el suroeste, sin disminuir su verticalidad, y luego desciende un tanto para terminar en una elevada montaña llena de agujas y pináculos como la torre almenada de un gran castillo, señalada en los mapas con el nombre de Pirámide.

El regreso lo emprendimos por el glaciar, cuya superficie presentaba escasas resquebrajaduras y se encontraba en gran parte cubierta de detritos morrénicos.



Vertiente austral del monte Hermoso

Habíamos proyectado para el día siguiente la ascensión al monte Hermoso, pero la serena belleza de aquella noche se malogró con el cambio de viento y a la mañana, al salir el sol, con gran pena vimos los montes cubiertos por el acostumbrado manto de nubes. Nos fue necesaria suma paciencia para esperar algunos días más en la confianza de que el tiempo mejoraría.

Durante la espera tuvimos oportunidad de asistir a una emocionante doma de potros de los que había buen número en el extremo del valle, destinado por el señor Torres a la cría de equinos.

La recogida de los caballos ocultos en las sinuosidades de los valles o en el interior de los espesos bosques, entre pantanos y torrentes impetuosos, constituía una empresa ardua y peligrosa, pero en un solo día fueron registrados todos aquellos recónditos refugios, con una destreza admirable, por dos habilísimos domadores chilenos, traídos por el señor Torres, los cuales consiguieron en muy poco tiempo conducir al puesto toda la tropilla.



Doma de potros en el puesto del San Lorenzo

Casi un centenar de potrillos, crecidos fuertes y libres en las cercanías de las nieves del San Lorenzo, se vieron de repente prisioneros en el pequeño espacio de un corral, sometidos a los latigazos y espolazos de los hábiles domadores, quienes rápidamente los iban transformando en dóciles y útiles servidores del hombre.

La semana de espera en el puesto San Lorenzo nos resultó inútil porque el tiempo continuaba su curso tempestuoso: bajé por tanto a la estancia de Torres y, después de una breve visita al lago Volcán, tomé el camino que debía conducirme a San Julián en las costas del Atlántico, dejando para otra oportunidad la exploración de las vertientes norte y oeste del San Lorenzo.



Monte Hermoso

Con todo, este deseo mío no pudo cumplirse hasta el verano de 1940. El camino que debía conducirme a la nueva meta era el río Oro o Platten, que se vuelca en el lago Pueyrredón. A este lago me dirigí en automóvil en los primeros días de 1940, acompañado por el señor Cassera y llevando equipajes y víveres para todo el tiempo de nuestras excursiones alrededor del San Lorenzo.

Tres días empleamos para recorrer la distancia entre Comodoro Rivadavia y el valle de las Pinturas, pasando por Las Heras y Nacimiento* donde había resuelto detenerme algunos días a fin de poder conocer este valle tan famoso por la singular coloración de sus tierras y por los caprichosos fenómenos de erosión que se observan a lo largo del río homónimo.

Ya desde lejos se puede distinguir el valle por el vivísimo color rojizo que se destaca, en fajas y manchas desiguales, sobre las barrancas que flanquean el río de las Pinturas. Más de cerca la masa rojiza se decompone en una graduación delicada de infinidad de colores que van desde el rojo púrpura al amarillo cromo, del verde azulado al blanco de plata. De esta masa de arcilla y tobas finas de color se servían los indios Tehuelche para pintar su cuerpo y trazar variados dibujos en sus mantos de cuero de guanaco**.

*El poblado llamado originalmente Nacimiento es la actual ciudad de Perito Moreno (N. del E.).
**Las pinturas parietales o rupestres que han dado fama a la localidad son anteriores a los Aónikenk o Tehuelche históricos y datan de varios milenios antes del presente (N. del E.).



Cono de deyección frente al monte San Lorenzo



Paredones meridionales del San Lorenzo

Monte Hermoso. Laguna en calma



Deposé

Fot. A. M. De Agostini



Sacando el auto empantanado en el río Furioso

De la estancia "Los Toldos", de Sumich, que nos dispensó la más cordial hospitalidad, facilitándonos caballos y un guía, pudimos visitar los despeñaderos del río de las Pinturas, fantásticos e imponentes fenómenos de erosión esculpidos por el agua del río sobre las rocas porfíricas de variados y vivos colores.

En las cercanías de un puesto de la misma estancia se encuentra una gruta excavada en el pórfido, en cuyas paredes hay dibujos rupestres muy interesantes y bien conservados, de manos, pájaros y animales, ejecutados por los Tehuelche cuando vivían en esa zona.

Terminada la excursión al río de las Pinturas, seguimos nuestro itinerario hacia la Cordillera, pasando por el Bajo Caracoles, importante encrucijada donde se unen los caminos, que van a San Julián y a los lagos Pueyrredón y Posadas. Advertido del mal estado de los caminos, creí oportuno aligerar el automóvil depositando parte de la carga en un *boliche** para que fuera llevada por los camiones, que en el verano suelen ir al lago Pueyrredón para cargar lana.

La Cordillera está ya próxima y divisamos sus picos nevados que emergen majestuosos hacia occidente, entre los cuales destaca soberano el San Lorenzo, parcialmente velado por las nubes.

A medida que seguimos internándonos, el camino se va haciendo más difícil, pero a partir del río Blanco se vuelve francamente imposible. Es este sin duda uno de los peores caminos de la zona preandina, a pesar de haber un viejo proyecto de arreglo.

Desde el río Blanco al lago Pueyrredón –unos 40 kilómetros– apenas está trazado el camino, que serpentea entre piedras y pantanos, a veces en penosa cuesta arriba y otras en rápido descenso. Hay que avanzar con calma y prudencia para no quedar clavados en algún pozo con el palier o los resortes quebrados y con la poco halagüeña perspectiva de pasar la noche al sereno o tener que galopar algunas millas en demanda de auxilio. Como si fuese poca la dificultad de tan accidentado terreno vienen todavía, de vez en cuando, a interceptar el camino, tres torrentes: los ríos Blanco, Tarde y Furioso; peligrosos por el limo blando y traicionero de sus lechos, y que a

*En cursivas en el original. En este caso, *boliche* corresponde a un pequeño establecimiento comercial que puede incluir servicios de comida, provisiones, alojamiento y algunos otros (N.del E.).



***Lago Pueyrredón**. Estancia "La Península"*

veces resultan imposibles de vadear, durante semanas enteras, a causa del volumen de agua que llevan en el período de deshielo o de las lluvias.



Cosechando el trigo en la estancia de doña Ema

El río Blanco, a nuestra llegada, está por fortuna escaso de agua y lo pasamos fácilmente. Una semana antes, según nos informaron, un camión procedente de San Julián había quedado empantanado tres días en medio del torrente y sólo había conseguido salir después de desesperados esfuerzos.

Con semejantes antecedentes tan poco satisfactorios, seguimos andando, y después de haber pasado un cordón morrénico se nos presentó la vasta cuenca que da acceso a los lagos Posadas y Pueyrredón, todavía ocultos detrás de un relieve rocoso.

La cúspide del San Lorenzo. Vertiente oriental



Deposé

Fot. A. M. De Agostini

El paisaje es árido y monótono, de un color gris amarillento oprimente, que se refleja en las mismas aguas turbias de los lagos Sucio, Salitroso y Turbio.



Desfiladero del río Platten

Más abajo el valle se alegra un poco con el verde de las matas de calafate (*Berberis*), de molle o incienso (*Schinus polygamus*) y de duraznillo (*Colliguaya integerrima*). En las cercanías de la pequeña población de Lago Posadas, sede de una comisaría, una escuela hogar y una estancia, existen campos cultivados de alfalfa, hortalizas, frutas y cereales, que crecen exuberantes en un terreno de aluvión muy fértil. El crecimiento y la maduración de estos productos están favorecidos también por el mayor calor, pues el valle se encuentra a sólo 200 metros sobre el nivel del mar. Proseguimos por el valle, y después de un feliz vadeo del río Tarde, costeamos el lago Posadas nuevamente entre piedras y zanjones que ponen a dura prueba la solidez del automóvil, hasta llegar a orillas del río Furioso. Teníamos aprensión de cruzar este torrente tan temido por la impetuosidad de la corriente, y especialmente por sus bancos de arena, los cuales cambian constantemente de lugar debido a la corriente y en los cuales es fácil empantanarse. Pero la suerte nos fue propicia y lo atravesamos sin incidentes desagradables.

Pasado el río Furioso cruzamos una lengua de tierra llana que separa el lago Posadas, situado a 157 metros sobre el nivel del mar, del Pueyrredón, que está un metro más abajo, y cuyas aguas verde-azuladas se destacan agradablemente sobre el amarillo y el verde pálido de las colinas que lo circundan. Volvimos a subir la accidentada orilla y desde una elevación descubrimos la parte meridional de este lago que recibe, pocos kilómetros más adelante, el río Platten, el que deberemos remontar para llegar al San Lorenzo.

Sobre las orillas del lago, muy cerca de nosotros, atrae nuestra atención un bellísimo manchón de árboles y plantaciones, como un verde oasis entre las desnudas tierras que lo rodean.

Preguntamos a un gaucho que hallamos por ahí, de quién es aquella propiedad, y nos responde:

–De doña Ema, la italiana.

Pocos minutos después descendimos a la orilla del lago y entramos por la umbrosa avenida de álamos que protegen la casa de doña Ema, y la casa de negocio y pequeño hotel Mondelo, donde nos alojamos.

Aquí termina el camino; en adelante deberemos transportar los equipajes por medio de cargueros hasta la cabecera del valle del río Platten a los pies del San Lorenzo. Poco después conocí a la señora Miglio, una piamontesa de Valperga, que hace más de veinte años se ha radicado con toda su familia en este rincón de la Cordillera, cuando todavía estaba completamente despoblado y era de difícil acceso.



Lago Muñoz y monte San Lorenzo

Alrededor de la casa hay vastos terrenos cultivados como huertas, protegidos de los vientos por numerosas hileras de álamos, regados por las aguas de un torrente que desciende de la montaña. Cereales, hortalizas, toda clase de legumbres, manzanas, peras, duraznos, que son una verdadera rareza en esta zona tan austral, llegan a un desarrollo insospechado. Algunos miles de ovejas pacen a orillas del lago y en las montañas vecinas.

Todo este trabajo de mejoramiento y de cultivo realizado por esta activa mujer, representa en su pequeñez el profundo amor innato que todo colono italiano nutre por la tierra que ara y fecunda con sus sudores, llevando al país en donde se establece, la verdadera riqueza, que Dios bendice.

El tiempo se había vuelto tempestuoso, y si bien esto me consolaba un tanto, pensando que de todas maneras no hubiera podido realizar ninguna excursión, no podía resignarme a tan larga espera aunque ya estaba en la meta final de mi viaje. Ni siquiera los exquisitos ravioles y los asados con que doña Ema trataba de aliviar mi encarcelamiento conseguían sosegar el ansia de la partida.

No obstante, no pasé ocioso todo aquel tiempo porque pudimos transportar los equipajes y víveres hasta el extremo del valle del río Platten, con la ayuda del colono Juan Manríquez, buen



Vertiente septentrional del San Lorenzo

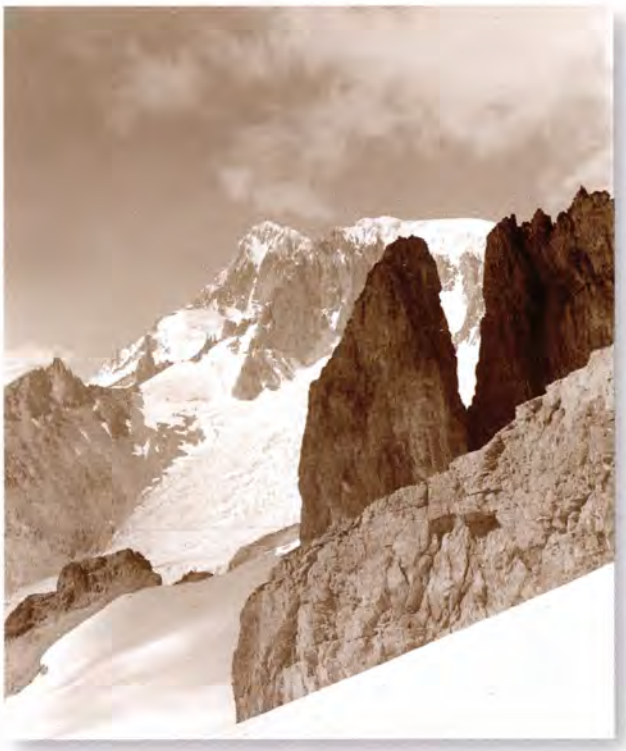
conocedor de los lugares, a quien había contratado como guía y acompañante para todo el viaje al San Lorenzo. Mientras tanto, nos llegó la noticia de que los equipajes de Bajo Caracoles habían sido traídos por un camión hasta el lago Posadas. Para ganar tiempo resolví ir yo mismo a buscarlos, pero al llegar al río Furioso nuestro auto se nos atravesó en el río. Trabajamos activamente durante tres horas para sacar el coche hundido en el barro hasta el cárter, pero todo fue inútil, y tal vez no hubiéramos salido sin la providencial intervención del señor Ponzo, jefe de un vecino destacamento de policía que acudió prontamente en nuestro auxilio, con dos caballos.

La dificultad para atravesar el torrente, que se había puesto peligroso con las últimas inundaciones, nos aconsejó desandar nuestros pasos.

Dos días después llegaron los equipajes en el camión del señor Munin, *chauffeur* veterano y experto mecánico, ya hecho a todos los gajes de su oficio en estas tierras sin caminos, que suele recorrer aun en pleno invierno llevando a los colonos relegados en la soledad de la Cordillera su ayuda oportuna.

Con la llegada de los equipajes pudimos emprender, el viaje por el río Platten. Después de un período borrascoso, el tiempo había mejorado y el 20 de febrero llegamos a pie a la casa del colono don Bernardo Schaer, quien nos brindó cordial hospitalidad. Pasamos allí la noche; y el día siguiente, acompañados por el mismo señor Schaer, seguimos viaje a caballo hasta el puesto del señor Muñoz.

El valle del río Platten, de casi 35 kilómetros de largo, no ofrece mayores atractivos de belleza porque es muy estrecho y está, en gran parte, privado de vegetación arbórea. Esparcidas a lo largo del valle aparecen las pocas viviendas de los colonos dedicados a la cría de lanares. Los



Agujas porfíricas frente al San Lorenzo

pastos son escasos y la pequeña ganancia que obtienen apenas alcanza para cubrir sus necesidades vitales.

El acarreo de las lanas hasta el lago Pueyrredón es una de las empresas más difíciles, pues implica transportar los fardos en carretas tiradas por bueyes a lo largo de todo el valle, por un terreno pedregoso, y a través del río que, en los períodos de deshielo, no siempre da paso.

Desde la cuenca terminal del valle, donde está el puesto Muñoz, el macizo San Lorenzo muestra sus flancos septentrionales ásperos y cortados a pique sobre el glaciar, por muchos centenares de metros, ofreciendo poca esperanza de poder trepar su cumbre.

A fin de llegar rápidamente a las bases de este monte decidimos establecer el campamento principal en la orilla derecha del río Platten, porque de allí nos sería fácil subir la margen izquierda del río hasta alcanzar los glaciares que bajan del San Lorenzo.

Un carro, que al señor Muñoz le sirve para transportar lana, nos viene a maravilla para llevar en un solo viaje todos nuestros equipajes al otro lado del río Platten, cerca de una pequeña planicie, circundada por manchones de ñirre (*Nothofagus antarctica*), de chapel (*Escallonia fonckii*) y de calafate (*Berberis*), desde donde gozamos de un hermoso panorama del valle y también del San Lorenzo, que emerge por el suroeste.



Valle del río Platten y monte San Lorenzo

Después de organizado el campamento comenzamos las excursiones al interior del valle para tantear el camino de acceso al macizo. A tres kilómetros de distancia el valle se estrecha y dobla hacia



Otro aspecto del San Lorenzo en su vertiente septentrional



El San Lorenzo visto desde el noroeste

el sur, transformándose en una angosta torrentera donde el río se precipita encajonado entre profundos despeñaderos. Los bordes y el fondo rocoso del valle, notablemente erosionado por el antiguo glaciar que descendía mucho más abajo, estaban revestidos, hasta hace pocos años, por una exuberante vegetación de hayas, cuyos gigantescos troncos, semidestruidos por el fuego y amontonados por todas partes, dan todavía elocuente testimonio. El valle termina después de 5 kilómetros a los pies de un extenso glaciar que desciende de las laderas del San Lorenzo donde hay un laguito denominado Muñoz, de aguas limosas y del cual sale el río Platten. Por lo que me aseguraron los colonos Muñoz y Pizarro, primeros pobladores de este valle, hasta hace pocos años flotaban sobre las aguas del laguito grandes témpanos que se desprendían del glaciar: ahora, en cambio, el frente del mismo se encuentra encajonado en la morrena a 200 metros de distancia.

Algo más abajo del lago, el Platten recibe en su margen derecha un torrente de aguas cristalinas el cual surca el valle angosto, de unos diez kilómetros de largo, que nosotros hemos recorrido hasta su nacimiento. Un pequeño glaciar llena el fondo del valle y cubre las



Montañas y glaciares de la cadena Cochrane vistos desde el valle del río Tranquilo

laderas de un monte que suponemos es una estribación del monte Hermoso que domina el valle del río Lácteo.

Las ráfagas que bajan de la cumbre del San Lorenzo en los días de tormenta son de extrema violencia. Tuvimos oportunidad de observarlas y comprobar su extraordinario poder en una de estas excursiones, mientras soplaba un recio viento del noroeste. Un fuerte estruendo, como el de un trueno que de repente retumba en el valle, anunciaba su llegada, pudiéndose distinguir claramente el curso de la misma, que en forma de una gran polvareda descendía de la montaña, arremolinándose velozmente y se alejaba a lo largo del valle. Una de estas ráfagas llegó a alcanzarnos y entonces apenas tuvimos tiempo para echarnos detrás de un peñasco, pues pasó a nuestro lado silbando ferozmente, barriendo y pulverizando las aguas de una laguna cercana y arrastrándolas consigo en forma de nubes. Un perro nuestro que se encontraba en pleno curso del torbellino fue levantado en peso y arrojado unos 50 metros al borde de un gran barranco donde lo detuvieron unas matas.

Terminadas nuestras excursiones preliminares a la cabecera del valle del río Platten, esperábamos un día sereno para poder tomar algunas buenas fotografías del San Lorenzo.

Nuestra esperanza no quedó frustrada. Primero tuvimos días de calma y de gran calor en los cuales el termómetro llegó a marcar 25° a la sombra, y el 27 de enero, poco antes del mediodía,



El San Lorenzo desde el oeste

el San Lorenzo se despojó enteramente de nubes y apareció nítido y majestuoso en el candor de sus eternas nieves. Sin pérdida de tiempo penetramos en el valle por el camino recorrido en los días anteriores, y apenas pasado el laguito y subida la fuerte pendiente de una morrena, después de tres horas, llegamos a un punto dominante del valle, a unos mil metros de altura, desde el cual tuvimos de frente, y bien cerca, el San Lorenzo con sus formidables paredes y hielos eternos.

Un examen atento de la montaña nos confirmó en la opinión, ya formada, sobre la imposibilidad de escalarlo por este lado por lo vertical de sus paredes incrustadas de hielo. Tomadas algunas vistas, volvimos, avanzada la noche, a nuestro campamento. Terminado el reconocimiento de la falda norte del macizo, pensamos trasladarnos hacia el noroeste por el valle del río Tranquilo, desde donde calculábamos encontrar una configuración más accesible del macizo.

La mañana del 30 llegó el carro tirado por bueyes que en poco tiempo nos llevó nuevamente a la casa del señor Muñoz. Por la tarde, disminuidos un poco de carga y de víveres, volvimos a salir con tres cargueros en dirección al río Tranquilo, distante de allí unos 15 kilómetros.

Subimos por un empinado cordón morrénico que flanquea a septentrión el valle Platten y entramos en una vega donde pacen numerosos rebaños. Hacia el sur, asoma a través de la quebrada de

un valle tallado entre peñascos, la cúspide gigantesca del San Lorenzo con sus fantásticos cornisones de hielo. Seguimos el camino hacia el noroeste y, después de trasponer algunos cordones morrénicos formados por antiguos glaciares, que descendían de dicho monte, alcanzamos las riberas del río Tranquilo, que en forma de torrente tiene su origen en un ventisquero que cubre la vertiente septentrional del San Lorenzo, en la extremidad del valle poco antes divisado.



Cordón de torres y agujas pizarrosas en la margen derecha del afluente del río Tranquilo

Algo más adelante alcanzamos la cima de otro cordón morrénico desde el cual se nos presenta un pintoresco valle cerrado hacia el sur por un imponente cerco de altas montañas cubiertas de glaciares, de los cuales nace un importante afluente del río Tranquilo.

Esta magnífica cadena de montañas, designada por nosotros con el nombre de Cochrane, se extiende al noroeste del San Lorenzo, entre el valle del río Tranquilo y el del Salto, y está formada por un imponente grupo de picachos que superan los 2.500 metros. Una faja casi ininterrumpida de glaciares cubre las laderas de las montañas y llena las depresiones, en una de las cuales surge el afluente del río Tranquilo. El glaciar que ocupa el final del valle indica una fase de rápido retroceso que se manifiesta en la roca desnuda y lisa, donde pocos años atrás alcanzaba su lengua terminal.



Descanso al pie del San Lorenzo

Por ambos lados del valle se levantan a modo de anfiteatro elevadas morrenas escalonadas que representan antiguas expansiones del actual glaciar, revestidas de tupidos bosques, en parte quemados por los incendios.

Continuamos nuestro camino subiendo por la margen derecha del valle y, recorridos



Cruzando el bosque por debajo de los troncos de los árboles caídos

pocos kilómetros, llegamos al atardecer a una magnífica terraza en la parte alta de las morrenas con vista al valle, revestida por una mancha frondosa de hayas, dentro de la cual armamos nuestras tiendas. Estábamos a 830 metros sobre el nivel del mar.

El monte en cuyas faldas acampamos circunscribe por el noroeste al San Lorenzo y termina en audaces torreones desde los cuales debe verse este en toda su magnificencia. Todo el día siguiente lo empleamos en armar nuestro campamento en previsión de tener que esperar muchos días el tiempo sereno.

Pero también esta vez nos sonrió la suerte. El tiempo, que se había enturbiado a nuestra llegada, aclaró y los montes aparecieron completamente descubiertos. En la calma profunda de la tarde llena de luz y calor, el bosque donde estábamos acampados se animó de improviso con el melodioso cantar de numerosos jilgueros que saltaban de rama en rama hasta muy cerca de nosotros y parecían gustar con alegría insólita aquel raro momento de paz y de sol.

El 1 de febrero surgió completamente calmo y sereno. Hacia las 6 dejamos el campamento y trepamos con rápidos pasos por las laderas del monte entre rocas y manchas de nieve. El panorama, a medida que adelantamos, se hace cada vez más interesante y nuevo.

Cerca de nosotros, el valle del río Tranquilo muestra en su cuenca superior imponentes picos revestidos de hielo, y más allá, hacia occidente, en el lejano horizonte, surgen cándidas y elevadas cadenas de montes que marcan el comienzo de aquel inmenso sector de la Cordillera acorazado de un manto de hielo ininterrumpido, donde sobresale el San Valentín. En la parte visible de la Cordillera domina sobre todos un gran macizo que, según suponemos, es el Arenales, de 3.440 metros.

Al este se extienden complejos cordones de montes de escasa altura, entre los que se divisa el espejo azul del lago Brown. Mientras avanzábamos, unos 15 cóndores que deben tener sus nidos en aquellas rocas, realizan audaces evoluciones y descienden a veces en impresionantes picadas hasta muy cerca de nuestras cabezas. A las 10 tocamos la extremidad del monte a 1.950 metros, y aparece sobre nosotros, entre negros torreones, la fantástica mole del San Lorenzo que destaca su cándida capucha de nieve sobre el azul del cielo en parte velado por las nubes. Apenas tengo tiempo de tomar unas vistas, pues ya densos vapores se acumulan sobre las crestas terminales quedando allí tenazmente adheridos.

Observamos entretanto que en el flanco occidental las paredes son más bajas y declinan hacia una débil cresta desde la cual es probable que se pueda llegar a la gran cúpula terminal y desde allí a la cima.

Entre el San Lorenzo y las montañas sobre las cuales nos encontramos y que se prolongan hacia el noroeste, descubrimos una profunda quebrada rellena de hielo, a través de la cual se podría alcanzar la vertiente occidental del San Lorenzo, que desagua en el valle del río del Salto. Al extremo sur de esta depresión sobresale de un portillo una elevada cumbre rocosa fantásticamente incrustada de hielo, la cual suponemos pertenece al San Lorenzo.

Con esta ascensión terminaba el programa de estudio que me había prefijado en torno al monte San Lorenzo, y al día siguiente volvía al puesto Muñoz. Varios días más me quedé todavía en el valle para administrar algunos bautismos entre las familias de aquellos colonos y descendí luego al valle Pueyrredón para seguir al lago San Martín, donde quería aún explorar su brazo occidental, así como los dos picos Mellizos de los que hice mención en el capítulo precedente.

CAPÍTULO XVI

EN EL VALLE DEL RÍO DEL SALTO

Retorno al lago Pueyrredón – A través del valle del río Tranquilo –
Huésped del colono Elorriaga – Cría y exportación del ganado vacuno –
Campamento en el valle del río del Salto – Ascensión a un contrafuerte del San Lorenzo
– Posibilidad de escalar el macizo –
Excursión a la cuenca terminal del río del Salto – Laguna encantadora –
Grandiosa salvajidad de la naturaleza – Regreso a la estancia de Elorriaga

Con las excursiones relatadas anteriormente había logrado conocer las tres vertientes, sur, este y norte del macizo San Lorenzo, que desaguan respectivamente en los valles de los ríos Lácteo, Platten y Tranquilo; pero me restaba reconocer aún la vertiente occidental, sumamente importante, limitada por el curso superior del río del Salto y de cuya estructura y configuración, fuera del relieve sumario indicado en las cartas argentinas y chilenas, nada se sabía.

Un viaje de exploración hacia esta vertiente tenía para mí, además del atractivo de lo desconocido, el particular interés de averiguar las posibilidades de acceso a la cumbre, pues abrigaba la esperanza de que, según había podido entrever en mis excursiones, aquel lado se presentaba cubierto de un manto uniforme de hielo que ascendía hasta la cúspide.

Impulsado por esta atracción volví en febrero del año siguiente al lago Pueyrredón acompañado por los jóvenes Amadeo Zampieri y Alfredo López. Nos quedamos algunos días en el lago Pueyrredón buscando los medios de transporte, caballos y arrieros necesarios para llegar hasta el final del río del Salto.

Representaba este viaje una gira sumamente larga pues debíamos dar una vuelta de más de cien kilómetros a través de los valles Platten, Tranquilo y del Salto costeando las estribaciones septentrionales de la cadena Cochrane.

Concluidos nuestros preparativos, el 12 de febrero de 1941 salíamos del lago Pueyrredón conduciendo todos nuestros equipos y vituallas en cuatro cargueros.



Rebaño de ovejas en el valle del Tranquilo

Seguimos para este viaje el mismo camino practicado en el verano de 1940, subiendo primero, hasta su término, el valle Platten, donde se encuentra la residencia del colono Muñoz y de aquí, doblando al norte alcanzamos la cuenca de un afluente principal del río Tranquilo, visitada también en dicho verano. Después de recruzar este impetuoso torrente continuamos nuestra marcha hacia el valle inferior del río Tranquilo.

Un pequeño sendero, hollado por los rebaños, nos guía a lo largo del valle, entre cañadas y lomas rocosas aborregadas y redondeadas por los antiguos glaciares, cubiertas en diversas partes por manchas de ñirre (*Nothofagus antarctica*).

En los rellanos aguanosos ricos en gramíneas, pacen rebaños de ovejas mezcladas con patos silvestres y avutardas que imprimen al paisaje solitario y agreste una nota de vida y alegría. Un pequeño lago, que repentinamente se asoma en una pequeña cuenca tapizada de bosques, refleja como un espejo en sus aguas tranquilas las espesas sombras de las montañas circundantes.

Entretanto, el río Tranquilo, hundiéndose en simas profundas, se oculta largo trecho a nuestros ojos y luego, doblando en ángulo recto hacia occidente, reaparece engrosado por otros afluentes que bajan de los valles encajados en el cordón Esmeralda. Esta bellísima cadena, cuyas cumbres coronadas de nieves eternas superan los dos mil metros, limita al norte el valle inferior del río Tranquilo, hasta la confluencia misma con el río del Salto.



El valle del río Tranquilo visto desde el este

En los mapas chilenos y argentinos se encuentra señalado en la extremidad



El cordón Esmeralda y el valle del río Tranquilo vistos desde el suroeste

oriental de este valle un lago de considerables dimensiones que en realidad no existe, pero que es de suponer haya sido indicado por las comisiones topográficas argentinas y chilenas, muchos años atrás, juzgando por tal las aguas desbordantes del río que había inundado aquella parte del valle en el período del derretimiento de las nieves y la caída de las lluvias.

El camino que recorremos para alcanzar el trecho inferior del valle del río Tranquilo se extiende por unos 15 kilómetros entre las faldas anfractuosas de la cadena Cochrane, presentando siempre a nuestras miradas el valle del río Tranquilo que se extiende de este a oeste en forma de una bellísima llanura verdeante de pasto, por donde el río se desenvuelve en amplios meandros.

Sobre la verde alfombra de la pradera se dibujan en pequeñas manchas rojizas y pardas, las majadas de yeguarizos y vacunos, que encuentran allí abundante alimento.



Marca de un toro salvaje



Baqueanos chilenos enlazando una vaquillona chúcara

A casi diez kilómetros de la confluencia del río Tranquilo con el río del Salto, descubrimos la casa del colono Elorriaga, semioculta entre agraciados bosques de hayas, próxima a las orillas de un torrente que desciende de la cadena Cochrane. Es sin duda la vivienda más avanzada en esta zona andina cercana al San Lorenzo. El valle surcado por el río del Salto que se propaga hacia el sur en la dirección de este macizo y a donde precisamente nos dirigimos, está todavía deshabitado.

Fue en 1921 cuando Juan Elorriaga se trasladó, abandonando Junín de los Andes en Neuquén, su pueblo nativo, a estas lejanas tierras del sur patagónico. La singular belleza del paisaje y la feracidad de estos valles completamente despoblados en aquel entonces, lo cautivaron y se estableció aquí definitivamente con un hermano suyo dedicándose a la cría del ganado ovino y vacuno.*

Pocos son los colonos que viven esparcidos en estos solitarios valles cordilleranos tan alejados de los centros de población. Las dificultades en las comunicaciones debidas a la asperidad de los caminos, abiertos entre quebradas y pantanos, obstaculizados por rápidos y caudalosos ríos, entorpecen el aprovisionamiento de los víveres y la exportación de los productos lanares, único recurso que tienen para vivir; de modo que las ganancias son escasas y la vida dura y llena de privaciones.



Habitaciones del colono Elorriaga

A pesar de todas estas dificultades y penurias, un profundo afecto liga a los colonos a estos solitarios valles andinos como si estuvieran subyugados por un encanto misterioso. De tanto en tanto el nostálgico recuerdo de aquellos lugares más cómodos y poblados, donde transcurrieron los primeros años de sus vidas, y el deseo de reunirse con parientes y amigos los inducen a alejarse por algún tiempo, pero pronto vuelven hastiados y aburridos del bullicio y de los chismes de la sociedad, reintegrándose con regocijo a estos oasis de paz y soledad.

*Elorriaga, no obstante su nacionalidad argentina, era poblador en suelo chileno, circunstancia de alguna ocurrencia en el comienzo de la colonización a uno y otro lados de la frontera internacional, cuyo trazado o no era bien conocido o simplemente era ignorado cuando se quería ocupar terrenos (N. del E.).

A nuestra llegada la estancia estaba en plena faena, pues se efectuaba el rodeo de los vacunos que debían entregarse a unos compradores venidos del territorio de Aysén. Es aquel un trabajo ímprobo y peligroso y los baqueanos chilenos lo ejecutan con admirable destreza en el intrincado laberinto de la floresta o las anfractuosidades de las montañas, donde tienen que enlazar las vaquillonas y novillos salvajes y conducirlos a los corrales. Después de dejarlos encerrados allí algunos días que los domadores aprovechan para marcarlos y acostumbrarlos al alzo, emprenden el viaje hacia el valle del Baker, donde la majada va aumentando de número con nuevas adquisiciones y continúan luego hasta Puerto Aysén pasando por territorio argentino. En Puerto Aysén, se embarcan los animales para llevarlos a Puerto Montt, y desde allí, tras un período de descanso y engorda, con abundante alimentación, son conducidos al mercado. Todos los veranos se renuevan las exportaciones de ganado desde los valles cordilleranos del Baker, cuyos terrenos son sumamente aptos para la cría de vacunos.



El río del Salto y el valle homónimo

En los días que permanecimos en la estancia de Elorriaga para dar descanso a los caballos, efectuamos una excursión con fines fotográficos hasta las plantas de los imponentes picachos de la cadena Cochrane que se levanta al sur de la misma estancia en una fértil cuenca parcialmente cubierta de bosques, donde encuentran alimentación y abrigo varios centenares de lanares y vacunos.

El 18 de febrero y con una buena provisión de carne fresca reanudamos el viaje rumbo al valle del río del Salto, que nos conducirá a la base del San Lo-



Extremidad del glaciar San Lorenzo en el valle del río del Salto



Una de las torres de la cadena Cochrane vista desde el glaciar San Lorenzo

renzo. Nos acompaña un joven chileno, buen conocedor de estos lugares, los que recorre de cuando en cuando en busca de la caballada, puesto a nuestra disposición por el señor Elorriaga, para que nos guíe por el arduo camino del valle y sobre todo para que nos señale los frecuentes vados del río.

Costeamos por algunos kilómetros la margen izquierda del río Tranquilo que serpentea en amplios meandros por la planicie del valle hasta desembocar, poco más adelante, en el río del Salto. Las praderas están cubiertas de gran cantidad de frutilla en plena maduración y no resistimos la tentación de detenernos un tanto a saborear frutos tan exquisitos.

Dejado el valle del Tranquilo, enderezamos hacia el sur y, después de traspasar una pequeña altura cubierta de tupida vegetación, penetramos en el valle del río del Salto. Durante una hora caminamos entre aquellas características rocas aborregadas, separadas por pequeñas quebradas, una de las cuales encierra una pintoresca laguna.

Cuando alcanzamos la cima de uno de estos casquetes de roca pelada, corroída por los antiguos glaciares, se presentó ante nosotros una vista general del valle del río del Salto; el lecho del río intensamente aluvionado ocupa toda la llanura del valle y, debido al derretimiento de las nieves, corre impetuoso, crecido y turbio, abriéndose en varios brazos.

El valle, encajonado entre austeras y elevadas montañas cubiertas de



Las dos torres de la cadena Cochrane observadas desde el valle del río del Salto



El alto valle del río del Salto, frente a nuestro campamento

una amplia alfombra de hielo y nieve, muestra sus escarpadas laderas tupidamente arboladas de hayas destruidas en parte por los incendios.

El sendero que nos había traído hasta aquí, penetrando a través de malezas y pedregales, ha desaparecido ahora por completo, y cuando bajamos hacia la planicie del valle encontramos obstruido el paso por un profundo remanso ocasionado por las aguas desbordantes del río del Salto.



Cóndor cazado frente al San Lorenzo

Quedamos un tanto perplejos, dudando si intentar el vado, por temor de que los caballos se hundieran en el agua y se perdieran o perjudicaran nuestros equipajes y vituallas, mas nuestro joven guía, sin vacilar, se lanzó con su caballo al agua y tras algunos ensayos encontró finalmente una cruzada que nos condujo con toda facilidad a la ribera opuesta. El avance se hace ahora extremadamente lento y difícil para nuestros cargueros, porque una infinidad de charcos, insidiosos pantanos, así como tupidos bosques nos obligan a detenernos a cada instante y dar continuos



El macizo San Lorenzo con su glaciar y el monte Ortúzar vistos desde el valle del río del Salto

rodeos. Superando este trecho peligroso avanzamos por el valle siguiendo la margen derecha del río, cubierta de pedregullo y arena, y salpicada de algunas matas.

En las primeras horas de la tarde cruzamos dos impetuosos brazos del río, y doblando un promontorio rocoso, descubrimos la cuenca terminal del valle. En el lado opuesto del mismo, desciende un espumeante torrente que se origina en un glaciar colgante, formando una bellísima cascada.

El cielo, que por la mañana cuando salimos del valle del Tranquilo, estaba cargado de amenazadores nubarrones, se ha serenado ahora de repente y el sol brilla con todo su esplendor. Contemplamos con admiración y creciente interés el panorama que se va desarrollando a nuestro alrededor, pero nuestro estupor y contento alcanzan el punto álgido cuando asoma de improviso, por encima de la verde cornisa de los bosques, en regiones elevadísimas, el fantástico y cándido paredón de hielo del coloso, resplandeciente de luz vivísima sobre el azul purísimo del cielo.

Observamos entretanto que el valle se bifurca poco más adelante en otros dos, de los cuales el de la derecha, que limita en su curso toda la vertiente occidental del San Lorenzo, parece más ancho e importante. Hacia él nos dirigimos con el fin de establecer un campamento al pie de un cordón morrénico que limita un gran helero que baja de este macizo, pareciéndonos este lugar el más indicado para emprender nuestras ascensiones de exploración al San Lorenzo y a sus contrafuertes.

Nuestros caballos, fatigados por la pesada carga y más aún por haberse lastimado las manos que llevan sin herraduras, al caminar sobre la masa informe de las piedras del río, adelantan con lentitud; fue para nosotros una satisfacción ver acercarse el término del viaje.

La orilla del río está espesamente cubierta de matorrales y árboles y nos cuesta trabajo escoger en aquel enmarañado laberinto vegetal un lugar apropiado para plantar nuestras carpas. Por fin lo encontramos al margen del bosque, a orillas de un arroyo de aguas cristalinas que desciende de la montaña, formando en el interior del bosque una bellísima cascada. Son las dos de la tarde. Nos hemos elevado apenas unos 60 metros sobre el valle del río Tranquilo y nuestro aneroide señala una altura de 465 metros sobre el nivel del mar.



Frente al San Lorenzo

Descargamos rápidamente los equipos y después de un sobrio refrigerio, el joven chileno que nos sirvió de guía y nuestro peón, regresan para conducir los caballos a la estancia de Elorriaga, porque en este valle apartado y desprovisto de cercos podrían extraviarse y perderse para siempre; volverán dentro de pocos días, para traernos los víveres que dejamos en la estancia.

Armamos rápidamente las carpas y emprendemos la construcción de un toldo con troncos, que nos servirá, como de costumbre, de cocina y de refugio en los días de mal tiempo.

La tarde se ilumina con un resplandor insólito, reina una calma perfecta y sobre el cielo de terso azul se dibujan las cumbres más elevadas y las nieves perpetuas. También el barómetro, marcando alta presión atmosférica, da seguros indicios de buen tiempo. No queremos perder tan magnífica oportunidad y a la mañana siguiente, cansados aún por la marcha del día anterior, salimos muy temprano para escalar el monte, en cuya vertiente estamos acampados. Nos parece que desde su cúspide podremos alcanzar una visión completa del San Lorenzo. Adelantamos algunos centenares de metros por entre densos bosques de hayas y después subimos el cordón morrénico que flanquea la cuenca glacial de dicho monte.

Llegados al vértice de este cordón, aparece de golpe a nuestra vista un extenso helero, que desciende de la vertiente occidental del coloso, encerrado por ambos lados entre escarpadas laderas de más de 100 metros de altura, talladas por el mismo glaciar que se halla en rápido retroceso. Hacia el sur domina majestuosamente la cúspide del San Lorenzo totalmente cubierta de hielo y de nieve, iluminada por los rayos púrpura y oro del sol naciente. En el lado este sobresalen de la cadena Cochrane dos torres muy elevadas y abruptas en forma de cuernos.

Más arriba de la faja desnuda y abrupta que se extiende a lo largo del glaciar, crece lozana la vegetación arbórea que cubre con un tupido manto verde oscuro las estribaciones occidentales del macizo.



Vertiente norte de la cadena Cochrane vista desde el valle del río Tranquilo

El glaciar tiene tres kilómetros de ancho y termina en una lengua sepultada por grandes montones de detritos morrénicos y pequeños lagos de aguas limosas de las que sale un torrente glacial que desemboca poco más adelante en el río del Salto.

En el lado sur del glaciar se presenta un bellísimo monte cubierto de densos bosques, el cual termina en una atrevida aguja de pizarra cuya altura estimamos en unos 2.800 metros. Lo denominamos pico Ortúzar en memoria del primer salesiano chileno, Camilo Ortúzar[1].

Continuamos todavía un buen trecho por entre los cordones morrénicos de la ribera derecha del glaciar hasta llegar a un profundo torrente infranqueable y de allí empezamos a trepar

[1] Ortúzar, Camilo. Filólogo y publicista chileno. Nació en Santiago el 15 de julio de 1848 y murió en Niza el 8 de enero de 1895. Llamado por Dios al estado eclesiástico, fue ordenado sacerdote en 1872. Inició su carrera como profesor en el seminario de Santiago y en 1879 asumió el cargo de capellán de la Armada, asistiendo a varios combates navales en la guerra contra el Perú. En 1885 fue nombrado Vicario de Tarapacá y en 1887 se trasladó a España y a Italia, ingresando aquí en la Sociedad Salesiana, en la cual fue recibido por el mismo San Juan Bosco tres meses antes de su muerte. La filología y la gramática le son deudoras de una obra importantísima, el *Diccionario manual de locuciones viciosas y correcciones de lenguaje,* editado por primera vez en Turín (1893) y por segunda vez en Barcelona (1902). Julio Cejador califica esta obra como "el mejor libro de americanismos publicado en Chile". Publicó además otros libros de índole religiosa: *Catecismo en ejemplos*; *Al Cielo por María*; *La Virgen de Don Bosco*, etc., y una edición especial del *Quijote*, destinada a la juventud.



la empinada ladera del monte que flanquea por el norte el glaciar, desde donde esperábamos disfrutar de una buena visual sobre el San Lorenzo. Cruzamos algunas morrenas escalonadas pertenecientes a antiguas glaciaciones del actual glaciar, separadas por rellanos, donde crecen al abrigo del viento corpulentos y elevado troncos de lenga (*Nothofagus pumilio*).

En dos horas trepamos la abrupta cuesta y salimos del bosque que termina a una altura de 1.250 metros. Nos subimos aún por algunos centenares de metros hasta alcanzar una roca prominente desde la cual podemos gozar de un imponente panorama, que abarca la cúspide del San Lorenzo, el glaciar y la cuenca terminal del valle del río del Salto. El cielo está perfectamente sereno y bajo la transparencia cristalina de los rayos solares se destacan con particular relieve la cándida coraza de nieve que reviste al gran macizo y la cumbre, cubierta de singulares y bellísimas incrustaciones de hielo.

La blanca sábana glacial que cubre el monte se precipita en el valle formando una imponente cascada de seracs, y al llegar a él se suaviza y apaga entre los detritos morrénicos. Al sur y al este sobresalen cadenas de montañas coronadas de hielo y nieve que lindan con los valles surcados por los ríos Ñadis y Bravo. En el rellano del valle del río del Salto se divisa un pequeño lago rodeado por tupido bosque y un poco más al sur la vena plateada de aquella corriente.



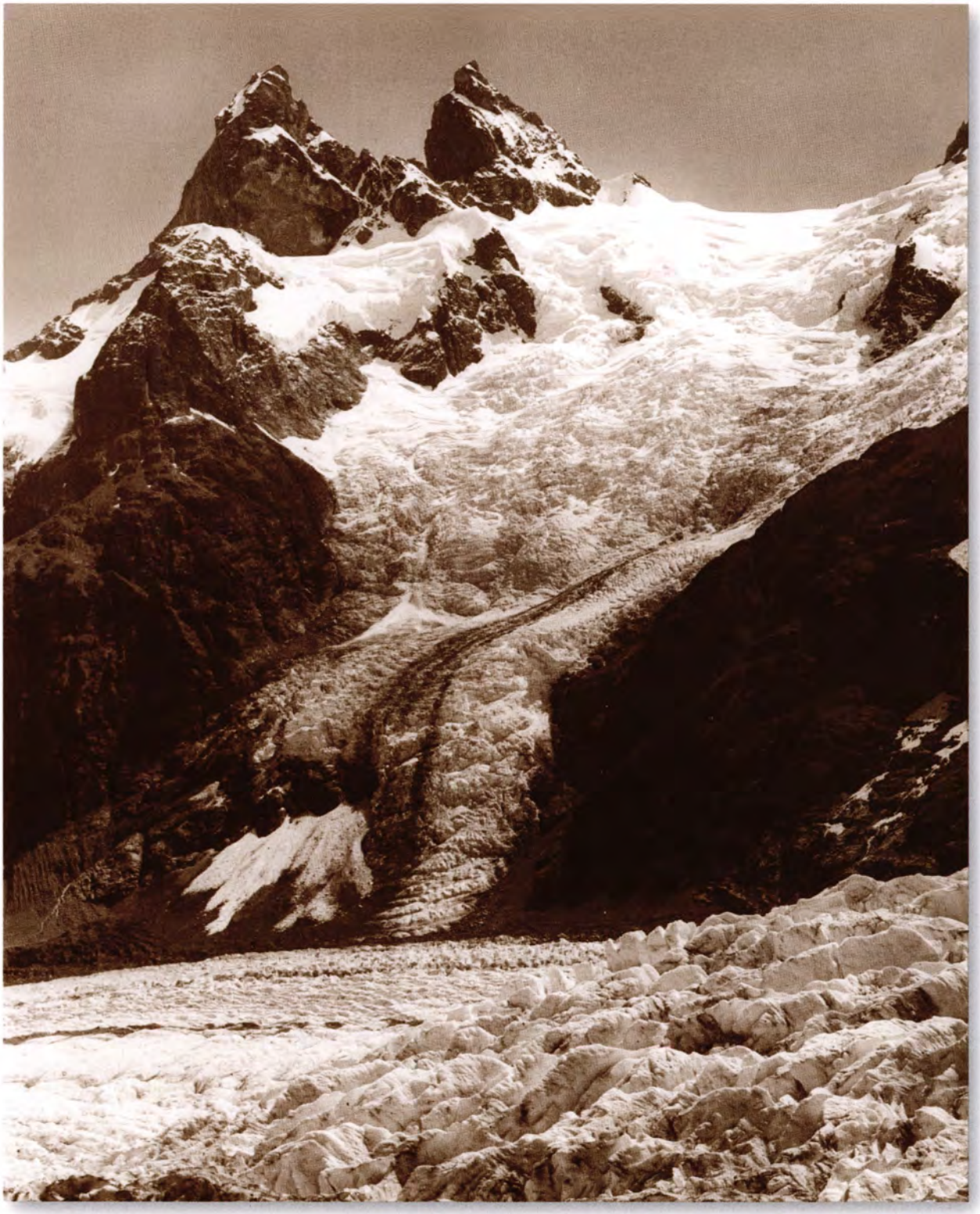
Glaciar y monte San Lorenzo

Entretanto observamos diligentemente con nuestros prismáticos las paredes y la cumbre del macizo y nos alegramos al constatar que, salvo algunos trechos un tanto difíciles, no hay obstáculos aparentes que impidan alcanzar por esta vertiente la cumbre del coloso.

Acabadas nuestras observaciones y obtenidas algunas vistas panorámicas, emprendimos el regreso. Mientras bajábamos, varios cóndores atraídos por nuestra presencia y tal vez con esperanza de conseguir alguna buena presa, describen inmensos círculos a gran altura y descienden después en veloces picadas hasta muy cerca de nosotros.

El joven López, que es un apasionado y hábil cazador, no deja escapar la ocasión y con un certero tiro del Winchester alcanza de lleno a uno de aquellos rapaces que cae pesadamente al suelo. La bala, como después comprobamos, le había dado en el corazón. Zampieri lo desuella inmediatamente y nos llevamos el cuero para embalsamarlo.

La bajada es rápida y en las primeras horas de la tarde llegamos a nuestras carpas. En los días siguientes, por haberse encapotado el cielo y caído algunos breves chubascos, nos quedamos en el campamento. Sin embargo, pronto nos trajo tiempo propicio una brisa liviana del sur y en la mañana del 22, con cielo perfectamente sereno, salimos a las 6 rumbo al confín del valle del río del Salto con el objeto de conocer la configuración de la vertiente sudoeste del San Lorenzo y las cadenas de montañas limítrofes. Subimos el cordón morrénico en cuyas proximidades estábamos acampados y bajamos por una abrupta ladera del mismo a la cuenca glacial donde



Vertiente sur de la cadena Cochrane con sus dos torres y el glaciar, observados desde el glaciar San Lorenzo



Vertiente occidental del San Lorenzo con el glaciar que baja al valle del río del Salto

termina el glaciar. Dos horas empleamos para atravesar su frente, que mide casi tres kilómetros, ya caminando entre revueltos montículos de detritos morrénicos, en cuyo interior se descubre a través de grietas, el hielo compacto de un azul zafirino, intenso y purísimo, ya ejecutando largos rodeos alrededor de pequeños lagos de agua turbia y limosa.

Por la naturaleza de los detritos morrénicos compuestos en su mayor parte de rocas graníticas y dioríticas, desprendidas de las paredes del San Lorenzo, se puede afirmar que este macizo está formado por una masa intrusita granodiorítica semejante a las del Fitz Roy, del Murallón, del monte Heim, del Paine y del Balmaceda.

Después de cruzar el glaciar llegamos al borde de la vertiente opuesta y penetramos en el valle terminal del río El Salto cubierto de tupidísimos bosques. Es imposible caminar expeditamente, como pensábamos, pues el terreno presenta numerosas hondonadas y cordones morrénicos que nos obligan muchas veces a desviarnos de la ruta.

Mientras caminamos por la espesura del bosque, he aquí que asoma entre el tupido follaje de los árboles una bellísima laguna, la misma que pocos días antes habíamos divisado en nuestra última ascensión. Es un oasis de paz y de luz brotado en la oscura y misteriosa soledad de la floresta



Laguna Ortúzar y cadena Cochrane

cuya encantadora belleza repercute en el alma con inefable dulzura. Las aguas cristalinas y calmas como una placa de cristal reflejan las sombras verdinegras de la selva y el blanco deslumbrante de las nieves eternas que coronan los picachos de la cadena Cochrane. Al acercarnos, el silencio profundo que allí reina soberano, se rompe repentinamente por el revoloteo de bandadas de patos que huyen enturbiando la plácida quietud de las aguas.

Durante tres horas avanzamos con paso rápido entre sombríos bosques, buscando en vano en el río del Salto un vado que nos permita alcanzar la ribera opuesta y desde allí subir a un monte que domina toda la cuenca, pues nos lo impiden profundos despeñaderos. Lo encontramos al fin, ya casi al término del valle, en una pequeña planicie, por donde el torrente, de unos quince metros de ancho, corre más extendido y tranquilo. Las aguas de un color gris lechoso, debido al limo glacial que arrastran, no permiten adivinar la profundidad, pero Zampieri penetra animosamente en el río con sus zapatos de montaña y consigue cruzarlo; López y yo hicimos lo mismo poco después. Salimos del río con los pies semicongelados, pues la temperatura del agua era apenas de 3 grados sobre cero; continuamos luego nuestra ruta hacia un cerrito que se yergue al final del valle, desde el cual esperamos disfrutar de un amplio panorama sobre el valle y el San Lorenzo.



Cúspide del San Lorenzo y vertiente sudoeste del monte Ortúzar

Atravesando el torrente nos internamos nuevamente en el bosque donde encontramos algunos senderos abiertos por los huemules, con pisadas frescas.

No conseguimos, sin embargo, divisar ninguno, tal vez porque durante estas horas, las más calurosas de la jornada, permanecen escondidos en el bosque, saliendo a comer únicamente en las primeras horas de la mañana y al atardecer. El huemul (*Hyppocamelus bisulcus, Mol.*) abunda aun en los valles cordilleranos, pero desaparece a medida que estos se van poblando.

Sus principales enemigos son el león y el hombre. El primero lo persigue para saciar el hambre; el segundo, por entretenimiento o por razones aun más injustificables, aprovechando su extrema timidez y docilidad. Gran parte del año lo pasa en los valles más elevados y apartados de la Cordillera, y de preferencia en la zona donde concluye la vegetación arbórea. Cuando cae la nieve, baja a los valles menos expuestos al frío y a la nieve, buscando sustento. En este tiempo es cuando cae fácilmente víctima de los peones de las estancias, que los matan para darle la carne a los perros o para apoderarse de sus cuernos, que constituyen un adorno muy codiciado en el



Valle del río del Salto y cadena Cochrane tomada desde el sudoeste

lugar. Solamente el macho posee cuernos, y los pierde durante el invierno, pero le brotan de nuevo en primavera. En esta estación los cuernos aparecen revestidos de piel pelosa, la cual empieza a desprenderse a la entrada del verano quedando entonces desnuda la cornamenta. En los valles se encuentran a menudo cuernos caídos, pero casi siempre deteriorados e inservibles.

El día, embellecido por un sol limpio y cálido, sin que la más mínima nube empañe el cielo, alegra nuestro espíritu, y a paso rápido trepamos la ladera del monte hasta alcanzar, después de dos horas, un espolón rocoso que sobresale por entre la vegetación arbórea. El valle terminal del río del Salto aparece entonces a nuestros pies como una inmensa alfombra verde oscura de tupidísimos bosques, mientras, en lo alto, hacia el este, sobresalen deslumbrantes de níveo candor, los elevadísimos paredones del San Lorenzo, de 3.400 metros, formando la cabecera suroccidental del macizo. Sus gigantescas cornisas de hielo sobresalen amenazadoras en las paredes verticales, recubiertas de singulares y bellísimas incrustaciones de hielo y nieve*.

*El monte San Lorenzo fue revelado para la geografía y el andinismo por el Padre De Agostini, sin embargo debe haber sido avistado a la distancia por miembros de las comisiones de límites chilena y argentina. Debieron pasar años antes que volviera a concitar el interés de los escaladores, entre los cuales se destacan Gino Buscaini y su esposa la geóloga Silvia Metzeltin, quienes además de ascender la cumbre principal y otras vecinas, han hecho publicaciones de importancia sobre el área (N. del E.).



Una pintoresca cascada próxima a nuestro campamento

Gran parte del macizo se encuentra oculta tras un elevado contrafuerte, que culmina con el picacho Ortúzar y encierra en su vertiente suroccidental un glaciar cuya lengua baja hasta casi el plano del valle. De este glaciar nace un torrente que constituye un ramal importante del río del Salto. Hacia el norte la cadena Cochrane ostenta sus imponentes glaciares y sus majestuosas torres. El paisaje que tenemos delante de los ojos conserva en todo su esplendor la belleza de una naturaleza primitiva y salvaje, aún no hollada ni contaminada por la presencia del hombre. Sacamos algunas fotos y, siendo ya las 3 de la tarde, bajamos apresuradamente al valle, cruzamos de nuevo el torrente, que encontramos muy crecido por el derretimiento de las nieves producido por el insólito calor, y a las 9 de la noche llegamos a nuestro campamento. El día había sido de una limpidez y hermosura extraordinarias, como pocas veces se ve en estas regiones. El termómetro

había señalado una máxima de 26 grados a la sombra, y una mínima de 5, la noche anterior. Favorecidos por un tiempo tan excepcionalmente hermoso, habíamos logrado acabar, antes del tiempo calculado, el reconocimiento del San Lorenzo y de sus contrafuertes, septentrional y occidental. La estación veraniega estaba ya adelantada, y como teníamos intención de realizar todavía otro viaje al Baker, atravesando el valle del río del Salto, decidimos regresar cuanto antes a la estancia de Elorriaga.

Entretanto, y no habiendo llegado todavía nuestro arriero del Pueyrredón, para no perder un tiempo tan precioso me decidí a efectuar a pie el viaje de vuelta hasta lo de Elorriaga, acompañado por el joven López.

Salimos la mañana del 25 de febrero y en nueve horas realizamos el cruce de todo el valle del río del Salto, casi 20 kilómetros de largo, faldeando la montaña unos pocos centenares de metros sobre el río. La travesía resultó algo fatigosa por la configuración accidentada del terreno, formado por rocas aborregadas, que nos obligaban a continuas subidas y bajadas, y obstaculizada además por los pantanos y por la tupida y enmarañada vegetación.

Al día siguiente, el joven peón de Elorriaga, que nos había guiado a la ida, salía con tres caballos para el campamento, estando de vuelta a los dos días con todo nuestro equipo y con Zampieri, que había quedado de guardia en el lugar.

Dos días más permanecimos en la estancia del señor Elorriaga, a la espera de que el señor Flores, que vivía a poca distancia, en la orilla del río del Salto, llegara con sus caballos para conducirnos al valle del Baker.

CAPÍTULO XVII

VIAJE A LA REGIÓN DEL BAKER

Exploraciones de Steffen y Michell – La "Sociedad Explotadora del Baker" – Su triste epílogo – Nuevas tentativas de colonización – Aislamiento y pobreza de los colonos – Mis viajes a través de los valles de los ríos del Salto y Cochrane – En el valle del Baker – Huésped del colono Cruces – Hacia el lago Bertrand – Travesía del lago Buenos Aires – Excursión al San Lorenzo – En el valle del río Colonia – Su desbordamiento – Actividad colonizadora del araucano Ayapán – Un singular ermitaño – Al lago Colonia – Regreso a través del valle Chacabuco

Uno de los valles más fértiles y extensos de la Patagonia austral, poco conocido aún, es el del Baker, surcado por el río homónimo de 165 kilómetros, emisario del lago Buenos Aires. Su vasta hoya hidrográfica se prolonga por el oriente hasta el lago Buenos Aires, y por occidente hasta el seno Baker, y corta la Cordillera Patagónica en una extensión de 300 kilómetros*.

El conocimiento geográfico que poseemos de su interior es de fecha relativamente reciente. La expedición chilena que se realizó en los meses de enero y febrero de 1899 dirigida por el explorador doctor Juan Steffen y en la que participaban el ingeniero Ricardo Michell y el naturalista Santiago Hambleton, desveló el misterio en que se encontraba sumida todavía esta interesante región andina.

Desde puerto Bajo Pisagua, adonde los expedicionarios fueron conducidos por los escampavías Pisagua y Toro, efectuaron primeramente la exploración y el levantamiento del curso inferior del río Baker que fue navegado hasta el Salto, una cascada que se encuentra a 75 kilómetros de la desembocadura. Superado este obstáculo, prosiguieron viaje hacia el interior del valle realizando varias ascensiones a los cerros cercanos para completar el conocimiento oro-hidrográfico de la cuenca del Baker y de sus valles tributarios.

*Como se ha explicado antes respecto de otros lagos binacionales, el antiguo Buenos Aires fue renominado en su parte chilena como "General Carrera", hacia 1960 (N. del E.).



Vivienda del colono Alvarado en el valle del río del Salto

A la altura de la confluencia del río Baker con el Cochrane, los expedicionarios abandonaron el valle del río Baker y siguieron los trabajos de levantamiento de este último río y de la parte occidental del lago Cochrane-Pueyrredón. El trecho superior del valle del río Baker, hasta el lago Buenos Aires, fue reconocido en el verano siguiente (1900-1901) por el ingeniero Michell en compañía del capitán Arturo Barrios. En el verano (1901-02), Michell volvió nuevamente al río Baker para terminar la apertura de una senda de 76 kilómetros que desde el gran salto conduce hasta el lago Cochrane.

Se construyeron entonces numerosos puentes y unas cuantas casitas de madera en puerto Bajo Pisagua y a lo largo del camino recorrido.

Las informaciones dejadas por el explorador Steffen sobre la posibilidad de colonización de la región del Baker fueron muy halagüeñas, pues había observado que el terreno parecía apto para el cultivo, que había abundante pasto en las faldas y en el llano y que en los trechos del bosque se encontraba madera buena.

Animado con tan lisonjeras referencias, el Gobierno chileno, deseando favorecer su explotación, concedió permiso de ocupación de las tierras fiscales situadas en la región del Baker hacia los 47 grados de latitud. Poco después se constituyó la Sociedad Explotadora del Baker, cuyos estatutos fueron aprobados por superior decreto del 23 de agosto de 1904. La compañía adquirió un pequeño vapor, el "Baker", y en el puerto Bajo Pisagua se inició una incipiente población de trabajadores dedicados a la explotación de cipreses. Se adquirieron también veinte mil ovinos en la estancia "Cóndor" de Río Gallegos y una buena cantidad de bovinos en las cercanías de Bahía Blanca, que fueron llevados al



La cadena Cochrane vista desde el valle del río del Salto



Cruzando el valle del río del Salto

valle central del Baker. Pero la incipiente colonia que había tenido como principal propulsor y sostenedor a don Julio Vicuña Subercaseaux, iba a dejar de existir pronto*. El escorbuto producido como consecuencia de muchas penurias a que debieron someterse los trabajadores, aislados y con escasos víveres, cundió entre ellos, causando la muerte de 120 hombres.

Tan sensible revés sembró el desaliento en la compañía, la cual se retiró en el año 1908, abandonando sus instalaciones y llevando a la Argentina el poco ganado que sobrevivía.

El fracaso de esta primera tentativa de colonización no había, con todo, cambiado la opinión que se tenía de las riquezas agrícolas y ganaderas de la región del Baker. En efecto, tres años después (16 de septiembre de 1914), habiéndose efectuado en Santiago de Chile el remate público de 700.000 hectáreas de tierras del Baker, fueron éstas arrendadas por la Sociedad "Estancias Posadas, Hobbs y Cía.", de Punta Arenas.

No faltaron tampoco a esta nueva sociedad obstáculos y contrariedades de todo orden en el desarrollo de sus actividades ganaderas, debido especialmente a la dificultad de dar salida a

*De Agostini sobrestima el papel de Julio Vicuña Subercaseaux, quien en realidad no tuvo ninguna intervención en el intento colonizador, siendo únicamente el beneficiario de la concesión fiscal que, casi de inmediato, vendió a terceros, en el caso a la Sociedad Braun & Blanchard de Punta Arenas, importantísimo *holding* empresarial de la época con presencia y actividades a lo largo y ancho de la Patagonia (N. del E.).



Cordón Cochrane y río del Salto

los productos lanares, pero logró finalmente superar los inconvenientes cuando, en 1922, el señor Lucas Bridges, copropietario de la misma, se hizo cargo directamente de la estancia. Hombre sagaz y emprendedor, curtido en todos los gajes del ambiente patagónico, alcanzó a vencer las múltiples dificultades que se oponían al progreso y explotación de la industria ganadera en aquella apartada región. Sus ensayos, que duraron tres años (1926-1929), para llevar los productos lanares al Pacífico, conduciéndolos en fardos de 50 kilos sobre el lomo de 180 mulas a través de los desfiladeros del Baker, representan innumerables sacrificios y penurias soportados en sus viajes aventureros, en uno de los cuales, concluidos los víveres, logró salvar su vida, después de 23 días de ayuno, alimentándose con los cueros vacunos que recubrían una de sus canoas.

El 20 de febrero de 1941, la Sociedad Estancia Posadas, Hobbs y Compañía, arrendataria de los valles Baker y Chacabuco en una extensión de 230.000 hectáreas, cedió sus derechos de arrendamiento a otra sociedad, la Valle Chacabuco, y devolvió al Fisco los terrenos situados en el valle central del Baker en una superficie de 86.000 hectáreas, quedándose únicamente con el valle Chacabuco de 144.000 hectáreas.



Valle del río del Salto

Las instalaciones de la estancia que funcionaba anteriormente en el valle central del Baker, habían sido trasladadas en el año 1932 por su administrador y propietario, el señor Lucas Bridges, a la entrada del valle Chacabuco, cerca de Cañadón Verde. Actualmente la exportación de la lana se hace en camiones que,



El lago Esmeralda

saliendo de Cañadón Verde, pasan por territorio argentino (lago Buenos Aires) y llegan hasta Puerto Aysén*.

Estos últimos años, casi todo el valle central del Baker, así como sus valles secundarios, Nef, Cochrane, Salto, Ñadis y Colonia, abandonados por la compañía del Baker, han sido ocupados por colonos chilenos inmigrados desde las provincias del norte de Chile y particularmente de Chiloé y Llanquihue. Atraídos a esas apartadas regiones por la esperanza de conseguir fáciles medios de subsistencia, llevan esos pobladores, faltos de medios y recursos, salvo contadas excepciones, una vida miserable, en pequeñas chozas, sin preocuparse por mejorar las tierras que ocupan o por construir cercos y casas de habitación, a pesar de que en los bosques adyacentes disponen en abundancia de la madera necesaria.

Se dedican al cuidado y crianza del ganado lanar y especialmente del bovino; este último lo venden sobre el mismo terreno a compradores que, a través del territorio argentino, acuden

*La salida de la producción de la Sociedad Hobbs y Cía., se hizo originalmente –por exigencia del Gobierno de Chile en el decreto de concesión de arrendamiento fundiario–, por el fiordo Baker (puerto Bajo Pisagua), lo que dio origen a una laboriosa iniciativa del pionero Lucas Bridges, socio y administrador de la estancia. Al devolverse posteriormente parte de las tierras al Fisco y concentrarse en la explotación pastoril del valle Chacabuco, la Sociedad utilizó inicialmente el territorio argentino para la salida de su producción, pero después, como lo comprobaría el propio De Agostini, se construyó un camino precario hacia puerto Bertrand, donde se habilitó un sitio de embarque, que se unió a su vez por una línea lacustre servida por un vapor, el *Andes*, con Puerto Ibáñez, localidad ya unida por la vía terrestre con Puerto Aysén (N. del E.).

de la región del Aysén. Como el terreno es muy fértil, cultivan, para el consumo propio, cereales, legumbres y hortalizas, especialmente papas y trigo, los que alcanzan plena maduración.

Pero el aislamiento en que se encuentran por falta de fáciles comunicaciones, agrava su situación especialmente por las dificultades para abastecerse de víveres y para dar salida a sus productos lanares por la costa chilena, lo que ocasiona gastos y absorbe toda la utilidad de sus trabajos y sacrificios.

Ese mismo problema aflige a los pobladores del lago San Martín y del río Bravo, pues ellos, también embolsados en la Cordillera, carecen de medios para comunicarse por el lado del Pacífico.



La población de Cochrane

Son de dominio público los planes del Gobierno chileno, que, para solucionar adecuadamente esta importante cuestión, proyecta abrir caminos a lo largo de los ríos Pascua y Baker, a fin de que los pobladores tengan la facilidad indispensable para poblar estas fértiles regiones y explotar sus riquezas ganaderas y forestales.

Los obstáculos que opone la naturaleza del terreno a la construcción de un camino carretero que atraviese los desfiladeros del río Baker podrán ser solucionados satisfactoriamente buscando en los valles laterales, particularmente en el del río Bravo y su afluente, el Año Nuevo, una ruta de fácil acceso a la región interna del Baker. No tardarán entonces en surgir en el gran estuario del Baker florecientes poblaciones, que darán fácil salida a los productos de esta pintoresca y feraz región*.

Los hermosos paisajes, que aquí ofrece la Cordillera con sus elevadas montañas e inmensos glaciares, harán abrir una nueva ruta al turismo y constituirán un poderoso aliciente para que los amantes de las bellezas de la alta montaña acudan a esta región donde encontrarán campo vastísimo de exploración y estudio.

Un viaje al valle del Baker ofrece aún hoy grandes dificultades. La entrada más practicada es aquella que se hace por el territorio argentino, atravesando, primero, las mesetas patagónicas

*Sin proponérselo, el Padre De Agostini profetizó la sección correspondiente de la Carretera Austral (por el valle del Baker) y el surgimiento de poblados como caleta Tortel, inmediata al estuario del gran río Baker (N. del E.).



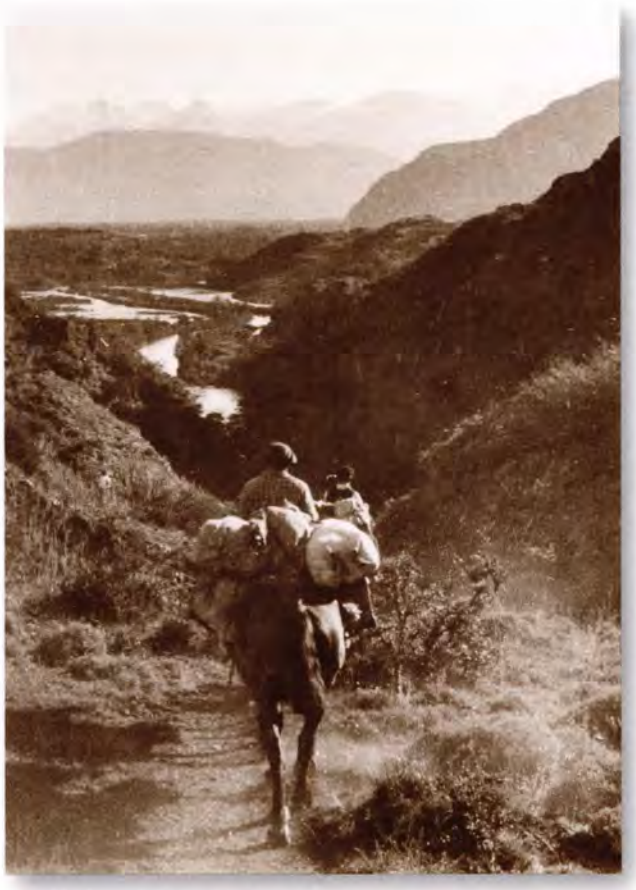
Cascada del río Cochrane

y luego los valles cordilleranos Chacabuco y Cochrane. Como no existen caminos carreteros el viaje se debe realizar totalmente a caballo. Hay además otra vía de acceso por el lago Buenos Aires empleando los vapores que salen periódicamente de Chile Chico y recorren las poblaciones esparcidas en la costa, llegando hasta el lago Bertrand, en la extremidad boreal del valle del Baker.

La ruta del valle Cochrane fue elegida por nosotros en el verano de 1941, al regresar de la excursión al San Lorenzo, relatada en el capítulo precedente. El colono Flores, que vive con su familia a orillas del río del Salto, contratado expresamente, nos proporcionó los caballos de montar y de carga y él mismo nos sirvió de guía.

Llevábamos tres cargueros con los equipos necesarios y víveres para un mes, pues sabíamos muy bien que, fuera de la carne, difícilmente podríamos haber conseguido otra clase de alimento.

El 1 de marzo salimos de la estancia del señor Elorriaga rumbo a la localidad de Cochrane, distante unos 30 kilómetros y situada en las cercanías del río homónimo, emisario del lago Pueyrredón-Cochrane. Seguimos unos siete kilómetros el curso del río Tranquilo y después de



Desfiladero del río Cochrane



El río Cochrane antes de desembocar en el valle del Baker

cruzarlo, en las proximidades de su confluencia con el río del Salto, doblamos hacia el norte penetrando en el valle de este último río. El sendero tropero* se insinúa por el valle, el cual está cortado por terrazas fluvioglaciales y por rocas aborregadas, residuos de los antiguos glaciares que bajaban de la cadena Cochrane y del cordón Esmeralda.

A medida que nos internamos en el valle, cautiva nuestra atención la cadena Cochrane, que domina majestuosamente hacia el sur el horizonte, pudiendo distinguir con más claridad la estructura de sus imponentes picachos.

El río del Salto serpentea a nuestro lado por orillas bajas y muestra sus caudalosas aguas que considerablemente acrecentadas por el derretimiento de las nieves ya impetuosas, ya tranquilas, se deslizan por el llano entre manchas de bosques y pequeños claros cubiertos de abundante pasto, donde observamos bandadas de avutardas y patos silvestres.

A los pocos kilómetros de haber abandonado el valle del río del Salto llegamos a la laguna Esmeralda, así denominada por el explorador Steffen en razón del hermoso color de sus aguas y dominada hacia el norte por el monte Ataúd, de 895 metros.

Continuando nuestra ruta hacia el noreste cruzamos el cordón Escalonado, que presenta una sucesión de arcos morrénicos abandonados por los antiguos glaciares, y luego bajamos gradualmente hacia la depresión del río Cochrane siguiendo el curso de algunos cañadones cortados en el cordón por efecto de la erosión torrencial. Acercándonos

*Sendero tropero: sendero usado por las tropas o piños de ganado arriado (N. del E.).



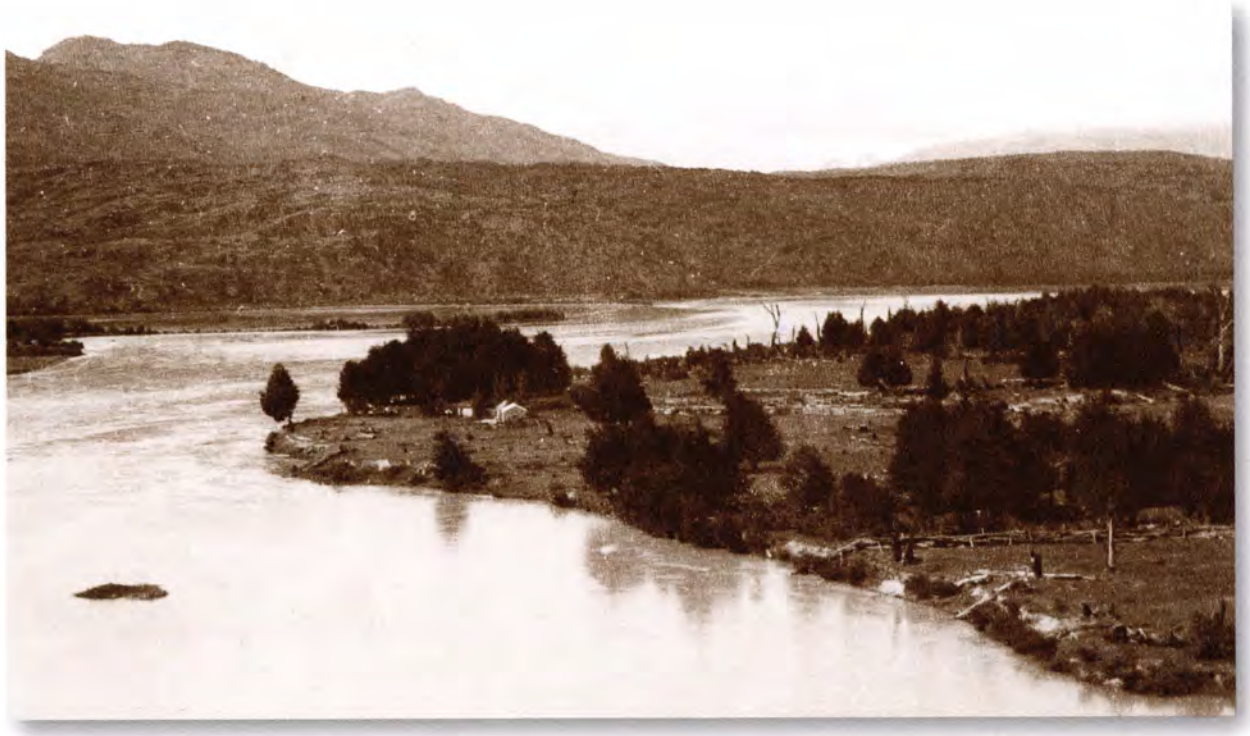
Nuestros cargueros descansando en el valle del Baker

al río Cochrane, observamos admirados sus aguas extraordinariamente cristalinas, de un maravilloso color verde azul, salpicadas a ratos por blanca espuma, que se dilatan como una hermosa cinta, ya entre la espesura del bosque, ya en la profundidad de barrancos rocosos. Es ancho y profundo, y su corriente impetuosa; pero guiados por Flores, que conoce muy bien el vado, conseguimos cruzarlo felizmente. A dos kilómetros del río y sobre un llano surcado por un arroyo, alcanzamos la localidad de Cochrane: una casita que sirve de escuela-internado para los hijos de los pobladores, una pequeña casa de negocio y la vivienda del colono Quintana que es también Juez de Paz. Este ensayo de población parece que no ha tenido éxito por tratarse de un lugar demasiado elevado y apartado del núcleo de pobladores, el cual está radicado más bien en el valle central del Baker, lugar donde precisamente se piensa trasladar la aldea*.

Permanecimos en Cochrane cinco días para proporcionar a los colonos de los alrededores la comodidad de traernos a sus hijos para administrarles el bautismo, ya que esa era la primera vez que un misionero penetraba en aquellos apartados valles cordilleranos.

Concluida nuestra misión, salimos para el valle del Baker con el fin de llegar hasta la casa del colono Cruces, a unos diez kilómetros de Cochrane.

*En este caso, De Agostini no acertó en su apreciación acerca del destino del poblado de Cochrane, pues este se afirmó y prosperó situándose al fin como la cabecera de la actual provincia de Capitán Prat, de la región de Aysén, con una actividad dinámica que al presente bordea las 3.000 almas (N. del E.).



Viviendas a la orilla del río Baker

El camino, cortado en los faldeos abruptos de la montaña, sube y baja por empinadas cuestas, siguiendo la depresión del Cochrane, el cual forma, casi al término de su curso, una bellísima e imponente cascada.

Desde el desfiladero del río Cochrane bajamos al gran valle del Baker y nos dirigimos a la casa de Cruces, que vive en la orilla derecha del río. Al llegar a la altura conveniente, desensillamos los caballos y a gritos llamamos a Cruces que estaba en la ribera opuesta, cerca de su habitación, pidiéndole que viniera a buscarnos con su bote.



Grupo de colonos en la vivienda de Cruces

Entretanto, echamos los caballos al río para que lo cruzaran y, poco después, logramos también nosotros alcanzar la otra orilla, llevando en el bote todo el equipaje.



El río Baker

El río Baker tiene en este punto unos 400 metros de ancho y sus aguas son tan torrentosas que obligan al remero a conducir el bote unos centenares de metros más arriba antes de emprender el cruce con el objeto de llegar en diagonal al punto de desembarco.

Allí nos sorprende gratamente la existencia de muchos árboles frutales y cultivos de hortalizas, legumbres, así como también de trigo y maíz. Manzanas, peras y ciruelas en abundancia satisfacen a saciedad nuestro deseo de saborear fruta fresca, tan escasa en estas regiones.

Una casita construida con tablas de madera, con varias piezas para dormir, un rancho toscamente labrado que sirve de cocina y un galpón para depósito de los productos agrícolas y ganaderos, constituyen la población de este colono. En un campo cercano, donde acaban de cosechar el trigo, encontramos un lugar adecuado para armar nuestras carpas.

Segundo Cruces es un antiguo poblador del Baker, ya que hace más de 30 años que llegó desde el norte de Chile. Fue en un principio apreciado arriero de la compañía arrendataria del Baker y ocupó luego el terreno donde habita actualmente, construyendo su casita y efectuando las plantaciones de árboles frutales y los cultivos que ahora admiramos. Unos pocos centenares de ovejas y unas cuantas vacas pacen en una superficie de 900 hectáreas que le concedió el Esta-



Panorama del macizo San Lorenzo, del monte Ortúzar y de la cuenca terminal del valle del Salto

do, proporcionándole apenas suficiente sustento para su familia. Considerando que parte de este terreno es montañoso y está cubierto de bosques parcialmente aprovechables durante el verano, y que la superficie cultivable se reduce a una angosta faja de terreno a lo largo del río, resulta que la utilidad que del mismo se puede lograr es insuficiente para cimentar y favorecer el progreso de la industria pastoril. En esta región cordillerana se necesita por lo menos tres veces más de la superficie corriente para que una familia laboriosa pueda conseguir una remuneración adecuada e introducir las indispensables mejoras.

Después de entablar conversación con el señor Cruces, este se queja de que un vecino intruso se ha adueñado de una parcela de terreno que antes le pertenecía a él y le está robando y matando las ovejas. No encuentra forma de librarse de semejante parásito haragán, ya que para conseguirlo tendría que ir hasta Puerto Aysén, donde reside la autoridad competente[1].

Un viaje de cerca de 200 leguas*, entre ida y vuelta, a lomo de caballo, que insumiría un mes y los consiguientes gastos, y con la incerteza de poder conseguir su objeto, lo tenían perplejo y dilataban la realización del penoso viaje.

La escasez de los recursos en que se debaten casi todos esos colonos los obliga a vivir en una extremada pobreza. La carne y la yerba constituyen casi exclusivamente su alimento. Para

[1] En el verano de 1945, el señor Cruces fue precisamente asesinado en una riña con uno de esos aventureros.
*Una legua equivale aproximadamente a entre 4,5 y 5 kilómetros (N. del E.).



proveerse de los "vicios", como llaman al café, azúcar, fideos, tabaco, etc., y de la indispensable ropa y utensilios de casa, deben recorrer a caballo más de 100 kilómetros por ásperos senderos hasta las bien abastecidas casas de negocio del lago Pueyrredón, en territorio argentino.

Casi una semana quedamos de huéspedes en casa de la buena familia Cruces, esperando que los colonos, que previamente habían sido avisados, viniesen allí para recibir los Santos Sacramentos; algunos de los más próximos no correspondieron a nuestra invitación, mientras otros lo hicieron con sus chicuelos desde el río Colonia, a más de seis leguas de distancia. La pobreza espiritual y moral de muchos de estos colonos es harto semejante a su indigencia material.

Cumplida aquí también esta misión sacerdotal proseguimos viaje hacia el lago Buenos Aires acompañados por dos hijos del señor Cruces, quien nos proporcionó también los caballos necesarios. Cruzamos otra vez el río y, después de subir una empinada cuesta que se levanta a la margen derecha del río Cochrane, doblamos hacia el norte faldeando la vertiente occidental del monte Tamango.

A nuestro lado, por la profundidad del valle, corre majestuosamente el río Baker, que despliega en amplias espirales sus aguas tranquilas y cristalinas como una hermosa cinta de bellísimo color verdeazulado.

A tres leguas de la vivienda de Cruces, cruzamos el río Chacabuco y, doblando hacia occidente, seguimos un camino carretero que nos lleva hasta el Aserradero, sección de la Sociedad Valle Chacabuco, situada en un fértil valle a orillas del río Baker.



El río Colonia en las proximidades de su confluencia con el río Baker

A la mañana siguiente reanudamos el viaje subiendo un cómodo camino cortado en las faldas meridionales del monte Pato Raro, entre manchas de bosques y prados cubiertos de abundante pasto, donde predomina la arvejilla.

Después de 5 kilómetros de recorrido podemos contemplar, hacia occidente, desde aquellas alturas, surcado por el río homónimo, el gran valle del río Nef, cuyas aguas turbias e impetuosas se vuelcan, frente a nosotros, en las del Baker.

El cielo turbio y amenazador nos impide observar la gran Cordillera que, con sus enormes campos de nieve y hielo, se levanta a occidente dominada por el gran macizo Arenales, de 3.440 metros.

El trecho de casi dos leguas que separa el valle del río Nef del lago Bertrand, lo efectuamos al trote y sin detenernos, a pesar de que una fuerte lluvia nos agota, llegando, a primeras horas de la tarde, a las riberas del lago.

Un pequeño negocio, algunas pocas habitaciones y unos depósitos de productos lanares de la Sociedad Anónima Valle Chacabuco, se levantan allí al abrigo de una bahía, donde suelen fondear los vapores que llegan de Chile Chico, cruzando todo el lago Buenos Aires. En la misma tarde de nuestro arribo llegó el vapor "Los Andes", de la Compañía Valle Chacabuco, que hace este viaje por lo general cada quince días en los meses de verano o cuando urge el transporte de los productos lanares. Muy propicia fue la llegada del mismo, pues pudimos salir sin demora para Chile Chico, puerto chileno de la costa sur del lago, cerca de los límites con Argentina. A la mañana siguiente, el "Los Andes", completada su carga de fardos de lana y embarcando unos pocos pasajeros, dejaba el puerto para iniciar su ruta a través del lago.



Trigales de la chacra del colono Ayapán en el valle Colonia, cultivados en un sitio donde hasta hace pocos años se levantaban espesos bosques, cuyos vestigios se observan aún en algunos troncos quemados.

El lago Buenos Aires es el más extenso de la Patagonia, alcanzando una superficie de 2.000 kilómetros cuadrados. En la costa boreal posee dos profundas ensenadas en las cuales desembocan los ríos Murta e Ibáñez, y en cuyos valles y orillas se ha radicado un núcleo importante de población*.

Este sector, que se extiende al noreste de la Cordillera, entre el lago Buenos Aires y el estero Aysén, posee fertilísimos valles, que empiezan ahora a abrirse a la actividad del hombre, empeñado en una lucha desigual contra la naturaleza virgen en demanda de sus riquezas agrícolas y ganaderas. Inmensos bosques de extraordinaria exuberancia, ríos caudalosos, glaciares, lagos y cascadas sin número, picachos y macizos imponentes, forman un conjunto espectacular de bellezas naturales que no tardarán en constituir una meta predilecta para los turistas.

Día y medio empleamos para cruzar el lago hasta Chile Chico, incipiente y prometedora población chilena de unos dos mil habitantes que actualmente constituye el principal centro de comercio de la costa sur del lago.

*Es esta otra observación acertada del explorador, pues en las seis décadas y algo más corridas desde su paso por esos lugares, toda la cuenca del lago General Carrera ha registrado un intenso poblamiento, tanto que partiendo desde el oriente, donde radica la ciudad de Chile Chico, centro principal de la gran comarca lacustre, se encuentran los poblados de Mallín Grande, Puerto Guadal, Puerto Bertrand, Puerto Tranquilo, Bahía Murta, Puerto Cristal y Puerto Ibáñez, en el nororiente del lago, amén de otras localidades menores. Ha favorecido su desarrollo la cualidad ambiental por tener el área un microclima reconocido por su bondad, lo que favorece los cultivos agrícolas, las crianzas, el turismo y otras actividades económicas (N. del E.).



El colono Ayapán y su familia

Después de dos días de espera salimos en auto para Nacimiento, ya en territorio argentino, y de aquí seguimos viaje hasta Las Heras, donde el ferrocarril nos condujo a Deseado en la costa del Atlántico.

* * *

En el verano siguiente, hacia fines de febrero de 1942, volví al valle del Baker. Nuestra nueva meta fue el valle del río Colonia, del que tanto habíamos oído hablar, por sus extraordinarios desbordamientos de cada verano, y por el interés que ofrecía el conocimiento de este sector cordillerano.

Seguimos a la ida el mismo camino del año anterior, saliendo del lago Pueyrredón y recorriendo los valles de los ríos Platten y Tranquilo. Me acompañaban en este viaje los señores Zampieri y Galuge.

Deseando reconocer más de cerca aún la vertiente occidental del monte San Lorenzo e intentar una subida parcial, el 30 de enero, desde la estancia de Elorriaga, realicé otro viaje hasta el término del valle del río del Salto, estableciendo un campamento base en el mismo sitio del año interior. Desde hacía pocos meses, la parte superior de este valle había sido ocupada por los hermanos Alvarado, chilenos, los cuales habían construido un rancho y cercado un pequeño campo, poblándolo de algunos pocos animales vacunos y lanares. Durante los 20 días que permanecimos en el valle nos ayudaron con sus caballos a transportar los equipajes y participaron también de nuestras excursiones a las cercanías del San Lorenzo. Desdichadamente tuvimos tiempo malo. Durante dos semanas llovió sin cesar, pero luego llegaron algunos días de calma y cielo sereno, que nos permitieron alcanzar la parte central del helero que cubre la ladera occidental del San Lorenzo, a 1.240 metros de altura. La forma muy resquebrajada del glaciar y las



Vacas lecheras del colono Ayapán



Tronco de coihue arrastrado por las aguas del río Colonia durante la inundación

dificultades para conducir el equipaje y los víveres por entre los barrancos y desfiladeros anularon nuestros proyectos de ascensión al monte.

El 19 de febrero volvimos a la estancia de Elorriaga y, dos días después, emprendimos viaje hacia el valle del Baker con cuatro cargueros, acompañados, como en el verano anterior, por el colono Flores. En dos días atravesamos los valles del Salto y el del Cochrane, llegando nuevamente el 23 de febrero a la casa del señor Cruces. El 26 reanudamos nuestro viaje en dirección a la estancia del señor Ayapán, distante unos 30 kilómetros en el valle del río Colonia.

Seguimos la margen derecha del río Baker, entre lomas y llanos, donde alternan manchas de bosques y praderas cubiertas de abundante pasto. De vez en cuando se asoma, entre los claros de los árboles, alguna casita de madera rodeada de cercos y de siembras, que señala la presencia de algún poblador.

El Baker, que corre a nuestro lado, despliega majestuosamente sus anchos brazos, hinchados de aguas profundas y tranquilas, que en algunas partes adquieren el aspecto de verdaderos lagos.



Barranco corroído por la inundación del río Colonia

Desde el río Ñadis, afluente del Baker, hasta casi llegar al lago Bertrand, el río Baker puede ser navegado hasta por barcos de mayor calado.

Hacia el poniente, descuellan en lontananza unos cerros nevados, de atrevidas formas, verdaderos centinelas avanzados de la gran Cordillera occidental, envuelta todavía en el misterio.

A poco más diez kilómetros de la estancia de Cruces, el camino tuerce a occidente y sigue la orilla misma del río, atravesando a veces entre tupidos bosques de lenga (*Nothofagus pumilio*) y gigantescos coihues (*Nothofagus dombeyii*) que crecen lozanos sobre el terreno de aluvión. Parte de la floresta ha sido destruida por incendios, lo que ha permitido al colono sacar mayor provecho del terreno, obteniendo más pasto para el ganado.

Rastros recientes de inundación del río Colonia son los montones de troncos que encontramos apiñados entre los árboles de la floresta y cubiertos todavía de barro y terreno pantanoso y lleno de charcos de agua. El desbordamiento del río Colonia, que todos los veranos se repite infaliblemente desde los primeros días de enero hasta febrero, tiene en constante inquietud a los pobladores de la zona, quienes explican este fenómeno con las más extrañas hipótesis.

La crecida se efectúa en 24 horas, sin que la precedan signos excepcionales ni particulares indicios, alcanzando un volumen impresionante. Una enorme masa de agua turbia y barrosa se vuelca repentinamente de la montaña y se precipita en el valle, arrastrando consigo grandes troncos de árboles arrancados de la floresta, y cubriendo totalmente el lecho del río en un ancho de 600 metros. La corriente es tan impetuosa que rechaza a la del Baker y la hace retroceder por unos 15 kilómetros, elevando el nivel normal de sus aguas unos 4 metros, como lo atestiguan los



El lago Colonia

gajos y residuos vegetales que quedan a esa altura entre las ramas de los árboles, después de la inundación.

Cuando los colonos desconocían aún el terrible poder de la creciente y, por lo tanto, descuidaban retirar el ganado a tiempo de la zona afectada, muchos fueron los animales vacunos y caballares que perecieron ahogados.

Algunos esqueletos de estos animales colgaban de los árboles todavía varios meses después como macabro trofeo de la terrible inundación.

Mientras caminamos nos asaltan nubes de mosquitos que dejan nuestras caras y manos plagadas de ronchas. Es imposible librarse de ese ejército de diminutos dípteros, los que encuentran en los numerosos charcos de agua estancada, el medio apropiado para multiplicarse rápidamente.

Después de haber recorrido otros 15 kilómetros, dejamos la cuenca del Baker y penetramos en el fértil valle del río Colonia, que se extiende de este a oeste, terminando al pie de la gran Cordillera nevada.

Este valle presenta un amplio declive de lomas aborregadas moldeadas por los antiguos glaciares, donde se encuentran esparcidos grandes bloques erráticos de granito que, vistos a la distancia, parecen habitaciones.

Los bosques que cubrían con un manto ininterrumpido todo el valle fueron completamente destruidos por los incendios, no quedando de los mismos sino algunos troncos carboniza-



Vestigios de la inundación del río Colonia



El solitario Vilches junto a su rancho

dos. Como el mantillo que cubría el terreno era abundante, el pasto crece vigoroso y proporciona alimento numeroso al ganado lanar y vacuno.

En la tarde del 26 llegamos a la casa del colono Ayapán, situada en una fértil pradera al pie de la Cordillera. El lugar es muy pintoresco, y pareciéndonos indicado para excursionar los alrededores, decidimos plantar allí, por algún tiempo, nuestras carpas. Conocíamos al señor Ayapán y a su familia desde el verano anterior, por haber sido uno de los pocos colonos que había acudido en esa ocasión al llamado del misionero para cristianizar a sus hijos. Llegado al valle del Baker, desde la Araucanía, su tierra natal, trabajó varios años como arriero y amansador de potros, adquiriendo el terreno que ahora ocupa, donde se reveló como un colono activo y emprendedor. En efecto, en poco tiempo, con su trabajo tesonero e inteligente, ha sabido transformar estas tierras agrestes en hermosos campos sembrados de trigo, legumbres y hortalizas.

Todos sus cuidados están concentrados en un millar de ovejas y algunos vacunos que posee en sociedad con su cuñado Arati, quedando subordinado el sustento de su familia a la venta de los productos lanares. Cuando se considera que la lana de sus ovejas tiene que ser llevada para su venta a lomo de mula hasta el lago Cochrane, a unos 50 kilómetros de distancia, cruzando caudalosos ríos, tupidos bosques y escarpadas montañas, se aprecia lo bien merecidas que son las ganancias de estos esforzados luchadores de las soledades andinas.

En el verano, unas cuantas vacas le proporcionan abundante leche y queso, que constituyen para nosotros una agradable alimentación durante la permanencia en su estancia.

Deseábamos escalar la cumbre de un monte cercano de unos dos mil metros de altura, pero el mal tiempo, constantemente nublado, no nos lo permitió. Sin embargo, pudimos realizar



Carretas de viaje en el valle Chacabuco

algunas ascensiones por los alrededores, consiguiendo conocer la configuración del valle y parte de la gran Cordillera nevada, cuya extraordinaria imponencia nos sorprendió y entusiasmó. Atrevidas agujas, majestuosos pináculos y blancos macizos cupuliformes emergen de la vasta coraza de hielo que cubre este precioso sector de la Cordillera Patagónica, ofreciendo panoramas de extraordinaria grandiosidad e incomparable belleza.

Nos faltaba aún una excursión al nacimiento del río Colonia para develar el misterio de sus desbordamientos y la efectuamos el 1 de marzo. Un poblador del valle, un tal Salvador Vilches Espínola, que vive como un solitario desde muchos años en el último rincón del valle Colonia, y que se hallaba de paso en la estancia de Ayapán, nos sirvió de guía.

Salimos a las siete de la mañana montando buenos caballos y en dos horas recorrimos los 12 kilómetros que van de la habitación de Ayapán a la de Vilches. Es la de este un rancho miserable construido con troncos labrados toscamente y peor unidos, donde su dueño lleva una vida aislada y precaria desde hace diez años, cuidando una manada de vacunos.

Dejamos los caballos atados cerca del rancho y a paso rápido iniciamos nuestra marcha a lo largo del valle surcado por el río Colonia con el fin de alcanzar su término, al pie de una quebrada que divisamos cortada en la vertiente occidental de la Cordillera. Según las referencias de Vilches, que ha recorrido esos parajes en busca de sus vacunos, hay allí un lago de donde sale el río Colonia. No es posible avanzar por el bosque, formado por altos y corpulentos coihues, pues los arbustos y especialmente los cañaverales de colihue (*Chusquea cunnigii*) son tan tupidos que no permiten atravesarlos si no es a golpes de machete. Debemos pues seguir las inflexiones del



El valle Chacabuco

río, caminando al pie de altos barrancos, entre guijarros casi todos de granito y diorita, desprendidos de estas terrazas fluvioglaciales por efecto de la potente erosión de las aguas durante las inundaciones.

Corpulentos troncos de coihue destrozados, pero aún con sus raíces, yacen esparcidos a la orilla del río como elocuente testimonio de la potencia extraordinaria de las aguas, que, llenando a gran altura la cuenca de orilla a orilla, alcanzaron a desarraigar de la floresta aquellos árboles gigantescos.

Después de 4 horas de arduo camino, doblando la estribación de una elevada montaña de occidente, aparece a nuestra vista un hermoso lago encajonado entre elevadas montañas, cubiertas de tupida vegetación, y del cual sale el río Colonia.

En la extremidad occidental del lago, cuyo largo calculamos en siete u ocho kilómetros, baja de la Cordillera un gran glaciar que llena toda la cuenca final del valle. La costa oriental del lago, desde donde sale el Colonia, es desplayada y baja, y no hay ningún vestigio que pueda revelar desbordamiento alguno de las aguas debido a un repentino desmoronamiento producido en la margen del lago.

Con todo, hay rastros positivos de un notable levantamiento del nivel del lago, señalado por un tronco gigantesco de coihue elevado unos metros sobre el nivel normal de las aguas y por otros árboles más pequeños arrastrados hacia el interior hasta unos 10 metros de altura sobre la superficie ordinaria, a causa, según parece, de un rápido crecimiento del lago.

No alcanzamos a ver el interior de la Cordillera, pero, por la configuración del valle y del glaciar, me parece tener ya suficientes motivos para suponer que las causas de los desbordamientos de las aguas, que originan las inundaciones, deben buscarse en otro lago marginal, directamente ligado al glaciar. Se produciría el mismo fenómeno que observamos en otros lagos andinos obstruidos por glaciares, de lo cual es típico ejemplo lo que acaece con el glaciar Moreno, del lago Argentino.

Durante la primavera, el lago marginal, obstruido por el glaciar, empieza a subir de nivel a causa del deshielo y de los torrentes glaciares que allí se descargan, logrando su mayor altura en los meses de enero y febrero, cuando llegan los intensos calores estivales.

En dicho período, por la presión que ejerce sobre el hielo la masa de agua encerrada en el lago y, al mismo tiempo, por la infiltración de diversas corrientes por entre las grietas del glaciar, que constantemente se ensanchan, se produce en el glaciar un gran corte en el que se efectúa rápidamente el vaciamiento del lago superior, descargando sus aguas en el de más abajo, el que a su vez vuelca sus aguas en el valle del río Colonia*.

Según me han asegurado los pobladores de este valle, la inundación vuelve a repetirse algunos años a fines de abril o principios de mayo, pero en forma más reducida. También en el valle del río Nef, más al norte, se produce este fenómeno de desbordamiento, aunque en menor proporción.

Por la tarde volvimos por el mismo camino al rancho de Vilches, donde nos alojamos. Escaso fue el descanso de aquella noche en el angosto refugio que sirve de cocina, dormitorio y depósito en general, pues habiéndose descompuesto el tiempo, una lluvia persistente que penetraba a través de las rendijas del techo, caía, con el correspondiente disgusto, sobre nuestras camas. Imposible nos resultaba entender cómo aquel singular ermitaño, con tanta madera de la floresta a su alcance y con tanto tiempo disponible, no hubiese construido una habitación más confortable en ese clima tan tempestuoso y frío, pero, al parecer, el buen hombre estaba sumamente satisfecho y contento, sin demostrar deseo de conseguir ninguna cosa fuera de las que poseía.

Aquel sitio habría sido un magnífico campamento base para emprender ascensiones a las montañas del interior, resolviendo *de visu* la incógnita del lago, pero la estación estaba ya adelantada, habían caído las primeras nieves en la región más elevada y, sobre todo, escaseaban los víveres que habíamos traído, todo lo cual nos obligó a renunciar a tan lisonjero proyecto.

Apenas amaneció ensillamos los caballos y, bajo la lluvia, regresamos a la estancia de Ayapán con intención de alistar todos nuestros equipajes para emprender el viaje de vuelta hasta Cañadón Verde.

El 13 de marzo, acompañados por el mismo Ayapán, regresamos a casa de Cruces y al día siguiente reanudamos viaje hacia el valle Chacabuco. Un hijo de Cruces y un buen poblador del valle Colonia, un tal Antolín Romero, que iba a Cañadón Verde a proveerse de sal en una laguna

*Este fenómeno es definido en glaciología con la palabra islandesa *jokülllhlaup*, esto es, algo así como "desagüe repentino", y es de ocasional ocurrencia en los sectores englaciados de la Patagonia, el último de los cuales sucedió en la zona del glaciar Bernardo durante el invierno de 2007 (N. del E.).

donde este mineral abunda, nos proporcionaron los caballos para el viaje, sirviéndonos al mismo tiempo de guías y arrieros. Tres días empleamos en cruzar con nuestros tres cargueros los valles Baker y Chacabuco y en llegar a Cañadón Verde, ya en territorio argentino, al margen de las mesetas patagónicas.

El valle Chacabuco, surcado por el río homónimo, corre de oeste a este paralelamente a la depresión del lago Cochrane-Pueyrredón, de la cual está separado por el cordón Chacabuco y los montes Tamanguito y Tamango, de 1.840 metros. En toda su extensión, de casi 80 kilómetros, mantiene la estructura regular de una planicie aluvional con vertientes laterales cubiertas de abundante pasto y sin bosques. Las fertilidad del suelo, favorecida por las periódicas lluvias, hacen de este valle uno de los más aptos para el cultivo y la ganadería. Pertenece a la Sociedad Valle Chacabuco, que tiene su administración y sus principales edificios en la extremidad oriental del valle, cerca de los límites con la Argentina.

Un camino de carretas, que podría ser fácilmente transformado en camino para autos, con puentes sobre el río Chacabuco, cruza todo el valle y llega hasta el lago Bertrand.

En Cañadón Verde terminaba nuestro viaje cordillerano y, pocos días después, continuábamos en auto hasta Bajo Caracoles y de allí a San Julián en la costa del Atlántico.

CAPÍTULO XVIII

ASCENSIÓN AL MONTE SAN LORENZO

Organización de la expedición – Hacia el lago Pueyrredón – Un contratiempo imprevisto – En camión por el río Platten – En el desfiladero del río Tranquilo – El campamento base al pie del San Lorenzo – Primeras excursiones – Segundo campamento entre los hielos a 2.320 metros – Majestad de la cadena Cochrane – Primera tentativa de ascensión – La visita de don Bernardo – Vientos huracanados – Otra vez en el segundo campamento – Trepando el murallón de hielo – Seis horas entre la neblina – En la cumbre – El regreso

El deseo de escalar la cumbre del San Lorenzo que se me despertó en el verano de 1941, al convencerme de su accesibilidad, se había acrecentado intensamente en los dos veranos sucesivos, durante los cuales logré estudiar más detenidamente la configuración del gran macizo y de sus contrafuertes boreal y occidental.

Los pequeños intentos de ascensión efectuados en el valle del río el Salto me habían revelado que el camino más seguro y rápido para alcanzar la cúspide del San Lorenzo era el del río Tranquilo a través de un portezuelo glacial descubierto en febrero de 1940.

Con esta certeza de buen éxito organizaba una nueva expedición para el verano de 1943, siéndome imposible, por motivo de la guerra europea, traer guías alpinos de Italia, como en mis excursiones anteriores. Acudí entonces al Club Andino de Bariloche, donde encontré en el guía suizo Alejandro Hemmi y en el señor Heriberto Schmoll, los compañeros capaces de acompañarme en la difícil empresa.

Elegí para mi expedición los meses de noviembre y diciembre. Me indujo a este anticipo, el haber observado en mis excursiones anteriores a la Cordillera que los meses primaverales ofrecen para las ascensiones condiciones atmosféricas más propicias que las del verano, pues en ellos se presentan períodos de calma y serenidad más largos. Además, como nuestra ascensión debía efectuarse casi toda a través de los hielos, teníamos la ventaja de poder cruzarlos con más facilidad, ya que en esos meses, es aún muy espesa la capa de nieve caída en el invierno, lo que allana el paso de las grietas.



Puente sobre el río Blanco

El 1 de noviembre salí de La Plata en el petrolero "Ameghino", llevando conmigo parte del equipaje y el coche que debía servirnos para llegar a la Cordillera. En Comodoro Rivadavia me esperaban Hemmi y Schmoll, que habían llegado de Bariloche con todo su equipo de montaña. Pocos días permanecimos en Comodoro haciendo los últimos preparativos y el 10 de noviembre salíamos en auto para el lago Pueyrredón, punto terminal de la carretera, a la entrada del valle del Platten, que conduce al pie del San Lorenzo.

Una picada nueva, de 180 kilómetros de excelente camino, nos llevó hasta Las Heras, floreciente población donde termina el ferrocarril que viene de Puerto Deseado[1]. Almorzamos, y a las 13 horas reanudamos el viaje para alcanzar esa misma tarde la localidad de Bajo Caracoles, distante 230 kilómetros, en el camino al lago Pueyrredón. Reinaba la calma y el sol asomaba de vez en cuando, a través de una tenue capa de nubes, esparciendo una luz gris y plácida que iluminaba y daba vida a las escasas gramíneas de un verde amarillento que crecen en la estepa. Es el característico paisaje patagónico, inmenso y solitario, formado por una sucesión continua de mesetas y terrazas escalonadas, cortadas muchas veces por largos cañadones en donde el auto encuentra fácil salida para alcanzar las alturas. Después de pocas horas de viaje, descubrimos en el horizonte las cadenas lejanas de la Cordillera, que mostraban sus picachos resplandecientes de nieve. Por un instante, y estando ya cerca de la cuenca del Pueyrredón, vimos asomarse entre las nubes la cúspide del San Lorenzo y esa visión nos llenó de júbilo y de esperanza, como una promesa de feliz éxito en nuestra empresa.

Marchábamos a una velocidad moderada por temor de que el excesivo peso del equipaje pudiera perjudicar las cubiertas, y a las 7 de la tarde llegamos a Bajo Caracoles. Esta localidad debe su importancia al hecho de hallarse en el cruce de los caminos que desde San Julián, Comodoro Rivadavia y lago Buenos Aires, llegan hasta la Cordillera. Hay allí un moderno hotel recién construido con piedra labrada del lugar, con todo el confort necesario, con una casa de negocio anexa, propiedad del señor José Folch, y un surtidor de nafta.

Bajo Caracoles se encuentra a 680 metros de altura, sobre una meseta que declina sensiblemente hacia el oeste, terminando en la profunda cuenca de los lagos Posadas y Pueyrredón. Hacia el noreste descuella sobre la vasta llanura el característico monte Poivre, de 1.115 metros, con

[1] Esta línea que, según los proyectos del Ministro de Obras Públicas, don Ezequiel Ramos Mexía, partiendo de Puerto Deseado, debía unirse con la de Nahuel Huapi, subdividiéndose en otros ramales, fue construida por el ingeniero Juan J. Briano, quien, el 20 de septiembre de 1909, tuvo el honor de hacer oír el silbido de la primera locomotora, que se expandió por la inmensidad patagónica con la resonancia de una diana inaugural.

su cumbre tabular en forma de sombrero. Es visible a gran distancia y constituye un excelente punto de orientación. Pasamos la noche en Bajo Caracoles y a la mañana siguiente seguimos viaje hacia el Pueyrredón, distante 110 kilómetros.



El nuevo camino hacia el lago Posadas

Con grata sorpresa encontramos ya casi acabado el camino que conduce hasta lago Posadas, construido por la empresa de los ingenieros Vilaltella y Vitalini. Ya no necesitamos rememorar las pesadillas de años anteriores, cuando debíamos vadear peligrosos ríos y saltar fosas y zanjones sin número. Todo eso ha terminado. El auto se desliza suave y veloz sobre una cinta de pedregullo que se pierde en la lejanía, cruza por un sólido puente el río Blanco y baja una leve pendiente hasta el lago Posadas*. Otro puente construido sobre el río Tarde facilita el paso de este torrente pantanoso y poco después ya nos encontramos en la orilla del lago Posadas, que refleja sus cristalinas aguas turquesa sobre la llanura amarillenta. Nos falta aún cruzar el terrible río Furioso, con su lecho de fango, que se muda con las crecidas, más terrible que la vehemencia de su corriente. Hay que pasarlo a toda velocidad, pues un instante de titubeo es suficiente para que el coche se hunda profundamente en el cieno. Lo encontramos con muy poca agua y con terreno suficientemente firme, y lo atravesamos sin dificultad. Media hora después llegamos al lago Pueyrredón, donde nos alojamos, como de costumbre, en la posada de Mondelo.

Nuestro viaje debió interrumpirse aquí a causa de un grave contratiempo. Los víveres para la expedición, que un mes y medio antes había yo enviado desde Buenos Aires al puerto de San Julián, para que fueran remitidos con anticipación al lago Pueyrredón, aún no llegaban. Telegramas a la costa y encargos personales a los camioneros que bajaban al puerto resultaron inútiles. Nadie atendía nuestros angustiosos reclamos. Pasamos así diez largos días de aburrimiento, procurando entretenernos con paseos por los alrededores y pescas en el lago, donde abundan truchas salmonadas y pejerreyes. Hemmi y Schmoll, en un día completamente sereno, efectuaron una excursión a los montes que se levantan al norte del valle Platten, desde donde se podía observar el San Lorenzo. Volvieron entusiasmadísimos, pues habían podido divisar totalmente descubierta la cúspide del macizo. Nunca se habrían imaginado que era tan imponente; les pareció como otra montaña del Himalaya.

*La sección boreal del antiguo territorio de Santa Cruz (al norte del río Deseado), conjuntamente con la parte austral del territorio del Chubut, conformaron entre 1943 y 1957 una entidad político-administrativa denominada Zona Militar de Comodoro Rivadavia, con centro en la ciudad homónima. La administración castrense se caracterizó por su preocupación por las obras públicas, entre ellas las de infraestructura vial, como pudo comprobarlo el Padre De Agostini (N. del E.).

Tras un largo período de viento huracanado el tiempo se había vuelto tranquilo pero frío por la caída de una gran nevada en la Cordillera. El barómetro iba subiendo sensiblemente y al parecer empezaba uno de esos períodos de calma y serenidad que suele regalar la primavera. No podíamos esperar más. Cansado de aquella impaciente inacción e impulsado por los indicios de buen tiempo, me decidí a bajar hasta San Julián con Schmoll, a fin de buscar yo mismo las vituallas. Salimos temprano, el 22 de noviembre, en una encantadora mañana de calma y perfecta serenidad, pensando llegar ese mismo día al puerto. Cuando alcanzamos la meseta de Caracoles, el macizo San Lorenzo, con su masa de nieves eternas, fulguraba con toda su majestad sobre un purísimo cielo azul. No podíamos menos que sentirnos amargados por aquel contratiempo que nos obligaba a perder un tiempo tan precioso para salvar un inconveniente en el que habíamos puesto tanta diligencia en evitar.



Hongo de las hayas (Cyttaria darwinii)

Nuestra rápida marcha hacia el puerto fue detenida a las 3 de la tarde en Cañadón León, donde encontramos los equipajes conducidos por un camión que llevaba hasta Posadas material de construcción. Volvimos enseguida sobre nuestros pasos, y dos días después, por especial atención del ingeniero Vitalini, nuestro equipaje fue conducido por un camión de la empresa, desde Posadas hasta el lago Pueyrredón. En este rápido viaje tuvimos oportunidad de recoger las primeras impresiones sobre nuestra proyectada ascensión al San Lorenzo. Eran decididamente adversas. La cumbre era inaccesible y nuestros intentos por alcanzarla serían vanos.

Entretanto, el guía Hemmi, el 21 de noviembre había salido para el puesto de Muñoz, al final del valle Platten, acompañado del puestero allí establecido, con el fin de adelantar la exploración de la ruta que debíamos seguir a través de un valle indicado por mí y buscar un lugar apropiado lo más cerca posible del San Lorenzo para establecer el campamento base.

Poco después se le agregaba el peón Rainieri, que yo había contratado en Comodoro como cocinero y porteador.

El transporte de nuestro equipaje y vituallas, unos 500 kilos, a través del valle Platten, se veía ahora facilitado por un nuevo camino carretero abierto por el señor Julio Guizzardi, quien había adquirido en estos últimos años todos los terrenos que ocupaban los antiguos pobladores de la parte superior del valle. Un soplo de vida y progreso parece haber penetrado en este valle solitario con este camino de rodados que en breve tiempo descuenta los 25 kilómetros que separan la costa del lago Pueyrredón de la estancia "Río Oro", propiedad del mismo señor Guizzardi.

El camino, cuya construcción se había iniciado pocos meses antes, no estaba aún en condiciones como para ser recorrido en auto, pero un hijo del señor Mondelo, avezado en las peripecias

del oficio, no vaciló en conducir toda nuestra carga, así como otra del señor Guizzardi, en un viejo y desvencijado camión suyo, que ostentaba manifiestas señales de los duros trances a los que había sido sometido en su azarosa carrera por aquellos viejos caminos cordilleranos.



Despeñaderos del río Platten

Salimos el 25 de noviembre en una tarde apacible y luminosa y, recorridos los pocos kilómetros llanos que bordean la costa del lago hasta llegar al puente del río Platten, iniciamos a todo motor la escarpada subida de un cerro. El camión crepita y zumba, trepando animoso el empinado camino que serpentea en curvas angostas hasta alcanzar un pequeño rellano donde se detiene como para reponerse del esfuerzo cumplido. De otro tirón llegamos a una segunda altura donde el río se hunde a nuestros pies por un centenar de metros. Bajamos a un pequeño cañadón y empezamos de nuevo a subir la vertiente opuesta, la última, pero la más áspera y difícil. El camino no está todavía acabado y para salvar mayores obstáculos y peligros, el chofer cree oportuno apartarse de él y dirige el vehículo por encima de una loma escarpada que conduce a la cima del cerro. Ante lo empinado de la cuesta, el camión lanza lastimeros ronquidos y por un instante parece que al motor le faltara el aliento, pero aliviado por rápidos virajes a diestra y siniestra, buscando los lugares donde el declive es más suave, recobra fuerzas y sube zigzagueando, alentado por el grito del chofer que se inclina hacia adelante como para dar mayores bríos a su mecánico corcel. Sentado al lado del conductor observo la singular maniobra, pues si falla el motor o los frenos, que ya dan señales evidentes de debilidad, lo menos que puede ocurrirnos es ir rodando hasta el río y entonces, ¡adiós, San Lorenzo!

Al fin llegamos felizmente a la cima del cerro. Hacia el norte se abre gran parte del valle Platten surcado por la cinta plateada del valle homónimo. Altas montañas rocosas, tachonadas de nieve, cierran ambos costados del valle y hacia el noroeste descuella altísima e imponente la blanca cúspide del San Lorenzo. El sol que declina proyecta sus rayos rosados sobre la cumbre inmaculada.

Un brusco descenso nos conduce pronto hacia el fondo del valle, a la orilla del río que continuamos costeando a poca altura. El camión recorre unos diez kilómetros más sobre un camino recién construido, cubierto de piedras, que algunos trabajadores están removiendo, y se detiene



El valle Platten visto desde el sur

definitivamente en un recodo del río, donde acaba la carretera. Allí nos espera una carreta de bueyes para llevar nuestro equipaje a la estancia "Río Oro", distante unos cinco kilómetros, y también al señor Fernando Schaer, antiguo poblador de la zona, que en años anteriores prestó valiosa ayuda a nuestras expediciones. Trasladamos la carga a la carreta; entretanto el camión retorna al lago Pueyrredón; Schmoll y yo seguimos viaje en los caballos de silla que don Bernardo nos ha traído, dirigiéndonos a la estancia "Río Oro", que acaba de ceder al señor Guizzardi, quien quiso prestar su ayuda personal a la expedición, acompañándonos al pie del San Lorenzo y facilitándonos sus mulas para el transporte del equipaje. Al día siguiente, a las 9 reanudamos el viaje con la carreta hacia el puesto Muñoz, siendo nuestro propósito llegar en el día hasta la entrada del valle del río Tranquilo, donde deseábamos establecer el campamento principal.

La mañana era de una transparencia admirable. Una brisa helada del sur mantenía despejado de nubes el cielo y a los primeros rayos del sol las montañas y nieves eternas se teñían de oro y púrpura, destacándose sobre un cielo de puro cobalto con plástica precisión de detalles. Llevamos ya cinco días con un tiempo de extraordinaria bonanza y serenidad.

Por la experiencia adquirida en tantos años de vida cordillerana, sé muy bien que después de estos períodos de maravillosa serenidad siguen siempre unos días de mal tiempo, lo que dificultará nuestras tentativas de ascensión.

El río tranquilo y el monte San lorenzo



Deposé

Fot. A. M. De Agostini

Desde la estancia "Río Oro" el valle tuerce hacia el noroeste por unos diez kilómetros, en forma de una angosta llanura, encerrada entre altas y abruptas montañas y corroída del lado izquierdo por el río Platten, que durante las inundaciones ha ido formando un ancho lecho de arena y pedregullo.

Al doblar un cerro que se levanta abrupto a la cabecera derecha de un valle, aparece íntegro y de repente el monte San Lorenzo, con su altísima cumbre de hielo refulgente de luz y sostenida por gigantescos paredones de granito donde desborda un gran helero.

Poco antes del mediodía llegamos al puesto Muñoz, donde encontramos al guía Hemmi y al peón Rainieri. Favorecidos por un tiempo espléndido, habían podido realizar varias excursiones por los alrededores e internarse en el valle hasta las nacientes del río Tranquilo*, escogiendo el mejor lugar para establecer el campamento.

Poco después de mediodía continuamos el viaje hacia la entrada del valle mencionado. No sabíamos hasta dónde podía llegar la carreta con todo nuestro equipaje, pero confiábamos podernos acercar lo suficiente a nuestra meta gracias a un providencial camino para rodados abierto el año anterior por el señor Elorriaga, para bajar la lana desde el río Tranquilo hasta el lago Puey-



Puesto Muñoz y monte San Lorenzo

*Por lo menos en la actualidad el río al que se refiere De Agostini es llamado arroyo San Lorenzo y el mismo nombre recibe el valle al que surca. Este nace de una laguna de origen glacial a los pies de la ladera norte del San Lorenzo y fue a unos metros que finalmente se instaló el campamento en esta expedición (N. del E.).



Nuestra carreta con el equipaje y las vituallas atravesando el valle Platten frente al San Lorenzo

rredón. Por ese camino que se interna unos pocos kilómetros en el valle, costeando el río Platten hacia su cuenca terminal, nos encaminamos en una tarde lindísima que nos permitía contemplar de cerca y en todo su esplendor el monte San Lorenzo.

Recorrido el trecho llano del valle Platten, doblamos hacia el norte subiendo un cordón morrénico, cubierto de vegetación arbórea, ya en gran parte destruida por los incendios. La huella abierta es un terreno flojo, formado por la arena y los guijarros de una antigua morrena; es muy pesada para los bueyes, que se detienen a menudo en las partes más empinadas. El boyero los estimula con fuertes gritos, llamando por su nombre a cada uno de los cuatro animales y acompañando su llamado con un aguijonazo de la picana en las partes más sensibles del cuerpo. A fuerza de gritos, punzadas y prolongadas detenciones, logramos superar el cordón morrénico y penetramos en un pequeño llano frente a la entrada del valle que nos da acceso al San Lorenzo. Dejamos allí la huella y penetramos por unos centenares de metros más en dirección al angosto valle en donde nace el río Tranquilo hasta que, imposibilitados de continuar por los pantanos y la espesura del bosque, detenemos definitivamente el carro y descargamos todo el equipaje y las vituallas. Allí pasaremos la noche, dejando para el día siguiente el transporte del equipaje con los cargueros.

Ya hemos atravesado la frontera argentino-chilena. El río Tranquilo, que tiene su naciente en la cabecera del valle hacia el cual nos encaminamos, pertenece a la vertiente chilena. En las excursiones realizadas en los veranos anteriores, para conocer la vertiente occidental del San Lorenzo, subiendo por el valle del río El Salto, me había convencido de que la ruta más corta y fácil para escalar el San Lorenzo se encontraba en este valle, que yo había conocido en febrero de 1940.

Estas ventajas me indujeron a seguir este verano la ruta elegida.



Mulas cargadas con nuestros equipos cruzan el río Tranquilo

Para llegar a la cuenca terminal del valle donde hemos decidido establecer nuestro campamento, faltan aún unos ocho kilómetros. Según los informes de Hemmi, que pocos días antes había recorrido todo el valle, los obstáculos mayores que dificultan el acceso de los cargueros son la espesura del bosque, la cantidad de troncos caídos y el cruce de un elevado despeñadero al borde del río. Afortunadamente, don Bernardo ha traído dos mulas para el transporte del equipaje y esto nos proporciona suficiente garantía para poder superar esos inconvenientes.

Tenemos una apacible tarde con una temperatura templada, aunque nos encontramos ya a unos 740 metros de altura. Ni pensamos siquiera en armar las carpas; así que después de una ligera refección cada uno busca un lugar abrigado detrás de las matas de calafate para pasar la noche, encerrándose en su saco de dormir.

Es esta la primera noche de nuestro viaje que pasamos al aire libre, en pleno contacto con la naturaleza casi primitiva y salvaje. La soledad influye poderosamente sobre el espíritu alejándolo de todo pensamiento mundano y haciéndole saborear la sublime poesía de la montaña. Cuando, al despertarnos, en el silencio profundo de la noche, nuestros ojos contemplan de improviso sobre nuestras cabezas la bóveda azul del cielo, donde centellean millones de estrellas, el alma se siente sobrecogida y anonadada y levanta espontáneamente su humilde plegaria de adoración a Dios, sumo hacedor de tanta maravilla.

Con las primeras luces, el boyero ha ido en busca de sus animales, que pastan en las cercanías, y vuelve a la estancia "Río Oro"; don Bernardo va también por sus dos mulas, para ensillarlas



El San Lorenzo visto desde la cuenca terminal del río Tranquilo

e iniciar el primer acarreo. En dos viajes sucesivos juzgamos poder transportar en el día todo el equipaje hasta el lugar designado para el campamento.

Salimos a las 7, llevando en la mochila las cosas más delicadas. Las mulas con sendas cargas de unos cien kilos cada una no demuestran fatiga y trepan con tanta facilidad la montaña que es una verdadera maravilla; los caballos, aun los nacidos en el lugar, no podrían hacer lo mismo.

Caminamos algunos centenares de metros por un cañadón angosto y barrancoso, sembrado de troncos quemados por los incendios, y trepamos una empinada cuesta que nos lleva a un desfiladero cortado perpendicularmente sobre el río Tranquilo. Nos detenemos algún tiempo buscando una subida en aquellas rocas alisadas y redondeadas por la acción del antiguo glaciar que bajaba del San Lorenzo y llenaba todo el valle. Al fin la encontramos en un corte angosto de la roca y con todo cuidado alcanzamos a superar el peligroso desfiladero. Sigue luego una brusca bajada en pendiente, donde debemos detenernos otra vez para cortar algunos árboles que obstruyen el paso a los cargueros, y por último llegamos al río que corre entre orillas bajas por un corto trecho del valle. Tiene poca agua y lo pasamos fácilmente.

El día es de incomparable hermosura y nuestros ojos se sienten poderosamente atraídos por el San Lorenzo, que resplandece vivamente bajo los rayos del sol y domina como un blanco

El monte San Lorenzo visto desde nuestro campamento base en el valle del río Tranquilo



Deposé *Fot. A. M. De Agostini*



Campamento base al pie del San Lorenzo

telón el fondo del valle. El candor refulgente de sus nieves eternas forma un sublime contraste con el verde intenso de los bosques que cubren con su tupido manto toda la cuenca.

Llegados a la orilla opuesta del río seguimos su margen marchando por un cerrado bosque, donde no se descubre rastro alguno de huella humana. A menudo debemos parar para abrirnos camino, cortando los árboles y malezas que impiden el paso a los cargueros, hasta que después de no pocas fatigas alcanzamos el final del valle. Son las 12. Al margen de una exuberante mancha de bosque resguardado del viento, establecimos nuestro campamento base. El lugar es encantador: se diría un oasis de paz y de hermosura escondido al pie del gran gigante andino. El barómetro señala una altura de 996 metros.

Después de un ligero refrigerio, los compañeros vuelven con las mulas a buscar el resto de la carga. Los animales, fatigados por las malas condiciones del camino, efectúan este segundo viaje con mayor lentitud y vuelven ya adelantada la noche. Afortunadamente, un percance que le pasó a una de las mulas no tuvo mayores consecuencias. Mientras cruzaba el peligroso desfiladero, perdió el equilibrio y rodó hacia abajo unos 20 metros, hasta que la detuvieron unos peñascos. Grande fue la sorpresa de los compañeros cuando, creyendo muerto al animal y la carga hecha añicos, vieron que se levantaba espontáneamente y, saliendo de las rocas, se ponía a comer pasto. Examinado el equipaje se encontraron los cajoncitos deteriorados pero el contenido intacto.

28 de noviembre – Don Bernardo y el guía Hemmi vuelven hasta el desfiladero en busca de parte de la carga, que en la tarde anterior habían dejado allí para aliviar a las mulas. Nosotros,

entretanto, acabamos de acomodar las carpas e iniciamos la construcción de un toldo con troncos de árboles, que debe servirnos de cocina y refugio en los días de mal tiempo. Ya el campamento va tomando el aspecto confortable de una pequeña aldea. Tenemos a nuestro alcance leña en cantidad y los manantiales que brotan allí cerca nos proporcionan agua purísima y abundante. El hermoso paisaje que nos rodea alegra nuestro espíritu y nos sentimos felices alejados del bullicio del mundo y de sus noticias*.

A corta distancia del campamento baja el río Tranquilo, que nace en un pequeño lago de aguas turbias unos centenares de metros más arriba. Sobre sus aguas cae el frente de un glaciar, que llena el fondo del valle, al pie de los paredones del San Lorenzo.

Mientras acariciábamos los más halagüeños proyectos de ascensión, el tiempo, ya 8 días consecutivos extraordinariamente sereno, se enturbió. Negros nubarrones impulsados por el viento del noroeste oscurecieron el cielo y al anochecer empezó a caer fuerte lluvia que duró toda la noche.

29 de noviembre – Ha cesado la lluvia. A eso de las 12, el cielo se aclara gracias a una leve brisa del sur, que poco a poco va despojando de nubes al San Lorenzo, hasta dejarlo completamente descubierto a la entrada de la noche. Hay buenos indicios de que las condiciones meteorológicas vayan mejorando otra vez.

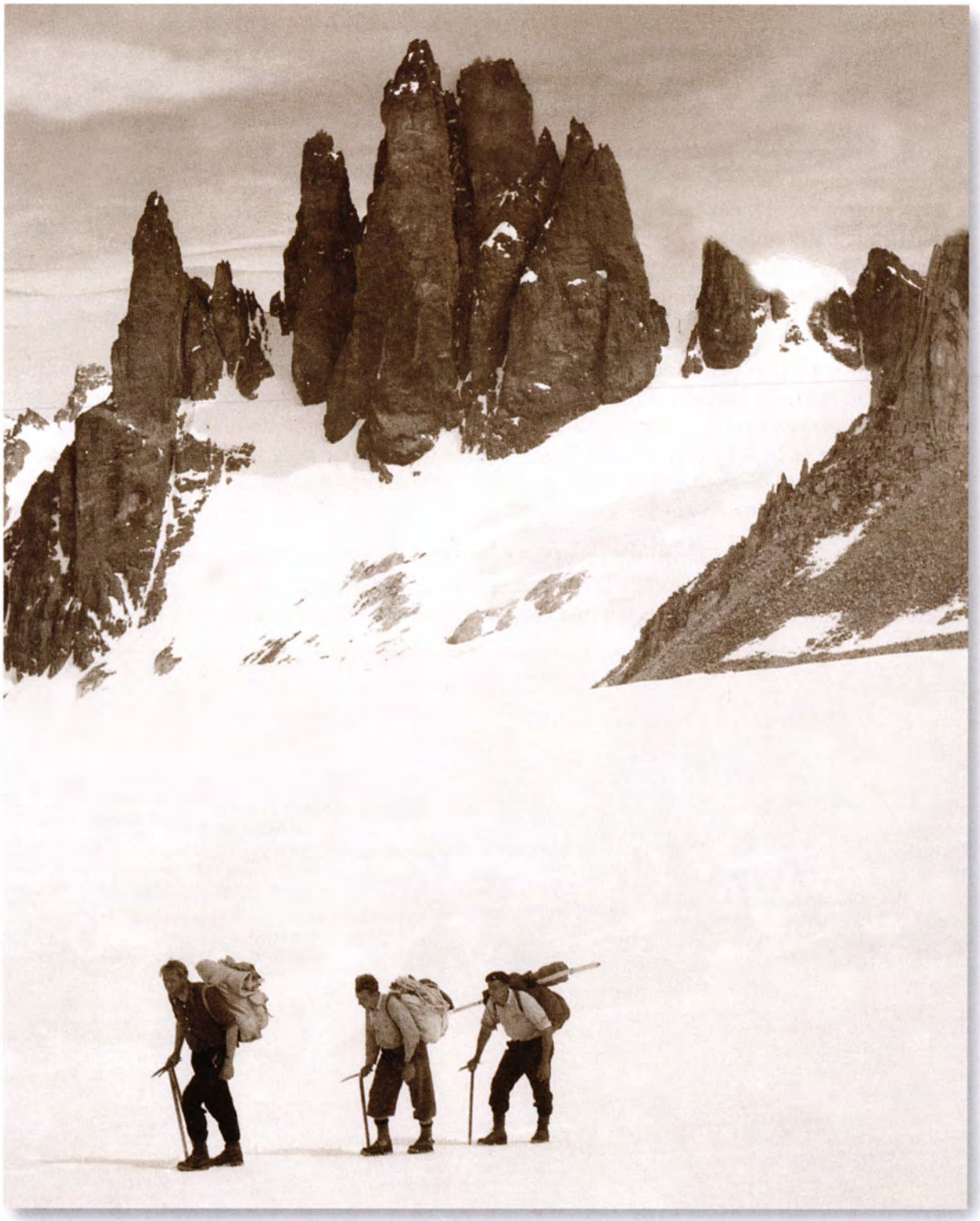


Cabecera septentrional del San Lorenzo

30 de noviembre – En la noche serena el termómetro marcó una mínima de dos grados bajo cero. Hemmi y Schmoll salen hacia la cresta norte del San Lorenzo con el fin de buscar el sitio para el segundo campamento y dejar allí una buena cantidad de víveres y una carpa. Regresaron por la tarde sin haber logrado encontrar el lugar que yo les había indicado. Dejaron la carpa a unos 2.200 metros sobre una cresta de la vertiente boreal del San Lorenzo. A la vuelta bajaron rápidamente por otro camino, siguiendo un largo cañadón cubierto por pequeños glaciares sin hendiduras todavía.

1 de diciembre – Día de calma y cielo seminublado. Temperatura mínima 0°C, máxima 12°C. Por la tarde vuelve a despejarse el cielo, prometiéndonos bonanza. Nos preparamos para

*Todavía se conserva la cabaña utilizada por el Padre De Agostini, y tanto los lugareños como los andinistas conocen el paraje como "Campamento De Agostini". Existe además, un moderno refugio, llamado Toni Roher —nombrado así en honor al escalador muerto en la cumbre— y construido hace pocos años por Luis Soto y Lucy Gómez, actuales dueños del Fundo San Lorenzo y quienes ofrecen también servicios de alimentación, camping, guía y caballos. Desde su casa se está a tres horas de caminata hasta el campamento y refugio, surcando el mismo valle encajonado descrito por De Agostini y que ofrece una magnífica vista del macizo (N. del E.).



Imponentes torres de la cadena Cochrane al noroeste del San Lorenzo

salir todos al día siguiente con el fin de establecer el segundo campamento y, si el buen tiempo continúa, explorar el camino de acceso a la cumbre.

2 de diciembre – El día amanece calmo y de una transparencia cristalina. El San Lorenzo, totalmente descubierto, ostenta en toda su hermosura sus cándidas crestas de hielo sobre el azul purísimo del cielo, pareciendo alentarnos en la empresa de trepar sus ásperas paredes de hielo. A las 6:30 salimos los cuatro, llevando cada uno en su mochila los equipos personales y los abrigos necesarios para dormir sobre el hielo. Hemmi y Schmoll llevan, además, algunos víveres, sogas de suplemento, clavos de hielo y grampones. Al salir de la mancha boscosa que nos protege, debimos atravesar unos 3 kilómetros de detritos morrénicos amontonados y revueltos. Cruzado este molesto y fatigoso trecho que se levanta hacia el norte, iniciamos la subida de una empinada cuesta rocosa entre las últimas manchas de bosque achaparrado de ñirres que desaparecen a una altura de 1.250-1.300 metros.

A 1.800 metros penetramos en un nevero que llena una depresión cortada longitudinalmente entre la cresta boreal del monte San Lorenzo y un bellísimo grupo de agujas, pináculos y torres formado en parte de rocas porfíricas y en parte de pizarras cristalinas, cuyas estribaciones terminan en el valle del río Tranquilo. Precisamente desde la cima de uno de estos cerros, alcanzada el 1 de febrero de 1940, por la vertiente norte, pude divisar el cañadón por el cual actualmente intentamos la ascensión del San Lorenzo.

De esta depresión pasamos a través de un portezuelo rocoso a un segundo valle glacial, que desemboca en la cuenca en uno de los afluentes principales del río Tranquilo, cortando hacia occidente el grupo de montañas recién mencionado. Nos encontramos así frente a un anfiteatro tan



Cordones de montañas al noroeste del San Lorenzo vistos desde el Segundo Portezuelo



Hacia el San Lorenzo, transportando la carga al segundo campamento

soberbio y fantástico de picachos y heleros que quedamos sobrecogidos de profunda admiración. Hacia el norte se levanta un grupo de arriscadas pirámides, agujas negras y lustrosas, constituidas, al parecer, de esquistos filíticos; más a occidente, la majestuosa cadena Cochrane, de la cual se desprenden grandes glaciares; y hacia el sur, ya cerca de nosotros, la altísima muralla del San Lorenzo cubierta de un imponente manto de nieve.

Continuamos nuestra ruta por este valle glacial y, después de haber subido una pendiente de hielo muy pronunciada, alcanzamos otro portezuelo de rocas graníticas que une el espolón del San Lorenzo con la cadena Cochrane. Son las 12:45. El barómetro aneroide indica una altura de 2.216 metros. Nuestros ojos se vuelven con ansiedad hacia la vertiente opuesta, deseosos de admirar la cuenca terminal del río del Salto –explorado por mí en los veranos anteriores– y el camino que aún nos falta por recorrer, para trepar la vertiente occidental del San Lorenzo. En efecto, divisamos hacia el suroeste la depresión del valle y el picacho Ortúzar, que desde aquí ofrece un aspecto distinto, debido a la mayor cantidad de nieve que lo cubre. Pero no logramos divisar el cañadón por el cual debemos intentar la ascensión al San Lorenzo, porque se mantiene oculto detrás de una larga cresta que baja del mismo monte. A pocos centenares de metros de este portezuelo es donde Hemmi y Schmoll dejaron hace dos días la carpa y las vituallas, habiendo llegado hasta esa altura subiendo por la vertiente opuesta, más empinada y próxima al paredón del San Lorenzo. Volveremos a buscarlas esta misma tarde no bien hayamos escogido el lugar para el segundo campamento.



El monte Ortúzar visto desde el glaciar del San Lorenzo

Contemplamos con maravilla el imponente y variado panorama que hacia el norte ofrece el grupo de picachos y agujas que se levantan sobre el valle del río Tranquilo, realzado por los colores de las torres pizarrosas de un intenso negro azulado, que contrasta maravillosamente con las rocas graníticas, de tinte levemente rosado, de la cresta que se desprende del San Lorenzo.

Desde el boquete bajamos unos 240 metros por el plano del gran campo de hielo que se extiende entre el macizo San Lorenzo y la cadena Cochrane. Las profundas grietas que cortan el ventisquero, ocultas en parte por la nieve fresca y en cuyas profundidades casi se nos cae el peón Rainieri, nos aconsejan apelar a la soga. Nuestro avance se hace cada vez más fatigoso y lento, pues la nieve está excesivamente blanda debido a los rayos calurosos del sol. Doblada la estribación rocosa del San Lorenzo se nos presenta al fin el cañadón glacial, recorrido por mí en 1941 y por el cual había trazado el camino para alcanzar la cúspide del macizo.

Para no desperdiciar un tiempo precioso, mientras Schmoll y Rainieri depositan allí su carga y regresan a buscar el equipo dejado en las proximidades del portezuelo, Hemmi y yo seguimos viaje rumbo al cañadón y, después de subir una empinada pendiente cortada por grietas, encontramos, en una pequeña hondonada, el lugar apropiado para establecer nuestro campamento. Son las 3 de la tarde. El termómetro indica una temperatura de 17 grados; el barómetro, una altura de 2.320 metros de altura. Poco después, Hemmi vuelve al lugar donde nos habíamos separado de los demás compañeros para ayudarles a llevar el equipaje.



Subiendo la cuesta occidental del San Lorenzo. En el horizonte se divisa la Cordillera principal con el macizo San Valentín, y más cerca la cadena Cochrane y el cordón Esmeralda

El panorama que se disfruta desde ese balcón de hielo y que abarca una extensa porción de la Cordillera principal, es de una grandiosidad impresionante. La cadena Cochrane, que se alza frente a nosotros, despliega en un fulgor de luz el espeso y cándido manto de hielo y nieve profundamente resquebrajado que envuelve en blandos cendales las cumbres excelsas. Más allá se divisa la gran Cordillera de los Andes, con sus inmensos mantos de nieve y sus glaciares, y una infinidad de montes y picachos desconocidos, entre los cuales descuella majestuosamente el macizo San Valentín.

Hacia las siete regresan los compañeros con todos los equipajes y las vituallas y en seguida armamos la carpa al abrigo de la cual Schmoll enciende la Primus* y prepara sopa y café para la cena. La tarde apacible y serena nos infunde esperanza de que el buen tiempo se mantenga al día siguiente, en el que proyectamos dar el primer paso para la ascensión del San Lorenzo.

Nos arreglamos los cuatro como mejor podemos en la pequeña carpa y pasamos la noche apretujados e incómodos sobre el piso de hielo, el cual, aunque cubierto con una lona impermeable, nos hace sentir su humedad y frío.

3 de diciembre – El día amanece despejado, pero una capa de nubes estancada en el valle del río del Salto y una pequeña brisa del norte, unidas al descenso del barómetro, nos inspiran poca confianza y seguridad.

**Primus* es una marca de implementos de montaña, todavía vigentes; en este caso una cocinilla, seguramente a gas o bencina (N. del E.).

El sol ya está alto en el horizonte cuando abandonamos el campamento dirigiéndonos hacia una erizada pared de hielo que cierra un cañadón sembrado de fantásticos bloques. Para caminar más expeditos y seguros marchamos atados a la soga en dos grupos, Hemmi y yo, Schmoll y Rainieri. La nieve está escarchada, lo que obliga a Hemmi, que encabeza la primera *cordada**, a tallar numerosos escalones con su piqueta. En poco más de una hora salimos del escarpado cañadón y penetramos en un declive más suave, especie de balcón desde el cual se nos presenta un fantástico murallón de hielo, que forma como un gran escalón cortado en la ladera del San Lorenzo. Grandes cornisones de hielo circundan por todos lados la arriscada pendiente como para impedir su acceso. Hacia occidente, el horizonte se va ensanchando y profundizando, divisándose con más claridad de detalles las cadenas de montañas y los valles que se extienden a lo largo de la Cordillera.

Por el suroeste, a poca distancia de nosotros, llama nuestra atención una formidable pared de granito libre de hielo, cortada verticalmente sobre el ventisquero por más de 800 metros. Un espeso manto de hielo y nieve cubre el vértice de la pared y de esta se desprenden a veces, y caen con fuertes detonaciones, grandes bloques de hielo. Entre este paredón y otra elevada estribación del San Lorenzo desborda de la cúspide del macizo una gran corriente de hielo notablemente resquebrajada. Parece que siguiendo el curso de esta cascada del glaciar se pudiera llegar también a la cima del San Lorenzo.



Segundo campamento entre los hielos, a 2.320 m

**Cordada*, con cursivas en el original: en montañismo, grupo de personas que caminan juntas atadas a una cuerda (N. del E.).



Cornisas y singulares incrustaciones de hielo en la pared sudoeste del San Lorenzo

Alcanzo a sacar apenas algunas fotografías de esos grandiosos panoramas y ya algunas nubes asoman en la cabecera sur del macizo, empañando el candor de las nieves. Hemos atravesado el declive, surcado por algunos aludes de hielo caídos del paredón norte del cerro, y empezamos a trepar la erizada cuesta del murallón glacial, que se hace cada vez más inclinado, obligando a Hemmi a un duro trabajo con la piqueta. Adelantamos lentamente por aquellas enmarañadas protuberancias de hielo que nos fuerzan a dar largas vueltas para encontrar una salida. Entretanto las nubes que con extraordinaria rapidez habían cubierto toda la vertiente sur del San Lorenzo, invaden la cima del murallón y bajan hacia nosotros envolviéndonos completamente. Continuamos, sin embargo, nuestra ascensión con la esperanza de que los vapores se disuelvan nuevamente, pero con gran pena, vemos que van espesándose cada vez más a nuestro alrededor.

A la oscuridad, en que nos ha envuelto la densa neblina, añádese la incertidumbre de la ruta que buscamos con ansia entre los verticales paredones de hielo. En el silencio profundo de la montaña retumba a breves intervalos, como poderosa descarga de artillería, el fragoroso estampido de las avalanchas que caen en los abismos. Mientras adelantamos cautelosos en aquel fantástico laberinto, iluminado por una luz gris y triste, vemos cortado de repente el camino por una ancha y profunda grieta que refleja en sus simas el verde azulado de la masa compacta de

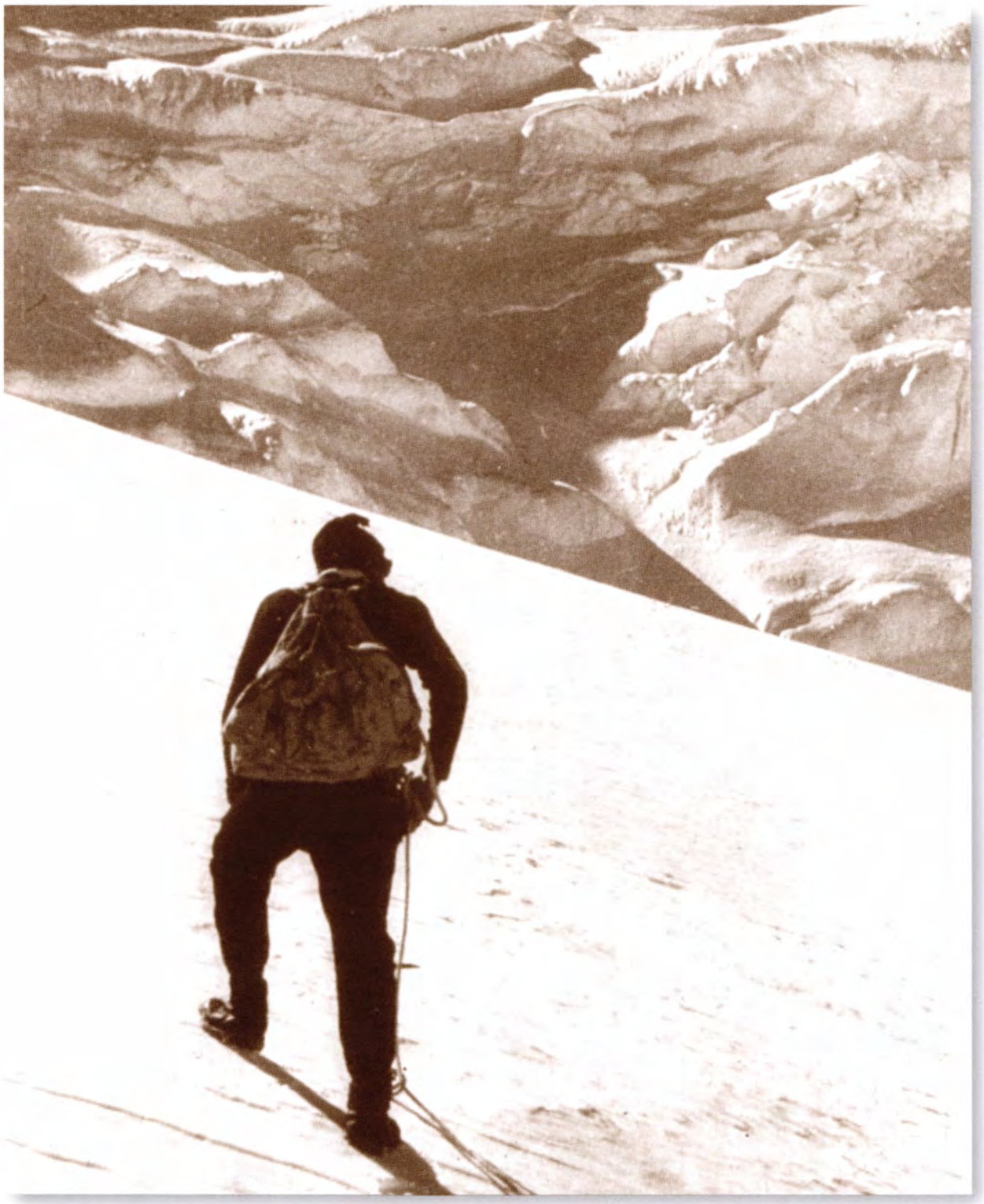


Vertiente sureste de la cadena Cochrane vista desde nuestro segundo campamento a 2.320 m

hielo. Juzgo inútil afrontar situaciones difíciles cuando las condiciones atmosféricas empeoran a ojos vistas y, con sentimiento, me dedico a regresar. Tres horas habíamos tardado en cubrir 610 metros, desde el segundo campamento, habiendo escalado apenas la mitad del murallón de hielo, a una altura de 2.952 metros. En una hora y media, siguiendo nuestros propios rastros, volvemos al campamento.

El tiempo se ha vuelto decididamente hostil. Una densa y sombría capa de nubes cubre el cielo y fuertes ráfagas de viento soplan del noroeste acompañadas de granizo. Determinamos regresar cuanto antes a nuestro campamento base, esperando la llegada de mejores días. A las 7 de la tarde nos cobijamos en nuestras carpas del río Tranquilo. Dos horas después, mientras estábamos cenando, tuvimos la grata sorpresa de recibir la visita de don Bernardo, quien llega con su mula y nos trae unos cuantos víveres que yo le había encargado adquiriera en la casa negocio del señor Mondelo, a orillas del lago Pueyrredón. Con gran interés se informa de nuestra primera tentativa de ascensión al San Lorenzo, de la cual conservamos claras huellas en los rostros tostados por el sol y la radiación de la nieve. Al día siguiente se despide por última vez. Ha concluido con el señor Guizzardi la venta de su estancia y dentro de pocos días saldrá para el norte del país, donde lo esperan nuevas actividades.

5 al 12 de diciembre – Empiezan a soplar vientos fuertes y continuados del noroeste y suroeste acompañados algunas veces de escasos chubascos. Eso no impide a Hemmi y a Schmoll



El paredón occidental del San Lorenzo, a 600 m de altura, que hubimos de trepar envueltos en la neblina



Allanando el hielo para colocar una segunda carpa

llevar hasta el segundo campamento otra carpita para tener, en la próxima excursión, más comodidad y mayor cantidad de víveres. Salen a las 7:30 de la mañana y vuelven a las 14:45 de la tarde. Encontraron nieve dura en el camino, lo que les facilitó el viaje, aunque los molestó el fuerte viento.

Nuestra vida de campamento pasa rápida y alegre, al abrigo de nuestro toldo, que se va enriqueciendo diariamente con nuevo mobiliario y mayores comodidades. El viento, que sopla con gran fuerza en las alturas, como lo indica la velocidad de las nubes, no llega hasta nosotros sino en forma de débiles ráfagas que se apagan en la espesura del bosque. Hemos conseguido sin duda instalar un campamento privilegiado, tal vez el más pintoresco y tranquilo de los que he disfrutado en mis largas peregrinaciones cordilleranas. Quietud y paz absolutas. Hasta la misma vida animal tiene aquí escasas manifestaciones. Algunos aguiluchos, y una especie de búho grandote, que deja oír de vez en cuando su voz monótona y lúgubre, son las únicas aves que viven en estos solitarios bosques. Abundan, sin embargo, las liebres; por doquiera encontramos sus excrementos, hasta en la gran altura, donde empiezan las nieves perpetuas. Advertimos su presencia y voracidad, pues de noche devoraban las tiernas plantitas de achicoria que nosotros buscábamos para la ensalada. Los guanacos que observamos a la entrada del valle, no llegan hasta aquí, y de los huemules, hallamos únicamente viejas pisadas, debido quizás a que escasean los pastos.

El 9 de diciembre Schmoll y Rainieri bajan temprano al puesto de Muñoz para buscar carne de capón. La poca que nos había traído don Bernardo ya se nos ha acabado. Emplean dos horas y media en bajar y tres en subir una distancia de aproximadamente tres leguas.

13 de diciembre – Alentado por una repentina serenidad del cielo, me dirijo con Hemmi y Schmoll al segundo campamento. Cuando entramos en el primer campo de nieve, el San Lorenzo, poco antes completamente despejado, se va cubriendo lentamente de nubes y empieza a soplar un fuerte viento del noroeste. Continuamos hasta la altura de 1.850 metros y, viendo que el tiempo empeoraba, volvimos al campamento. Por la tarde disminuye el viento y llueve.

14 de diciembre – Ha cesado la lluvia y empiezan a soplar ráfagas de viento del suroeste que limpian totalmente de nubes el San Lorenzo. A la entrada de la tarde el viento se calma y el barómetro sube sensiblemente, despertando en nosotros la esperanza de que el tiempo se componga y nos permita realizar la ascensión definitiva al San Lorenzo.

15 de diciembre – Como lo habíamos pronosticado, el día amaneció sereno. Cargamos otra vez con nuestros sacos de dormir y demás utensilios de alta montaña y, dejando solo al cocinero,

no siéndonos ya necesaria su ayuda para el transporte del equipaje, emprendemos la ruta seguida en los viajes anteriores. Nuestros ojos se alzan para contemplar con secreto anhelo la blanca cúspide del gigante que corta el azul del cielo con altiva majestad. ¿Llegaremos a conquistarla?

Cuando a las 9 cruzamos el primer cañadón glacial, encontramos ya la nieve blanda por el calor insólito de las primeras horas de sol. La subida del segundo valle glacial se nos hace extremadamente fatigosa y lenta, porque nos hundimos en la nieve hasta la cintura. Desde el principio hemos tenido que hacer uso de la soga. Notamos con maravilla que el campo de hielo ha experimentado en tan corto lapso profundas modificaciones. Numerosas grietas cortan ahora el glaciar, donde apenas dos semanas antes había una espesa capa de nieve que permitía cruzar con toda facilidad.

Poco antes de mediodía alcanzamos el portezuelo que da acceso a la vertiente del valle del río del Salto. Lo encontramos totalmente cubierto de una densa capa de humo causada por el incendio de un bosque. Nos detenemos un tiempo para tomar un bocado y luego bajamos al vasto campo de nevisca, que reviste la ladera occidental del San Lorenzo. De aquí, volviendo nuestros pasos hacia el sur empezamos la subida de la áspera pendiente surcada de avalanchas, que nos lleva al segundo campamento. Cruzamos cautelosos algunas peligrosas grietas y a las 14 horas estábamos en la meta.



Construyendo una pared de hielo para abrigar nuestra carpa del viento

Allí estaba el depósito de víveres con los utensilios de cocina y las dos carpas que procedimos a armar después de allanar con las piquetas, para poderlas instalar, una pequeña extensión en el declive del monte. El día ha sido muy caluroso, y a poco de llegar, nos encontramos envueltos en el denso humo del incendio, que se propaga en el valle del río del Salto, avivado por una fuerte brisa del norte. El magnífico horizonte de montañas y de hielo ha desaparecido totalmente cubierto por una espesa capa de humo, entre la cual asoma el disco solar como una rojiza bola de fuego. Con las dos carpas aumentaron las comodidades tanto para dormir como para cocinar, facilitando a Schmoll el desempeño de su oficio de cocinero.

Nos acostamos temprano, al abrigo de nuestras carpas, con la pesadilla del tiempo que, por la nueva dirección del viento noroeste, daba poca garantía de estabilidad. En efecto, al cerrar la noche, fuertes ráfagas, indicio seguro de mal tiempo, bajaban de la montaña y sacudían con vehemencia nuestras carpas amenazando con voltearlas. Casi no pudimos cerrar un ojo en toda la noche.



Vertiente occidental del San Lorenzo por donde se efectuó la ascensión. Telefoto obtenida en febrero de 1941

16 de diciembre – El día amanece triste y sin luz. Las nubes cubren las montañas y descienden casi hasta nosotros. No hace frío; el termómetro ha señalado la mínima de sólo dos grados bajo cero. Mala señal, porque los días serenos y de calma coinciden únicamente con la brisa del sur que es muy fría y seca. Toda la mañana trabajamos cortando bloques de nieve helada para abrir en la pendiente un refugio para nuestras carpas. Con este fin levantamos alrededor de las mismas una pared de bloques de nieve.

17 de diciembre – Pasamos la noche discretamente, aunque molestados aún por las rachas de viento que caían verticalmente sobre las carpas, anulando casi por completo la muralla de hielo que habíamos construido. Pero en las primeras horas de la mañana calmó el viento y tuvimos la impresión de que el tiempo iba a mejorar. Sin embargo, poco alentadora fue la impresión que recibimos cuando, al salir de nuestras carpas, observamos que las montañas, aunque enteramente descubiertas, continuaban bajo una uniforme y densa capa de nubes. Permanecimos un buen rato perplejos, dudando si emprender o no la ascensión; pero al fin nos decidimos a realizar una suprema tentativa, juzgando que el día no era del todo malo y que si dejábamos pasar aquella oportunidad quién sabe hasta cuándo hubiéramos tenido que esperar para que llegara un día sereno. A las 7:30 dejamos nuestras carpas, llevando con nosotros los utensilios de montaña, unos pocos víveres y los aparatos fotográficos y de cine. Al trepar la empinada cuesta de hielo, notamos en seguida el sensible cambio del glaciar en el cual encontramos grandes y profundas grietas que

antes no existían. Afortunadamente no son muy anchas y podemos pasarlas sobre puentes delgados que amenazan hundirse.



El guía Hemmi cortando escalones, perdido en la neblina

Nuestra mirada se vuelve a menudo hacia las cadenas de montañas que se extienden en el horizonte para cerciorarnos de que continúan los indicios de buen tiempo. Sin embargo, el gran macizo San Valentín se mantiene enteramente descubierto y domina con su enorme mole blanca los montes vecinos, iluminado por los rayos de un sol pálido y sin vida. La nieve, durante este primer trecho, se presenta más blanda que en el viaje anterior, ahorrando al guía Hemmi el trabajo de cortar escalones. Apenas hemos subido a la plataforma que se extiende al pie del murallón de hielo cuando vemos, con creciente pesar, que las nubes, antes muy elevadas, se van deslizando rápidamente hacia abajo y envuelven totalmente la cúspide del monte. Potentes ráfagas de viento las desgarran y parece por un momento que van a desaparecer, pero vuelven nuevamente y se pegan al hielo con más firmeza que antes.

A las 9 estamos ya al pie de la gran pared y empezamos la subida entre fantásticos seracs. Aquí modificamos un tanto la ruta seguida en la primera tentativa para evitar la profunda grieta que encontramos entonces, y trepamos por otra cuesta de hielo casi vertical, donde Hemmi tiene que trabajar duramente con la piqueta tallando escalones. Entretanto, la neblina nos ha envuelto por completo, pero no es tan densa como en la primera ascensión y confiamos en que más tarde desaparecerá. Vamos adelantando lentamente sobre un paredón de hielo, en el que tenemos que esperar turno para avanzar, afirmando bien la picota en la nieve escarchada. Llegados a la cima de la abrupta pendiente, Hemmi avanza oblicuamente sobre una angosta y escarpada canaleta y continúa su trabajo de piqueta con creciente vigor.

Así pasamos largos instantes de espera, asegurados con la soga, mientras en el silencio sepulcral no se oye sino el ruido de los pedazos de hielo cortados por Hemmi que se precipitan por la pendiente. Notamos, entretanto, que la capa de nubes se va haciendo más sutil y luminosa y que a través de ella aparece en lo alto el disco solar, despertando en nosotros una viva alegría. Hemmi está ya por salir de la canaleta y, visiblemente satisfecho por los buenos indicios del tiempo, canturrea una canción italiana, mientras corta las últimas gradas que dan salida a un rellano. Apenas hemos penetrado en ese pequeño balcón, la neblina, con asombrosa rapidez, se desgarra por completo y se nos aparece un magnífico trozo de cielo azul, desde el cual el sol nos inunda de luz y calor, mientras va surgiendo lentamente de entre los tenues vapores, la cúspide del gran paredón de hielo, con sus fantásticos y magníficos cornisones de nieve y escarcha. Quedamos atónitos frente a tan incomparable visión que parece transportarnos a un mundo ultraterrenal; pero, con la misma rapidez con que



La cumbre del San Lorenzo asomando entre la neblina

se ofreció a nuestra mirada, las nubes vuelven a cerrarse como un mágico telón, ocultando a nuestros ojos aquel encantador espectáculo. A pesar de la rapidez con que intenté sacar de la mochila mi máquina de filmar, no alcancé a reproducir la maravillosa escena.

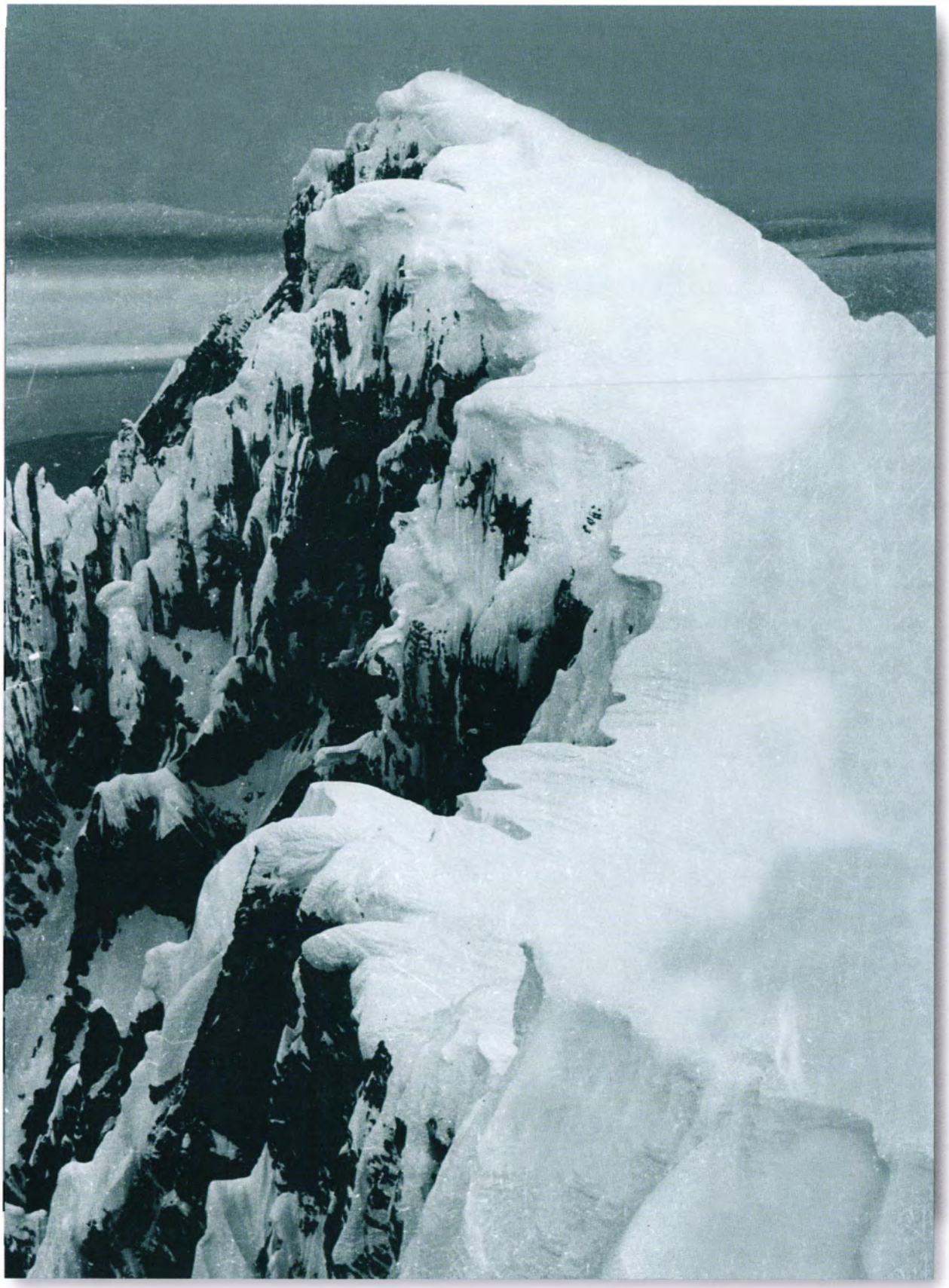
Adelantamos con ánimo más decidido por el corazón de aquel gigante, como dominados por el hechizo de una atracción misteriosa, subyugados por el encanto de aquellas desconocidas y seductoras bellezas que llenaban nuestro ánimo de profundos sentimientos de regocijo y admiración. Nos parece haber penetrado en un mundo de ensueño y encanto. Seguimos lentamente nuestra ruta, serpenteando alrededor de la enorme masa de hielo resquebrajada, buscando con ansiedad una senda que nos conduzca a la excelsa cúspide. A ratos el velo que oculta aquella admirable arquitectura se abre y descubre a nuestra ávida mirada poliedros, obeliscos apilados e incrustados unos con otros, largos cornisones, cuevas de intenso color turquí y colosales columnas filigranadas de cristales de hielo, a cuyos pies se nos antoja ver como postrados en acto de adoración, cual rendidas cariátides, ángeles majestuosos, de alas candidísimas, adornadas de finísimos tules y encajes maravillosamente urdidos por la escarcha y el viento.

La majestad de este templo se ve hoy hollada, por primera vez, por la huella del hombre y el monte entero nos parece un turíbulo majestoso, que envuelve con sus nubes de incienso sus laderas, elevándolo como un acto propiciatorio a Dios, supremo Hacedor de lo creado, hasta su cúspide máxima, que pronto será dominada.

Ya casi hemos llegado a la cima del formidable murallón, cuando nos hallamos detenidos por una enorme cornisa de hielo, que emerge en el vacío. Hemmi escudriña la pendiente, y por entre los rápidos claros en que se rompe la neblina, descubre una posible subida por el lado norte. Trepamos otras ásperas cuestas, nos internamos por angostos cañadones, donde el hielo agrietado refleja un intenso color azul, y al fin, por una fácil cresta, alcanzamos el vértice del murallón que forma como un último y gran escalón, cortado en la falda del coloso. Nuestra mirada escruta ansiosamente aquel nuevo camino por entre la densa neblina que siempre nos rodea sin poder distinguir la ruta más allá de unos pocos centenares de metros.Nos damos cuenta de haber penetrado en una pequeña meseta que recubre de un manto glacial la extremidad boreal del San Lorenzo. Son las 13 horas. El barómetro nos indica una altura de 3.200 metros* y el termómetro marca una temperatura de un

*En el original esta cifra aparece tachada. En la edición italiana, 1949, se repite la consignada arriba (N. del E.).

La cumbre del San Lorenzo (3.700 m)



Deposé

Fot. A. M. De Agostini

grado bajo cero. Nos detenemos un instante para comer y en seguida reanudamos nuestro camino hacia el suroeste, donde suponemos que se encuentra la cumbre.

Para mejor orientarnos nos hemos acercado al borde oriental de la cresta del macizo que cae a pique por más de 2.000 metros sobre el valle del río Lácteo, paraje que yo conozco, dejándonos guiar por las enormes cornisas de hielo sobresalientes y por algunos paredones cortados verticalmente sobre el abismo, que de cuando en cuando se entrevén semivelados por la neblina. Con penosa incertidumbre adelantamos silenciosos, internándonos en ese caos grisáceo, subiendo sensiblemente entre lomas redondeadas y extrañas protuberancias orladas de una artística capa de cristales, que parecen flores. Ya han transcurrido casi tres horas desde que emprendimos la travesía de este gran lomo de hielo, y Hemmi, que avanza cautelosamente, me interroga con frecuencia: ¿A qué altura estamos? El barómetro indica, en efecto, una altura que se aproxima a la señalada en los mapas; así que, cuando a las 16 horas alcanzamos la cima de un torreón de hielo a 3.550 metros, nuestra ansiedad llega al colmo. Por doquiera abismos profundos nos rodean y el misterio se acrecienta debido al denso velo de neblina que tenazmente nos envuelve.

¿Dónde estamos?

Mientras impacientes buscábamos en aquella desoladora incertidumbre algún indicio orientador, una racha imprevista de viento desgarra el velo de las nubes y aparece ante nosotros hacia el sur, en toda su grandeza y majestad, la cúspide excelsa del San Lorenzo, iluminada por los rayos de un vivísimo sol.



El valle del río Platten visto desde la cumbre del San Lorenzo

Un escalofrío de gozo invadió nuestro espíritu mientras exclamamos a coro: ¡La cumbre, la cumbre! La pesadilla que nos oprimiera durante seis horas de áspera subida por entre la neblina, en la parte más ardua y peligrosa de la montaña, ha desaparecido. Por fin el gigante andino ha descubierto su imponente rostro y parece sonreírnos y alentarnos en el tramo decisivo. Una profunda quebrada, que la niebla allí detenida hace aparecer más honda y abrupta, nos separa de la cumbre y por un momento nos parece imposible superarla en aquella hora avanzada de la tarde, cuando un golpe de viento barre instantáneamente las nubes, descubriéndonos un camino relativamente fácil y corto. Bajamos en seguida unos 150 metros por la inclinada ladera de hielo hasta un portezuelo y empezamos de nuevo a trepar una empinada cuesta que ha de conducirnos a la cumbre.

No nos es posible avanzar con la velocidad que quisiéramos, pues la cuesta es muy áspera y de tanto en tanto obliga a Hemmi a cortar escalones o a rodear pequeñas y singulares salientes en

forma de cornisas cubiertas de cristales de hielo. Las nubes que llegan desgreñadas y henchidas de vapores desde occidente, arrastradas por una fuerte brisa del noroeste, se deshacen en el lado oriental del macizo, descubriendo a nuestra mirada abruptas paredes e impresionantes despeñaderos cortados a plomo sobre sábanas de glaciares que cuelgan sus lenguas sobre los valles de los ríos Lácteo y Platten. La blanca cumbre, que emerge vivamente sobre un pedazo de cielo azul, besada por los rayos del sol poniente, está ya muy cerca.

Hemmi se interna en una canaleta de hielo tallada verticalmente sobre el valle del río Lácteo y empieza a cortar los últimos escalones. Adelantamos con mucha cautela, uno por vez, con toda la soga tendida por el inseguro pasadizo, porque una caída representaría un salto de 2.400 metros, sin estaciones intermedias, y a los pocos minutos logramos arribar a la inmaculada cumbre. Son las 17:30.

Con viva satisfacción doy un fuerte y cordial apretón de manos a Hemmi y a Schmoll, que con tanto tesón han cooperado en la realización de esta empresa, mientras un recíproco y profundo sentimiento de júbilo invade nuestras almas por el triunfo conseguido.

Desde la cumbre, totalmente revestida de nieve y de hielo y que mide 8 metros de ancho por unos 15 de largo, el panorama que se nos presenta está oculto en gran parte hacia occidente, por grandes nubarrones, entre los cuales aparecen blancas crestas y profundas hondonadas de nieve. A levante, en cambio, podemos distinguir, sumergidos a nuestros pies, aunque parcialmente velados por las nubes, los valles del río Platten y del Lácteo, salpicados de pequeñas lagunas y surcados por las hebras plateadas de los ríos.

Por este lado, la cumbre del San Lorenzo muestra su vertical cima de granito, cubierta en parte por incrustaciones de hielo, algunas de la cuales tienen la forma de delgadas columnas, como si fueran candelabros.

Sacamos de la mochila una estatuilla metálica de María Auxiliadora y la afirmamos en un fuste preparado de antemano que incrustamos profundamente en la nieve. La Virgen Santísima, Reina de la Cordillera, desde esta cumbre dominadora, que constituye el límite entre Argentina y Chile, velará por la paz entre estas dos naciones hermanas y por la prosperidad y el triunfo de la obra salesiana en la Patagonia, de la cual se ha constituido en celestial Protectora.

Schmoll ha ligado a un asta la bandera argentina, que flameará al lado de la imagen de María Auxiliadora, y el gallardete del Club Andino Bariloche, obsequio de su Presidente, el ingeniero Emilio Frey. Añado a la misma un banderín tricolor italiano, evocando a mi lejana y querida patria y a los millones de italianos que trabajaron y aún trabajan por la grandeza de este país. Ya ondea airosa en el mástil augusto de la elevada montaña la noble enseña argentina; y sus colores, blanco y celeste, parecen admirablemente fundidos en el candor de la nieve y el azul del cielo*.

Celebramos nuestra victoria bebiendo una copita de cognac y en seguida nos dedicamos a tomar fotos y películas y a efectuar observaciones indispensables. El termómetro marca apenas

*Evidentemente faltó en ese momento de triunfo la bandera de Chile, país cosoberano de la cumbre del San Lorenzo, por cuyo territorio se había desarrollado el acceso a la montaña y el ascenso a la cumbre, y de cuyos habitantes el explorador había recibido ayuda entonces y antes... *noblesse oblige* (N. del E.).



En la cumbre excelsa, al lado de la imagen de María Auxiliadora, flamean la bandera argentina, el gallardete del Club Andino de Bariloche y un banderín tricolor italiano.



El Padre De Agostini (en el centro), el guía Hemmi (a la derecha) y el señor Schmoll (a la izquierda), en la cumbre del San Lorenzo

tres grados bajo cero, pero el frío parece mucho más intenso debido al viento húmedo y helado que sopla del noroeste. El barómetro indica una altura de 3.690 metros*.

Terminadas nuestras observaciones y fotos, emprendemos apresuradamente el descenso porque la hora es ya avanzada y no queremos que nos sorprenda la noche en aquellas alturas, donde el frío y los repentinos cambios atmosféricos podrían sernos fatales. Cruzamos con lentitud y circunspección los pasos más peligrosos y bajamos con rapidez la pendiente hasta el portezuelo que se encuentra a 300 metros más debajo de la cumbre. De allí volvemos a trepar los 150 metros de ladera que nos conducen al torreón, desde donde la bajada se torna ya rápida, siguiendo nuestros mismos rastros.

El frío de la tarde va lentamente disipando los vapores, y poco a poco comenzamos a distinguir a occidente, en el lejano horizonte, las innumerables montañas y picachos cubiertos de nieves eternas de la gran Cordillera de los Andes. El sol, cercano al ocaso, asaetea con sus rayos de oro aquel caos de montañas y hielo, ribeteando las nubes con las tonalidades más sorprendentes.

La cadena Cochrane con sus blancas torres y cumbres, el monte Ortúzar y otros picachos han perdido en parte su imponencia y se muestran como modestos satélites al lado del gigante, ya que su altura no sobrepasa los 2.800-2.900 metros. Por oriente acucian nuestra maravilla los enormes cornisones que se desprenden de la cresta del San Lorenzo y sobresalen en el vacío por 15 ó 20 metros. Siento no poder reproducir en las fotos estas maravillas, ya sea por lo adelantado de la hora, ya por la prisa que tenemos, pues nos preocupa bajar del gran murallón de hielo antes que nos sorprenda la noche. El aclarecer de las nubes nos descubre, a medida que vamos bajando, las vueltas largas e inútiles que por causa de la neblina hemos dado a la subida, siguiendo la cresta oriental del monte. Podemos así completar nuestro conocimiento sobre la configuración del gran manto de nieve que cubre la parte terminal del gran macizo, a más de 3.000 metros de altura, el cual conserva su forma casi lisa en la extremidad septentrional, y se eleva en el centro, en suave declive, hasta la cumbre, sin presentar grietas ni dificultades de importancia. Con tiempo claro hubiéramos podido recorrerlo en la mitad del lapso empleado, ahorrándonos la subida y bajada del torreón, que está próximo a la cumbre.

Poco antes de las 8 estamos al borde del murallón de hielo y empezamos su descenso, siguiendo nuestras pisadas y escalones que nos guían en los laberintos de seracs, haciéndonos más rápida y fácil la bajada. Al llegar al rellano, al pie del murallón, encontramos atravesado el camino por un largo y profundo surco abierto durante el día por un alud que se desprendió del paredón, sembrando bloques de nieve y de hielo por la pendiente.

A las 22 horas entramos en nuestras carpas, cuando ya las sombras de la noche van espesándose cada vez más. Habíamos empleado casi diez horas en escalar la cumbre del macizo y solamente cuatro en el descenso. Advertimos con sorpresa que la muralla construida para abrigar nuestras carpas se había destruido en parte, debido al calor extraordinario del día, que había alcanzado a la sombra una máxima de 12 grados. El cansancio producido por la ardua caminata queda compensado por la satisfacción y el contento que nos embargan al haber podido cumplir, aunque las condiciones del tiempo no fueran del todo propicias, aquel supremo anhelo. Schmoll

*La altura real de este monte es de 3.700 metros (N. del E.).

derrite nieve con la Primus y prepara la cena. Tomamos sopa y café en abundancia para apagar la ardiente sed que nos atormentaba, y luego nos refugiamos en la carpa para acostarnos en nuestros sacos de dormir.

18 de diciembre – Hemmi no ha podido conciliar el sueño por un fuerte dolor de ojos y está casi ciego. Su vista ha sufrido intensamente por la refracción de la nieve, pues se quitó por largo tiempo los anteojos a fin de poder distinguir mejor el camino entre la neblina. Nos apresuramos en salir. Schmoll y yo cargamos los equipos más indispensables, dejando allí lo restante para volver más tarde a buscarlo en otro viaje. A las 9 abandonamos el campamento y empezamos el descenso por la nieve húmeda y pesada. El cielo está cubierto de gruesas nubes y sopla fuerte viento del noroeste acompañado de granizo. Caminamos con lentitud, pues Hemmi ve con dificultad y hay que advertirlo cuando cruzamos las grietas, que aumentaron de número en aquellos pocos días y se hicieron más peligrosas con el ablandamiento de la nieve.

Al llegar al campamento base, el cocinero nos recibe con exclamaciones de júbilo. Conocía nuestro triunfo. Desde nuestra partida no había dejado un instante de observar la cumbre del San Lorenzo, casi siempre oculta entre las nubes. En la tarde del tercer día, el repentino aclararse de la cúspide del monte lo puso en alerta; apuntó hacia allí los prismáticos y, con gran estupor y contento, divisó claramente nuestras figuras que salían de las nubes, una en pos de otra, trepando una pared de hielo de una verticalidad inverosímil. Durante dos horas y media pudo seguir, en todos sus detalles, nuestra ascensión por el torreón de hielo, donde poco después desaparecimos, para vernos reaparecer en la cumbre y seguirnos más tarde en el descenso*.

19 de diciembre – Descanso. Celebro la Santa Misa agradeciendo a Dios su protección, librándonos de los peligros de la difícil empresa y dándonos la victoria apetecida. Hemmi se restablece completamente de la vista y, sin pensar en el descanso, se prepara para volver al día siguiente al segundo campamento en busca del equipaje restante.

20 de diciembre – Hemmi y Rainieri salen temprano para el segundo campamento, mientras Schmoll baja hasta el puesto de Muñoz para dar noticia de la ascensión realizada y para avisar al peón de la estancia que el 22 conduzca cuatro cargueros hasta la entrada del valle en donde acampamos la primera vez. La partida de don Bernardo nos priva de la comodidad de llevar nuestro equipaje con las mulas a través del desfiladero; son unos 350 kilos, que esta vez tendremos que transportar nosotros, aunque en varios viajes.

21 de diciembre – A la mañana temprano desarmamos nuestras carpas y preparamos todo el equipaje de modo que nos sea fácil llevarlo sobre nuestros hombros. A Schmoll y especialmente a Hemmi, les toca la parte más pesada de la carga, unos 40 a 50 kilos para cada uno. En dos viajes sucesivos, uno por la mañana y otro por la tarde, la parte principal del equipaje es transportada hasta la entrada del valle del Tranquilo, donde pernoctamos.

22 de diciembre – Hemmi y Schmoll parten temprano hacia el campamento base para traer el equipo restante y a las pocas horas están ya de vuelta. A las 9 llega el peón de la estancia "Río Oro" con los cuatro cargueros. Cargamos en seguida, y a eso de las 12 ya podemos seguir viaje con todo el equipaje hasta la estancia "Río Oro", donde pernoctamos. Al día siguiente, en las pri-

*Verdaderamente notable fue el esfuerzo del Padre De Agostini —una proeza andinística— considerando que era ya un hombre sexagenario (N. del E.).

meras horas de la tarde, nos encontramos ya en la pequeña población de lago Pueyrredón, donde los amigos y los colonos nos felicitan y agasajan por la victoria conseguida. Nuestra expedición al macizo San Lorenzo, no obstante los tropiezos y dificultades creados por el atraso de los víveres y por el mal tiempo, había logrado finalmente el fin propuesto. Hemmi, con su reconocida pericia de guía alpino, y Schmoll, con su habilidad y competencia de montañés me resultaron valiosos compañeros en la conquista de la montaña más alta de la Cordillera Patagónica en la vertiente oriental. Nos separamos en río Blanco; ellos salieron con rumbo a Comodoro Rivadavia y Bariloche y yo partí para San Julián y Tierra del Fuego.

Desde la meseta de Caracoles, mientras se alejaba velozmente nuestro auto de la Cordillera, mis ojos se volvían instintivamente hacia el macizo, semivelado por las nubes, y mi pensamiento subía con ternura y afecto hacia la cándida cúspide donde la Virgen Auxiliadora, desde aquellas blancas soledades, irradiaba sobre la Patagonia entera sus maternales bendiciones.

La noticia de la ascensión a la cumbre del San Lorenzo, que se creía inaccesible, se había esparcido entre los pobladores de la región; y los comentarios, como es natural entre las gentes que poco conocen de este deporte, revestían contornos recelosos y singulares. En un boliche cerca de río Chico, por donde pasamos poco después, hemos podido recoger, sin que se dieran cuenta, una de esas sabrosas apreciaciones, sorprendiendo un acalorado diálogo entre varios peones y un gaucho, el cual hubo de pronunciar la última y autorizada palabra: "A mí no me la pegan, dijo. Yo he visto de cerca la cumbre del San Lorenzo; es terrible; y si no le han echado un lazo, no es posible que la hayan subido".

CAPÍTULO XIX

LOS PATAGONES O TEHUELCHE

Origen del vocablo Patagón – Área de dispersión – Idioma y estatura de los Tehuelche – Caracteres físicos – Vestidos y adornos – Armas – Toldos y menaje – Alimentos – Matrimonio – Bailes y fiestas – Rito fúnebre – Religión – El Gualichu y el brujo – Vida social – Misiones y misioneros salesianos – Próxima extinción de los Tehuelche

Hoy cuando la civilización, con todos sus modernos adelantos, ha invadido rápidamente las llanuras patagónicas, poblándola de miles de ovejas, abriendo caminos, edificando estancias y aldeas, cuesta recordar que esas mismas llanuras, hasta hace sólo pocos decenios, pertenecían por entero a aquellos famosos indígenas gigantescos que Magallanes, en mayo de 1520, había encontrado en las playas de San Julián y que por las grandes huellas que sus pies, cubiertos con pieles de guanaco, dejaban en la arena, había denominado, según relata Pigafetta, Patagones (pies grandes), denominación que luego se extendió a toda la región habitada por ellos[1]*. Los Patagones o Tehuelche habitaban las grandes llanuras limitadas al norte por los

[1] El calzado de esta gente estaba hecho con un pedazo de piel de guanaco, generalmente de la parte de las piernas, como aún hoy acostumbran hacerlo los onas de Tierra del Fuego, y las huellas que dejaban eran tan grandes que daban la idea de unos pies enormes, por cuyo motivo Magallanes los denominó patagones.

Algunos autores modernos, no satisfechos con la explicación de Pigafetta, buscaron el origen de este nombre en las lenguas indígenas, recurriendo a especiosas combinaciones de palabras. Según algunos, provendría de la lengua pampa, en la que la palabra *pa*, expresa la idea de venir, y *thagon*, la de romperse o quebrarse. De esta forma, patagón significaría, el que llega despedazado, roto, y Patagonia, tierra rota, quebrada por las violentas conmociones sísmicas ocurridas en épocas remotas. (Ver P.P. Pasteles: *El descubrimiento del estrecho de Magallanes*, Vol. I, p. 67). Otros, en cambio, la derivan de la combinación de las dos voces quichuas: *pata* y *cerna*, que significarían tierra en forma de mesetas. (Ver Sir Clemente Markham en *Geographical Journal*, octubre 1889, p. 337).

El profesor Spegazzini encontraría la explicación en la voz quichua *patak*, que en este idioma significa cien, y *aóneken*, nombre que los indígenas se daban a sí mismos; por consiguiente, *Patak-aóneken*, más tarde corrompido y alterado, tendría el significado de "centuria de los aóneken" (Ver *Anales de la Sociedad Geográfica Argentina*, XVII, 1881, p. 221).

En la segunda mitad del siglo XVIII se divulgó la denominación Tehuelche, de origen araucano, que tuvo distintas interpretaciones. Según recientes investigaciones del doctor Federico A. Escalada, derivaría de la dicción araucana *chewel* o chehuel, cuyo significado es "bravo", "arisco". Por consiguiente *Chewelche* (compuesto de las palabras araucanas *chehuel*=arisco y mapuche *che*=gente), significaría "gente arisca o brava". (Cfr. Fdco. A. Escalada, *El Complejo Tehuelche, Cap. V, La Palabra Tehuelche, su significado y su contenido*, pp. 27-37, Buenos Aires, 1949).
Por ser palabra indígena, nosotros conservamos su valor etimológico y por eso la consideramos invariable y escribimos Tehuelche, sin añadir al plural la *s*. El nombre que se daban a sí mismos era *Tzoneca*, que en su idioma significa hombre o gente.

*Aquí el P. De Agostini se hace eco de la tradición, ya superada por la historiografía contemporánea. Los Aónikenk o Tehuelche meridionales (los patagones de los españoles) no tenían pies grandes ni eran gigantes. La voz "patagón" y por extensión "Patagonia", procede del nombre de un personaje de la novela de caballería *Primaleón*, a la que Magallanes como tantos otros contemporáneos era aficionado, y se le asignó al primer aborigen avistado en la bahía de San Julián en 1520, pues les pareció a los españoles agigantado y grotesco, semejante al personaje literario (N. del E.).



Una india Tehuelche centenaria



Una anciana Tehuelche

ríos Negro y Limay, al oeste por la Cordillera de los Andes, al este por el Atlántico y al sur por el estrecho de Magallanes, y estaban divididos por el río Santa Cruz en dos grandes tribus: septentrionales y meridionales[2*]. Estas dos tribus estaban constituidas por diferentes clanes, o agrupaciones de numerosas familias, las cuales tenían un cacique, del que tomaban el nombre.

Hablaban el mismo idioma, modificado solamente por algunas diferencias dialectales y de pronunciación[3] y tenían substancialmente los mismos caracteres físicos y étnicos, aun cuando los meridionales fuesen más elevados de estatura, mejor formados y demostrasen mayor habilidad en el manejo de las boleadoras. Los septentrionales, por hallarse en frecuente contacto con sus vecinos puelches (indígenas de la pampa) y con los manzaneros (araucanos del Bajo Neuquén), con quienes contraían matrimonio, mostraban pequeñas diferencias somáticas y estaban más adelantados en las artes, especialmente en la elaboración del hierro y de la plata, con los que fabricaban ornamentos y pequeños utensilios.

El aspecto exterior de los Patagones, tuvo su primer descriptor en una época más temprana que muchos otros pueblos más elevados de Sudamérica en el diario de Pigafetta (1520). Después de referirse a la estatura elevada de los indígenas vistos por él y capturados en San Julián, Pigafetta menciona la pintura facial de color rojo con un círculo amarillo alrededor de las órbitas y los cabellos blanqueados por

[2] Nos atenemos aquí a la clasificación étnica establecida por Musters. Otra clasificación, con distinta determinación de lugar, fruto de nuevas y largas averiguaciones in situ, es la del doctor F. Escalada, el cual subdivide a los patagones en tres grupos: *Guénena-kéne*, el componente septentrional; *Aóni-kénk*, el componente meridional y el *Chehuache kénk*, el componente occidental (Cfr. Federico A. Escalada, *El Complejo Tehuelche*, Buenos Aires, 1949).

*La clasificación de Escalada está superada y se acepta actualmente, en cambio, la del Dr. Rodolfo Casamiquela, esto es, que los cazadores-recolectores del sur de la Patagonia –genéricamente Tehuelche– formaban originalmente dos grupos étnicos emparentados culturalmente y que están separados por el río Santa Cruz: al sur del mismo, los "Tehuelches meridionales australes", propiamente los Aónikenk; y al norte, los "Tehuelches meridionales boreales", o sea los mecharnúekenk. Hacia el norte, en la zona central de la Patagonia y al pie de la Cordillera, estaban los téushenkenk y en el Chubut los Tehuelche septentrionales o güünaken (N. del E.).

[3] Según autores modernos, el idioma de los patagones poseía tres dialectos; uno antiguo, hoy extinto, el *Tëhues* de la región suroeste de Santa Cruz, y dos modernos, el *Peén (e) kenk* de los septentrionales y al *Aon (e) kenk* de los meridionales. Estos tres dialectos continentales, con los dos de los ona de Tierra del Fuego, el *Sélknam y el man kenk*, constituyen el grupo lingüístico *Tshon* (pr. *Chón*) fundado por Lehmann-Nitsche en 1914. (Cf. J. Imbelloni, *Lenguas Indígenas*, en *Historia de la Nación Argentina*, Vol I, pp. 177-205, Buenos Aires, 1936).



Indios Tehuelche del lago Cardiel

una especie de greda clara, añadiendo que la cara era muy grande; *faza grande e dipinta**. En una palabra, los elementos descriptivos del primer observador coinciden en darnos una impresión de grandeza: pies grandes que dejan amplias huellas, talla elevada y un gran desarrollo facial.

Prescindiendo de las muchas fábulas tejidas sobre este esquema y que tuvieron vasta circulación durante los siglos XVI y XVII, por lo que los mapas antiguos de la Patagonia llevan a menudo la inscripción *Terra Gigantum,* la Antropología ha establecido que la estatura de los Patagones existentes en el siglo XIX tuvo un promedio de 1,75 m, el que probablemente haya sido algo mayor en tiempos anteriores, como lo demuestra el promedio (mayor de 1,80) de la raza indígena de Tierra del Fuego septentrional, los Ona, considerados por todos como los representantes más puros de la raza patagona, por haber conservado las costumbres pedestres y haberse mantenido inmunes al mestizaje.

En cuanto a los caracteres craneanos, hay que distinguir entre los cráneos que fueron encontrados por Moreno en sepulturas antiguas, cuyo índice cefálico es 74, de las mediciones ejecu-

*En español, "cara grande y pintada" (N. del E.).



Mujer Tehuelche

tadas sobre cráneos modernos o indígenas vivientes en el siglo XIX, cuyo índice cefálico se acerca a las formas cortas: 78,5. También hay que tener en cuenta la mayor frecuencia de dolicoides en la región septentrional de la Patagonia, mientras los Patagones meridionales se acercaban a formas braquioides.

En el panorama tipológico de las razas sudamericanas, los Patagones se sitúan según el antropólogo profesor Imbelloni, en el grupo humano denominado de los pámpidos: he aquí mayores datos descriptivos de esta raza, que extractamos de las recientes publicaciones[4]. "Los pómulos son poderosos y el mentón grueso y saliente; la cara es alargada y el índice nasal leptorrino. La construcción del esqueleto es maciza, a veces enorme. Al lado de este canon macrosomático algo grosero, hay que tener en cuenta las proporciones recíprocas de los miembros, que señalan una notable armonía. El corte atlético y el equilibrio de las masas musculares hacen del pámpido uno de los más soberbios modelos del organismo humano. En cuanto a la fisonomía, no existe casi dimorfismo sexual, y los hombres muy poco se distinguen de las mujeres (en la estatura, sin embargo, la diferencia es de unos 12 centímetros). Color cutáneo de pigmentación intensa, con reflejos bronceados. Iris oscuro, pelo duro, liso".

Los dientes son sanos y de una blancura maravillosa, que saben conservar mascando una goma que proviene del incienso (*Schinus dependens*), llamada por los indígenas *maki*, de sabor poco agradable, pero que resulta un excelente dentífrico. Forman con ella una especie de bolita, gruesa como una nuez, y se la pasan de boca en boca, después de haberla masticado unos minutos.

Los hombres llevan cabellos largos y espesos, que dejan caer en mechones ondulados y sueltos hasta los hombros, asegurándolos en la frente con un cintillo de color, llamada huincha o *wincha*; todos los días los hacen peinar por sus mujeres, teniendo cuidado de quemar escrupulosamente hasta el último cabello que pudiera desprenderse, porque los indios creen que si algún enemigo alcanza a poseer una hebra podría causarles algún embrujo.

[4] En lo que se refiere a la clasificación de la raza pámpida en relación con las otras 8 razas que componen el esquema taxonómico de la población indígena de América, Imbelloni opina que se trata de una de las más antiguas capas de la población aborigen, asignándoles el tercer lugar en orden de tiempo. Esto quiere decir que cuando los pámpidos se extendieron sobre el territorio americano, encontraron ya allí establecidos a otros dos contingentes: primero, la raza fuéguida, que sobrevive aún en el extremo borde austral, y segundo, la raza láguida, que ocupó hasta nuestros tiempos el macizo rocoso del Brasil oriental. Las tres razas, fuéguidos, láguidos, pámpidos, pertenecen igualmente al grupo de los australoides americanos, y su carácter económico, frente a las civilizaciones más encumbradas de los agricultores inferiores, se distingue por ser de una economía parasitaria, acompañada naturalmente de intenso nomadismo. (Cf. J. Imbelloni, *Tabla clasificatoria de los indios: regiones biológicas y grupos raciales de América*; en *Physis*, tomo XII, Buenos Aires, 1938, pp. 229-249; y del mismo autor: *El poblamiento primitivo de América*, en *Cursos y Conferencias*, Año VI, Vol. XII; Buenos Aires, 1937-8; pp. 965-988).
Nota agregada por el editor: de unos veinte años a esta parte se ha avanzado notoriamente en lo tocante a los estudios antropológicos físicos de los Aónikenk, en especial en lo referido a los cráneos, por parte de investigadores dependientes o asociados con el Centro de Estudios del Hombre Austral, Instituto de la Patagonia. Universidad de Magallanes (Punta Arenas, Magallanes).



Una mujer Tehuelche lista para emprender viaje en su caballo

El rostro y el cuerpo son casi lampiños por la costumbre que tienen de depilarse, lo que les da un aspecto de fresca y perenne juventud. En las mujeres, el efecto de la vejez es desastroso. La cara se cubre de profundas arrugas que dan a su semblante un aspecto de verdaderas arpías. Es notable en algunos de estos indígenas, especialmente en los caciques, que sobresalen siempre por sus extraordinarias cualidades físicas, la expresión grave de autoridad que emana de su rostro casi siempre serio, aumentada por el porte digno y noble de toda la persona.

El misionero salesiano P. José Beauvoir, que desde 1885 comenzó su apostolado entre estos indígenas y conoció las principales tribus que en aquel entonces sobrevivían aún, describe así la figura austera del cacique Papón, que vivía con su tribu en las cercanías de Santa Cruz: "A pesar de estar ya viejo –tenía cerca de 80 años– llevaba derechos los hombros y erguido todo su cuerpo; era alto, poco menos de 2 metros, y estaba muy bien formado. Ahora mismo no se lo hubiera creído viejo, por su agilidad y resistencia, si las canas y las arrugas abundantes que surcaban su rostro no lo hubieran manifestado claramente. Majestuoso en todo su porte, tanto cabalgando como caminando a pie, su aspecto, que de joven debió ser atrayente y jovial, era ahora digno y tranquilo; sus ojos, de una mirada ya escrutadora, ya llena de bondad, eran vivos y llenos de inteligencia. Su nariz era aguileña, regulares la boca y los labios, sanos los dientes, serena y meditabunda la frente[5].

[5] Una descripción muy parecida es la que hizo Musters del cacique Orkeke con el cual convivió íntimamente dos meses, mientras acompañaba a una tribu Tehuelche a través de toda la Patagonia. El capitán Musters, en la relación de este viaje, nos dejó un caudal precioso de datos acerca de los usos y costumbres de los patagones. (Cfr. George Musters, *At home with Patagonians, a year's waderings over untrodden ground from the straits of Magellan to the Rio Negro*, London, 1874. Traducción castellana. *Vida entre los patagones*, Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, 1911).



Huila, que fue esposa del gobernador Ramón Lista y de Nicolás Ibáñez. Murió en Kamusuaike, en 1938, a la edad de 70 años.

La cultura de los Patagones sufrió una intensa transformación durante los tres siglos posteriores al viaje de Pigafetta, tanto en las costumbres como en la economía y la religión, y se debió principalmente a la fuerza de predominio ejercido sobre los Patagones por la cultura de los Araucanos, que en los últimos siglos invadieron las mesetas de oeste a este. Otra causa importante de esta transformación fue la introducción del caballo. El antiguo nomadismo indígena, absolutamente pedestre, fue transformado en ecuestre, lo que trajo una verdadera revolución en el entero patrimonio cultural. El vestido del indio patagón consistía en un taparrabo formado por un pedazo de cuero flexible, que hacía pasar por entre sus piernas y sujetaba a los flancos por sus cuatro puntas. Lo restante del cuerpo se cubría con un gran manto (*kai*) hecho con pequeños cueros de guanaco, colocando el pelo hacia dentro y asegurándolo durante los viajes con un cinturón de cuero. Al contacto con los blancos sustituyeron paulatinamente los cueros por tejidos de tela. El manto de cuero era pintado por las mujeres del lado liso con dibujos geométricos de color rojo, amarillo y azul, colores que obtenían de las raíces de ciertos arbustos, así como de ocres de determinadas localidades próximas a la Cordillera[6].

El vestido de las mujeres era más o menos el mismo de los hombres. A más del gran manto que aseguraban al pecho con cinturones, o con alfileres de plata, en las últimas épocas llevaban una especie de camisa de cuero bien sobado, que envolvía por completo el cuerpo, desde el seno hasta las rodillas, y debajo de ella, otro pedazo de cuero colgado de la cintura. Los chicos llevaban también pequeños mantos, y únicamente a los varones los dejaban ir desnudos hasta la edad de 6 ó 7 años.

Los Patagones tenían profundamente arraigado el sentido de la decencia; sobre todo las mujeres eran escrupulosamente púdicas, no dejando descubierta nunca ninguna parte del cuerpo, a excepción de los brazos. Y su delicadeza era tal que, durante el baño que solían tomar todas las mañanas antes del alba y en el que ambos sexos se mantenían escrupulosamente separados, entraban al agua rigurosamente envueltas en su manto, y luego, siempre cubiertas, regresaban al toldo, y allí permanecían arrimadas al fuego hasta que el vestido se secaba en su cuerpo. El ingeniero Onelli, que en sus frecuentes relaciones con los Tehuelche durante sus largos viajes por la Patagonia, fue más de una vez testigo de esta profunda reserva, nos ofrece una interesante descripción en su libro *Trepando los Andes*.

[6] Algunos curanderos brujos llevaban como vestimenta de excepción una especie de túnica de cuero con aplicaciones de pequeños discos de valvas de moluscos. (Ver *Rastros del traje ceremonial de un médico patagón*, por Milcíades A. Vignati, en *Notas del Museo Etnográfico* Nº 4, Buenos Aires, 1930).

Como calzado, usaban en los tiempos antiguos, lo mismo que los indígenas Onas de Tierra del Fuego, las primitivas sandalias (*aien*) hechas de cuero de guanaco, de que habla Pigafetta, y que les valió el nombre de Patagones (pies grandes); pero en la actualidad, desde la introducción del caballo, calzaban las botas de potro, altas hasta la rodilla, hechas con el cuero de las patas posteriores del caballo, arrancado de un solo pedazo, que luego ablandaban sobándolo y untándolo con grasa. A veces confeccionaban esta especie de botas con el cuero de las patas del león puma.



Huake, el último cacique de la tribu Tehuelche de Komesuaike

Ambos sexos se pintaban la cara, y en algunas ocasiones todo el cuerpo, con una pintura colorada, negra o blanca, hecha con tierras arcillosas ocráceas, o con carbón, mezcladas con la grasa de avestruz o con médula de guanaco, que obtenían haciendo cocer en grandes ollas los huesos triturados de estos animales. Esta pintura no la usaban solamente con motivo de alguna fiesta, bailes o en la guerra, sino también para preservarse de las grietas producidas por la acción de los vientos. El color rojo indicaba gozo, alegría; el blanco, guerra; y el negro, luto.

Ambos sexos se hacían tatuajes que por lo general consistían en incisiones en el antebrazo con pequeñas líneas paralelas trazadas con ocre azul o carbón en polvo. Antiguamente estos dibujos eran más complejos, en forma de figuras, y se los hacían también sobre el resto del cuerpo y la cara. A las niñas se les practicaba estos tatuajes cuando llegaban a la pubertad.

Cuidaban mucho del aseo de su cuerpo con baños cotidianos, cuando estaban cerca de un río, y mantenían limpio también el toldo y los utensilios; pero sufrían la acción de los parásitos, que encontraban un medio favorable para su desarrollo en la lana de sus colchas de pieles, sin demostrar gran fastidio por esto, debido a que estaban acostumbrados; sin embargo, una noche el cacique Orkeke, no pudiendo dormir, despertó a Musters, diciendo: "¡Los piojos no duermen nunca!"

Las armas que los Patagones usaban para la caza eran las boleadoras[7], que son dos o tres piedras del tamaño de un huevo de pavo, revestidas con sendas bolsitas de cuero y atadas a la

[7] Las boleadoras eran un arma muy antigua de los Patagones, como lo fue de los Onas de Tierra del Fuego, pudiéndose comprobar por los hallazgos de boleadoras a notable profundidad en el abundante material lítico que se encuentra en sus antiguos paraderos. Aunque en la edad moderna de los Ona, hermanos de raza de los Tehuelche, no tienen más esta arma, sin embargo, está ampliamente comprobado su uso en la antigüedad, por las muchas boleadoras que se encuentran en todo el territorio donde ellos vivían. Yo mismo hallé unas cuantas en un antiguo campamento Ona, cerca del cabo Santo Domingo, y otras fueron encontradas por unos peones mientras efectuaban excavaciones en la Misión salesiana de Río Grande a una pofundidad de 70 cm. Nos parece por lo tanto infundada la afirmación del Dr. Outes, quien escribe que los Patagones comenzaron a usar las boleadoras a mediados del siglo XVIII, como arma de guerra. (Cf. Félix Outes, *La edad de la piedra en Patagonia*, Buenos Aires, 1905, pág. 254).



Mujer Tehuelche montada sobre su caballo

extremidad con correas, de dos o tres metros de largo, hechas con tendones trenzados de avestruz o de guanaco. Usaban tres clases de boleadoras: la de dos bolas, llamada *chumé*, para cazar avestruces; la de tres bolas, llamada *yachiko*, para cazar guanacos, y la tercera, llamada *bola perdida*, porque se arrojaba sin volverla a recoger. Primitivamente usaban también el arco y la flecha, como lo demuestra la gran cantidad de puntas de flechas de guijarros, obsidiana, cuarzo, que se encuentran en sus antiguos campamentos esparcidos en toda la Patagonia, desde la costa a la Cordillera.

Estas mismas armas de caza constituían sus armas de defensa. Más tarde comenzaron a utilizar la lanza (*waike*), la daga o espada y las modernas armas de fuego. Los Tehuelche, debido a la necesidad de proveerse su propia alimentación, se veían obligados a una vida nómade, dedicándose constantemente a la caza del guanaco y del avestruz, que constituían su principal alimento.

Antes de que los europeos penetraran en América, estos indígenas efectuaban sus correrías a pie, pero apenas se introdujo el caballo, que en la dilatada pampa encontró ambiente muy favorable para su propagación, lo aprovecharon de inmediato, pues conocieron sus grandes ventajas. En efecto, solamente 43 años después de que los españoles desembarcaran 72 caballos en el Plata (1537), algunas manadas se multiplicaron de tal forma, que Pedro Sarmiento de Gamboa, en 1580, ya los encontró en el Estrecho de Magallanes, utilizados por los patagones*.



Una mujer Tehuelche del lago Cardiel con su hija mestiza

*Esta afirmación es errónea y, por cierto, repetida de algún autor que la hizo sin fundamento alguno. El caballo doméstico fue introducido en la Patagonia probablemente desde Chile a principios del siglo XVII o desde fines de la centuria precedente, y se difundió territorialmente por obra de los intercambios indígenas que valoraron de inmediato la utilidad del animal. En 1699 ya estaba en la zona del estuario del río Deseado y en 1741 se vio por vez primera a indígenas montados en la costa nororiental del estrecho de Magallanes (N. del E.).



Un grupo de Tehuelche

Las viviendas de estos indígenas consistían en un toldo (*kau*) formado por una gran cubierta hecha de pieles de guanaco y cosidas con nervios del mismo animal, colocada encima de una serie de palos transversales apoyados en dos o tres hileras paralelas de soportes de madera, cuya altura iba disminuyendo desde afuera hacia dentro. La parte anterior, más elevada, formaba la entrada, y se la dejaba abierta porque en ella se encendía el fuego y se cocinaba. La parte posterior era la que servía de dormitorio y estaba separada de la primera y dividida en diversos compartimentos por otros cueros de guanaco en forma de tabiques, para albergar, respectivamente, a los niños, a las mujeres y a los hombres solteros. A veces se juntaban varios toldos, generalmente de parientes y amigos, uniendo un costado de la cubierta y extendiéndola sobre la del toldo contiguo.

El menaje del toldo se reducía a las consabidas pieles de guanaco, mandiles, colchas de lana, ponchos, almohadas llenas de lana de guanaco, canastos de mimbre, bolsas de cuero que contenían pequeños objetos reservados para la *toilette*, como ser: ocres en polvo de varios colores, láminas de plata, collares, peines y los utensilios de trabajo, cuchillos, raspadores, pequeños morteros de piedra y las armas. Escasos eran los instrumentos de cocina: un asador, una olla de hierro y algunos recipientes hechos con caparazón de armadillo. Hay que notar que los tejidos y los utensilios y adornos de metal no eran conocidos por los Patagones protohistóricos. Su uso se propagó con la llegada de los blancos al continente americano.

La tarea de instalar y organizar el toldo en los campamentos, así como la de levantarlo y cargarlo sobre los caballos, con todos los demás enseres y utensilios, correspondía por entero a las mujeres, que demostraban en ello gran fuerza y habilidad.

Cuando estaban de viaje, los hombres precedían a la tribu para dedicarse a la caza del guanaco y el avestruz, encendiendo de vez en cuando, hogueras, con las yerbas del camino para indicar la ruta a las mujeres. En la caza del guanaco y del avestruz, los Tehuelche demostraban su extraordinaria destreza para cabalgar y para dar en el blanco con las boleadoras. Para ello

se juntaban 20, 30 o más jinetes, con sus perros, y una vez establecida la superficie que se iba a recorrer, arrancaban a gran galope hacia distintos puntos, para formar un vasto círculo. Al llegar al lugar establecido encendían hogueras y luego se iban acercando, estrechando el círculo y convergiendo hacia un punto determinado. Las avestruces y los guanacos, al descubrir el peligro, intentaban huir, mas inútilmente, pues los caminos estaban interceptados por los cazadores, que los perseguían por todas partes y hacían blanco en ellos con sus boleadoras.



El cacique Huake

En la caza, los Tehuelche lanzaban los caballos a una velocidad impresionante y arrojaban las boleadoras a una distancia de 15 a 20 metros, mientras corrían a todo galope. Alcanzada la presa, el jinete no se detenía, sino que seguía corriendo para matar otros animales, hasta que, agotada la reserva de boleadoras, volvía sobre sus pasos para recoger la caza y las armas abandonadas.

Cada familia poseía un buen número de caballos –las más ricas hasta un centenar– que dejaban pastar libremente en el campo, cerca del campamento, sin que se alejaran de allí. El caballo más apreciado por los Tehuelche era el salvaje, aprisionado y domado, porque es muy resistente y veloz; es grande y fornido y de color bayo-oscuro.

Los Tehuelche poseían numerosos perros, una especie de galgos, que servían para la caza. Eran muy flacos y pasaban constantemente hambrientos, ya sea porque a menudo faltaba el alimento, ya porque el indio los mantenía a un régimen de escasez, para que fueran más veloces en la carrera.

La ocupación principal de estos indígenas era, como ya se dijo, por la necesidad del sustento, la caza del guanaco y el avestruz. Durante la primavera cazaban guanacos pequeños para obtener las mórbidas y preciosas pieles que luego las mujeres cosían uniéndolas unas a otras, formando hermosísimas mantas, de 12 ó 15 pieles para el abrigo, que vendían a los blancos a cambio de alimentos y vestidos. También las plumas de avestruz constituían un importante artículo de comercio. Confeccionaban además mantas de pieles de zorro, de gato montés y de zorrino.

Los hombres eran hábiles en la elaboración del hierro y de la plata, utilizando las monedas que obtenían de los civilizados. Usaban instrumentos primitivos, en parte de piedra, y lograban

templar el metal y hacerlo maleable para darle las formas deseadas, construyendo aros, pendientes, collares y arneses para los caballos, como estribos, anillos, bridas, bocados, etc. A estos trabajos se dedicaron solamente después de la llegada de los españoles. Las mujeres, además de las mantas de guanaco, tejían fajas de lana de guanaco para la cabeza (*winchas*) y cinturones; pintaban las mantas del guanaco, raspaban y cosían los cueros, buscaban la leña y el agua y preparaban la comida.

La carne constituía el alimento principal de estos indígenas, que por lo general la comían cocida o asada sencillamente sobre las brasas. Tenían una predilección especial por la carne gorda y cuando podían comían también toda clase de frutas, legumbres, hierbas y tubérculos silvestres. Hacían uso también de la sal, que obtenían de las abundantes salinas esparcidas en la región. Los numerosos conchales (*kiokemoedingos*) desparramados por la costa patagónica en la zona austral, demuestran que los Tehuelche se dedicaban también a la pesca de los moluscos a lo largo de la costa, a baja marea.

No se alimentaban a hora fija, sino solamente cuando tenían apetito. No eran voraces ni golosos, pero comían hasta saciarse cuando les era posible. Su resistencia al ayuno era realmente notable.

Muchas veces, cuando recorrían grandes distancias y no podían hallar caza, se quedaban hasta dos o tres días sin probar alimento, sin demostrar por ello molestia alguna.

Los Patagones modernos eran fumadores apasionados y usaban una pipa de tubo corto con recipiente de madera.

Las bebidas alcohólicas, que antes les eran desconocidas, al contacto de los civilizados formaron el aliciente más dañino de esta raza. Cuando podían obtener licores de los vendedores ambulantes a cambio de las preciosas cubiertas de guanaco y plumas de avestruz, pasaban días y noches enteras bailando, comiendo y bebiendo, hasta quedar completamente embriagados. Consecuencia de estas fiestas y del abuso de los licores eran riñas feroces, provocadas por una nimiedad, o por viejos rencores que concluían siempre en derramamientos de sangre y en desórdenes morales.



Bampa, Tehuelche del lago Cardiel

Como todos los salvajes, se dedicaban al robo, mentían fácilmente, eran impetuosos e inconstantes. El sentimiento de la venganza estaba profundamente arraigado en sus ánimos. Para vengar ofensas o la muerte de algún pariente se dejaban arrastrar a menudo



Kiienahuel, indígena Tehuelche

al delito y a guerras feroces con las tribus vecinas. Pero también demostraban sentimientos nobles, gran bondad, cortesía para con los extraños y fidelidad a sus promesas.

El amor filial estaba muy desarrollado entre estos indígenas. Se mostraban extremadamente cariñosos e indulgentes con los chicos, amaban con ternura a sus esposas e hijos, a los cuales prodigaban atenciones y cuidados especialísimos, que parecían imposibles entre salvajes.

Cuando el joven Tehuelche había demostrado su habilidad en la caza y en la guerra, podía aspirar al matrimonio. Estos matrimonios eran casi siempre fruto del amor y de una simpatía recíproca, y los padres dejaban plena libertad a sus hijas para elegir, entre los pretendientes, al que más les agradara.

Para obtener la mano de la esposa, el joven buscaba una o más personas amigas que presentaran su pedido al padre de la muchacha, poniendo en evidencia todas las buenas cualidades del esposo y ofreciendo una cantidad de dones consistentes en yeguas, pieles y objetos de plata.

El matrimonio se efectuaba sin grandes ceremonias. Una vez concluido el contrato matrimonial y entregados los regalos, el padre llevaba a la hija al toldo del esposo, entre las aclamaciones de los amigos y los cantos de las mujeres, y el esposo ofrecía un banquete a todos los miembros de la tribu, sacrificando algunas yeguas. En estas ceremonias se notaban también algunas variantes. Entre los clanes del sur, al concluirse el contrato matrimonial, en el toldo de la esposa se preparaba un compartimento especial para los recién casados. El día fijado para el matrimonio, la esposa era llevada al toldo acompañada por los parientes y amigos, y entrada la noche, llegaba también el esposo. Era costumbre entre estos indígenas que la última hija casada permaneciese en el toldo paterno hasta que lo hiciera otra hermana. En los clanes patagónicos se permitía la poligamia y cada Tehuelche era libre de casarse con todas las mujeres que pudiese mantener, pero era raro que tuviese más de dos, y generalmente tenía una sola.

Los niños crecían bajo los cuidados afectuosos de sus padres. En sus primeros meses, la madre ataba a una madera la cabeza del niño, lo que hacía chata y deforme la parte posterior del cráneo, y en esa posición lo amamantaba. Durante los viajes, el pequeñuelo era colocado detrás de la montura en una cuna que consistía en dos palos arqueados y unidos con mimbres o astillas de madera entrelazadas con tiras de cuero.

Cuando nacía un chico o cuando una niña entraba en la pubertad, acostumbraban celebrar fiestas, presididas por el brujo. Estas fiestas duraban dos o tres días, se mataban algunas

yeguas, se comía hasta saciarse, se bebía licores y se bailaba.

Los bailes comenzaban al anochecer. Se encendía un gran fuego a la entrada del toldo y a su rededor y en cuclillas se ponían en semicírculo las mujeres, pues estas no participaban del baile.

La orquesta estaba formada por un tambor hecho con un pedazo de cuero estirado sobre un arco de madera, por una flauta construida con un fémur de guanaco agujereado y por un arco musical formado con una varita que mantenía tensa una cuerda de crin de caballo. Para utilizar este instrumento sostenían con los dientes una de las extremidades del arco y asían la otra con la mano izquierda, obteniendo con el roce de un hueso bien liso, en un movimiento de vaivén, un sonido melodioso y suave.



Yapetenol, viejo cacique del lago Cardiel

A los sones discordantes de esa orquesta y al canto monótono de algunas viejas, salían del toldo, en fila, los hombres designados para bailar, con el cuerpo y el rostro cubiertos de mantas de pieles y la cabeza adornada con plumas de avestruz, de manera que resultaba difícil distinguir sus semblantes. Danzaban dando vueltas alrededor del fuego, uno frente a otro, acercándose y retrocediendo para volver a aproximarse hasta tocarse, acompañando estos movimientos con gesticulaciones rítmicas de los brazos y de la cabeza. En estos bailes imitaban a la perfección el tranco del avestruz y el brinco del guanaco. Después de dar algunas vueltas alrededor del fuego, el ritmo de la danza se aceleraba, y al entrar en calor, los bailarines se despojaban del manto y aparecían desnudos, con el cuerpo pintado de varios colores, cubiertos únicamente con un cinturón de plumas de avestruz, conchillas, picos de aves y campanillas, que desde la cintura subía hasta los hombros. Cuando estaban cansados, se retiraban, reemplazándolos otros hombres, y de esta manera el baile proseguía hasta muy tarde. Cuando consumían bebidas, estas fiestas se transformaban en verdaderas orgías y acababan en riñas y derramamientos de sangre.

Las ideas religiosas de los Tehuelche se fundaban en la creencia de un espíritu bueno llamado *Maipé* o *Táarken-Kets*, que vivía en el cielo, creador de los hombres y de los animales, pero que no intervenía en su vida privada[8]. Temían mucho, por el contrario, a un espíritu malo, al que llamaban *Gualichu* y que era causa de todos sus males. No tenían ni ídolos ni oraciones, únicamente hacían ofrendas y sacrificios de yeguas para propiciarse al *Gualichu*, que estaba siempre en acecho para causarles algún mal. Además de *Gualichu*, creían también en otros espíritus malignos, de los cuales tenían gran miedo, los que vagaban acá y allá por los bosques, los montes y las llanuras. Eran

[8] Cf. Maggiorino Borgatello, *Patagonia meridionale e Terra del Fuoco*, Torino, 1924.



Figuras de animales (tal vez guanacos) dibujadas por los Tehuelche sobre paredes de pórfido

Era tal la convicción que tenían del poder de estas hechiceras, que cuando creían haber sido maleficiados por ellas, comenzaban a entristecerse y poco a poco adelgazaban hasta morir de consunción. Pero también estos curanderos o curanderas pasaban sus malos ratos, porque los parientes del muerto se vengaban, matándolos.

Eran contados los médicos brujos que morían de muerte natural. No hace muy supersticiosos y creían en agüeros y maleficios y en toda clase de brujerías, de modo que cuanto se hiciese en su presencia que superase su inteligencia, despertaba sospechas y era considerado como arte de magia y causa de desgracias*. Esta superstición constituyó precisamente una grave dificultad para los misioneros salesianos en orden a la administración del Santo Bautismo a los chicos.

Incumbía a un médico brujo alejar al *Gualichu* de los enfermos con exorcismos e imprecaciones, porque suponían que el espíritu malo había penetrado en el cuerpo del paciente causando la enfermedad. El oficio de médico brujo podía ser ejercido por personas de ambos sexos, pero se daba preferencia a las mujeres. Estaban convencidos de que el curandero brujo o la curandera bruja podían causar la muerte con una piedra que tenía muchos agujeros, en los cuales solían poner una partícula del traje o de los cabellos de la víctima designada. Para evitar el maleficio, trataban de congraciarse con la bruja por medio de algún regalo, consistente en toda clase de víveres, o también en una yegua.



Mujer Tehuelche de viaje con sus hijos

*En esta y otras apreciaciones precedentes, se reitera, De Agostini recoge la información disponible en su época. Desde hace medio siglo y más, la etnografía patagónica ha adelantado considerablemente, lo que ha significado la revisión de conceptos antiguamente en boga. Se sugiere ver para el caso de los cazadores australes, el libro *Los aónikenk, historia y cultura*, de Mateo Martinic B. (Ediciones de la Universidad de Magallanes, Punta Arenas, 1995) (N. del E.).



Dibujos rupestres de los indios Tehuelche sobre una pared de pórfido gris en el cañadón de las Pinturas

muchos años murió de tuberculosis pulmonar un hijo del cacique Tanquel, que estaba acampado con su tribu en la isla Chonque Vaique, cerca de Santa Cruz. Se creyó en seguida que el fallecimiento había sido causado por los maleficios de la curandera bruja de aquella tribu; por eso los parien-



Familia Tehuelche, ya mestizada, en su choza cerca del lago Cardiel



Figura parecida a un animal, dibujada sobre pórfido gris

tes se apoderaron de ella, y después de matarla a puñaladas le quemaron los pies para que no pudiese caminar más y llevar, como ellos creían, el maleficio a otras personas[9].

Cuando fallecía un Tehuelche, los parientes cosían el cadáver en su propia manta de guanaco, con sus objetos más preciosos de plata y lo sepultaban con la cara vuelta hacia el oriente y con el cuerpo doblado en posición fetal, quebrándole para ello la columna vertebral. Recubrían la tumba con pesadas piedras y no se hablaba más de él.

Todos los caballos y perros que habían sido propiedad del difunto eran sacrificados, como también utensilios y objetos personales eran arrojados a una gran hoguera, que encendían cerca del toldo, donde los parientes y amigos arrojaban alguna prenda para expresar su dolor. La viuda se cortaba el pelo sobre la frente y se pintaba de negro, y las demás mujeres lloraban mezclando sus quejidos con cantos lúgubres y monótonos.

Sepultaban los cadáveres en lugares apartados, preferentemente en la cumbre de los cerros *(tchenke)*, donde procuraban no acercarse jamás por el gran temor supersticioso que tenían a sus muertos.

Los indios Tehuelche creían que después de la muerte el alma se reencarnaba en un nuevo miembro de la familia; por ello, si era viejo no lo lamentaban, pues pasaba a una vida mejor; pero cuando era joven, su filosofía animista primitiva establecía que aquella alma debía quedar sin destino, prisionera de la tierra, hasta que transcurriera el tiempo que le faltaba para hacerse vieja. De allí las costumbres de depositar al lado del cadáver alimentos, armas y efectos personales.

En todos los lugares frecuentados por los Tehuelche, sobre todo donde existen cavernas, se encuentran numerosas pinturas rupestres, ejecutadas por ellos, tal vez para recordar algún hecho particular, o como simple manifestación de sus aptitudes artísticas.

Generalmente son impresiones de manos o pies humanos y figuras de animales, como guanacos, avestruces, pumas, o de armas usadas por ellos, como boleadoras, arcos y flechas. Ciertas figuras geométricas en forma de líneas quebradas, círculos concéntricos, puntos, etc., no resultan

[9] Ver *Ritos y costumbres entre los indios Tehuelche*, por José Pozzi, en *Argentina Austral*, Nº 85, año VIII.

Cañadón del río de las Pinturas. Pinturas rupestres de los tehuelche



Deposé

Fot. A. M. De Agostini

fácilmente descifrables. Ejecutaban estos dibujos con colores extraídos de los ocres que abundaban en determinadas zonas, pero especialmente en el río de las Pinturas.

Los colores predominantes son el rojo y el amarillo; más raros, el blanco y el negro. Estos dibujos mantienen un color muy vivo, a pesar de haber sido ejecutados muchos años atrás, como pude observar en las cercanías del río de las Pinturas. Las innumerables impresiones de manos humanas allí pintadas en rojo, amarillo y blanco sobre rocas porfíricas de un leve tinte gris, son de efecto admirable. Las figuras de las manos son negativas y para ejecutarlas aplicaban la mano con los dedos muy abiertos –casi siempre la izquierda en ambos lados– sobre la pared, llenando de color los espacios circundantes.

En algunos lugares los dibujos se encuentran esculpidos sobre la piedra (pórfidos) por percusión con otras piedras, como pude observar en las proximidades del lago Viedma[10]*.



Impresiones de manos y otras figuras, entre las cuales se distingue un animal con patas muy largas

La organización social de los Patagones tenía como base la agrupación de varias familias, unidas generalmente por parentesco, bajo un jefe llamado cacique (título casi siempre hereditario), quien dirigía las expediciones, las cazas y componía las disensiones. En su forma política no tenían un jefe supremo, a quien los diversos clanes debiesen obedecer, como sus vecinos los araucanos, sino que cada tribu era libre de hacer su propio gusto. No faltaban las represalias y los combates entre las mismas tribus, siempre para vengar alguna antigua ofensa o la muerte de un pariente o un amigo.

Pero cuando se trataba de luchar contra un enemigo común, como los Araucanos y los Puelche, los diversos caciques de los clanes del sur y del norte, después de efectuar solemnes asambleas, se unían y atacaban decididamente al enemigo.

Hubo batallas entre Tehuelche y Araucanos en las cuales quedaron en el campo de batalla más de 500 hombres, diezmándose así por sí mismos, en razón de odios y rencores profundamente conservados por muchos años.

[10] La pictografía en los territorios australes, aunque ofrece material abundante y de interés, no ha sido todavía objeto de detenidos estudios si se exceptúa una que otra rápida investigación de algún viajero o estudioso en la materia, entre las que sobresale la del Dr. Francisco de Aparicio: *Viaje preliminar de exploración en el territorio de Santa Cruz*, y las publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, serie A, III, pág. 71 y siguientes, Buenos Aires, 1935.

*Como en otros aspectos de las culturas indígenas, el estudio del arte rupestre patagónico ha tenido un progreso notable desde 1950 en adelante. Véase para el caso el libro *Arte rupestre de la Argentina. Cazadores de la Patagonia y agricultores andinos*, de Juan Schobinger y Carlos J. Gradín (Encuentro Ediciones, Madrid, 1985) (N. del E.).



El misionero salesiano P. Víctor Roticci, conversando con un indígena

Los Tehuelche fueron, junto con los indios Pampas y Araucanos, los primeros salvajes a quienes los misioneros salesianos llevaron, con la luz del Evangelio, la influencia benéfica de la civilización cristiana.

La conversión de estos rudos pueblos, sumergidos en las tinieblas de la superstición, dedicados a constantes y sangrientas luchas, ya entre ellos, ya con los blancos, constituyó el sueño ardientemente suspirado de Don Bosco, quien para realizarlo envió en 1875 a Buenos Aires el primer núcleo de misioneros salesianos, encabezado por el sacerdote Juan Cagliero.

Pero solamente en 1879 pudieron los misioneros dar comienzo a su obra de caridad y de fe entre aquellos salvajes, cuando habiendo decretado el Gobierno argentino la famosa "Conquista del desierto", fueron incorporados como capellanes a la expedición militar del general Roca, quien, con un ejército de 5.000 hombres, debía rescatar del dominio de las tribus salvajes las llanuras patagónicas, desde las costas del Atlántico a los Andes. Los sacerdotes salesianos Santiago Costamagna, José Fagnano y José Beauvoir unieron gloriosamente sus nombres a esta expedición, acompañando a las tropas hasta el lago Nahuel Huapi y Junín de los Andes, mereciendo los más altos elogios de sus jefes. En esta noble misión desplegaron en beneficio de aquellos desdichados salvajes toda la caridad y celo ardiente de que estaban animados, ya que aquellos, hechos prisioneros a millares, eran expuestos al ludibrio y a los malos tratos de los soldados, reclutados, en su mayoría, entre gente de toda raza y



El cacique Mulato rodeado de salesianos y amigos. El segundo, comenzando por la izquierda, es Monseñor José Fagnano.



Monseñor Juan Cagliero con Ceferino Namuncurá, hijo del famoso cacique Manuel

nacionalidad, que se habían incorporado voluntariamente al ejército en busca de aventuras y de lucro. Casi todos los salvajes fueron instruidos y bautizados encontrando en el misionero al padre amoroso que los protegió y consoló en su duro cautiverio.

En 1880, los salesianos y las Hijas de María Auxiliadora se establecieron en Carmen de Patagones y en Viedma, y desde estos primeros centros de población irradiaron su múltiple actividad por toda la Patagonia septentrional. Cinco años más tarde (1885), la obra de redención y protección de los misioneros salesianos a favor de los Tehuelche se extendió también hasta la extremidad meridional de la Patagonia, cerca del estrecho de Magallanes, con la fundación de otra residencia misionera en la aldea de Santa Cruz, sobre la costa del Atlántico, por obra de los misioneros presbíteros Ángel Savio y José Beauvoir. Los Tehuelche iban a veces a Santa Cruz para



Monseñor José Fagnano, fundador de las misiones salesianas de la Patagonia meridional y Tierra del Fuego

canjear sus productos y abastecerse de víveres y de vestidos, pero más a menudo eran los misioneros los que se trasladaban a sus toldos para instruirlos y prepararlos a recibir los sacramentos. El Padre Beauvoir tuvo para con ellos los cuidados más cariñosos, y viviendo largo tiempo entre ellos, pudo conocer a fondo sus costumbres y estudiar su idioma. En estas peregrinaciones apostólicas logró conocer los restos de la tribu del cacique Galacho, que vivía entre Deseado y San Julián; del cacique Papón, en las proximidades de Santa Cruz; del cacique Zapa entre el río Santa Cruz y Gallegos, y del cacique Mulato, entre Gallegos y el estrecho de Magallanes.

Existía todavía una quinta tribu: la del famoso cacique Orkeke, a quien se refiere Musters, que residía más al norte entre el río Deseado y el río Chubut; pero esta había sido sorprendida por el general Winter y llevada a Buenos Aires en el período de la conquista del desierto.

La vida del misionero en estas tierras solitarias resultaba, en aquellos tiempos, particularmente difícil y llena de privaciones y sufrimientos, porque se carecía de medios de comunicación y los recursos eran muy escasos.

El P. Beauvoir, mientras regresaba de un viaje a Buenos Aires, adonde se había trasladado para adquirir objetos sagrados, en el buque "Magallanes", naufragó (22 de junio de 1886) cerca de Deseado, perdiendo todo lo que llevaba consigo y salvando únicamente la vida. El buque, por una falsa maniobra del capitán, había chocado con un banco rocoso y después de una hora se iba a pique. Ocurrieron a bordo escenas de pánico y de terror en una confusión horrible entre los doscientos pasajeros, muchos de ellos mujeres y niños, que luchaban por embarcarse en las chalupas. El P. Beauvoir y el hermano coadjutor Forcina, que lo acompañaba, esperaron hasta el último momento, confiando en la ayuda de Dios y de la Virgen, pudiendo salvarse pocos minutos antes de que el buque desapareciera para siempre en el mar.

El P. Beauvoir y su catequista debieron permanecer 35 días en aquellas costas desiertas, durante el más crudo invierno, en un pequeño rancho, con escasos vestidos y pocos víveres, hasta que desde Buenos Aires llegó el vapor "Mercurio", que los condujo con los demás náufragos, tras no pocas nuevas peripecias, a Santa Cruz.

Otro benemérito misionero salesiano que tanto bien hizo a los indios Tehuelche fue el P. Maggiorino Borgatello, quien llegó a Punta Arenas con monseñor Fagnano el 3 de diciembre de 1888, efectuando numerosos y extensos viajes a través de la Patagonia meridional, desde la costa hasta la Cordillera, convirtiendo a la fe a un buen número de estos indígenas, de cuya vida y costumbres dejó brillantes e interesantes relatos*.

En la actualidad prosigue la obra de caridad y de protección del misionero para con los pocos indígenas que aún sobreviven, visitándolos periódicamente en sus toldos.

Para ver y estudiar estos tristes restos de la gigantesca estirpe patagónica, me trasladé expresamente, en distintos viajes, a los alejados valles donde residen, reunidos en grupos de pocas familias, entre el lago Argentino y el lago Cardiel. Muy pocos vestigios quedan de sus costumbres y de sus tradiciones y particularmente ha desaparecido casi por completo el tipo puro del patagón.



Pbro. José M. Beauvoir, capellán militar del ejército argentino

Los frecuentes matrimonios con los blancos, especialmente con los chilotes –naturales de Chiloé–, han degenerado la estirpe, procreando un gran número de mestizos endebles y enfermizos. De los pocos indígenas que pude fotografiar, solamente *Uake, Yapetenol, Bampa* y unas pocas mujeres podían representar modestamente la figura de sus antepasados.

Causa pena pensar que esta raza, tan fuerte y tan buena, de formas tan excelentes y atléticas, haya llegado tan rápidamente a su fin. Es la suerte fatal que toca a todas las razas indígenas, demasiado primitivas, cuando entran en contacto con la raza blanca, más fuerte y vigorosa.

Los Patagones, a pesar de que habitaban un territorio inmenso, eran muy reducidos en número. Antonio Viedma, en 1780, juzgaba que la población indígena que vivía en la zona austral de la Patagonia alcanzaba a 4.000 personas. Alcides D'Orbigny (1839) calculaba que en todo el territorio de la Patagonia había de 8.000 a 10.000 indígenas.

Treinta años después (1869), el capitán Jorge Musters afirmaba que los Tehuelche puros, tanto del norte como del sur, existentes por aquel entonces en la Patagonia no excedían de 1.500 individuos.

*En verdad, el esfuerzo misionero no pasó de una catequización elemental y del bautizo de los indígenas, además de la bendición de algunos matrimonios; todo ello mediante el sistema conocido como "misiones ambulantes" (N. del E.).

En el territorio de Santa Cruz, donde eran más numerosos, según un censo que mandó hacer en 1931 el Gobernador Danieri, no había más que 358; pero este número disminuye todos los años y no está lejos el día de su completa extinción. Vencidos por la civilización invasora, obligados a retirarse de los centros preferidos, donde obtenían abundantes medios de subsistencia en la libre caza a través de la pampa inmensa, para vivir en los terrenos reducidos y áridos que les asignó el Gobierno, los Tehuelche se van extinguiendo en forma lenta pero inexorable. Las privaciones y los vicios que aprendieron de los civilizados, especialmente el abuso de las bebidas alcohólicas, han debilitado su organismo y postrado su moral. Además del abuso de las bebidas, que debilitó su robusta fibra y los predispuso a otras enfermedades, especialmente a la tuberculosis, debe buscarse la causa de su rápida extinción, especialmente en las enfermedades contagiosas, como la viruela y el sarampión, que en poco tiempo aniquilaron tribus enteras, como ocurrió con la del cacique Mulato*.

De la raza fuerte y gigantesca de los Patagones, del indígena indómito y guerrero, del señor que desde tiempo inmemorial efectuaba sus correrías, libre y feliz, por las inmensas soledades de estas estepas, barridas por los vientos y las tormentas, pronto no quedará sino un triste recuerdo.

*La información demográfica que se manejaba en la época de los viajes del Padre De Agostini (1930), daba cuenta de a lo sumo 200 indígenas en total, con un grado importante de mestizaje interétnico (mapuche, güünaken y otros) y con chilenos (N. del E.).

CAPÍTULO XX

RESEÑA HISTÓRICA DE LOS VIAJES DE EXPLORACIÓN A LA PATAGONIA

Amerigo Vespucci – Hernando de Magallanes – Juan Ladrillero – Sarmiento de Gamboa – Corsarios ingleses – John Narborough – Exploraciones de los misioneros jesuitas: Mascardi, Gutiérrez, Quiroga, Strobel, Cardiel, Falkner – Fundación de las primeras colonias españolas – Antonio Viedma – Primera expedición a la Cordillera – Alejandro Malaspina – Fitz Roy y Darwin – Expediciones italianas de las naves "Magenta", "Vettor Pisani" y "Caracciolo" – Bartolomé Bossi – Expediciones hidrográficas chilenas de las naves "Magallanes" y "Chacabuco", Enrique Simpson – Juan Latorre – Óscar Viel – Ramón Serrano Montaner – H. G. Gardiner – Jorge Musters – Lorenzo Mascarello – Antonio Oneto – Santiago Bove y la expedición ítalo-argentina a Tierra del Fuego – Expediciones argentinas de Francisco Moreno, Ramón Lista, Carlos Moyano y Jorge Fontana – Tomás Rogers – Hermann Eberhard – Exploraciones de las comisiones chilenas y argentinas para la delimitación de las fronteras – Don Bosco y su sueño profético sobre la Patagonia – Juan Steffen – Luis Riso Patrón – F. Pietrobelli – Clemente Onelli – Expediciones científicas de: Carlos Ameghino, A. Mercerat, Carlos Bursmeister, Otto Nordenskjöld, S. Roth, J. B. Hatcher, Rodolfo Hauthal, C. Sköttsberg, T. G. Halle y P. D. Quensel, Guido Bonarelli – Expediciones alemanas: Reichert y Hicken – Witte, Kühn y Kölliker – Gustavo Fester – Esteban Zuck y Hans Teufel – Expedición italiana Conde Bonacossa – Expediciones al San Valentín de F. Reichert, A. Heim, H. Hess – Expedición al monte Fitz Roy de H. Zechner, M. Bertone y N. Gianolini – Ascensión al monte Pollone de H. Zechner, R. Dangl, R. Matiz y C. Lanstchner – Expedición de N. Gianolini en el interior de la Cordillera.

El descubrimiento del Nuevo Continente, realizado por **Cristóbal Colón** en 1492 no había aquietado en los españoles y portugueses el ansia de alcanzar las Indias Orientales, cuyas riquezas habían provocado tanta codicia, sino por el contrario, la había vuelto más viva, porque esperaban encontrar, a través de la nueva tierra, un estrecho que los llevara fácilmente a la meta apetecida.

A esta finalidad tendían, en efecto, las contadas expediciones que siguieron de inmediato al gran descubrimiento, organizadas, ora en España, ora en Portugal, y entre las cuales se



La carabela "Victoria", la primera nave que hizo el viaje alrededor del mundo (De un dibujo antiguo)

destacan, por la extensión de los viajes y la importancia de los descubrimientos realizados, las que llevó a cabo el navegante florentino **Amerigo Vespucci**[1].

Dos son los viajes cumplidos por este ilustre navegante florentino, como resulta de las tres cartas –los únicos verdaderos documentos auténticos– que él envió a Lorenzo de Pier de Medici[2].

En el primer viaje (1499), realizado por cuenta de España, pasó el ecuador por occidente, descubrió y remontó el río Amazonas por varias decenas de millas, estudiando la naturaleza continental de las tierras y precediendo en cinco o seis meses (julio-agosto de 1499) a Pinzón (20 de enero de 1500) y a Lepe (14 de febrero de 1500) en el descubrimiento del Brasil; descubrió la corriente de la Guayana, aplicó por primera vez el sistema de conjunciones de los planetas con la luna para la determinación de las longitudes y fue el primero en concebir el proyecto de alcanzar el país de las especias, pasando por occidente: "Ir por el camino de poniente a encontrar tierras que encuentran los portugueses navegando por levante".

En el segundo viaje (1501), realizado por cuenta de Portugal, tocó nuevamente la costa del Brasil y del cabo San Roque y prosiguió decididamente hacia el sur, siempre costeando la tierra firme[3] y alcanzó los 50° de latitud sur, alcanzando el puerto de San Julián. Nadie había

[1] La figura de Amerigo Vespucci o Américo Vespucio, objeto –durante cuatro siglos– de las más apasionadas discusiones y de los juicios más diversos, los que van desde la exaltación entusiasta a la denigración más encarnizada y vulgar, continuaría expuesta a la duda y al escarnio de la crítica partidaria, si un apasionado y profundo cultor italiano de estudios colombinos, el Dr. Alberto Magnaghi, a base de una nueva valoración de las fuentes, no hubiese reivindicado, con agudo y sereno examen de los documentos, la honradez, la doctrina y los descubrimientos de este ilustre navegante florentino que, por sus méritos y sus altas dotes, es digno de ser colocado por encima de los pilotos y navegantes de aquel tiempo.

Sus notables cualidades de navegante y cartógrafo le fueron reconocidas por el mismo Gobierno español, que determinó, con un Decreto Real, las atribuciones y los poderes de un oficio que había sido creado precisamente para él, el 22 de marzo de 1508 –el de Piloto Mayor– y cuya misión era la de examinar y preparar a los pilotos, dirigir la construcción de los mapas hidrográficos oficiales y controlar las más importantes cuestiones de ultramar, poniéndolo así a la cabeza de todo el movimiento marítimo y colonial de España. (Cfr. Alberto Magnaghi, *Amerigo Vespucci, Studio critico con speciale riguardo a una nuova valutazione delle fonti, accompagnato dai documneti non ancora pubblicati del Codice Vaglienti* (Riccardiano, 1910), Roma, 1926, pp. 7-18).

[2] El *Mundus Novus* y la carta a Soderini, que eran considerados como los documentos más importantes de los viajes de Vespucci, son en cambio, como lo demuestra acabadamente Magnaghi en su examen crítico de las fuentes, verdaderas falsificaciones en las que nada tuvo que ver Vespucci y, más que gloria, le causaron los daños que sufrió su fama.

[3] No es improbable que Vespucci, costeando el continente sudamericano en busca del ansiado paso, haya penetrado en el Plata. Está confirmado por una tradición que se conserva en los mapas del siglo XVI; así en un mapamundi de un anónimo del siglo XVI de la Biblioteca Comunal de Palermo (XL:X:17) se lee: "Questo Rio della Plata, cioé fiume d'Argento fu scoperto da Amerigo Vespucci, fiorentino, l'anno 1501"; y en dos mapas de los Atlas Lafreri, uno de Ferando Bertelli de 1560 (Lafreri de la Marucelliana) y otro de Tramezzini de 1554 (Biblioteca Nacional de Florencia, Lafreri N° 4) el mar, frente al Plata, es llamado *mare americanum*. Un testimonio análogo se encuentra también en un documento publicado por J. Toribio Medina (Juan Díaz de Solís, Santiago de Chile, 1897, p. 191): "*Hunc argenteum fluvium primus Americus Vesputius intravit anno 1501, invenitque in eo insulas gemmiferas et innumerabiles argenti fodinas*". (Cfr. A. Magnaghi, op. cit, pág. 187).

tocado hasta entonces una latitud tan austral, y si no consiguió dar con el paso que buscaba pudo tener indicio positivo de su existencia por la constante inflexión de la costa y por el progresivo adelgazarse de la masa continental que le hacía deducir como próximo su término*.

Los mapas de sus viajes[4], diseñados por él, mientras trazaban una huella profunda en la historia de la cartografía, proporcionaron también a los pilotos posteriores, en virtud de las atribuciones mismas que tenía Vespucci como piloto mayor y director de la oficina hidrográfica de la Casa de Contratación –de la cual fue fundador– elementos importantísimos para navegar y dirigirse al extremo sur del continente americano.



Indios patagones trocando objetos con un militar francés. De la ***Historia de un viaje a las Malvinas (1763-1764)*** *del benedictino Don Permetty*

De estos conocimientos supo valerse **Juan Díaz De Solís**, quien, sucediendo a Vespucci en el cargo de piloto mayor, emprendió el viaje que había sido largamente proyectado y preparado por su predecesor.

Solís zarpó del puerto de Lepe el 8 de octubre de 1515, haciendo rumbo hacia el puerto de Santa Cruz de Tenerife, y de allí, a la costa del Brasil, que reconoció hasta el 35°, penetrando en el río de la Plata a principios de 1516. Se internó en él para explorarlo y visitó algunos parajes de la costa, pero, al desembarcar en una isla (Martín García) con ocho compañeros, fue asesinado alevosamente por los indios Charrúas, finalizando así aquel viaje que tendía a reconocer las costas más australes del continente y a descubrir el anhelado paso a las Indias Orientales.

Le tocó al portugués **Hernando De Magallanes** el ambicionado honor de este descubrimiento. Este renombrado piloto, favorecido por el Rey de España, don Carlos de Austria, en el proyecto de alcanzar las islas de las especias, siguiendo las mismas huellas de Vespucci y de Solís, salió de San Lúcar el 20 de septiembre de 1519 con cinco buques y 265 hombres, y el 10 de enero de 1520 descubrió el cabo Santa María, entrando en las aguas del río de la Plata, que reconoció como río después de algunas exploraciones.

El 3 de febrero reanudó el viaje hacia el sur, reconociendo prolijamente la costa, sus cabos y ensenadas; en el 42° 30', descubrió una gran bahía, a la cual dio el nombre de San Matías.

*Ciertamente Américo Vespucio fue un precursor de Hernando de Magallanes, navegante que tuvo acceso a la información geográfica obtenida por el florentino en su viaje con naves de Portugal en 1501 (N. del E.).

[4] Estos mapas eran ávidamente buscados por los portugueses: *"Se tuvo aviso que Portugueses cum deseo de navigar por el océano perteneciente a la corona de Castilla, con multa importunidad pedían cartas a Américo Vespucci"* (Herrera, Dec. I-VIII, cap. 12).

Salido de esta y siguiendo la costa, el 31 de marzo llegó al puerto de San Julián, donde decidió pasar el invierno, y ordenó por eso que se regularan y disminuyeran las raciones.

Esta decisión, conjuntamente con otras dificultades, causadas por la esterilidad del país y la rigidez del clima, provocó el descontento entre la tripulación, ya agudizado por antiguos rencores entre españoles y portugueses, y los capitanes de tres buques se rebelaron. Magallanes, sin desorientarse en tan dura prueba, logró, con un ardid, adueñarse de las naves y sofocó la revuelta, condenando a la pena capital a una parte de los revoltosos y dejando abandonados en tierra, entre los Patagones, al capitán Juan de Cartagena y al clérigo portugués Pedro Sánchez de Reina, "con sendas taleguitas de bizcochos, e sendas botellas de vino"[5].

Mientras tanto, la carabela Santiago, al mando del piloto Juan Serrano, que Magallanes había enviado al sur en busca del paso, el 3 de mayo descubrió la embocadura de un hermoso río que denominó Santa Cruz, por ser aquel día de la invención de la Santa Cruz[6]. Pocos días después (22 de mayo), un recio temporal del este hizo dar en la costa a la nave, salvándose todo su cargamento y su tripulación, la que regresó por tierra al puerto de San Julián con gran trabajo y sufrimientos.

Durante su estada en San Julián, Magallanes tuvo varios encuentros amistosos con los habitantes del país, a los que, por la gran huella que dejaban sus calzados, hechos con pieles de guanaco, llamó Patagones*.

El 24 de agosto, con su escuadra reducida a cuatro buques solamente, salió de San Julián e hizo ruta hacia el sur, dirigiéndose al río Santa Cruz, donde ancló el 26 del mismo mes.

En este puerto se quedó hasta el 18 de octubre, en que nuevamente reanudó la navegación hacia el sur en busca del paso. El día 21, encontrándose a cinco leguas de la costa, divisó una punta de tierra baja, que llamó de las Vírgenes, por ser aquel el día de Santa Úrsula y de las once mil vírgenes, y al sur de la misma, una abertura que se insinuaba hacia el poniente. Magallanes envió dos de sus buques a reconocerla, y al tener la certeza de que se trataba de un verdadero paso entre dos mares, por las pequeñas mareas observadas y por la fuerza de las corrientes, el 1 de noviembre penetró en el Estrecho, que llamó de Todos los Santos, pero que la posteridad bautizó con el nombre de su descubridor[7].

Mientras tanto, la nave "San Antonio", la mayor de la expedición, enviada a practicar un reconocimiento en un canal lateral, se amotinó, y aprisionando al capitán Álvaro de la Mesquita, sobrino del general almirante, volvió ruta hacia España, entrando en el río de Sevilla el 6 de

---

[5] P. P. Pastells, *El descubrimiento del estrecho de Magallanes*, Madrid, 1920, Tomo I, pp. 69-73.

[6] Cfr. P. Groussac, *Toponymie historique de cotes de la Patagonie*, en Anales de la Biblioteca, Buenos Aires, 1912, p. 386, tomo VIII.

*Téngase presente lo señalado precedentemente en la nota de la página inicial del capítulo XIX (N. del E.).

[7] Pigafetta, en la narración que hace del viaje de Magallanes, escribe que este navegante "ya sabía que tenía que hacer su navegación por un estrecho muy escondido, como vio en la Tesorería del rey de Portugal, en un mapa hecho por aquel excelentísimo hombre Martín de Bohemia" (Cfr. "*Il primo viaggio intorno al mondo*" di Antonio Pigafetta, Alpes, Milán, 1918, p. 102). Este es un error de Pigafetta repetido por Las Casas y por Herrera. En efecto, de la conocida obra de Ravenstein resulta que no solo él no tomó parte de ningún viaje a América, sino que ni siquiera participó del viaje de Diego Cao a las costas de África, como pretende una leyenda de su Globo. Además, Luciano Pereira da Silva, en su obra "*A arte de navegar dos portugueses desde o Infante a D. Joao de Castro*", Río de Janeiro, 1925, demuestra que la ciencia náutica portuguesa no debe absolutamente nada a Behaim, al contrario de lo que se ha creído largo tiempo. (Ver Magnaghi, obra citada, p. 205). Si Magallanes poseía algún mapa para guiarse en aquel viaje no podía sino ser el de Vespucci, el único navegante que habría penetrado, hasta entonces, en aquellas elevadas latitudes.

mayo de 1521[8]. Magallanes, a pesar de este nuevo percance que lo privaba de su mayor cantidad de víveres, decidió, con férrea voluntad, proseguir el viaje y, después de 22 días, llegó a cabo Deseado, y el 27 de noviembre entró en el gran océano al que, por estar casualmente en calma, llamó Pacífico.

Prosiguiendo el viaje hacia el noroeste para alejarse de aquella región fría y revuelta, Magallanes alcanzó las islas Molucas y luego las Filipinas, en una de las cuales pereció luchando en un sangriento encuentro con los nativos.

La "Victoria", al mando de Juan Sebastián de Elcano, fue la única nave que pudo regresar con 18 personas a España (el 7 de noviembre de 1522), siendo así la primera en hacer el viaje de circunnavegación del globo[9].

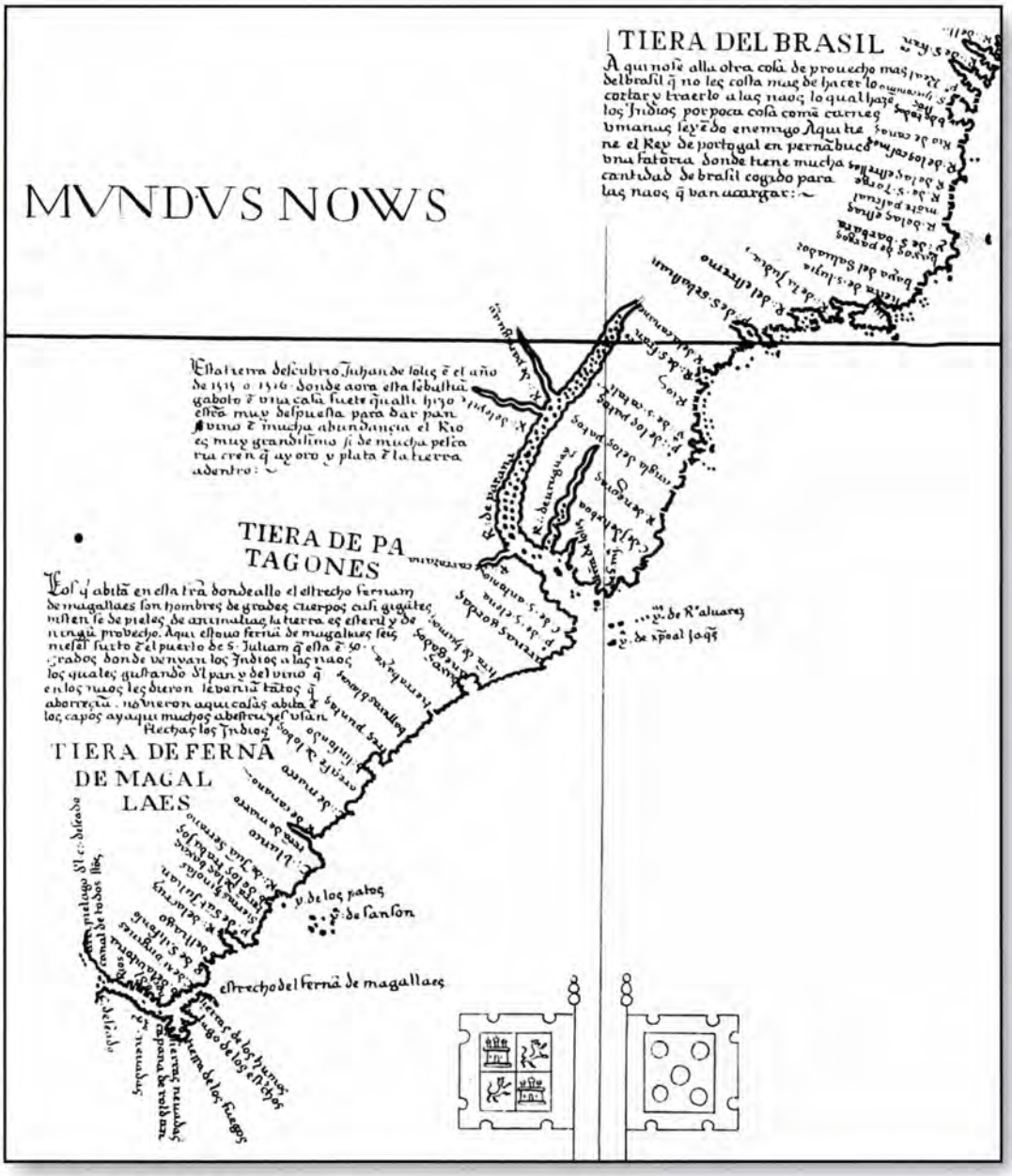
Las riquezas de las nuevas islas descubiertas y las copiosas ganancias que el comercio con ellas prometía, indujo a España a organizar una segunda expedición, con el fin de reconocer el estrecho y de conquistar las Molucas, a la que esperaba el más desastroso fin. Esta expedición, puesta bajo el mando de **Fray García Jofré de Loaysa**, estaba compuesta por siete buques y 450 hombres y tenía como segundo jefe al ya famoso Sebastián de Elcano, afortunado compañero de Magallanes.

La escuadra salió del puerto de La Coruña el 24 de junio de 1525 y en los primeros días de diciembre llegó, sin grandes inconvenientes, a las costas patagónicas. El 29 de diciembre una gran tormenta dispersó la escuadra y Elcano, después de buscar por tres días la nave capitana, recaló en el puerto de Santa Cruz para esperarla. Mas, por haberse opuesto los capitanes de las cuatro naves, que estaban junto con él, tuvo que seguir viaje hacia el sur y solamente el 23 de enero de 1526 la nave capitana y la "San Gabriel" pudieron reunirse con los demás buques cerca de la boca de un río que fue denominado de Santo Alifonso[10], nombre del santo de aquel día, como era costumbre entre los españoles de bautizar las nuevas tierras y accidentes geográficos que iban descubriendo. Finalmente, embocado el estrecho, la escuadra, sorprendida por violentísimas tormentas, perdió

[8] Existen pruebas no despreciables para establecer que la San Antonio, en su rápida fuga a España, haya descubierto las islas Malvinas. El hecho está comprobado por el mapa de Diego de Ribero de 1529 y por otros mapas de la época, en los cuales están dibujadas las islas de Sansón, las que, por la posición que ocupan, no pueden ser otras que las islas después denominadas Malvinas. (Cfr. Capitán Héctor R. Ratto, *Hombres de mar en la historia argentina*, pp. 23-39, Buenos Aires, 1936). Según las recientes investigaciones del Doctor Enrique Ruiz Guiñazú, que ha realizado un estudio detallado sobre el progresivo desarrollo de la representación cartográfica de la costa patagónica, fruto de las expediciones náuticas del siglo XVI, la primera y más antigua carta que representa el archipiélago de las Malvinas y la costa oriental de la República Argentina, sería la de Reinel de Top Kapu Sarayi de Estambul, descubierta por el geógrafo francés Marcel Destombes, cuyo dibujo puede fijarse entre el 1522 y el 1524. (Enrique Ruiz Guiñazú, *Proas de España en el mar magallánico*, ediciones Peuser, Buenos Aires, 1945).

[9] El caballero Antonio Pigafetta de Vicenza, que participó en el viaje de Magallanes y fue uno de los 18 sobrevivientes que regresaron a España, dando la vuelta al globo, escribió un informe muy detallado del viaje que, si no se destaca por su exactitud científica, tiene el mérito de ser el más completo, y contiene preciosas noticias y descripciones de la naturaleza de los lugares, de las costumbres y usos de los habitantes, y de las vicisitudes del viaje, de modo que constituye un documento de alto valor histórico y una prueba irrefutable del gran descubrimiento de Magallanes. A la expedición de Magallanes estaban también incorporados otros dos italianos de mérito: Juan Bautista Punzoroli de Sestri, como maestre, encargado de la marcha o derrotero, y León Pancaldo, el cual ocupó el puesto de piloto mayor y fue el autor del precioso *Roteiro* de Magallanes (Cfr. Enrique de Gandía, *León Pancaldo y la primera expedición genovesa al Río de la Plata*, Ateneo Popular de la Boca, Buenos Aires, 1937, pp. 37-40). Otros veinte expertos tripulantes italianos estaban distribuidos en las cinco naves que componían la escuadrilla de Magallanes.

[10] En las relaciones que nos dejaron los cronistas del viaje de Magallanes no se encuentra ningún dato por el cual se pueda deducir que el río Gallegos haya sido descubierto por el piloto Vasco Gallego y denominado así por Magallanes para honrar a su descubridor. Consta, en vez, que fue la expedición de Loaysa la que reconoció este río y lo bautizó río de Santo Alifonso. Con este nombre ya figura en la carta de Diego de Ribero de 1529. En las cartas del Depósito Hidrográfico de Madrid este río está indicado con el nombre de Gallegos (Cfr. M. Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos*, Tomo V, p. 23). El nombre de San Alifonso fue abandonado definitivamente.



Carta de Diego de Ribero (1529)

tres naves y necesitó cuatro meses para cumplir la travesía que Magallanes había efectuado en 27 días. Al salir del Pacífico, una nueva tempestad sorprendió y disgregó a las naves restantes; una de ellas logró llegar hasta Méjico y las otras tres a las Molucas por caminos diferentes: Loaysa murió durante el viaje a causa de una epidemia y cinco días más tarde falleció también Elcano, que le había sucedido en el mando.

La expedición del portugués **Simón de Alcazaba**, que siguió poco después, tuvo una suerte aún peor. Autorizado por el rey de España para conquistar y poblar la extremidad austral de

América, preparó dos buques, embarcando en ellos a 250 hombres, entre tripulantes y pasajeros, y el 21 de septiembre de 1534 salió de Guadalquivir con rumbo al estrecho de Magallanes.

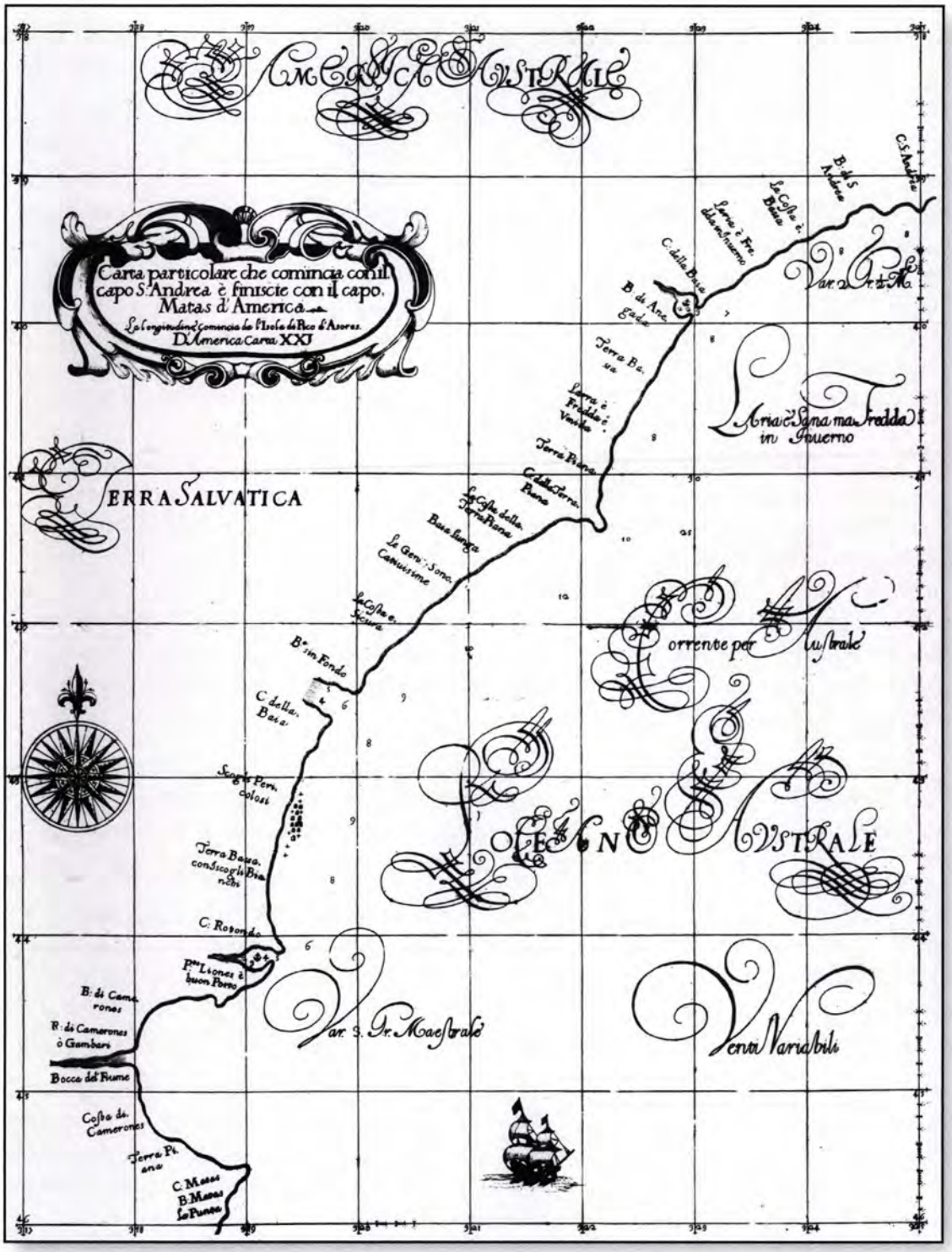
Alcazaba embocó el estrecho el 17 de enero de 1535, pero después de haber recorrido una tercera parte del mismo, fue obligado por la tripulación, atemorizada por la violencia de las tormentas y la dureza del clima, a desandar lo andado. El 26 de febrero, siguiendo la costa patagónica, llegó al cabo Santo Domingo, que llamó Puerto de los Leones. Allí, valiéndose del nombramiento recibido de Carlos V, de gobernador de una extensión de 200 leguas, a elegir en la parte austral del continente descubierto, se hizo reconocer como tal y nombró a su capitanes y subalternos, tomando oficialmente posesión de aquellas tierras. Organizó luego una expedición de 223 hombres para explorar el interior, aunque después de algunos días, no pudiendo resistir las fatigas del viaje, por causa de la edad y de los achaques, regresó a la costa con 30 hombres. Los capitanes y los demás hombres prosiguieron el viaje, teniendo como guía al piloto de la nave "San Pedro", Rodrigo de Islas. Cruzaron el río Senguerr (actualmente río Chico) y el río Chubut, y tras recorrer más de 100 leguas del interior, en 22 días, habiéndoseles agotado los víveres, debieron regresar a los buques, no sin antes haber sufrido muchísimo por el hambre y por otros percances. Al llegar al puerto, algunos de los capitanes se sublevaron, y aprovechando la oscuridad de la noche, sorprendieron a Alcazaba y lo asesinaron con el piloto y con otros. Los revoltosos se dividieron más tarde entre sí y a su vez fueron hechos prisioneros y ajusticiados por un grupo de los mejores elementos, quienes se impusieron, guiados por el contramaestre del buque insignia y por Juan Mori, elegido después comandante. La escasez de víveres, la prisión de Mori a su regreso a España y otros contratiempos hacen de este uno de los más tristes episodios de las expediciones del estrecho.

En los años siguientes, las exploraciones de los navegantes se dirigen a los canales patagónicos y a la embocadura occidental del estrecho de Magallanes, impulsados por los gobiernos de la colonia española, a los cuales interesaba particularmente el dominio sobre aquellas tierras.

Precisamente con la intención de explorar la parte austral de Chile y el estrecho de Magallanes, que después de su descubrimiento había quedado envuelto en el misterio, a pesar de que ya España había enviado algunas expediciones, el célebre piloto **Juan Ladrillero**, por orden del gobernador de Chile, García Hurtado de Mendoza, salió del puerto de Valdivia el 17 de noviembre de 1557 con dos buques: el "San Luis", mandado por él, y el "San Sebastián", al mando de su segundo, Francisco Cortés de Ojea, para llevar a cabo aquella difícil empresa.

La segunda de estas naves, separada poco después del buque insignia durante una violenta tormenta, siguió navegando sola en el laberinto de canales, reconociendo todas las ensenadas que se abrían a oriente, siempre en la afanosa búsqueda del Estrecho[11]. La primera gran ensenada que exploró, descrita detalladamente en el diario de viaje, fue la de Eyre, así llamada y visitada, tres siglos después, por la famosa comisión hidrográfica inglesa al mando de Philip Parker King, el 28 de febrero de 1830.

[11] La expedición quedó dividida, de esa forma, en dos partes y cada una de ellas dejó un informe detallado del viaje.



Litoral argentino de la Patagonia (38° - 46°). Carta grabada por Antonio F. Lucini y publicada en Florencia en 1647 por Sir Richard Dadley en su célebre atlas ***Dell´Arcaico del Mare****, dedicado a Ferdinando II, Gran Duque de Toscana*

Cuatro días (19-22 de diciembre de 1557) empleó Ojea para reconocer, en todo su largo, este vasto seno y el fiordo Falcón, obstaculizado en su avance por un gran número de témpanos que el cronista llama "grandes islas de nieve flotantes" y que provocaron el más profundo estupor entre los navegantes.

Prosiguiendo su navegación al sur, fueron sorprendidos por violentas y sucesivas tormentas, de las cuales a duras penas pudieron salir a salvo sobre el navío desmantelado. Con todos los cables rotos, las velas a pedazos, los árboles deshechos, sin anclas, encontrándose el navío en condiciones que no podía seguir navegando, lo desarmaron y, con la madera y los clavos construyeron un bergantín con el cual les fue posible llegar, después de muchos sufrimientos, a Valdivia.

En cambio, Ladrillero efectuó extensos reconocimientos en las costas orientales del archipiélago de la Madre de Dios, penetró en el canal Concepción, y prosiguiendo su viaje de exploración y descubrimiento, se internó en el gran seno Eyre, en el corazón de la alta cordillera.

No encontrando un paso en el seno Eyre, volvió sobre su camino, y penetró en el canal Messier, que describe en su diario de viaje con mucha precisión. Del canal Messier bajó nuevamente hasta el paso Nelson, y creyendo encontrar aquí la boca del Estrecho, se internó en el que va en dirección noreste. Recorrió los canales San Esteban y Sarmiento, y luego, siguiendo la ruta sur, cruzó el paso conocido en la actualidad con el nombre de Collingwood, entre el continente y la isla Newton, y vino a embocar naturalmente los canales que se insinúan hacia el poniente, en un laberinto de pequeñas sendas, hasta alcanzar el canal de las Montañas y los senos Obstrucción y Desengaño, en la región de Última Esperanza. Cuando se dio cuenta de que aquellos canales no tenían salida al Atlántico, volvió sobre sus pasos, y dirigiendo la ruta nuevamente al sur, recorrió los canales Smyth, que lo llevaron finalmente al estrecho de Magallanes.

Luego de explorar minuciosamente esta primera parte del Estrecho, se detuvo durante 4 meses (desde el 22 de marzo hasta el 22 de julio) en un puerto que llamó Nuestra Señora de los Remedios (tal vez la bahía de Souwy del canal Sea Shell), donde sofocó una revuelta y ahorcó en el árbol maestro a su cabecilla, el portugués Sebastián Hernández.

Reanudada la navegación el 23 de julio hacia oriente, reconoció prolijamente todas las sinuosidades y contornos del Estrecho, y el 9 de agosto de 1558, habiendo llegado a la vista de la boca oriental del mismo cerca de la punta San Gregorio, tomó posesión de aquel y de las tierras lindantes, en nombre del Rey de España, del Virrey del Perú y del Gobernador de Chile.

Desde este puerto regresó a Valdivia para informar sobre sus descubrimientos. Cuando llegó lo acompañaban solamente cuatro marineros, ya que todos los demás habían fallecido a causa de las privaciones y las fatigas del viaje.

Las descripciones que nos ha dejado Ladrillero en su diario de viaje sobre la hidrografía, orografía y climatología de la región recorrida, como también sobre las costumbres de los indígenas encontrados en su camino, son de una minuciosidad y exactitud que rara vez se encuentran en los exploradores del siglo XVI. Sólo tres siglos después, cuando eminentes exploradores y



Litoral argentino de la Patagonia (46° - 52°). Carta del atlas ***Dell´Arcaico del Mare****, grabada por Antonio F. Lucini, Florencia, 1647.*

navegantes recorrieron en su interior este laberinto de canales, se pudo constatar la exactitud de las observaciones hechas por este hábil piloto.

Siguieron otras expediciones organizadas por el virrey del Perú y el gobernador de Chile, pero de estas no queda más memoria que la de los sufrimientos y naufragios, sin que se llegara a alcanzar ninguno de los objetivos propuestos. Se hizo entonces un gran silencio en torno a las regiones del sur, a las cuales los marineros tenían un profundo horror, y los desastres ocurridos daban motivo para creer que el estrecho se hubiese cerrado por alguna convulsión terrestre, como lo afirma el mismo Ercilla en su *Araucana*[12].

Pronto debían despertar de este letargo los españoles de Chile y Perú por las correrías del célebre corsario inglés Francisco Drake, el terror de los españoles, quien habiendo salido de Plymouth el 13 de diciembre de 1577, entró en el puerto de San Julián el 20 de junio de 1578. Allí Drake condenó a muerte al segundo jefe de la escuadra, Tomás Doughtie, que había intentado amotinar a la tripulación para regresar a Inglaterra, denominando "Isla de la Justicia" al lugar de la ejecución.

En San Julián, Drake tuvo también un combate con los Patagones, siendo muertos por las flechas de los salvajes dos de sus marineros.

El 20 de agosto Drake penetró en el estrecho y, después de haberlo cruzado con toda facilidad, en sólo 17 días se lanzó hacia el norte, cayendo sobre los puertos del Pacífico y saqueándolos. Regresó a Inglaterra el 3 de noviembre de 1580, cargando inmensos tesoros, a los tres años de su partida y con la gloria de haber cumplido la segunda vuelta alrededor del mundo.

Alarmado el virrey del Perú por las depredaciones de toda clase llevadas a cabo por Drake y con la intención de destruir las colonias que creía que aquél había fundado en el estrecho, hizo preparar dos navíos que puso a las órdenes del renombrado piloto **Pedro Sarmiento de Gamboa**. Esta primera expedición de Sarmiento salió del Callao el 15 de octubre de 1579 y, desde los 49° de latitud, comenzó la exploración de la intrincada red de canales y del enjambre de islas de la Patagonia occidental.

Penetró en un canal dirigido al sureste al que llamó golfo de la Trinidad; luego de anclar en el puerto del Rosario, envió una embarcación a reconocer dicho canal, que doblaba al suroeste, saliendo otra vez al mar océano, uniéndose con otro más extenso, a quien Sarmiento dio el nombre de Concepción.

Grandes trabajos costó el relevamiento de este gran archipiélago, que resultó estar formado por 85 islas, entre grandes y pequeñas, de las cuales tomaron posesión y trazaron un primer mapa.

---

[12] Por falta de Piloto, o encubierta
causa, quizá importante y no sabida,
esta secreta senda descubierta
quedó para nosotros escondida:
ora sea yerro de la altura cierta,
ora que alguna Isleta removida
del tempestuoso mar y viento airado
encallando en la boca la ha cerrado.
(El Estrecho, *Araucana*, parte I, canto I, oct. 9)

Desde puerto Bermejo, en la costa norte del canal Concepción, Sarmiento envió por dos veces algunas embarcaciones menores, para buscar en las tierras que se encuentran al oeste un paso al Magallanes. En el primer viaje, del cual participó él también, navegando al sur del canal Concepción, llegaron hasta el canal Blas, pero al encontrarlo cerrado, después de trece días tomaron el camino de regreso, pasando por el canal Santa Clara, hoy Rayo o González. En otro viaje se dirigieron al sursureste por un canal (tal vez el Sarmiento), internándose hasta los 52° sin encontrar un paso hacia el oeste, y por eso regresaron a bordo por el mismo. Al constatar que en aquel lugar no había paso para el Estrecho, Sarmiento decidió salir al mar por el sur del cabo Santa Lucía; después de angustias inenarrables, en que el bergantín corrió peligro de naufragar, entró por fin en el Estrecho el 23 de enero de 1580 por el cabo que él llamó Espíritu Santo, y que hoy es conocido con el nombre de Pilar.

Ancló en el puerto Misericordia (hoy Mercy) en la extremidad noroeste de la isla Desolación, luego en la Candelaria (hoy Tuesday), un poco más al este, donde quedó 15 días, rehusándose a acceder al pedido de los pilotos de tomar la vía de regreso. Reanudado el viaje a lo largo del estrecho, se dedicó a un estudio prolijo de la costa, de los fenómenos naturales y de los indígenas, dando a cada lugar un nombre apropiado.

El 25 de marzo salió del estrecho con rumbo a España, adonde llegó el 15 de agosto, llevando consigo la mejor descripción que se había hecho hasta entonces del estrecho de Magallanes.

El rey de España, Felipe II, alentado por las halagüeñas declaraciones de Sarmiento, quien afirmaba "ser tan fácil como necesario fortificar por ambas costas la primera estrechura y poblar el estrecho más adelante", ordenó que se equipara una poderosa escuadra de 23 navíos, que puso bajo el mando de Diego Flores de Valdés y de Sarmiento*.

La escuadra salió de Sevilla el 25 de septiembre de 1581, pero fue desdichada desde los primeros días, a causa de las tormentas, defecciones y repetidos naufragios. Por fin, después de dos años y medio, cinco buques pudieron embocar el Estrecho, y a pesar de las tempestades, 300 personas bajaron a tierra y fundaron, el 5 de febrero de 1584, la ciudad Nombre de Jesús, en un valle próximo al cabo Vírgenes.

En ese intervalo tres naves huyeron a España, quedando Sarmiento únicamente con la "María", la cual prosiguió a punta Santa Ana, donde debía fundarse una nueva colonia; Sarmiento continuó el viaje por tierra con 100 arcabuceros.

El viaje fue por demás penoso, a causa de las dificultades del camino, la falta de víveres y los ataques de los indígenas; pero finalmente, cuando los soldados, ya cerca de la meta, agotados por la fatiga y el hambre, estaban por amotinarse, la vista del buque "María", que iba en su ayuda, tranquilizó los ánimos. Reunidos con el buque en el lugar indicado, Sarmiento fundó con las formalidades acostumbradas, el 25 de marzo de 1584, la segunda colonia, que llamó Ciudad del Rey Don Felipe, y que luego se conoció con el nombre de Puerto del Hambre.

*En realidad Pedro Sarmiento fue un tercerón en el viaje, habiendo sido injustamente preterido en la decisión real por el incompetente Diego Flores de Valdés en el mando de la expedición pobladora y por el almirante Diego de la Ribera, en la dirección de la flota. Su autoridad sólo debía comenzar una vez que se encontraran en el estrecho de Magallanes (en la tierra firme del mismo), en calidad de Gobernador y Capitán General del Reino de Jesús, que así se habría de denominar la nueva provincia hispana en el sur de América (N. del E.).

Habiéndose embarcado nuevamente para ir a visitar a la nueva colonia, que estaba ocupada en fortificar el Estrecho, una furiosa tormenta lo obligó a salir al Atlántico; pero, como la tormenta duró más de 20 días, fue obligado a regresar a la costa de Brasil, donde la "María" naufragó.

Desde allí Sarmiento trató de enviar socorro a sus dos colonias, pero no le fue posible. Entonces decidió volver a España, pero en las costas del Brasil fue tomado prisionero por corsarios ingleses, que lo llevaron a Inglaterra. Solamente cuatro años después, tras mil peripecias y sufrimientos, pudo regresar a España para pedir ayuda al Rey Felipe. Pero era demasiado tarde: las dos colonias del estrecho habían dejado de existir, víctimas del hambre. En este tiempo, otro audaz corsario inglés, **Tomás Cavendish** o Candish, estimulado por la fama y las riquezas que había adquirido Drake en sus viajes, armó, a su costa, tres navíos y el 21 de julio de 1586 salió de Plymouth en dirección a las Indias Occidentales con el propósito de destruir y saquear las colonias españolas del Pacífico.

Mientras costeaba la Patagonia con la intención de saquear los buques españoles que creía cargados de tesoros, ancló en una bahía al norte de San Julián, que él llamó Deseado, por el nombre que llevaba uno de los navíos, "Desire", y allí tuvo un choque con los Patagones.

Prosiguiendo hacia el sur, el 6 de enero de 1587, penetró en el estrecho, y reconociendo la costa septentrional, recogió junto a la colonia Nombre de Jesús fundada por Sarmiento de Gamboa, a un español llamado Tomás Hernández, de quien supo el triste fin de los habitantes de aquella colonia que de 300, se había reducido, a causa de las enfermedades y los sufrimientos, a 15 hombres y 3 mujeres*. En vez de ayudarlos, Cavendish, volviendo al buque y en vista de que el tiempo era favorable, prosiguió el viaje por el Estrecho, ancló en la segunda colonia del Rey Don Felipe, que llamó Puerto del Hambre, se abasteció de agua y madera, valiéndose de las ruinas de aquella desdichada población, y "esperó para tomar su artillería, ya que no había esperado para salvar a sus míseros habitantes"[13]. Luego de salir del Estrecho y soportar fuertes tormentas en el Pacífico, se dirigió a la costa de Chile, para saquear aquellas poblaciones, y después de algunas felices tentativas regresó a Inglaterra en 1588 por el cabo de Buena Esperanza.

En un segundo viaje (1591), Cavendish perdió la vida; le sucedió en el mando **John Davis**, quien visitó dos veces Puerto Deseado y exploró dos veces el río del mismo nombre en una extensión de 20 millas, teniendo encuentros amistosos con los Patagones, que eran unos mil.

En septiembre de 1699, **John Narborough** reinició los viajes de los ingleses a las tierras magallánicas para estudiar la hidrografía, el clima, las producciones, la naturaleza y las costumbres de los indígenas, haciéndoles muchos regalos en la esperanza de obtener a cambio el oro que los europeos creían tan abundante en Chile. El 21 de febrero de 1670 se encontraba frente a las costas patagónicas, y luego de practicar algunos reconocimientos cerca del cabo Blanco, bahía de los Desvelos, bahía Spring e isla de los Pingüinos, ancló en Puerto Deseado, del cual tomó posesión,

*El avistamiento y encuentro recíproco de españoles e ingleses tuvieron lugar en algún punto de la costa continental situada entre la primera angostura del estrecho y el cabo Posesión (N. del E.).

[13] *Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes de la fragata "Santa María de la Cabeza"*, Madrid, 1788, p. 243.



Mapa de la Patagonia y Tierra del Fuego, del Padre P. M. Coronelli (1688)

con toda la solemnidad de costumbre, en nombre del rey de Gran Bretaña. Allí construyó luego un fortín, sobre el cual enarboló la bandera de su patria y trató de abrir relaciones de comercio con los indios Patagones, pero con resultado negativo, siéndole de mayor ventaja la caza de los lobos de mar y de los pingüinos, de los cuales recogió cien mil huevos.

Avanzando hacia el sur, el 2 de abril llegó a puerto San Julián, donde pasó el invierno. A pesar del frío, conjuntamente con un grupo de oficiales, entre los cuales un tal Mr. Wood, segundo comandante, que dejó su nombre a un monte que se levanta cerca del puerto, siguió estudiando el clima, las producciones del país y sus habitantes. Al llegar la primavera, salió para el Estrecho con un tiempo favorable y dio nombre a la punta norte y al cabo Fairweather (buen tiempo) en la latitud 51°, 34', cerca de la embocadura del río Gallegos.

Hasta esa época los estudios y exploraciones que habían efectuado las expediciones dirigidas al Estrecho se limitaban únicamente al litoral de la costa patagónica, pero el interior permanecía aún totalmente ignorado, ya que jamás se había adentrado alguien en aquellas llanuras inmensas, con la excepción de las breves excursiones de Alcazaba y Davis, a las que ya nos hemos referido*.

Debía ser un misionero italiano, el **P. Nicolás Mascardi**, jesuita, nacido en Roma el 30 de septiembre de 1625, el primero en cruzar la Patagonia de un extremo al otro, desde la Cordillera al Atlántico, del lago Nahuel Huapi al estrecho de Magallanes, levantando el velo misterioso que hacía siglos la encubría.

La poética leyenda de la Ciudad de los Césares, el país dorado de los españoles, que se creía existía al interior de esta región, fue el aliciente poderoso que indujo al P. Mascardi a dejar Chiloé, centro principal de las misiones jesuíticas, y emprender largos y peligrosos viajes a través de la cordillera y en las pampas desconocidas de la Patagonia para averiguar qué había de verdad en aquel antiguo y atrayente mito y dedicarse al mismo tiempo a la conversión de los indígenas[14].

Le brindaron la oportunidad algunos indígenas Puelche, hechos prisioneros por los españoles y por él puestos en libertad. Esos indígenas le dieron noticias sobre la Ciudad de los Césares, que no era otra cosa que los restos de las colonias españolas fundadas por Pedro Sarmiento en el estrecho de Magallanes y sobre las cuales circulaban los cuentos más fantásticos. Los indígenas le prometieron facilitarle el camino hasta que pudiese llegar[15].

---

*Inexplicablemente, en esta síntesis histórica el Padre De Agostini no recogió la información acerca de lo acontecido durante el trayecto de John Narborough por el Estrecho de Magallanes en sus viajes de venida y regreso (1670-71), durante los que se realizaron numerosas observaciones y trabajos de tal importancia que le han ganado a la expedición inglesa en cuestión el reconocimiento como la primera de carácter propiamente científico en la historia magallánica (N. del E.).

[14] La Ciudad Encantada de los Césares, creada por el espíritu romántico de los conquistadores españoles, no satisfechos de tantas riquezas acumuladas en los templos y palacios de los incas, constituyó para muchos de estos ilusos la quimera fantástica de las riquezas que los impulsaba a buscar afanosamente una población misteriosa, que todos describían, pero que nadie había logrado descubrir. Las más insulsas y extravagantes afirmaciones acerca de la existencia de la misteriosa ciudad y de sus riquezas fabulosas, divulgadas y creídas como verdaderas, fueron recopiladas en 1782 en nueve tomos por el fiscal de Chile por orden del gobierno español, que preparaba su definitiva conquista. Algunos opinaban que esa ciudad habría sido fundada por los españoles, que habían logrado huir de Osorno y de las otras ciudades destruidas por los araucanos en 1599, y otros, que había sido fundada por los restos de las tripulaciones de los navíos naufragados en el estrecho de Magallanes. Los geógrafos colocaban la ciudad encantada en un valle de la cordillera nevada, entre los 45° y 50° de latitud austral, pero había también quienes la creían más al norte, sobre las orillas el lago Nahuel Huapi o entre los indios Chiquitos, en tanto que otros la buscaban sobre la costa del Atlántico. La descripción que hacían de la ciudad y de la región limítrofe era de lo mas seductora. Estaba ubicada en el centro de un lago pintoresco. Tenía los muros con fosos circundantes y una sola entrada, protegida por un puente levadizo y por artillería. Sus edificios eran suntuosos, casi todos de piedra trabajada, con techo a la manera de España. Ninguna cosa igualaba la magnificencia de los templos, recubiertos de plata maciza, y de este mismo metal eran las ollas, cuchillos y hasta los arados. Para formarse una idea de sus riquezas, basta saber que los habitantes descansaban en sillones de oro. (Ver Pedro de Angelis, *Colección y Documentos, Derroteros y Viajes a la Ciudad de los Césares*, Vol. I, Buenos Aires, 1910, p. 353).

[15] Entre estos prisioneros había algunos caciques y personas destacadas y una india muy noble a quien llamaban la Reina, por ser esposa del cacique principal que vivía en los confines del estrecho de Magallanes. (Ver Amunátegui, C. c. t. III, p. 83, en *Viajes de Fray Francisco Menéndez a Nahuel Huapí*, por Francisco Fonck, p. 35).

En 1670, acompañado por los mismos Puelche y Poyas, ya neófitos, cruzó la Cordillera y llegó a las orillas meridionales del lago Nahuel Huapi, donde fundó una pequeña misión, que consistía en una capillita y una pobre cabaña, y se dedicó de inmediato a la predicación en idioma poya, convirtiendo a muchos indígenas.

Establecida así su misión en Nahuel Huapi, el P. Mascardi emprendió en el curso del mismo año un largo viaje a las laderas orientales de la Cordillera, para conducir a sus propias tierras a los indígenas por él libertados. Parece que en el curso de este viaje llegó al estrecho de Magallanes. Al año siguiente, 1671, recorrió las mismas tierras, y cruzando la Cordillera muy al sur, tocó las costas del Pacífico. En 1672 emprendió un tercer viaje, acompañado por un gran séquito de caciques e indígenas y alcanzó las costas del Atlántico, logrando descubrir, con gran desengaño para él, las habitaciones desiertas de los ingleses que eran las mismas que había construido la expedición de Narborough, en el puerto de San Julián.

No encontrando en aquellas costas a los españoles que buscaba, regresó del océano a las laderas de la cordillera nevada, cruzando las vastas llanuras patagónicas, donde vivían numerosos salvajes, empleando en esta apostólica misión cuatro meses y medio bautizando un gran número de indígenas. Hacia fines de la primavera de 1673, el Padre Mascardi emprendía una cuarta expedición hacia el sur, decidido a no volver antes de haber descubierto la Ciudad de los Césares, o comprobar, por lo menos, que no existía.

Acompañado por el cacique Manqueunai, su buen amigo, que le hacía de guía, el incansable apóstol llegó a los 47° de latitud, pero, acometido aquí por una multitud de indios infieles, fue bárbaramente asesinado con su guía, herido de muerte por tres flechas que le atravesaron el pecho.

Su muerte prematura no permitió que sus viajes fuesen convenientemente descritos y recordados; por ello las noticias que acerca de los mismos nos dejó su biógrafo, el Padre Rosales, son un poco contradictorias y vagas, de modo que no proporcionaron aquella contribución a los conocimientos geográficos del interior de la Patagonia, que era dado esperar después de viajes de exploración y misión tan largos e importantes, en los cuales el historiador chileno Barros Arana dice haber "algo de prodigioso".

Mientras tanto, el gobierno colonial español de Buenos Aires, preocupado por el futuro de las masas de infieles que poblaban las extensas regiones del sur, hasta el estrecho de Magallanes, y a fin de tener noticias más exactas de las posiciones geográficas de los puertos de la Patagonia y de la configuración de la costa, organizó algunos viajes de exploración con la finalidad principal de fundar una misión jesuítica en San Julián, para convertir a los infieles.

Este era precisamente el intento de la expedición que partió a bordo de la "San Antonio" al mando de don Joaquín Olivares e integrada por los misioneros jesuitas **José Quiroga, Mateo Strobel** y **José Cardiel**, que en 1754 fue costeando todo el litoral patagónico hasta Gallegos. El P. Cardiel, desde el puerto San Julián, efectuó con una escolta de 34 soldados y marineros, una excursión por el interior, recorriendo 25 leguas a pie, sin poder encontrar a los indígenas, que él buscaba vivamente para dar comienzo a su misión.



La Patagonia austral y Tierra del Fuego, según un mapa de P. Berti. Amsterdam, 1606

El P. Quiroga, ilustre astrónomo de aquel tiempo, se dedicó atentamente al estudio de la costa patagónica y particularmente de sus puertos: Deseado, San Julián, San Gregorio, y cabo de Matas, fijando con precisión la posición astronómica de los lugares, determinando y rectificando la latitud y longitud y recogiendo noticias y descripciones muy precisas sobre la navegación, condiciones meteorológicas, movimiento de las mareas, etc., que sirvieron para disipar algunos prejuicios y falsedades esparcidos por diversas publicaciones de aquella época.

En 1747, otro misionero jesuita, el **P. Tomás Falkner**, inglés nacido en Manchester en 1707, por invitación del gobernador de Buenos Aires, el general José Andonaegui, que deseaba evangelizar a los indios Aucas al sureste de la provincia de Buenos Aires, fundó en la sierra del Volcán, en las proximidades de Bahía Blanca, la misión de la Virgen de Luján, desde donde irradió, durante 20 años, su magnífica actividad de misionero y hombre de ciencia por toda la Patagonia septentrional y la pampa.

En estos viajes no sólo desplegó todo su celo de misionero en beneficio espiritual de los indígenas, visitándolos en sus chozas, instruyéndolos, bautizándolos, sino que se dedicó con pasión al estudio físico de la naturaleza, de la constitución del terreno, de la profundidad y origen de los principales ríos y lagos, de la flora, la fauna y el clima. Aprendió la lengua de los Moluche, un



Encuentro amistoso del comodoro John Byron y sus tropas con los indios Patagones

dialecto araucano, y con esta facilidad de conversar con los indios, supo granjearse su amistad y pudo recoger datos etnográficos muy preciosos acerca de las diversas razas, que en aquel entonces poblaban la Patagonia y la pampa oriental. Fruto de estos estudios y observaciones suyas y de sus hermanos misioneros, fue una obra muy apreciable, *Descripción de la Patagonia*, publicada en el año 1774 en Inglaterra, la que suscitó enorme interés en aquel país y en toda Europa.

La Patagonia fue revelada de esta forma, a todo el mundo, no ya como una región estéril, habitada por indígenas gigantes y feroces, sino como una región que, si bien contenía terrenos áridos y desérticos en el litoral, encerraba en cambio grandes ríos navegables, valles fertilísimos, zonas de buenos pastoreos, inmensos bosques en la Cordillera, lagos y montes encantadores cubiertos de nieves eternas, indígenas hospitalarios y afectuosos: la Patagonia, debidamente poblada, podía transformarse en una región productiva y rica.

La constante emulación que reinaba entre las naciones europeas en el siglo XVIII, para conocer nuevos países y llevar a cabo nuevos descubrimientos, indujo a Inglaterra a una expedición de carácter científico que, teniendo como finalidad un viaje de circunnavegación por el hemisferio meridional, fuera, al mismo tiempo, de descubrimiento y de conquista.

Fue esta la expedición del Comodoro **John Byron**, que salió de Inglaterra el 24 de junio de 1764 al mando de los navíos "Dolphine" y "Tamar", con la misión secreta de tomar posesión de las islas Falkland y de proseguir luego por el estrecho de Magallanes su viaje alrededor del mundo.

El 21 de noviembre del mismo año, J. Byron tocó la costa patagónica y penetró en Puerto Deseado, donde permaneció anclado hasta el 5 de diciembre. Efectuó algunas excursiones al interior, para estudiar aquellas tierras, de las cuales describió las condiciones físicas, la fauna y la vegetación. Luego, viajando por el sur, fue buscando en vano la imaginaria isla Pepys, de la cual hablaba un diario de antiguos capitanes filibusteros, y el 21 de diciembre penetró en la boca oriental del estrecho de Magallanes.

Al pasar el cabo de las Vírgenes, los ingleses avistaron desde sus buques un número considerable de hombres a caballo, que desde la orilla agitaban una especie de bandera blanca, haciéndoles señas de bajar a tierra.

Byron, impulsado por la curiosidad de conocer a aquellos indígenas, sobre cuya gigantesca estatura se había escrito tanto, hizo arrojar a la mar su bote y se embarcó con algunos oficiales y un destacamento de soldados bien armados. Cuando llegaron a poca distancia de la playa, vieron que aquel grupo de indígenas estaba compuesto por unos 500 hombres, algunos de a pie y gran parte a caballo: había también numerosas mujeres y niños. El encuentro fue de lo más amistoso y Byron pudo hacerse entender por medio de señales y gestos, por aquellos pobres indígenas salvajes, a quienes regaló collares de vidrio, cintas, cuchillos y otras bagatelas, que fueron recibidas con grandes manifestaciones de alegría.

Después de que el P. Falkner hubo revelado con su libro los secretos de la Patagonia no sólo a sus connacionales sino también a los españoles, estos se decidieron de inmediato a tomar posesión de ella, estableciéndose allí sólidamente, recorriendo puertos y fundando pueblos sobre la costa del Atlántico, hasta el estrecho de Magallanes, antes de que Inglaterra llegara a apoderarse de dichas tierras[16].

Así tuvieron origen nuevas expediciones colonizadoras a las costas patagónicas, organizadas por el Gobierno español, las cuales, aunque no lograron un resultado práctico inmediato, ofrecieron, sin embargo, datos útiles para el futuro progreso de aquellas regiones. La más importante y provechosa de estas fue la de don **Antonio Viedma**.

Salió de Montevideo el 13 de enero de 1780 al mando de una flotilla de cinco navíos bien equipados y bien abastecidos de vituallas, de utensilios y de material para dar comienzo a un establecimiento. Después de tocar, en el trayecto, los puertos de San Gregorio y Santa Elena, el 1 de agosto llegó al puerto de San Julián, tomando solemne posesión en nombre de su soberano.

Las excelentes cualidades del puerto y la bondad de los terrenos y de las aguas indujeron a Viedma a establecer allí una colonia, y escribió al virrey para obtener la autorización correspondiente. El 14 de abril prosiguió hacia el sur para reconocer el río Santa Cruz, pero,

[16] El naufragio del buque español "Purísima Concepción", ocurrido en la costa oriental de Tierra del Fuego el 9 de enero de 1765, y el regreso de los 197 náufragos a Buenos Aires en la goleta "Nuestra Real capitana San José y las Ánimas del Buen Suceso", construida con los restos del primero, y las dolorosas noticias de los sufrimientos producidos por la falta de centros poblados en aquellos parajes, parece que influyeron poderosamente sobre las autoridades de la Metrópoli para apresurar el establecimiento de colonias en el litoral patagónico. Es así como se efectúan las expediciones del teniente de fragata don Manuel Pando en el bergantín "San Francisco de Paula" (1768); del capitán de fragata don Domingo Perler en el bergantín español "Andaluz" (1767-68); del teniente de navío don Francisco Gil y Lemos (1768-69), comandante de la fragata "Santa Rosa", y del piloto don José Goicochea en el bergantín "San Francisco de Paula" (1770). (Ver Héctor R. Ratto, *Actividades marítimas en la Patagonia durante los siglos XVII y XVIII*, Buenos Aires, 1930).

sorprendido por una tempestad, fue obligado a retroceder y fondear en puerto Deseado, donde decidió pasar el invierno. El rigor del frío y la escasez de víveres agotaron las fuerzas hasta de los más robustos, y numerosos marineros y colonos fallecieron a causa del escorbuto. El 12 de noviembre llegó la nave "Carmen", con víveres y nuevo personal, sacándolos de sus angustias y trayendo la orden del virrey de fundar la nueva población de San Julián.

Don Antonio Viedma salió con rumbo a este puerto el 21 de noviembre, para dar comienzo a la fundación de la nueva colonia de Floridablanca, con la construcción de las viviendas y de un fortín.

Aquel invierno fue excesivamente rígido, y muchos sucumbieron atacados por el escorbuto, por el frío intenso y por la falta de alimentos. Al llegar la primavera, la población se reanimó un poco gracias al arribo de buques con vituallas. Don Antonio Viedma pensó entonces en emprender por tierra el reconocimiento del río Santa Cruz, en el cual, según las referencias de los indígenas, abundaba la madera de construcción. Salió de San Julián el 7 de noviembre de 1782 con algunos de los suyos y con un grupo de indígenas Patagones y su cacique. Siguiendo la dirección suroeste, el 16 de noviembre cruzaron el río Chico y al día siguiente, después de 14 leguas de marcha, llegaron a un río mucho más notable, llamado Chalía por los indios y que, según ellos, tenía origen en otro lago situado en la región cordillerana y era tributario del río Santa Cruz.

Estimándolo demasiado profundo para vadearlo, siguieron su curso, hasta que encontraron un paso en el lugar llamado por los indios Quesanejes (hoy Piedra Clavada). Después de recorrer 16 leguas, llegaron al "gran lago", desde donde, según los indios, salía el río Santa Cruz, y acamparon en sus orillas en un punto llamado Copar.

Viedma costeó por ocho leguas la orilla norte de este lago, que hoy merecidamente lleva el nombre de su descubridor, adentrándose en dirección noroeste, donde aparecían manchones de árboles; pero al llegar allí, no encontró sino arbustos retorcidos, útiles únicamente para leña de quemar[17].

Los ríos, que iban creciendo por el deshielo de las nieves, obligaron a Viedma a regresar en seguida, lo que se efectuó rápidamente y sin incidente alguno. Llegó a San Julián el 3 de diciembre, después de casi un mes de ausencia, durante el cual los patagones prestaron a Viedma una ayuda tan amistosa como indispensable.

España, siempre preocupada por consolidar su poder en sus colonias y convencida de la necesidad de efectuar una expedición científica que ratificara los descubrimientos ya hechos en las tierras australes de América, preparó una expedición científica que confió al ilustre almirante italiano **Alejandro Malaspina**. Este salió de Cádiz el 30 de julio de 1789 y a fines de ese año la escuadra exploradora, formada por las naves "La Descubierta" y "La Atrevida", fondeó en las

[17] En los siguientes términos describe Viedma el aspecto de la Cordillera que se yergue imponente hacia occidente del lago y señala la configuración particular de las dos cumbres predominantes que corresponden hoy día al monte Fitz Roy y monte Torre: "En el fondo de esta ensenada (del lago) hay dos piedras en forma de dos torres, sin nieve, una más alta que la otra, y cuyas puntas, muy agudas, superan en altura a todas las otras montañas cercanas, y los indígenas las llaman Chaltel" (Ver Pedro de Angelis, *Colección de obras y documentos relativos a la Historia del Río de la Plata*, Tomo V, Diario de Viedma, p. 483, Buenos Aires, 1910).

costas patagónicas, comenzando un estudio prolijo de aquellos puertos, desde el río Negro hasta el estrecho de Magallanes, haciendo relevamientos y estudios hidrográficos y naturalistas de suma importancia y recogiendo preciosas noticias sobre la vida y las costumbres de los Patagones.

Después de un largo intervalo en los viajes a esta región, debido a las guerras napoleónicas y a la independencia americana, la marina británica comenzó en 1826 con los buques "Beagle" y "Adventure", al mando del capitán **Philip Parker King**, un nuevo y largo período de exploraciones científicas al archipiélago de Tierra del Fuego y a las costas y canales patagónicos, seguidas desde 1832 hasta 1836 por el célebre capitán **Roberto Fitz Roy**, a quien se unió en 1831 el naturalista **Carlos Darwin**.

En estos viajes fueron estudiadas hidrográficamente y relevadas todas las costas orientales de la Patagonia, desde la bahía Blas hasta el estrecho de Magallanes, y las occidentales de los canales que se extienden hasta el cabo Tres Montes, a lo largo del Pacífico.

Fueron también visitados y relevados los canales y fiordos internos, y particularmente el que denominaron Eyre, donde observaron glaciares muy extensos que bajaban de elevadas cadenas de montañas interiores cubiertas de nieve y donde vieron flotar sobre las aguas un gran número de témpanos.

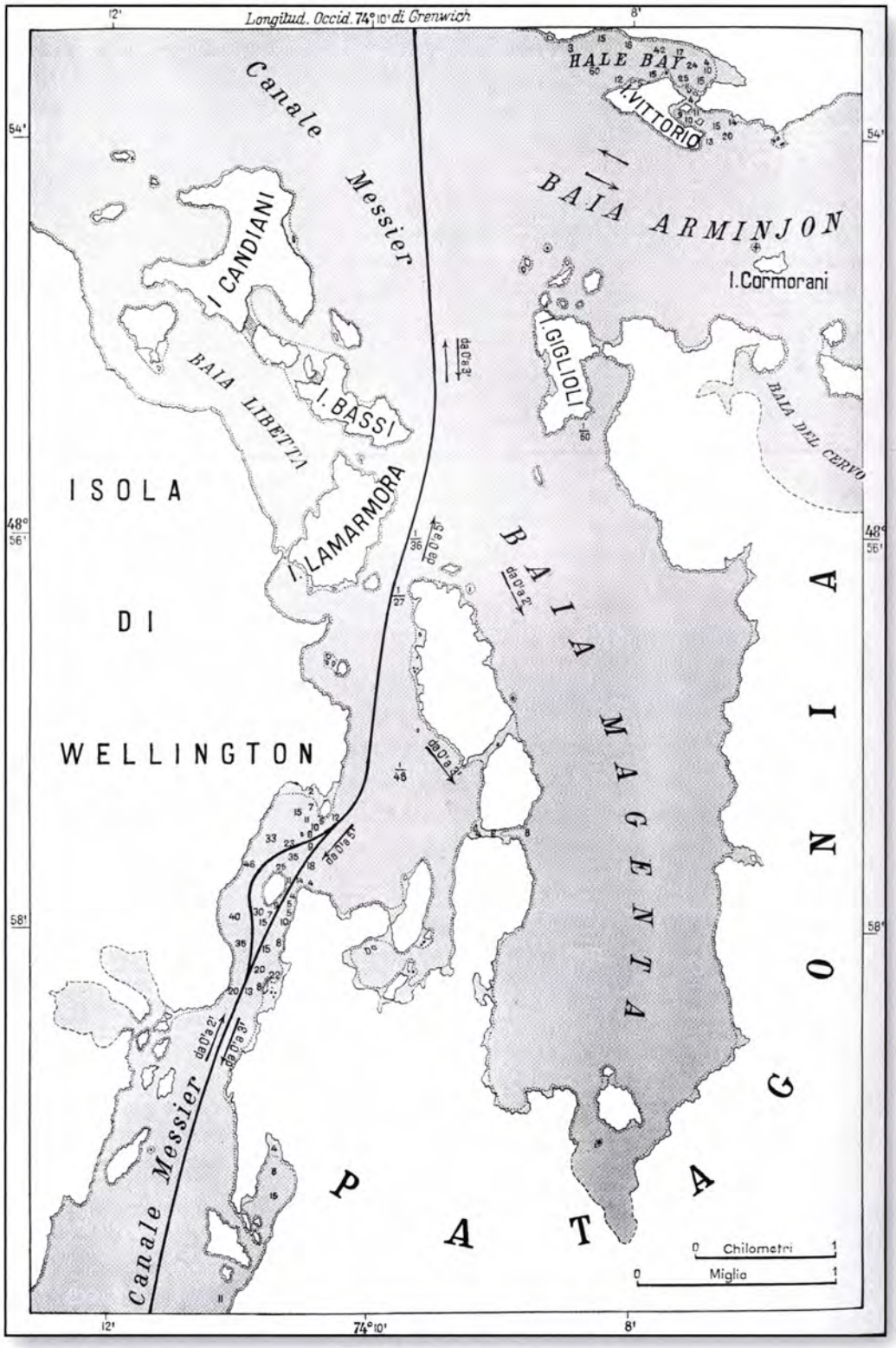
En abril de 1834, el comandante Fitz Roy inició, juntamente con Darwin, la exploración del río Santa Cruz, sobre la vertiente del Atlántico, embarcando en tres chalupas a 5 oficiales y 18 marineros.

La navegación a lo largo del río fue muy fatigosa, viéndose obligados en muchos puntos a arrastrar la embarcación por la orilla. Después de haber recorrido 245 millas desde la embocadura, debido a la escasez de víveres y en vista de que la Cordillera de los Andes distaba unas 30 millas, decidieron regresar. Bajaban velozmente el río, y el 18 de mayo, después de 21 días de expedición, alcanzaron el buque "Beagle".

Fitz Roy denominó llanura del Desengaño la depresión lacustre del lago Argentino, avistada desde lejos y juzgada una llanura; dio también los nombres de Stokes, Hobler y Castillo a tres elevaciones.

Darwin, en esta excursión por el interior inexplorado de la Patagonia, recogió datos preciosos sobre la flora, fauna y estructura geológica del terreno; pero sus desalentadoras apreciaciones sobre su productividad, expresadas con las palabras "sobre esta tierra pesa la maldición de la esterilidad", arrojaron siniestra luz sobre las posibilidades económicas de la región. Viajeros posteriores pudieron quitar este falso concepto de la esterilidad del suelo e inducir a los colonos a ocupar esas tierras llevando a las mismas la industria del pastoreo, que hoy, solamente en el territorio de Santa Cruz, cuenta con siete millones de cabezas*.

*Esta dotación ovina correspondió efectivamente a la del período álgido de la explotación ovejera en el territorio santacruceño, como en toda la Patagonia, cantidad que pasó a reducirse sensiblemente a contar del tercio final del siglo XX debido principalmente a los abusos del sobrepastoreo al cabo de un siglo de actividad. Hoy esa dotación se estima en menos de tres millones de cabezas (N. del E.).



Plano de la Angostura Inglesa, levantado por la R. Corbeta Italiana "Magenta", noviembre, 1867

El almirantazgo británico, a fin de precisar aun más los conocimientos y los estudios hidrográficos realizados por Parker King y Fitz Roy en las tierras australes de la Patagonia, envió al estrecho de Magallanes la corbeta "Nassau" a las órdenes del capitán **Ricardo C. Mayne**, quien desde 1866 hasta 1869 efectuó minuciosas exploraciones y estudios en el estrecho de Magallanes y en los canales occidentales hasta el golfo Penas. Reconoció los canales Smyth, Mayne, Grau, Sarmiento, Concepción, Wide (Ancho), paso del Indio y Messier. Pasando luego más al norte, prosiguió los estudios en el golfo San Esteban, en las costas de la península de Taitao y en el archipiélago de los Chonos. A esta expedición estaba también incorporado el naturalista Roberto O. Cunningham, que publicó una obra interesante sobre la fauna y la flora del estrecho de Magallanes y de los canales patagónicos.

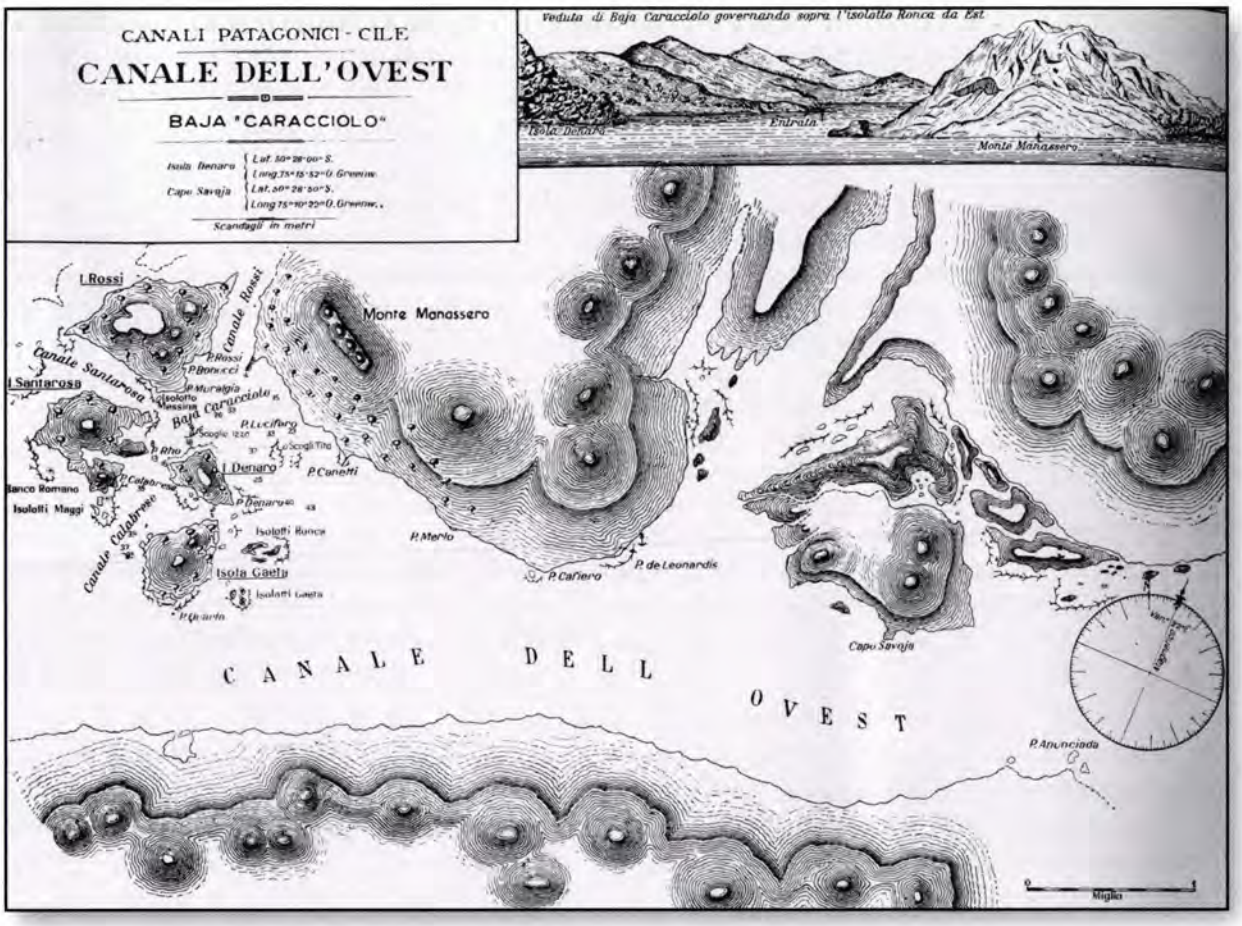
Fruto de estos viajes fue un gran número de relevamientos hidrográficos de los puertos, fondeaderos, canales e islas y nuevas observaciones y estudios que, recogidos en un volumen, formaron una buena guía hidrográfica de toda esta región, obra que fue más tarde traducida al español, para uso de la Marina chilena.

También la Marina italiana quiso participar del movimiento científico de los otros países y cooperar en el reconocimiento de aquellas lejanas regiones. Inició la serie de estas exploraciones científicas, en 1866, la corbeta "Magenta", al mando del capitán de navío **Arminjon**, que en su viaje alrededor del mundo se detuvo en los canales patagónicos, cumpliendo un plan detallado, con numerosos sondajes de la Angostura Inglesa y sus adyacencias. Tomó parte en esta expedición el naturalista Enrique Giglioli, quien efectuó importantes estudios e investigaciones sobre la flora y la fauna, publicándolos luego en un volumen que contiene la relación del viaje. El "Magenta" fue el primer buque de gran tonelaje que pasó por el golfo de Penas desde el estrecho de Magallanes, a través de los canales patagónicos.

En 1882 el Ministerio de la Marina de Italia dispuso que la corbeta "Vettor Pisani" cumpliera un viaje alrededor del mundo con la finalidad principal de efectuar estudios hidrográficos y de la flora marítima de las regiones que iba a cruzar. El comando de la nave fue confiado al capitán **J. Palumbo**, quien partió de Venecia el 26 de marzo de 1882 y llegó al estrecho de Magallanes el 28 de octubre del mismo año. Fondeó en los puertos de Churruca, Fortescue y Angosto en la isla Desolación, donde comenzó sus estudios hidrográficos, efectuando sondajes y luego prosiguió por los canales occidentales, donde tuvo numerosos encuentros con los indígenas Alacalufe, dejando interesantes descripciones sobre su vida y costumbres. Reconoció numerosos puertos donde ancló; navegó a través de los canales Indian, Reach y Messier, fondeando en Eden Harbour; penetró en el golfo de Penas, y después de haber pasado la península de Taitao, embocó el canal Darwin para cumplir allí reconocimientos y estudios hidrográficos de los canales Darwin y Moraleda, casi por completo desconocidos en su interior.

En sólo 13 días, bajo la dirección de los tenientes de navío E. Serra, C. Schiaffino, C. Chierchia y C. Marcacci, unieron el canal Moraleda con el Pacífico, cerca de 40 millas, con una hermosa y detallada red de triángulos; fue explorado un canal interior llamado Carrera Cucchi, se determinaron muchos puntos astronómicos y se ejecutaron dos planos de los puertos Italiano y Laguna con numerosos sondajes[18].

[18] Ver *Rivista Marittima*, diciembre de 1885, *Lavori idrografici compiuti dalla R. Corvetta Vettor Pisani*, pp. 375-395.



Plano del anclaje de la bahía Caracciolo en el West Channel, levantado por la corbeta italiana "Caracciolo", junio, 1882.

El teniente de navío C. Chierchia pudo también efectuar proficuas investigaciones zoológicas, enriqueciendo su colección con numerosas especies de vertebrados acuáticos[19].

Casi simultáneamente con el buque "Vettor Pisani", exploraba los mismos canales patagónicos la corbeta italiana "Caracciolo", que después del mes de mayo de 1882 penetró en el estrecho de Magallanes, haciendo escala en Punta Arenas y ancló en bahía Borja, Playa Parda Cove y Scholl Bay (junio de 1882). Prosiguió el viaje al norte, penetrando en los canales patagónicos, donde se detuvo para ejecutar el relevamiento del plan de anclaje de la bahía Caracciolo en el West Channel, ubicado en la costa septentrional del canal Concepción.

Un navegante italiano que adquirió en esta época una cierta nombradía por sus viajes y sus descubrimientos en los canales patagónicos fue el comandante **Bartolomé Bossi**.

Salió de Montevideo el 19 de enero de 1873 sobre la nave "Charrúa", de su propiedad, y se dirigió a Valparaíso pasando por el estrecho de Magallanes, canales Smyth, Sarmiento, Inocen-

[19] Ver *Rivista Marittima*, octubre de 1885, *Collezioni per studi di scienze naturali fatte nel viaggio intorno al mondo dalla Corvetta Vettor Pisani*, pp. 5-16.

tes, Concepción, Wide y Messier, llegando a destino el 15 de febrero de 1873. Las relaciones que publicó de este viaje y otro efectuado posteriormente en las costas del Pacífico, contienen descripciones geográficas, hidrográficas y etnográficas de interés y utilidad por las indicaciones de un buen número de islas, bajos, rocas, etc., todavía desconocidas y peligrosas para la navegación. Entre los descubrimientos hechos merece mención el del puerto Charrúa, en la costa norte del golfo Trinidad, al sureste del istmo que une la península Corso con la isla Mornington.

El Gobierno alemán, con la intención de promover el comercio en la costa occidental de América del Sur, acogiendo el pedido de la compañía de navegación Kosmos, envió en 1883 el crucero "Albatros", al mando del capitán **Pludemann**. Durante dos años esta expedición efectuó estudios y descubrimientos geográficos de importancia, muy útiles para la navegación.

Los primeros reconocimientos que efectuó la Marina chilena en sus costas australes se remontan al año 1843, cuando la goleta "Ancud", al mando del capitán don **Juan Williams**, en viaje al estrecho de Magallanes, para tomar posesión del mismo, efectuó los primeros reconocimientos de los canales patagónicos y de los principales puertos y anclajes.

Pero los trabajos hidrográficos propiamente dichos no fueron comenzados sino hasta 1870, cuando el Gobierno chileno, con la intención de dar impulso a la colonización de la región magallánica y de facilitar sus vías de acceso, preparó la corbeta "Chacabuco" para un viaje de estudio y exploración a los mares australes, confiando su mando a uno de los más ilustres jefes de la marina, el capitán de fragata don **Enrique M. Simpson** y a un escogido grupo de oficiales. De 1870 a 1874, la "Chacabuco" cumplió cuatro importantes viajes de exploración y de estudio a los archipiélagos de los Chonos y Guaitecas, al canal Moraleda, al mar interior de la península Taitao y al seno y valle del río Aysén, descubriendo un paso a la Argentina a través de la Cordillera.

En una segunda expedición (1874-75), el capitán Simpson prosiguió sus trabajos hidrográficos en los canales patagónicos y en el estrecho de Magallanes hasta Punta Arenas, efectuando numerosos sondajes, estudiando los mejores anclajes y explorando las costas. Hizo también un viaje al río Santa Cruz, en el Atlántico, y de regreso al Estrecho, visitó la isla Dawson y prosiguió su viaje de estudio por los canales occidentales.

Las exploraciones hidrográficas chilenas en los canales patagónicos fueron proseguidas de 1877 a 1879 por la corbeta "Magallanes", al mando del capitán **Juan Latorre**, a quien se unió en 1878 la "Chacabuco", al mando del capitán Óscar Viel. En 1885 el capitán Ramón Serrano Montaner reanudó el estudio de las costas australes embarcándose en la escampavía "Toro" con el guardiamarina don Roberto Maldonado y el naturalista chileno Adolfo Hirth[20].

Mientras se iban activando las exploraciones hidrográficas en los canales occidentales, proseguían en determinados períodos, en la vertiente oriental de la Patagonia, los viajes de reconocimiento al interior.

---

[20] En las correrías de aventureros y corsarios que llegaron a las costas patagónicas atraídos por la ilusión de riquezas y de conquistas, la historia registra un extraño tipo de francés, un tal Aurelio Antonio Tounens, quien en 1860 tuvo la osadía de proclamarse Rey de la Araucanía y Patagonia bajo el nombre de Orellie-Antoine 1º. Las veleidades conquistadoras de este audaz iluso que, por algún tiempo, mantuvo en zozobra al Gobierno chileno, fueron descritas en páginas amenas por el escritor chileno Armando Braun Menéndez (Ver Armando Braun Menéndez, *Pequeña Historia Patagónica*, Buenos Aires, 1936).

En octubre de 1867 el comandante Luis Piedrabuena, de la Armada Argentina, que desde 1859 había ocupado la isla Pavón, organizó una expedición para conocer los orígenes del río Santa Cruz.

La expedición, compuesta por los señores Mac Dougall, Petersen y J. Hansen bajo el mando de **H. G. Gardiner**, se dirigió a caballo hacia la Cordillera, siguiendo la orilla derecha del río hasta sus orígenes, donde descubrió un gran lago denominado La Laguna del Río, al que el perito Francisco Moreno, 10 años más tarde, bautizó con el nombre de Argentino.

Los miembros de la expedición prosiguieron a lo largo de la costa meridional del lago por un buen trecho y alcanzaron después de 33 días de viaje el brazo sur del mismo lago, desde donde emprendieron el regreso, empleando solamente 16 días[21].

El mismo lago fue nuevamente visitado el 26 de noviembre de 1873 por el subteniente don **Valentín Feilberg**, que remontó el río Santa Cruz en una chalupa tripulada por cuatro marineros.

Un viaje que debía aportar una contribución preciosa al conocimiento geográfico de la Patagonia y proporcionar noticias seguras sobre la vida y las costumbres de los indios Tehuelche fue el de **Jorge Carlos Musters**, capitán retirado de la marina británica, que en 1869 efectuó la travesía de la Patagonia de sur a norte, desde Punta Arenas hasta Patagones, con una tribu de indios Tehuelche.

Partió de Punta Arenas el 19 de abril de 1869 en compañía de un destacamento de soldados, que iban en busca de algunos desertores que se habían fugado de aquella colonia hacia la costa argentina, y llegó a Santa Cruz, donde pasó casi todo el invierno en la isla Pavón, en la estancia de don Luis Piedrabuena*.

Allí entabló relaciones con las tribus Tehuelche de los caciques Casimiro y Orkeke, acampados en las cercanías de Santa Cruz, obteniendo el consentimiento para acompañarlos en un largo viaje que debían emprender hasta Carmen de Patagones, a orillas del río Negro. El 7 de agosto abandonó juntamente con ellos la isla Pavón, y remontando el valle del río Chico hasta cerca de sus orígenes, prosiguió hacia el norte, a lo largo de las laderas occidentales de los Andes Patagónicos. Tocó los orígenes del río Senguerr, luego los del río Chubut, y pasó por los valles y colonias hoy denominadas 16 de Octubre, Esquel, Leleque, Ñorquinco, donde los Tehuelche tuvieron su primer contacto con los indios Araucanos y Manzanares, capitaneados por los caciques Quintumal y Foyel.

Prosiguió con estos el camino hacia el norte, siguiendo el valle bañado por el río Chubut, y doblando luego al noroeste, alcanzó una llanura llamada en lengua araucana Geylum (tal vez hoy Pilcaniyeu), algunas leguas al este del lago Nahuel Huapi.

Desde Geylum prosiguió al noroeste, vadeó el río Limay y penetró en la región montañosa de los indios manzaneros, donde vivían las tribus del renombrado cacique Saihueque, con quienes

[21] Ver *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, Tomo I y *El Capitán Luis Piedrabuena*, Biblioteca del Oficial de Marina, Vol. XVIII, Buenos Aires, 1933, pp. 257-67.

* Aquí hay una corrección de De Agostini que sugiere, en lugar del término "estancia", el de "Casa de Comercio". Pero en definitiva no lo reemplaza (N. del E.).

los Tehuelche efectuaron el intercambio de sus mantas de guanaco, boleadoras, pieles con adornos de plata, mandiles, ponchos y otros tejidos.

De regreso a Geylum, prosiguiendo con los Tehuelche el camino hacia levante, cruzó en forma horizontal la inmensa extensión pampeana y llegó a Carmen de Patagones a fines de mayo de 1870, después de más de un año de vida aventurera con las tribus Tehuelche y Araucana.

Las descripciones que nos dejó Musters en su libro *At home with the Patagonians,* contribuyeron eficazmente al conocimiento de las costumbres de los indígenas Tehuelche y Araucanos y aportaron nueva luz a la geografía de la Patagonia.

En ese intervalo el tráfico marítimo comercial en las costas patagónicas recibió un gran incremento por obra de un seleccionado grupo de marinos genoveses, que desde Diano Marina trajeron a los mares tempestuosos de la Patagonia su arrojo y su pericia, adquiriendo gran prestigio y reputación.

Abrió el ciclo de estas atrevidas navegaciones **Lorenzo Mascarello**, de Diano Marina, que llegó a la boca del riachuelo Buenos Aires en 1843, y sobre un patacho, velero de un solo árbol, inició en 1845 un servicio de pasajeros, carga y correspondencia de Buenos Aires a Carmen de Patagones.

A este audaz lobo de mar siguieron más tarde –de 1879 a 1900– los capitanes **Luis Costa**, **Manuel Delpiano**, **Antonio Basso** y **Mario Arletti**, cuñado de Lorenzo Mascarello, todos de Diano Marina. El capitán Arletti llegó a Chubut en 1890 e inició la navegación por el litoral de la Patagonia. Más tarde se estableció en Punta Arenas, dedicándose diez años a la caza de las focas en las tempestuosas costas del cabo de Hornos. Fue luego capitán del vapor "Amadeo" de la casa Menéndez Behety, mostrándose valiente y audaz hombre de mar[22].

Un hijo de **Lorenzo Mascarello**, el teniente de navío Jose María Mascarello, nacido en 1860 en Carmen de Patagones, fue un distinguido oficial de la Marina argentina. De 1884 a 1906, año de su prematuro fallecimiento, se dedicó con infatigable actividad a la navegación en las costas de la Patagonia y Tierra del Fuego, prestando grandes servicios a aquellas incipientes poblaciones. En los cuatro años (1894-1898) en que el transporte "Azopardo", que estaba bajo su mando, fue destinado al servicio de la Comisión de Fronteras con Chile, recorrió en compañía del perito Dr. Francisco Pascacio Moreno, los rincones más remotos de los canales patagónicos y de Tierra del Fuego, cooperando en distintos trabajos y ejecutando relevamientos topográficos del lago Fagnano, seno del Almirantazgo, seno de Última Esperanza y Río Grande[23].

En el grupo de audaces genoveses que contribuyeron eficazmente a la colonización de la Patagonia, se distinguió el capitán **Antonio Onetto**, nacido en Recco (Genova) el 15 de abril de 1826, el cual desde 1870 hasta 1885 trabajó sin descanso para el progreso de aquella región y se puede considerar como el verdadero fundador de Puerto Deseado. Fue también el organizador de la primera Sociedad de Navegación entre Italia y La Plata.

---

[22] Ver *Los propulsores de la marina mercante en la costa sur*, por Carlos Borgialli, en Revista *Argentina Austral*, Buenos Aires, año 1936, N° 84.
[23] Carlos Borgialli, *El teniente del navío José María Mascarello, su vida y su obra*, en Revista *Argentina Austral*, Buenos Aires, 1933, N° 53.

Matemático distinguido y cultor incansable de las ciencias naturales, fue miembro activo del Instituto Geográfico Argentino y de la Sociedad Meteorológica Italiana dirigida por el padre Denza, de quien gozaba de su estima y amistad.

Recorrió de un extremo a otro el territorio de Santa Cruz y en parte el de Chubut, con encargos de confianza del Gobierno argentino, efectuando importantes y largos viajes de exploración y de estudio en los valles del río Chubut, en los lagos Musters y Colgué Huapi, en el río Senguer y por último en los ríos Chico y Chalía. En 1877 pasó al territorio de Santa Cruz con la intención de fundar una colonia en Puerto Deseado, proyecto que pudo realizar sólo siete años más tarde, cuando, autorizado por el Gobierno de Avellaneda, contrataba el primer núcleo de colonos, llevándolos desde Buenos Aires a Deseado en los vapores "Loire" y "Scotia", donde desembarcaron el 15 de julio de 1884.

Creado aquel centro de civilización en pleno desierto, durante un período de escepticismo acerca de las posibilidades colonizadoras de aquellas regiones, el capitán Onetto, minado por los años y por los duros sufrimientos, se extinguía en Puerto Deseado el 22 de junio de 1885, apenas once meses después de haber empezado su inolvidable y benéfica obra. Un monte, de mayor elevación, en la colonia Sarmiento, lleva hoy día el nombre de este valeroso y benemérito pionero, precursor de la Patagonia austral.

Por iniciativa del Dr. Estanislao Zeballos, el Instituto Geográfico Argentino dio su patrocinio a un proyecto de exploración a las tierras australes presentado por el teniente de la Real Marina Italiana, **Santiago Bove**, que hizo posible en los años 1881-82 una expedición científica a Tierra del Fuego, que, por los resultados obtenidos, debía marcar huellas indelebles en los viajes de exploración al sur argentino.

Componían la expedición, además del teniente de navío Santiago Bove, jefe científico, hombres de ciencia italianos como los Dres. Domingo Lovisato, geólogo; Carlos Spegazzini, botánico; Decio Vinciguerra, zoólogo; teniente Juan Roncagli, geógrafo y pintor.

La expedición salió de Buenos Aires el 18 de diciembre de 1881 en la corbeta "Cabo de Hornos", al mando del valiente capitán Luis Piedrabuena, y el 6 de enero entró en el puerto de Santa Cruz, donde permaneció 18 días.

En este período los miembros de la expedición realizaron numerosas excursiones a los alrededores y a lo largo del río Santa Cruz, hasta las islas Pavón y Los Leones, recogiendo un precioso material de estudios y observaciones sobre geología, fauna, flora, hidrografía y climatología de la región.

El 4 de febrero la "Cabo de Hornos" prosiguió viaje hacia la isla de los Estados, donde la expedición comenzó sus exploraciones y estudios en toda la isla, prosiguiéndolos, después de algunos meses, en los canales de Tierra del Fuego.

En mayo de 1882, el teniente Roncagli, llevando como guía a un tal José Montes, cumplió viaje por tierra de Punta Arenas a Gallegos, estudiando la naturaleza del suelo, la configuración orográfica, la vegetación y particularmente la distribución de los pastos útiles para la cría de ganados.

Los resultados de los trabajos científicos de la expedición fueron publicados por el Instituto Geográfico Argentino, en 1883, en un volumen titulado *Informes Preliminares*, por Santiago Bove.

Una poderosa contribución al conocimiento de la Patagonia, especialmente andina, fue aportada por los viajes cumplidos por **Francisco Perito Moreno**, geógrafo y explorador argentino de grandes méritos, que tuvo un papel preponderante como perito en la cuestión de límites entre Chile y Argentina.

Después de algunas excursiones preliminares a la Cordillera de los Andes y a la costa patagónica, en 1876 cumplió un importante viaje de exploración a la región precordillerana y de los lagos, de la cual dejó un informe interesante en su libro *Viaje a la Patagonia Austral.*

En los primeros días de enero de 1877, en compañía del subteniente de la Marina argentina, Carlos M. Moyano, remontó en una pequeña embarcación, tripulada por cinco marinos, el río Santa Cruz, y después de un mes de arduos trabajos, llegó al lago que denominó Argentino.

Deseando alcanzar algunas de las ensenadas que se prolongan a occidente, entre elevadas cadenas de montañas, el 18 de febrero, Moreno abandonó el campamento y penetró a vela en el grandioso lago, pero al llegar a la mitad se vio obligado a retroceder por causa de la fuerte marejada y a desembarcar en la costa sur, cerca de punta Walichu o Gualichu, donde descubrió un cementerio Tehuelche.

Se embarcó nuevamente con la intención de ir a la costa norte, pero durante la noche fue sorprendido por un fuerte temporal que arrastró la embarcación hacia la costa, cerca de la embocadura del río Leona, donde logró ponerse a salvo, perdiendo casi todas las provisiones.

Guiado por una tribu Tehuelche, Moreno prosiguió a caballo hacia el norte, siguiendo un cañadón a levante del lago Viedma, hasta que, llegando al valle del río Shehuen, dobló hacia el noroeste y tocó las orillas de un grandioso lago que llamó San Martín. Desde este lago, la expedición emprendió el camino de regreso, visitando las costas orientales del lago Viedma.

Prosiguiendo hacia el sur, el 6 de marzo Moreno tocó nuevamente las orillas del lago Argentino, y renunciando a navegar por el lago, siempre tempestuoso, prosiguió por tierra sus reconocimientos hacia occidente, a caballo, a lo largo de la costa sur, hasta alcanzar una punta de tierra a la que llamó Bandera, en la extremidad occidental del lago, donde este se quiebra en dos brazos, penetrando en la alta cordillera.

Las denominaciones Avellaneda, Buenos Aires, Frías, Moyano y Mayo, aplicadas a los montes próximos al lago, se deben a Moreno, que indicó su posición en un mapa topográfico trazado por él. De regreso a la desembocadura del río Santa Cruz, el 16 de mayo emprendió el descenso por el río y en sólo 23 horas y media de navegación, llevado por el empuje veloz de las aguas, recorrió el camino que en la subida le había costado un mes de ímprobo trabajo y de innumerables dificultades.

A fines de 1877 el teniente **Juan Tomás Rogers**, chileno, en compañía del guardiamarina Luis Contreras y del naturalista Enrique Ibar Sierra, del cañonero chileno "Magallanes", efectuó un viaje de exploración al lago Argentino.

Salieron del seno Skyring el 11 de noviembre, y cruzando hacia el este la laguna Blanca, se dirigieron hacia el río Gallegos, que atravesaron el 26 del mismo mes. El 10 de diciembre tocaron las orillas del lago Argentino, acompañados por el baqueano Santiago Zamora, chileno, muy práctico en esos parajes; pero cuando se disponían a dirigirse hacia el norte para reconocer el río Leona, debieron regresar rápidamente a Punta Arenas, llamados por el comandante J. J. Latorre, por haberse amotinado allí la guarnición.

En enero de 1879, el señor Rogers, acompañado por el guardiamarina Víctor M. Donoso, volvió a intentar la empresa, cumpliendo un segundo viaje hacia la región recorrida el año anterior. Se internó por el lado sudoeste del lago Argentino, y, costeando la península que llamó Magallanes, logró señalar la dependencia del lago Argentino con los brazos del sudoeste.

Al regreso reconoció los ríos Vizcachas, Baguales y Chinas, regresando a Punta Arenas el 30 de marzo.

Don **Ramón Lista** efectuó también importantes viajes a la zona austral de la Patagonia, desde la costa del Atlántico hasta los lagos precordilleranos.

En 1878, en compañía del capitán Carlos Moyano, reconoció los orígenes del río Chico, descubriendo dos afluentes, el río Belgrano y el brazo nordeste, hoy denominado río Lista, y llegó hasta una laguna que llamó Moyano, hoy Sterea, y al torrente Engaño, actualmente conocido con el nombre de Ñires.

En el verano de 1890 siguió el curso del río Santa Cruz con la embarcación vapor "Andina" y penetró en el lago Argentino y de aquí, por el río Leona, alcanzó la cuenca del lago Viedma, que reconoció en su vertiente austral hasta el brazo extremo de suroeste. Así como Moreno fue el primero en navegar por el lago Argentino, Lista tuvo el mérito de haber llevado la primera embarcación al lago Viedma. Al regresar del lago Argentino se dirigió a la región de Última Esperanza, explorando el lago Toro o Maravilla y el río de las Chinas.

Las noticias y las descripciones geográficas que nos dejó Lista acerca de las regiones recorridas, expuestas en dos relaciones acompañadas por un mapa de los orígenes del río Chico, contribuyeron a aumentar el conocimiento geográfico de una parte de la Patagonia, en aquel entonces muy escaso e imperfecto. A esta descripción geográfica, Lista agregó un somero estudio sobre la geografía, fauna y flora de la región, además de interesantes datos etnográficos sobre los indios Tehuelche.

Pero entre los exploradores de la Patagonia, el que aportó mayor contribución a los conocimientos geográficos de la región, fue sin duda alguna el capitán **Carlos Moyano**, oficial de la Marina argentina. En los viajes que realizó casi sin interrupción de 1876 a 1884, recorrió y exploró la mayor parte de la Patagonia y, con sus numerosos e importantes relevamientos topográficos y mediciones astronómicas, proporcionó a los cartógrafos los primeros elementos para compilar el mapa geográfico de la Patagonia, que hasta entonces aparecía dibujado en blanco.

Moyano fue compañero precioso de Moreno en el viaje de exploración realizado en 1877 a los lagos Argentino, San Martín y Viedma, y de Ramón Lista en 1878, en el reconocimiento del curso del río Chico hasta sus fuentes y del río Santa Cruz, del que dejó un primer mapa detallado.

Hacia fines de 1879 organizó una expedición para buscar un paso a través de la Cordillera al norte del lago San Martín, pareciéndole probable poder, siguiendo la cuenca hidrográfica del río Chalía, afluente del Santa Cruz, alcanzar fácilmente las aguas del Pacífico a través de alguna depresión de los Andes.

El 14 de diciembre, acompañado por el señor Marcelino Mouret, por un asistente y un indígena, se encaminó hacia la Cordillera siguiendo el camino de los indígenas a lo largo del río Chalía, y el 8 de enero de 1880 volvió a ver el hermosísimo y solitario panorama del lago San Martín, que había descubierto dos años antes con Moreno. En una primera excursión, desde la cumbre de una montaña, descubrió un largo brazo del lago que denominó Chacabuco. En los días siguientes, volviéndose más difícil y áspero el camino, no le fue posible proseguir su viaje hacia el oeste en busca del tan deseado paso, y debió regresar a Santa Cruz.

Pero el más importante viaje de exploración efectuado por el capitán Moyano, fue el del Chubut, realizado en el verano de 1881. El 1 de octubre de 1881 partió de Santa Cruz, acompañado por don Cipriano García, argentino, ya compañero de expedición de Moreno y de Lista, de los Sres. D. A. Guillaume y D. F. Poivre, franceses, habitantes de Santa Cruz, de los marinos J. Pinto y L. González y de dos indios, conocedores del camino.

La expedición recorrió el valle del río Chico, dirigiéndose al noroeste, por el mismo camino seguido por Musters en 1869, hasta alcanzar los primeros contrafuertes de la Cordillera.

Dobló luego al norte y, costeando siempre la vertiente oriental de la Cordillera, cruzó los ríos Olnie y Ghío (hoy Caracoles en los mapas argentinos), descubrió el lago Ghío, encerrado en un austero y salvaje paisaje de rocas desnudas y de colores sumamente variados. Prosiguiendo siempre hacia el norte por el camino de los indígenas, cruzó los ríos Eke y Charcamac (Ecker y Charcana de los mapas actuales), y algo más al norte descubrió un gran lago rodeado de montañas, muy parecido al San Martín, al que dio el nombre de Buenos Aires[24].

Doblando su ruta al noreste, cruzó el río Deseado, el Aurkeguenguel y se dirigió al Chubut, tocando la gran espiral de los ríos Senguerr y Chubut, que considera un verdadero oasis de la Patagonia septentrional, por la riqueza de los pastos, la abundancia de las aguas, la fertilidad de los valles y la exuberancia de los bosques.

Sus descripciones sobre las condiciones físicas de la región recorrida, sobre la flora, fauna y clima, y sobre las posibilidades de comunicación entre el Chubut y el extremo sur de la Patagonia, ilustraron con datos positivos las riquezas naturales del terreno y abrieron una nueva y segura vía a la colonización de la Patagonia.

El 2 de noviembre de 1883 emprendió su último y no menos importante viaje de exploración a las fuentes de los ríos Gallegos, Coyle y Santa Cruz, logrando explorar toda la zona comprendida entre la costa del mar y la Cordillera, desde el grado 50 al 52 de latitud sur.

[24] En el gran mapa de América meridional, de don Luis de la Cruz Cano de Olmedilla, publicado en Madrid en 1775, ya figura este lago con el nombre de Chelenco y de él se deriva en dirección al Pacífico, el río Caucaos Bravos, que corresponde al actual río Baker.

En este viaje llegó muy cerca de los canales patagónicos y del fiordo Última Esperanza, que divisó desde la cumbre de una colina.

Prosiguiendo hacia el norte, para conocer los orígenes del río Coyle, reconoció los lagos Toro (Maravilla) y Sarmiento y más arriba, en las proximidades del macizo Paine, otros dos lagos que hoy se conocen con los nombres de Pehue* y Grey, en el último de los cuales vio numerosos hielos flotantes sobre las aguas, que se originaban en los glaciares ubicados más hacia el interior[25].

Efectuada la exploración de esta zona cordillerana, siguió viaje con rumbo al lago Argentino, reconociendo su extremidad suroeste y luego bajó hacia la costa del Atlántico, regresando a Santa Cruz el 8 de febrero de 1884.

Con este viaje, la mitad de la Patagonia quedaba explorada y se solucionaban algunos problemas de enorme interés geográfico sobre la configuración orográfica de la región y sobre las posibilidades de una colonización de estas inmensas regiones que hasta aquella época eran juzgadas estériles e inhospitalarias.

El 14 de octubre de 1885, el primer gobernador de Chubut, Coronel Luis Jorge Fontana, partió de Rawson en un viaje de exploración hasta la Cordillera. Lo acompañaban 30 personas entre ellas los colonos Tomás y Mayo Evans y el agrimensor Katterfeld. La expedición recorrió a caballo el valle de río Chubut hasta los orígenes de los brazos superiores del sur, y después de comprobar la existencia de dos grandes ríos que se dirigían al oeste a través de la alta cordillera, y de visitar el valle que llamó del "16 de Octubre" y fundar el pueblo de Esquel, continuó viaje al sur, descubriendo los dos lagos, La Plata y Fontana, que dan origen al río Senguerr. Bajó luego a lo largo de este río, explorando los lagos Colhué Huapi y Musters; de allí hizo una excursión a la costa del mar, que alcanzó en rada Tilly (cerca del lugar donde surge hoy Comodoro Rivadavia) para regresar al lago Colhué Huapi (que él llamó Musters); y siguiendo por el valle del río Chico alcanzó el punto de partida en enero de 1886.

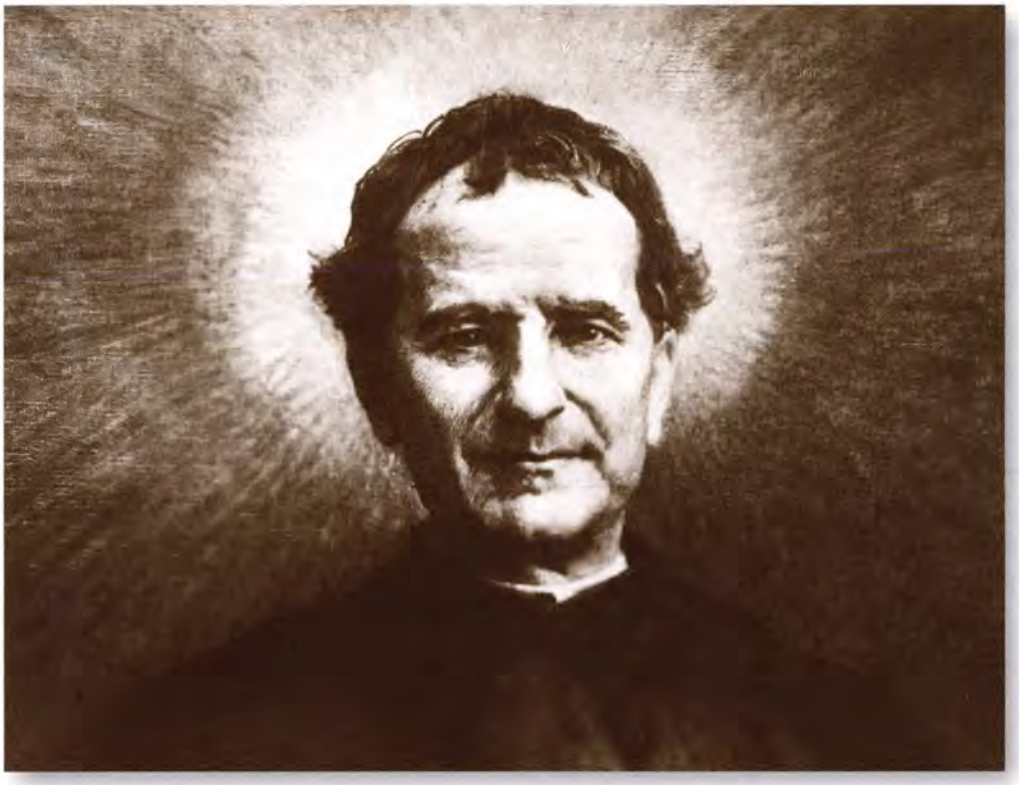
El Coronel Fontana efectuó en 1888 otro viaje al interior de la Patagonia, descubriendo otros lagos de la cuenca hidrográfica superior del río Futaleufú.

Para dilucidar la cuestión del *divortium aquarum* planteada entre Chile y la Argentina, en las proximidades del paralelo 52, el Gobierno chileno encargó en 1884 al capitán **Ramón Serrano Montaner** que efectuara un viaje de exploración a la región de Última Esperanza. Acompañado por varios ingenieros y oficiales del ejército, realizó un estudio muy completo sobre la región, relevando el seno de Última Esperanza y los lagos Balmaceda, Pinto y Toro y el gran valle recorrido por el emisario del lago Toro o Maravilla, al que dio el nombre de río Serrano.

En junio de 1892 el capitán **Hermann Eberhard,** alemán, deseando averiguar si en la región de Última Esperanza había terrenos aptos para el pastoreo, emprendió en una chalupa con cuatro

*Actualmente el nombre del lago es Pehoé y no Pehue como indica De Agostini (N. del E.).

[25] Desde una elevación, Moyano contempló extático los inmensos heleros que bajaban de la cordillera interior, sobre los cuales descollaban algunos cándidos picachos de forma cónica, y henchido de conmovedor entusiasmo escribe: "Dichoso el mortal que un día recorrerá aquellas llanuras que hasta hoy, mientras escribo estas páginas, ejercen sobre mi imaginación la atracción más poderosa que yo haya jamás experimentado por lo desconocido, quizás porque en el momento en que la vi pasó por mi mente el recuerdo de las fantásticas descripciones del polo Antártico de Edgardo Poe (Ver Carlos Moyano, *Viajes de exploración a la Patagonia*, p. 166).



San Juan Bosco, fundador de la Obra Salesiana y de las Misiones en la Patagonia

marineros, desde la bahía Istmus, adonde había sido llevado en vapor desde Punta Arenas, un viaje de exploración a los canales de Última Esperanza, alcanzando hacia mitad de julio una hermosísima bahía, que denominó puerto Consuelo. Satisfecho por el ameno aspecto de la región y las buenas condiciones del terreno, volvió allí al año siguiente, fundando una estancia e importando los primeros animales lanares, señalando así el comienzo y el próspero desarrollo de la industria pastoril en la región de Última Esperanza. Al mismo se deben las denominaciones de sierra Arturo Prat y Dorotea, dados a los montes que se levantan al norte del fiordo de Última Esperanza.

La **cuestión de límites entre Chile y la Argentina** significó una nueva y poderosa contribución al conocimiento de la región cordillerana.

Según el tratado de límites firmado en 1881 entre Chile y la Argentina, se estableció en términos genéricos que la frontera debía seguir la línea de las aguas ("*divortium aquarum*") de los Andes hasta el paralelo 52. Pero cuando en 1892 los peritos elegidos por ambas naciones trataron de fijar los límites sobre el terreno, surgieron las primeras divergencias ocasionadas por la compleja y diferente configuración orográfica de la Cordillera, que, al sur del paralelo 41°, no ofrece la misma continuidad de altura y la coincidencia de las líneas orográficas con las hidrográficas, sino que está interrumpida por numerosos valles transversales recorridos por ríos de opuestas direcciones.

Las soluciones que proponían las dos partes eran diametralmente opuestas. El perito chileno quería sobre todo que se tuviese en cuenta la línea que divide las aguas continentales, mientras que el argentino declaraba que la frontera debía seguir las altas cumbres de la Cordillera. Para resolver en forma adecuada el conflicto, era necesario conocer la configuración y la estructura de la Cordillera y de sus valles, y por ello los Gobiernos respectivos crearon sendas comisiones de límites, formadas por ingenieros y geógrafos con la misión de efectuar relevamientos topográficos de toda la Cordillera y de los valles adyacentes.

Estas comisiones comenzaron los trabajos en 1894, con gran actividad, llevándolos a término en 1900, contribuyendo grandemente al conocimiento de la Cordillera Patagónica, de sus valles y de sus lagos, hasta entonces envueltos en el más oscuro misterio. Las investigaciones realizadas por las comisiones técnicas llegaron a la conclusión de que los términos del Tratado de 1881 eran inaplicables a las condiciones geográficas del terreno, porque resultaba imposible conciliar las líneas orográficas con las hidrográficas. Para solucionar tan grave divergencia, las dos naciones, en base a una cláusula ya determinada en 1896, eligieron como árbitro al Rey de Inglaterra, quien fijó en 1902 la línea demarcatoria adoptando una vía intermedia entre las exigencias extremas y poniendo fin en esta forma a la cuestión.

Hasta esta época se había creído que la Cordillera de los Andes era una única y homogénea cadena de montes que corría paralela al Pacífico, y así aparecía burdamente dibujada en los mapas de aquel tiempo. Pero después de los viajes de estudio realizados por los geógrafos y exploradores enviados por los Gobiernos de la Argentina y de Chile, se descubrió que estaba partida formando numerosos grupos o nudos de montañas con direcciones y caracteres geológicos distintos, y que, en algunos puntos, estaba seccionada transversalmente por inmensas y profundas depresiones hidrográficas en forma de senos, valles y cuencas lacustres.

Estos descubrimientos concordaban perfectamente con las afirmaciones de un humilde sacerdote italiano, DON BOSCO, ignorado en el mundo geográfico, quien ya desde 1883 declaró con impresionante seguridad que: "Los geógrafos se engañan al creer que la Cordillera de América sea un muro que divide aquella gran parte del mundo; aquellas larguísimas cadenas de altas montañas forman numerosos senos y valles de 1.000 y más kilómetros". Las descripciones que él mismo hizo de la configuración orográfica, fauna, flora y etnografía de la Patagonia, no figuraban en ningún texto de geografía de aquella época.

Estas revelaciones geográficas causaron tanto interés en sus oyentes que en 1883, encontrándose de paso en Lyon, se vio obligado a pronunciar una conferencia en la sede de la Sociedad Geográfica. Esta institución, como testimonio de agradecimiento y admiración, le confirió una medalla de oro, que hizo acuñar expresamente para él. ¿Cómo pudo Don Bosco adquirir conocimientos tan exactos de tierras tan lejanas, cuando todavía ningún explorador había penetrado en aquellas regiones cordilleranas y cuando los mismos Gobiernos de la Argentina y Chile estaban en litigio precisamente por causa de este desconocimiento? Todo esto se debe a los sueños o visiones sobrenaturales con que Dios se dignó muchas veces ilustrar a este, su siervo predilecto.

El más importante de estos sueños es del 30 de agosto de 1883, y en él se le ofreció una visión detallada de toda la América meridional. El sueño, relatado el 4 de septiembre a los salesianos en una reunión del Capítulo General, fue escrito de inmediato por el salesiano P. Lemoyne,

y Don Bosco lo volvió a leer en todo su texto agregando algunos párrafos y haciendo algunas modificaciones. He aquí un resumen del mismo. Un jovencito de sobrehumana belleza le presentó una cinta que iba desenvolviendo y sobre la cual estaban marcados los grados de latitud. Don Bosco contemplaba un panorama inmenso que él dominaba como a vuelo de pájaro, a medida que se acercaba al sur. "Mi mirada –dice Don Bosco– adquiría un poder maravilloso. Veía bosques, montañas, llanuras, ríos larguísimos y majestuosos, y tan grandes que yo no me los hubiera podido imaginar así en regiones tan alejadas de su desembocadura. No sólo la Cordillera, aun cuando me encontraba lejos de ella, sino hasta las cadenas de montañas, aisladas en aquellas llanuras interminables, eran perfectamente observadas por mí, pudiendo discernir hasta sus más pequeños accidentes. Tenía bajo mis ojos las riquezas incomparables de estos países que deben ser aún descubiertas. Veía numerosas minas de metales preciosos, canteras inagotables de carbón, depósitos de petróleo tan abundantes cual nunca hasta hoy se han encontrado en otros lugares... Lo que mayormente me sorprendió fue ver en distintos lugares cómo las cordilleras, retirándose, formaban valles cuya existencia ni siquiera sospechan los geógrafos actuales; pues se imaginan que en aquellos lugares las faldas de la montaña son como una especie de pared derecha". Al final del largo viaje, que describe con interesantes detalles, el joven desplegó ante él un mapa en el cual estaba señalada con exactitud maravillosa toda la América del Sur. Además, añade el santo, "allí estaba representado todo lo que fue, lo que es y lo que será de aquellas regiones, sin confusión, con una claridad tal, que yo veía todo de un solo golpe"[26].

Las exploraciones realizadas por los ingenieron Fischer, Steffen, Stange, Krüger, Riso Patrón, Pietrograndi, R. Mitchel, L. Bolados, Barrios y M. Vicuña, de la Comisión Chilena de Límites y P. Arneberg, E. Frey, Guglielminetti, Y. Kastrupp, Y. Kolowsky, G. Lange, Y. Moreteau, C. Onelli, L. von Platten, C. Sackmann, A. Schiorbeck, E. Soot, Y. Waag, E. Wolff y C. Zwilgmeyer de la Comisión Argentina, aportaron una contribución muy valiosa al conocimiento topográfico y geográfico de la Cordillera[27].

El **Dr. Hans Steffen** fue, sin duda alguna, el explorador más inteligente y tenaz de la Patagonia occidental. En las siete expediciones que llevó a cabo, logró identificar el curso de la mayoría de los ríos patagónicos que desembocan en el Pacífico. Reconoció las grandes depresiones hidrográficas del río Puelo, Manso, Aysén, Cisnes, Huemules, siendo particularmente importante la exploración del fiordo y del río Baker con las ramificaciones interiores de los ríos Bravo y Pascua. Sus escritos y sus mapas revelan a un observador profundo y a un geógrafo concienzudo y científicamente preparado.

En este período cooperaba eficazmente a la exploración y conocimiento de la Cordillera Patagónica el ingeniero **Luis Riso Patrón**, el más eminente geógrafo de Chile. En el verano 1899-1900, como Jefe de la Segunda Sub-Comisión de Límites, tuvo a su cargo el levantamiento de la región andina que rodea el lago San Martín, comprendida entre los 48° y los 49° 20' de latitud sur.

---

[26] Al llegar aproximadamente, a los 47 grados de latitud sur, la cinta que el jovencito desenvolvía presentaba un nudo del cual salían otras cintas menores con dirección al Oriente, Occidente y Mediodía. Parece que el nudo puesto a los 47 grados quisiese indicar el centro más importante de esta región austral desde donde los salesianos irradiaban su actividad hacia los puntos mencionados. Don Bosco describe, como en un lejano futuro, una gran población allí establecida (hoy día respondería a Comodoro Rivadavia) con sus edificios, escuelas, iglesias y florecientes colegios salesianos para jóvenes y artesanos adultos. No cabe duda de que este sueño de 1883 se ha realizado ya en gran parte.

[27] Los datos reunidos por la Comisión Argentina se hallan consignados en la voluminosa exposición titulada *Frontera Argentino-Chilena* (1901), obra fundamental para el conocimiento de la Cordillera Patagónica. En lo que concierne a las exploraciones encomendadas por el Gobierno chileno, pueden consultarse las obras de Steffen, Luis Riso Patrón y Álvaro Donoso.

En 1902 vuelve a las mismas regiones acompañando a Sir Thomas Holdich y ayudantes, enviados del rey de Inglaterra para reconocer las tierras en litigio entre Chile y Argentina. La expedición salió del seno de Última Esperanza y recorrió en un largo y fatigoso viaje a caballo todas las regiones escasamente conocidas del macizo Paine, de los lagos Toro, Sarmiento, Argentino, Viedma, San Martín, Cochrane-Pueyrredón y Buenos Aires, para desembocar nuevamente en el Pacífico en el estuario del Aysén. Acompañaban al señor Riso Patrón en este viaje los ingenieros Carlos Sosa Bruna, Carlos Aguirre Luco y Alejandro Moreno. El informe del señor Riso Patrón sobre este viaje fue publicado en 1905 en su libro *La Cordillera de los Andes entre las latitudes 46º y 50º sur.*

Nombrado en 1907 Director de la Oficina de Tierras, alcanzó a realizar la construcción del mapa de Chile a la escala de 1:500.000, el cual contiene en síntesis todo el material geodésico y topográfico reunido por las comisiones de límites durante 10 años y más de labor, y representa, para aquella época, uno de los mejores trabajos cartográficos ejecutados en Sud América.

En 1924 publicó el *Diccionario Geográfico de Chile*, una obra de gran mérito y erudición, la cual contiene 28.215 nombres geográficos chilenos rigurosamente seleccionados y sintetizados[28].

Simultáneamente con los viajes de exploración que realizaron las comisiones de límites, se efectuaron en la vertiente oriental de la Cordillera Patagónica austral otras expediciones particulares con finalidades exclusivamente científicas.

El geólogo alemán **G. Steinmann**, recorrió en 1882 la región próxima a Última Esperanza llegando hasta el estrecho de Magallanes.

Carlos Ameghino, de 1887 a 1890, efectuó cuatro viajes a los territorios de Santa Cruz y Chubut llevado por sus investigaciones y estudios paleontológicos. Recorrió ambas orillas del río Santa Cruz, llegando hasta el lago Argentino; luego pasó al puerto de San Julián, explorando los ríos Chubut, Senguerr y Chico. En estos viajes, como en otros realizados posteriormente (hasta 1902), este incansable investigador reunió una colección extraordinariamente abundante y variada de vertebrados e invertebrados fósiles, que fueron objeto de estudio por parte de su hermano Florentino, los primeros, de Von Yhering; y de otros especialistas, los segundos. En este mismo período **A. Mercerat** recorría e ilustraba geológicamente la Patagonia austral.

Clemente Onelli, italiano, naturalista y viajero del Museo de La Plata, efectuó numerosos viajes a la Cordillera de los Andes, desde el Alto Neuquén hasta el estrecho de Magallanes, internándose en muchos puntos inexplorados de la Cordillera, en calidad de ingeniero de la Comisión de Límites entre Chile y la Argentina. En 1894, siguió el curso del río Santa Cruz y navegó por el lago Argentino hasta el extremo de su brazo meridional. Su libro *Trepando los Andes*, en el cual relata con sensibilidad de artista sus azarosos viajes a lo largo de la Cordillera de los Andes, desde el cerro Lanín al estrecho de Magallanes, contiene descripciones poéticas donde el paisaje andino con sus bosques vírgenes, sus cerros nevados, sus landas interminables y los últimos restos de tribus salvajes, descuella en toda su maravillosa grandeza y seducción.

Una poderosa contribución a la colonización y al progreso de la Patagonia central fue en ese mismo tiempo la del italiano **Francisco Pietrobelli,** quien en 1898 fundó en el Chubut la floreciente colonia Sarmiento y abrió al tráfico marítimo la rada Tilly, hoy Comodoro Rivadavia.

[28] Cfr. *Don Luis Riso Patrón*, por Manuel Abascal Brunet, Imprenta Universitaria, Santiago de Chile, 1942.

Con un tesón y un empuje realmente admirables, haciendo frente a dificultades y privaciones sin número, efectuó un largo viaje de exploración al interior aún deshabitado de la Patagonia, desde la costa hasta la Cordillera, en busca de terrenos aptos para la colonización. Salió de Trelew el 7 de enero de 1897 con un carro y un solo compañero y, siguiendo el curso del río Chubut, penetró en las inmensas soledades de la pampa, donde no existían caminos ni habitantes, con excepción de algunas tribus de indígenas Tehuelche y Araucanos, y se dirigió hacia la Cordillera, cruzando ríos, valles y montañas, bajo el azote del viento patagónico y de las tormentas de nieve.

El 31 de enero visitó en Tecka la tribu del cacique araucano Saihueque y luego, acompañado por el cacique tehuelche Kankel, prosiguió a caballo hacia la Cordillera, cruzando los feraces valles del río Foyel y del río Manso y, por el paso Rosales, penetró en territorio chileno en el valle Coz-Coz, donde asistió a una imponente asamblea de caciques araucanos y a las fiestas tradicionales del "Camaruco", de las cuales participaron tres mil indígenas araucanos.

De regreso a Tecka, prosiguió con su carro hacia el sur, hasta el lago Fontana y los valles próximos al río Aysén. De allí dobló a levante, efectuando el regreso al Atlántico a lo largo del río Senguerr, que lo condujo a la región de los lagos Colhué-Huapi y Musters, en cuyos fértiles valles encontró finalmente un lugar apto para la fundación de la colonia Ideal, llamada luego "General Sarmiento". El 9 de septiembre de 1897 regresó a Rawson, después de ocho meses de durísimo viaje.

Un año después se establecieron las primeras familias en la nueva colonia, y Pietrobelli, con actividad incansable, dio comienzo a otras expediciones y exploraciones, para trazar un camino que comunicara la colonia con la rada Tilly, en el golfo San Jorge, destinado a la exportación de los productos y al necesario aprovisionamiento de la colonia. Después de duros viajes, en el transcurso de los cuales estuvo a punto de perder la vida extraviado en el desierto durante cinco días, logró trazar el camino, y los primeros productos comenzaron a bajar a la costa del mar, donde edificó un primer galpón (10 de enero de 1900) y plantó un tronco de incienso en el punto más elevado de punta Rojas, para indicar a los buques argentinos el lugar más abrigado y apropiado para el desembarco. Poco después llegaron a la rada Tilly, procedentes de Buenos Aires, algunos colonos y comerciantes que, habiendo obtenido del Gobierno la facultad de ocupar terrenos en aquellos parajes, construyeron allí viviendas y negocios, dando comienzo en esta forma a un activo centro de población que debía desarrollarse en breve tiempo, y luego con el hallazgo del petróleo, transformarse en la ciudad actual de Comodoro Rivadavia[29].

Las vicisitudes de estos viajes azarosos fueron descritas por Pietrobelli en un libro suyo: *Esplorazioni e colonizzazioni della Patagonia Centrale*, en que se hallan también importantes noticias sobre las costumbres de los Tehuelche.

En los años 1891 y 1892, el naturalista alemán del Museo de La Plata **Carlos V. Burmeister,** hijo del sabio que en 1880 había acompañado a R. Lista desde el río Negro hasta Santa Cruz, recorrió en dos expediciones la parte sur de Santa Cruz, el valle del río Shuen, y los lagos San Martín, Viedma y la orilla boreal del lago Argentino hasta el cerro Castillo.

[29] La fecunda y progresista labor realizada por este esforzado italiano, fundador de Comodoro Rivadavia, se recuerda aún hoy con agradecido cariño por los habitantes de la Patagonia, que reconocen y aprecian las penurias sufridas por Pietrobelli para llevar a cabo sus ideales de colonización en aquellas tierras hasta entonces deshabitadas. (Ver C. Borgialli *El nacimiento de la ciudad de Comodoro Rivadavia fue el resultado de grandes sacrificios,* en la Revista *Argentina Austral,* Año VII. Nº 76).

Importantes viajes de estudio a la Patagonia Austral y a Tierra del Fuego, que duraron dos años, fueron iniciados en 1895 por **Otto Nordenskjöld** con los Sres. Dusén, botánico; Ohlin, zoólogo; y Akerman, ayudante. Hacia fines de 1896, se trasladó al seno de Última Esperanza, visitó la gruta de Eberhard llamada también del Mylodon, descubierta, hacía poco, por el capitán Eberhard; pasó a los lagos Sarmiento y Paine, descubriendo el lago que lleva su nombre, y remontó el curso del río homónimo hasta encontrar el último lago y ventisquero, donde tiene sus orígenes el río Paine, al que llamó Dickson. En esta excursión intentó penetrar en la Cordillera para alcanzar el seno Peel, pero se lo impidió un gran helero profundamente agrietado que baja sobre el lago.

Por encargo de la Universidad de Princeton (Nueva Jersey) el **Dr. J. B. Hatcher,** del Museo Carnegie, visitó en 1896 la Patagonia austral con el fin de estudiar esta región bajo el aspecto geológico, paleontológico y ornitológico. Comenzó sus investigaciones el invierno de aquel mismo año en las cercanías de Gallegos, en colaboración con los señores Petersen y Colburn, haciendo excursiones hasta la Cordillera, donde descubrió, a septentrión del lago San Martín, un gran río, que llamó Mayer, en honor del gobernador de Santa Cruz, general Edelmiro Mayer. En un segundo viaje a Gallegos y a Santa Cruz, desde donde siguió por el río Chico hacia la Cordillera, visitó el lago Pueyrredón, el río Ghio, etc.; región que luego fue campo de nuevas exploraciones y búsquedas en un tercer viaje suyo realizado en 1899"[30].

Desde 1896 a 1898, los geólogos del Museo de La Plata: **Santiago Roth, Leo Werhli** y **Carlos Burckhart,** efectuaron cuatro viajes de estudio a las principales cuencas hidrográficas de la Patagonia norte y a la Cordillera de Neuquén y Mendoza, trazando de estas zonas perfiles geológicos de notable importancia.

En 1899, el joven **Erland Nordenskjöld**, acompañado por el Dr. Óscar Borge, visitó la región de Última Esperanza, y la cueva del Mylodon y por los restos fósiles que encontró allí, llegó a la conclusión de que este gravígrado llamado antes *Neomylodon* pertenece al género *Glossotherium*.

Rodolfo Hauthal, del Museo de La Plata, efectuó en el mismo año, por encargo del Gobierno argentino, nuevos estudios sobre la Cordillera Patagónica meridional y especialmente sobre la región entre Última Esperanza y el lago Argentino, de la cual realizó un levantamiento geológico; sobre los glaciares del lago Argentino, etc. En estos viajes visitó el macizo del Paine y las otras cadenas orientales hasta el lago Belgrano, buscando en vano un paso que le llevara del lago Argentino al Peel Inlet, sobre el Pacífico.

En 1908 una expedición sueca dirigida por **C. Sköttsberg,** acompañado por Thore G. Halle, botánico, y P. D. Quensel, geólogo, recorrió, en dos veranos consecutivos, gran parte de la región precordillerana y de los lagos, extendida desde Última Esperanza hasta el lago San Martín, realizando importantes descubrimientos geológicos. En uno de estos viajes se internó en el brazo noroeste del lago Argentino, alcanzando las márgenes de un gran helero, que llamó Upsala.

A fin de verificar la existencia y la importancia de los yacimientos carboníferos existentes en las proximidades del lago San Martín, la Dirección de Minas de Buenos Aires envió hacia fines de 1917 a los geólogos **Guido Bonarelli,** italiano; y **José Nágera,** para que efectuaran investigaciones

[30] Los resultados de estos viajes fueron publicados en ocho tomos ampliamente ilustrados, bajo la dirección de M. Guillermo B. Scott de la Universidad de Princeton, bajo el título *Reports of the Princeton University Expeditions to Patagonia*, 1896-1899.

científicas referentes a la calidad y rendimiento del mineral y estudiaran la formación geológica de la región. Fruto de esta expedición fue un estudio que contiene nuevos e importantes resultados sobre la serie estratigráfica del Jurásico y del Cretáceo que se extiende al margen preandino de la Patagonia austral, entre el lago San Martín y el lago Pueyrredón.

Con las expediciones hasta aquí mencionadas, la Cordillera Patagónica, así como casi todos sus valles, habían sido explorados y puestos de manifiesto en toda su extensión. Pero quedaban ignoradas las dos zonas glaciales entre el 46° y 52° 10', las cuales, por estar formadas por elevadísimas cadenas de montes revestidos de nieves perennes y por glaciares inmensos, no pudieron ser cruzadas ni por el oeste ni por el este.

Las comisiones de límites efectuaron sus trabajos topográficos solamente en la zona marginal oriental, que es la más accesible, reconociendo desde lejos algunas cumbres, que emergían por su elevación, y trazando sobre las mismas la línea de deslinde.

Solamente en 1914 se pudo llevar a efecto una primera expedición para penetrar en esos vastos campos de hielo, que se creían inaccesibles. Esta se realizó bajo los auspicios de la Comisión de la Flora Argentina y organizada por el **Dr. Federico Reichert** y el **Dr. Cristóbal Hicken,** y en ella participaron también el Prof. Hauman-Merck y el pintor J. Joergensen. Su finalidad era subir el glaciar Moreno y efectuar el cruce de la Cordillera, alcanzando el seno San Andrés, en los canales del Pacífico. El 15 de febrero de 1914, los miembros de la expedición desembarcaron en la extremidad sur del canal de los Témpanos, cerca del frente del glaciar Moreno, donde establecieron un primer campamento. De aquí iniciaron sus excursiones al interior, estableciendo otros tres campamentos a lo largo de la margen izquierda del glaciar Moreno. El 27 de febrero, con tiempo magnífico, el Sr. Reichert con Hauman y el chileno Rojas, siguiendo el curso del glaciar, alcanzaron, después de 15 horas de camino, un portezuelo glacial sobre el *divortium* interoceánico (1.350 m), desde donde divisaron hacia el noroeste una depresión surcada por un amplio brazo del ventisquero, que conducía directamente al valle del fiordo San Andrés. Por causa de una repentina tempestad que oscureció el horizonte se vieron obligados a regresar, sin haber podido avistar las aguas del Pacífico[31].

Dos años después (enero de 1916) una segunda expedición organizada por la Sociedad Científica Alemana de Buenos Aires, y de la cual participaban los señores **Lutz Witte, Franz Kühn** y **Alfredo Kölliker,** se dirigió al lago Viedma y, de aquí al valle Túnel, y exploró aquel trecho de cordillera que corre entre el monte Fitz Roy y el cerro Huemul (2.700 m). Este último monte fue escalado por primera vez por los componentes de la expedición el 23 de febrero.

Desde el valle Túnel, Kölliker y Witte, con los dos compañeros, Silbermann y Diener, penetraron por una veintena de kilómetros en el curso superior del glaciar Viedma, cruzándolo oblicuamente en dirección nornoroeste. El 9 de marzo alcanzaron el *divortium aquarum* y desde el vértice de un monte (1.700 m) descubrieron al norte una vasta cuenca glacial desde donde irradiaban en direcciones opuestas cuatro grandes ventisqueros, llamados por ellos "Paso de los Cuatro Glaciares"*. Su intención era llegar hasta los canales del Pacífico, pero el persistente mal tiempo los obligó a regresar.

[31] Ver *Patagonia*, 1917, Vol. I, pp. 127-228.

*Actualmente este paso es conocido como el *Paso de los Cinco Glaciares*. En la versión italiana de 1949 de este libro, también dice *de los cuatro glaciares*; sin embargo en el mapa que acompaña aquella edición se le denomina nuevamente *de los cinco glaciares*. Ver capítulo XIII de este libro (N. del E.).

A esta expedición se debe un primer esbozo topográfico de la región cordillerana del occidente del lago Viedma y nuevas denominaciones de montañas y sierras, como el cordón Mariano Moreno, que limita a poniente el glaciar Viedma y el cordón Adela, a oriente del mismo, con los montes Solo, Grande, Doblado, etc.

En enero de 1921 los Señores Reichert e Hicken, en compañía de los señores Fritzsche y Gusinde, efectuaron una expedición al sector cordillerano inexplorado, al norte del seno Baker, entre los paralelos 46° 30' y 47° 30', a fin de alcanzar el monte San Valentín (4.050 m), el macizo más elevado de la Cordillera Patagónica. Salieron de Puerto Montt el 7 de enero de 1921 a bordo de la escampavía chilena "Elicura", y el 12 del mismo mes desembarcaron en punta Leopardo, en la entrada del río Témpanos al oriente de la península de Taitao. Prosiguieron en chalupa hasta el glaciar San Rafael, donde fueron transportados en ocho días todos los equipos, estableciendo un campamento base sobre la playa, cerca del delta de un torrente glacial, que separa el helero de la tierra firme.

Los exploradores siguieron luego la margen norte del glaciar por unos quince kilómetros, estableciendo dos primeros campamentos y dedicándose a estudios glaciológicos, geológicos y topográficos.

El Dr. Reichert, desde la segunda estación, dejando a los compañeros, prosiguió hacia el interior, acompañado por el peón chileno Llan Llan, logrando llegar, en tres campamentos sucesivos, hasta sólo seis kilómetros del macizo San Valentín.

El 11 de febrero, con un día hermosísimo y desde una cumbre prominente de 1.140 m pudo observar en toda su imponente belleza el San Valentín y fijar el esquema orográfico de toda aquella vertiente.

Pero, empeorando el tiempo, la expedición tuvo que volver sobre sus pasos, y el 27 de febrero se embarcó de nuevo en el vapor "Elicura" para regresar a Puerto Montt, adonde llegó el 2 de marzo.

Una nueva expedición fue efectuada por el Dr. Reichert, en enero de 1933, al interior de las cadenas de montes situados a occidente del brazo sur del lago San Martín, en compañía del Dr. Neumayer, del Dr. Donat, de la señora Ilse von Rentzell y del peón chileno Manuel Aguilar. En este viaje los expedicionarios siguieron la margen derecha del glaciar O'Higgins y exploraron la cadena de montes que delimita por el sur este helero, que ellos denominaron "Gea" en honor de la sociedad homónima de Buenos Aires, bajo cuyos auspicios se llevó a cabo la expedición. Penetraron luego por un buen trecho en el inmenso campo de hielo que recubre el interior, al cual dieron el nombre de Hicken.

En enero de 1937 los alpinistas bávaros **Esteban Zuck** y **Hans Teufel,** visitaron la región de Última Esperanza y escalaron la cumbre más oriental de la cadena Paine, de 2.460 m, denominada por ellos Almirante Nieto.

El **Dr. Gustavo Fester** realizó, en 1931 y 1937, reconocimientos y ascensiones en el grupo del Paine y en la Cordillera Prat, en la región de Última Esperanza, donde fue acompañado por el Dr. Jakob.

En el mismo verano, una expedición italiana organizada y dirigida por el Conde **Aldo Bonacossa** y formada por los alpinistas del C.A.A.I. Héctor Castiglione, Juan Bautista Gilberti y Leo Dubosc, se trasladó al cerro Fitz Roy para reconocer la región cordillerana y efectuar algunas ascensiones a las cumbres más importantes. Fue su primera meta la ascensión del Fitz Roy, por su vertiente oriental. Desde el vértice de un glaciar que baja al valle del río Blanco, Castiglione, Gilberti y Dubosc escalaron la cúspide terminal del monte, formada por placas verticales de granitos y por despeñados barrancos de hielo y alcanzaron la pared meridional a 2.750 m, donde la ascensión se detuvo, a causa de la imposibilidad de superar las placas verticales y acantiladas, carentes de asideros, que llevaran a la cumbre. En los días siguientes, los mismos alpinistas lograron alcanzar, bajo el azote de la tormenta, la cumbre glacial del monte Doblado a 2.840 m.

Durante el verano 1939-40, el geólogo suizo **Arnold Heim**, efectuó una expedición a la región occidental del lago Buenos Aires en compañía del guía Hermann Hess. Visitó principalmente el valle del río León, adonde habíase dirigido anteriormente una expedición del Dr. Reichert[32] y por primera vez fue atravesado el lago León con un bote plegadizo de lona, corriendo serios peligros a causa de los fuertes temporales.

Los resultados científicos obtenidos fueron muy satisfactorios, pues se alcanzó a explorar los glaciares y montes que se extienden entre dicho lago y el monte San Valentín, e ilustrar su constitución geológica.

Algunas semanas más tarde, otra expedición, encabezada por el Dr. Reichert, saliendo del istmo de Ofqui, remontó el glaciar San Rafael y llegó al pie del macizo San Valentín. Según las observaciones del mismo, las dificultades de acceso al cerro San Valentín son menores por el lado occidental, aunque el mal tiempo constantemente reinante dificulta grandemente toda tentativa de ascensión.

Otra tentativa de escalar la cumbre del San Valentín, subiendo por el glaciar San Rafael, fue realizada en el verano 1941-1942 por el guía Herman Hess acompañado por los señores Jorge Mani, Hoffman y Alig. El 18 de enero de 1942, saliendo del cuarto campamento después de haber realizado un largo recorrido en el ventisquero, en parte muy agrietado, alcanzaron la altura de 3.000 metros, cerca de una depresión, desde donde regresaron.

Después de seis años de interrupción, por causa de la guerra, el doctor Arnold Heim organizaba una nueva expedición al monte San Valentín y en noviembre de 1945 llegaba al lago Buenos Aires acompañado por el guía Herman Hess y por los andinistas H. Schmoll, A. Vallmitjana y G. Studer. Siguiendo el itinerario del viaje anterior, cruzaron en bote el lago León y establecieron el primer campamento en la margen opuesta del lago, a 50 metros sobre el mismo. Desde allí penetraron en la zona de los grandes glaciares, cercanos al San Valentín, estableciendo otros tres campamentos en el interior, de los cuales el cuarto, a 2.000 metros. Los exploradores, desde este campamento, en una tentativa de ascensión, penetraron 4 kilómetros hacia el interior, pero fueron rechazados por una violenta tempestad de nieve. Además, realizaron una ascensión en esquíes al monte Tronco, de 2.400 metros; pero, persistiendo el mal tiempo y escaseando los víveres, tuvieron que volver sobre sus pasos.

[32] Cfr. Reichert, *Contribución a la exploración de la cordillera patagónica en la latitud del cerro San Valentín*, en Anuario del Club Andino de Osorno, Chile, año 1939, pág. 22.

Una segunda tentativa de escalar el Fitz Roy fue llevada a cabo en los meses de enero y febrero de 1948 por los andinistas Juan Zechner, Mario Bertone y Néstor Gianolini.

Subieron por el valle Fitz Roy y desde un campamento situado al término del mismo, efectuaron algunas tentativas por las paredes occidentales, deteniéndose a la altura de 2.700 metros.

Por esta misma vertiente occidental se renovaron en el verano siguiente (1949) otros ensayos de escalada por una expedición compuesta de los andinistas Juan Zechner, Rodolfo Dangi, Roberto Matzi y Cuzzi Lantschner. Intentaron otras rutas subiendo empinadas canaletas que parecían conducir a la cumbre, pero todo esfuerzo resultó vano frente a las verticales y lisas paredes del monte, que presentaban dificultades insuperables.

Abandonados estos intentos, los expedicionarios alcanzaron la cumbre del cercano monte Pollone de 2.400 metros, que se levanta poco más a occidente de aquel, subiendo por un glaciar muy agrietado, que reviste su vertiente austral*.

En el verano el señor H. Gianolini acompañado por el señor John Mercer, inglés, siguiendo el valle Eléctrico, penetraba en los campos de hielo que se extienden al oeste de los montes Marconi y Gorra Blanca. Traspuesto el Paso de los Cinco Glaciares alcanzó la cabecera oriental del glaciar Pío XI desde donde se vio obligado a regresar, sorprendido por el mal tiempo**.

*La primera ascensión hasta la cumbre del Fitz Roy se realizaría recién en 1952 –casi 20 años más tarde que las primeras exploraciones efectuadas en la zona precisamente por el padre De Agostini– por los franceses Lionel Terray y Guido Magnone, que eran parte de una expedición más numerosa. El día 2 de febrero de aquel año, el gran macizo se deja por primera vez conquistar. Luego, la cima será nuevamente conquistada en 1965, esta vez por los argentinos José Luis Fonrouge y Carlos Comesaña. El 16 de enero llegan a la cumbre siguiendo la llamada *supercanaleta*, un surco de 1.800 metros de largo, situado en la vertiente oeste del Fitz Roy. La ascensión se realiza además sin usar cuerdas previamente fijadas. Después de esto y hasta hoy se sucederán innumerables tentativas de ascensión estableciéndose variadas rutas de escalada (Ver *El Fitz Roy*, en Cuadernos Patagónicos N° 4, TECHINT, Milano, 1991) (N. del E.).

**Entre 1949, época en que el Padre De Agostini revisaba la nueva edición de esta obra, y el principio del siglo XXI, los estudios científicos en la Patagonia se han completado con las contribuciones hechas por los ingleses John Mercer, glaciólogo, Eric Shipton, el último de los grandes exploradores andinos, y Martin Holdgate, botánico, con el patrocinio de la Royal Society y el British Museum, y del geólogo Chalmers Clapperton, con el auspicio de la Universidad de Aberdeen, entre otros investigadores. Significativos han resultado igualmente los estudios y trabajos científicos chilenos y argentinos conducidos por Edmundo Pisano, Osvaldo Boelcke y Fidel Roig, incluyendo, otra vez, a británicos como David Moore, de los que la mejor expresión científica fue la Transecta Botánica de la Patagonia Austral, desarrollada a lo largo de varias campañas entre 1977 y 1980. En la realidad el trabajo de relevantamiento científico no ha cesado a pesar de su aperiodicidad. Cabe destacar como hecho relevante en la materia la presencia y actividad del Instituto de la Patagonia desde 1969 en adelante, lo que ha dado continuidad y sistematicidad a los estudios e investigaciones, que asumieron un nuevo respaldo al incorporarse en 1984 dicha entidad a la Universidad de Magallanes, principalmente en los campos de las ciencias naturales (Botánica, Zoología, Glaciología, Climatología, Ecología, Geología y Paleontología) y humanas (Historia, Arqueología, Antropología Física, Demografía) (N. del E.).

BIBLIOGRAFÍA

AMEGHINO, CARLOS – *Exploraciones geológicas en la Patagonia*, en Boletín del Instituto Geográfico Argentino. Tomo XI, enero-febrero de 1890.

AMEGHINO, FLORENTINO – *L'age de formations sedimentaires de Patagonie*, en Anales de la Sociedad Científica Argentina, tomos 51 al 54, Buenos Aires, 1903.

- *Les formations sedimentaires de Crétacé supérieur et du Tertiaire de Patagonie*, en Anales del Museo Nacional de Buenos Aires. Tomo XV, 1906 (con bibliografía completa).

Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos (GAEA) – 1923-1948, Buenos Aires.

Anales de la Universidad de Santiago de Chile.

Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile, Santiago de Chile. De 1875 a 1928.

Argentina Austral – Revista mensual de la Sociedad An. Imp. y Exp. de la Patagonia, Buenos Aires, del año 1929 a 1944.

Boletín del Instituto Geográfico Argentino – Del año 1879 a 1911, 25 tomos.

BONARELLI, G. y NÁGERA, J. – *Observaciones geológicas en las inmediaciones del lago San Martín*, Dirección de Minas y Geología, Bol. 27B, Buenos Aires, 1921.

BORGATELLO, PBRO. MAGGIORINO S.S. – *Patagonia Meridionale e Terra del Fuoco*, Torino, 1924.

BOVE, GIÁCOMO – *Expedición Austral Argentina. Informes Preliminares*, Buenos Aires, 1893.

BRAUN MENÉNDEZ, ARMANDO – *Pequeña historia patagónica*, Buenos Aires, 1936.

BRUEGGEN, J. – *Texto de Geología*, Santiago de Chile, 1929.

- *Zur glazialgelologie der chilenischen Anden*, Geolog. Rundschau, vol. XX, 1929.

BURSMEISTER, CARLOS – *Relación de un viaje al territorio el Chubut*, en Anales del Museo Nacional de Buenos Aires. Tomo III, 1888.

- *Memoria sobre el territorio de Santa Cruz*, Ministerio de Agricultura, Dirección de Agricultura y Ganadería, Buenos Aires, 1901.

CALDENIUS, C. – *Las glaciaciones cuaternarias en la Patagonia y Tierra del Fuego*, en Geografiska Annales, Stockholm, 1932 y publicación Nº 95 de la Dirección de Minas y Geología, Buenos Aires, 1932.

CARBAJAL, D. LINO – *La Patagonia*, 4 tomos, San Benigno Canavese (Turín), 1899, 1890.

- *Por el Alto Neuquén, Ascensión al Pico Domuyo*, Buenos Aires, 1906.

Club Andino Bariloche – *Memorias* 1931-1944.

CONCI, IVO – *Estudio de algunas rocas magmáticas del lago Argentino y del cerro Fitz Roy (lago Viedma) coleccionadas por el doctor Feruglio y el Padre De Agostini*, Revista Minera, tomo VII (1935), Buenos Aires, 1936.

DARWIN, CHARLES ROBERT – *Journal of researches into the natural history of the countries visited during the voyage of the "Beagle" round the world*, London, 1845, 2 vols.

- Ed. Castellana: *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo en el navío de S. M. "Beagle"*, 2 vols., Madrid.

DE AGOSTINI, A. M. – *Mis viajes a la Tierra del Fuego*, Milán, 1929.

- *El cerro Lanín y sus alrededores*, Buenos Aires, 1941.

- *La Naturaleza en la Patagonia septentrional – Lagos Nahuel Huapi y Esmeralda*, Turín, 1934.

- *Mi primera expedición al interior de la Cordillera patagónica meridional, verano 1930-1931*, en Solar, Buenos Aires, 1931.

- *Prima spedizione nella Cordigliera patagonica meridionale (Estate 1930-1931)*, en Boll. Soc. Geogr. Ital., ser. VI. Vol. VIII, Nov. 1931, Roma.

- *Seconda spedizione nella Cordigliera patagonica meridionale*, Ibid., vol. IX, Nov. 1932.

- *La prima traversata della Cordigliera patagonica dal lago Argentino al fiordo Falcón*, en Le vie d'Itala e del Mondo (Riv. del Touring Club Ital.), año I, 5, mayo 1933, Milano.

- *Última Esperanza*, Ibid., febrero 1935, XIII.

- *Viaggi di esplorazione alla Cordigliera patagonica meridionale (1933-1938)*, en Boll. R. Soc. Geogr. Ital, ser, VII. Vol. IV, I, Roma, 1939.

- *Aspetti geomorfologici della Cordigliera patagonica australe*, Atti R. Accad. Scienze di Torino, vol. 74, 1938-39.

DONOSO, ÁLVARO – *Demarcación de la frontera en la parte sur del territorio*, Santiago, 1906.

ESPINOSA, ANTONIO – *La conquista del desierto*, Buenos Aires, 1939.

FERUGLIO, EGIDIO – *La glaciazione attuale, le fasi glaciali quaternarie e i loro rapporti coi terraza marini della Patagonia*, en Bolletino del Comitato Glaciologico Italiano, Nº 13, Torino, 1933.

- *I terraza marini della Patagonia,* en Gioranale di Geología (Annali del R. Museo Geologico di Bologna), vol. VIII bis, 1933.

- *I ghiacciai della Patagonia*, en L'Universo (Riv. dell'Istituto Geogr. Militar Ital.), XV, 10, Firenze, 1934.

- *Paleontographia patagónica*, en Memorie dell'Istituto Geologico della R. Universitá di Padova, vols. XI-XIII, 1937.

- *Variaciones el frente del glaciar Moreno* (lago Argentino), en Anales de la Soc. Arg. de Estudios Geogr. GAEA, tomo VI, 1938.

- *Estudios geológicos y glaciológicos en la región del lago Argentino (Patagonia)*, en publicación en el Boletín de la Academia Nacional de Ciencias, tomo XXXVI, Córdoba, 1944.

- *Descripción geológica de la Patagonia y Tierra del Fuego*, en publicación en la Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, Buenos Aires.

- *El Cretáceo superior del lago San Martín y de las regiones adyacentes*, en Physis (Rev. de la Soc. Arg. de Ciencias Naturales), tomo XII, 1938.

- *Mapa geológico de la Patagonia al sur del paralelo 42º y Tierra del Fuego* (escala 1:2 millones), publicado por la Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, 1940.

FESTER, GUSTAVO A. – *Algunas observaciones de un viaje a la Patagonia*, en Revista Minera, tomo III, Buenos Aires, 1931.

- *Observaciones en la Cordillera austral*, Ibidem. IX, 4, 1938.

- *La Cordillera Payne*, en Anales de la Soc. Cient. Argent., tomo CXXVI, 1938.

FITZ ROY, ROBERTO – *Narración de los viajes de levantamiento de los buques de S. M. Adventure y Beagle* en los años 1826-1836, 4 vols. de la Biblioteca Oficial de Marina, Buenos Aires, 1938.

FONTANA, JORGE LUIS – *Viaje de exploración en la Patagonia austral*, en Boletín del Instituto Geográfico Argentino, tomo VII, 1886.

FONK, FRANCISCO – *Diarios de Fray Francisco Menéndez a la Cordillera*, 2 tomos, Valparaíso, 1896.

- *Frontera Argentino-Chilena en la Cordillera de los Andes*, Exposición Argentina (con láminas y mapas), Londres, 1901.

FURLONG, GUILLERMO, S. J. – *Entre los Tehuelches de la Patagonia*, Buenos Aires, 1943.

GALLOIS, L. – *Les Andes de Patagonie*, en Annales de Géographie, tomo 10, París, 1901.

GERTH, H. – *Geologie Südamerikas*, 2 vols., Berlín, 1935.

GIGLIOLI, ENRICO – *Viaggio intorno al globo della Reale Pirocorvetta italiana "Magenta"*, Milano, 1875.

GROEBER, P. – *Origen de los valles transversales de la Cordillera patagónica*, en Anales de la Soc. Arg. Est. Geogr. GAEA, tomo II, N° 3, 1927.

HAUMAN, LUCIEN – *Etude phytogéographique de la Patagonie*, en Bulletin de la Soc. Royal de Botanique de Belgique, LVIII, Bruxelles, 1926.

HAUTHAL, R. – *Gletscherstudien aus der argentinischen Kordillere*, Globus, vol. 71, 1895.

- *Erforschung der Glacialerscheinungen Südpatagoniens*, Ibid., vol. 75, 1899.

- *Gletscherbilder aus der argentinischen Kordillere*, Zeitschrift d. Deutsch. u. Oester. Alpenvereins, vol. 35, Innsbruck, 1904.

HICKEN, C., KÜHN, F. REICHERT, F., TOMSEN, A. y WITTE, L. – *Patagonia*, 2 vols. (editados por la Sociedad Científica Alemana), Buenos Aires, 1917.

IHERING, HERMANN VON – *Les mollusques fossiles du Tertiaire et du Crétacé supérieur de l'Argentine*, en Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, tomo XIV, 1907.

KEIDEL, JUAN – *Sobre el desarrollo paleogeográfico de las grandes unidades geológicas de la Argentina*, en An. Soc. Arg. Est. Geogr. GAEA, tomo I, 4, 1925.

KING, P. P. – *Narrative of the surveying voyages of H. M. S. Adventure and Beagle*, 1926-36.

KRUGER, P. – *Die Patagonischen Anden Zuischen dem 42 und 44. Grade südl Breite*, en Petermanns Geogr. Mitteil, Erg-Helf 164, Jena, 1909.

KÜHN, FRANZ – *Fundamentos de Fisiografía argentina*, Buenos Aires, 1922.

LISTA, RAMÓN – *Mis descubrimientos y exploraciones en la Patagonia*, Buenos Aires, 1880.

MOLDES, JOSE M. – *La tierra de los Tehuelches*, Buenos Aires, 1937.

MORENO, FRANCISCO P. – *Viaje a la Patagonia austral*, Buenos Aires, 1879.

- *Explorations in Patagonia, en Geographical Journal*, vol XIV, London, 1899.

- *Apuntes preliminaries sobre una excursión a los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz*, en Revista del Museo de la Plata, tomo VIII, 1898.

MOYANO, CARLOS – *Viajes de exploración a la Patagonia*, Buenos Aires, 1931.

MUELLO, ALBERTO CARLOS – *Geografía económica de Santa Cruz*, Buenos Aires, 1928.

NORDENSKJÖLD, OTTO – *Uber die Posttertiären Ablagerungen der Magellansländer – Geological map of the Magellan territories with explanatory notes*, Svenska Expeditionen till Magellansländerna, vol. I, Stockholm, 1898-99.

OUTES, FÉLIX F. – *La edad de la piedra en la Patagonia*, Buenos Aires, 1905.

PIATNITZKY, ALEJANDRO – *Observaciones geológicas en el oeste de Santa Cruz (Patagonia)*, Boletín de Informaciones Petroleras, N° 165, pp. 45-85, Buenos Aires, 1938.

PIEDRABUENA, EL CAPITÁN LUIS - *Su centenario* (Homenaje del Centro Naval a su Memoria), Buenos Aires, 1933.

PIETROBELLI, FRANCESCO – *Explorazioni e colonizzazioni della Patagonia centrale*, Venezia, 1911.

QUENSEL, P. D. – *Geologisch-petrographische Studien in der patagonischen Cordillera*, en Bull. of the Geol. Inst. of Upsala, Vol. XI, Upsala, 1911.

- *On the influence of the ice age on the continental watersheshedol of Patagonia*, Ibid., vol. IX, 1910.

RATTO, HÉCTOR – *Exploraciones y actividades marítimas españolas en el litoral patagónico argentino durante los siglos XVII y XVIII*, Buenos Aires, 1900.

Reports of the Princeton University Expeditions to Patagonia 1896-1899. vol. 8 (1903 en adelante), con muchos trabajos de Hatcher, Ortmann, Stanton, Scott, Sinclair, Dusén y otros, sobre geografía, geología, paleontología y botánica, Stuttgart y Princeton.

Revista Chilena de Historia y Geografía, del año 1911 al 1944, Santiago de Chile.

RISO PATRÓN, LUIS – *La Cordillera de los Andes entre las latitudes 46° y 50° S*, Santiago, 1907.

ROTHKUGEL, MAX – *Los bosques patagónicos*, Buenos Aires, 1943.

SKOTTSBERG, CARL – *Botanische Ergebnisse der Schwedischen Expedition nach Patagonien und dem Feuerlande 1907-1909*, Kungl Svenska Vetenskapsakademiens Handlingar, XLVI, Upsala y Stockholm, 1910.

SAROBE, GENERAL JOSÉ M. – *La Patagonia y sus problemas*, Buenos Aires, 1943.

STEFFEN, HANS – *Viajes de exploración y estudio en la Patagonia occidental*, 2 tomos, Santiago de Chile, 1909-1910.

- *Westpatagonien*, Berlín, 1919.

SPEGAZZINI, CARLOS – *Plantae Patagoniae australis*, en Revista de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, Año III, La Plata, junio-julio de 1897.

- *Nova addenda ad Floram patagonicam*, en Anales de la Soc. Científica Argentina, tomo XLVII, p. 44 y ss., Buenos Aires 1901.

VOLPI, C. A. y GRANDI, A. L. – *El ventisquero Moreno*, La Ingeniería, tomo XLIV, pp. 54-63, Buenos Aires, 1940.

WILCKENS, OTTO – *Erläuterung zu Hauthals geologischer Skizze des Gebieles zwischen dem Lago Argentino und dem Seno de la Última Esperanza*, Berichten der Naturforsch, Gesellschaft zu Freiburg i. Br., vol. XV, 1905.

WILLIS, BAILEY – *El norte de la Patagonia. Naturaleza y riquezas*, Ministerio de Obras Públicas, Com. de Est. Hidrol. de la Dirección General de Ferrocarriles, con atlas, 1911-1914.

WICHMANN, R. – *Investigaciones hidrogeológicas en Puerto Deseado y sus alrededores, etc.* An. Minist. Agric., Sección Geología, tomo XII, 4, Buenos Aires, 1919.

- *Observaciones geológicas en el gran bajo de San Julián y sus alrededores*, en Boletín 30B de la Dirección de Minas y Geología, 1922.

WINDHAUSEN, ANSELMO – *Líneas generales de la constitución geológica de la región situada al Oeste del Golfo de San Jorge*, en Boletín Acad. Nac. Ciencias de Córdoba, tomo XXVII, Buenos Aires, 1924.

- *Geología argentina*, 2 tomos, Buenos Aires, J. Peuser, 1929-31. (Contiene la bibliografía casi completa hasta el año 1930).

ZUFFARDI, P. – *Descripción de algunas rocas de la región de los lagos Argentino y Viedma*, en publicación del Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba.

APÉNDICE I

OBRA LITERARIA, CARTOGRÁFICA Y FILMOGRÁFICA DEL PADRE DE AGOSTINI

LITERATURA

a) Inédita*

Mis viajes por la Tierra del Fuego (conferencia sin fecha).

L´ultimo lembo della Terra Ignoto (conferenzza radiofonica per Gli italiani all'estero).

Conferencia sin título, dictada el 1 de septiembre de 1944, al parecer en Buenos Aires.

Treinta años de exploración en la Cordillera de la Tierra del Fuego y de la Patagonia Austral (conferencia sin fecha).

Spedizioni del P. De Agostini SS. Nella Cordillera Patagonica meridionale (conferencia o artículo sin fecha).

Esplorazioni del P. Alberto M. De Agostini S.S nella Terra del Fuoco (conferencia sin fecha).

Cuarta ascensión al monte Olivia por la pared NO (nota sin fecha).

Los glaciares de la Patagonia y la Tierra del Fuego (conferencia o artículo sin fecha).

Vette e ghiacciai della Terra del Fuoco (conferencia sin fecha).

Tierra del Fuego. Realización de A.M. De Agostini, salesiano (guión expositivo para acompañar la exhibición de la película documental del mismo nombre, sin fecha).

Expedición italiana a los montes Sarmiento e Italia (1955-56) (artículo sin fecha).

Vent´anni di esplorazione nella Cordillera patagonica Australe (conferencia sin fecha).

Trent´anni di esplorazione nelle Ande della Patagonia e Terra del Fuoco (conferencia sin fecha).

Trent´anni di esplorazione nella Cordigliera della Terra del Fuoco e della Patagonia Australe (conferencia sin fecha).

Trent´anni di esplorazione nella Patagonia e Terra del Fuoco (conferencia sin fecha).

Le Ande Australe della Patagonia e la nostra scalata ai Monti Sarmiento e Italia nella Terra del Fuoco (conferencia sin fecha).

I miei viaggi nella Terra del Fuoco (conferencia sin fecha).

Conferencia sin nombre y sin fecha dictada antes de la presentación de la película *Terre Magellaniche.*

Strutura e belleza della Cordigliera Patagonica e Fueghina (conferencia sin fecha).

Conferencia sin nombre y sin fecha, acompañada de diapositivas, con un recorrido desde el volcán Lanín a la Tierra del Fuego.

Conferencia sin nombre y sin fecha sobre la Cordillera patagónico-fueguina.

La scalata dei monti Sarmiento e Italia (conferencia sin fecha).

*Estos documentos se encuentran, con otros papeles, en el "Archivo De Agostini" del Museo "Maggiorino Borgatello", Punta Arenas (N. del E.).

Ejemplar desarmado de *Andes Patagónicos* (edición de 1945), corregido a mano por el propio autor (errores ortográficos, gramaticales y de estilo), y a máquina (revisión y aportación de nuevos antecedentes).

Nel regno del Lanin (borrador mecanografiado de libro, once capítulos, sin fecha).

b) Impresa

Artículos*

1. "Un 'escursione a 'Última Esperanza'" (carta dirigida a Don Albera fechada en Punta Arenas el 15 de mayo de 1917). Publicada en el *Boletín Salesiano* 41 (1917).

2. "Un coloso Alpino nella Terra del Fuoco, il monte Sarmiento", en *La Terra e la Vita 1*, Roma, Soc. Geog. Italiana (1922)

3. "La costa del capo Horn", Idem. (1922)

4. "I miei viaggi nella Terra del Fuoco", conferencia dictada en el Congreso Geográfico en Florencia el 30 de marzo de 1921. *ATTI dell' VIII Congresso Geografico Italiano.* Tirada aparte hecha por el Instituto de Edizioni Artistiche/Fratelli Alinari, Firenze. 18 págs. Texto, 11 láminas fotográficas y un mapa (1922).

5. "Turismo argentino nella Terra del Fuoco", en *La vita d'Italia e dell'America Latina*, Milán (1924).

6. "Un popolo che sta per scomparire: I fueghini", Idem. (1924).

7. "Attraverso la Swizzera Sud-Americana", Idem. (1924).

8. "Le Misión Salesiana tra gli indigeni della Terra del Fuoco", en *Revista illustrata dell'Esplorazione Missionaria Vaticana* (1925).

9. "La foresta subantartica e magellanica", en *La vita d'Italia e dell'America Latina*, Milán (1927).

10. "La Cordigliera Patagonica Australe nelle resenti esplorazioni e nelle mie impresione di viaggio", en *Atti del X Congresso Geografico Italiano,* Milán (1927).

11. "I miei viaggi nella Cordigliera della Terra del Fuoco", en *Atti del XII Congresso Internazionale degli Americanisti*, Roma (1928).

12. "Prima Spedizione nella Cordigliera Patagonica Meridionale", en *Bolletino Soc. Geografica Italiana*, Roma (1931).

13. "Escursione apostolica in Patagonia", en *Bolletino Salesiano* 55 (1931).

14. "Seconda Spedizione nella Cordigliera Patagonica Meridionale", Idem (1932).

15. "I miei viaggi nella Cordigliera Patagonica Meridionale", en *Nuova Antologia* (1932).

16. "L'Isola Nera (Diario di un Viaggio alla Terra del Fuoco)", Tirada aparte hacha por la Societá Anonima "La Nuova Antologia", Roma, julio 1933.

17. "Escursione alla missione della Candelaria, Terra del Fuoco", *Boletín Salesiano* 57 (1933).

18. "La prima traversata della Cordigliera Patagonica. Dal lago Argentino al fiordo Falcon". Revista *Le vie d'Italia e del mondo*. Italia, mayo de 1933.

19. "Il fascino delle vette patagoniche", en *Giovane Montagna,* Torino (1933)

20. "Nel regno delle foche. La costa Policarpo nella Terra del Fuoco". Revista *La vie d'Italia e del mondo*", Italia, junio de 1934.

21. "Contributo dei Missionari alla Geografia", en *Vita e Pensiero*, Milán (1934).

22. "Última Esperanza nella Patagonia cilena", Revista *La vie d'Italia e del Mondo*, febrero de 1935.

23. "Crepuscolo di una razza nel glaciale squallore della Terra del Fuoco", en *La Gazeta del Popolo*, Torino, 22 de agosto (1936).

---

*Estos datos han sido tomados de los Archivos del Museo Maggiorino Borgatello, Punta Arenas, Chile, y complementados con los aportados en el apartado *Alberto Maria De Agostini, Scritti Sulle Terre Magellaniche*, en *Ai Limiti del Mondo, Alberto De Agostini in Patagonia e Terra del Fuoco*, pp. 283-285, Edición del Museo Nacional de la Montaña "Duca degli Abruzzi", Club Alpino Italiano-Sección Turín, Turín 1999.

24. "Fascino dell'immensa Patagonia", en el *Corriere della Sera, Milán*, febrero (1936).

25. "Prodigi del lavoro italiano nella steppa sconfinata", Idem. 17 de mayo (1936).

26. "Fattoria in una valle della Cordigliera", Idem. 12 de julio (1936).

27. "Un Cervino d'oltremare: il m. Fitz Roy", Idem. 13 de agosto (1936).

28. "La valle del rio Eléctrico", Idem. 26 de septiembre (1936).

29. "Nelle tempestuose solitudini delle Ande", Idem. 26 de diciembre (1936).

30. "Nelle solitudini della Cordigliera: una contesa tra due statu e la visione di un Santo", Idem. 21 de octubre (1936).

31. "Lettera a Don Cojazzi", en Revista dei Giovanni, Torino (1936).

32. "Esplorazione aerea sulle Ande della Patagonia", Idem. 26 de noviembre (1937).

33. "Tra inviolete solitudini degli sterminati ghiacciai delle Ande", Idem. 27 de noviembre (1937)

34. "El nuevo Parque Nacional *Los Glaciares*", en *Revista Geográfica Americana*, Bs. Aires (1937).

35. "Aspetti geomorfologici della Cordigliera Patagonica Australe", en *Atti della Reale Academia delle Scienze di Torino*, (1938-39).

36. "Viaggio d'esplorazione sulla Cordigliera Patagonica meridionale. *Bolletino Salesiano* 64 (1940).

37. "Viaggi d'esplorazione alla Cordigliera Patagonica meridionale", en *Atti della Reale Academia d'Italia*, Roma (1940).

38. "Lettera a Don P. Ricaldone", *Bolletino Salesiano* 66 (1942).39. "Los glaciares de la Patagonia meridional y Tierra del Fuego", *Acta del X Congreso Científico de Chile* (1944).

39. "Primera ascensión a la cumbre del cerro S. Lorenzo, *in Memoriam*", Club Andino Bariloche (1944).

40. "Le Ande Patagoniche", en *Revista mensile del Club Andino Italiano*, Torino (1947).

41. "Esplorazione e prima ascensione del massiccio San Lorenzo (Patagonia Australe)", *Bolletino Soc. Geografica Italiana*, Roma (1948).

42. "Tra Gli italiani in Ushuaia", Revista *La vie del Mondo*, Milano (1951).

43. "Un Cervino invitto nelle Ande Patagoniche", *La vie d'Italia e del mondo*", Italia, marzo de 1951.

44. "I ghiacciai della Terra del Fuoco", Revista *La vie del mondo*, junio de 1952.

45. "Carbone e petrolio nelle terre magellaniche", Revista *La vie del mondo*, julio de 1954.

46. "Nella Cordigliera Patagonica Australe", en *Alpinismo italiano nel mondo*, CAI-TCI, Milán (1954).

47. "Rio Negro, la terra promessa argentina", Revista *L'Universe*, Florencia (1955).

48. "La scalata dei monti Sarmiento e Italia", Idem. (1957).

49. "La scalata dei monti Sarmiento e Italia", *Revista mensile del Club Alpino Italiano* (1957).

50. "Cuarta ascensión al monte Olivia", Anuario Club Andino Bariloche (1957).

51. "Don Bosco geografo", *Bolletino Salesiano* 84 (1960).

Libros

1. *LA NATURALEZA EN LOS ANDES DE LA PATAGONIA AUSTRAL.*

2. *ÚLTIMA* ESPERANZA (CHILE). 20 vistas y dos panoramas. Sin fecha ni lugar de edición.

3. *TIERRA DEL FUEGO (CHILE)*, 30 vistas y dos panoramas. Sin fecha ni lugar de edición.

4. *TIERRA DEL FUEGO (REPÚBLICA ARGENTINA)*, 30 vistas y dos panoramas. Sin fecha ni lugar de edición.

5. *LAGO NAHUEL-HUAPI (REPÚBLICA ARGENTINA)*. 30 vistas y dos panoramas. Sin fecha ni lugar de edición.

6. *I MIEI VIAGGI NELLA TERRA DEL FUOCO*, Cartografia Fratelli De Agostini, Torino, 1924.

7. *ZEHN JAHRE IN FEUERLAND*, Brockhaus, Leipzig, 1924 (Edición alemana).

8. *TIZ ESZTENDOS TÜZFÖLDÖR*, Lampel, Budapest, 1925 (Edición húngara).

9. *MIS VIAJES A LA TIERRA DEL FUEGO*. Editorial Prof. G. De Agostini. Milán, 1929.

10. *LA NATURA NELLE ANDE DELLA PATAGONIA SETTENTRIONALE. LAGHI NAHUELHUAPI-ESMERALDA*, Cartografia Fratelli De Agostini. Torino, 1934.

11. *ANDES PATAGÓNICOS*. Editorial SEI. Buenos Aires, 1941.

12. *ANDES PATAGÓNICOS* (Segunda edición aumentada y corregida). Edición del autor. Buenos Aires, 1945.

13. *PAISAJES MAGALLÁNICOS*. Edición del autor. Buenos Aires, 1945.

14. *GUIA TURÍSTICA DE LOS LAGOS AUSTRALES ARGENTINOS Y TIERRA DEL FUEGO*, Buenos Aires, 1945.

15. *VIAJE A LA REGIÓN DEL BAKER*. Buenos Aires, 1945.

16. *GUIA TURÍSTICA DE MAGALLANES Y CANALES FUEGUINOS*. Buenos Aires, 1945.

17. *NAHUEL HUAPI*. Edición del autor. Buenos Aires, 1949.

18. *EL CERRO LANÍN Y SUS LAGOS*. Edición del autor. Buenos Aires, 1949.

19. *ANDE PATAGONICHE*. Societa Cartografica Giovanni De Agostini Anonima Editrice. Milano, 1949.

20. *TRENT 'ANNI NELLA TERRA DEL FUOCO*. Societa Editrice Internazionale. Torino, 1955.

21. *ESFINGES DE HIELO*. ILTE. Torino, 1959.

22. *MAGALLANES Y CANALES FUEGUINOS*. Scuola Grafica Salesiana. Torino, 1960.

CARTOGRAFÍA

a) Inédita

1. *(PLANO DE LA ZONA ANDINA DEL SECTOR OCCIDENTAL DEL LAGO ARGENTINO)*. Croquis sin fecha. Escala 1:100.000. Formato 68 x 49 cms. Firmado por el autor.

2. *(PLANO DE LA ZONA ANDINA DEL SECTOR NOROCCIDENTAL DEL LAGO VIEDMA)*. Croquis sin fecha. Escala 1:150.000. Formato 68 x 49 cms. Firmado por el autor.

b) Impresa

1. *ITINERARIO DEL P. ALBERTO DE AGOSTINI NELLA TERRA DEL FUOCO*. 1922. Escala 1:1.250.000. Formato 25,4 x 20,4 cms. Incluido en la Conferencia "I miei viaggi nella Terra del Fuoco", Istituto de Edizioni Artistiche-Fratelli Alinari Firenze 1922.

2. *TERRA DEL FUOCO SECONDO LE ESPLORAZIONI E GLI STUDI EFFETUATI DA ALBERTO M. DE AGOSTINI 1910-18*. Escala 1:1.000.000. Formato 79,8 x 49,2 cms. Impreso en colores. Cartografia Fratelli De Agostini Rivoli-Torinese. Incluido en el libro *I mei viaggi nella Terra del Fuoco*. Torino, 1924.

3. *TERRA DEL FUOCO. ALBERTO M. DE AGOSTINI*. Sin fecha. Escala 1:1.000.000. Formato 79,8 x 49,2 cms. Impreso en colores. Societá Editrice Internazionale – Torino. No muestra límite político en la zona del canal Beagle e islas orientales.

4. *TIERRA DEL FUEGO SEGÚN LAS EXPLORACIONES Y LOS ESTUDIOS EFECTUADOS POR ALBERTO M. DE AGOSTINI 1910-1918*. Cartografía Fratelli De Agostini, Rivoli-Torinese. Escala: 1: 1.000.000. Impreso en colores. Formato 79,8 x 49,2 cms. Impreso en colores. Torino, 1923. No muestra límite político en la zona del canal Beagle e islas orientales. (Entelado).

5. *IL GHIACCIAIO PIO XI E SENO EYRE RILEVATO E DISEGNATO DA ALBERTO M. DE AGOSTINI*. 1928. Escala 1:1.000.000. Formato 24,5 x 17, 8. Impreso en colores. Incluido en la edición italiana de *Andes Patagónicos*. Milán, 1949.

6. *TIERRA DEL FUEGO*. 1929. Escala 1:1.000.000. Formato 79,5 x 49,2 cms. Impreso en colores. Incluido en el libro *Mis viajes a Tierra del Fuego*. Milán, 1929.

7. *TIERRA DEL FUEGO. ALBERTO M. DE AGOSTINI*. Sin fecha. Escala 1:1.000.000. Formato 79,8 x 49,2 cms. Impreso en colores. Cartografía del Prof. G. De Agostini, Milano. Incluye recuadro del sector de los fiordos De Agostini y Contralmirante Martínez, Escala 1:250.000; y el límite internacional en la zona del canal Beagle según la doble interpretación chileno-argentina. (Entelado).

8. *PATAGONIA AUSTRALE*. 1941. Escala 1:1.000.000. Formato 76,5 x 54,5 cms. Impreso en colores. Torino, 1941.

9. *PATAGONIA AUSTRAL (CHILE-ARGENTINA)*. 1945. Escala 1:2.000.000. Formato: 40 x 48,5 cms. Impreso en colores. Incluido en el libro *Andes Patagónicos*, edición de 1945. Buenos Aires.

10. *REGIÓN CORDILLERANA LIMÍTROFE AL MONTE SAN LORENZO*. Escala 1: 500.000. Formato 41,5 x 24,3 cms. Impreso en colores. Incluido en el libro *Andes Patagónicos*, edición de 1945. Buenos Aires.

11. *GUIA TURÍSTICA DE LOS LAGOS AUSTRALES ARGENTINOS*. 1945. Sin escala. Formato 17,5 x 25,1 cms. Impreso en colores. Incluido en el libro homónimo del mismo autor. Buenos Aires, 1945.

12. *ÚLTIMA ESPERANZA*. 1945. Escala 1: 500.000. Formato 19,5 x 24,5 cms. Impreso en colores. Incluido en el libro *Paisajes magallánicos*. Buenos Aires, 1945.

13. *ZONA CENTRAL DE MAGALLANES*. 1945. Escala 1: 2.000.000. Formato 19,3 x 23,5 cms. Impreso en colores. Incluido en el libro *Paisajes magallánicos*. Buenos Aires, 1945.

14. ZONA *CORDIGLIERANA A OCCIDENTE DEL LAGO ARGENTINO*. Escala 1: 150.000. Formato 23 x 29 cms. Impreso en colores. Incluido en el libro *Ande Patagoniche*. Milano, 1949.

15. *ZONA CORDIGLIERANA A NORD-OVEST DEL MONTE FITZ ROY*. Escala 1:200.000. Formato 28 x 35,8 cms. Impreso en colores. Incluido en el libro *Ande Patagoniche*. Milano, 1949.

16. *IL MONTE SAN LORENZO E REGIONE DEI LAGHI BELGRANO E NANSEN*. Escala 1:200.000. Formato 30 x 39,5 cms, impreso en colores. Incluido en el libro *Ande Patagoniche*. Milano, 1949.

17. *TIERRA DEL FUEGO*. Escala 1: 2.250.000. Formato 29,7 x 20,2 cms. Impreso en colores. Incluido en el libro *Esfinges de Hielo*. Torino, 1959.

18. *MONTE SARMIENTO*. Escala gráfica. Formato 27,7 x 19,5 cms. Impreso en colores. Incluido en el libro *Esfinges de Hielo*. Torino, 1959.

19. *MONTE ITALIA*. Escala gráfica. Formato 27,8 x 19,7 cms. Impreso en colores. Incluido en el libro *Esfinges de Hielo*. Torino, 1959.

20. *ÚLTIMA ESPERANZA*. Escala 1:500.000. Formato 19,2 x 24,4 cms. Impreso en colores. Incluido en el libro *Magallanes y Canales Fueguinos*. Torino, 1960.

21. *TIERRA DEL FUEGO*. Escala 1:2.000.000. Formato 19,1 x 24 cms. Impreso en colores. Incluido en el libro *Magallanes y Canales Fueguinos*. Torino, 1960.

FILMOGRAFÍA

1.- TIERRA DEL FUEGO 1928.

2.- TERRE MAGELLANICHE 1933*.

*La película *Tierra del Fuego (Terra del Fuoco)* fue estrenada en Punta Arenas el 16 de noviembre de 1928 en el Teatro Municipal. Todo hace suponer que esta finalmente se encuentra contenida en *Terre Magellaniche* (Tierras Magallánicas) que agrega escenas de los Andes Patagónicos y que se estrena en 1933 simultáneamente en Torino (Italia) y Punta Arenas (Chile).

APÉNDICE II

VIAJES DE EXPLORACIÓN Y DE ESTUDIO DEL PADRE A. M. DE AGOSTINI*

1°) EN LA TIERRA DEL FUEGO

Febrero – Marzo de 1910

- Primer viaje de Punta Arenas a Ushuaia pasando por la isla Dawson y a través de los canales fueguinos.
- Exploración de la cadena Martial al noreste de Ushuaia.
- Primera ascensión a la cumbre del monte Martial –1400 metros– con el salesiano coadjutor Ernesto Radatto.

Abril de 1910

- Exploraciones de los montes que se levantan al sur del canal Gabriel y de la bahía Fitton. Viaje en el cúter "Tiradentes" de siete toneladas de arqueo, desde Punta Arenas a la bahía Fitton pasando por la isla Dawson (Misión San Rafael).
- Intento de ascensión de los montes Biella y Aosta (1.600 metros).

Enero – Marzo de 1911

- Excursión por el valle Lapataia partiendo desde Ushuaia.
- Travesía del lago Roca en una pequeña lancha que remolcaba en una balsa los troncos de los árboles sacados del bosque por un grupo de leñadores acampados en un rancho cercano a la unión del río Roca con el río Lapataia. Ascensiones a los montes circundantes y excursiones al interior del valle.

Febrero – Marzo de 1912

- Viaje desde Ushuaia a la bahía Yendegaia en el cúter "Garibaldi" piloteado por el capitán Beban.
- Excursión al interior del valle hasta cerca de los glaciares.
- Exploración de la costa occidental de Tierra del Fuego hasta el falso cabo de Hornos en el cúter "Garibaldi".
- Primer viaje a la isla de los Estados en el vapor "Piedrabuena".

Enero – Marzo de 1913

- Expedición al monte Sarmiento con el Doctor G. B. de Gasperi y los guías Agostino y Abele Pession en el cúter "Júpiter".
- Exploración de la vertiente sur-occidental del Sarmiento y de los glaciares que revisten las bases.
- Exploración al fiordo Negri.
- Descubrimiento y reconocimiento del lago Spegazzini.
- Descubrimiento del fiordo De Agostini y Contralmirante Martínez.
- Intentos de ascensión a los montes Buckland y al monte Sella.
- Exploración y relevamiento de los fiordos Negri, De Agostini y Martínez.

*Traducción del documento mecanografiado original italiano, que se encuentra en los Archivos del Museo Maggiorino Borgatello, Punta Arenas, Chile, por Patricio Álvarez Rabié (N. del E.).

- Viaje al seno del Almirantazgo.
- Exploración y relevamiento del glaciar Marinelli y de la cordillera Darwin.
- Primera travesía de la sierra Valdivieso, desde el seno del Almirantazgo a Ushuaia.
- Primera ascensión al monte Olivia (1.370 metros), 12 de marzo de 1913.

Diciembre de 1913 - Febrero de 1914

- Segunda expedición al monte Sarmiento con los guías Guglielmo Guglielminetti y Eugenio Piana de la Valsecia.
- Ascensión al monte Conway de 1.120 metros, 2ª ascensión.
- Ascensión al Corno Nero de 670 metros.
- Intento de escalada al monte Sarmiento, se alcanza la cota 1.875.
- Exploración del fiordo De Agostini y del monte Buckland.
- Exploración de los fiordos Parry y Cuevas en el seno del Almirantazgo.
- Exploración del monte y del glaciar Luigi de Savoia y de la vertiente norte de la cordillera Darwin.

Marzo - Abril de 1914

- Exploración y travesía de la sierra Valdivieso y Alvear, que se elevan entre el canal Beagle y el lago Fagnano, partiendo de Ushuaia.
- Ascensión al monte Carvajal - 1.200 metros.

Enero - Abril de 1915

- Exploración a la vertiente sur de la cordillera Darwin, desde el canal Darwin - Glaciar Italia.
- Ascensión al monte Belvedere - 1.270 metros.
- Intento de escalada al monte Italia - 1.400 metros.
- Viaje a las islas Hermite en el vapor "Explorador" - Viaje al cabo de Hornos.

Noviembre de 1928

- Viaje a la isla Negra (28 de noviembre al 7 de diciembre) - Exploración de los canales Santa Bárbara y González.
- Viaje a través de los canales patagónicos desde el estrecho de Magallanes hasta Angostura Inglesa (7 de diciembre de 1928 - 1 de enero 1929).

Abril de 1932

- Viaje desde Río Grande a Caleta Policarpo en una nave de cabotaje.
- Excursión a caballo hasta bahía Thetis y regreso a caballo desde Caleta Policarpo a Río Grande (Cfr. *Nel regno delle foche. La costa Policarpo nella Terra del Fuoco*, en *Le Vie del Mondo*, Junio de 1934, n. 6)*.

Noviembre de 1955 - Marzo de 1956 **

- Expedición científico-andinista a Tierra del Fuego partiendo desde Punta Arenas. Participan De Agostini, Giuseppe Morandini de la Universidad de Padova como jefe científico-técnico de la expedición; el ingeniero Arvedo Decima, geólogo, y el doctor Luigi Sperti, fisiólogo. Para el personal andinista, los guías de Valtournanche: Luigi Carrel, Camillo Pellicier, Luigi Barmase, Clemente Maffei de Pinzolo y Carlo Mauri de Lecco, además del operador cinematográfico Raffaldi. El 7 de marzo, luego de dos intentos fallidos por expediciones anteriores (1912-13) de De Agostini, se consigue la ascensión a la cumbre este de la vertiente sur del monte Sarmiento por parte de Maffei y Mauri.
- El 10 de marzo, Carrel, Pellicier y Barmasse ascienden el monte Italia.
- Retorno a Punta Arenas por Ushuaia y Porvenir.

*En esta y las demás referencias bibliográficas acudir a las ediciones italianas, que son las referidas en el original (N. del E.).

**Esta información referida a las escaladas de los montes Sarmiento e Italia no se encuentra en el original. Dado el profundo significado de dicha conquista hemos decidido incorporarla a esta cronología. Por demás, su omisión en el original nos permite pensar que esta reseña fue hecha antes de 1956 (N. del E.).

2º) EN LA PATAGONIA AUSTRAL

Diciembre de 1916 - Enero de 1917

- Primer viaje a la región de Última Esperanza – Excursión al fiordo Última Esperanza y monte Balmaceda.
- Viajes a los lagos Maravilla, Grey, Sarmiento, Azul y al macizo Paine y a la sierra de los Baguales (Ver De Agostini, *Una escursione a Última Esperanza*, en Bollettino Salesiano, 1 de septiembre de 1917.)
- Otra larga excursión a esta misma región fue completada entre enero y febrero de 1929.

Diciembre de 1928

- Viaje por los canales patagónicos en la goleta "Renato".
- Por el estrecho de Magallanes (de regreso de la isla Negra).
- Reconocimiento del seno Eyre y del fiordo Falcón y los glaciares Ratti (Pío XI) y Torino.
- Ascensión a varias cimas con marineros de a bordo. Encuentro con indígenas Alacalufe en la bahía Edén.
- Excursión hasta Angostura Inglesa.
- Regreso a Punta Arenas por la misma vía el 1 de enero de 1929.

Diciembre de 1930 - Marzo de 1931

- Expedición a los Andes por el lago Argentino con el doctor Feruglio y los guías Evaristo Croux y León Bron de Courmayeur.
- Exploración de los glaciares Spegazzini, Onelli, Upsala.
- Exploración del tramo de Cordillera que se eleva a occidente del brazo norte del lago Argentino.
- Travesía del altiplano Italia descubierto el 6 de febrero de 1931 por el Padre De Agostini acompañado por el geólogo doctor Feruglio y por los guías valdostanos Croux y Bron durante la primera travesía de la Cordillera Patagónica desde el lago Argentino al fiordo Falcón en el Pacífico, en cuyo fondo se eleva la blanca cadena de los montes Roma.
- Primera ascensión al monte Mayo (2.438 metros).
- Primera ascensión al monte Torino.
- Descubrimiento y primera travesía del altiplano glacial llamado Italia.
- Primera travesía de la Cordillera andina desde el límite entre Argentina y Chile a través del altiplano Italia, desde el lago Argentino hasta el fiordo Falcón en el Pacífico.
- Exploración de la vertiente suroeste del monte Fitz Roy y del valle terminal homónimo con los glaciares que descienden del cerro Torre y del cordón Adela.
- Exploración de la vertiente noroeste del Fitz Roy y del valle terminal homónimo con los glaciares que descienden al valle del Río Blanco.
- Ascensión a la cima del monte Mirador en la vertiente suroriental del Fitz Roy.

Diciembre de 1931 - Enero de 1932

- Exploración y estudio de la zona cordillerana que se eleva al oeste del lago Viedma y noroeste del Fitz Roy.
- Expedición efectuada en compañía de los guías Mario Derriard de Courmayeur y de dos porteadores chilenos.
- Exploración de los glaciares Viedma y Moyano y del tramo de cordillera por nosotros denominado Moyano hacia el oeste del lago Viedma (Ver mapa entre páginas 154 y 155 de *Ande Patagoniche*, 1949).
- Dos ascensiones a cimas (1.800 - 2.000 metros) en los montes más elevados del cordón Moyano.
- Exploración a la vertiente noreste del Fitz Roy a lo largo del valle del río de las Vueltas y río Eléctrico.
- Primera ascensión al monte Eléctrico (2.100 metros) situado en la vertiente este del Fitz Roy.
- Estudio y relevamiento de los glaciares y de los montes que se extienden al norte del Fitz Roy entre el lago Viedma y el San Martín.

Diciembre 1935 - Febrero 1936

- Expedición al Fitz Roy y a las cadenas de montes y glaciares al noreste del mismo en compañía del salesiano Carlo Cassera y de los guías Carrel y Pellicier de Valtournanche.
- Exploración del macizo Fitz Roy por la vertiente noroeste y del tramo cordillerano comprendido entre el lago Viedma y el San Martín.
- Estudios sobre la configuración orográfica de los macizos Marconi y Gorra Blanca y de los glaciares que descienden de estos.

– Excursión al interior del altiplano glacial al oeste del monte Gorra Blanca. Descubrimiento del "Paso de los cinco glaciares".
– Exploración de los valles Cóndor y Milodón, tributarios del valle que sube el río de las Vueltas.
– Tres ascensiones sobre cimas de 2.000 metros en los montes al norte del Fitz Roy (Ver mapas entre páginas 188-189 de *Ande Patagoniche*).

Diciembre de 1936 – Febrero de 1937

– Expediciones a los montes que se elevan al sur y al oeste del lago San Martín en compañía de los jóvenes alpinistas italianos, Carlo Cassera y Amedeo Zampieri.
– Exploración de las cadenas de montes y glaciares que descienden en el brazo occidental del lago San Martín.
– Ascensión a la cima del monte Milanesio situado en la cabecera de una cadena de montañas (2.010 metros) que se eleva al sureste del lago y glaciar Chico.
– Exploración de la laguna del Desierto y del valle del río de las Vueltas hasta sus orígenes.

Diciembre de 1937 – Enero de 1938

– Expedición al glaciar Upsala (lago Argentino) en compañía de los guías Giuseppe Oberto de Macugnaga y del señor Carlo Cassera.
– Reconocimiento de la parte superior del glaciar Upsala y de los montes y glaciares tributarios hasta unos 35 kilómetros de su frente en el lago Argentino.
– Exploración y bosquejo del monte Don Bosco.

Febrero – Marzo de 1937

– Exploración del macizo San Lorenzo con Cassera y porteadores chilenos.
– Excursión a lo largo del valle del río Lácteo hasta sus orígenes.
– Exploración de la vertiente sureste del San Lorenzo.
– Travesía del glaciar que desciende de la vertiente sureste del San Lorenzo hasta sus orígenes.

Enero – Febrero de 1940

– Exploración de la vertiente noreste del San Lorenzo remontando los valles de los ríos Platten y Tranquilo.
– Exploración de los contrafuertes septentrionales del San Lorenzo y de los glaciares que revisten la vertiente norte y de la cual se origina el río Tranquilo.
– Ascensión a una cima de estos contrafuertes.

Febrero – Marzo de 1941

– Exploración del valle del río del Salto con Zampieri, Cassera y baqueanos chilenos.
– Varias ascensiones a cimas de 2.000 metros.
– Exploración de la vertiente occidental del San Lorenzo y de un vasto glaciar que desciende de esta vertiente hasta el río del Salto.
– Reconocimientos de los montes llamados Ortúzar y Cochrane que se alzan en las cercanías del San Lorenzo.
– Viaje a la región del Baker a través de los valles del río del Salto y del río Cochrane hasta el lago Bertrand.
– Travesía del lago Buenos Aires.

Febrero – Marzo de 1942

– Segundo viaje a la región del Baker con los jóvenes Zampieri y Caluge remontando desde el lago Pueyrredón los valles de los ríos Platten, Tranquilo, del Salto y Cochrane.
– Excursión al río y lago Colonia.
– Travesía del valle Chacabuco hasta Cañadón Verde.

Noviembre – Diciembre de 1943

– Ascensión al monte San Lorenzo (3.700 metros) con el guía suizo Alejandro Hemmi y el alpinista austríaco Heriberto Schmoll.

3°) EN LA PATAGONIA SEPTENTRIONAL (Río Negro, Neuquén)

Enero – Febrero de 1918

- Primer viaje a la región del Nahuel Huapi entrando desde Puerto Varas (Lago Llanquihue).
- Visitas a los más importantes lagos andinos, chilenos y argentinos, que se extienden a los lados de la cordillera dominada por el cerro Tronador, entre los cuales dominan los lagos Todos los Santos (Esmeralda) y Nahuel-Huapi.

Enero – Febrero de 1919

- Segundo viaje a la misma región prolongando las excursiones más al norte hasta Junín de los Andes.
- Primera excursión al lago Huechulafquén y al volcán Lanín.

Diciembre de 1929 – Abril de 1930

- Excursión apostólica y de estudio a lo largo de la Cordillera de los Andes, desde Junín de los Andes hasta Esquel (Ver *Escursione apostolica in Patagonia*, in Bollettino Salesiano, 1 de Noviembre de 1931).

Diciembre de 1952 – Enero, Marzo de 1953

- Viaje a través del territorio del río Negro y el Neuquén.
- Excursiones a los lagos Nahuel-Huapi, Espejo, Lácar, Lolog, Huechulafquén, Paimum (Ver A. De Agostini, *La Terra Promessa Argentina*. En *L'Universe*, año XXXIV, N° 4, Julio–Agosto de 1954, Florencia).

Enero – Marzo de 1955

- Segundo viaje en el mismo territorio del río Negro y el Neuquén partiendo de Viedma – Visita Zapala – Bariloche – Junín de los Andes.
- Excursiones a los lagos Lolog, Corhué, Huechulafquén, Guillén.
- Viajes a los baños de Copahue y a Chosmalal – Visita a las poblaciones de Conesa, Choele-Choel, Villa Regina, Cipolletti y Neuquén (Ver *Río Negro, la Terra Promessa Argentina*. En *L'Universe*, año XXXV, N° 4, Julio–Agosto de 1954, Florencia).

Enero - Marzo de 1956

- Último viaje a la Tierra del Fuego, acompañando a la expedición italiana dirigida por el profesor G. Morandini, en cuyo transcurso se escaló por primera vez el afamado monte Sarmiento (guías Clemente Maffei y Carlo Mauri). Expedición inspirada por el P. De Agostini.

Noviembre – Diciembre de 1957

- Último viaje a la Patagonia austral (Última Esperanza), acompañando a la expedición italiana dirigida por Guido Monzino, durante la cual se conquistó por primera vez la cumbre principal del Paine Grande (Jean Bich, Leonardo Carrel) y la cima de la Torre Norte. En esta oportunidad, el P. De Agostini hizo sus últimas tomas fotográficas del célebre macizo del Paine y él mismo posó para su fotografía de despedida del territorio que hacía cuatro décadas atrás se le había metido en el alma (véase página 9 de este libro).

APÉNDICE III

MEMORIA TOPONÍMICA DEL P. ALBERTO M. DE AGOSTINI

FIORDO DE AGOSTINI. Ubicado en la parte central de la península Brecknock, en la vertiente septentrional de la cordillera Darwin (Andes fueguinos), isla grande de Tierra del Fuego, y al que se accede desde la belleza de sus formas litorales, con montañas nevadas revestidas de bosques en sus partes bajas, y sus glaciares, fue descubierto para el conocimiento geográfico por el explorador salesiano en 1913, quien lo denominó "Pigafetta", en recuerdo del supernumerario y cronista de la expedición de Hernando de Magallanes. En 1914 el comandante de la escampavía *Porvenir*, de la Armada de Chile, lo rebautizó "De Agostini" en homenaje al explorador, topónimo reconocido y homologado de inmediato por el Instituto Hidrográfico de la Armada de Chile.

PARQUE NACIONAL "ALBERTO M. DE AGOSTINI". Situado en la zona centro occidental de Tierra del Fuego, e incluye una parte de su archipiélago meridional, abarca una superficie de 1.460.000 hectáreas. Esta superficie se corresponde con los distritos naturalmente más atractivos por el bellísimo y variado conjunto de canales y fiordos, glaciares, campos nevados y la cordillera Darwin, con una vida natural variada y rica. Allí, precisamente, fue donde el P. De Agostini inició sus trabajos exploratorios en 1912 y allí les puso término casi medio siglo después.

Este parque nacional fue creado en 1965 a propuesta del Intendente de Magallanes Mateo Martinic B., por Decreto Supremo 80 de 5 de enero de 1965 del Ministerio de Agricultura, complementado por los Decretos Supremos 330 de 22 de junio de 1967, 364 de 22 de junio de 1969 y 136 de 24 de abril de 1985, todos de la misma secretaría de Estado, disposiciones que permitieron ampliar la superficie original de 790.000 hectáreas, correspondientes únicamente a la península Brecknock a partir del meridiano 69° oeste, con la anexión de las islas Capitán Aracena y Clarence, por el norte, y Stewart, Londonderry y la mitad de Hoste, y otras menores adyacentes, por el sur, hasta alcanzar la cabida actual.

TORRE DE AGOSTINI. Se denomina así a la cima o torre sur del conjunto orográfico de las afamadas Torres del Paine (en el parque nacional homónimo, provincia de Última Esperanza), que tiene una altura de 2.850 metros. Fue bautizada por la expedición andinística italiana que en febrero de 1963 fue la segunda en alcanzar la cumbre y que estuvo integrada por A. Aste, V. Aldo, N. Muschio, J. Aiazzi y C. Casati.

CAMPAMENTO DE AGOSTINI. Campamento ubicado a los pies de la ladera norte del monte San Lorenzo, en el valle del arroyo San Lorenzo, provincia Capitán Prat, zona de Cochrane, Chile, utilizado por el P. De Agostini y su expedición en la exitosa ascensión de conquista a la cumbre del monte de 1943. La cabaña aún permanece allí.

CAMPAMENTO DE AGOSTINI. Campamento sin servicios que se encuentra dentro del circuito de *trekking* alrededor de la cadena de los montes Torre y Fitz Roy, Parque nacional *Los Glaciares*, sector de El Chaltén, Argentina. Se accede a él desde El Chaltén en unas tres horas de caminata siguiendo el valle del río Fitz Roy en cuya boscosa orilla se emplaza el campamento. A diez minutos más de caminata, ya en la propia cuenca terminal del valle, se llega a la laguna Torre, donde desagua un glaciar que baja desde las faldas del cordón Adela. Desde allí se tiene una excelente vista del hermoso cerro Torre y siguiendo la morrena lateral de la derecha de la laguna hasta el mirador Maestri, se puede ver el frente del glaciar en toda su extensión. Desde el desagüe de la laguna, nacimiento del río Fitz Roy, luego de una tirolesa, se inician las ascensiones a las cumbres del sector o las caminatas sobre el hielo.

ÍNDICE

ALBERTO M. DE AGOSTINI. Centenario de su llegada a Magallanes,
por Mateo Martinic B. 5

CAPÍTULO I. **ASPECTOS DE LA CORDILLERA PATAGÓNICA AUSTRAL** 15
Situación y subdivisión – Extensión de los glaciares – Particularidades morfológicas de la glaciación patagónica – Condiciones climáticas – Estructura orográfica – Constitución geológica – El Fitz Roy y la actividad volcánica de la Cordillera – Efectos de la erosión glacial durante el Cuaternario – Fiordos y canales patagónicos.

CAPÍTULO II. **ESTRECHO DE MAGALLANES Y CANAL SMYTH** 43
Canales y fiordos patagónicos – Crock Reack y Long Reack – Entre tempestades y huracanes – Una semana bloqueados en el cabo Upright – Vientos y lluvias interminables – La oca antártica – Particularidades meteorológicas de los canales occidentales – Islas pintorescas – En el paso Tamar – A la deriva sobre los arrecifes Stragglers - La *Macrocystis pyrifera* – En el canal Smyth – Monte Burney – Encuentro con un viejo "lobero" - Orgía entre "loberos" e indios Alacalufe – La Cordillera Sarmiento.

CAPÍTULO III. **CANALES PATAGÓNICOS Y FIORDOS EYRE Y FALCÓN** 69
El canal Sarmiento – La isla Piazzi – Descubrimiento de mármoles en la isla Cambridge – Tempestad del sur – El canal Concepción – Magnífica puesta del sol – Canal Wide – En el fiordo Falcón – Entre los témpanos – Ascensión llena de obstáculos – En el fiordo Eyre – Una fracasada tentativa de colonización – El glaciar Pío XI – Indian Reach – Encuentro con una tribu Alacalufe – Vida y costumbres de estos indígenas – Angostura Inglesa – Trabajos hidrográficos de la corbeta "Magenta" – Regreso a Punta Arenas.

CAPÍTULO IV. **ÚLTIMA ESPERANZA** 91
Última Esperanza – Puerto Natales – Progreso de esta región – Sus extraordinarias bellezas naturales – La gruta del Milodón – Primera excursión al monte Balmaceda – Bahía Bellavista – Patos y cisnes – Pastor solitario – Un naufragio evitado – La cadena del Paine en el ocaso – Segunda excursión al Balmaceda – Entre leñadores – Paciente labor de los bueyes – Floresta magallánica – Tercera excursión al Balmaceda – Espectáculo sublime – Lago Azul – Valles y glaciares inexplorados.

Capítulo V. **EL MACIZO DEL PAINE** 117

Imponente belleza del Paine – En el lago Maravilla – Valle y río Serrano – La estancia "Río Paine" – Un colonizador tenaz – Un paraíso terrestre desaparecido – Rebaños y pastores – Excursión al lago Grey – Caza de un león-puma – La sierra de los Baguales.

Capítulo VI. **EN VUELO SOBRE EL BALMACEDA Y EL PAINE** 147

Dificultades de la aviación en la zona de la Cordillera austral – El piloto Franco Bianco – Expectativa en Puerto Natales – Sobre el fiordo Última Esperanza – Caídas en el vacío – Desde el Balmaceda al Paine – Por encima de las cumbres andinas – Günther Plüschow y su trágico fin – En las blancas soledades de hielo – Florestas vírgenes a la luz del ocaso.

Capítulo VII. **HACIA EL LAGO ARGENTINO** 159

Expedición exploradora a la Cordillera – Río Gallegos – La estepa patagónica - Umbelíferas en flor – Calafates – En la estancia "Anita" – Diversos aspectos del lago Argentino – En el canal de los Témpanos – El glaciar Francisco Moreno – Tempestad en el lago – Hielos flotantes – Llegada a la estancia "Cristina".

Capítulo VIII. **EN EL SENO SPEGAZZINI** 183

Magnificencia del paisaje andino – Bosques y glaciares – Primeras ascensiones – Vivac bajo la lluvia – Vuelta del buen tiempo – Ascensión al monte Mayo – Grandioso panorama – El regreso al campamento base – Vientos huracanados – Lago y glaciar Onelli – El regreso a la estancia "Cristina".

Capítulo IX. **PRIMERA TRAVESÍA DE LA CORDILLERA PATAGÓNICA AUSTRAL** 199

Al margen de la Cordillera – Entre los seracs del glaciar Upsala – Campamento al pie del cerro Cono – Diez días bajo la tormenta – Noche de luna llena – La travesía – Descubrimiento del altiplano Italia – En la cúspide del monte Turín – La meta lograda – En las bases del cerro Murallón – Regreso.

Capítulo X. **EN EL LAGO VIEDMA** 225

En la estancia "Helsingfors" – Florestas vírgenes – Primavera en flor – El cordón Moyano – El glaciar Viedma – Primer encuentro con un huemul – Ráfagas ciclonales – Brujas en la floresta – Un cóndor herido – Efectos de un alud sobre el lago – En el fiordo Moyano - El leonero Paredes y la caza del puma – Nubes de agua pulverizadas por el viento – En el corazón de los glaciares patagónicos.

Capítulo XI. **DEL PUERTO DE SANTA CRUZ AL MONTE FITZ ROY** 253

En los puertos patagónicos – Los pozos de petróleo de Comodoro Rivadavia – Santa Cruz – Violencia del viento patagónico – Prodigios del trabajo italiano en la dilatada estepa – Poesía de la pampa. Mata Amarilla – El río de las Vueltas en crecida – Navidad a los pies del Fitz Roy.

Capítulo XII. **EN LOS DOMINIOS DEL FITZ ROY** 283

Un cervino de ultramar – El valle del río Fitz Roy – Bosques destruidos por los incendios – En el valle del río Blanco – La laguna del Desierto – El bandido Ascencio Brunel – Formidable desbordamiento – Acampados a orillas del río Blanco.

Capítulo XIII. **EN EL VALLE DEL RÍO ELÉCTRICO** 299

El valle del río Eléctrico – En el bosque – Descanso en el campamento – Tempestades y ciclones – Primeras excursiones – Glaciar y cadena Marconi – El Gorra Blanca – En las blancas soledades de hielo – Monte Pollone y torre Pier Giorgio – En el valle Cóndor – El monte Cagliero – Regreso a Santa Cruz.

Capítulo XIV. **EN LA CUENCA DEL LAGO SAN MARTÍN** 321

En las orillas orientales del lago San Martín – El zorrino – Navegando a bordo de la "Fructuosa" – A merced de la tempestad – Un vivac improvisado – Canales, montañas y bosques – El "huaso" Ovando – En la estancia "Los Ventisqueros" – Acampados en el valle del Diablo – Excursión a la laguna del Desierto – Con el araucano Sepúlveda – Ascensión al monte Milanesio – Regreso a la Tercera Viedma – Un segundo viaje al lago San Martín – En la estancia "La Ramona" – El valle Santa Lucía – Belleza y majestad de Los Mellizos – Rodeo de vacunos – Hacia el glaciar O'Higgins – Regreso a Santa Cruz.

Capítulo XV. **EL MONTE SAN LORENZO** 357

Posición y aspecto del San Lorenzo – En el valle del río Lácteo – Belleza del monte Hermoso – Excursión al San Lorenzo – La doma de potros – En el valle de Las Pinturas – Viaje a los lagos Posadas y Pueyrredón – Caminos imposibles – Tesoneros trabajos de mejoramiento realizados por una mujer italiana – En el valle del río Platten – Junto a los glaciares septentrionales del San Lorenzo – En el valle del río Tranquilo – Ascensión a un contrafuerte del San Lorenzo.

Capítulo XVI. **EN EL VALLE DEL RÍO DEL SALTO** 385

Retorno al lago Pueyrredón – A través del valle del río Tranquilo – Huésped del colono Elorriaga – Cría y exportación del ganado vacuno – Campamento en el valle del río del Salto – Ascensión a un contrafuerte del San Lorenzo – Posibilidad de escalar el macizo – Excursión a la cuenca terminal del río del Salto – Laguna encantadora – Grandiosa salvajidad de la naturaleza – Regreso a la estancia de Elorriaga.

Capítulo XVII. **VIAJE A LA REGIÓN DEL BAKER** 405

Exploraciones de Steffen y Michell – La "Sociedad Explotadora del Baker" – Su triste epílogo – Nuevas tentativas de colonización – Aislamiento y pobreza de los colonos – Mis viajes a través de los valles de los ríos del Salto y Cochrane – En el valle del Baker – Huésped del colono Cruces – Hacia el lago Bertrand – Travesía del lago Buenos Aires – Excursión al San Lorenzo – En el valle del río Colonia – Su desbordamiento – Actividad colonizadora del araucano Ayapán – Un singular ermitaño – Al lago Colonia – Regreso a través del valle Chacabuco.

Capítulo XVIII. **ASCENSIÓN AL MONTE SAN LORENZO** 429

Organización de la expedición – Hacia el lago Pueyrredón – Un contratiempo imprevisto – En camión por el río Platten – En el desfiladero del río Tranquilo – El campamento base al pie del San Lorenzo – Primeras excursiones – Segundo campamento entre los hielos a 2.320 metros – Majestad de la cadena Cochrane – Primera tentativa de ascensión – La visita de don Bernardo – Vientos huracanados – Otra vez en el segundo campamento – Trepando el murallón de hielo – Seis horas entre la neblina – En la cumbre – El regreso.

Capítulo XIX. LOS PATAGONES O TEHUELCHE 469

Origen del vocablo patagón – Área de dispersión – Idioma y estatura de los Tehuelche – Caracteres físicos – Vestidos y adornos – Armas – Toldos y menaje – Alimentos – Matrimonio – Bailes y fiestas – Rito fúnebre – Religión – El Gualichú y el brujo – Vida social – Misiones y misioneros salesianos – Próxima extinción de los Tehuelche.

Capítulo XX. RESEÑA HISTÓRICA DE LOS VIAJES DE EXPLORACIÓN A LA PATAGONIA 493

Amerigo Vespucci – Hernando de Magallanes – Juan Ladrillero – Sarmiento de Gamboa – Corsarios ingleses – John Narborough – Exploraciones de los misioneros jesuitas: Mascardi, Gutiérrez, Quiroga, Strobel, Cardiel, Falkner – Fundación de las primeras colonias españolas – Antonio Viedma – Primera expedición a la Cordillera – Alejandro Malaspina – Fitz Roy y Darwin – Expediciones italianas de las naves "Magenta", "Vettor Pisani" y "Caracciolo" – Bartolomé Bossi – Expediciones hidrográficas chilenas de las naves "Magallanes" y "Chacabuco"–Enrique Simpson – Juan Latorre – Óscar Viel – Ramón Serrano Montaner – H. G. Gardiner – Jorge Musters – Lorenzo Mascarello – Antonio Onetto – Santiago Bove y la expedición ítalo-argentina a Tierra del Fuego – Expediciones argentinas de Francisco Moreno, Ramón Lista, Carlos Moyano y Jorge Fontana – Tomás Rogers – Hermann Eberhart – Exploraciones de las comisiones chilenas y argentinas para la delimitación de las fronteras – Don Bosco y su sueño profético sobre la Patagonia – Juan Steffen – Luis Riso Patrón – F. Pietrobelli – Clemente Onelli – Expediciones científicas de: Carlos Ameghino, A. Mercerat, Carlos Bursmeister, Otto Nordenskjöld , S. Roth, J. B. Hatcher, Rodolfo Hauthal, C. Sköttsberg, T. G. Halle y P. D. Quensel, Guido Bonarelli – Expediciones alemanas: Reichert y Hicken – Witte, Kühn y Kölliker – Gustavo Fester – Esteban Zuck y Hans Teufel – Expedición italiana Conde Bonacossa – Expediciones al San Valentín de F. Reichert, A. Heim, H. Hess – Expedición al monte Fitz Roy de H. Zechner, M. Bertone y N. Gianolini – Ascensión al monte Pollone de H. Zechner, R. Dangl, R. Matiz y C. Lanstchner – Expedición de N. Gianolini en el interior de la Cordillera.

Bibliografía 535

Apéndice I. OBRA LITERARIA, CARTOGRÁFICA Y FILMOGRÁFICA DEL PADRE A. M. DE AGOSTINI 541

Apéndice II. VIAJES DE EXPLORACIÓN Y DE ESTUDIO DEL PADRE A. M. DE AGOSTINI 547

Apéndice III. MEMORIA TOPONÍMICA DEL P. ALBERTO M. DE AGOSTINI 553